Maestros
contadores de historias
—*Relatos de vida*—

Gabriel Jaime Murillo Arango
—Compilador—

Convenio
Secretaría de Educación para la Cultura de Antioquia
Universidad de Antioquia

GOBERNACIÓN DE ANTIOQUIA
Secretaría de Educación
para la Cultura

Antioquia para todos.
¡Manos a la obra!

Maestros contadores de historias
— Relatos de vida —

ISBN: 978 - ??????????????????????

Luis Alfredo Ramos Botero
Gobernador de Antioquia

Humberto Díez Villa
Secretario de Educación para la Cultura

Juan B. Correa Mejía
Director Fomento a la Educación con Calidad

Coordinador del proyecto Maestros para la vida
Gabriel Jaime Murillo Arango

Correctora de texto
Maria Luisa Valencia Duarte

Diseño
Luis Carlos Flórez Contreras
Isabel Álvarez

Diagramación e Impresión
Editorial Artes y Letras Ltda.
PBX: 372 77 16

Contenido

Presentación 11

Prólogo 13

Improntas de una maestra
Alba Rosa Vanegas Marín 27

Datos autobiográficos de un educador antioqueño
Alberto de Jesús Gutiérrez Pino 32

Leer y escribir para comprender
Ana María Betancur Hernández 38

Cuando habla el corazón
Beatriz del Socorro Monsalve Villa 42

Experiencia de amor… dar y recibir
Bernarda de Jesús Serna Cadavid 48

Despertar y cultivo de una vocación temprana
Carlos Adiel Henao Pulgarín 50

Y usted tan pequeña, ¿por qué sabe tanto?
César Augusto Rivas Galeano 57

Jamás renunciar al derecho de vivir
Claudia María Céspedes Montoya 61

Lo hemos hecho posible
Claudia Patricia Velásquez Zapata 67

De un pueblito en la Cordillera Central, a "La cabaña del Tío Tom"
Daniel de Jesús Granados Rivera 71

Nadie da de lo que no tiene
Dora Cecilia Ruiz García 76

Caminos de vida
Edilma del Socorro Amaya Londoño 79

Por los caminos de la vida
Ever de Jesús Chalarca Bedoya 84

Gestión integral por una vida digna
Ferney Alexánder Ruiz Herrera 91

Vereda Cuchillo Blanco, historia de una maestra
Flor Omaira Peláez Suárez 96

En las manos de Dios
Germán de Jesús Muñoz Gómez 103

Un espejo de agua que refleja el orgullo de mi pueblo
Gladys Esther Hernández Alcalá 108

Una práctica de vida
Gloria Cecilia Ruiz Saldarriaga 112

Si tienes sabor a coco y hueles a mar: eres profeta en tu tierra
Guillermo José Cardona Moreno 117

El escultor de sueños
Homer Alonso Hincapié Ruiz 124

Un diálogo socrático
Jesús Orlando Álvarez Arango 129

Tres pilares para educar
John Fredy Maya Bedoya 134

Sinopsis de una realidad trascendental
Juan Evangelista Escobar Suárez 138

La casita encantada al pie de la montaña
Julio César Giraldo Hoyos 142

Juego de sentimientos
Libia Amparo Ramírez Montes 147

¡Sisas, profe!
Lina María Álvarez Uribe 150

La educación más allá del conocimiento
Lorenzo Arias Chaverra 157

Sembrando huellas con mi historia de vida
Lucía Inés Ochoa Medina 163

Hacia una nueva estrategia educativa
Luis Alfonso Hoyos Hoyos 169

Huellas en mi vida
Luz Gicela González Acevedo 172

Si no me amaño, me devuelven a mi escuela
Luz Marina Díaz Gaviria 176

Hay palabras que llegan, hay palabras que hieren
Marco Emilio López Bedoya 186

Magia transformadora de realidades en el escenario educativo
María del Carmen Arbeláez Valencia 191

Ellos sí me necesitan
María Elena Monsalve Gallego 197

Tengo la impresión de cultivar árboles que están dando fruto
María Fanny Díez Moncada 200

Educar, sinónimo de servir
María Josefina Tamayo Vélez 204

Facetas: una experiencia editorial escolar
María Ofelia Gómez Jiménez 209

La maestra que no quería ser maestra
Marleny del Socorro Osorio Peláez 215

Relato de vida de una maestra nómada
Marta Cecilia Ramírez Hernández 219

No pude engañar a la profe
Martha Lucía Restrepo Restrepo 223

Sumar en vez de restar… multiplicar en vez de dividir…
Marta Nelly Salazar Zuluaga 228

Historias tejidas a lo largo del tiempo
Martha Inés Torres Vergara 232

La vida al servicio de los demás
Martha Lucía Rúa Monterrosa 236

Del tabú de las matemáticas a una estación meteorológica de la NASA
Mercedes del Tránsito Arrubla Carmona 242

El deseo de ser "la señorita Amparo"
Myriam del Socorro García Jiménez 251

De las pasiones de una maestra
Nancy Toro López 257

El peregrinar de una maestra
Nelsi del Carmen Escobar Jaraba 267

Tras las huellas del ayer y del hoy
Nora Elena Salazar Arroyave 269

Con mi música a todas partes
Nury Excenelia Barrera Lopez 276

Los dones escondidos
Óscar Alberto Giraldo Villa 280

Un sueño hecho realidad
Ovidio de Jesús Puerta 286

El camino de la vida de un maestro
Rafael Alberto Chaverra Franco 290

Se realizó mi sueño
Rosa Emma Ramírez Montes 293

Veintisiete años realizando mi más bello sueño
Rubiela de Jesús Díaz Jaramillo 296

Maestros contadores de historias
Sandra María Correa Martínez 300

El mundo mágico de la matemática
Sandra María Morales Múnera 304

El tren detuvo su marcha, pero la mía continua
Silvia Margarita Aristizábal Pineda 309

A través de experiencias significativas se construye una vida digna
Teresa de Jesús Cifuentes 312

Desde mi vocación de maestra
Teresa de Jesús Duque Higuita 316

Vida en FM
Víctor Alexánder Yepes 320

Constructor de futuros
Víctor Enrique Hinestroza Aluma 325

De la tormenta de ayer a la lluvia de hoy
William Alveiro Velásquez Trujillo 329

A mi pueblo quise volver
Yamile del Carmen Hernández Alcalá 334

Estrategia

maestra

El plan de desarrollo "¡Antioquia para todos, manos a la obra!", define la educación para el liderazgo como la estrategia maestra del desarrollo de Antioquia. En el marco del "Proyecto educativo y cultural de Antioquia 2008-2011" se plantea construir una plataforma ética, técnica y financiera que permita consolidar un sistema educativo-cultural departamental con enfoque social, territorial, poblacional y de derecho, y promover el desarrollo humano para recuperar el liderazgo de Antioquia.

Se identifican seis retos del proyecto educativo-cultural del departamento entre 2008 y 2011:

1. Consolidar un sistema educativo departamental: articulado, coherente, comunicado, eficiente y de cara a los grandes propósitos de Antioquia.
2. Dar pasos sensibles en materia de gestión y aseguramiento de la calidad.
3. Garantizar la equidad en acceso y permanencia.
4. Comportar pertinencia con las potencialidades e iniciativas departamentales y subregionales.
5. Darle eficiencia a la prestación del servicio.
6. Adoptar e implementar el plan departamental de cultura "Antioquia en sus diversas voces 2006-2019".

Así, en el reto 2, "Gestión y aseguramiento de la calidad", se destaca el programa "Fortalecimiento del sistema

departamental de formación de docentes, directivos docentes y otros agentes educativos y culturales", cuyo objetivo es integrar actores, escenarios, contenidos, eventos, acciones y relaciones que posibiliten conjugar, conceptual y metodológicamente, los elementos requeridos para una formación integral que redunde en educación de calidad para los niños, los jóvenes y los adultos de ambos sexos del departamento de Antioquia.

De igual forma, en el reto 4, "Comportar pertinencia con las potencialidades e iniciativas departamentales y subregionales", el programa "Investigación-acción e innovación-acción educativa y cultural", al convertir la educación en la estrategia maestra para el liderazgo de Antioquia, pretende dar impulso al incipiente desarrollo de las culturas investigativa, de apropiación social del conocimiento y de innovación pedagógica y producción científico-tecnológica en actores y establecimientos educativos del departamento. Se busca, con él, crear la plataforma para el mejoramiento de la calidad educativa, incorporando la pregunta, la exploración, la reflexión y la creatividad en la gestión escolar, la práctica pedagógica, el proceso de aprendizaje y en las interacciones de la escuela con el entorno.

Coherente con este reto, se han reunido, en el programa "Investigación-acción e innovación-acción educativa y cultural", un conjunto de estrategias que pretenden consolidar saberes y prácticas para promover valores, actitudes y espacios favorables a la reflexión y la creatividad, en la relación entre el conocimiento, la sociedad y el entorno.

En esta línea, en 2008, la Secretaría de Educación para la Cultura de Antioquia comparte, con la comunidad educativa antioqueña, este conjunto de historias de vida, que recogen las vivencias, las problemáticas y la investigación pedagógica que surge de las prácticas e interrogantes de las instituciones educativas desde los años setenta hasta hoy. El texto *Maestros contadores de historias. Relatos de vida* complementa los relatos de educadores/as que en los años anteriores compartieron sus reflexiones con la comunidad educativa antioqueña.

Por otra parte, con el apoyo a estas iniciativas se promueve, en estudiantes y docentes, la apropiación de la cotidianidad para la producción de conocimiento; específicamente con los/as docentes se pretende dar cuenta del desarrollo del conocimiento pedagógico en el departamento, estudiando problemas relacionados con la educabilidad y la enseñabilidad, que permitan dar orientaciones de política educativa y recomendaciones al mejoramiento institucional.

Los y las invito a adentrarse en este ameno texto y a dar vida a historias que interrogan y narran variados escenarios de la práctica pedagógica en el departamento. En él encontrarán la narración de comunidades de docentes investigadores/as, guiadas por el espíritu curioso y examinador de prácticas pedagógicas y de entornos de actuación, que contribuyen no sólo a la formación intrínseca del/de la educador/a, sino también a la acción educativa pertinente que nuestro territorio demanda.

Luis Alfredo Ramos
Gobernador de Antioquia

Maestros contadores de historias

Voces y vidas en educación

La vida no es la que uno vivió sino la que uno recuerda y cómo la recuerda para contarla

Gabriel García Márquez

Prólogo

En las aulas y salas de estar y en los senderos de los jardines de la casa de encuentros La Salle, en el municipio de Rionegro, a finales de 2007, un grupo de sesenta y cinco maestros provenientes de las distintas regiones del departamento de Antioquia, bajo la orientación de ocho docentes asesores de la Facultad de Educación de la Universidad de Antioquia, prosiguió en la tarea de reordenar sus experiencias en el oficio de enseñar y fijarlas en unas pocas páginas. Al momento del primer encuentro ya se contaba con un ejercicio preliminar de escritura: fragmentos o episodios narrados en múltiples voces, antes que secuencias de un guión preconcebido, más cerca de la pasión sentida en el temblor de la mano al plasmar recuerdos íntimos que de la distante reflexión sobre un objeto mudo indiferente a las vicisitudes de una vida.

Tan pronto se dio inicio a la tarea fue preciso dejar establecidos un principio de inspiración y una delimitación de sus alcances. Como principio que atravesara los distintos momentos del proceso se adoptó el imperativo de de-

jar huella en el terreno compartido de la conversación, en ese poder oír la palabra del otro sin ansias de someterla de inmediato a la mía, e incluso descubrir en el otro algo que no habíamos encontrado en nuestra experiencia del mundo. Para ello, nos inspiramos en Hans-Georg Gadamer, cuando sostiene en acendrado tono clásico:

> La conversación posee una fuerza transformadora. Cuando una conversación se logra, nos queda algo, y algo queda en nosotros que nos transforma. Por eso la conversación ofrece una afinidad peculiar con la amistad. Sólo en la conversación (y en la risa común, que es como un consenso desbordante sin palabras) pueden encontrarse los amigos y crear ese género de comunidad en la que cada cual es él mismo para el otro porque ambos encuentran al otro y se encuentran a sí mismos en el otro.[1]

En este espacio abierto del diálogo entre pares coexisten las inhibiciones y resistencias con la potencia creadora del lenguaje; es un espacio donde alternan los intercambios sobre las pequeñas cosas con los atisbos de una identidad que se expone en público en el acto mismo de narrar.

En la definición de los límites y alcances del texto escrito en preparación, se aclaró que no se buscaba producir historias de vida, en el sentido de textos acabados y redondos, comprensivos de un ciclo vital, sino más bien relatos de vida que compartieran la inquietud acerca del sentido de los afanes cotidianos en las aulas y escuelas, acotados temporalmente a través del cristal de los testimonios de las vivencias de un testigo que es al mismo tiempo el sujeto de la acción. Al afirmar dicha distinción estamos admitiendo la diferencia de significados de las palabras en lengua inglesa *life history, life story, story telling*; en francés, *histoire de vie, récit de vie*, y en español, "historia" y "relato de vida", los cuales tienen menos que ver con la extensión y profundidad del producto de la escritura que con la variada naturaleza de los discursos narrativos.

Antes que nada, aquí se trata de valorar la función conceptual de la palabra "vivencia", que no en vano se identifica en los albores de la literatura biográfica desde el siglo XIX con la intención de entender la obra desde la vida, y se extiende hasta nosotros con un aura desprevenidamente natural para dar cuenta no sólo de lo vivido por uno mismo sino, además, de los efectos duraderos de significado que poseen las experiencias vividas, es decir, la vivencia vuelta algo inolvidable e irremplazable; no el simple recuento de episodios aislados y carentes de significado duradero, sino la vivencia que sucumbe al encanto de la aventura, la que, a pesar de sustraerse del decurso habitual de las cosas, lanzada a lo incierto, no deja de mantener los nexos con lo que interrumpe. Ya lo dice Gadamer cuando precisa:

> Lo que vale como vivencia no es algo que fluya y desaparezca en la corriente de la vida de la conciencia: es algo pensado como unidad y que con ello gana una nueva

[1] Hans-Georg Gadamer, *Verdad y método*, Salamanca, Sígueme, 1996, vol. 2, p. 207.

> manera de ser uno. En este sentido es muy comprensible que la palabra surja en el marco de la literatura biográfica y que en última instancia proceda de contextos autobiográficos. Aquello que puede ser denominado vivencia se constituye en el recuerdo. Nos referimos con esto al contenido de significado permanente que posee una experiencia para aquel que la ha vivido.[2]

Los relatos plasmados en las páginas que siguen, en efecto, no adoptan la forma de autobiografías propiamente dichas ni de biografías o relatos escritos por terceras personas —como suele ocurrir en el caso de los personajes famosos o testigos de excepción—. Tampoco se trata de fragmentos del diario llevado con puntualidad por un etnógrafo solitario a la manera de Bronislaw Malinowski ni son producto de un cuestionario aplicado uniformemente a un grupo focal de sujetos entrevistados a cargo de un equipo interdisciplinario de investigadores externos ni transcripciones fieles o transparentes de entrevistas ni encajan en el molde en uso de las historias de vida en las ciencias sociales.

Estos relatos de maestros son menos que eso, si se quiere, pero no por ello su relevancia se ve disminuida desde la perspectiva de la función narrativa en la educación y, por ende, de los relatos de experiencia dichos en boca de quienes aún tienen mucho por ganar en la dignificación de la carrera profesional docente. Es precisamente ésta la piedra de toque que abre la discusión acerca del porqué, para qué, y cómo escuchar las voces de los maestros contribuye no solamente a comprender la enseñanza como narrativa sino, además, a practicarla con conocimiento de causa de ese juego sutil que le es propio entre la inocencia y la experiencia, la improvisación y la prescripción, la pasión por los detalles y la coherencia en el orden del discurso.

Itinerario

Dos aspectos centrales guiaron la trayectoria de escritura de los relatos: las dimensiones personales y profesionales, y la práctica pedagógica de los profesores. Ellos fueron tomados en préstamo de una matriz de análisis de los tipos de estudios en historias de vida de profesores,[3] que apunta a eludir la mirada excluyente del profesor como un agente de reproducción, mero ejecutor de estándares curriculares "a prueba de maestros", como si el oficio de enseñar no tuviera historia ni futuro. En lugar de una figura idealizada o en sombras, aquí se fragua una identidad en medio de los conflictos y retos propios de las prácticas vividas a diario en los espacios escolares. Es por eso que la fuente principal de reconstrucción de los vínculos existentes entre las prácticas de enseñanza y la identidad profesional docente se parece menos a un álbum fotográfico que se hojea con nostalgia, que a un depósito de materiales vastos y fluidos —"un reservorio tal vez o hasta el vertedero completo de una ciudad, con gaviotas y pilas humeantes de escombros", como lo ve Philip Jackson, quien extiende la analogía a todos los elementos de su actividad:

---

[2] *Ibíd.*, p. 103.

[3] António Nóvoa, *Vidas de professores*, Porto, Porto Editora, 1996, p. 20.

> Empleo los elementos que pesco de ese depósito de diversas maneras. Algunos fueron recuperados y utilizados con tanta frecuencia que afloran al espíritu a la menor provocación. Estos representan eso que llamamos "anécdotas favoritas", "episodios divertidos" y "recuerdos queridos". Incluyen también incontables aspectos que funcionan más como porciones de conocimiento o como aptitudes bien dominadas que exactamente como recuerdos. Evoco fácilmente cómo hacer cosas relacionadas con la enseñanza (cómo planificar una clase) y recuerdo dónde se halla cada cosa (¡la sala donde enseñaré mañana, por ejemplo!). Reconozco las expresiones de confusión o aburrimiento en la cara de los alumnos, las cuales me indican que, pedagógicamente, algo estuvo mal encaminado. Por lo común puedo darme cuenta de cuándo conviene abandonar una línea de interrogatorio y cuándo continuar en ella. Sé qué se siente cuando una clase falla y cuándo está bien lograda. Sé lo que significa ser criticado por los propios estudiantes y lo gratificante que es que esos mismos jóvenes lo elogien a uno. Sé la incomodidad que se experimenta cuando se pierde el hilo del pensamiento en el momento de responder a la requisitoria de algún alumno. Conozco el olor de la tiza, cómo se siente su textura entre los dedos, el sonido que produce al deslizarse sobre la pizarra y las marcas que deja su polvillo en mangas y pantalones.[4]

Decir proceso de identidad equivale a reconocer, por lo menos, tres niveles característicos en los que se despliega la práctica profesional docente:

- La adhesión a principios y valores que informan la convicción positiva en las potencialidades cognitivas y morales de quienes se comprometen en el proceso de formación.
- La acción que tiene lugar en las aulas o en otros espacios, donde se ponen en juego las decisiones espontáneas o planificadas concernientes a los métodos, las estrategias y las innovaciones más adecuadas a los contextos y a los sujetos implicados en la vida escolar.
- La conciencia crítica o el juicio reflexivo discrecional que impele a la comprensión, por parte del profesor, sobre la naturaleza y las consecuencias de su acción profesional, con especial cuidado en el seguimiento de la interacción. La identidad no es un dato puesto ahí en el mundo, no es un atributo natural ni un producto del azar. La identidad se forja en un escenario de tensión de fuerzas, de luchas y conflictos; no en un espacio blanco, sino en un espacio de construcción y reconstrucción de maneras de ser y estar en la actividad docente. Esto justifica plantear la pregunta: ¿por qué y cómo hacemos lo que hacemos en el aula de clase?, en este proceso de escritura de relatos de vida de maestros. La pregunta busca urdir una trama argumental en la que se revelan temas recurrentes, como, por ejemplo:
    * Los ciclos de vida profesional que designan las fases o los períodos marcados que recorre una carrera docente: el tiempo de formación básica en la escuela

[4] Philip Jackson, *Enseñanzas implícitas*, Buenos Aires, Amorrortu, 1999, pp. 115-116.

normal o en la universidad, la primera experiencia laboral, un programa de educación continuada, el itinerario por diferentes sitios de trabajo. Identificar dichos ciclos permite, a la vez, localizar las experiencias significativas, sopesar los sentimientos y las actitudes que pudieron generar, valorar los acontecimientos detonantes en los procesos de formación de los otros y de nosotros mismos.

* El impacto social y personal de los cambios que conllevan las sucesivas reformas educativas, cuyo ritmo frenético apenas si da tiempo para asimilar lo establecido cuando es hora ya de hablar de lo nuevo, lo cual deriva en actitudes contradictorias y confusas de acomodación, resistencia o cambio. En nosotros mismos y en la comunidad educativa, los efectos de resistencia y de moda pueden ser vistos a la luz de nuevas regulaciones en materia de estandarización curricular, de organización escolar, o de selección y movilidad en la carrera docente.

* Incidentes claves en la vida profesional docente, los cuales permiten pensar acerca de los principales acontecimientos que imprimen una marca duradera en el proceso de identificación con el oficio de maestro, en las opiniones y acciones en respuesta a las demandas del entorno social y educativo, en la toma de decisiones profesionales, en los traslados y la asunción de cargos directivos en las instituciones educativas, en la integración de la comunidad en los proyectos pedagógicos, en la responsabilidad social frente a los conflictos del país.

En suma, se trata de narrar la experiencia en la enseñanza vista desde una triple dimensión: del maestro como sujeto que afronta el desafío de todo ser humano, a saber, responder a la pregunta ¿quién soy?, construyendo el relato de su vida; del maestro realizador de una práctica profesional en las aulas y más allá de ellas; y del maestro como agente público investido de una considerable responsabilidad social.

Con miras a alcanzar los objetivos propuestos, el colectivo de maestros se organizó en varios grupos que pudieran rotar por distintos talleres planeados en forma simultánea a lo largo de las jornadas de trabajo, al tiempo que se conformaron núcleos más reducidos, desgajados de los grupos de base, dedicados a la discusión sobre las lecturas seleccionadas y, posteriormente, a una revisión crítica de los textos en el taller de escritura colaborativa.

El taller denominado "La experiencia dos veces contada", orientado por Carlos Suárez Quiceno, parte del postulado de la necesidad eminentemente humana de exteriorizar la experiencia por el lenguaje, haciendo ver la relevancia de la oralidad secundaria en la vida cotidiana, por ejemplo, en las conferencias, en las emisiones radiales, la televisión, la docencia, los encuentros cara a cara. Así como son reconocibles los rasgos de una gramática de la expresión oral, también se aborda la gramática del código escrito, con especial atención en una clasificación posible de los criterios y tipos de relatos. La intención de avistar esta radical diferencia instaurada entre la oralidad y la escritura tiene efectos prácticos en el hecho de estimular el ejercicio de narraciones orales para el rescate de

propuestas de escritura, así como de separar aguas entre la estructura propia de las historias de vida y la de los relatos de vida.

La misma intención estuvo presente en el taller dirigido por Juan Diego Tamayo Ochoa, "Por los caminos de la autobiografía", haciendo hincapié en las fuentes que pueden ser utilizadas en la elaboración de relatos de vida: la entrevista, el texto iconográfico (fotografías), los cuadernos de notas, los diarios. El momento práctico del taller se basó en una asesoría personalizada, mediante la cual se revisaron los escritos en borrador, atendiendo aspectos como la estructura del texto, la planificación, la información factual, la voz del narrador.

Por lo que pudo percibirse, un momento de relax en los encuentros lo constituyó la realización del taller "Biografía del cuerpo", en el que los participantes tenían la misión de explorar los dominios del cuerpo a partir de una concepción de éste como territorio. Así concebido, el cuerpo se plantea como representación, susceptible de una figura idealizada, objeto de aceptación o rechazo u ocultación, mapa de marcas, ritmos y acontecimientos significativos, que hacen posible una memoria del cuerpo surgida de un dibujo compuesto sólo por sensaciones, olores, colores. Pasado el momento inicial de perplejidad o desconcierto, los participantes pronto disfrutaron de los juegos: "Mandala, toda una vida en un eterno retorno", "el cuerpo que expresa", "memoria del cuerpo", "un rostro tejido con palabras", "voces de maestros". La instructora artista Carmen Lucía Pereira promovió también, en el evento de clausura, una exposición de ex libris diseñados por los maestros.

El acompañamiento en las horas difíciles de un ejercicio de escritura que se rinde más al temor del exceso de palabras que al vacío de la página en blanco tuvo en consideración, igualmente, los nexos y las disyunciones que plantea la narración de experiencias en relación con las formas más difundidas de algunos géneros periodísticos, entre ellos, la crónica, el reportaje, la entrevista. Por debajo de la superficie de esta variedad de textos, el taller de Ana Cecilia Sánchez se propuso detectar artificios lingüísticos comunes que son de uso discrecional en el universo de la comunicación, bien sea el caso de exhortar, demostrar a partir de una argumentación lógica, describir, expresar sentimientos y emociones, como también reconocer el manejo diverso de la temporalidad en las narraciones, el registro de las voces narrativas, las ejemplificaciones. Entre tanto, el tema específico de la cohesión y la coherencia en la construcción textual, que nos lleva a lidiar con los conectores, los signos de puntuación, las elipsis y otros, fue el objeto de Lirian Astrid Ciro en el taller llamado "Tejer y destejer".

El joven maestro en formación Leandro Garzón tituló su taller "La crónica: otras voces para narrar-se", queriendo mostrar la significación de este género particular en el entramado histórico de nuestro país, un tipo de texto que cuenta con el respaldo de una genuina tradición en la cultura hispanoamericana, un texto que nos ha expresado por años. Por su parte, María Edilia Montoya escogió, a modo de epígrafe del taller "Las sutilezas entre el reportaje y la entrevista", esta declaración de Luis Bernardo Peña: "los maestros sólo se motivan por escribir cuando descubren que la escritura está profundamente conectada con su vida, surge de ella y a ella regresa".

Un mes después se llevó a cabo el segundo encuentro, con el reto de dejar a punto la escritura de los relatos de vida en el momento de cierre de la jornada. Para ello se dispuso un trabajo por grupos reducidos de escucha y de colaboración en la escritura, no sin antes efectuar un balance preliminar de los aspectos temáticos dominantes, de acuerdo con una primera lectura de los borradores enviados en los días previos al encuentro, como fuerza de choque en el recorrido del tramo final del proceso de escritura. Para esta ocasión se presentó un programa de convocatoria a un trabajo de escritura colaborativa, el cual transcribimos a continuación:

> El primer encuentro de "Maestros contadores de historias" tuvo lugar durante los días 8, 9 y 10 de noviembre. Más de sesenta maestros y maestras de todas las regiones del departamento, acompañados del equipo de asesores docentes de la Facultad de Educación de la Universidad de Antioquia, celebraron un encuentro con el fin de explorar las formas adecuadas de escritura para la recuperación de las experiencias que conllevan a lo que somos gracias a lo que hemos vivido. Fue ésta una ocasión como pocas para resaltar aspectos fundamentales, tales como: el riesgo y el compromiso social que entraña la práctica profesional docente, la expectativa de las nuevas generaciones de docentes por asimilar la herencia de sus propios maestros, los rasgos característicos en los procesos de escritura de experiencias de vida, incluida la conceptualización sobre aspectos formales de las narraciones. Al final del encuentro quedó la certeza de que una interacción centrada en estos elementos incide en una mejor escritura de los relatos de vida de maestros.
>
> Así fue; recibimos alrededor de sesenta y cinco historias, en las que se expresan, al unísono, los sentimientos y las emociones de los maestros, los distintos caminos recorridos en el ejercicio de una profesión que se convierte, en la mayoría de los casos, en el relato de toda una vida. También, y cómo no habría de aparecer, el deseo de jugar con la palabra.
>
> En esta ocasión nos congrega el objetivo de revisar y depurar la escritura, de retomar el juego con las palabras para encontrarles el mejor lugar. Para hacer posible dicho objetivo, nos dividiremos en subgrupos de ocho personas, quienes abordarán un proceso de escritura colaborativa orientado por uno de los asesores de la Universidad.

El resultado del esfuerzo está aquí, en las manos de los lectores, un esfuerzo cuya mejor presentación se condensa en el discurso espontáneo pronunciado por uno de los maestros en el evento de clausura:

> Lunes 3 de diciembre. Mientras en la ciudad y en los pueblos cercanos se siente el ambiente de fiesta y de vacaciones, nosotros nos encontramos reunidos en un salón de la casa de encuentros La Salle, en el municipio de Rionegro. Somos maestros que, con el objetivo de recuperar nuestras vidas a través de la escritura, nos leemos, escuchamos y nos conocemos. Nuestra labor se inscribe en el propósito colectivo de consolidar el tejido social nacional y, en particular, del departamento de Antioquia. Ahora nos ha llegado el momento de decir, a través del lenguaje, cómo se ha dado dicha transformación, mediada por nuestra labor diaria y silenciosa.
>
> Historias en mano comenzamos a leer. Las lecturas arrancan lágrimas, risas, pasiones, rabias, desconsuelos, tristezas, miedos, pero sobre todo sirven de espejo en

donde nos miramos y nos admiramos. El espacio permite el reencuentro con experiencias que generan, en nuestros corazones, gran cantidad de sentimientos encontrados. A la mayoría de nosotros nos hermana el impulso, el amor y el deseo que se siente por ejercer tan noble profesión; también, el trabajo arduo en zonas de alta vulnerabilidad; el deseo permanente de innovar y transformar prácticas no exitosas; la gestión participativa, el impacto social y comunitario de nuestro oficio; el encuentro feliz de la investigación con la educación; la consolidación de otros ambientes de aprendizaje distintos al aula de clases; la vivencia del ser maestro como una aventura y no como una tortura; el contacto frecuente del docente con situaciones de violencia, drogadicción y alcoholismo; las intervenciones pedagógicas relacionadas con el cuidado del medio ambiente y hasta la participación en la construcción de la cátedra municipal para la enseñanza de las ciencias sociales. Caminos que se convierten en retos por afrontar y en posibilidades para crecer como personas y como docentes. Estos tópicos son fragmentos de una vida enriquecida por el trabajo. Mientras leemos, entre colegas, con una actitud colaborativa y de crítica constructiva, aprendemos del otro, lo conocemos, lo escuchamos, debatimos, confrontamos saberes y los retroalimentamos, aceptando que somos seres inacabados y que estamos en un proceso de formación permanente, en el cual el ser, el decir y el hacer del otro nos enriquecen y fortalecen en todos los aspectos.

Horizonte de investigación y formación

El creciente interés, en los tiempos actuales, por los estudios sobre la narrativa y su función en la educación, nombrado por algunos teóricos como el *giro a la narrativa*, se expresa en los trabajos dirigidos a mejorar los procesos de aprendizaje de niños, jóvenes y adultos, además de que centra la atención en la persona del sujeto que enseña, lo cual ha permitido configurar una línea de investigación acerca de la vida profesional de los docentes.

En efecto, desde los años ochenta del siglo XX, distintas líneas de pensamiento confluyen en la reivindicación del conocimiento del profesor como persona, considerado parte fundamental en la comprensión de algo tan intensamente personal como es la enseñanza, en justa reacción contra la larga hegemonía de estudios precedentes en los que los profesores aparecen bien sea como cifras intercambiables en una serie de análisis cuantitativos, o bien como notas históricas a pie de página en el contexto de un análisis funcional de roles de los agentes sociales, o como verdugos al servicio de la transmisión de la ideología dominante, o como víctimas del sistema.[5] El grito de protesta hace eco en *El enseñante es también una persona*,[6] una compilación breve de varios trabajos sobre los conflictos y las tensiones del trabajo docente, en donde se rinde testimonio de un saber en marcha, fruto de las indagaciones de psicólogos, pedagogos y docentes en torno al

[5] Ivor Goodson, *Historias de vida del profesorado*, Barcelona, Octaedro-EUB, 2004, pp. 28-29.

[6] Ada Abraham, *El enseñante es también una persona. Conflictos y tensiones en el trabajo docente*, Barcelona, Gedisa, 2000.

problema común de la vida emocional de los que enseñan, así como de la apertura de una línea de investigación que no había encontrado entonces un lugar adecuado en las ciencias de la educación.

Andando el tiempo, con el refinamiento de las técnicas de investigación cualitativa se ensancha el campo de observación del saber personal de los docentes, aun cuando difícilmente podrá hablarse de una dirección única. Al nuevo objeto de estudio corresponden otras problemáticas, otros métodos. Una línea se abre en la indagación del profesor como práctico reflexivo, otra en la del profesor investigador de su propia práctica, otra en el análisis fenomenológico de las interacciones que tienen lugar en el espacio escolar, otras según el énfasis puesto en las categorías de género, etnia, diversidad o multiculturalismo.

En este espacio se localiza la proliferación de los relatos de experiencias en el aula, las historias de vida de los maestros, las biografías y autobiografías, las narraciones orales, además de las producciones dispares de los expertos académicos que proponen validar teóricamente el uso de dichas fuentes en una dimensión formadora del nuevo profesional docente.

La raíz epistemológica que hace posible este despliegue de interés por la narrativa en la educación puede nombrarse en forma sencilla: lo que hacen las personas cuando dicen o anotan algo de la experiencia de sí mismas, o en relación con otros, no expresa simplemente la ilusión de capturar un instante de la sucesión de acontecimientos hilvanados en la rueca del tiempo, sino más todavía, es la huella del recuerdo, del tiempo recobrado, que adquiere ya la forma del relato.

Por cierto, el uso de las historias de vida como método de investigación en ciencias sociales antecede a su más reciente apropiación en el campo de la investigación educativa. Como recurso metodológico es característica común en las obras más representativas de la antropología y la sociología, como también en parte de una psicología alerta a la captación de conductas sociales "desviadas" o "anómalas", interesadas paralelamente en ir más allá de las situaciones locales observadas, con la intención de descifrar el significado implícito en las acciones individuales y colectivas, a la vez que proporcionar teorías sobre la dinámica de los procesos sociales entendidos en su totalidad.

En conjunto, los aportes metodológicos de las ciencias sociales probados en el trabajo de campo hicieron posible configurar un enfoque de investigación cualitativa, a partir del cual se bifurcan dos líneas de aproximación al "otro": una centrada en el "otro" indígena, soberano en su ambiente natural, cuya lógica de acción se supone inscrita en un universo de representaciones simbólicas no reducibles al "canon occidental"; la segunda, centrada en el ciudadano "otro", habitante del *ghetto*, desplazado en los bordes o en la periferia, estampa viva de la anomia a la que son condenados cada vez más grupos de población en las sociedades modernas. Ambas posturas, ciertamente, no están alejadas de las urgencias de su tiempo, toda vez que asumen un papel protagónico en la toma de decisiones políticas compartidas entre la Iglesia y el poder civil, o imperial, según fuere

el caso, a la manera de cabezas de playa en las políticas reguladoras del Estado de bienestar social.

El ímpetu de la investigación social aplicada habría de reforzar la pretensión de alcanzar cada vez mayores niveles de objetividad con base en la separación del objeto y el sujeto observador e intérprete, en el marco teórico de versiones positivistas que exaltan la figura de un investigador de campo tocado con perfiles heroicos, lanzado a la búsqueda de sus nativos en tierras lejanas, y más tarde de regreso a casa, recogido en la escritura de sus impresiones del extranjero con destino a un público lector ya informado de las reglas del género. Aquí nos vemos frente a la figura del "etnógrafo solitario" a la caza del punto de vista del nativo, que sustenta los tres criterios metodológicos básicos del trabajo de campo: 1) el método de documentación estadística a partir de un ejemplo concreto que podrá ser organizado en un cuadro sinóptico revelador de la estructura tribal y de la anatomía de una cultura determinada; 2) el registro de datos imponderables de la vida real, esto es, la rutina diaria, los cuidados corporales, las relaciones amigo/enemigo, las conversaciones, los rituales, basados preferentemente en la observación directa y no en los interrogatorios o los análisis documentales; 3) el estudio de las mentalidades nativas mediante la recolección de informes, narraciones, el folclore, la magia, todo lo cual puede ser revelador de las concepciones, opiniones y formas de expresión de los nativos.[7]

Al cambio de paradigma en las academias de antropología se suma también la sociología de la Escuela de Chicago, con su énfasis en historias de vida que procuraran algún consuelo a las almas deprimidas de inmigrantes y vagabundos en las ciudades populosas de Estados Unidos después de los años treinta. Dicha corriente genera nuevas producciones literarias en las que el investigador, como autor, asume plenos poderes en la representación de la historia de los sujetos sometidos a examen. Esta narrativa escrita, cuya intención manifiesta era plantear una crítica social, quiso sacar provecho del lenguaje ordinario, enlazando el lenguaje propio de las ciencias sociales con el naturalismo literario, mostrando una visión romántica de las vidas de sujetos víctimas de la "desviación" social, anormales o delincuentes, despojos patéticos de un sistema opresivo. Vistas en su estructura formal, no pocas de estas narraciones se nos presentan homólogas al cuento moral clásico: una introducción, en la que se describe una vida plena de gracia, seguida de un intervalo presidido por la seducción del demonio y la caída, para culminar en la redención final luego de vencer en la travesía las distintas pruebas del sufrimiento.

Tres grandes hitos señalan el camino que conduce al uso sistemático del enfoque biográfico en sociología. El primero está constituido por estudios pioneros de personajes y grupos de población marginada o derrotada que, entre otras cosas, contribuyeron no poco al prestigio de la sociología estadounidense de la primera mitad del siglo XX, con su

[7] Bronislaw Malinowski, "Introducción: objeto, método y finalidad de esta investigación", 1922, en: H. M. Velasco, F. J. García y A. Díaz de Rada, eds., *Lecturas de antropología para educadores*, Madrid, Trotta, 1993, pp. 21-42; y George Stocking, "La magia del etnógrafo. El trabajo de campo en la antropología británica desde Tylor a Malinowski", en: *Ibíd.*, pp. 43-93.

preciado acervo de documentos, tales como cartas, correo de lectores en la prensa, informes médicos y de policía, etc., para sustentar las biografías de importantes líderes en desgracia o de seres anónimos que proyectan la sombra de la exclusión en medio de la sociedad opulenta. En segundo lugar, el arraigo de actitudes de militancia o de intervención en el campo social en las disciplinas humanísticas, las cuales recurren a las historias de vida como instrumentos útiles en la sensibilización o concienciación de las amplias mayorías y en la reivindicación de sus derechos civiles fundamentales. En tercer lugar, los estudios de larga duración, tanto de corte histórico como sociológico, que utilizan nuevas herramientas conceptuales y nuevas fuentes, entre ellas la tradición oral y los documentos personales, hábilmente explotadas en un sinnúmero de trabajos de la historia social inglesa, la historia cultural y la microhistoria.

En las últimas décadas del siglo XX, aun a pesar de la influencia duradera del realismo social y del naturalismo como estilos de trabajo, una nueva generación de variada procedencia incursiona con otras teorías de interpretación: la etnometodología, la fenomenología, la teoría crítica, las teorías feministas, el deconstruccionismo, todas las cuales convergen en el propósito común de conceder la voz a los excluidos, así como de mantener las reservas éticas necesarias que impidan que tanto los investigados como el investigador pierdan la voz en el momento de hablar. En esta aparente confusión de géneros se multiplican los estudios de caso, las etnografías, los retratos de personajes históricos, las biografías y autobiografías, las historias de vida…, pero también las entrevistas mediáticas, los *performances*, los *reality shows*.

La pluralidad de narrativas del yo en el mundo actual de la globalización se corresponde entonces con la citada mezcla de géneros, que permiten delinear un espacio biográfico[8] caracterizado por la recurrencia más que la singularidad, el nomadismo más que el sedentarismo, la hibridación más que la pureza de géneros. El espacio biográfico designa un conjunto heteróclito de narrativas del yo, a la vez divergentes y complementarias, movidas por el afán de apresar el instante fulgurante de la vivencia y así rescatarla del olvido en la sucesión monótona de todos los días, para dejar la huella, el trazo del signo, la marca del yo. Aquí cohabitan desde los géneros más tradicionales de las narrativas subjetivas hasta el registro polifacético de los modos de presentación de la persona en la cultura de masas contemporánea.

Desde luego, la escritura de sí no es una hija exclusiva de la modernidad, aun cuando es a partir de ésta que el género se convierte progresivamente en un fenómeno de época, dadas la naturaleza, la función y la extensión en la apropiación de "las fuentes del yo" moderno. Si se tratare de recordar las más antiguas formas de escritura personal, no podría quedar a la margen esa práctica selecta que enlaza las tecnologías del yo con la notación en cuadernos individuales llevados por sacerdotes, funcionarios y filósofos en la Antigua Grecia, que acompañó el advenimiento de la técnica de la escritura. Los *hypomnemata*

---

[8] Leonor Arfuch, *El espacio biográfico. Dilemas de la subjetividad contemporánea*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2007.

eran, a la vez, registros públicos, apuntes de contabilidad y memoria de conducta personal; pero, a diferencia del modelo cristiano de las Confesiones de San Agustín, los cuadernos griegos no eran un reservorio de votos por la salvación eterna: no perseguían lo indescriptible, ni revelar lo oculto, ni decir lo no dicho. Por el contrario, en ellos se ingresaban citas, fragmentos de libros, ejemplos y acciones que uno había presenciado o sobre las cuales había leído, reflexiones o razonamientos que se habían escuchado o que habían venido a la mente. Constituían una memoria material de cosas leídas, escuchadas o meditadas, contenidas a modo de tesoro acumulado para su posterior relectura y repaso. También conformaban las materias primas para la escritura de tratados más sistemáticos en los que se daban argumentos y estrategias para combatir defectos (tales como la ira, la envidia, las habladurías, la obsecuencia), o para superar alguna circunstancia difícil (como el duelo, el exilio, la ruina, la desgracia).[9]

No obstante, según consenso entre los académicos, es con Jean-Jacques Rousseau que la narración de la intimidad logra atravesar la frontera entre lo público y lo privado sobre la que se funda el orden burgués, para instalarse definitivamente en los más diversos ámbitos de nuestra contemporaneidad. Desde entonces, el relato de la propia vida y la revelación de secretos íntimos opera como reacción ante la fuerza invasiva del interés público que reviste la normalización de las conductas, por la vía de anteponer la "voz interior" como sello de autenticidad y criterio de validez de la razón, y en el acto de solicitar, mediante una interpelación inicial, la complicidad o indulgencia del lector. Con el célebre autor del *Emilio* sobreviene un modo de producción y de circulación de formas de vida que informan o deforman o intercambian, vidas brillantes y vidas oscuras, escritas o listas para ser consumidas en formatos audiovisuales, vidas trágicas y cómicas, de gloria y de miseria.

En este espacio biográfico se reúnen todas las clases de formas narrativas de vida, canónicas, innovadoras, tradicionales y nuevas, prácticamente al alcance de quien quiera, e incluyen: biografías, —autorizadas o no—, memorias, autobiografías, diarios personales, cuadernos de viaje, historias de vida, novelas, películas, entrevistas en vivo y en directo, y también las producidas en el ámbito académico.

> En efecto, cada vez interesa más la (típica) biografía de notables y famosos o su "vivencia" atrapada en el instante; hay un indudable retorno del autor, que incluye no sólo un ansia de detalles de su vida, sino también de la "trastienda" de su creación; se multiplican las entrevistas "cualitativas" que van tras la palabra del actor social; se persigue la confesión antropológica o el testimonio del "informante clave". Pero no sólo eso: también asistimos a ejercicios de "ego-historia", a un auge de autobiografías intelectuales, a la narración autorreferente de la experiencia teórica y a la autobiografía como materia de la propia investigación, sin contar la pasión por los dia-

[9] Michel Foucault, *El yo minimalista. Conversaciones con Michel Foucault*, Buenos Aires, La Marca, 1996, pp. 75-76.

> rios íntimos de filósofos, poetas, científicos, intelectuales. Y, hay que decirlo, a veces no hay muchas diferencias de tono entre esos ejercicios de intimidad y la intrusión en las vidas célebres o comunes que nos depara diariamente la televisión.[10]

Envío

En los años recientes, en Colombia se han dado avances en la dirección de hacer públicos los logros y las realizaciones de los maestros y las maestras regados por todos los confines del país, procurando resaltar los rostros de seres consagrados a la invencible tarea de enseñar en medio de las adversidades. Por lo menos algún día ellos aparecen en el escenario de los premios a los mejores, teniendo como respaldo las evidencias de experiencias significativas construidas paciente y humildemente con los suyos en apartadas instituciones educativas. Sólo desde finales del año pasado, el Ministerio de Educación ha puesto en circulación, en su portal de internet "Colombia aprende", la serie de videos "Vocación maestra", con la finalidad explícita de animar el intercambio de experiencias pedagógicas entre los mismos docentes. El perfil del programa

> [...] muestra las vidas de los educadores, en especial la faceta humana y emotiva de esas personas que están frente al salón de clases y que, como cualquier ser humano, tienen dudas, sueños, decepciones y proyectos de vida.

Años atrás, justo es mencionarlo, el Instituto para la Investigación Educativa y el Desarrollo Pedagógico (IDEP), de Bogotá, ya había producido una serie en papel impreso y audiovisual bajo el título *Vidas de maestros*.

De esta misma corriente hacen parte los ejercicios de escritura de relatos de maestros promovidos en Antioquia en el marco del programa *Maestros para la vida*, cuya continuidad y mejoramiento de los procesos de selección, asesoría y acompañamiento no podría sino significar un paso adelante en la inaplazable conquista de la dignificación de la profesión docente. Pero hay más todavía desde la dimensión de la formación de maestros en la actualidad. Como muchos autores contemporáneos han mostrado, la utilidad de la narrativa en la educación está ligada a los avances cognitivos alcanzados con base en el descentramiento que opera en el acto de contar la historia de vida cuando se asume como un objeto de reflexión. Los alcances de esta perspectiva los ilustra Jorge Larrosa:

> Si el sentido de quiénes somos está construido narrativamente, en su construcción y en su transformación tendrán un papel muy importante las historias que escuchamos y que leemos, así como el funcionamiento de esas historias en el interior de prácticas sociales más o menos institucionalizadas como, por ejemplo, las prácticas pedagógicas. La auto comprensión narrativa no se produce en una reflexión no mediada sobre sí mismo, sino en ese gigantesco hervidero de historias que es la cultura y en relación al cual organizamos nuestra propia experiencia (el sentido de lo que nos pasa) y nuestra propia identidad (el sentido de quiénes somos).[11]

---

[10] Leonor Arfuch, *Op. cit.*, p. 51.

[11] Jorge Larrosa, *La experiencia de la lectura. Estudios sobre literatura y formación*, Barcelona, Laertes, 1996, p. 28.

Como ya señalamos en una ocasión anterior,[12] este conjunto de relatos breves se nos aparece como un juego de espejos, según el cual es posible acercarnos al sentido de las trayectorias de vidas individuales de maestros, como también nos permite ver el afuera de lo que no podemos ver por nosotros mismos. La ruta del trabajo en colaboración permite, a la vez, realizar un trabajo de aprender a contar y a vivir un nuevo relato de investigación acerca de las prácticas pedagógicas actuales y descubrir nuevos horizontes en la formación de quienes se aprestan a asumir el relevo de esta generación cuyas voces de experiencia no pueden menos que dejarse oír por encima del barullo causado por los incesantes cambios e innovaciones que, a veces, intentan volver cenizas los tesoros acumulados de la historia.

Gabriel Jaime Murillo Arango
Jefe de Extensión Facultad de Educación
Universidad de Antioquia

[12] Gabriel Jaime Murillo, "Relatos de maestros para la vida" (prólogo), *Maestros para la vida,* Medellín, Editorial Artes y Letras, 2007, pp. 11-27.

Improntas
de una maestra

Qué horror, mi hija se va para Urabá, una zona guerrillera!", fue la primera frase que pronunció su madre, cuando la nombraron directora de una escuela ubicada en una de las veredas más lejanas del municipio de San Juan de Urabá. El temor y la alegría la invadieron el 1.º de noviembre de 1992, día en que emprendió su viaje en una avioneta que tardó en llegar cuarenta y cinco minutos al aeropuerto de Montería. Allí tomó una *chiva* que la llevó al municipio de Arboletes, por una carretera tan plana que daba la impresión de no tener fin. Luego de tres horas de viaje estaba en el lugar. Inmediatamente sintió el cambio de temperatura, tan brusco que le quemaba la piel. Sus ojos pronto observaron un pueblo solitario y semidestruido; el comando de policía y muchas edificaciones hablaban por sí solas.

Al amanecer del 3 de noviembre, partía hacia el municipio de San Juan de Urabá, acompañada por algunas educadoras paisas. En el camino, ellas hablaban de su trabajo; manifestaban mucho aburrimiento y el deseo de un traslado para buscar la cercanía de sus familias. Tardó una hora en llegar a un lindo pueblo, adornado con palmeras, habitado por gentes de raza negra y morena, personas dicharacheras que no se cansaban de cantar vallenatos y mirar detalladamente al nuevo personaje del pueblo.

Alba Rosa Vanegas Marín

Profesora de la Institución Educativa Chaparral, San Vicente Ferrer, Antioquia

Se presentó en la alcaldía. Un hombre alto y corpulento se acercó, le cogió la maleta y agregó:

— Mucho gusto, me llamo Antonio Mena, soy el jefe de núcleo. ¡Bienvenida cachaca!

— Gracias, me llamo Alba.

El sueño de conocer su escuelita se aproximaba. Dos caballos bien ensillados partieron por una inmensa llanura adornada con mangos, caimitos y guayacanes. A lo lejos, una montaña cubierta de lodo invitaba a la contemplación. Cogida de la tejuela y con llanto en sus ojos, exclamó:

— ¡Por Dios, ¿cuánto falta para llegar a la escuela?!

— Sólo una hora —replicó su jefe.

En ese instante quiso desfallecer, pues ya llevaban dos horas de camino. La consoló el recuerdo de su madre, quien seguramente elevaba a Dios sus oraciones para que le fuera bien. Los caballos se detuvieron a calmar la sed en una quebrada. A unos metros de ésta, había una casa muy grande, con hatos de ganado. Algunos hombres musculosos, de rostro serio y muy armados vigilaban el paso de los transeúntes.

— ¿Qué sitio es ése, jefe?, ¿la escuela?

— No, es una hacienda donde están los que mandan —respondió él en voz baja.

Un puente colgante les esperaba, y más arriba, un conjunto de chozas, en cuyo centro quedaba la escuela: una casa inmensa, de paredes amarillentas y desmoronadas. La hierba tapaba sus zócalos y el musgo se había apoderado de sus tejas de eternit; una orquídea de variados colores era lo único que embellecía aquel solitario lugar.

— Ésta es la escuela de San Juancito. Aquí te dejo.

— Gracias por acompañarme.

Unos chicos pálidos, delgados y con rasgos indígenas salieron de las chozas gritando: "¡Llegó la seño!". En ese momento una mujer, con acento costeño, salió a darle la bienvenida. Con mucha alegría se presentó como Josefa y la invitó a pasar a su casa. No alcanzó a sentarse cuando ya tenía en sus manos arroz con coco, patacón y ñame.

La profesora estaba impactada por la generosidad y la despreocupación, tan contrarias a la pobreza, de aquellas personas. Las chozas carecían del servicio de acueducto, y sus habitantes dormían en hamacas y en camas de palo. Aun así, no les importaba el pan de mañana, sólo se preocupaban por conseguir el alimento del día y eran felices en su medio.

Josefa habló de la escuela con cierta nostalgia: —Mire, cachaca, esa escuelita tenía cuatro profesores y hace un año está cerrada porque la violencia, en manos de un grupo al margen de la ley, hizo desplazar a todos los habitantes de la región.

Mientras la señora hablaba, la profe pensó en su misión: traer de nuevo a la escuela a todos los niños que quedaban, para ofrecerles una mejor calidad de vida. Ese mismo día citó a una reunión extraordinaria para realizar un diagnóstico sobre el pequeño corregimiento, y conocer las necesidades de sus habitantes. Finalizada la reunión, consiguió que se matricularan treinta y cinco estudiantes.

En las estanterías de la escuela encontró unas cartillas del programa *escuela nueva,* de las cuales se apoderaron el polvo, el comején y los zancudos; a éstos se les acababa su ciclo. Unos niños cargados de conflictos, abandonos y maltratos, y faltos de afecto, orientación y alimento pasaron a ser protagonistas del cambio.

Los estudiantes carecían de una cultura alimentaria y de sana nutrición, una de las necesidades detectadas en la comunidad; por eso, la profe propuso implementar un proyecto de huertas escolares y caseras y crear un restaurante para los estudiantes. Para lograr estas metas era necesario que tanto los padres de familia como la comunidad se unieran. Aquellos fueron convocados, y aunque al principio la mayoría se mostró reacia a la propuesta, con la iniciativa de cinco padres de familia se dio paso firme a la obra; meses después otros se unirían al proyecto. Las personas se turnaban para trabajar la huerta escolar y para cultivar sus pequeñas tierras. Los alimentos de las huertas eran destinados al restaurante escolar.

Paulatinamente, la labor de comunidad tomó más fuerza. El municipio participaba contribuyendo con la carne, el arroz y la bienestarina, y algunas mujeres de la comunidad trabajaban de forma voluntaria, turnándose cada semana. El proyecto generó muchos beneficios en los niños y en sus padres. Todos los estudiantes accedieron al servicio del restaurante; los niños no sólo mejoraron en su peso, también en su ánimo y en su rendimiento académico. Los padres aprendieron sobre las propiedades nutricionales de lo que cultivaban, y tomaron conciencia de la importancia de la salud de sus hijos en relación con los buenos hábitos alimenticios y de higiene. Gracias al desarrollo de esta propuesta, la profe Alba logró una transformación muy positiva en cuanto a la cooperación y la unión de esfuerzos de la comunidad, una de sus mayores satisfacciones.

Pasan los días y otras necesidades llegan a engendrar ideas. La profe pensó una propuesta para enseñar a las personas analfabetas. Muchos le decían: "¿Eso para qué? Uno viejo ya no aprende". Pero, sin prestar atención a estas palabras, ella convocó a la comunidad para las matrículas, y aunque sólo asistieron cinco personas, con ellas decidió iniciar su proyecto. Más tarde se le unieron otras diez personas.

El espacio de la clase se convirtió en un intercambio de culturas y de experiencias significativas. Las anécdotas e historias no se callaban. Recuerda mucho las de don Emigdio Cabrera, quien se caracterizaba por su gracia para hacer reír. Éste, el más acomodadito del corregimiento, practicaba la religión evangélica y siempre, al inicio de la clase, leía un capítulo de la Biblia. A los pocos días la profe cantaba vallenato y bailaba mapalé. Ella les

enseñó a bailar pasillo, pasodoble y contradanza; también les enseñó algunas canciones que todavía recuerda: *Los guaduales, Hurí, Flor del campo* y *La ruana*. Cada clase se evaluaba al final, se dejaban tareas… en fin. Al terminar el año lectivo, la mayoría de los asistentes sabían leer y escribir frases, les encantaba leer cartillas y escuchar cuentos. Fueron doce meses de acompañamiento en los que los alumnos manifestaron estar muy contentos.

A nivel social hubo un impacto trascendente. Prueba de ello fue el cambio de los padres de familia, quienes a lo largo del proceso educativo se olvidaron del paradigma "Loro viejo no aprende hablar"; se convirtieron en lectores y, lo más importante, han participado en el desarrollo de sus hijos y en actividades de la Institución.

La vida del maestro es viajar y dejar huellas. Así, el 1.º de julio de 1994 la profe Alba se despidió de su escuelita y de las personas que fueron protagonistas de la bella historia en Urabá. "Hasta luego Estebana, Fela, Carmen y Emigdio, niños y niñas ¡los llevaré en mi corazón!", se decía el día de la despedida. Cerraba un capítulo de su carrera para abrir otro con nuevas expectativas.

La trasladaron a una vereda del municipio de San Vicente, en Antioquia. Para ella fue lo mejor, pues estaba más cerca de su familia y podía empezar los estudios universitarios. Pocos días después, llegó como seccional a la vereda Cruces. Allí la esperaban unos estudiantes tímidos, poco comunicativos y carentes de una adecuada orientación en el área de educación artística, lo cual la llevó a identificar un problema en el área.

La educación artística que se impartía en esta institución se asociaba sólo con acciones como dibujar y pintar. Estas clases no poseían una intencionalidad pedagógica, con la agravante de que muchas veces se sustituían por otra considerada de mayor importancia. Ante dicha situación, Alba propuso un proyecto para sensibilizar a los demás maestros frente al área, a fin de darle el reconocimiento y el estatus merecidos.

La escuela comenzó a fortalecer expresiones artísticas como la danza, la poesía, el canto, la pintura, la formación de hábitos de apreciación, el cuerpo, su expresividad y comunicación a través del ritmo. Mediante muchos concursos, dinámicas y juegos se organizaron grupos para las distintas modalidades, hasta que todos quedaron ubicados en una modalidad específica. Los estudiantes se motivaron mucho con esta propuesta; pronto aparecieron líderes que orientaban sus grupos, principalmente en los descansos. La escuela se hizo a talentos que la representaban en actos culturales y escuelas aledañas.

El propósito de la profesora Alba era generar cambios positivos en los docentes, estudiantes y comunidad en general; quería transmitirles su amor al arte, a la literatura y a la música. Para ella, el arte es vida y la vida es arte. Explorar, preguntar, asombrarse, jugar y recrearse son experiencias del diario vivir que llevan a las personas a conocer, interpretar y representar su mundo.

Así como le sucedió con su antiguo grupo de adultos alfabetizados, Alba pudo constatar que los profesores de su escuela cambiaron de paradigma. "Ya la clase no es un relleno; la formación artística pasó a ser una materia primordial". Los estudiantes también se transformaron, sus expresiones corporales ya eran una forma de comunicación, habían fortalecido sus actitudes críticas y creativas, sus sensibilidades e imaginaciones, sus interacciones con los demás y con el entorno. En la actualidad, muchos estudiantes recuerdan a Alba, destacan sus clases, el espacio de los descansos y los actos culturales.

El 18 de abril de 1996 fue trasladada a la vereda Chaparral del mismo municipio. Ser maestra en ese lugar era su sueño desde que estudiaba en la Normal de Marinilla. El sentido de pertenencia por la vereda era muy grande, y ello la llevó a iniciar una investigación sobre su historia, que tituló "Una historia con huellas", con el propósito de formar identidad, tanto en la vereda como en el municipio. Con su investigación ocupó el tercer puesto en un concurso que promovió la Casa de la Cultura del municipio.

Por la calidad de esta investigación, Alba fue postulada por un integrante del Centro de Historia del municipio para pertenecer a éste como miembro activo. Ella aceptó con gusto el cargo, que ha sido de gran trascendencia en su vida, porque ha aprendido de la labor de investigación, mejorado sus producciones textuales y compartido con personas de gran calidad humana.

Su libro ha creado un gran impacto general, sobre todo entre la comunidad educativa. Ha servido como guía para otras investigaciones y para la elaboración de la Cátedra Municipal, y ha contribuido a mejorar el sentido de pertenencia por la vereda, y a valorar la historia y el patrimonio de los antepasados.

Como maestra se ha sentido realizada con su proyecto de vida, y está convencida de que con dedicación, responsabilidad, amor y entrega se logran grandes sueños y se obtienen muchas satisfacciones

Datos autobiográficos

de un educador antioqueño

Me contó mi madre —que en paz descanse—, que cuando ella tenía ocho meses de embarazo se presentó en mi familia una tragedia inolvidable. Un domingo muy lluvioso, uno de mis hermanos mayores salió a mercar en una bestia a mi pueblo, Briceño; a él le tocaba pasar cañadas que crecían caudalosamente. Siempre acostumbraba llegar a las cinco de la tarde, pero pasó el tiempo y nada que aparecía; a causa de la oscuridad y la lluvia nadie se atrevió a moverse para ver que había pasado.

Al amanecer salieron en su búsqueda. Grande fue la sorpresa que se llevaron al encontrar, a un lado de la quebrada, la bestia en la que se transportaba mi hermano, enredada en unos árboles y sin la enjalma. Continuaron buscando y más abajo en la playa encontraron algunas cosas del mercado; la búsqueda continuó muchos días sin resultados, porque mi hermano nunca fue hallado.

Con esta tragedia mi madre sufrió mucho en el resto del embarazo, y el 3 de noviembre de 1959 nací yo. Cuenta mi madre que su expresión cuando me dio a luz fue: "¡Aquí nació el reemplazo de mi hijo Óscar que tanto nos ayudaba, pero quiero que este nuevo hijo que Dios me ha dado se prepare y desarrolle su proyecto de vida como un ciudadano útil a la sociedad!".

Alberto de Jesús Gutiérrez Pino

Profesor del Centro Educativo Rural Los Álamos, municipio de Briceño

Cuando tenía seis años murió mi padre y como herencia me dejó una ternera. Pasó el tiempo y mi ternera había crecido, y dice mi madre que en la vereda hicieron por primera vez el Altar de San Isidro, y que a mí se me metió en la cabeza donar la novilla para el evento. Ella se lo manifestó al sacerdote y él, que era un hombre de gran corazón, dijo: "Dejémoslo que lo haga, pero le vamos a devolver una que valga la mitad de ésta". Así hizo público el caso y lanzó bendiciones sagradas.

Tenía siete años cuando me matricularon en la escuela de la vereda Las Auras. Era muy retirada y para llegar me tocaba caminar una hora; sufría bastante, especialmente en los tiempos de invierno, pero muy animado cumplía con mis tareas, destacándome por el buen rendimiento académico y deportivo, en la modalidad de atletismo, que me encantaba y practicaba con entrega y dedicación. Mi madre siempre me animaba en todas estas actividades y estaba dispuesta a ayudarme, aunque con mayores dificultades por la ausencia de mi padre y mi hermano.

Desde pequeño soñaba con ser maestro. Así lo demostraba en los juegos que realizaba con niños de mi edad; en las actividades que organizábamos, yo hacía las veces de profesor y ellos mis estudiantes. Así pasó el tiempo, y por las dificultades y enfermedades que tenía que afrontar a causa de la distancia de la escuela a la casa y las lluvias, me enviaron a estudiar al municipio de Valdivia. Allí viví en casa de unos familiares donde, aguantando humillaciones, logré estudiar hasta el grado cuarto de primaria.

Luego me fui a vivir al municipio de Briceño, donde hacía lo mismo, pero esta vez el sacrificio era mayor porque en las tardes, cuando salía de estudiar, me iba a traer leña con varios amigos para cocer los alimentos. La actividad era constante y comprometida, y a veces llovía demasiado y se nos dificultaba llegar a casa con los palos de leña.

Teníamos en ese entonces educadores muy animados en la parte deportiva, entre los cuales se destacaba Jesús Antonio Villa, quien siempre me apoyó y me dio ánimo para la práctica del atletismo. Constantemente se realizaban diferentes pruebas en las que siempre me destaqué. Al finalizar el año de 1974 logré terminar el quinto de primaria en la escuela José María Córdoba del municipio de Briceño, liderada por un gran director que se llamaba Enrique Montes, hombre emprendedor y gestor de muchos proyectos en beneficio de la comunidad educativa.

Animado, continué mis estudios secundarios en el colegio del municipio. Las clases de religión y ética eran dictadas por el presbítero Aristóbulo Torres Osorno, quien además de alentarme a seguir los estudios, me aconsejó ingresar a una Normal y así prepararme como docente, profesión para la cual me veía enormes capacidades. Él se ofreció a ayudarme, y me consiguió el puesto en la Normal Mixta de Ebéjico Nuestra Señora de Fátima, orientada por las hermanas Hijas de la Misericordia.

El sacrificio en la parte económica era mayor, pero afortunadamente con varias situaciones muy positivas a mi favor. Mi madre y mis hermanos continuaron cuidando la

novilla que me había dejado mi padre por herencia; ya tenía varias crías. En este municipio tuve una gran acogida por parte de los amigos que me ayudaban para mi sostenimiento; conseguí mejores fuentes de trabajo, por ejemplo, como locutor de una emisora que tenía la parroquia llamada "La Voz de Ebéjico". Ahí trabajaba desde las 6 p. m. hasta las 9 p. m., hacía programas de complacencias, avisos, charlas de la parroquia y las instituciones más importantes del municipio; además, de seis a siete de la mañana se transmitía la santa misa y se daban algunos avisos de importancia.

El estudio en la Normal fue muy agradable, debido a que me gané el aprecio de los profesores y compañeros de estudio, por la responsabilidad con que realizaba mis trabajos, la entrega y la dedicación a las actividades que me eran encomendadas, el liderazgo y el espíritu emprendedor que siempre me han caracterizado, y todo esto acompañado de un buen rendimiento académico.

En lo deportivo, continué las prácticas con más énfasis y dedicándole mucho tiempo al atletismo. En 1979 la Normal fue invitada a las fiestas de los veinticinco años que cumplía el Liceo José María Villa de Sopetrán, Antioquia, donde tuve la oportunidad de correr una prueba de atletismo realizada entre colegios del occidente, con algunas representaciones de Medellín. Me coroné campeón después de un gran esfuerzo para superar a los demás competidores.

En 1980 terminé mis estudios y me gradué como maestro bachiller. Salí con mucho ánimo y satisfecho de ejercer esta profesión. En mi pueblo natal ya me tenían lista una escuela rural para que iniciara el trabajo, pero me encontré con una gran dificultad: ese año había salido un decreto que obligaba a todos los bachilleres a pagar servicio militar. Esto me llevó a realizar muchos gastos de tiempo y dinero; acudí a la colaboración de algunas personas quienes, después de transcurridos nueve meses, me consiguieron la libreta militar; en ello gasté el resto de mis ahorros.

El 10 de septiembre de 1981 logré vincularme como docente en una de las escuelas más lejanas, ubicada en la zona rural del municipio de Briceño. Se llamaba Montebello, de la vereda La Sierra, a seis horas de la cabecera municipal. La pequeña institución se encontraba cerrada, debido a los múltiples problemas que tenía esta comunidad; trataban mal al docente y hacían muchos daños en la planta física. Cuando llegué, encontré un local deteriorado y sin material para trabajar, lo cual no me impidió iniciar, pues tenía muchas ganas de empezar a ejercer mi profesión y así poder ayudar a la gente. En poco tiempo, con la ayuda de la administración municipal, conseguimos dotar la escuela de pupitres y material didáctico y mejorar la planta física. Allí trabajé durante cinco años, logré sacar a la comunidad educativa adelante y recuperar la buena fama que había perdido la vereda.

Luego me trasladaron al corregimiento Las Auras, al Centro Educativo Rural Las Cruces, comunidad donde nací y pasé mis primeros años de vida. En ese sitio logré constituir una familia sólida, con valores como el respeto, la honestidad y la justicia, los cuales son

necesarios para consolidar una sociedad equilibrada, respetuosa de la ley y orientada hacia la convivencia.

Todo lo anterior me motivó a seguir trabajando por la comunidad de aquella escuela. Con la colaboración de la Junta de Acción Comunal y la comunidad educativa, logré gestionar e impulsar varias obras de infraestructura que mejoraron notablemente el nivel de vida de las personas. Entre las obras más notorias que pude ejecutar se destacaron la construcción de la placa polideportiva, el acueducto, con una longitud de más de 16 kilómetros; algunos mejoramientos de vivienda y apoyos, con el restaurante escolar, para las personas más necesitadas. Cada una de las cosas por las cuales se ha luchado han dado un gran resultado y empuje a esta comunidad.

Estando en aquel corregimiento inicié mis estudios universitarios. Hice inicialmente una tecnología en educación preescolar, en el Tecnológico de Antioquia; más adelante, una licenciatura en educación básica, en la Universidad Católica del Norte, y finalmente, en el año 2006, me inscribí en la Universidad los Libertadores, con sede en Bogotá, para cursar una especialización en informática y multimedios.

A lo largo del recorrido que llevo en la docencia también he prestado mis servicios como docente en los centros educativos El Turcó, Morrón y Los Álamos, ubicados todos en el municipio de Briceño. En estos otros centros se han llevado a cabo proyectos importantes para el bien de la comunidad y su desarrollo, relacionados con la educación y la infraestructura.

En el Centro Educativo Rural El Turcó trabajé durante cinco años. En esta escuela gestioné, con la administración municipal y el departamento, la vía carreteable para la vereda, la cual ha proporcionado mayor bienestar, comodidad y progreso, y ha mejorado la calidad de vida de los miembros de esta comunidad, ya que ahora se pueden sacar los productos que allí se cultivan (leche, yuca, plátano, etc.) para ser comercializados, y desde ese momento han tenido más acceso a servicios de salud, deporte, recreación, cultura y otros. En esta misma vereda se construyó el acueducto, que beneficia a todos sus habitantes, porque genera mejor atención en cuanto a servicios públicos y les brinda la prevención de enfermedades virales y la protección contra otras bacterias. También se logró la construcción de la placa polideportiva en la vereda, que ofrece un espacio de sano esparcimiento que beneficia a todos los miembros de la comunidad educativa, aleja a los jóvenes de los malos vicios y les permite integrarse para compartir experiencias y vivencias. Sirve, además, como un espacio en el que se congregan todos los grupos generacionales existentes en la comunidad.

En la escuela Morrón desempeñé mi labor durante tres años. Participé en la construcción, elaboración y ejecución del proyecto MANA,[1] que se realiza a nivel departamental. Se trabajaron ejes temáticos en proyectos pedagógicos, pactos por la

[1] Plan de Mejoramiento Alimentario y Nutricional de Antioquia —MANA (N. del E.).

infancia, y proyectos productivos mediante los cuales se buscaba el mejoramiento de la nutrición de los niños de Antioquia. Con ello se vio beneficiada la comunidad de Morrón y se impulsó un nuevo proyecto productivo basado en la cría de cerdos y pollos y huerta escolar.

Actualmente ejerzo mis servicios en el Centro Educativo Rural Los Álamos, con el claro objetivo de seguir ayudando e impulsando a esta comunidad en todos los aspectos que estén a mi alcance. Vale la pena destacar que, en mi recorrido como docente, una de las actividades que más me han llevado al éxito en el desarrollo de los proyectos con las comunidades en las cuales me he desempeñado, ha sido impulsar y desempeñarme exitosamente en deportes, entre los cuales se destacan el atletismo y el *futsala*, y es así que en éstos se ha llevado a cabo un trabajo arduo. En las veredas donde he trabajado hemos organizado torneos de *futsala*, hemos creado espacios de sano esparcimiento y logrado una gran integración.

También he realizado actividades en el campo de preparación de deportistas en la modalidad de atletismo, para que representen su centro educativo, la vereda o el municipio a nivel zonal y departamental; han llegado a ocupar los primeros puestos y hasta se han ganado el apodo de "los hijos del viento". Todos estos logros a nombre del trabajo pedagógico y deportivo han llevado a los jóvenes a identificarse conmigo, gracias a los triunfos obtenidos en los juegos departamentales del magisterio (campeón departamental de los cinco mil metros en el municipio de Jericó y de los diez mil metros en el municipio de Sonsón), lo cual me pone como un ejemplo.

En los veintiséis años que llevo en la docencia siento una gran satisfacción y un gran amor por mi quehacer docente, al cual me he entregado con el mayor de los gustos, a fin de aportar un granito de arena para la construcción de una Colombia que respete los valores y, sobre todo, que los practique. Lucho por todos los proyectos que redunden en beneficio de la comunidad donde laboro, ya que esto le permite avanzar y ser cada día mejor.

En todas las escuelas donde he trabajado se ha seguido lo estipulado por la Ley General de Educación, lo cual ha hecho posible la participación democrática para la elección del gobierno escolar, el encuentro entre los estudiantes y el fortalecimiento de sus capacidades de ser líderes.

Las actividades de cada año siempre están enmarcadas en un ambiente de armonía, alegría y diversión; así se logra integrar las comunidades escolares con la realización de la fiesta del niño y de la familia, desde eventos culturales, deportivos y recreativos.

En todo este recorrido educativo he vivenciado y expandido múltiples valores que me han destacado como un ser íntegro, humano y profesional, que siempre ha buscado mejorar la calidad de vida de todas las personas, a partir de la construcción diaria de nuevos escenarios pedagógicos y escolares, donde mi gran legado y bandera es la RESPON-

SABILIDAD, pues la educación es un proceso que se construye día a día, en el cual docentes y educandos crecemos y luchamos por el bienestar de la sociedad colombiana

Anexos

Leer y escribir
para comprender

Recuerdo aquella mañana fría del mes de abril de 1979. Mi mamá y mi hermano se despertaron muy temprano, había llegado el día de partir hacia Venecia, lugar en el que empezaría mi labor como maestra. Me sentía un poco nerviosa, tal vez insegura, pues era mi primera salida de la casa hacia otro municipio. Llegamos al corregimiento de Camilocé, lugar en el cual esperaríamos el bus de Betania que nos llevaría hacia la vereda La Loma, donde quedaba la escuela. En el transcurso del viaje íbamos muy callados observando el paisaje, algunas veces nos mirábamos y sonreíamos nerviosamente, pero no nos atrevíamos a entablar un diálogo. Así continuamos hasta que el conductor nos hizo una señal y dijo: "¡Aquí es, señora!". Sentí un gran vacío, susto o alegría, no sabría explicarlo. Nos bajamos, lo primero que me impactó fue el vuelo de los pájaros y la proximidad de las nubes a ese cerro que se veía tan imponente y a la vez tan cercano a nosotros.

— ¡Ése es Cerro'etusa! —exclamó mi hermano.

— Alguna vez subiré con mis niños —le dije.

Mamá me miró y sonrió; me transmitió con esa sonrisa una gran tranquilidad y alegría. Aligeré el paso como queriendo llegar pronto. Encontramos una portada, nos preguntamos si sería la entrada para la escuela, la abrimos y caminamos por un sendero rodeado de árboles, hasta llegar a una inmensa casa de color rojo y blanco con grandes prados a su alrededor. Pregunté a un señor que encontré a la entrada:

Ana María Betancur Hernández

Profesora de la Institución Educativa San Fernando, municipio de Amagá

— ¿Ésta es la escuela?

Él sonrió y me dijo:

— No, ésta es la hacienda. La escuela queda a cuarenta y cinco minutos.

Al llegar a la escuela entramos. Nos recibió una señora muy amable y atenta, era doña Carmen.

— Ella es la profesora — le dijo mi mamá.

— ¡Es muy joven! —respondió ella.

Nos mandó a seguir y nos atendió muy bien. Pude observar, en su mirada y actitudes, que era una mujer muy estricta, pero a la vez muy tierna. Sentí seguridad, me quedaría hospedada allí.

Luego de un corto descanso, un trabajador nos acompañó hacia la escuela. En el recorrido me embelesaba mirando la belleza de ese paisaje, jamás había estado en un lugar tan agradable. Estar en contacto con la naturaleza me hacía sentir tranquilidad, poco a poco desaparecía el miedo; mamá y mi hermano también lo disfrutaban. Por fin llegamos a la escuela. No era la construcción que esperaba ver, pero esa casona vieja con ventanas grandes y antiguas, de patio de tierra, con dos árboles frondosos a lado y lado me hizo sentir una gran emoción. Éste sería mi espacio de trabajo día a día, donde empezaría a construir una experiencia de vida para mí y para las personas que tendría a mi cargo. Regresamos a la hacienda desde donde mamá y mi hermano debían partir. Se fueron muy contentos y tranquilos, porque percibieron, en mí, alegría y tranquilidad de estar allí.

Al día siguiente me levanté muy temprano, pues tenía gran ansiedad por conocer a los niños y las niñas que serían mis alumnos, los primeros de mi experiencia como maestra. ¡Cuánta felicidad sentía! Un niño fue a buscarme a la hacienda para acompañarme en el recorrido; le pregunté su nombre:

— Profesora, me llamo Israel. Yo sé que usted se va a amañar mucho con nosotros.

— Así lo creo —le contesté.

Al llegar a la escuela escuché un bullicio. Eran los niños y las niñas, que venían a estudiar. Entré, los saludé, me presenté y luego pasamos al salón. Era un espacio amplio, dividido en el centro por un tablero de madera, por lo que supuse que se trabajaría con dos grupos, primero y segundo grado. Los niños y las niñas se sentaron en sus pupitres bipersonales que, aunque viejos, estaban en buen estado. Empezaron a contar sus experiencias sobre la recolección de café, el lugar donde vivían, sus padres, lo que hacían cuando no iban a la escuela, etc., con lo cual comencé a hacer mi planeación, partiendo de sus necesidades y expectativas.

Los días transcurrían buscando siempre el bienestar de los niños y de la comunidad, con la escuela como un centro de encuentro para todos. Fue una experiencia maravillosa e inolvidable, porque aprendí el verdadero valor de la convivencia, la solidaridad, el respeto, el buen ejemplo y la responsabilidad; allí, en contacto con la comunidad, entendí

que una de las cualidades esenciales con las cuales debe trabajar un maestro es la sencillez, junto con una gran calidad humana que lo lleve poco a poco a ganarse el respeto de una comunidad entera. Tuve la oportunidad de conocer a cada familia de la vereda, cada rinconcito donde vivían, con sus dificultades y sus alegrías; me fui convirtiendo en enfermera, consejera, psicóloga, mamá, hermana y amiga.

En 1985 fui trasladada al municipio de Amagá, vereda El Cedro, donde trabajé cuatro años. Luego pasé a la escuela La Ferrería, y ya empezaba a inquietarme la enseñanza de la lecto-escritura, como un aprendizaje diferente a una mera repetición. Quería hacer de este proceso un espacio de disfrute y, a la vez, de aprendizaje comprensivo, partiendo del contexto y de los saberes previos de niños y niñas; pero, ¿cómo hacerlo?

En aquel momento tenía mis ganas, mi creatividad, pero desconocía la teoría referida al enfoque constructivista en la enseñanza de la lectura y la escritura. Sin embargo, me aventuré, e inicié el trabajo con los cuentos, cambiando un poco la enseñanza tradicional de la lectura y la escritura. *Nacho lee* se iba quedando atrás, en mis clases ya no era indispensable. Los niños mostraban resultados, aprendían sin tener que repetir constantemente sílabas, la clase empezaba a cambiar, pero todavía me inquietaba cómo seguir una secuencia donde se lograra un proceso continuo para evaluar los avances y las dificultades que presentaban los estudiantes. Fue en el año 1997, al iniciar la licenciatura en educación preescolar, cuando tuve la oportunidad de ver el área de lengua materna, y pensé: "¡aquí está lo que buscaba!".

Las dudas que tenía se fueron resolviendo con la teoría que mostraban las investigaciones de Emilia Ferreiro y Ana Teberosky. Aún recuerdo sus premisas: "Leer no es descifrar, sino construir sentido a partir de los signos gráficos y de los esquemas de pensamiento del lector". "Escribir no es copiar, sino producir sentido por medio de los signos gráficos y de los esquemas de pensamiento del lector". "La lectura y la escritura no se restringen al espacio escolar".

La relación de la teoría con la práctica fue fortaleciendo mi deseo de cambio, de atreverme a mejorar mis prácticas pedagógicas y construir conocimiento a partir de la investigación en el aula; de esta manera iba logrando organizar unas estrategias pertinentes.

En este proceso, leer y escribir ya no era algo tormentoso para mí, ni para mis estudiantes. A los padres de familia les gustaba la forma como enseñaba, por lo cual trabajé mucho tiempo con el grado primero. En 2003 fuí trasladada a la zona urbana, a la Escuela María Auxiliadora, la que en pocos días se fusionó con la Escuela Normal Superior. En esta institución se venía trabajando, de años atrás, la lectura y la escritura con el enfoque constructivista, lo cual me alegró, pues allí podría seguir perfeccionando este proceso, aplicando estrategias como el cuaderno viajero; la hora del cuento, cada mes, con los padres de familia; la cartilla elaborada por los niños y las niñas con las etiquetas más conocidas por ellos; la biblioteca en el aula, con textos traídos por los niños (revistas, cuentos, directorios, libros de todas las áreas), con el fin de motivarlos a la lectura y a la escritura de textos cortos. Inicié un proceso de capacitación en Copacabana sobre lectura y

escritura en la infancia, y en la Universidad de Antioquia hice algunos seminarios que contribuyeron a fundamentar mi práctica pedagógica.

La hora del cuento ha sido una estrategia muy interesante. La participación de los padres de familia es fundamental en este proceso, pues deben prepararse con anticipación en el trabajo de lecto-escritura que llevarán a los niños, tener en cuenta el título de la historia y los personajes, resaltarlos en el momento de trabajar con el grupo, y utilizar títeres mediante secuencias de imágenes. Luego, utilizan tarjetas donde colocan los nombres de los personajes, con el fin de que los niños los identifiquen, hagan el conteo de las letras y nombren algunas de ellas. Al inicio cada padre trabajaba un cuento diferente, pero al momento de socializar el trabajo se perdía la esencia de los referentes dados y se lograba poca interiorización en niños y niñas; por tanto, se acordó trabajar el mismo texto en cada sesión. La estrategia permite transversalizar cada una de las áreas del conocimiento, y fortalece la integralidad; cada temática gira alrededor de la lectura y la escritura.

Los niños que accedían al mundo de las letras en compañía de sus padres disfrutaban este momento, pues cada vez reclamaban este espacio: "¿Cuándo vienen las mamás?". "Profe, ¿cuándo le toca a mi mamá?". El avance en la producción de textos cortos era evidente; empezaban a surgir las primeras escrituras de los niños, y aunque no convencional, ya se atrevían a escribir lo que sentían o lo que querían expresar. Las mamás se fueron convirtiendo, poco a poco, en jalonadoras de este proceso. Ellas creían que el aprendizaje sólo se podía lograr por medio de la enseñanza tradicional; pero cuando empezaron a ver las primeras producciones de textos de los niños y las niñas, sintieron gran satisfacción de haber participado en forma activa en esta propuesta.

A partir de allí continuamos con el cuaderno viajero, que se construía en cada familia, viajando cada ocho días a una de ellas. El trabajo de construcción escrita se hacía en familia; el niño debía escribir y entre todos lo decoraban. El texto lo llevaban a la clase, donde lo socializaban con sus compañeros. El cuaderno se iba convirtiendo en un libro de consulta en el que se encontraban poesías, trovas, historias, adivinanzas, juegos, anécdotas, trabalenguas y canciones.

El mundo de la lectura y la escritura empezaba a tener sentido para los niños, estaban construyendo su realidad, su contexto. En mi desempeño como maestra sentía satisfacción, porque estaba logrando hacer de la clase un espacio de disfrute y construcción de conocimiento, donde involucraba, a la vez, diferentes actores de la comunidad educativa.

Siempre dudé de los métodos para enseñar a leer y escribir centrados en la decodificación y no en el significado, porque se descuidan aspectos comprensivos y comunicativos, y se ignora su sentido y su función social y cultural. En este proceso me di cuenta de que el niño llega a la escuela con unos saberes, pues desde muy pequeño ha estado en contacto con el lenguaje y, por tanto, tiene muchas expectativas y ganas de aprender. Indagando sobre los procesos comprensivos de los niños, descubrí que ellos, desde que escriben haciendo garabatos e interpretando libremente los textos, tienen no solamente una intención comunicativa, sino que están comprendiendo lo que hacen. El maestro debe ser un jalonador, capaz de ayudar a recorrer esos caminos que llevarán, a niños y niñas, a una escritura alfabética llena de sentido, con situaciones de aprendizaje que, partiendo de interacciones comunicativas, favorezcan la construcción.

Como docentes nos preguntamos sobre cómo incidir en una comunidad y brindar espacios en los cuales los estudiantes se preparen para la vida, para que sean capaces de solucionar problemas o proponer alternativas de solución a situaciones cotidianas.

Actualmente trabajo en la institución educativa San Fernando, del municipio de Amagá, donde dirijo el nivel preescolar. Ser maestra ha sido para mí un gran privilegio, puesto que significa orientar a otros no sólo en conocimientos, sino también en valores. ¿Quién de nosotros no recuerda con cariño a ese maestro o esa maestra que nos acompañó en nuestros primeros años, nos enseñó las primeras letras, descubrió nuestros talentos y nos aventuró en proyectos que de otra manera no hubiésemos emprendido?

Me inicié en la docencia a los dieciocho años. Estaría en deuda con la vida si no me hubiera dedicado a esta profesión; ha sido algo maravilloso estar cerca de los niños. ¡Cuánta riqueza expresiva, creatividad, dinámica y alegría! ¡Cuánta ternura en la comunicación grupal, cuánta magia! ¿Cómo olvidar todas las vivencias que he tenido con los niños?

Cuando habla
el corazón

Beatriz del Socorro Monsalve Villa

Profesora de la Institución Educativa rural Benilda Valencia, vereda Las Ánimas, municipio de Donmatías

Mi vida siempre ha sido de salón de clase, donde he tenido el tú a tú con mis alumnos como una pasión. Hablaba con la directora, quien me estaba comunicando que participaría en "Maestros para la vida"… y poco a poco se fue volviendo más lejana su voz, aparecían interrogantes que se agrandaban y desaparecían en el ambiente campestre que me abrigaba. No le entendía el significado de las palabras y, al mismo tiempo,

me abrazaba un sentimiento amable, de cierto regocijo, de reflexión, de evaluación muy personal de cara a Dios. Quería darle mis primeras impresiones a la directora, pero no atinaba a balbucir sílaba alguna.

Un pensamiento inquieto y cuestionador daba vueltas en mi cabeza. En fracciones de segundo me fui abstrayendo del mundo presente y sentí cómo llegaba, en miniatura, al corazón. ¡Sí! Estaba entrando por primera vez a mi corazón. En ese momento palpitaba con tanta fuerza que, al comienzo, me sentí asustada, pero a medida que me adentraba en él, fuí sintiéndome muy bien.

Ahora no entendía porqué esta sensación tan especial; lo que sí puedo afirmar es que, a medida que me adentraba más y más en el corazón, me iba embargando una tranquilidad y una paz interior espectaculares. Miraba a todos los lados, porque no quería perderme el más mínimo detalle; notaba que pasaban rostros felices de sonrisas abiertas y sinceras, dulces de chocolate y caramelo, números y más números, adolescentes que mostraban sus caras expectantes, que cambiaban rápidamente a la expresión de alegría y de agradecimiento.

No pasó mucho tiempo cuando alcancé a ver unas imágenes que me fueron muy familiares. Estaba Jonathan, pequeño, gordito, con dificultad para caminar; en su rostro se dibujaba una alegría que hacía brillar sus ojos verdes y muy pequeñitos, casi redondos. Recuerdo que lo llamaban "el altavoz de la vereda".

Realmente Jonathan fue un emocionante protagonista por allá en 1974, quizá el día más emocionante en mi vida laboral, porque allí se inició el episodio que marcaría para siempre ese deseo ardiente de servir, compartir y disfrutar con mis alumnos.

Recuerdo que esa mañana iba alegre, deseosa de conocer el sitio de trabajo, Machado, jurisdicción del municipio de Copacabana, lugar que resultaba en ese momento ser todo un misterio para mí. Subía la lomita empedrada, iba con la lengua en la mano, sin aire, pero disfrutando con especial atención ese lugar tan maravilloso: a lado y lado se podían observar casas rústicas y gente sonriente. Tuve la sensación, en ese momento que me esperaban desde hacía días, lo cual luego corroboré, cuando la directora me dijo que había hablado con la gente de la vereda La Trinidad sobre el nombramiento de la profesora que estaría con ella compartiendo los dos grupos existentes de primero y segundo de primaria.

— ¿Es usted quien viene para la escuelita?—, me preguntó Jonathan con su carita inolvidable.

— Sí, ¿me ayudas a seguir el camino?

— ¡Cómo no, señorita bonita!

Una criatura de Dios como Jonathan, con su sencillez, su espontaneidad, su alegría y su tono sincero y angelical, hacía posible que fuera desapareciendo la angustia que sentía desde el mismo momento en que me despedí de mis padres en Medellín.

— Señorita, ¿ve cómo está el día?

— Sí, ¿por qué? —le pregunté.

— Más arribita hay una quebrada que se pone peligrosa para pasarla. Espero señorita que podamos pasarla seguros.

Recuerdo que logramos pasar la quebrada sin las dificultades que le preocupaban a Jonathan. De ahí sólo nos faltaban cinco minutos para llegar a la escuelita. En el camino Jonathan me dijo:

— Señorita, toda la gente por aquí es muy colaboradora. Allá más arriba está la tiendita El Trino, de la señora Pepa. Ella también le fiará a usted todo lo que necesite. A todos nos fía.

Luego, como para seguir en su papel de anfitrión atento y comunicador, me habló de don Eugenio, el lechero, quien pasaba todos los días y le traía la leche a la profe María, para el desayuno.

Seguía ensimismada observando los árboles, las flores y la quebrada, que parecía querer llevarles a todos, en la ciudad, el mismo mensaje que estaba recibiendo del campo, su gente y su naturaleza. De repente, observé una casuchita de bahareque, de techo muy alto, hermosos jardines, matitas rústicas en tarritos de diferentes tamaños alrededor de los corredores de ladrillo picados por el paso de los años. No tuve que preguntar nada porque el grito de mi guía fue suficiente:

— ¡Llegamos!

Y luego más fuerte:

— ¡Profe María, la necesitan!

En este momento veo salir los niños, más o menos cincuenta, de rostros muy alegres y tomados de las manos. Varios vienen con María —deduzco que es la directora—, una mujer menudita en su físico, rostro alargado, cabellos negros y largos. Sonríe y me pregunta:

— ¿Tú eres la nueva profesora?

Ante mi respuesta afirmativa, agregó.

— Ven te enseño la escuela por dentro.

Un salón grande para todos los niños, semicaído, con pupitres bipersonales, tripersonales y hasta cuatripersonales; faltaban asientos para algunos niños.

Mi cabeza exploraba a derecha, a izquierda, al frente, en fin, por donde miraba. ¡Qué maravilla! ¡Qué rostros tan felices! Ya desde el primer minuto me tomaban de la mano, los sentía muy cercanos y afectuosos.

Mientras hablaba con María, una señora de cabellos largos y rostro ajado se acercó para ofrecerme un tinto. María me explicó:

— Es la celadora; vive aquí, en un pequeño cuartito, con su pareja y dos niños, también alumnos de la escuelita.

Ante mi preocupación manifiesta por el ruido ensordecedor que en forma constante se escuchaba, María, señalando con la mano hacia la izquierda, me dijo:

— ¿Ves ese lugar? Es Curtimbres, una empresa de cueros de donde se desprenden olores desagradables para los alumnos, y sólo la alegría de aprender impide que sea un obstáculo para disfrutar de este lugar.

Todas las imágenes de la escuela La Trinidad seguían pasando en forma vertiginosa, mientras dejaban la convicción que todas ellas dimensionaron en este corazón que ahora se siente simplemente muy bien.

— ¡Beatriz, Beatriz! ¿Qué te pasa? ¿Te encuentras indispuesta? ¿Por qué te has quedado en silencio y con la mirada perdida?

— Disculpe señora Dalila, me encuentro muy bien. ¿Qué me decía?

Nuevamente mi corazón latía fuerte, llamando la atención, tal y como lo hacen siempre mis alumnos en sus dificultades. Observé las imágenes que seguían pasando, rostros felices, sonrisas abiertas y sinceras, dulces llenos de chocolate y caramelo… tomé uno, y en forma desprevenida, pero consciente de mi debilidad por los chocolates, continué mi camino de reflexión. Ahora podía percibir el olor a campo, a la hermosa naturaleza que aleja la ciudad a medida que la buseta se llena de pasajeros, algunos con su ruana y sus costales de fique tan característicos, cargados con lo que recién han comprado para llevar a los suyos.

El motor que le da sentido a mi vida viajaba ahora a seguir esta labor docente. Mentalmente recorría el mapa del departamento, dirigiendo mis ojos hacia otro lugar de la geografía antioqueña, cerca de Medellín, a dos horas en el norte antioqueño: Donmatías. Era el 17 de julio de 2006, y me veo de nuevo frente a una realidad parecida a la que tuve en mi primera experiencia de docente, cuando Jonathan me ofreció sin condiciones su corazón sencillo y transparente. No obstante, empiezo sintiendo el mismo temor y la misma expectativa que el primer día de trabajo, pero aproveché de manera especial la compañía de Sandra, profesora que me compartía su experiencia vivida desde hacía seis meses cuando había sido nombrada oficialmente.

Después de bajarnos de la buseta en el parque principal del municipio, nos montamos en el carro de don Ómar, señor un poco gordo, de baja estatura, tez morena y muy simpático. Se fue perdiendo de vista la majestuosa iglesia y la carretera principal que lleva a la costa Atlántica, para dar paso a un hermoso paisaje donde se disfruta de la naturaleza. Así íbamos rumbo a la vereda Las Ánimas, como si fuese una de esas películas que la inteligencia pone a rodar.

Sentada en el carro de don Ómar, miraba de reojo a los demás viajeros, y veía con algo de desconcierto que no se inmutaban ante los continuos e incómodos movimientos del vehículo, por lo que buscaba, con discreción, que mi incomodidad no fuera muy evidente ante los compañeros de viaje. Después de treinta minutos tratando de domar a tan brioso corcel, alcanzo a observar allá, al fondo, grande y única, la institución, ahora señalada por los compañeros de viaje. Después de pasar el pequeño riachuelo, lo primero que encontré fue la gruta a la Virgen María, a quien me encomendé de inmediato ofreciéndole toda la labor que pudiese hacer en esta nueva experiencia.

Me llenan de alegría inmensa los niños, van apareciendo por diferentes puntos del lugar con rostros alegres, seguramente deseosos de aprender. Sí, niños de todas las edades aparecen ante nosotros, varios corren, otros conversan entre sí. Observo en particular a una hermosa niña, tez blanca, ojos grandes y muy expresivos; siempre va al lado de otra —deduzco, por sus facciones, que es su hermana—; ambas lucen los uniformes impecables, planchaditos. Sandra me dice que su nombre es Luisa. La miro nuevamente y alcanzo a ver que está peinada de cholitos, su mirada tierna e inocente la hace muy singular. Concluyo que disfruta del momento con su hermana. Levanto la vista; desde la altura en que se encuentra la institución se aprecia un amplio paisaje que reconforta el alma: árboles, casas humildes, montañas, un cielo despejado que me da la bienvenida, los caminos por donde vienen otros niños hacia la escuela —son los adornos vivos y más llamativos de aquel paisaje—. ¡Qué bien me estoy aquí! Me llena un sentimiento de satisfacción que…

— ¡Beatriz, Beatriz! ¿Qué te pasa hoy? Estás como en otro mundo.

— Disculpe, señora Dalila, es que estoy escuchando al corazón.

— ¿Que hoy qué, Beatriz? ¿De qué estás hablando?

— No me haga caso, señora Dalila. ¿Sabe que estoy muy contenta de trabajar en la institución? Bueno, usted me decía que debo escribir una cuartilla sobre…

— A ver, Beatriz, esto ya lo habíamos tocado. Estaba diciéndote en este momento que ya sonó el timbre y debes irte a darles clase a tus estudiantes.

— Bueno, luego continuamos con el tema. Tenemos algunos días. Gracias, señora Dalila.

En el camino al salón, me encuentro a Carolina, una mona muy cariñosa, de cabellos largos, tiene un ojito desviado; me dice: "Profe, ¿le llevo algo?". Luego aparecen, presurosas, Andrea y Yazmín, pequeñas y muy bellas, atentas, ojizarcas y muy dispuestas a ayudarme a llevar lo que traigo en mis manos. En ese momento piso un pantano, y sin tiempo miro de reojo mis zapatos, que han quedado bicolor, podríamos decir muy a la última moda.

Llego al salón de clase un poco apresurada. Después de saludar y rezar explico la teoría del tema y entrego a los estudiantes un trabajo que había planeado con tiempo para afianzar el contenido. Con un juicio especial ellos se metieron en lo suyo.

Aproveché para limpiar el lodo que tenía en el zapato izquierdo, porque al llegar a la institución pisé decididamente un pantanero que dejó de un color café suave, muy diferente al derecho, el zapato izquierdo.

Los alumnos de noveno seguían muy concentrados, mientras yo los miraba con detalle como lo que eran, pero también como lo que serían en un futuro inmediato. Tranquilos, callados, concentrados… Catherine, Sandra, Yulieth, en fin, sé que todos tienen inmensos deseos de estar en el pueblo para continuar con sus estudios en décimo y once, pues en la institución no se tiene la educación media, un último paso que los llevará a seguir sus estudios, a conocer nuevos rumbos. Catherine físicamente es de un tamaño

mediano, ojos y cabellos negros, es simpática, alegre, responsable y muy capaz; deseo verla el día de mañana graduada en una universidad. El orden, la sinceridad y otras cualidades resplandecen en su personalidad tan equilibrada, como personera lo ha hecho muy bien.

En mi diario vivir en la institución educativa me encuentro con alumnos que me hacen sentir muy agradecida con el arte de enseñar. Todo gira a 360º de sensaciones agradables: la naturaleza que nos rodea, los cariños de esas caras humildes e inocentes que me abrazan y se ven felices a pesar de las dificultades, niños que caminan hasta dos horas para llegar a la institución, sin embargo están alegres y dispuestos a vivir la experiencia del saber, la alegría de aprender, la sensación de sentirse personitas valoradas en su integridad. Todo a veces pasa tan rápido con los alumnos que sólo queda un suave olor a vivir en plenitud con sentido; una experiencia bien vivida. Por eso deseo siempre guardar los mejores momentos que me brindan estos últimos años de mi labor docente.

Aunque haber llegado a la institución educativa se convirtió en toda una odisea por sus dificultades y contratiempos, principalmente en el invierno, siento que en ese ir y venir de la casa a la institución educativa, y de ésta a la casa, mi vida tiene una magia casi celestial, me llena de gran satisfacción, le da sentido a mi existencia, a mi trabajo, al hecho de estar desempeñando esa hermosa labor que es parte de mi trasegar por este camino, que aunque a veces se torna difícil y con espinas, son muchas las rosas que lo adornan.

Siento que mi corazón vuelve a latir, ahora con mayor fuerza, y me veo nuevamente caminando por su sendero en medio de imágenes que me hacen sonreír... El camino se amplía, las imágenes son aun más impactantes pero serenas, inspiran un bienestar nunca experimentado. Ahora oigo voces bien familiares, que recuerdo en el tiempo: "gracias, profe...", "por favor me explica nuevamente que no entendí...", "gracias por el cuaderno..."; veo una nota con letra bien conocida que dice: "profe, la quiero". Es una infinidad de pequeños detalles, todos de mi vida con los estudiantes, que me hicieron pasar velozmente por lo que ha sido mi vida en las diferentes instituciones educativas, y tengo que reconocer que este corazón se lució conmigo, porque me hizo sentir muy bien. Me decía, por medio de aquel recuento de imágenes, que mi vida valió la pena, que tuvo sentido, que en la valija de viaje se encuentra acertadamente lo que le gustará al Todopoderoso cuando me esté pidiendo cuentas de los talentos entregados por Él al enviarnos a la tierra. Creo que a Él le gustará saber que centré mi vida en lo pequeño, en lo cotidiano, en lo que no mereció aplausos o medallas, para así construir, en mis alumnos, el camino que los lleve al cielo. Ello me alegra mucho y me da paz interior.

De pronto me llamó la atención que las imágenes habían terminado de pasar. Se presentó un paisaje inmenso, donde reconocí a algunos de mis alumnos ya mayores, con sonrisas en sus labios, fiel reflejo de lo exitoso de sus vidas; pero había también mucha gente que reflejaba en sus rostros preocupaciones, hambre, dolor, angustia, desprendimiento, soledad… en fin, la tristeza que me embargó sobrecogió por un momento el recinto donde me encontraba, pero luego me di cuenta de que debo acabar de llenar mis maletas utilizando el tiempo que aún me queda, y es ahí cuando el corazón parecía explotar, porque…

— Profe, profe, oiga, profe, ¿qué le pasa?

— No, nada. ¿Ya están terminando?

— Ya todos le entregamos el trabajo, y muchas gracias.

Catherine se acercó cuando sus compañeros ya habían salido y me preguntó:

— Profe Beatriz, estoy preocupada por usted, ¿le pasa algo? ¿Está enferma?

— No te preocupes Catherine, hoy me siento la profesora más feliz del mundo y con unos deseos inmensos de que amanezca

Experiencia de amor...

dar y recibir

Bernarda de Jesús Serna Cadavid

Profesora de la Institución Educativa Emiliano García, municipio de Girardota

En 1977 inicié mi práctica docente con el recuerdo de mis padres, quienes me dieron ejemplo de ayudar a otros y deseos de salir adelante. Encontré niños y familias enteras con vacíos académicos y personales, fue difícil vincular la escuela a sus hogares. Todo me dio pautas para proyectar y transmitir mis diversas habilidades en peluquería, pintura en tela y alfabetización, para que aquellos tuvieran un saber para subsistir y me dieran la oportunidad de conocerlos, compartir y ayudarles, a veces sólo escuchando sus dificultades, con la plena seguridad de que al desahogarse aliviaban la carga que les impedía ser felices. Fue en Montebello, Escuela Nueva La Merced, donde inicié mis

labores. Después de la jornada, entre 4:30 y 9:00 de la noche, me reunía con los padres que querían aprender. Ellos me ayudaban a ocupar el tiempo, llenar vacíos y sembrar la semilla del saber.

En 1999 fui trasladada al municipio de Girardota, a la vereda San Juan Cojo, Institución Educativa Olaya Herrera, donde seguí sembrando la semilla del saber y aprendiendo temas de salud mental, maestro líder, prevención de la drogadicción y otros, con el fin de ayudarme y ayudar en diferentes colegios, comunidades y en mi institución. Es de anotar también que las directivas me dieron la oportunidad de capacitarme en educación sexual, y en el programa "Aprender jugando" del Centro Internacional de Educación y Desarrollo Humano (CINDE). Con esos conocimientos planteaba proyectos y los presentaba, y con la ayuda de otras entidades, como Colcerámica o el Municipio, que aportaron dineros o espacios, de los rectores y algunos compañeros, y en compañía de los padres de familia comprometidos o necesitados, lograba llevar adelante estos proyectos.

Todo lo anterior no ha sido fácil, a causa del cansancio, el reducido espacio, la acumulación de actividades, el poco cambio en algunos, la crítica de mis compañeros que me decían: "No se mate tanto, regalada, a usted no le pagan…", etc. Pero seguía adelante, planeando mejor mi trabajo, evitando preocuparme por pequeñeces, combinando actividades con mi vida personal, como ir a gimnasia, a yoga, aprender a masajear, asistir a grupos de autoayuda, en fin, todo esto fue de gran valor para seguir llevando la semilla.

En cuanto a mi capacitación profesional, obtuve la licenciatura en pedagogía reeducativa e hice un posgrado en gestión curricular, donde encontré pautas para mejorar mi vida, mi hogar y mi trabajo, y cambiar mi forma de pensar, de sentir y de actuar. Logré ser tolerante conmigo y con los demás, llené vacíos, logré seguridad y obtuve alegría, paz interior y desprendimiento emocional.

En lo personal he notado aceptación de m is compañeros. Algunos me felicitan por mi forma de ser y la ayuda recibida. También los padres de familia, que se sienten orgullosos de ver el cambio en sus hijos y sus hogares, que dejan atrás la pereza, la irresponsabilidad, los gritos, las peleas y las inseguridades.

Los galardones recibidos como felicitaciones del distrito, botón de oro, placas, incentivos de $10.000.000 para la escuela, de $600.000 para mí, han sido maravillosos motivos de alegría, comprensión, reflexión y fortalecimiento.

Estoy segura que cambiando una familia cambia una sociedad, y esto me da motivos para hablar del perdón, de ser positivos y de valorarnos.

Quiero expresar al ser superior, a mis padres, a mis hermanos, a mis hijas, a mis directores, compañeros, estudiantes y comunidad en general, un inmenso agradecimiento, por permitirme escalar un peldaño más hacia la realización en el quehacer pedagógico, en este hermoso arte de enseñar, amar, compartir y ser feliz.

Dios los acompañe

Despertar y cultivo

de una vocación temprana

Carlos Adiel Henao Pulgarín

Rector de la Institución Educativa Escuela Normal Superior Amagá

Carlos nace el 10 de enero de 1965 en la vereda La Montañita, del corregimiento de San Diego, municipio de Liborina, y siguiendo la tradición, al día siguiente fue bautizado como cristiano católico. A los siete años (en 1972) comenzó la educación formal, al ingresar al grado primero en la Escuela Rural Los Sauces, ubicada en la vereda de su mismo nombre, donde cursó todo el ciclo de básica primaria. En 1977 debió abandonar a su familia e irse a vivir con unos tíos que amablemente le ofrecieron su casa, para así poder continuar su proceso formativo en el ciclo de básica secundaria en el corregimiento de San Diego, en el colegio del mismo nombre, y que en ese momento servía únicamente este nivel. Posteriormente cursa el nivel de educación media en el Liceo San Francisco de Asís, del Municipio de Liborina, y se gradúa como bachiller académico a finales de 1982.

Entre julio de 1984 y junio de 1988 cursó la licenciatura en administración educativa en la sede de la Universidad de San Buenaventura, de Medellín, donde también realizó una especialización en orientación y educación sexual entre 1995 y 1997.

Paralelo a las actividades académicas, durante el tiempo de paros de educadores, vacaciones y fines de semana, así como en el año y medio transcurrido entre la finalización del bachillerato y su ingreso a la universidad, se dedi-

caba a las labores del campo, gracias a las cuales fortalece una autodisciplina para el trabajo y se forma en la perseverancia para alcanzar lo que busca, sin desfallecer por difíciles que parezcan las cosas.

Reflexión sobre la vocación docente

Para Carlos, preguntas como: ¿qué lo llevó a elegir la profesión docente?, ¿cómo ha llegado a lo que hoy significa para la sociedad?, ¿qué es lo que lo mantiene en el ejercicio de la profesión?, etc., son frecuentes en sus reflexiones sobre sus prácticas.

Con respecto a la primera pregunta, ha llegado a la conclusión que fue el resultado de un encuentro consigo mismo a partir del otro. Es decir, desde que estaba en los primeros años de la escuela descubrió que, en algunas áreas, tenía mayor facilidad para el aprendizaje que sus compañeros de grupo. Pero sus profesoras también lo descubrieron, puesto que en determinadas actividades de clase lo ponían a acompañar a aquellos que les era más difícil la asimilación de los respectivos conceptos. Así mismo pudo darse cuenta de que también había áreas en las que le era más difícil el desempeño como estudiante (estética, por ejemplo), lo cual lo llevó a asumirse como parte de un proceso en el que estudiantes y profesores identifican las debilidades, capacidades y potencialidades de cada uno, y las ponen en escena de manera intencional para beneficio de todos.

A medida que avanza en sus estudios se percata de que además de tener facilidades en ciertas áreas para el aprendizaje, también tenía capacidad para interactuar con otros, con un buen nivel de tolerancia y, sobre todo, una gran habilidad para hacerse entender de sus compañeros, especialmente en matemáticas, área que por tradición ha sido considerada como muy difícil. Esta cualidad se vuelve más notoria en los exámenes finales que se aplicaban por aquella época (1978), pues previo a ellos un número considerable de sus compañeros de grupo lo buscaban para prepararlos juntos.

Para cursar los grados décimo y undécimo nuevamente se ve obligado a cambiar de colegio. Es así que radica en la cabecera municipal, para acceder al único colegio de Liborina que brindaba este nivel, el IDEM San Francisco de Asís. Allí vive otras experiencias que lo llevan a pensarse como un educador.

Un día, al salir de clases, unos diez compañeros le preguntaron dónde y a qué horas podrían encontrarse para preparar el examen final de matemáticas. Por considerar que se requería un tablero y que el grupo de estudio era un poco numeroso, acordó con ellos encontrarse en un aula de la institución, ubicada debajo de la residencia estudiantil, en un espacio muy amplio, y que sólo contaba con dos paredes (un patio-salón). Al llegar al lugar acordado a las 4:00 p. m., se sorprendió al ver que de improviso el aula estaba ocupada, pero luego cae en la cuenta de que allí están sentados sus compañeros esperándolo para una larga sesión de tres horas, la cual transcurre sin que decayeran el ánimo, la atención y la dedicación al trabajo.

Este hecho confrontó enormemente a Carlos, puesto que inevitablemente dio lugar a la pregunta: "¿por qué tantos compañeros acuden a estudiar conmigo, sabiendo que en el mismo grupo hay otros estudiantes que igual comprenden la enseñanza de los docentes en el aula?".

De manera informal transfiere esta pregunta a sus pares, y encuentra tres respuestas recurrentes frente al agrado de los compañeros para estudiar con él, así: la disponibilidad que tiene para trabajar con los demás, la capacidad para hacerse entender, y el énfasis que pone en algunos temas, que coinciden en buena medida con los ítems puestos por los docentes en los exámenes.

Paradójicamente, profesores muy exigentes y poco amigables con sus estudiantes, que encarnaban el tabú del aprendizaje de las ciencias exactas, se constituyeron, sin quererlo, en la imagen definitiva de Carlos para emprender la carrera profesional docente. Así mismo, destaca la importancia de la monitoría temprana desde los grados iniciales de primaria en el despertar y el cultivo de la vocación docente.

Una vez termina el bachillerato, Carlos se concentra en generar las condiciones para continuar estudios en el nivel superior, lo que le tomó año y medio. En julio de 1984 pudo por fin acceder a un cupo en la Universidad San Buenaventura. Esta elección fue todo un azar del destino, pues en el momento en que se le da la oportunidad de iniciar la educación superior, solamente faltaban por cerrar inscripciones, para el siguiente semestre, las universidades Cooperativa de Colombia y San Buenaventura. El intento inicial fue ingresar a la Cooperativa, pero parte de la documentación no llegó a tiempo y, por lo tanto, le quedó como última opción la San Buenaventura. Al mirar las ofertas de licenciaturas en educación, se inclina por la administración educativa. Con esta decisión define en gran parte su vida y la de un sinnúmero de personas con las que a diario interactúa, afectándolas de múltiples maneras.

La vida le dio una gran lección con la forma como llegó a la Universidad San Buenaventura. Carlos renegó bastante con Dios cuando no pudo ingresar a la Universidad Cooperativa, porque allí estudiaban personas amigas; pero al ingresar a la San Buenaventura, aparte de recibir una formación de muy buena calidad, se hizo bastante amigo de uno de sus compañeros, Gildardo Vargas, quien llegó a ocupar un importante cargo en la Secretaría de Educación Departamental, desde el cual le ayudó bastante en el proceso final del concurso que lo llevó a ser nombrado como directivo docente oficial y en los posteriores traslados. Esta lección llevó a reafirmar en Carlos su fe en un ser supremo que lo acompaña y lo guía por los diferentes caminos de la vida.

El ejercicio de la profesión como docente y como directivo docente

En el segundo semestre de 1988, participa en el concurso para desempeñarse como directivo docente en el sector oficial, al cual se presentan 150 aspirantes para seleccionar 30

rectores. El proceso duró cerca de cuatro meses, y Carlos ocupó finalmente el tercer lugar; por lo tanto, quedó entre los elegidos.

En julio de este mismo año inició su experiencia docente en el Colegio Los Libertadores, ubicado en Medellín, cuatro cuadras arriba de la Avenida Oriental. Ésta era una institución de carácter privado, y su población estudiantil provenía de barrios marginales o eran estudiantes expulsados de otros colegios; eran muchachos iniciados en varias de las líneas de corrupción y vicios que ofrece nuestra sociedad, al punto de que era común tener en clase uno o dos alumnos que llevaban en su mochila un revólver, y el educador no podía entrar a intervenir esa situación, porque allí comprometía su vida. Le correspondió orientar el área de matemáticas de séptimo a noveno, y los alumnos de este último grado le parecían los más difíciles, porque además de los problemas mencionados arriba, presentaban su problemática normal por ser adolescentes. El trato entre ellos era muy vulgar, con poco respeto entre hombres y mujeres, y era frecuente que ellos mismos se atracaran, desde quitarse el dinero hasta robarle al compañero de clase la moto y desaparecerla. Esto también aplicaba para los maestros: todo lo que dejaban sobre el escritorio, como un lapicero, borrador, regla, calculadora, etc., desaparecía en el menor descuido.

Esta entrada al ejercicio de la docencia fue una prueba que, de una u otra manera, lo midió en su vocación y en su competencia pedagógica para orientar procesos formativos en otras personas. Con el fin de año llega el fin de esta primera experiencia, puesto que había pasado el concurso y sólo era cuestión de tiempo su nombramiento. No obstante, las directivas le manifestaron su interés para que continuara laborando allí, y la evaluación de los alumnos fue de aceptación y valoración del gran esfuerzo por llegar a ellos, lo cual era una prueba fehaciente de que tenía los elementos para desempeñar la profesión en el contexto colombiano. Al salir de esta institución sintió gran nostalgia y una sensación de pérdida, porque abandonaba la profesión docente para asumir un cargo directivo.

El 4 de abril de 1989 se posesionó como rector en la Concentración Educativa La Merced, ubicada en el corregimiento de su mismo nombre, del municipio de Liborina. Un total de 13 maestros y 170 alumnos, desde preescolar hasta el grado undécimo, componían la población. En ese año la institución tenía programada una visita de aprobación de estudios, y al llegar el nuevo rector se concreta para el mes de agosto; por lo tanto, encauzó toda su energía a preparar la institución para encarar esta evaluación.

En ese momento contaba con veinticuatro años de edad, pero al parecer no los aparentaba, puesto que tanto entre los docentes como entre la comunidad generó desconfianza el hecho de que la institución fuera orientada por una persona tan joven. El trabajo fue arduo, con errores y aciertos, pero al final salió bien librado, y en el mes de agosto, cuando le comunicaron el traslado para el IDEM San Diego, la comunidad en general le manifestó su pesar por la salida, mientras la Concentración quedaba con aprobación de estudios por tres años.

Llegar en ese entonces al IDEM San Diego fue uno de los retos más lindos que ha tenido en su vida, y a la vez una de las expectativas más grandes, puesto que volvía a su

pueblo natal y a la institución donde había cursado la básica secundaria. Cuatro de los alumnos eran sus hermanos, otra gran cantidad eran sus amigos, tres de los once maestros con que contaba habían sido sus profesores de inglés, matemática y biología, y el director de núcleo había sido su profesor de quinto de primaria. Es decir, iba a orientar la formación de su pueblo, con la premisa de que "nadie es profeta en su tierra".

En un comienzo, y como era lógico, la gente no creía que fuera capaz con el cargo, pues todos lo conocían como Carlitos, alguien a quien hacía poco habían visto jugar por las calles, hacer mandados, arriar mulas… y ahora era el encargado de orientar su educación; en tono burlón lo nombraban el "rectorcito".

Contrario a la premisa, pudo dirigir la institución con un buen nivel de acierto, y se ganó de la comunidad el aprecio y una gran valoración como educador. Porque logró interactuar positivamente con todos los estamentos e interpretar sus imaginarios sobre el tipo de educación y de institución que deseaban, al dirigir concertadamente el accionar de docentes, alumnos, padres de familia y demás estamentos, de manera unidireccional hacia el logro de unos objetivos comunes. El resultado fue la consecución de una aprobación de estudios hasta por cinco años, de un máximo de seis que concedía la norma. Además, el Proyecto Educativo Institucional (PEI) de la institución fue elegido en 1997 como el mejor del Occidente antioqueño, estuvo entre los trece mejores de Antioquia y entre los doscientos más sobresalientes del país, por lo cual la institución fue merecedora de un premio y una distinción especial por parte del Ministerio de Educación Nacional.

Dicha distinción se logró porque se alcanzó a evidenciar que el proyecto se había construido en, con y para la comunidad, y que lo escrito en él tenía vida y era observable en las prácticas cotidianas en el aula, la institución y la comunidad.

En el momento en que se otorga el reconocimiento de PEI sobresaliente al IDEM San Diego, la Secretaría de Educación Departamental buscaba un rector que reuniera el perfil para orientar la Escuela Normal de Amagá. Buena parte de dicho perfil lo poseía Carlos, por lo que le ofrecieron el traslado y él, siendo hombre de retos, decidió aceptarlo.

A su llegada al IDEM Diversificado Victoriano Toro Echeverri, de Amagá, se encuentra con un colegio que estaba en la disyuntiva de reestructurarse en Escuela Normal o quedarse con el carácter que tenía. Los docentes, ante el trabajo que implicaba la reestructuración, estaban inclinados, en su mayoría, a no emprender esta tarea. Por lo tanto, decidir este dilema implicó incluso debates en la plaza pública y con votación abierta a toda la comunidad, porque se llegó a plantear, en la administración municipal y en el equipo docente, que la Secretaría de Educación y el rector querían imponer su voluntad. La votación dio un total de 93 votos en contra y 213 a favor de la reestructuración en Normal, para que continuara con la formación de maestros.

Este inicio marcó un escenario de controversia permanente que dificultó enormemente el proceso de reestructuración. Como nunca, Carlos se vio exigido al máximo en su capacidad pensante, sus habilidades, destrezas y resistencia física, las cuales, de no ser por el acompañamiento y apoyo de profesores como Lilian Gamboa Palacios y Jairo de Jesús

Ramírez, no hubiesen sido suficientes. Pero su esfuerzo, unido al de una pequeña parte de docentes y contando con la venia de padres de familia y alumnos, logró sus frutos: se alcanzó una primera meta en diciembre de 1999, la de acreditación previa, y luego la segunda, con la acreditación de calidad y desarrollo, en noviembre de 2003. De este modo cumplió con la finalidad que llevó a Secretaría de Educación a trasladarlo a este plantel educativo.

El hecho de haber obtenido la acreditación previa y posteriormente la acreditación de calidad no implicaba que todo hubiese quedado resuelto. La controversia descrita evolucionó, cambió de escenarios, se mantuvo viva y alcanzó por momentos niveles insospechados. Una de estas manifestaciones ocurrió a mediados de 2006, después de varios meses de constante debate con los docentes sobre la jornada laboral. Varios de ellos opinaban que sólo debían permanecer dentro de la institución el tiempo que implicara la atención de los alumnos, y elevaron su queja ante la Secretaría de Educación y la Asociación de Institutores de Antioquia (ADIDA). El domingo 30 de julio, esta última dedicó parte del programa de televisión "Despertar Educativo" a hacer afirmaciones injuriosas y calumniosas sobre la administración de este rector, y lo presentó ante el mundo como el más inhumano de todos los directivos, que prohibía a sus compañeros incluso comer y, en su concepto, les exigía un trabajo superior al estipulado legalmente. Carlos asumió esto como un escarnio público, agravado por el dolor que sintió al saber que algunos de sus compañeros docentes no sólo disfrutaron de la situación, sino que también se prestaron para dar sus testimonios en apoyo a una serie de calumnias, y todo por tratar de hacer que en la Normal no se trabajara la jornada reglamentaria y requerida de ocho horas, sino de máximo seis horas. Esta situación reavivó la controversia entre el equipo docente, y seguramente generó cualquier cantidad de expectativas en dos coordinadoras que habían pasado el concurso e iniciaban labores con este directivo docente al día siguiente. Además, ensañándose en la víctima, ADIDA le dedicó el programa radial martes y jueves (a través de Radio Súper) y repitió el programa "Despertar Educativo", por Cable Pacífico, viernes y sábado.

En un comienzo, la controversia era entre el ser y no ser Escuela Normal; luego, entre la competencia o la no competencia de algunos maestros y directivos para estar en la Escuela Normal; después, entre quienes ostentan y quienes no ostentan el poder, y, últimamente, entre quienes tienen y quienes no tienen el saber tanto pedagógico como disciplinar, así como entre quienes defienden los derechos adquiridos y los sumisos o "arrodillados". Todo ello llevó a Carlos a preguntarse: ¿qué no ha sido capaz de generar al interior de cada educador de la Escuela Normal, y qué sí pude hacer en las otras instituciones para posibilitar la construcción de un solo bloque de trabajo con el equipo docente? ¿Qué hacer para no cansarse de intentar armonizar el equipo docente, ya que cuando cree que lo está logrando surge una nueva controversia o un cambio masivo de docentes como efecto de los concursos y traslados, y vuelve al principio? ¿Qué lo mantiene en la Escuela Normal Superior?

En ese momento sólo tenía respuesta a la última pregunta. Descubrió que el deseo y el gusto por estar en la Normal los alimentaban varias cosas: la gran posibilidad de crecer cada día; el contacto permanente con el aprendizaje y la formación pedagógica; la alta exigencia de una institución formadora de maestros, que le obliga a estar en una dinámica de superación permanente; el cultivo de la vocación docente, motivado por cada joven que desea y hace el máximo esfuerzo por formarse como maestro y seguir sus pasos; la gran posibilidad de proyección que se tiene desde una Escuela Normal; el contacto permanente que propicia esta institución con la universidad, y el pertenecer a una gran familia o comunidad académica, constituida por los funcionarios de la Secretaría de Educación para la Cultura de Antioquia, los colegas rectores y maestros de otras Normales y las distintas facultades de educación.

Aparte de la gran satisfacción que le brinda el trabajo al interior de la Normal, eran motivos para seguir en la lucha en pro de la construcción de una institución educativa de calidad, la confianza que distintos estamentos pusieron en él. Así, por ejemplo, se ha sentido muy honrado por sus compañeros rectores de Normales, quienes lo nombraron como su representante ante el Comité Departamental de Formación Docente y como Delegado por la subregión Antioquia-Chocó ante la junta directiva de la Asociación Nacional de Escuelas Normales (ASONEN). Todo esto es lo que alimenta el espíritu de una persona que tiene alma de educador, puesto que se da cuenta de que la vida a diario le da grandes posibilidades para hacer mucho por las distintas comunidades, y que con la voluntad y un poco más de esfuerzo algo se puede lograr, y con ese algo el mundo será distinto.

El 2007, en contraste con el año anterior, le permite vivir a Carlos algunos pasajes de su vida mucho más gratificantes. La situación empieza en el mes de abril, cuando la Secretaría de Educación Departamental hizo la convocatoria para los premios "Maestros para la vida", ya que una vez socializada la directriz para su selección desde el nivel institucional, pasando por el municipal y finalizando en el departamental, estudiantes y padres de familia lo postularon ante el Consejo Directivo para representar la Normal por el premio "Gestión integral por una vida digna", categoría oro. En ese momento sintió que si bien había hecho un esfuerzo por sacar adelante la institución, todo había sido recompensado en ese reconocimiento ratificado por el Consejo Directivo. Posteriormente, la Junta Municipal de Educación, después de hacer una revisión de los postulados, decidió elegirlo como el representante del municipio en dicha categoría, lo cual ya era algo que consideraba inmerecido, consciente como era de la dedicación y entrega de sus colegas directivos, que los hacía poseedores de cualquier cantidad de méritos y del perfil para acceder a este reconocimiento.

El 22 de mayo de 2007 se lleva la mayor y más grata de las sorpresas. Este día fue invitado, como de costumbre lo hace la Secretaría de Educación con los rectores de las Normales, para participar en el programa de reconocimiento y premiación a los mejores maestros del departamento, lo cual para él ha sido un deleite por su altura y calidad pedagógica. Pasada la jornada académica del día, que es lo que más ha valorado de este evento, y una vez iniciado el acto de premiación, tuvo indicios de que podría ser uno de los

condecorados; sin embargo, no lo podía creer, pues habían sido postulados, en su categoría, 44 directivos docentes de todo el departamento, y le resultaba inconcebible que entre tanta gente tan buena en su profesión, el jurado se hubiese fijado en él.

Éste es uno de los días gloriosos que nunca se borrará de su memoria. Dicha que fue incrementada por la alegría con que la gran mayoría de sus colegas, maestros y directivos, recibieron el reconocimiento, el afecto que le manifestaron los estudiantes a través de felicitaciones orales, un homenaje e innumerables mensajes escritos, y sobre todo la euforia que provocó en sus dos hijos verlo a través de Teleantioquia recibiendo el premio "Gestión integral por una vida digna", categoría oro, el cual se entregó por primera vez en este año y resultó ser el elegido para estrenarlo.

Para darle un final novelesco, se cierra este relato en el punto en el cual la vida y Dios se han confabulado para darle a Carlos muchas razones para seguir creciendo como persona, y no claudicar ante los retos que su profesión y la realidad social actual le ponen a diario

Y usted tan pequeña,

¿por qué sabe tanto?

César Augusto Rivas Galeano

Profesor de la Institución Educativa Pueblo Nuevo, municipio de Amalfi

"Yo creo que el profe se nos va". Esa exclamación, nacida de la señora Martha Estrada, hizo congelar el tiempo y retornar al pasado de manera brusca. A la mente acudieron experiencias vividas, evidenciadas en rostros, imágenes y recuerdos. Momentos que se remontan a 1991, cuando un joven de baja estatura, flacuchento, con escasos veintiún años de edad, bachiller académico, sin compromisos

ni obligaciones de casi ninguna índole, con algo de experiencia en actividades culturales de danza y teatro, como asesor cultural rural; ese muchacho, llamado César Rivas, llegaba como el "nuevo" profesor de la escuela rural El Encanto, en la vereda del mismo nombre.

La vereda El Encanto, bello lugar de hechizo y misterio, con piedras adornadas de petroglifos que encierran un pasado bañado de mitos, leyendas e historias de los antepasados indígenas yamesíes; colgada de una montaña, sus atardeceres mezclados con el verde de sus pastos y con el azul de los cielos, incitan al romanticismo y a la proclama de un suspiro profundo. Allí, en la mitad de la majestuosa creación, se encontraba la caseta comunal, abrigo de techo en zinc y columnas delgadas, construida seis meses antes, con el olor aún fresco del cemento y la pintura de sus puertas y ventanas, y que desde aquel instante sería la nueva escuela de la vereda, testigo silencioso de los gritos, alegrías y bullicio de los niños que se matricularían para recibir la cátedra cinco días a la semana, durante diez meses en el año y por cinco años como mínimo.

Don Miguel, señor de unos cincuenta y cinco años de edad, con su rostro desgastado por la experiencia y la rutina de la vida, fiscal de la Junta de Acción Comunal, se encontraba en la entrada de la caseta, vaciando en sus zanjas las sobras de unas cervezas que dejó el festival bailable de la noche anterior, al que acudió toda la comunidad sedienta de sana diversión y con ansias de salir del anonimato fantasmal, vivido desde el año 1956, época en la que ese terruño tenía escuela, capilla y cementerio, pero que luego, por circunstancias desconocidas, fue quedando en silencio. Cada día que pasaba, la gente de aquella región y su proyecto de vida se fueron ocultando y olvidando.

— ¡Allí viene el profe! —, expresó, con cierto tono burlón, don Miguel. Las personas que estaban alrededor acolitaron su intención y se rieron también.

— Profe, ¿cierto que sí? —volvió a preguntar doña Martha.

— No, ¿por qué dice eso? —preguntó extrañado el profe. Pero sin esperar respuesta, su atención se fue desvaneciendo y su mente se fue trasladando a aquella época, mientras en su rostro ensimismado y casi hipnotizado por el recuerdo surgía una tenue sonrisa.

Allí estaba de nuevo, en la caseta comunal, con toda la comunidad a la expectativa. En sus rostros se veía el asombro, la curiosidad y el deseo por saber lo que iba a decir el profe, por conocer las palabras y las indicaciones que surgieran de él. Fue en ese instante y solamente ahí, cuando el profe se dio cuenta de que no tenía ninguna palabra o discurso preparado y que la cosa iba en serio. No tenía planeados el cronograma de actividades escolares, las matrículas… nada. En ese momento se le ocurrió hablar en forma improvisada de fechas de matrículas e inicio de clases, pero una lluvia de preguntas empezó a bombardearlo: "¿qué se necesita para la matrícula?, ¿cuántos cuadernos deben traer los niños?, ¿qué horario tendrán los niños?", en fin, una cantidad de preguntas para la mayoría de las cuales el profesor ni tenía ni imaginaba la respuesta. Pero tenía que demostrar seguridad y ser dueño de la situación; por lo tanto, se apoyó en la pequeña experiencia que tuvo cuando le correspondió dictar clases en el nocturno, como trabajo de servicio social obligatorio en el grado once. Dicen que todo ser humano posee un "mecanismo de

defensa", y eso hizo que llegaran a la mente del profe estrategias extraídas de los días de bachiller, y así, de manera espontánea, trató de tejer ideas y desenredar las inquietudes expresadas por la comunidad, para ofrecerle respuestas que la satisficieran.

"¿Cuánto me saqué?", preguntó la niña Beatriz cuando le presentó el cuaderno al profe con la tarea resuelta en el primer día de clases. En ese momento se quedó el profesor de una sola pieza, congelado, pues tampoco sabía qué estilo de nota debía emplear, si hasta cinco o hasta diez o con letras, en fin; debía reaccionar rápido, y por eso optó por ponerle en silencio la letra "E".

Desde ese día, su interés por saber más de los procesos pedagógicos lo motivó para iniciar una eterna búsqueda de cualificación personal, recorrido que no ha pretendido parar y que día a día lo hace adicto a la actualización, al compromiso, a meterse de lleno en la propuesta de cambios significativos en pro de la comunidad atendida. Resultado de ello fueron entonces la construcción de la nueva escuela, la gestión para la electrificación, y la construcción de la carretera que llega hasta la propia caseta comunal.

— Profe, permítame un momento —expresó con tono enojado don José Pablo, interrumpiendo la clase del programa de alfabetización de adultos que el profe dirigía.

Don José Pablo era un señor de unos sesenta años, dueño de una humilde casa de cancel ubicada a unos ochenta metros de la caseta comunal, y propietario extraño de la antigua capilla y el cementerio de la vereda. Visitaba cada quince o veinte días la región, pues trabajaba y vivía en Medellín.

— Permítame un momentito don José, ya lo atiendo —respondió el profe César, terminando de explicar el tema a los pacientes y atentos estudiantes mayores.

— ¿Qué pasa don José Pablo? —preguntó el profe.

— ¿Qué es esto? —dijo señalando un surco hecho en la tierra, en donde se harían las cepas para la construcción de la escuela—. ¡Yo le dije que por aquí se están pasando treinta centímetros del lindero que estoy donando para la construcción de la bendita escuela! —exclamó, aumentando el tono de voz y asustando a los estudiantes, que se desplazaron de inmediato hacia donde estaban "dialogando" el profe y don José Pablo.

— Don José, ¿y por treinta centímetros está usted haciendo tanto alboroto? —replicó el profe.

— ¡Lo que se había pactado se debe respetar, y usted no está respetando eso! —insistió don José Pablo, más enojado aún. Su cara curtida por la vejez empezó a ponerse roja y sus manos a moverse para uno y otro lado. Y agregó, dirigiéndose al oficial de construcción de la escuela:

— Esto hay que pararlo hasta que se arregle la situación.

— Eso no lo puedo hacer, porque estaría perdiendo tiempo y plata, y yo tengo más compromisos con la Alcaldía —expresó el oficial de la obra.

— ¡Un momento, don José! Si hay tanto problema por esos centímetros, entonces vamos a ver las escrituras suyas y lo que corresponde a los predios del municipio. Porque usted mismo dijo que el lugar en donde estaba construida la escuela es donde está ahora la caseta comunal, y eso hace parte del municipio, ¿o no? —contestó el profe, ya sintiéndose ofendido.

Se inició entonces un largo camino de investigación por parte del profe, para saber cuáles eran los verdaderos derechos de don José Pablo relacionados con la tierra. Buscó en la Notaría y en la Registraduría, y entrevistó a las personas más antiguas de la región para conocer toda la verdad. Qué sorpresa cuando, en compañía del abogado y el personero municipal, se conoció que los predios del municipio eran mucho más grandes de lo que quería hacer creer el señor José Pablo. Todo ese lugar que decía el señor que iba a donar era legalmente del municipio, y lo que él había comprado en forma silenciosa era solamente el cementerio, vendido por el párroco de esa época en forma extraña. Esto trajo consecuencias a la relación entre el profe y don José, pues este último y su familia no le volvieron a dirigir la palabra a César.

No es necesario detenerse a explicar qué pasó en cada una de las gestiones que realizó el profe en la vereda, cómo y cuándo las llevó a cabo; simplemente hizo que esa región fantasmal volviera a la vida, que el resto del municipio la conociera a través de los encuentros y muestras culturales en la plaza municipal, de los proyectos productivos comunitarios, y de los programas como alfabetización para adultos o las navidades comunitarias. Estos hechos dejan huella, y perduran en las mentes de todos, incluso en la memoria de aquel niño que siempre dio "brega", Mauricio, el cual extraña y recuerda a su profe con gratitud y respeto.

Son acciones que se prolongan también en la Institución Educativa Pueblo Nuevo de Amalfi, lugar de trabajo actual del profe, donde continúa aportando hasta el cansancio lo mejor de sí, en pro del tejido social deteriorado por la mala reputación que se había generado en torno a esta institución, y que ha empezado a surgir a través de los nuevos proyectos de educación integral. Esta incansable labor ha repercutido en el hogar del profe; a veces por su dedicación y esfuerzo ha desplazado, descuidado e incluso olvidado a sus hijos y esposa, quienes han sufrido constantemente la ausencia de César por sus trasnochadas en la institución o por las innumerables capacitaciones en el año.

Sí, era verdad lo que decía doña Martha: "se nos va el profe". Se fue de El Encanto, pero continuó sembrando en la Institución Educativa Pueblo Nuevo la semilla de nuevos paradigmas, con el anhelo de visualizar el progreso del colegio y la comunidad del barrio y del municipio, y la formación y la buena calidad de vida de todos ellos.

Proyectos como el aporte significativo para mejorar la infraestructura y el concepto que se tenía del colegio, o programas como la jornada sabatina, la aceleración del aprendizaje para niños, niñas, jóvenes y adultos, y pertenecer a las redes de preescolar y de CAFAM del departamento, no son eventos ni acciones que surgieron de la nada, sino de la

intencionalidad de un profe que continuará aportando al progreso donde quiera que vaya, más ahora que ganó el concurso para rector y que está dispuesto a irse a donde sea y enfrentar el reto que se le presente.

Lo sé yo que conozco su vida y obra, que soy testigo de sus relatos de cada día, que estoy impregnada de su sangre y conocimiento; yo, con solamente dos años de edad, veo a mi papá y sus acciones tras los ojos de mis hermanitos y de mi mamá. Muchos creen que estoy celosa de él y que tengo resentimientos con él por ser así, pero yo lo entiendo, y sé que todas esas horas utilizadas para alcanzar esos títulos de licenciado, especialista, los diplomados y cursos no son en vano, que en esos esfuerzos guarda un ideal de familia, un enorme sentimiento de amor por mí, mis hermanos y mi madre; que detrás de todo esto él quiere lo mejor para nosotros, y también sabe que lo amamos y que yo algún día le retribuiré todo ese esfuerzo que hace por cualificarse cada día más. Estoy segura de que no lo defraudaré, y cuando inicie mis estudios quiero que mis profes me admiren y me digan: "y usted tan pequeña, ¿por qué sabe tanto?"

Jamás renunciar
al derecho de vivir[1]

Claudia María Céspedes Montoya

Profesora de la Institución Educativa Escuela Normal Superior Sagrada Familia, municipio de Urrao

La expresión "derecho a vivir" que comúnmente se escucha, logré asimilarla siendo ya una adulta, al conjugar la realidad del conflicto que quiso acabar con mi vida y los sueños de niña por ser una gran maestra. Eso hizo de mí una mujer con gran vocación.

[1] El acto de la escritura es como un intenso huracán, mueve emociones propias y ajenas, arroja fuertes vientos que pueden causar estragos,

Mi mamá es maestra de preescolar, y desde muy pequeña mis juegos se inclinaban por imitar lo que siempre ha hecho ella; en muy pocas ocasiones quise jugar con muñecas, y cuando lo hacía, las sentaba muy bien peinadas y vestidas alrededor de mi cama, donde yo acomodaba todo estratégicamente para convertir esa habitación de niña completamente en un salón de clase.

En el preescolar mi mamá fue mi primera maestra, y ¡ahí sí que me daba gusto!, aprovechaba cualquier momento de su ausencia para "tomarme" la clase, hacía con mis compañeros ejercicios como manos arriba, al frente, atrás, palmada… revisaba sus trabajos les enseñaba canciones, y también los regañaba. Es que yo me deslumbré con la otra "cara" de mi madre en la escuela, una mujer joven con tanto amor por los niños; era toda una aventura escucharla narrar historias, las que, confieso, poco me interesaban. Yo me embelesaba viendo cómo su rostro cambiaba con los gestos que hacía, sus labios rosados hacían movimientos suaves, luego rápidos y fuertes, la saliva jugaba entre su boca porque ella no paraba de narrar; esos tonos de voz, susurrantes por ratos y otros altos, que en muchos momentos me hacían brincar. Es difícil comparar una emoción igual.

Y así como crecía con el pasar de los años, también los deseos de ser maestra eran cada vez más fuertes.

"Claudia, y ojalá yo me equivoque, va a escoger ser también maestra", le escuché decir a mi mamá varias veces. Alguna vez le pregunté porqué no quería que yo fuera maestra, y ella, con sus mejillas sonrojadas, me dijo: "Hija, yo te veo haciendo una carrera profesional. Aprovecha la oportunidad que yo no tuve de estudiar en la ciudad; tú tienes todas las capacidades, y tu padre y yo te ponemos los medios para hacerlo realidad. Ésta será la mejor herencia que te dejemos".

En la Escuela Normal estudié hasta el grado noveno. Luego, con deseos de experimentar algo nuevo y con un proyecto de vida en construcción, decidí ingresar a otra institución educativa. En 1993 obtuve el título de bachiller en ciencias naturales. En ese año tuve muchos conflictos familiares. Las relaciones con mis padres, especialmente con mi madre, fueron difíciles, porque me enamoré de un gran hombre con quien compartí mi vida. Así fue como mi mamá vio desvanecer su ilusión de que yo me fuera para la ciudad (Medellín) a realizarme personal y profesionalmente, pero eso sí, no debía ser "maestra" como ella. Aunque la comprendía, no compartía su sueño. Navegué en contra de la marea y validé los estudios de la media vocacional en la Escuela Normal, es decir, sólo asistía a las áreas de pedagogía, y por supuesto a la práctica pedagógica, en la cual demostré un gran desempeño. Fui graduada en el año 1995 con el título de bachiller pedagógica, e

---

pero quisiera aclarar que el texto, aunque desata una tormenta al revelar la situación de la realidad al interior de algunas instituciones educativas, trasciende más allá de los juicios y señalamientos directos, con la intención de convertirse en una reflexión pedagógica para la nueva generación de maestras y maestros.

A la querida comunidad educativa de la cual hago mención, mi más profundo respeto y los más grandes deseos para que sigan construyendo ideales de hombres y mujeres que emerjan a la cultura.

inmediatamente comencé a trabajar como coordinadora de la Sala Infantil de la Casa de la Cultura de Urrao, por un período muy corto (tres meses), porque rápidamente fui vinculada como educadora municipal de tiempo completo, en una plaza que apenas se había creado: el preescolar rural.

Mi primera experiencia es un recuerdo inolvidable, sobre todo porque actualmente he logrado asimilar que en la "falta", es decir, donde se encuentra el vacío, aquello que está nulo o incompleto, es donde el ser humano encuentra el ideal de ser feliz.

La vereda La Cartagena fue una comunidad que me recibió con gran agrado y expectativa, ya que prácticamente el preescolar estaba por "hacerse", en el sentido más literal de la palabra. Yo recibí un salón en obra negra, con tres paredes, sin ventanas ni puertas, sin dependencias, material didáctico y mucho menos mobiliario, pero con doce niños maravillosos que me hacían vivir cada día, hora, minuto y segundo como una mujer privilegiada, como pocas veces se vive en el mundo, y lo que me hizo sentir así fue el reto de construir un lugar y un espacio donde ellos pudieran estudiar.

Recorrí muchas instituciones y centros educativos en los que viví experiencias diferentes y fui maestra en distintos grados de escolaridad, lo cual me ha permitido bordar un hermoso cuadro, con hilos unidos que reflejan amistades, triunfos y proyectos realizados, y otros hilos sueltos que son los sueños proyectados al futuro, altruistas sin duda, utopías, deseos por escalar cumbres, recoger experiencias laborales y encontrar mi real misión. Dónde, cómo, con quiénes, ese cuadro todavía no está terminado, pero yo, como un ave pequeña, quería volar.

En el municipio pronto corrió la noticia que los docentes municipales seríamos nacionalizados; fue entonces cuando me propusieron laborar en la Escuela Normal Superior Sagrada Familia. Inmediatamente llegaron a mi mente los más gratos recuerdos de mi niñez y adolescencia, del lugar donde me formé, donde viví los años más maravillosos. A esa institución cálida, organizada, en la que se respiraba una paz profunda y un ambiente armónico, ahora tenía la oportunidad de devolverle algo de lo que ella me regaló.

Cuando entré a la institución, la rectora que la dirigía en ese momento en cierta manera dudó de mi vocación, incluso me entrevistó, y en la conversación me dejó saber que ella sentía que yo había escogido esta profesión porque así mi familia me lo había exigido, mas no porque yo lo quería; pero esa posición era totalmente contraria a mi historia de vida.

Fueron días de largas jornadas, luego de las cuales me quedaba en el colegio estudiando, preparando clases. Salía casi siempre de noche, y cuando llegaba a casa, organizaba material; largas noches pasé en vela estudiando. ¡A mí no me iba a quedar grande este reto! Lo entregué todo, pero el desgaste físico y mental comenzó a hacer sus estragos, se agudizaron las crisis asmáticas, y la relación con mi familia iba en decadencia. No tenía tiempo para ellos, ni para mí misma; mi vida era sólo laboral, de tensión y presión. Sin embargo, tenía que triangular mi vida, encontrar el equilibrio y recuperar mi familia, el espacio perdido, mi propio yo.

En un barrio cercano al casco urbano del municipio faltaba un docente en el área de español y literatura. La rectora de dicha institución me hizo una visita domiciliaria y me propuso la tentadora oferta de ir a trabajar allí, ahora en bachillerato, orientando el área en la cual ya tenía la experiencia, los conocimientos y las herramientas para abordarla. Muchas reflexiones me hicieron tomar la decisión de aceptar el traslado, todo era apropiado para que estuviese allí. Inicié mi labor docente con gran expectativa y empeño, pensaba que había llegado a la cumbre, que mis sueños se hacían realidad, y que todo era más fácil, sin saber que esta decisión cambiaría mi vida y la de mi familia por completo, que mis sueños se vendrían a pique y mi ser se derrumbaría.

Comencé a trabajar en este colegio el 22 de enero del año 2003. En poco tiempo me vi envuelta en un ambiente hostil, conflictivo, regido por pandillas y vicios, donde estaba ausente el respeto por la vida y la dignidad humana, donde pasaban a un último plano los principios, la moral, los valores y las sanas costumbres; no en todos, pero lamentablemente allí los líderes negativos eran más fuertes. En el grado décimo detecté uno de ellos, que quería cobrar venganza de un hecho que hoy para mí todavía no es claro.

La persecución comenzó un día en un trabajo de aula, cuando se desplazaban los grupos a realizar un taller ya explicado y dirigido. Sin embargo, él se rebeló y decidió no participar de la clase, incitando a otros compañeros para que lo siguieran. Al querer dialogar con él, de inmediato lanzó palabras soeces y un mensaje claro: que no me metiera con ellos, que no podía invadir su territorio y llegar a cambiar lo que ellos eran; su amenaza fue contundente, me quería lejos del colegio.

Yo hice caso omiso a sus palabras y sentí aún más grande el compromiso de una formación integral para los estudiantes. Comencé a realizar proyectos de aula que integraran mi área con la formación ética, moral y humana. Insistí en ganarme la confianza del grupo, como asesora les di todo mi apoyo, pero mi pesadilla apenas empezaba.

El estudiante no accedía a ningún diálogo ni acercamiento; en los descansos buscaba interactuar con él, pero mi esfuerzo era en vano. En ese punto comenzó el conflicto interior entre la ética y la moral que yo poseía y lo que vi en ese sujeto. Me sentía impotente, sucia, injusta; estaba perdiendo mi dignidad, mi ética, el valor y el deseo de educar. Yo no concebía la idea de ser profesora de español exclusivamente, estaba preparada para educar para la vida, no para el momento; para valorar a la persona con sus limitaciones, pero también con sus deseos de superación y la proyección de los valores; para ser justa y orientar a los educandos, aplicar con ellos el método preventivo persuasivo, sobre el cual hace referencia fray Luis Amigó y Ferrer, pedagogo del amor.

El estudiante líder negativo, protagonista de esta historia, hizo todo para acabar conmigo: en los descansos me lanzaba balones fuertemente, con el fin de golpearme; me empujaba y arrojaba contra los basureros, y se escabullía siempre entre la aglomeración de sus cómplices. Luego empezaron los anónimos, las llamadas a la casa, esperaba a que mi hijo saliera de la escuela para vigilarlo e intimidarlo. Casi nunca entraba a clase, pero cuando lo hacía, se burlaba y se expresaba hacia mí como el enemigo más grande. Su actitud era amenazante y agresiva.

Todo esto llegó a mi consciente e inconsciente y se incorporó en mi organismo como un trastorno neurótico, estrés, nerviosismo y, por último, una grave depresión. Fue tan fuerte esta enfermedad psíquica, que terminé en el consultorio de una psiquiatra. El deseo por vivir se había acabado, mi enfermedad impidió que siguiera laborando, ya no asistía al colegio, permanecía encerrada en mis temores y angustia, y dopada por unos medicamentos que controlaban un poco las crisis. Mi vida se estaba apagando. Paré un día en las urgencias del hospital, intoxicada con una sobredosis del medicamento que inconscientemente ingerí; el doctor dijo que era un milagro que estuviese con vida. Sin embargo, en mi mente no tengo realmente ningún recuerdo de ese momento.

Denunciar o no denunciar era peligroso, debido a la crisis social por la que atravesaba el municipio en aquella época, y por los antecedentes de aquel sujeto. Un día desperté más consciente de mí misma y con la mirada puesta en la voluntad del Señor, decidí renunciar a mi profesión y comenzar una nueva vida. Mi esposo me veía tan mal que apoyó mi determinación y decidí viajar a Medellín. Allí pedí orientación sobre los pasos que debía seguir para hacer efectiva mi renuncia definitiva al cargo de docente; mi objetivo era evidente, terminar con esa horrible pesadilla.

Fue muy duro ver sufrir a mis hijos, abandonarlos como lo hice en ese momento, ver a mi madre llorar y a mi padre angustiado, pero yo sólo era cuerpo, no era mente ni espíritu; perdí la capacidad de raciocinio y de autocontrol, mi ser se minimizó por completo. Noches en vela, visiones ocultas en mi mente, intenciones suicidas. Ya esto tenía que parar.

La psiquiatra Nolba Forero era la coordinadora de un grupo de apoyo en la Secretaría de Educación para casos difíciles como el mío, y para no internarme en un lugar psiquiátrico, me dio la esperanza de ubicarme en otra institución, porque algo vio en mí. Ella insistía en que aún no se había perdido todo, que la solución estaba en un cambio de establecimiento y que fuera en primaria, para volver a tener el contacto con los niños y las niñas que despertarían nuevamente mi vocación.

El mismo día en que decidí llevar la carta de renuncia, recibí de los labios de una mujer de la Secretaría de Educación para la Cultura de Antioquia una buena noticia que decía: "Claudia, ya se hizo realidad el traslado nuevamente para la Institución Educativa Escuela Normal Superior Sagrada Familia de Urrao; lo está firmando en este preciso momento la doctora Consuelo Ossa".

Las terapias psiquiátricas continuaron y ahora surtían efecto, porque mi mente se abrió y permitió limpiar, sanar, trascender. Antes no comprendía la razón por la cual me tocó vivir esta experiencia, pero más adelante y con mi sanación, la entendí.

Llegué renovada a la Normal, con un tratamiento para bajar el nivel de medicamentos que normalmente consumía, y que crearon dependencia y reacciones alérgicas en mi cuerpo. Fue difícil mermar la dosis; poco a poco, la ansiedad, los escalofríos, la presión alta, los dolores de cabeza y otros efectos desaparecieron. Yo creo que mi verdadera rehabilitación llegó cuando volví a ser maestra; los niños y niñas pequeños me sanaron, me devolvieron la alegría de vivir y mi vocación.

Ahora tengo la convicción de que me hice más fuerte, más humana, que conozco la condición accesible del hombre, pero también el límite, y comprendí que la prioridad de la educación tiene que ser la persona, no empeñarnos tanto en formar conocimientos, sino en darle el papel protagónico al individuo, a fin de conducirlo a su propia realización personal.

Aprendí a valorar todo lo que veo, a enfrentar mis miedos, a comprender las personas, a perdonar y recordar sin dolor; aprendí también a amar a mi familia sin egoísmo ni apegos, y a disfrutar cada día como si fuera el último por vivir. Claro que todavía tengo mucho camino por recorrer, nuevas experiencias por vivir, obstáculos por superar y miedos que vencer, pero estoy segura de que este episodio de mi vida ya lo cerré. Tengo aún mucho que aprender y mucho que vivir, pero esta historia jamás la deseo repetir.

Desde 2006 asumí un nuevo reto: regresar al trabajo con jóvenes en los niveles de la educación media y el ciclo complementario, y orientar algunas áreas de pedagogía como psicología y didáctica. Durante este año me preparé profesionalmente, asistí a importantes capacitaciones, entre ellas el Congreso Internacional de Educación, Investigación y Formación Docente, y un diplomado en educación religiosa escolar que me fortalecieron para formar maestros.

Con una experiencia laboral y de vida y mis sueños altruistas de por medio, mi objetivo de ahí en adelante se enfocó a repensar el papel del educador: formar hombres y mujeres con una nueva visión hacia el futuro, capaces de asumir los nuevos paradigmas, tendencias y retos educativos; hacer de la educación una profesión dignificante, y construir país con mi ser y hacer de maestra.

En compañía de dos educadores de la institución educativa, Ana Minta Correa y William Zapata, elaboramos la propuesta psico-pedagógica: "Las personas somos regalos de Dios", una herramienta para el trabajo en grupo, dirigida a niños y niñas en edad escolar, pero adaptable para cualquier nivel de la educación y útil para maestros en ejercicio y formación, padres de familia y psicoorientadores. Permite el encuentro de la persona como un ser trinidad, formado de cuerpo, mente y espíritu; su propósito es ayudar a sanar aquellos condicionamientos que vamos grabando desde la más tierna edad, de modo que no se acumulen o refuercen, para que nuestras criaturas crezcan más saludables, emocional, física y espiritualmente, y logren entonces la más pura expresión de su ser. El proyecto se consolida en una cartilla práctica y pedagógica, enriquecida con actividades lúdicas y creativas, historias, juegos y meditaciones que buscan la transformación y trascendencia del ser humano desde lo espiritual y mental y cambios positivos comportamentales.

En los mediadores del aprendizaje y desarrollo del ser humano el llamado es a ofrecer una educación en la vivencia, la creatividad y el amor, transformadora de actitudes cotidianas en beneficio de sí mismo, de su entorno y de la relación con todo el universo. Las situaciones conflictivas que se presentan al interior de las instituciones educativas, como drogadicción, prostitución, indisciplina, agresividad, falta de respeto, decadencia de los valores y de la moral, pérdida del sentido por la vida, entre otras, podrán ser intervenidas

si la familia y los educadores trabajan unidos para formar el nuevo hombre y la nueva mujer que el mundo requiere. La solución de conflictos se toma como una tarea individual; la causa y la raíz se encuentran en el interior, y no es necesario buscarlas en algún lugar o persona. Por eso es importante construir un proyecto de vida, donde mi ser sea armonía consigo mismo y con los demás. La convivencia es de todos, y ésta solamente será efectiva cuando aprendamos a ver a Dios en la otra persona.

Actualmente sigo con mi proyecto, aplicándolo y difundiéndolo a los estudiantes del ciclo complementario, para que fortalezcan su formación inicial como maestros, y se conviertan en constructores de paz y convivencia, acrecienten su desarrollo personal, y sean maestros no sólo competentes en conocimientos, sino también capaces de entenderse a sí mismos, a los otros y al mundo circundante.

Hoy, desde la psicología, la investigación y cada una de mis funciones, sigo siendo constructora de hombres y mujeres que dan sentido a su vida y jamás renuncian al derecho de vivir

Lo hemos
hecho posible

Claudia Patricia Velásquez Zapata

Profesora Institución Educativa Rural Darío Gutiérrez Rave, municipio de Caldas

Con una sonrisa en mis labios, descubierta en el espejo que me vigilaba justo en frente de mi mesa de trabajo, recordé el tiempo cuando comencé mis labores como docente; las fotos tomadas diez años atrás registraron el momento de mi llegada, la obra iniciada de adecuación de una sede escolar que recibí, y el único grupo de básica primaria con el que conté.

Había llegado cargada de sueños, y aunque sentía miedo, en aquel momento me motivaba mi superación personal y la posibilidad de adquirir la experiencia que me llevaría a ser una buena docente. Estuve segura de aceptar el reto cuando aquel 1.º de febrero me dijeron: "Has sido nombrada para laborar en la Escuela Rural Luis Javier García Isaza", en la vereda La Salada parte baja, del municipio de Caldas, Antioquia.

Mientras apartaba la mirada de aquellas fotos, vi con satisfacción el resultado de una década de labores en la que logramo,s entre todos, una verdadera transformación de aquel entorno. En ese instante recordé que estaba próxima la fecha en la que se cumplirían diez años de haber comenzado a recorrer este camino. Me vino el deseo y posteriormente la decisión de conmemorar esta efeméride, "celebraremos los diez años de la institución", me dije. Me tocaba, entonces, emprender un nuevo reto: lograr una celebración digna, decorosa y que pudiera quedar en el recuerdo de toda una comunidad educativa.

La primera labor que me encomendé fue socializar, con mis compañeras de trabajo y demás miembros de la comunidad educativa, la idea de la celebración. Para ello reuní a todos los profesores de la ahora sede Luis Javier García Isaza, perteneciente a la Institución Educativa Rural Darío Gutiérrez Rave, quienes recibieron con entusiasmo la preparación de la festividad. La primera tarea fue organizar una reunión con los miembros de la Asociación de Padres de Familia y, posteriormente, con los padres, madres, acudientes y estudiantes de la sede educativa.

El trabajo comenzó a fructificar cuando los residentes de la vereda se dispusieron a prestar su concurso, aportando ideas y ofreciendo su colaboración para la celebración. A esto le siguieron visitas a varias instituciones públicas y a algunas entidades privadas, a las cuales se les solicitó su vinculación con el evento; ellas nos facilitaron recursos, con los que veíamos más próxima nuestra celebración. Una vez confirmados los aportes, iniciamos la planeación de las acciones a seguir y elaboramos un itinerario que duraría todo el mes de octubre del año 2003. Sería una fiesta de varias semanas, con una fecha especial para los actos protocolarios como evento central.

En el marco de la celebración, hubo eventos deportivos programados con la ayuda del Instituto de Deportes y líderes de la comunidad. Allí tuvieron su espacio los niños y jóvenes deportistas de la institución, así como otros jóvenes de la comunidad que, aunque no eran estudiantes, participaron activamente en los campeonatos relámpago de fútbol o baloncesto, y en el gran partido de fútbol entre solteros y casados que se realizó en la cancha de la vereda.

Otras actividades que tuvieron su espacio en la festividad fueron de carácter comunitario. Logramos reunir a varios habitantes del sector para participar en las labores de ornato de la sede educativa. También, con el auspicio de la comisaría de familia, se ofrecieron conferencias para los padres. Algunos de los encuentros vespertinos con madres de familia terminaron en invitaciones a tomar *el algo* en la escuela, costumbre muy paisa que no dejamos perder, que fueron de gran ayuda para incrementar el sentido de per-

tenencia por el centro educacional y para seguir con las labores de unión y sana convivencia entre los habitantes de dicho sector.

El arte y la cultura fueron los invitados especiales a los actos de celebración. Por medio de ellos logramos momentos de sano esparcimiento y aportamos elementos que enriquecieron el conocimiento y el nivel cultural de los asistentes. Con la ayuda de la Caja de Compensación Familiar Comfenalco, llevamos a la comunidad al mimo Carlos Álvarez, uno de los más importantes artistas de su género en el país. La estudiantina y la chirimía de la Casa de la Cultura del municipio ofrecieron sus conciertos; invitamos, además, grupos de danzas, los cuales participaron durante toda una tarde y deleitaron a los amantes de estas manifestaciones artísticas. En improvisadas pantallas en las paredes blancas de la sede escolar se proyectaron videos y películas, mientras en otros recintos la poesía dejaba escuchar sus sonetos y prosas para un auditorio bastante selecto. Los actos cívicos y la cátedra temporal sobre la historia de la institución complementaron las actividades preliminares de la celebración. Las carteleras y los murales daban cuenta de lo que se celebraba al interior de la sede educativa.

Mientras todas las actividades se realizaban sin interrupción, las reuniones del equipo organizador no pararon; de esta manera todo estuvo preparado para recibir el evento central de la efeméride, con el que concluiría la conmemoración de los diez años de nuestra querida sede. La lista de invitados con su posterior confirmación, los actos protocolarios, la decoración, los artistas, los trajes de gala, la comida y los ánimos de la comunidad educativa estaban dispuestos para el momento de iniciar la agitación del día clásico de aquella celebración.

La mañana de aquel viernes de octubre se contagió de fiesta. El sol parecía haber salido más temprano; las flores de las plantas que colgaban en los corredores de la sede escolar se abrieron anticipadamente y lucieron su policromía, compitiendo con las bombas, serpentinas y cadenetas que pendían de los pilares y muros de los pasillos.

Los salones lucían, en sus puertas, grandes adornos que invitaban a detenerse para admirarlos; las mesas tendidas esperaban a los comensales, mientras las banderas ondeaban con el viento matutino a la espera de los homenajes; el atril aguardaba silencioso, con un grueso libreto en su lomo; las sillas de los asistentes convocaban al descanso con los brazos abiertos; las carpas multicolores daban una sensación de carnaval; las mariposas a esa hora visitaban las jardineras de la escuela y llenaban de movimiento todo aquel espectáculo que, sin iniciarse, ya despertaba alegría.

Todo estaba dispuesto para el inicio. Cuando abrimos las puertas de la institución, ya algunos invitados esperaban el momento del ingreso. Los papás y las mamás, con vestidos domingueros, los alumnos uniformados impecablemente, los representantes de las entidades gubernamentales y sus cónyuges con sus trajes elegantes, en fin, uno a uno fueron ocupando los lugares asignados. Mi rostro no pudo ocultar la alegría cuando vi a mi familia —papá, mamá, hermano— descender del vehículo que los había transportado desde el municipio de Yarumal, a más de tres horas de distancia de mi sitio de trabajo.

El encuentro empezó con la celebración de la santa misa, en la que participaron con recogimiento y respeto los miembros del auditorio. Al terminar el acto litúrgico comenzamos el protocolo, sonaron los himnos, el alcalde y el secretario de educación pronunciaron sus discursos, en los que reconocieron el emprendimiento de la comunidad y su sentido de pertenencia por la escuela; por supuesto, yo también había preparado unas palabras que pronuncié nerviosamente y que terminaron en lágrimas cuando la ovación del público se hizo sentir.

Luego vino la parte informal. La alegría de los asistentes creció al ritmo de la música interpretada por un grupo invitado. Las felicitaciones y los reconocimientos se convirtieron en un segundo protocolo, y por un momento lograron interrumpir la algarabía que reinaba en el lugar. En ese momento, los miembros de la Asociación de Padres de Familia me hicieron entrega de una hermosa placa conmemorativa; a su vez, la administración municipal, representada por el alcalde, descubrió otra placa de mármol que dejaba testimonio de la celebración de los diez años de vida institucional de nuestra sede educativa.

Habíamos guardado para aquel momento un sencillo homenaje a los mejores estudiantes de la institución, a padres de familia y líderes destacados por su apoyo y a los maestros que habían prestado sus servicios durante esos diez años a la misma. Instantes más tarde, cuando nos disponíamos a servir la cena, otros padres de familia me "raptaron" hacia uno de los corredores interiores, en cuya pared pendía un gran acróstico de mi nombre, con elogiosas frases de agradecimiento. Este hecho hizo salir nuevamente mis lágrimas, y en cada una de ellas sentía la gratitud hacia una comunidad humilde y sencilla, aquella que con escepticismo e incredulidad por mi juventud, me vio llegar para colaborar con la transformación de lo que ellos mismos consideraban intransformable.

La fiesta terminó entre sonrisas, abrazos, agradecimientos y nuevas propuestas para el inicio de otra década de labores. Uno a uno, los invitados fueron abandonando el recinto, mientras la música continuaba sonando. El cansancio apenas nos hacía caer en la cuenta de la ardua labor que habíamos culminado.

Al día siguiente, todo el grupo de profesores acudió a la cita sabatina. La escuela nos mostraba su resaca y con ella el duro trabajo por realizar para volver a su estado original aquella sede donde, a partir del lunes, la fiesta sería una vez más académica y sólo se escucharía la música de las vocales y se bailaría la danza de las rondas infantiles. Las bombas, ahora a medio desinflar, nos esperaban como frutos maduros a punto de caer, mientras las cadenetas, con sus eslabones desprendidos, yacían tendidas en el piso; en pocas palabras, la alegría había dejado su huella en todos los rincones de la sede escolar.

Después del descanso dominical, iniciábamos nuevamente las labores escolares. El sábado anterior, finalizadas las labores de limpieza, me dirigí a un almacén fotográfico donde vería plasmadas las imágenes de todo un mes de fiesta; eran más de setenta fotos. Ahora, mientras revivía los momentos alegres de la festividad, pude ver una vez más mi sonrisa reflejada en el espejo que me vigilaba justo al frente de mi mesa de trabajo. En ese momento pensé: "lo hemos hecho posible".

De un pueblito en la Cordillera Central,

a "La cabaña del Tío Tom"

Caminante no hay camino, se hace camino al andar
Joan Manuel Serrat

Daniel de Jesús Granados Rivera

Profesor de la Institución Educativa Escuela Normal Superior de Amagá, municipio de Amagá

Cuando estaba en la Normal Victoriano Toro de Amagá, nunca pasó por mi mente lo que un día no muy lejano de los años noventa experimentaría en mi ejercicio docente, en el tan esperado nombramiento como maestro en propiedad de la Escuela Rural San José del León, del municipio de Mutatá, zona del Urabá antioqueño.

Viajé durante toda una noche por lugares naturales, entre sonidos de agua y viento y el resplandor de las hojas de los árboles contra los vidrios del vehículo en que me transportaba hacia un lejano sendero y una tierra prodigiosa de nuestra Antioquia pujante y montañosa. Atrás dejé mi familia, compuesta por mis padres Aura y Daniel, trabajadores incansables; mi pueblo Amagá, enclavado en la Cordillera Central, espacio acogedor, testigo de mi niñez, adolescencia y juventud, caracterizado por sus calles inclinadas y tranquilas.

Eran más o menos las siete y treinta de la mañana de un día jueves, cuando me bajé del bus con mi maleta llena

de esperanzas, pero con el sentimiento inenarrable de haberlo perdido todo, para iniciar la siembra de lo que más adelante sería el fruto dulce de la profesión que con grandes sacrificios elegí. Quizá perdí por el momento la noción del espacio y el tiempo, pero era normal; todo me era desconocido y, por lo tanto, era ajeno a la experiencia que había iniciado hacía algunas horas. En aquella mañana fría y poco resplandeciente, los rayos del sol me señalarían el horizonte para iniciar la misión: tener algún día las cualidades y el sentido profundo de ser maestro. Me dirigí a la oficina del "Núcleo", como comúnmente se denominaba, y donde encontraría la colaboración y la orientación para caminar con firmeza. Era todo tan extraño, tan ajeno, tan indiferente, pues no encontré a nadie que me extendiera una mano cordial, que me diera ánimo y entusiasmo, que me indicara, por lo menos, qué era lo que legalmente debería hacer… aunque ya había empezado. Todavía sentía que era un sueño, porque la realidad que vivía era preocupante, cargada de incertidumbres.

Por fin, al final de la tarde, encontré a alguien que me preguntara dónde dormiría, lo cual me animó mucho, porque pocas veces había dormido fuera de mi hogar. Este momento lo recuerdo con tristeza y felicidad.

Mirar la realidad desde la barrera es mucho más fácil que estar en ella. Otro mundo me llegaba con la brisa, con el sonido del río Piedras y el calor que pegaba contra mis brazos y mi cara. Debo contarles que el pueblo se caracterizaba por el exuberante ambiente natural, las pocas casas y el trajinar de la gente que iba y venía ensimismada en sus asuntos.

El tiempo transcurría tan despacio, tan supremamente lento, que ni siquiera lo sentía, aunque estaba ya próximo el día de desplazarme a la vereda San José del León. ¿Se imaginan qué podría suceder? Esa noche del domingo no dormí nada, era una noche tocada por el miedo, la esperanza, la ansiedad. Parecía, les aseguro, que estuviera encerrado o sepultado, pero con la mirada vigilante, fija, que ponía límites a lo que ya había trazado como proyecto de vida: ser un maestro al servicio de una comunidad; sin embargo, sólo atisbaba un horizonte llano, tan llano y tan desconocido…

Me levanté del suelo, del colchón que era mi única compañía material, porque Dios estaba allí presente en todo momento y lugar. Quería hablar aunque fuese con el colchón, pero ni siquiera me respondía0. En el silencio, Dios siempre me habló y me animó a seguir despacio pero seguro hacia adelante. Me organicé y salí con mi maleta llena de esperanzas. En el retén esperé. Al llegar donde hacían la parada los buses que venían de la ciudad de Medellín, se me acercó una joven sencilla y de estatura baja; le pregunté hacia dónde se dirigía, y me contestó con timidez:

— Hola, ¿usted es maestro?

— Sí, y me dirijo a la escuela San José del León.

— Bueno —me respondió—, yo lo acompaño. Pero, ¿cuál es su nombre?

— Daniel —le respondí tranquilo.

— Esperemos un momento, pronto llegará el bus. Tal vez hubo problemas en la carretera en la noche. Eso es normal por aquí, ¿me entiendes?

Permanecí callado, muy callado. Al llegar el bus, me invitó a subir y me dijo:

— Tranquilo, no se preocupe, yo le indico el camino, pues yo también soy maestra desde hace algunos años en la escuela La Fortuna.

Esto me ayudó a respirar un poco mejor y me dio más tranquilidad. Iniciamos el viaje, no hablé nada, sólo lograba observar la rapidez del vehículo. Pareciera que la historia pasara rápido en una geografía estática por la violencia; paradójicamente, la pobreza se enmarcaba en la riqueza forestal e hídrica de la zona. Nos bajamos del bus en una llanura delineada por un río; un puente que lo atravesaba me indicaba que debía seguir adelante. Me despedí de la joven maestra en una pequeña casa de madera a orillas de la carretera, lo que me invitaba a ser cada vez más fuerte.

Pasaron unos minutos y a lo lejos observé un jinete con dos caballos; deseé fuertemente que viniera por mí. El milagro se hizo. El suave galope se fue sintiendo más cerca. Al llegar, un joven de unos catorce años me preguntó:

— ¿Usted es el profesor?

— Sí, joven —le contesté.

— Móntese en el caballo blanco mientras busco que tomar.

Le ofrecí gaseosa y unos panes que llevaba; de buena gana me aceptó y compartimos juntos.

— Profe, yo soy… y ¿usted?

— Daniel —le respondí.

— Pero es muy joven, ¿sí podrá aguantar?

Meses más tarde comprendí aquellas palabras.

— Apúrele, profe, que esto es muy retirado de la escuela y usted no está acostumbrado.

A cada momento nos perdíamos más y más por el camino señalado. Nos adentramos en un mundo selvático y natural con mucha agua; arriba, un infinito cielo azul, y hacia adelante, un largo y penoso camino enmarcado por coloridos árboles e imponentes montañas.

Llevábamos casi cuatro horas de camino cuando nos bajamos en una pequeña y humilde casa. Una mujer nos recibió muy bien y me ofreció algo de comer. Me animó mucho y se sintió muy feliz de tenerme en su casa. Cuando continuamos el viaje, el sol ya estaba ocultándose; oscurecía. Al fin le pregunté al joven: "¿Falta mucho para llegar a la escuela?". Él se rió y me dijo: "Sí, mucho". Seguimos y al instante empezó a tronar fuertemente; inicio una fuerte lluvia que me daba la bienvenida y me anunciaba lo que solía pasar en la cotidianidad de aquel lugar. Era ya de noche cuando por fin llegamos a la escuela.

— Profe, ésta es la escuela y allá en esa lucecita es donde usted va a vivir. Hasta mañana —dijo al despedirse.

— Gracias —le contesté con voz opaca y cansada.

Me bajé del caballo en busca de la escuela. Durante un momento lloré mucho, porque jamás imaginé encontrar una escuela… o por lo menos tenía la imagen de escuela como un espacio físico muy bonito en su estructura y apariencia. Y ello, en ese mismo momento, me inspiró la responsabilidad de reconstruirla. En mi esquema mental visualicé mi Normal y la escuela María Auxiliadora, los lugares ideales (imaginarios) en donde había permanecido durante parte de mi formación.

Me dirigí luego al lugar que por un tiempo habitaría. Pasé por un camino resbaladizo, atravesé un río, sólo la luz de una lámpara iluminaba el camino oscuro que me acompañaba desde hacía algunos días. Al llegar a la casa, la registré en mi memoria como "La cabaña del Tío Tom". La lluvia era muy fuerte, amarré el caballo y llamé: "Buenas noches, soy Daniel, el profesor". Pero nadie me contestó. Por unos instantes quise desaparecer. Pasados por lo menos diez minutos sentí el galope de un caballo y el ladrido de un perro.

— ¿Quién es? —me preguntaron, señalándome con la luz de la lámpara.

— Soy el profesor —contesté.

— Bueno, profe, soy Luis Ramírez, un amigo más.

Don Luis me invitó a entrar, me presentó a su mujer, que me miró con no muy buena cara. Me dieron para dormir una pieza pequeña, desolada, pues no sólo le faltaba una cama, sino también que la habitaran; lucía fría, daba la sensación de haber estado sola por mucho tiempo. De alguna manera me acosté en el suelo, cubierto nuevamente por la esperanza de que al otro día el sol estuviese a mi favor. Pude descansar apenas un poco, lloré por un buen rato, pues me sentía solo.

En las horas de la mañana me organicé y me dirigí a la escuela. Al llegar, allí encontré sólo el monte que cubría el lugar construido de tabla y zinc y que, no obstante, me invitaba a realizar un buen trabajo. Era la hora de iniciar matrículas o clases, pero diferente a lo que ocurre en la gran mayoría de las instituciones educativas, no llegó ningún estudiante o padre de familia. Más tarde vino don Luis; lo saludé.

— ¿Qué ha pensado hacer? —me preguntó.

Le pedí que me colaborara a desyerbar y así fue. Empezamos a sostener un diálogo sobre la vida y la experiencia en la escuela. Yo le conté un poco de mi familia. Lo que más me llamó la atención fue la solicitud que me hizo.

— Profe, de usted dependen muchas cosas para el futuro de los niños—. Y continuó: — No nos vaya a fallar, pues el maestro aquí no ha tenido buena fama, por su poca responsabilidad y compromiso. Además, debe permanecer mucho tiempo con nosotros. Como usted es aún joven y tiene muchos ánimos, seguro realizará un mejor trabajo.

Permanecí callado. Al llegar la tarde inicié la labor que me correspondía: buscar los alumnos. Logré recorrer las casas más cercanas, sólo tres, pues las otras estaban muy distantes. Las familias me recibieron muy bien, y de esta manera tuve que trabajar durante el transcurso de la semana, pues llevaba las hojas de matrícula para poder compartir la idea.

A la semana siguiente todo fue mejorando. Los niños llegaban; el primer día cinco, el segundo quince y el tercero treinta y cinco; juntos fuimos mejorando el espacio, los horarios y el aseo, aunque no había agua, ni traperos y mucho menos servicios sanitarios adecuados. Y del tablero ni qué decir; sólo contaba con algunas guías de trabajo deterioradas por la humedad, y unos pupitres desgastados ya por el uso y el tiempo. Como era metodología de *escuela nueva,* entre todos fuimos organizando algunos rincones, excepto el de ciencias naturales, ya que el lugar en sí era un taller para la experimentación. El rincón religioso estaba decorado por una imagen del Divino Niño Jesús, que siempre ejerció de testigo de todos los momentos de alegría y dificultad.

Los estudiantes llegaban todos los días a las ocho de la mañana, uno tras otro, a pesar de la lluvia, el calor y la violencia que en aquellos años se vivía en la zona. La oración y el saludo era el primer momento; luego, los líderes organizaban los grupos e iniciábamos el trabajo bajo mi orientación. En la práctica, poco sabía de este sistema, pero, en fin, las oportunidades se presentan, y luego me fui cualificando y logré apropiarme de esta metodología que día a día mejoro. El descanso era el momento para desayunar y compartir lo poco que llevábamos; los niños, humildes, jugaban con un balón viejo o improvisaban otro con bolsas de papel y periódico. Más que el conocimiento, en esta escuela se orientaba en valores y en aspectos necesarios para la vida.

Diariamente, casi todos los alumnos caminaban más de una hora; era semejante a una salida pedagógica (la *clase paseo* planteada por algunos pedagogos, Freinet entre ellos). Conversábamos mucho, algunos me contaban sus problemas y lo que acontecía en las noches por los caminos cuando se desplazaban para sus casas o a la escuela.

Para mí, éste se tornó en un espacio de permanente reflexión, aunque generalmente no podía hacer nada significativo. Aprendimos de los problemas cotidianos, también a leer, escribir, sumar y restar; a describir y a tomar algunas decisiones. Allí el maestro no era sujeto de poder, era un acompañante; las fichas, las notas, las peleas o los problemas en la relación docente-alumnos no eran algo categórico.

El trabajo comunitario fue un aspecto importante, pues a la vereda se dirigían con frecuencia la vacunadora, el sacerdote, la jefa de planeación y otros líderes del municipio de Mutatá, lo que hizo que las condiciones de salud mejoraran y que yo, como maestro, me amañara un poco más y le encontrara sentido a mi labor. Infortunadamente, hubo un momento en que todo el trabajo emprendido cambió de rumbo, cuando tuve que desplazarme por asuntos de la violencia. Fue terriblemente duro para mí. Los niños y la comunidad quedaron con una escuela construida a fuerza del compromiso y la responsabilidad de todos ellos. Aquella experiencia sería el inicio de otros rumbos, búsquedas y sueños como maestro.

Mientras escribo este relato de vida como maestro, me siento afortunado al poder contarlo. Ya han pasado aproximadamente quince años de labores en otros lugares como Salgar, Amagá… Pero como estos primeros pasos nunca se olvidan, le doy gracias a Dios y a estas comunidades por haberme permitido crecer como persona, como profesional y, ante todo, como maestro

Nadie da
de lo que no tiene

Dora Cecilia Ruiz García

Profesora de la Institución Educativa Rural Boyacá, corregimiento El Brasil, municipio de Ebéjico

Mi formación pedagógica la inicié en 1963. En esa época, los maestros en formación entrábamos en contacto con los niños, las actividades de apoyo y la observación de clases en las escuelas, atendiendo los primeros grados de la secundaria. Nuestra labor iniciaba desde que cursábamos el quinto y el sexto semestres de pedagogía. En el último semestre, por un período de cuatro semanas, respaldábamos actividades que consistían en apoyar procesos de matrícula, organización de actividades, clases, etc.

En febrero de 1969 se hizo realidad uno de los tantos retos importantes en mi vida: ser maestra. Este deseo surgió en mi infancia, cuando cursaba el grado quinto de primaria en la escuela Rosalía Suárez, del barrio Belén. Allí, la maestra Celina Arango Mora, quien era muy amable y cariñosa para brindarnos conocimientos, me invitaba a continuar como ella por el camino de la enseñanza. Ella despertó más en mí la inclinación que desde niña ya se perfilaba en mis juegos con mis hermanos y vecinos.

Recuerdo que de niña, al jugar a la escuelita, decía constantemente: "¡Olga, sin pegarle a Marta!; ¡Javier, sin empujar a Carlos!; ¡Iván, no le quite el carro a Fabio!"; y al finalizar la jornada de la escuelita repartía pedacitos de galleta a quienes habían participado y se destacaban por el buen trato. "¡Hasta mañana, señorita! Mañana volveremos a la escuelita".

Así transcurre mi infancia, entre proyecciones, juegos, tareas y satisfacciones, porque encontré en mi familia y en la escuela afecto y comprensión. Particularmente la escuela favoreció que mi imaginación volara en un ambiente propicio donde el amor, el cariño, el respeto y el compartir eran fuente de gozo y regocijo. Estos ingredientes permitieron que se fuera forjando mi gusto por la enseñanza. Como resultado de ello, algunos años después, concretamente en 1968, recibí mi título de maestra, el cual llevo con orgullo. Gracias a él, con el paso de los años, he trasegado por ciudades, pueblos y veredas, abriendo caminos y tendiendo lazos de seguridad y comprensión.

Los primeros dieciocho años de docencia los viví en colegios de carácter privado en el barrio Laureles de la ciudad de Medellín. Los estudiantes eran niños que pertenecían a un nivel económico alto, contaban con muchas ventajas y oportunidades, aunque carecían de lo más importante: el afecto. La mayoría de sus núcleos familiares estaban compuestos por padres y madres muy ocupados en sus negocios y bienes, que poco tiempo tenían para sus hijos, y aquí el colegio debía cumplir con esa tarea.

Cierto día un alumno me dijo: "Profe, usted sabe que yo quiero más a la empleada del servicio que a mi mamá". Yo lo interrogué por largo rato, pues me parecía extraño escuchar esas palabras, a lo que él me contestó: "la empleada siempre está atenta cuando llego del colegio, me prepara algo de comer y me ayuda a hacer las tareas. A mi mamá, en cambio, la veo muy poco y no tiene tiempo para ayudarme; se la pasa ocupada en juegos con sus amigas o en ventas de productos". Como ven, el aula de clases es un escenario donde los estudiantes reflejan, con su comportamiento, la vida familiar y comunitaria; la misión del maestro es convertirlo en una oportunidad para ayudarles.

No falta, además, el padre de familia que diga: "¡Señorita, si mi hijo todo lo tiene, ¿por qué no rinde?!". Estos padres olvidan que el acompañamiento, las palabras a tiempo, una caricia o un juego pueden sustituir otras tantas cosas materiales y llenar la vida de sus hijos de oportunidades para vivirla mejor.

He aprovechado todas las oportunidades que me ha brindado la vida, y he sido consciente de que el maestro debe ser un investigador y un estudioso permanente; por eso he asistido a cuanto curso de capacitación podía. También por lo anterior, decidí estudiar una licenciatura en idiomas en la Facultad de Educación de la Universidad Pontificia Bolivariana. Allí encontré maestros excelentes que posibilitaron mi ascenso académico en mi carrera docente. Después de esta experiencia, me motivé a concursar para vincularme a la educación oficial en el departamento de Antioquia.

En el mes de abril de 1997 recibí el nombramiento como docente de inglés del IDEM Pedro Antonio Elejalde Gaviria, del municipio de Frontino. Este municipio es un lugar privilegiado; la alegría y el empuje de sus habitantes fueron el equipaje con que conté. Des-

pués de estar dictando el área por espacio de un año, recibí el ofrecimiento de coordinar la práctica docente en la misma institución. Tuve la bella oportunidad de participar en la formación pedagógica de los futuros colegas, quienes recorrerían las sendas de sus veredas y pueblos trazando caminos de luz, paz y amor con su labor y ejemplo. Esta experiencia fue muy gratificante.

Posteriormente, continúe preparándome en lo académico. Asistí a un curso de psicoanálisis, que fue un gran apoyo para mi labor docente, pues me aportó herramientas para ahondar en las causas de las problemáticas presentadas por muchos estudiantes de la institución. A pesar de la distancia entre el municipio de Frontino y la ciudad de Medellín, unas siete horas en bus, incluso hasta doce horas porque la carretera estaba en pésimas condiciones, no lo pensé dos veces y cada ocho días me desplazaba a hacer el curso.

El deseo de estar cerca de mi familia me llevó a solicitar traslado para el municipio de Ebéjico, lugar donde tenía mi hogar y mi esposo. En el mes de enero de 1992 llegué al grupo anexo del Colegio San José, corregimiento El Brasil. Desde el comienzo, y durante un buen tiempo, me preocupé porque la escuela se encontraba al descubierto, no había muros o cercas que la separaran del territorio circundante. Las personas que se desplazaban para sus veredas atravesaban por los predios de la escuela, interrumpían las clases con sus conversaciones y desconcentraban a los estudiantes. En los días de descanso, especialmente en las horas de la noche, la escuela y sus predios eran utilizados por algunos miembros de la región para actividades no muy recomendables.

Por lo anterior, me propuse, en colaboración con la Asociación de Padres de Familia de la institución, enviar cartas al Concejo Municipal, en las que solicitaba atención a dicha problemática. Luego de varias solicitudes y de asistir a una sesión del Concejo donde expuse lo que ocurría, logramos tener un espacio seguro y mejor presentado, y un ambiente tranquilo para el desarrollo de la labor pedagógica.

Después de un año de haber llegado al anexo, el rector del Colegio San José, del cual dependíamos, me nombró coordinadora de la institución. Esta actividad la he desempeñado a lo largo de mi estadía en esta institución, la cual, tiempo después, recibiría el nombre de Concentración Educativa Boyacá.

En la Universidad Antonio Nariño de la ciudad de Medellín volví a las aulas universitarias a continuar con mi crecimiento personal y académico. Ahí realicé una especialización en educación sexual. Los conocimientos adquiridos me han servido para comprender a los jóvenes en su manera de ser, pensar y actuar, y me han permitido también transformar positivamente actitudes que se vuelven más conscientes y responsables.

A lo largo de los dieciséis años de permanencia en la institución, he desempeñado muchos oficios: docente, rectora encargada, secretaria, tesorera y hasta consejera de estudiantes y de la comunidad en general. Una tarea en la que he puesto gran empeño ha sido ayudarles a las madres de familia a tomar conciencia sobre la importancia de educar a niñas y niños en las mismas condiciones de igualdad, pues teníamos una comunidad marcadamente machista, donde a las hijas sólo se les daba estudio para que aprendieran

a leer y escribir; pocas niñas terminaban la primaria, porque prevalecía la idea de que una mujer era para tener hijos y quedarse en la casa.

Mi labor respecto al tema consistió en reunir grupos de mujeres y realizar talleres con ellas, en los que hablábamos de la conveniencia de dialogar con la pareja y hacerle comprender la importancia de darles educación a las niñas y jóvenes. Con mucho esfuerzo, la población femenina aumentó bastante en la institución, y en la actualidad su número es mayor que el de los varones.

Otro proyecto que me llena de satisfacción es el de "Educación sexual y escuela de padres". Con este proyecto me propuse concienciar y sensibilizar a la comunidad sobre la importancia del afecto y la ternura como elementos indispensables para el desarrollo personal. También se trataron otros valores para inculcar y fortalecer en los jóvenes, hombres y mujeres, para que sus decisiones futuras estén mediadas por la responsabilidad.

A partir de la labor llevada a cabo durante mi trayectoria por la educación, considero que crear ambientes de confianza, respeto y convivencia permite que las comunidades progresen, e invita a las personas a hacer de su terruño un lugar alegre y especial, donde las carencias afectivas son superadas, porque nadie da de lo que no tiene.

He sido feliz todos estos años de mi vida, investigando, aprendiendo y enseñando con entrega

Caminos de vida

Edilma del Socorro Amaya Londoño

Profesora de la Institución Educativa Gabriel Correa Vélez, municipio de Caracolí, Antioquia

Caracolí es un pequeño pueblo del Magdalena Medio antioqueño, a orillas del río Nus, rodeado de bellas y altas montañas y esbeltos árboles, y poblado de gentes muy amables, apacibles, emprendedoras y de

gran calidad humana. Queda a una distancia de 135 kilómetros de Medellín y a cuatro horas de viaje; a él se llega por carretera o en moto rodillo. Pero no crean que el nombre "Caracolí" se debe a los muchos caracoles existentes, no; éste fue dado por su fundador, don Rodolfo Ceballos, en el año de 1886, ya que el lugar estaba poblado por gran cantidad de árboles llamados caracolíes, árbol que hoy es el emblema caracoliseño.

En Caracolí nació, creció y estudió Edilma. Así se llamó aquella niña, quien nació el 21 de marzo de 1954, de familia humilde, religiosa, trabajadora y con mucho espíritu de progreso; bautizada por el presbítero Pedro J. Gómez, a quien también agradece su nombre. Edilma, la mayor entre nueve hermanos, siempre fue una buena estudiante, según lo cuentan sus compañeras de estudio, inteligente y muy entregada a los demás, por convicción y espíritu de colaboración, mas no por interés alguno. Les puedo contar que Edilma adora a los niños. Desde muy temprana edad ya sabía lo que quería hacer cuando fuera grande: su destino era ser ¡maestra! Ella se dedicaba a sus hermanos y cuidaba de ellos al regreso de la escuela, y en sus juegos, con hermanos y amiguitos de la cuadra, siempre hacía las veces de mamá o de maestra.

Cuando Edilma ya era mayorcita, contó a sus padres sus anhelos de ser maestra. Tanto su madre como sus abuelos maternos la apoyaron, pero, para su desdicha, se dio cuenta de que para su padre ser maestra era lo peor; aun así, siguió adelante con aquel anhelado deseo. Terminó su básica primaria en la Escuela Urbana de Niñas Presbítero Pedro J. Gómez (1966) y su básica secundaria en el Liceo Departamental, ambos del municipio de Caracolí.

El 8 de febrero de 1971 inició su labor docente en una estación del ferrocarril llamada Sabaletas, la escuela llevaba el mismo nombre y pertenecía al municipio de Puerto Berrío. Allí laboró durante un año con un grupo de alumnos muy deseosos por salir adelante, quienes, a pesar de sus escasos recursos y de que no poseían un local propio, adecuado y estable para recibir sus clases, siempre mostraron entereza por aprender y formarse para un mañana. Ellos le enseñaron a Edilma que en la vida hay que luchar para salir adelante. Luego fue trasladada a la Estación Cabañas, donde trabajó durante tres años y donde aprendió en compañía de su directora, Bertha Baldovino, que con esfuerzo, dedicación y colaboración se obtienen grandes logros, como ver terminada la escuela; más tarde tuvo otras dos compañeras, Fabiola Palacio y Leonora González; esta última ha sido siempre su mejor amiga y compañera.

Mientras laboraba en la Escuela Rural Mixta de Cabañas, Edilma empezó sus estudios de normalista en la Normal Nacional de Varones por el sistema de profesionalización; de esta escuela es egresada. También laboró en la escuela del corregimiento San Matías (Gómez Plata) y en la escuela Matasano (Barbosa).

En el año 1976 renunció al magisterio, se radicó en Medellín y se dedicó a sus hijos y a trabajar con y para la comunidad del barrio donde vivía, como secretaria de la Junta de Acción Comunal y luego como Vigía de Salud.

En 1990 regresó a su pueblo natal, volviendo también a su profesión como docente. Trabajó por contrato con el Plan Nacional de Rehabilitación (PNR) durante tres años en la

Escuela Rural Integrada 20 de Julio, de la vereda El Buey, donde trabajó con mucha dedicación y entrega a los niños y a la misma comunidad. En 1994, de acuerdo a la Ley 60, fue reintegrada. Continuó en esta vereda por un año más; quiso mantener siempre bella su escuela y una muy buena relación con toda su gente; recibió muy buena acogida y apoyo de sus habitantes por su labor docente. Su compañero de trabajo allí fue Wálter Orrego, con quien se desempeñó de manera armónica, hasta que un mal día recibió amenazas y fue trasladado.

Posteriormente llegó otro compañero, era chocoano, a quien le brindó todo su apoyo y solidaridad, pero este docente y su amante le hicieron la vida imposible. Empezaron para Edilma un sinnúmero de problemas con uno de los padres de familia, quien se creía el manda callar de la vereda, y de quien se decía que si un profesor no aceptaba sus pretensiones, lo perseguía y se convertía en su peor enemigo. En realidad, así lo constató Edilma. Cuál no sería su sorpresa cuando, un día miércoles, al levantarse, encontró una carta debajo de la puerta de su habitación, y al abrirla vio que se trataba de una amenaza, supuestamente de un grupo armado. Ya se podrá uno imaginar el susto de esta pobre mujer al leer la carta.

En medio de su miedo, zozobra y desesperación continuó cumpliendo con su labor. Esa misma semana llegó a la vereda el párroco del pueblo para celebrar la santa misa. Ella no esperó mucho para enseñarle al sacerdote la carta, y después de leerla muchas veces, ¡ay, qué horror!, constató que la letra era la de su compañero de trabajo. El sacerdote le dio ánimo para seguir adelante, y también le aconsejó que cada vez que saliera al pueblo lo hiciera por diferentes caminos, para evitar contratiempos, y que, además, le llevara la carta al personero y pusiera la demanda. Así lo hizo Edilma, pero, lamentablemente, al llegar a la oficina del personero le informaron que éste estaba fuera del municipio. Entonces le enseñó la carta a un funcionario que tenía que ver con la educación quien, para su tristeza, ignoró la magnitud de la amenaza. Edilma no hizo nada más. Aterrorizada y temerosa volvió a la escuelita. En los días siguientes su compañero de trabajo, la amante de éste y aquel padre de familia continuaron la persecución contra ella. Tiempo más tarde se dio cuenta de que esta horrible carta sí había sido enviada por su colega y compañero en confabulación con sus dos compinches, y lo supo porque el mismo compañero se lo confesó, arrepentido de haberlo hecho.

Edilma siguió laborando en aquella escuela hasta noviembre de 1994. A pesar de todo, hoy afirma sentirse halagada, porque la gente del pueblo que ha entrado a la vereda El Buey y ha visitado la escuela, cuenta que en una de las aulas se encuentra una foto ampliada de ella con su compañero Wálter, y la comunidad no ha permitido que dicha foto sea retirada. Los visitantes se preguntan cuál es la razón para poner aquella fotografía allí, si es que acaso han sido los mejores educadores que han pasado por aquella escuela, o quizá por haber sido los únicos amenazados hasta ese entonces.

Para febrero de 1995 Edilma no volvió a la escuelita de la vereda El Buey, sino que permaneció en el pueblo Caracolí, en la Escuela Urbana Rodolfo Ceballos, con el consentimiento del jefe de núcleo. Por fin, el 21 de marzo, recibió el decreto de su traslado para dicha escuela, donde todavía labora. Allí contaba con once compañeros y compañeras,

entre quienes recuerda con mucho cariño a Isaura y a Eusebio (q.e.p.d.). No olvidará jamás que la esposa de Eusebio sentía celos de ella y que a raíz de esto la atendía de malas maneras en la tienda escolar, la cual administraba.

Sus labores académicas las inició con el grado 4.º y contaba con 58 alumnos, todos muy buenos estudiantes. Uno de sus alumnos no sabía leer, pero, en general, era muy ordenado. A él le dedicó gran parte de su tiempo para la enseñanza de la lectura, y aún así no aprendió, pues el niño tenía esa dificultad, con la cual continuó hasta llegar al bachillerato; pero al terminar el grado 11.º era el mejor en lectura.

Al año siguiente (1996) trabajó con el grado 1.º, luego trabajó por profesorado desde 3.º hasta 5.º, dictando las áreas de sociales, educación artística y matemáticas. Con amargura recuerda Edilma que, en ese entonces, en el 5.º, había un niño muy mimado por sus padres, una pareja ya mayor, y además de consentido supremamente altanero. Sabotea-ba sus clases, la insultaba, se salía por las ventanas; ella hablaba con el niño, con sus padres y hasta con el mismo director de la escuela, sobre el mal comportamiento de Pepe (nombre cambiado), pero todo era en vano. Un día, se presentó el director con los padres de Pepe en el aula del 5.º, donde ella dictaba la clase de sociales. El director le pidió que se retirara del aula, mientras que él y los padres del niño se reunían con los estudiantes. Edilma acató la solicitud. El director cerró la puerta y empezó el "consejo de guerra" (como lo denomina jocosamente Edilma) en contra de la profesora. Cuál sería la sorpresa del director y los padres de Pepe cuando los demás estudiantes les contaron acerca del comportamiento de su compañero con la profesora durante sus clases, pues, para los padres, ella simplemente no quería a su niño. Al salir del aula, los padres de Pepe le pidieron disculpas y ella se limitó a decirles: "Tranquilos, yo lo tendré apenas durante este año en mis clases, pero ustedes como padres lo van a tener toda una vida".

Dos o tres años más tarde —cuenta Edilma—, los padres de Pepe la llamaron cuando ella pasaba frente a su casa, la mandaron a entrar para solicitarle ayuda con el niño porque, según ellos, no podían más. Para Edilma, como consecuencia de tanta alcahuetería de ellos, Pepe se les había convertido en uno de los mayores viciosos de la institución educativa. Ella les recordó que cuando quiso ayudarlo le hicieron "consejo de guerra" y no le permitieron orientarlo. Ahora el caso se le salía de las manos a ella por lo complicado de la situación y lo arraigado del problema de Pepe. Sus padres, a pesar de ser personas de una buena solvencia económica, nunca buscaron ayuda profesional tanto para ellos como para el niño y hoy, tristemente, no sólo es un estudiante problema dentro de la institución educativa, sino en la misma comunidad caracoliseña.

Un año antes de la fusión de los establecimientos educativos, Edilma ya enseñaba en 2.º. Estos años fueron muy gratificantes para ella, ya que tuvo buenos estudiantes, de quienes guarda muy bellos recuerdos, al igual que de los padres de familia, colaboradores entusiastas y respetuosos con ella y la institución. No obstante, no faltaba un "perseguidor" entre los padres, que quisiera hacerle la vida imposible al educador por más que éste se comportara con altura.

Al empezar el año escolar 2007, en reunión de educadores de la Institución Educativa Gabriel Correa Vélez del municipio de Caracolí, se asignaron los directores de grupo. El coordinador académico le propuso a Edilma trabajar con 1.º, ya que siempre le había ido muy bien con 2.º. Ella se puso muy nerviosa, porque desde hacía 11 años no trabajaba con dicho grado; se quedó pensativa y sin saber qué hacer, pues esto para ella significaba un enorme reto en su carrera docente, principalmente por la enorme responsabilidad de enseñar a leer y a escribir. Sin embargo, lo aceptó y se entregó mucho más a sus estudiantes.

Con angustia cuenta que el año escolar empezó con un buen número de alumnos, pero debido a la difícil situación de empleo en el municipio, muchos de ellos fueron retirados, porque sus familias tuvieron que emigrar en busca de mejores y mayores oportunidades, y otros porque sus padres prefirieron dejarlos en la calle, con el argumento que, al igual que ellos, a sus hijos no les gustaba estudiar. Cuenta también que cinco de sus alumnos le reprobaron el año, por la despreocupación de los padres, quienes los dejaron totalmente solitos, no les colaboraron ni les acompañaron en su labor académica.

Edilma siempre ha sido una maestra supremamente inquieta y con muchos deseos de superación. Continuamente expresa que quiere salir adelante, primero por ella, por sus hijos e hijas, y también por aquellos niños y niñas que cada año le encomiendan para su aprendizaje. Ha participado en cuanto encuentro y capacitación ha podido, y precisamente por las dificultades en la Cátedra Municipal, es consciente de que el conocimiento del pasado es importante, porque ayuda a comprender y explicar hechos e ideas de ocurrencia común en el presente, cuya raíz se halla en acontecimientos históricos, sociales, políticos, económicos y científicos que permiten trazar nuestro futuro, y específicamente el de Caracolí.

Por esa razón realizó una capacitación en el municipio de Puerto Berrío, denominada "La Investigación del territorio como estrategia de formación en ciencias", y de ahí le surgió la idea, con su compañera Luz Elena Rincón Aguirre, de escribir un libro con la historia del municipio de Caracolí. Con anterioridad a esta capacitación, ellas tenían algunas informaciones sobre la región, las cuales ampliaron mucho más después de haber terminado el curso. Al cabo de casi dos años de investigación, después de un trabajo incansable y de haber compartido juntas ratos agradables, como también de ofuscación, trasnocho y cansancio, lograron terminar su proyecto. Sin embargo, aún no lograban el apoyo económico para editar el tan anhelado libro, a pesar de tocar y tocar diferentes puertas en busca de ayuda económica.

Sus ánimos nunca decayeron; al fin y al cabo, por largos años habían sufrido para dictar sus clases de sociales en los grados 1.º y 2.º, porque el municipio tenía su historia perdida en el recuerdo de los abuelos, quienes añoraban tiempos pasados al calor de un tinto o de un aguardiente en El Barquito, su cantina preferida. Por eso ellas se dieron a la ardua tarea de dialogar con los abuelos del pueblo para, de alguna manera, recoger en un libro esta historia perdida. El libro fue titulado *Caracolí, tierra de paz y gente amable*, el cual ellas editaron con recursos propios; algunos ejemplares los dejaron en las diferentes instituciones educativas de su municipio y otros fueron vendidos a particulares.

Que esta historia escrita les sirva a ésta y a las futuras generaciones, como puente entre el pasado y el futuro, hace parte de sus anhelos y deseos más profundos, y que, además, cada día se valore lo que a su paso van dejando las personas que comparten con nosotros esta historia.

El 20 de julio de 2007, la Institución Educativa Gabriel Correa Vélez rindió homenaje al fundador de Caracolí, Rodolfo Ceballos. Allí Edilma y su compañera hicieron entrega de la historia de Caracolí a los hijos del fundador y a la comunidad, y desde ese mismo día reposan en el municipio las cenizas de su fundador y de su señora esposa.

A Edilma la llena de orgullo y satisfacción ser una de las primeras en recopilar toda la información de Caracolí, desde 1886 a 2007, y quedar en la historia de su pueblo como la persona que no dejó perder esos valores, ni mucho menos su memoria, la cual hoy recordamos con nostalgia y la podemos recuperar, porque somos una raza pujante, deseosa de progreso y respetuosa de la vida

Por los caminos de la vida

Sé maestro, no de cátedra únicamente,
sino de ideas y de buenos ejemplos
Chalarca

Ever de Jesús Chalarca Bedoya

Profesor de la Institución Educativa Filiberto Restrepo Sierra, del municipio de Maceo

Prólogo

Estas letras no se hubiesen podido escribir sin el amor y esfuerzo de Rosalba, mi amada madre, y de Elena, mi abuela; sin el apoyo de mi tutor Custodio y la colaboración de

mi hermano Jorge y hermanas Nora, Irene y Marisol. Gracias a ellos y a la voluntad divina soy maestro y puedo servir a los demás.

Este relato no pretende ser una autobiografía ni un *best seller*; tampoco pretende contar de manera egoísta mis vivencias. Sólo tiene como finalidad mostrar las vicisitudes por las que tenemos que pasar todos los seres humanos para llegar a ser quienes somos, y sobre todo mostrar que con perseverancia, paciencia, pasión, dedicación y disciplina se puede alcanzar el éxito. Más importante aún es entender que la razón de ser del maestro son sus alumnos, quienes también tienen sus propias historias y sueños.

Por los caminos de la vida

Aquel niño flaco y tímido, pero inquieto por aprender y salir adelante, levantó rápidamente su mano, queriendo ser el primero en dar su aporte acerca de la noticia científica que publicaba el principal diario que circulaba en su región. Con la certeza y la seguridad que le daba lo aprendido, se adueñó de la clase de la profesora de biología, quien además de felicitarlo le calificaba un diez por su aporte a la clase. No sabía qué lo hacía más feliz: si el diez que acababan de otorgarle, las felicitaciones de la profesora y los compañeros de clase, o el guiño coqueto de aquella chica que oficiaba como su novia.

Pasó un año, y aquellos primeros triunfos fueron su principal aliciente para convertirse en el "profesor de álgebra" de sus compañeras, que parecían tener una enemistad eterna e irreconciliable con la matemática. Su juventud estuvo marcada como la de todo niño de clase baja, pero también tuvo la fortuna de criarse en un hogar conformado por su madre y su hermano mayor; ella, con mucha dedicación y amor, siempre le brindó lo mejor de sus afectos, cuidados y sabios consejos; mientras, aquel fue su mano derecha, no sólo con las tareas de la escuela, y también fue su protector.

A pesar de las dificultades, se graduó como bachiller normalista en el IDEM Antonio Nariño, de su Puerto Berrío del alma.

Sus primeros alumnos

El bus iba repleto, cargado de víveres y campesinos que regresaban a sus hogares ubicados en las entrañas de las montañas boyacenses. El profesor recién nombrado por contrato, se dirigía a una escuelita lejana; miraba por los ventanales del bus aquellos hermosos paisajes, y muy al fondo alcanzaba a ver las estribaciones de la Cordillera Oriental, la cual surcaran nuestros patriotas en las lides de la independencia. No conocía a nadie, sólo veía a personajes completamente ajenos a él, unos dicharacheros, otros muy parcos. A medida que el bus avanzaba sentía un cosquilleo, una cierta angustia porque llegaría a un lugar muy alejado de su tierra natal, donde se encontraría con otras gentes y otras costumbres; pero, lo más importante, sería el inicio de su carrera docente. Con su vista en el horizonte, pero con el pensamiento en el pasado, recordaba cada momento de las clases de pedagogía y los consejos que recibía de su profesor Fanor Ibargüen.

Sus pensamientos fueron interrumpidos cuando escuchó decir al ayudante del automotor:

— Llegamos a La Cristalina. Nos demoramos un ratico aquí mientras montamos una llanta.

El profesor tomó su maletín, se bajó del bus y se dirigió a la única casa que se veía en los alrededores. Al acercarse, pudo darse cuenta de que era una fonda campesina en la que vendían refrescos y licor; había sólo una mesa con cuatro ocupantes que libaban el aguardiente propio de la región, pero que, al parecer, aún no se habían entregado en las manos del dios *Baco*. Con tono enérgico pero respetuoso, saludó y se presentó a quien oficiaba de cantinero:

— Señor, buenas tardes, mi nombre es Custodio y vengo como profesor para esta vereda, ¿me podría indicar por favor dónde queda la escuela?

El cantinero, un personaje de unos cuarenta años, gordo y con cara de pocos amigos, respondió:

— Buenas tardes, señor profesor; yo soy Tocayo y soy el presidente de la Junta de Acción Comunal. Ya lo estábamos esperando. La escuela no queda cerquita de aquí, pero Noé lo lleva, él va por esos lados.

Hizo un gesto con su mano llamando a uno de sus cuatro clientes. Pasados sólo unos pocos segundos, se acercó un campesino de unos cincuenta años.

— Buenas tardes —saludó el campesino.

— Noé, le presento al nuevo profesor; necesita que usté lo llevé hasta la escuela.

— Sí Tocayo —respondió el campesino. Luego se dirigió al profesor, le estrechó su mano y lo invitó para que se tomara una cerveza.

— No, gracias —respondió el profesor—, pero sí le recibo una gaseosa.

En esos momentos recordó aquellas palabras de su profesor de pedagogía: "Si un campesino le ofrece chicha con hormigas y en una totuma, haga las hormigas a un lado y tómesela. De lo contrario se ganará la enemistad de quien le ofrece, porque lo va a tomar como un creído".

El profesor se tomó la gaseosa en la improvisada barra de la fonda, mientras Noé ponía los aperos a su caballo. En uno de los cuartos de la casa se escucharon unas palabras malsonantes e hirientes, acompañadas de un estruendo. Pocos segundos después salía de allí una señora, famélica sobremanera, con su cabello alborotado. Lloraba, pero no se le escuchó decir una palabra. Con su silencio se alejó para la parte trasera de la casa. Tras ella salió un niño de unos ochos años, que también lloraba.

¿Qué pasó allí?, no lo supo el profesor en el momento. Sólo más tarde se daría cuenta de que tendría que enfrentar situaciones conflictivas con padres que maltrataban a sus niños y mujeres. Con esa primera impresión partió acompañado de Noé para la que sería su escuela.

— Páseme el maletín profesor, yo se lo llevo aquí en el caballo, y siga por ese camino; pero eso sí —le advirtió Noé—, ponga cuida'o dónde se para, porque por aquí se encuentra mucha culebra en el camino, sobre todo la coral. Alumbre bien el camino.

La tarde caía y el sol se ocultaba detrás de las montañas, dejando ver las penumbras de la noche. El nerviosismo se apoderaba del profesor, no por la oscuridad, sino por el aviso del campesino. Si había algo a lo que le temía era a las culebras.

— Profesor, como ya es de noche y cerca de la escuela no vive nadie, lo invito para que pase la noche en mi casa y mañana temprano se devuelve —dijo Noé.

— Está bien —le respondió el profesor—, le agradezco la invitación.

Llevaba sus zapatos mojados, pues ya había tenido que cruzar la quebrada La Cristalina ocho veces. El camino cada vez se hacía más difícil, enormes lodazales se le interponían en su senda y en ocasiones resbalaba y caía, no sabía por dónde, ni hacia dónde iba en medio de la oscuridad.

Eran las cinco y media de la mañana cuando empezó a escuchar voces y el trino de las aves. Después de tomarse un tinto para apaciguar el frío, retomó el camino de la noche anterior hacia la escuela.

El profesor Ángel Custodio llegó a la que en adelante sería su escuela. Caminó a su alrededor como reconociéndola y familiarizándose con ella. Había una pequeña manga con cierto grado de inclinación donde los niños hacían su recreo, jugaban fútbol y practicaban la educación física. La cancha estaba cubierta de rastrojo, sus porterías eran dos varas de madera estropeadas por la inclemencia del agua y el sol. En uno de los extremos del campo había un matorral que albergaba un nido de avispas, de esas que los campesinos llaman "vaqueras", temidas por niños y adultos por lo doloroso de sus aguijones. Al costado derecho de la cancha una vieja caneca servía de depósito de agua, la cual era conducida hasta allí mediante un rústico procedimiento: una manguera introducida en un pozuelo ubicado a pocos metros transportaba el líquido por gravedad hasta su destino, pero cada que llovía había que subir a destapar la manguera, que se obstruía con tierra y hojarasca.

Con las llaves que le entregara su superior inmediato abrió la puerta de la escuela. Sin entrar observó con detenimiento cuanto había allí y rápidamente hizo el inventario de lo que estaría a su cargo. No sería mucho, sólo contabilizó diez destartalados pupitres bipersonales, uno de los cuales serviría de escritorio para el profesor; un tablero maltrecho, que a su vez servía para dividir aquel pequeño salón en dos aulas de clase, y unos cuantos libros viejos, que estaban inservibles porque les había caído agua. Las paredes de la escuela estaban construidas con adobes que, por su forma irregular, dejaban adivinar que habían sido fabricados en la misma vereda por manos inexpertas.

Mientras recorría con la mirada el techo, escuchó un secreteo en el corredor y unas risitas infantiles. Se asomó y vio allí a dos pequeñas niñas que serían sus alumnas: Clara Elena y Marlén.

— Buenos días, profesor —saludaron tímidamente las niñas.

— Buenos días, niñas —contestó el profesor Custodio—, qué gusto verlas. Y, ¿cuáles son sus nombres? —inquirió el profesor, deseoso de conocer algo más sobre las dos primeras alumnas reales que tendría a su cargo.

— Mi nombre es Clara Elena —respondió la mayor de las niñas—; estoy en cuarto de primaria.

— Y el mío es Marlén —respondió con una linda sonrisita la menor—; estoy en tercero y me va muy bien en el estudio, al igual que a mi hermana.

— Sí, somos hermanas, y venimos desde muy lejos a estudiar —añadió Clara—. Nuestra casa está a dos horas de aquí y montaña arriba. Siempre tenemos que madrugar a las cuatro de la mañana para ayudarle a mamá a despachar a los trabajadores y para que no nos vaya a coger la tarde para llegar a la escuela.

Detrás de la escuela se escuchó un tropel de niños que hacían sonar sus botas al correr. Era un pequeño grupo de niños y niñas que llegaban cansados por lo largo de su travesía, aunque alegres porque volvían a su escuela después de las vacaciones de mitad de año. De uno en uno iban arribando a su sitio de estudio los Tejedor, los Escárraga, los Pachón, etc.

El profesor Custodio los saludó amablemente y les dio la bienvenida. En su primer día de clases cantó y jugó con todos los niños. Con gran ánimo, formaron equipos de aseo para poner nuevamente su escuela linda y apta para recibir las clases. Al terminar la jornada, ya no había rastrojo ni mugre. Los niños más adelantados hicieron carteleras alusivas al estudio y a la vida. En ese primer día todo había sido trabajo para los niños, pero también expresaban una gran alegría que no podían disimular.

Cuando se marcharon, todo volvió a quedar en silencio. Sólo se escuchaban los pájaros y los grillos y por allá, muy adentro de la montaña, el ladrido de un perro que al parecer perseguía a su presa. Hoy fue un hermoso día, reflexionó el profesor, tuve la fortuna de conocer y compartir con mis primeros alumnos, conocerlos de cerca y empezar a compartir con ellos sus experiencias y sueños.

Aunque todo lo vivido durante la jornada lo sorprendió, lo que más le llamó la atención fue la gran distancia que la mayoría de los niños tenían que recorrer para llegar a estudiar. Nubia y sus tres hermanos, por ejemplo, caminaban tres horas por plena montaña, y tenían que hacer el recorrido a pie, porque no tenían caballos. Para llegar a las ocho de la mañana a la escuela —le habían comentado los niños— algunas veces se venían corriendo, y no sentían mucho el cansancio porque todo el camino es bajando, pero, y a pesar de que ya estaban acostumbrados, al regreso si les iba un poco mal.

Llegó la noche y el profesor encendió lo que sería su lámpara de nochero: dos velas que le alumbrarían en la penumbra. Afuera, en medio del frío, se escuchaba el concierto de los grillos y el currucutú. Era la primera vez que pernoctaba solo, en medio de la nada. La escuela estaba aislada, no había casas cerca. Se recostó en su cama, cansado pero feliz.

La experiencia de su primer día como profesor lo llenó de regocijo. Ya no era un simple practicante de la Normal, tenía en sus manos una misión muy trascendental para él y quienes fueran sus alumnos. Una inquietud lo asaltó en medio de su reflexión: "¿Cómo haré para enseñarles si no encontré libros? En fin, mañana será otro día" —pensó.

De la serranía de Las Quinchas a la gran ciénaga

Con la experiencia ganada en tierras boyacenses, el profesor Custodio pasó a tierras santandereanas. Otras costumbres, otros alumnos, pero la misma misión: formar y forjar hombres y mujeres de bien para el mañana, inculcarles no sólo teorías matemáticas, sino también los valores y principios que los hacen verdaderamente grandes.

Para el profesor fue un cambio significativo. Arribar a una zona afectada por la violencia le exigía nuevos retos que no podía desconocer. La escuela donde llegaba había sido destruida por combates entre grupos armados; no en vano se había renombrado Renacer. A pesar de la pobreza galopante en la que estaban sumidos los pobladores de aquella vereda, y de la injerencia de actores armados, sus almas eran nobles. Mantenían encendida la llama de la vida, esas ilusiones de sacar a sus hijos adelante, de poderles brindar lo que ellos en su infancia no tuvieron. A pesar de las ganas de vivir, a veces el pesimismo los embargaba, pues no veían un horizonte claro, no tenían un proyecto de vida que les apuntalara en su futuro. Por la vereda pasaban las venas de la riqueza del país, y, paradójicamente, en su suelo sólo se avizoraba pobreza, aquella pobreza que en ocasiones amilana al ser humano al verse impotente para cumplir sus ilusiones.

El profesor no estaba solo en su tarea. A él lo secundaba su compañero de aula, el profesor Varlin. Entre ellos se propusieron mostrar, a sus alumnos, que el mundo no se circunscribía a lo que veían, que había otras regiones que al igual que la suya les podían brindar oportunidades de vida. También, con el apoyo del Servicio Nacional de Aprendizaje (SENA), orientaron a los alumnos sobre el cultivo de la tierra, para que tuviesen otras opciones de alimentación cuando los peces de la ciénaga escasearan.

Las condiciones para los profesores y alumnos eran especiales. Custodio y Varlin tuvieron que aprender a manejar motor fuera de borda, pues la única forma de llegar a la escuela era en bote, y ellos eran los encargados directos del transporte. Para ello sólo contaban con una vieja canoa que ya mostraba el paso del tiempo; en su proa tenía un agujero por el que entraba agua y a veces ponía en riesgo a su tripulación.

Cierta vez, como de costumbre, se levantaron a las cinco de la mañana, y después de sus actividades de rutina, lucharon durante quince minutos tratando de prender el viejo Suzuki. No se imaginaban las dificultades que les depararía la jornada. Salieron como siempre a recoger a los niños por toda la vereda; cada vez que arribaban a un puerto se veía la alegría de los niños. En la última casa del recorrido cada uno se tomó un vaso de leche recién ordeñada, ofrecido amablemente por el mayordomo de la finca. Emprendieron la ruta hacia la escuela, y justo cuando navegaban por el centro de la ciénaga, las olas empezaron a entrar por los costados de la canoa. Uno de los niños mayores sacaba agua,

pero no daba abasto. La angustia se fue apoderando de los profesores y los niños. Custodio, quien hacía de motorista ese día, aceleró al máximo, procurando alcanzar la orilla en el menor tiempo posible. La situación era verdaderamente crítica y preocupante. Por fortuna lograron llegar a salvo, aunque mojados y asustados. Para los niños, esta penosa experiencia fue objeto de chistes y risas durante la jornada, y entre sí imitaban los lloriqueos y las penurias vividas.

Binomio: academia-comunidad

A medida que su experiencia avanzaba, también aumentaban las dificultades. Al llegar a la zona de Urabá, comprobó que allí la violencia era mucho más aguda y cruel. Los niños vivían atemorizados y muchos de ellos reflejaban cierta rebeldía. No era para menos, sus padres o familiares habían sido asesinados en sus propias casas por grupos armados. Además, la cultura costeña de Arboletes, principalmente la alimentación, le significó dificultades, las cuales pudo mitigar cuando su esposa Luz Dey y su hija Berta Patricia, fueron a vivir con él. Cumplido su ciclo en Urabá, fue trasladado nuevamente a la región del Magdalena Medio, concretamente al corregimiento La Susana, del municipio de Maceo.

La situación no era muy diferente al llegar de nuevo al interior, más propiamente a la región del Magdalena Medio. La violencia continuaba rampante por las tierras antioqueñas, arrebatando los padres y las madres a sus hijos. La comunidad se encontraba adormecida a causa del miedo, y no se emprendían procesos comunitarios que le permitieran salir de las dificultades sociales por las que atravesaba, o por lo menos para mitigarlas.

Allí la tarea del profesor Custodio continuó con la educación académica y la formación personal de los niños. Pero también se dio cuenta de que debía ir más allá, jalonar procesos comunitarios que permitieran integrar a la comunidad, formar un solo cuerpo social, que todos miraran hacia un solo lado. Aunque ya tenía experiencia en el trabajo con las comunidades, aquí la labor sería más exigente, pues la comunidad era mucho más grande y, por ende, más diversa en sus ideas.

Decidió convocar a la comunidad y conformar una Junta de Acción Comunal, que fuera operativa, que actuara en pro de todos, que gestionara recursos con la administración local, pues la situación así lo ameritaba. La secundaria tenía como sede un muladar con únicamente dos aulas, las basuras no tenían ningún tipo de control, etc., etc.

A pesar del escepticismo, logró conformar la Junta con veinticinco socios. Emprendieron etapas de gestión que permitieron construir una planta física para la secundaria, comprar un coche recolector de basuras y construir un relleno sanitario, ampliar y adecuar una central telefónica con cabinas privadas, administrar el acueducto local, realizar olimpiadas deportivas interveredales, gestionar programas de mejoramiento de vivienda, fundar la casa de la cultura local, crear una botica, con la asesoría del hospital, donde se vendían medicamentos a precios bajos y, lo más importante, generar empleo para los mismos habitantes de la comunidad. Se pasó de una Acción Comunal de 25 socios a una de 184 miembros activos.

Los alumnos se formaban en procesos de gestión comunitaria a través de una materia opcional llamada Trabajo Comunitario. Los jóvenes que allí se instruían salían en condiciones de trabajar en la misma comunidad, ya fuese como operador del teléfono, secretario y tesorero de la Junta, vendedor en la botica de la comunidad, entre otras actividades. La actitud negligente y pesimista se cambió por otra, que permitió a sus habitantes superar dificultades.

Y el profesor Custodio, con sus logros al hombro y la satisfacción del deber cumplido, fue trasladado a la cabecera municipal donde sigue enfrentando los avatares de los caminos de la vida

Gestión integral

por una vida digna

Ferney Alexánder Ruiz Herrera

Profesor del Centro Educativo Rural, vereda Las Margaritas, municipio de Amalfi

Desde pequeño deseaba ser profesor, labor en la que encuentro la posibilidad de ayudar al necesitado, educar con palabras lindas, formar un espacio de felicidad entre los miembros de toda una comunidad, ser amigo, médico, mediador, guía y segundo papá de los niños, construir un paraíso con todos, gestionar y elaborar, con este gran conjunto de personas, el Proyecto Educativo Institucional (PEI), teniendo en cuenta las necesidades de la escuela y las expectativas de la comunidad educativa.

Fue una llamada la que hizo que mi sueño se hiciera realidad. En el año 1995 culminé mis estudios en el IDEM del municipio de Carolina, como bachiller pedagógico. A

comienzos de 1996 recibí una llamada del director de núcleo del municipio de Amalfi, Ramón Evelio León, que me ofrecía cubrir a una profesora en licencia de maternidad en el colegio de Portachuelo, único corregimiento de Amalfi —la tierra del tigre—, a una hora de la cabecera municipal. Acepté, y al otro día madrugué para ir al municipio. Al llegar me encontraba solo y desorientado, cogí mi maleta y, preguntando, llegué a la oficina del núcleo educativo. Me presenté ante el director de núcleo, quien inmediatamente me recibió y ubicó en casa de la paisana Rocío Muñoz. En la tarde debía estar en una capacitación sobre la matriz DOFA, en el auditorio del Liceo Eduardo Fernández Botero. Qué sorpresa me llevé este día cuando me notificaron que ya no iba para el colegio de Portachuelo, sino para la Escuela Rural Arenas Blancas, a cuatro horas de la cabecera municipal en bus escalera. Debía salir el domingo a la una de la tarde. Llegó el día y me tocó viajar montado en el capacete del bus, encima de canecas, mercados y al lado de muchas personas del campo. Hacía un calor insoportable; mis piernas se entumecieron con la incomodidad, el polvo de la carretera me impedía respirar bien, y como si fuera poco, el ayudante del bus, bajando unas canecas, dejó caer una tapa sobre mi cabeza, causándome un gran dolor.

Iba acompañado por Trinidad Álvarez, directora de la escuela, una mujer muy amable y servicial. Amanecimos en una casa para luego madrugar hacia la escuela. Esa noche casi no dormí, pensando en mi primer día de clases; me sentía nervioso, pero con muchas ganas de trabajar y conocer a mis primeros treinta y dos estudiantes del grado primero. Pero fue muy poco lo que pude conocerlos, ya que sólo permanecí allí dos meses, pues me enviaron a cubrir otra maternidad, ahora sí en el colegio de Portachuelo, con el grado cuarto, donde apenas estuve un mes, ya que atendí el ofrecimiento de trabajar, por cobertura, en una escuela llamada Las Margaritas, de la cual no sabía nada, pero me entusiasmaba tener mi propia comunidad y escuela.

El 6 de mayo de 1996, mientras mi cuerpo reposaba, mi alma recorría el camino de la esperanza y los senderos de la felicidad; tanto era mi anhelo de ir al otro día a recibir mi nueva escuela Las Margaritas.

Al día siguiente salí entusiasmado en compañía de la profesora Adriana Arroyave, quien se encargaría de entregarme la escuela. En el bus escalera que tomamos a las seis de la mañana no cabía un alma más. Fueron dos horas y media de viaje, en bus y a pie. Mis pasos eran rápidos, ansiaba llegar al lugar desconocido; mi corazón latía rápidamente como si fuera a reventar; la curiosidad aumentaba, muchas ideas me pasaban por la mente, el deseo era inmenso e insaciable. Pero al llegar, descubriría la realidad. Mis ojos se engrandecieron al ver una casa abandonada, rodeada de árboles y mucho rastrojo, cerca de una laguna, en medio del relieve montañoso. Sus puertas estaban cerradas para todos: padres de familia, educandos y educador. El único lugar para trabajar era un corredor, dividido en dos por un tablero, una parte en donde se ubicaban los niños del grado primero y segundo, y la otra para el grado tercero. El agua se debía cargar en balde, el baño estaba en mal estado, en temporada de invierno todo se mojaba, no existía un es-

pacio para recrearse, ni siquiera un texto, y para acabar de ajustar no había electricidad. Los estudiantes eran tímidos, con la cabeza agachada, unos mayores de edad, algunos muy amistosos. Por fortuna, estaban a punto de tener una nueva escuela construida de material.

Mi primer encuentro con la comunidad fue en una reunión con seis padres de familia y con una pareja sin hijos que ayudaba en la escuela en todo momento sin esperar nada a cambio; todos eran amables, serviciales y muy soñadores.

Me presenté y di a conocer mis expectativas y metas como educador; no sentí temor al enfrentarlos, hablé con seguridad y franqueza, estaba dispuesto a realizar excelentes proyectos. En ellos se podía notar la humildad, las ganas de trabajar, el anhelo por salir adelante, veía que el trabajo iba a ser maravilloso.

El 10 de mayo inicié las clases con diecisiete niños en los grados de primero a tercero. Empleé la metodología de escuela graduada, ya que la metodología de *escuela nueva* no se podía ofrecer por falta de legalización y textos. Realicé diversas actividades que me sirvieron para conocer a los estudiantes, ¡qué satisfecho me sentí durante todo el día! En las horas de la tarde planeamos las actividades para el día siguiente. Qué felices se veían al recibir la amistad de su nuevo educador, a quien le gustaba jugar con ellos constantemente. Observaba en todos la esperanza de tener un proyecto de vida.

Ya tenía lo que quería, ahora sólo me faltaba iniciar mis estudios universitarios. Precisamente en el mes de julio del mismo año me matriculé en el Politécnico Colombiano Jaime Isaza Cadavid, para realizar la licenciatura en educación física, recreación y deporte, nivel básico. Pero fue muy duro para mí lograr ese objetivo, ya que debía estudiar y hacer los trabajos a la luz de las velas, y como consecuencia perdí un 80% de mi visión.

Uno de mis grandes ideales era ser un deportista de renombre y participar en todos los eventos deportivos convocados por el magisterio. He tenido la oportunidad de competir en los juegos del magisterio subregionales y departamentales, en los que he obtenido el primer y segundo puestos en las pruebas de fondo, semifondo y velocidad.

Finalmente, el 30 de agosto de 1996, cuando ya no soportábamos más sufrimiento, recibimos la noticia de que podíamos ocupar la nueva escuela. Al otro día ya todo estaba organizado, los niños pasaron al hombro los pocos pupitres. Le agradezco al señor Pedro Bolívar por habernos prestado su casa.

Respondiendo a este nuevo paraíso, me di a la tarea de presentarle a la administración municipal un proyecto para construir la cocina comedor, ya que el servicio del restaurante escolar era esencial para todos aquellos niños que por razones de la vida sufren de una extrema pobreza. Al año siguiente fue aprobado. Se consolidaba así una esperanza más para el bienestar de esta comunidad. Para su construcción se requirió la colaboración y el apoyo de toda la comunidad; adicionalmente, se implementó el cultivo de hortalizas como complemento alimenticio.

En 1998 se creó el grupo solidario Las Margaritas, con el propósito de ayudar con mercados y aportes económicos a las personas más pobres, a los enfermos y a los afectados por la violencia. Para recolectar fondos, con la colaboración de la Asociación de Padres de Familia se programaron integraciones deportivas, culturales y recreativas con otras escuelas; montamos dos torneos de microfútbol y realizamos festivales bailables. Mi pensamiento está enfocado siempre en el bienestar de la comunidad educativa, en orientar a niños, niñas, jóvenes y adultos por el buen camino, infundiéndoles, a través de los proyectos pedagógicos, el rescate y el cultivo de los valores, del sentido del ser humano y del respeto por el otro. Se refleja en mí el orgullo de ser docente, de acompañar todos los procesos académicos, de ser parte de una comunidad que está creciendo, de gestionar recursos en pro de su bienestar, de vincularla con otros centros educativos en actividades recreativas y deportivas para aprovechar el tiempo libre; una comunidad activa que confía en mí y me protege, y que se siente alegre y orgullosa de tener una escuela en la cual sus miembros son unidos y colaboradores.

En el año 2003 implementé el modelo de posprimaria para retener e incrementar la población estudiantil. Este modelo consiste en realizar los estudios correspondientes a la secundaria de sexto a noveno empleando módulos de trabajo. Siempre estoy dispuesto a atender todos los grados que ofrece el centro educativo: de primero a noveno y padres de familia, y todos estos en un mismo salón.

No se necesita ser un sabio para, como docente, aprender a ser amigo de toda una comunidad; sólo basta saber entenderla, buscarle alternativas de solución a los problemas, atender a los educandos y escuchar al adulto. Son once años y siete meses que he trabajado en esta escuelita. A la fecha, soy el educador que más tiempo lleva trabajando en la misma plaza en el municipio de Amalfi, y esto se ha logrado gracias a mi paciencia, amabilidad, comprensión, dinamismo, integridad, gestión, humildad, respeto, lealtad, tolerancia, igualdad, responsabilidad, solidaridad, colaboración y apoyo a la comunidad, que quiero como a un hijo.

Allí he vivido experiencias grandiosas, como también un poco dolorosas. Recuerdo que, a un joven, un trozo de madera le reventó la frente; inmediatamente me llamaron para llevarlo al hospital; igual ocurrió con una estudiante que también se rompió la cabeza, y con cuatro personas cortadas con rulas. He sido conciliador de malos entendidos entre los miembros de la comunidad, consejero y guía para desorientados, formador de grupos de ayuda comunitaria, e impulsor de campeonatos veredales con niños y niñas en edad escolar. Este año implementé el proyecto CAFAM (educación continuada para adultos) con treinta y seis participantes, actividades de integración, y capacitaciones pedagógicas para los educandos en la zona urbana (laboratorio y sistemas).

Para el mejoramiento del rendimiento académico de la secundaria he elaborado proyectos sobre convivencia y paz; además, sobre cómo ser amigo de los niños, y cómo recibir con respeto y atención al visitante. A pesar de la violencia, nunca se perdió el don de la

amistad, los buenos pensamientos, las buenas obras, el respeto a la vida, la unión familiar, el diálogo, el trabajo comunitario, las obras de caridad. De alguna forma, todos hemos fortalecido el grupo solidario Las Margaritas.

Como maestro me encanta todo lo nuevo para mi comunidad, desde los nuevos modelos pedagógicos y programas educativos, hasta explorar el medio ambiente, enseñar por medio de las experiencias vividas y el entorno que me rodea; igualmente, seguir el PEI, buscar la convivencia integral y la solidaridad, respetar la manera como viven las personas y conocerlas desde sus anécdotas, y utilizar aforismos como: "Aleja de ti la venganza y el rencor y bienvenida la paz y el amor".

La esperanza de todos es "ser una de las mejores comunidades del municipio de Amalfi", desde el punto de vista académico, social y de infraestructura, para que este grupo de niños y adultos alcancen sus proyectos de vida.

Desde hace varios años me han preocupado los avances tecnológicos, porque nos están invadiendo y los niños del campo también deben estar actualizados ante lo nuevo. Por esa razón, llené muchas veces el formulario de solicitud del programa Computadores para Educar, hasta que este año, el 11 de febrero, fuimos tenidos en cuenta como beneficiarios. Infortunadamente, por irresponsabilidad de los contratistas, aún no hemos podido tener los computadores; no obstante, ya se han realizado los talleres de acompañamiento, y para final de este año es seguro que estarán en nuestro Centro Educativo, para formar a los niños en el tema de la informática. Participamos en el concurso "Sueño de aula" y ocupamos el primer puesto en la categoría de pintura, y gracias a ello obtuvimos otro equipo.

Ser docente no es fácil, se necesita mucha paciencia, amor y dedicación. Pero hay quienes nos critican diciendo que "nos la ganamos de ojo". Ellos deberían ponerse en nuestro lugar para que vean qué difícil es la labor docente.

Yo siempre deseo tener éxito en la vida, hacer el bien en todo momento, compartir con todas aquellas personas que lo necesitan, demostrar que todas mis cualidades pueden ser compartidas con quien lo desee, para que todas mis obras y proyectos sean recordados por mucho tiempo, y que en esta juventud reine por siempre el camino del bien.

Agradezco a mis progenitores, maestros de infancia, secundaria y universitarios, por haber forjado en mí el espíritu de servicio a la comunidad. Agradezco especialmente a Dios por haberme dado las capacidades para el desempeño en la labor docente; a mis estudiantes y padres de familia, por aceptarme y depositar en mí toda su confianza, y a mi esposa, por ser ella un gran baluarte en mi trasegar por este oficio

Vereda Cuchillo Blanco,

historia de una maestra

Flor Omaira Peláez Suárez

Profesora de la Institución Educativa Escuela Normal Superior de Jericó, municipio de Jericó

El 15 de octubre de 1991 fui nombrada maestra directora de la escuela rural Cuchillo Blanco, en el municipio de Turbo, región de Urabá. Ese día sentí que se hacía realidad lo que había anhelado desde mi infancia, pues acostumbraba jugar con mis hermanitos a la escuelita, donde yo era la maestra y ellos mis estudiantes, y en el juego repetía lo que había vivido en el día o en la semana.

Después de cumplir con las diligencias requeridas en la Secretaría de Educación Departamental y posesionarme en mi cargo, empezó toda una etapa de aprendizaje para mí.

Me desplacé a una región completamente distinta a la mía, alejada de mi familia (padres y hermanos). Salí de Jericó el 16 de octubre, y en Medellín tomé el bus para Turbo. Viajé durante toda una noche llena de expectativas, interrogantes e ilusiones. Me fortalecía la compañía de mi esposo. Durante el recorrido experimenté varios cambios de clima, y al llegar, con sueño y cansancio, todo lo veía oscuro, el olor a pescado me era extraño, y, aunque no quiero que suene a racismo, nunca había estado en contacto con tanta gente de otra etnia.

Allí me preparé para reportarme en la oficina del alcalde. Recuerdo que, cuando me presenté como la profesora

de la escuela Cuchillo Blanco, el alcalde, un señor, alto, moreno y grueso, me miró de abajo arriba, se sonrió y dijo: "¿Esta muchachita? Para allá deberían mandar hombres. ¿Usted se imagina para dónde va? Son más de diez horas de camino por entre pantanos y montes, es muy lejos". Al escucharlo sentí un vacío, pero luego le respondí: "Sí, en Secretaría me dijeron algo de la distancia, pero yo estoy decidida a ir". Me indicó que para entrar a la vereda primero debía ir al corregimiento de Barranquillita, que queda en Chigorodó, donde funcionaba la oficina del núcleo, y que por allí era el lugar de acceso.

Regrese a Chigorodó, hice las diligencias de posesión y me comuniqué con la jefa de núcleo, quien me orientó sobre dónde debía abordar el *chivero* que me transportaría hasta Barranquillita. Entrada la noche, estaba cansada de tantos viajes, me sentía extraña, foránea, y todavía no sabía lo que me faltaba para poder llegar.

Eran las siete y media de la noche cuando me bajé del carro, me encontraba en un caserío largo. Al verme forastera, muchas personas se me acercaron para preguntarme quién era, a qué iba, de dónde venía, a quién buscaba. Me presenté y pregunté por la jefa de núcleo, me indicaron que estaba en una reunión, y me mostraron dónde era su casa para que posteriormente la ubicara.

La escuela rural Cuchillo Blanco, ubicada geográficamente en territorio chocoano, "cerca" a Riosucio (Chocó), a diez horas de la cabecera municipal de Chigorodó, dos en carro y ocho a caballo por extensas llanuras, ríos y montes, fue todo un laboratorio en mi vida como docente, donde descubrí otras facetas de la vida nunca imaginadas. Me di cuenta de que el maestro no sólo enseña, sino que también aprende, y que su labor no se limita a impartir cátedra, porque lo más importante es enseñar para la vida.

Finalmente partí para la escuela, y ese día me encontré muchas sorpresas: nunca había montado a caballo, y allí me tocó, y también experimenté lo que era cruzar un río en una canoa. Pero las horas pasaban y pasaban y no llegábamos; iba en compañía de mi esposo y de un joven de la vereda que había salido a la carretera para traer las bestias y guiarnos en el camino. ¡Jamás había imaginado una vereda tan lejana! Casi todo un día cabalgando bajo el sol, cruzando mangas, pantanos, charcos, ríos, caños, montes… estábamos sudorosos y cansados. Le pregunté varias veces al joven guía si faltaba mucho para llegar, y él respondía: "Media hora más o menos". Al rato, en un montecito, nos encontramos a un muchacho moreno que venía corriendo; nuestro acompañante le preguntó: "¿Y eso, pa'onde es que vas tan apurao?". A lo que el otro contestó: "A buscar unas velas, pues acaba de morir la señora María, la que estaba enferma del cólera". Mi esposo y yo nos miramos con asombro y preocupación, pues en ese tiempo esa era la enfermedad más temida.

Al cabo de un rato interrogué de nuevo al joven acompañante por el trayecto que nos faltaba, o en cuánto tiempo estaríamos llegando, pero él volvió a responder que en media hora, y esa fue la respuesta que dio las varias ocasiones que le pregunté. Parecía como si no tuviera noción del tiempo.

Luego de mucho trajinar en aquel largo camino, a lo lejos se vio como una luz que encandilaba. Era el reflejo de los rayos de sol que caían sobre el techo de zinc de la escuela. Aún faltaba un poco para llegar, pero al menos ya se veía, lo cual me llenaba de esperanzas; supe que esa era la escuela porque así lo indicó nuestro guía. Poco rato después pude ver más de cerca aquel lugar, se distinguían techos de paja y otros de zinc, como si fueran chozas, unas muy cerca de las otras. Yo nunca había visto esta clase de construcciones y, asombrada, en voz baja le dije a mi esposo: "¿Nos habrán mandado para una comunidad de indígenas, o por qué se ven esas casas así?". Él me dijo: "No, mi amor, puede que no, debe ser que por el clima y las condiciones del lugar fabrican las casas así". Él era mi apoyo y fortaleza en ese mundo tan desconocido; yo era aún muy joven, y prácticamente nunca había salido de mi pueblo.

Al llegar, nos salió a recibir don Alfredo, presidente de la Acción Comunal, un hombre alto, de tez morena, cabello ensortijado y contextura mediana. Lo primero que hizo fue estirar los brazos para ayudarme a bajar del caballo, pero era casi imposible, pues mis piernas no me respondían; estaban adormecidas por el largo viaje en la misma posición, razón por la cual fue necesario que él mismo me bajara.

La casa de don Alfredo estaba ubicada a unos cuantos metros del caserío que rodeaba la escuela. Los separaba la cancha de fútbol, que no era más que un espacio de manga o potrero rodeado de rastrojo, lo que ellos llamaban *monte*. Después de descansar un poco y comer, nos fuimos para la escuela, pues había que terminar de llegar. Había sido toda una jornada de camino y el descanso era más que necesario. Pero en la escuela encontramos un ambiente poco propicio para tal fin, pues a un lado estaban velando a la difunta María y había mucha gente. Don Alfredo me presentó ante los que salieron a recibirme y les presentó a mi esposo. El panorama era desolador; eran más o menos las 5:30 de la tarde, ya casi empezaba a oscurecer y no había energía eléctrica. El velorio no lo hacían con veladoras como yo conocía, sino con velas pequeñas y delgadas, que duraban poco y con frecuencia había que reponerlas. El ataúd hacía más lúgubre la escena: consistía de cuatro orillos de madera aserrados en la misma vereda, sin pulir, cepillar, lijar, ni pintar; los había clavado don Eliodoro, un habitante del lugar; no había visto en mi vida un ataúd más rústico.

La escuela no era del estilo de las de mi tierra. Era un salón con piso de cemento, cuatro paredes de tabla y techo de zinc, dos puertas también de tabla, una al frente y otra al lado, y sin ventanas; sólo las aberturas entre tabla y tabla permitían la ventilación. Los pupitres eran unos listones gruesos y largos de madera que daba lidia mover por lo pesados, hechos por los mismos padres de familia. A todo se me parecía menos a una escuela, pero interpreté que esa era porque tenía un tablero de dos patas ubicado en la mitad para dividir el salón en dos partes; no había ni siquiera una cartelera o un dibujo que demostrara que en ese lugar se había llevado a cabo, alguna vez, una actividad académica. No había registros de matrículas ni libros reglamentarios, sólo unas cuantas guías de *escuela nueva* en mal estado y arrumadas en un rincón. Tres pequeños cuartos detrás de la escuela, pared con pared, servían de dormitorio al que llegara: uno de ellos fue mi habitación.

Lo único que lo separaba del salón de clase era una pequeña puerta, no tenía baño, ducha, ni servicio de acueducto, nada. Todas las necesidades había que satisfacerlas en la quebrada El Cuchillo, que pasaba a unos veinte pasos de la escuela. En estas condiciones, me sentía despatriada, eran muchas cosas a la vez: "Aquí falta todo por hacer, ¿cómo podrá vivir la gente así?", pensé.

De todas maneras me uní al dolor que estaba viviendo la comunidad esa noche. Los acompañé un rato en el velorio y luego me retiré a descansar. Intenté dormir, pero fue casi imposible, debido a la bulla que se escuchaba alrededor, unos lloraban, otros hablaban duro, otros jugaban dados…

Al otro día muy temprano, tan pronto amaneció, se oyeron las exclamaciones de los hijos de la difunta —ese fue mi reloj despertador—, pues en ese momento salían de la vereda con el cadáver para darle sepultura. Me sorprendió mucho que el cementerio estuviera ubicado en un potrero, como a una hora de camino desde la escuela. Para mí esto era extraño, no eran las costumbres de mi cultura, sentía que sepultar a una persona en una manga, sin la compañía de un sacerdote, sin una celebración eucarística, era como enterrar a un animal; sentía mucho temor, todo me era desconocido, y pensaba cómo iba a sobrevivir allí.

Me levanté para comenzar a instalarme. No sabía por dónde empezar. Tuve que ir a bañarme a la quebrada, algo que nunca había hecho, pues ni siquiera sabía nadar; además había que bañarse delante de todos los que allí estuvieran haciendo lo mismo. La cocina era una chocita al frente de la escuela, con piso en tierra, fogón de leña y no tenía agua; había que traerla desde la quebrada. Me sentía impotente, pues el agua podía estar muy contaminada, primero por la enfermedad de la que había muerto la señora María y que en ese entonces era un terror, y segundo, por el hecho de saber que todos nos habíamos bañado en el mismo lugar y hasta hecho otras necesidades en las orillas de la quebrada. Para mí esto era muy difícil de asimilar, pero tenía que adaptarme a las circunstancias. Fue entonces cuando pensé que lo primero que tenía que hacer era construir una unidad sanitaria que permitiera privacidad y sanidad a la comunidad.

El primer contacto ya directo con los padres de familia fue al día siguiente, en una reunión que programé para presentarme oficialmente ante la comunidad y, a la vez, para hacer un diagnóstico del estado educativo de los niños. Necesitaba saber, entre otras cosas, cuántos estaban dispuestos a estudiar, qué edad tenían, quiénes habían estudiado algo, quiénes ingresarían por primera vez, y en qué grado de escolaridad se encontraban. Es de anotar que ya finalizaba el mes de octubre, y durante todo el año no habían tenido profesor o profesora allí. La gente se manifestó contenta por mi presencia, pero no sabían lo que mi corazón experimentaba; eran unos sentimientos encontrados entre el placer de ser maestra y el desespero que me producía estar tan lejos de mi familia y mis costumbres, en un lugar tan hostil y lejos de la "civilización". Nunca creí que ser maestra me costaría tanto.

En este encuentro aproveché para proponerles la idea de organizar la escuela que estaba muy caída, e ingeniarnos la forma de improvisar una unidad sanitaria que nos

sirviera a todos. La reacción de la gente fue negativa, de incredulidad, pusieron muchos obstáculos, pensaban que era bobada, para qué cargar un balde de agua sabiendo que la quebrada estaba tan cerca; además, ellos llevaban toda una vida haciendo sus necesidades allá y nunca les había pasado nada. A pesar de que me esforcé por explicarles los beneficios que traería el hecho de sanear un poco la situación ambiental, ellos no captaban la idea y seguían oponiéndose; creo que pensaban que estaba imponiendo mis costumbres y rompiendo su cultura. Claro, el error fue mío, tal vez por la forma como les vendí la idea o tal vez por querer suplir una necesidad que aparentemente era de todos, pero que en el fondo era mía. Con el tiempo logré este objetivo, pero casi fue en vano: la comunidad no usaba la unidad sanitaria, sólo quedó para mi uso y el de mi esposo, y para los visitantes que algunas veces llegaban. A mí me seguía incomodando la situación, no era fácil utilizar aquellas aguas que tanto desagrado me producían; pero, finalmente, era una cuestión de supervivencia, tenía que olvidarme un poco de lo que era en realidad mi pasado para vivir este presente. No niego que tuve tardes largas, noches de lágrimas por el desespero, madrugadas en las que el reloj despertador era la exagerada gritería de los micos titís en el cerro, que quedaba como a una hora a pie desde la escuela; era una vida muy silvestre.

La comunicación también fue otro tropiezo al principio, pues diferían los significados de algunas palabras; por lo tanto, a veces no nos entendíamos. Por ejemplo, cuando ellos me hablaban de *pájaros*, se referían a los moscos y zancudos, mientras yo me imaginaba un ave; *chucha* para ellos significaba vagina, y para mí un animal que come frutas y gallinas. Poco a poco nos fuimos acoplando y aprendiendo los significados de las diferentes expresiones. Para mí el reto era respetar su dialecto, y a la vez orientarles de una forma que no violentara, pero que sí los educara; ése era mi rol en este espacio que la vida me presentaba.

Al fin llegó noviembre, una fecha muy esperada por mí, pues sentía gran deseo de llegar a mi pueblo, mi casa, mi familia y contarles esta experiencia, que no sólo era satisfactoria, sino que también se me había convertido en una gran oportunidad de aprendizaje, tanto para mi carrera como educadora, como para mi crecimiento personal. De cierta forma, fue una bonita manera de empezar este lindo camino de la docencia.

Al llegar enero de 1992, con mucha nostalgia volví a separarme de mi familia para reiniciar labores en la escuela. Pensaba en los pantanos, las serpientes, los montes, los caballos, las largas horas de camino que tendría que volver a recorrer, y sentía deseos de quedarme en casa, donde estaba cómoda; pero mi vocación era enseñar, y sabía que allí me necesitaban. Emprendí, por tanto, mi viaje de regreso a aquel lugar donde los niños y una comunidad me esperaban con las ilusiones y la confianza que depositaron en mí, sin saber lo que yo realmente estaba sintiendo en el fondo de mi corazón. Las circunstancias me invitaban a parar, tal vez a retirarme, a renunciar a esa experiencia dura, pero, al final, ganó el amor por esos seres que tanto me necesitaban; el amor a la profesión era lo que me entusiasmaba para afrontar este viaje.

Pasaron los meses, y un día, una de las señoras de la vereda me confesó que la primera impresión que la mayoría de la gente se había llevado cuando me vieron llegar el año anterior, fue que no duraría ni quince días. Ése era el plazo que ellos ponían para sacarme de allí en una camilla, con paludismo. Se preguntaban cómo era que mandaban una niña tan jovencita, tan delgada, delicada para esos montes, pues las personas indicadas para este lugar eran hombres que resistieran las largas jornadas y lo brusco y pesado del clima y del ambiente, pero que ahora se sorprendían de que yo llevara cinco o seis meses trabajando sin enfermarme, aprendiendo de ellos y aportándoles desde lo académico y lo social, porque no me dediqué solamente a educar a mis estudiantes.

Vi necesario integrar a los padres de familia a los procesos escolares, para que fueran el soporte en mi labor con sus hijos; sabía que era imprescindible iniciar por darles a ellos una formación. Organicé la escuela de padres, labor que no fue fácil, porque los hombres no se integraban y algunas madres pensaban que la escuela era sólo para los niños. A medida que avanzaba el tiempo, la asistencia era más nutrida; aproveché entonces para mostrarles cuál era el trato que deberían dar a sus hijos, su papel como primeros educadores de los niños y jóvenes, incluso la cuestión de la higiene personal y algunas nociones de cocina. Con frecuencia mandaban a los niños sin desayunar a la escuela, no por falta de comida, sino por desorden e indisciplina en sus quehaceres, pues preferían echarse en las hamacas o irse a conversar con sus vecinos, antes que preparar los alimentos para despachar a sus hijos, a sabiendas de que el único desayuno que les daban era un pedazo de plátano o de yuca cocinado en agua con sal, el que entregaban en sus manos. Nunca se dignaban servirles en un plato, al menos por higiene, y lo acompañaban con un vaso de agua cruda que habían recogido de la quebrada. Lo triste es que tenían por lo menos plátanos, yuca y arroz, pero siempre preparaban lo mismo y de la misma manera, y los niños preferían irse sin comer. Por eso me incliné a orientarles que había formas de preparar diferentes platos con los mismos productos que tenían.

Esta labor fue de mucho aprendizaje para mí, pues también me integré a la Acción Comunal, para ayudarles a buscar recursos económicos con los cuales se financiaron proyectos como la construcción de una unidad sanitaria, el centro de salud, la capacitación de una señora de la vereda para que fuera la promotora de salud, a fin de atender por lo menos los primeros auxilios, ya que la gente se moría fácilmente por la lejanía del lugar. En estos proyectos vi plasmado mi deseo de emprendimiento y logré gran satisfacción, porque los cambios se iban viendo paulatinamente. Además, la comunidad se volvía más consciente de las mismas necesidades que se presentaban y luchaba para que la vereda saliera adelante. En este sentido mi esposo fue de gran apoyo, me daba ideas, y si era necesario acompañaba a los líderes comunitarios a las comisiones a Riosucio (Chocó) o a Turbo, mientras yo me quedaba en la vereda cumpliendo con mis deberes escolares.

Esta fue la primera experiencia en la que me tocaba orientar prácticamente los destinos de toda una comunidad. Aquí empecé a despertar el espíritu de liderazgo que todos tenemos, pero que en muchas ocasiones no alcanzamos a desarrollar porque la vida no nos da la oportunidad. En este caso yo me siento satisfecha y también agradecida. Allí

aprendí a valorar el sentido de vida, de pertenencia por mi cultura, a conocer otros espacios de mi propio departamento. Entendí, además, que la vida no era tan sencilla como hasta el momento la había vivido: en este lugar conocí el hambre, la necesidad y la distancia, nunca me había tomado más de dos horas llegar de una cabecera municipal a una vereda, y aquí tardaba dos días en llegar a la escuela, por lo que había que pasar la noche en una casa al borde de la carretera para coger la trocha al día siguiente, muy temprano; aprendí a montar a caballo y a nadar, y por primera vez monté en una canoa. Aprendí que el hambre es la que come y no mira qué se va a comer; con estas palabras me respondió el señor Francisco Velásquez al preguntarle, cuando lo vi pasar con un cerdo demasiado flaco que iban a sacrificar, por qué lo iban a matar si estaba tan flaco, y su respuesta se convirtió para mí en una lección, primero porque debía ser discreta, y segundo, porque yo estaba acostumbrada a vivir en la abundancia, y en este lugar era mucha la escasez.

Había transcurrido alrededor de un año. De cierta forma, aprendí a convivir con las dificultades sin que se hicieran tan penosas. A mi casa había hecho solamente una visita a mitad de año en las vacaciones de julio, era normal que mi familia quedara preocupada, pero tenía claro seguir mi vocación de enseñar, aunque no estuviera tan cerca de mi casa. Entre tanto, gestionaba la posibilidad de un traslado; sabía que mi futuro no estaba allí, pues deseaba profundamente continuar mis estudios y aquí la profesionalización se veía muy lejana. Además, ya esperaba mi primer bebé, lo que hacía más difícil el acceso al lugar de trabajo, y estaba segura de querer ver crecer a mis hijos en otro lugar. Ésta era una zona de conflictos en cuanto al orden público, las oportunidades no eran visibles, todo era una amenaza para estancarnos en el desarrollo de nuestras metas, y eso sería cerrarles las puertas al futuro.

Llegó el final de año. El 24 de noviembre debía presentarme a la oficina del jefe de núcleo con el inventario de la escuela y los libros reglamentarios en orden, para obtener mi paz y salvo antes de salir a vacaciones. Allí me encontré con la tan anhelada noticia del decreto de traslado, que me enviaría a prestar mis servicios al municipio de Cocorná, en el oriente antioqueño.

Estos catorce meses de servicio en la comunidad de Cuchillo Blanco, región del Urabá chocoano, se convirtieron en una experiencia enriquecedora en mi vida, en cuanto me permitió realizarme como persona, y cooperar para que otros también lo lograran. Al salir de esta comunidad dejé grupos organizados en función del bien común.

Cuchillo Blanco fue la escuela que me hizo maestra, donde fortalecí la voluntad, la paciencia, la esperanza y el liderazgo, vencí el miedo y enfrenté obstáculos. Allí aprendí que la más linda pedagogía era la del amor, la que me empujó a regresar a este lugar que tanto escozor me causó

En las manos
de Dios

Somos leves briznas al viento y al azar
Porfirio Barba Jacob

Germán de Jesús Muñoz Gómez

Profesor de la Institución Educativa San Vicente Ferrer, municipio de San Vicente Ferrer

Llegué al municipio San Vicente el 21 de mayo de 1981, por invitación de mi Padre Celestial y por varias llamadas telefónicas que me hizo el señor rector del colegio San Vicente Ferrer, don Wálter Arrubla Vélez. Desde el comienzo fui recibido con innumerables atenciones, y don Alfonso Marín y el señor rector agilizaron mi nombramiento, porque desde hacía rato me estaban esperando, y los estudiantes estaban muy perjudicados por falta de profesores.

En mis primeros años de trabajo docente, tenía que viajar diariamente para poder continuar mis estudios de licenciatura en la Universidad de Antioquia, donde preguntaba a mis profesores sobre qué temas debía hacer mayor énfasis en mi enseñanza, y recuerdo con mucho cariño al doctor Pineda, decano de la Facultad de Educación, que me dijo: "Tranquilo, enséñeles a leer". Desde ese momento hasta hoy, mi principal eje temático ha sido la lectura de los grandes maestros de la literatura universal.

Durante los años de viajes diarios de Medellín a San Vicente y de San Vicente a la Universidad de Antioquia, guardaba en el bolsillo de la camisa una arepita con mantequilla, producto de los desvelos de mi querida abuelita Paulina. Al llegar en las mañanas frías a San Vicente, entraba al restaurante Puerto Rico de doña Nenita, y pedía de desayuno "huevo en colores" (o sea huevos con aliños), y siempre me encimaban una cucharada de fríjoles bien

calientes. Con todo esto, más la arepita de mi abuela, me tocaba estudiar hasta las siete de la noche, y muchas veces llegaba un poco tarde a mi casa, para volver a madrugar y esperar con ansia el bus de San Vicente que me llevara de nuevo al colegio, y así sucesivamente, hasta que me gradué como licenciado en educación, área español y literatura, en el año 1983.

A partir de 1984 me sentía más libre, pues ya no tenía que desplazarme hasta Medellín. Me busqué una pieza en una casa de familia para dormir y sólo viajaba los fines de semana. Me dediqué a leer y a compartir con el señor rector brillantes tertulias etílico–literarias, después de terminar nuestra "ardua labor" a las siete de la noche, en las que escuchaba con fascinación a don Wálter hablar sobre la vida y obra de Fernando González Ochoa.

En aquellos primeros años había dos jornadas, mañana y tarde. La primera jornada empezaba a las 6:45 a. m. hasta las 12:30 p. m., y la segunda finalizaba ya entrada la noche, a las 6:45 p. m., aproximadamente. Una de las cosas que más me maravilló del colegio fue la biblioteca virgen, con sus innumerables volúmenes de filosofía, psicología, didáctica, pedagogía y la más hermosa literatura sin descubrir. Este gran rector impulsó, como sociólogo, la cultura literaria, y siempre me recalcó que lo más significativo era "enseñar a pensar".

Fueron pasando los años, y embriagado de tanto entusiasmo por la literatura, fui reconociendo que no son los programas extensos y asfixiantes los que llenan a un estudiante, sino la toma de conciencia de todos sus talentos por descubrir.

Unos meses antes de jubilarse, el señor rector, don Wálter Arrubla Vélez, me sorprendió con un obsequio que no me lo imaginaba. Me llamó a la oficina y me dijo: "Mire profesor, le voy a regalar mi biblioteca personal, porque no he visto hasta el momento ninguna otra persona merecedora de ella". Recibí de él más de 600 libros y a los pocos meses murió. Que en paz descanse este Gran Maestro Amigo.

¡Yo soy de San Vicente!

El municipio de San Vicente Ferrer está situado en el oriente antioqueño, entre los municipios de Concepción, Alejandría, Girardota, Barbosa, Marinilla, El Peñol y Rionegro. Está próximo a cumplir los doscientos años de fundación. Dista de Medellín 44 kilómetros por carretera pavimentada. Su geografía está adornada de montañas, con hermosos cultivos de fresa, uchuva, papa, maíz y el mejor fríjol cargamanto del país. Tiene una población cercana a los 21 mil habitantes, y su temperatura aproximada es de 17 ºC. La gente es muy amable y servicial, laboriosa, inteligente y emprendedora; además, posee un gran espíritu de superación. Yo nunca he pedido un traslado para ningún otro lugar, porque la comunidad educativa de San Vicente está compuesta de personas honestas y humildes, con las que he convivido y me he sentido querido y respetado. Sus niños y jóvenes, especialmente todas las niñas, son hermosos e inteligentes, cumplen con sus tareas y se esmeran por salir adelante.

Durante los primeros años de mi docencia todo fue un torrente de alegría y de ánimo por inculcar el amor hacia los libros, y con el correr del tiempo, los alumnos se volvieron grandes profesionales, grandes personas, incluso alcaldes de su mismo pueblo. Todo esto me fue llenando de orgullo, de admiración y respeto hacia el cuidado de mi labor docente, y fue así que, en el año 1991, recibí un despertar espiritual que me alejó definitivamente de las mamilas etílicas que me subyugaron en los primeros años de mi carrera docente.

Una noche en San Vicente, antes de acostarme, Dios, con su infinita misericordia, me señaló el camino de la sobriedad y de la trascendencia. Detuve mi enfermedad alcohólica gracias a Dios, al deporte y a la literatura. El 26 de enero de 1991 cambié las botellas de licor por libros. Me encerré en mi aposento a descubrir los grandes tesoros de la imaginación y del sufrimiento de los poetas y escritores del mundo. Por las mañanas madrugaba a correr por las hermosas veredas de San Vicente. Todo fue paso a paso, hasta que mi mente, mi espíritu y mi cuerpo se fortalecieron y mi alegría de vivir fue total. "Los únicos que se aburren son los aburridos", según dice Eliot. Empecé a querer y a valorar más a mi familia, a toda mi querida comunidad sanvicentina, y muy especialmente me dediqué a presentar a la juventud los grandes sabios de todos los tiempos.

El pueblo se fue inundando de poetas, escritores, maestros, pensadores, ensayistas, psicólogos y filósofos, y de la sabiduría de las Sagradas Escrituras. Por primera vez en la historia me compré una Biblia, mi primera Biblia, que me costó $2.000 en la casa parroquial de San Vicente. Leyéndola asiduamente, me encontré una cita que repetí por muchos años y que me salvó de una gastritis crónica: "Con el necio no se discute". En el epílogo de mi docencia, estoy convencido de que sólo Dios nos puede salvar, y nuestra honestidad por esta hermosa labor de educar.

Una carrera por la vida

Hijo mío, conságrate al estudio desde tu juventud
y hasta cuando tengas blancos tus cabellos, progresarás en la sabiduría
Libro de la sabiduría

El amor por la literatura ha sido de gran fortaleza, porque los maestros del sufrimiento y de la vida son los que me han guiado por el sendero del cambio y de la formación en valores. Un maestro a quien no le guste leer ni sienta amor y respeto por sus estudiantes debe hacer un alto en el camino y despertar hacia una nueva actitud.

Yo soy egresado de la Universidad de Antioquia, a la cual le debo toda mi visión humanística y pedagógica, donde he tenido la hermosa oportunidad de llevar a mis queridos alumnos en mis famosas visitas culturales a conocer los sagrados espacios de mi estimada Alma Máter, porque yo siempre los estimulo y les hablo de que, algún día, con la Gracia de Dios, a ellos también les tocará estudiar en la universidad más importante y más querida de nuestra hermosa patria Colombia, para que se formen como grandes personas y profesionales que sirvan al país y a sus familias. La hospitalidad y el cariño que me

han brindado en la Oficina de Extensión Cultural con sus guías culturales, y la gran colaboración de don Francisco en la Oficina de Deportes, me hacen sentir, como egresado, una persona inmensamente feliz y agradecida con todo su personal docente y administrativo. ¡Que viva la Universidad de Antioquia!

Toda mi autonomía pedagógica ha estado siempre respaldada en el cumplimiento de las normas y lineamientos curriculares en los que el Ministerio de Educación Nacional nos ha orientado con énfasis en el desarrollo integral del alumno.

En estos veintiséis años de magisterio vocacional he recibido muchas palabras de cariño y de agradecimiento de todos los niños, jóvenes y profesionales que hoy en día me encuentro en la Universidad de Antioquia. Yo sigo yendo a la Universidad, y a las nuevas generaciones sanvicentinas siempre les digo: "En la Universidad me buscan por los lados de la piscina, o en la pista atlética o en la biblioteca".

Con base en la sabiduría y la paciencia, respeto y valoro el inmenso potencial humano de todos los estudiantes de San Vicente Ferrer, porque en la práctica me han superado miles de veces, lo que me causa una inmensa alegría en las fibras mas íntimas de mi alma. Guardo en mi corazón mi gratitud perenne con todo el pueblo, con toda mi querida comunidad educativa de la Institución Educativa San Vicente Ferrer, con todos los rectores, profesores y compañeros ya jubilados o fallecidos, y muy especialmente con el señor Roque Eugenio Arismendi Jaramillo, el secretario de gobierno municipal, don Fernando A. Osorio Alzate, y con don Jáder Armando Correa, secretario de educación municipal, quienes por Resolución 008 del 9 de noviembre de 1999, consideraron:

> Artículo Primero: resaltar la labor que en bien de la comunidad Sanvicentina viene cumpliendo el Licenciado Germán Muñoz Gómez, reconocer su invaluable aporte en pro de la juventud y agradecer a nombre de la Administración Municipal y de la ciudadanía en general su meritoria gestión.

Cuando las ideas fluyen para bienestar y alegría de los demás tienen vigencia en el tiempo y en el espacio. En 1994 les expresé a mis alumnos el deseo de institucionalizar una carrera atlética que partiera desde El Crucero (entrada para el pueblo en la autopista Medellín–Bogotá) hasta San Vicente, con el ánimo de templar el espíritu y crear un ambiente de encuentro y de sana convivencia. La corrimos por espacio de once años consecutivos, hasta el año 2004. Al año siguiente no me animé a realizarla por quebrantos de salud, pero debo recalcar que todas las administraciones municipales e Indersav (Instituto de Deporte y Recreación de San Vicente), con Héctor Hoyos y su Junta Deportiva, hicieron posible esta gran fiesta durante todo ese tiempo.

En 2007, después de un receso, el señor Óscar Quintero Torres y Ana Judith Gil Quintero, amantes del atletismo, y la Sociedad de Mejoras Públicas, con todo el respaldo de la administración municipal, encabezada por el señor alcalde Roberto Jaramillo, han querido retomar esta tradicional jornada deportiva regional, para mejorarla e institucionalizarla como parte de la programación anual de las tradicionales Fiestas de la Colina de nuestro pueblo. Según palabras textuales de don Óscar, "este año, el próximo 8 de diciembre,

corremos todos la Gran Carrera Atlética de San Germán, para compartir alegremente nuestras Fiestas de la Colina y para fortalecer nuestro espíritu y nuestro cuerpo".

Epílogo pedagógico

Para mí, lo más difícil, es sentarme frente a una hoja en blanco
Jorge Luis Borges

Me siento un hombre privilegiado por Dios, porque tengo a mi cargo niños y jóvenes que, a través de la pedagogía del amor, de la comprensión, de la paciencia, de la humildad y de mi férrea voluntad por desarrollar y estimular sus inteligencias y sus capacidades para interpretar e inferir los pensamientos axiológicos más trascendentales de los más grandes espíritus de la cultura universal, me permiten terminar cada año con la satisfacción de mis metas cumplidas. "Cuando uno tiene vocación por lo que hace, uno no se cansa", me decía don Fernando González en su libro *El maestro de escuela*.

Todas las expresiones literarias, culturales y científicas se publican bimestralmente en *El intelecto,* el periódico de la Institución Educativa San Vicente Ferrer. Este periódico lo dirigí por primera vez en 1984, con el nombre de *El acervo cultural*, a petición del señor rector Wálter Arrubla Vélez, quien me invitó para que lo editara. Años más tarde, otro rector me dijo que lo suspendiera y yo no lo hice, porque a veces soy muy terco en las cosas que creo. El actual rector, don Rodrigo Anselmo Acevedo, apoya esta semilla cultural para bien de la Institución. En fin, en tantos años de labor educativa me quedan muchísimas alegrías, y aún conservo joven mi espíritu, gracias a todos los dones recibidos de mi Padre Celestial.

Exhorto a las nuevas generaciones de maestros para que lean una hora diaria la pedagogía del amor. La literatura ha sido mi gran baluarte y fortaleza, y me ha salvado en mi proyecto pedagógico y humanístico, para emerger cada día del tedio y la rutina, y encontrar nuevas esperanzas, en un aprendizaje más significativo que estimule la mente positiva de los jóvenes. Con el ánimo de estimular el pensamiento proactivo y crítico, cito las palabras con la cuales la niña Lina Sofía interpreta a Albert Camus, diciéndonos:

> El espíritu humano puede ser tan grande como él mismo se lo proponga y se manifiesta de acuerdo a sus actos, pensamientos e imaginaciones. Si piensas en grande, crecerás; si piensas en pequeño, te arruinarás. Todo se encuentra en el estado mental. Te invito a que pienses para que crezcas y mantengas buena salud y grandes proyectos. ¡Ánimo!.

Este tipo de experiencias de escritura me causan una inmensa emoción, porque mi propósito es incitar a la lectura asidua como herramienta de crecimiento personal. Esto, creo yo, me justifica en el tiempo y en el espacio.

Un abrazo de reconocimiento a todas las maestras y maestros de mi querido pueblo sanvicentino y muy especialmente a María Cecilia, mi secretaria general, por su apoyo en mi proyecto de vida. ¡Dios es mi fuerza y mi fortaleza!

Un espejo de agua
que refleja el orgullo de mi pueblo

Mi corazón latirá más de prisa
si veo en mis alumnos un campo para cultivar

La tarde estaba tranquila, perfumada y fresca, cuando divisé el paisaje de aquella región, donde caballos y jinetes, bajo la sombra de grandes árboles, descansaban después de un encuentro de compras, jolgorio y diversión en el pueblo. Entre el ir y venir de mucha gente me encontré con el rostro de una mujer de aspecto jovial y elegante. La cantidad de libros que llevaba y su equipaje me decían que no podía ser otra distinta a la persona que estábamos esperando. ¡Era la maestra, había llegado la maestra! Ya tenemos quien eduque a los niños, lleve y traiga el correo, santigüe a los pequeños, les rece a nuestros muertos y nos ayude con los alumbramientos.

Me le acerqué, me presenté y le ofrecí mi ayuda; deseaba llevarla al lugar en donde los sueños de nuestra comunidad pronto se verían materializados. En el camino hacia la escuela, si es que así se podía llamar a una vieja enramada con aspecto de sesteadero de ganado, entablamos una amena conversación. Nunca se lo dije, pero me gustó escuchar de su boca "soy maestra por convicción". Más tarde me daría cuenta de que aquellas palabras no eran falsedad.

Su firme voluntad fue puesta a prueba desde el primer momento, porque para llegar a la vereda debíamos pasar

Gladys Esther Hernández Alcalá

Profesora de la Institución Educativa Gaspar de Rodas, corregimiento Jardín Tamaná, municipio de Cáceres

por la tormentosa y amenazante quebrada Ajonjolí. Pero ella no esperó ayuda, y la escuché murmurar: "¡Ánimo contra el miedo metido en una mochila!", y se lanzó a las amarillentas aguas. Muchas peripecias hizo para pasar a la otra orilla. Aún recuerdo su rostro pálido, su cabello mojado como queriendo no continuar su viaje, por lo menos eso percibí yo. La vi vestirse de nuevo invitándome a seguir el camino.

Ya en la vereda Santa Lucía, cuya escuela lleva el mismo nombre, lo primero que hizo fue buscar la unión, y con su liderazgo, cual enjambre de abejas, se construyeron grandes proyectos, como la adecuación y embellecimiento de la planta física, la cual se realizó con materiales del medio. Para esto fue necesario llevar a cabo rifas, ventas de dulces y refrescos. También se construyeron, con su participación, huertas comunitarias; se constituyeron juntas de apoyo, y constantemente se efectuaban actividades culturales, como bailes típicos, décimas, cantos de vaquería y encuentros deportivos interveredales.

La escuela generó un cambio de vida en los habitantes de la región. Los eventos eran mayores y se realizaban con el propósito de recaudar fondos, que se invertían en materiales didácticos, útiles escolares y en el sostenimiento de la huerta comunitaria, cuyos productos eran repartidos entre los estudiantes y padres de familia, con el ánimo de mejorar los hábitos alimenticios. Esta dinámica también generaba espacios para compartir, en grupo, experiencias relacionadas con la vida de cada uno.

Transcurrieron varios años entre risas, desaciertos, festejos y enseñanzas. Hasta que una fresca tarde, adornada por el trinar de los pájaros, el bullicio de los niños y el infaltable canto de la quebrada, llegó a la escuela una importante visita: eran los representantes de la Secretaría de Educación Departamental, quienes decidieron premiar sus esfuerzos y sus logros con un traslado a la zona urbana. ¡Vaya qué premio! De inmediato recordé una frase de aquella canción de Otto Serge: "Lo que pa' tu vida es mal, bien es pa' la novia mía". Claro, para ellos, y no sé si para ella, todo era color de rosa, pero… ¿y nosotros?, ¿y los niños?, ¿y nuestra vereda?, ¿y nuestros jardines?, ¿y su risa? Lo único que se me ocurrió fue salir de prisa, y como una llama que se expande en la seca hojarasca de los campos, la noticia se regó: "¡Se va la seño Gladys!". Todos murmuraban: "¿Por qué?, ¿qué hemos hecho mal?" Pronto la escuela se convirtió en el escenario de una casual reunión. Después de diálogos y reclamos, ella interrumpió, y con voz entrecortada dijo: "Sólo espero que no decaigan y continúen en la tarea que juntos iniciamos con amor". Al día siguiente, en presencia de toda la comunidad, con sentimientos encontrados y mutuos agradecimientos, partió en busca de nuevas experiencias.

Al cabo de muchos años, en el corregimiento Jardín Tamaná, en Cáceres, mi corazón saltó de alegría al encontrarla nuevamente. Pensé que no me reconocería, pero una vez más me equivoqué, porque pude darme cuenta de que era la misma persona que había conocido años atrás.

— ¡Hola profe, cómo está! ¡Cuénteme de su vida! —le dije con entusiasmo.

— Te invito a mi casa, nos colamos un café y te empiezo a narrar un poco de mí —me respondió amablemente. Y así fue como la profe empezó a contarme:

Tengo una linda familia formada por un excelente esposo y cuatro maravillosos muchachos, los cuales son mi alegría. Trabajo en la Institución Educativa Gaspar de Rodas, y oriento siempre mi labor a inculcar, en mis alumnos, valores para la vida, especialmente relacionados con el medio ambiente, ya que en este lugar la naturaleza ha sufrido muchos abusos por parte de quienes trabajan la minería.

No todo ha sido negativo —me siguió contando la profe—, pues, por casualidad, las máquinas retroexcavadoras, en su afán de herir sin piedad las entrañas de la tierra en búsqueda de la anhelada "maraza", descubrieron fuentes de agua que dieron vida a una hermosa laguna, que recibió el nombre de Laguna Tamaná. La laguna, a pesar de su majestuosidad e imponencia, se encontraba desolada y era víctima de nuevos abusos cometidos por la inconciencia ecológica de los habitantes de la región.

Esta situación me dio pie para realizar una de las labores de las que más me enorgullezco en este camino de laborar con comunidades. Me uní con algunos compañeros docentes e iniciamos un proceso de sensibilización con los habitantes de la comunidad, en especial con los que vivían en las zonas aledañas. La Pontificia Universidad Javeriana, en el marco de mi proyecto de grado de la licenciatura que realizaba por esa época, nos prestó su asesoría.

El proyecto inició rescatando la importancia ecológica de dicha fuente de agua; realizamos talleres, concursos de pintura y de cuentos, visitas a la laguna y un estudio de sus características, como profundidad, extensión, grado de contaminación, etc.

Por esa época se conformó el grupo ecológico Devijarca —Defensores de la Vida, Jardín Cáceres— el cual, con el apoyo de compañeros y directivos, emprendió campañas de aseo, caminatas ecológicas, y adoptó árboles en el pueblo y en lotes reforestados por la Corporación Autónoma Regional del Centro de Antioquia. Los lotes eran visitados con frecuencia por los alumnos, lo que propiciaba en ellos compromiso y dedicación con el cuidado de las zonas verdes. Por ejemplo, me llena de orgullo que uno de mis hijos, Ricardo Esteban, sea un brillante estudiante de noveno semestre de ingeniería forestal en la Universidad Nacional de Colombia y haga parte de un proyecto que realiza Corantioquia y la Universidad, sobre la recuperación de suelos degradados por la minería con la especie *Acacia mangium*, en uno de los lotes que él vio crecer cuando era niño, mientras hizo parte del grupo ecológico Devijarca. ¿No te parece gratificante que haya quién continúe ayudando en los quehaceres del ambiente?

Continuando con esta dura pero apasionante labor, se realizó quizá la parte más importante del proyecto: un numeroso grupo de estudiantes, junto con algunos padres de familia, llevaron a cabo una limpieza de las orillas de la laguna. También, apoyados por la administración municipal, abonaron e hicieron mantenimiento a los pocos árboles remanentes, y sembraron una gran cantidad de plántulas de especies forestales nativas, donadas por estudiantes, profesores y padres de familia, con el fin de controlar la erosión y la sedimentación de aquel hermoso afluente. En un futuro, estos árboles brindarán som-

bra y enriquecerán la belleza paisajística y ecológica que despertará en la comunidad jardinera un sentido de pertenencia por sus espejos de agua.

Después de unos meses, el primer obstáculo se hizo presente. Muchos aún no entendían la importancia del proyecto y de la prevalencia del bien común sobre el particular, ya que se presentaron robos y daños de muchos de los arbolitos. Pero era tanta la pasión, que la respuesta a tales hechos fue la realización de nuevas campañas de sensibilización y la siembra de nuevas plantas.

En un par de años la reforestación empezaba a tener forma y ya se veían algunos árboles, que aunque con poca altura, embellecían la laguna y daban pistas de lo que sería en el futuro.

Con el paso del tiempo, la cultura de la arborización fue ganando terreno, y ya el grupo ecológico no era el único apasionado por esta linda labor. En la Institución Educativa Gaspar de Rodas, algunos profesores, con sus grupos, empezaron a realizar la siembra de árboles en las orillas de la carretera que conduce a dicha institución, y en algunos sitios del pueblo, lo que demostraba la intencionalidad pedagógica del proyecto.

Hoy nos llena de alegría saber que la Laguna Tamaná es la principal fuente proveedora de agua para el actual acueducto del corregimiento, después de que la laguna que anteriormente le suministraba el agua quedara inhabilitada, a causa de la deforestación, el cambio de cobertura vegetal de bosque a pastos y la inminente sedimentación de la misma. También nos satisface saber que se le da un nuevo trato a nuestra laguna, y aunque faltan más árboles, tiene muchos a su alrededor, y ya hace parte de la riqueza paisajística del corregimiento de El Jardín.

— ¿No te parece importante lo que aquí hacemos?

— Claro que sí, seño, pero ¿qué sigue ahora?

— Con la ayuda de directivos, compañeros y especialmente de mis amigas, seguiré orientando a los pequeños, jóvenes y adultos para que su convivencia con la laguna sea cada vez más agradable. Mi intención siempre ha sido contribuir un poco para la formación en los valores de la gente de este pedacito de Colombia: Jardín Tamaná, en Cáceres (Antioquia).

Luego de escuchar atentamente tan interesantes relatos, me sentí afortunada de compartir con la profe Gladys una parte de su historia, y comprendí que el ejemplo, el cariño y la constancia son lo que le da sentido a su vida y a las innumerables huellas que va dejando en su caminar por la docencia

Una práctica
de vida

Desde pequeña siempre supe lo que quería. Jugaba con mis vecinos, generalmente más pequeños que yo, a la escuelita, y sabía que ese juego algún día dejaría de serlo, para convertirse en mi labor, en mi profesión, en mi modo de ser y pensar en el mundo. Finalmente no me equivoqué, luché y aún lo hago para ser maestra, para enseñar y aprender, para jugar y divertirme, para construir y brindar afecto, conocimiento y, por qué no, esperanza.

Recuerdo muy bien mis días de escuela, la misma en la que hoy trabajo, y el guayacán amarillo de la entrada que sugería un tapete de flores en los días de agosto, el mismo que adornó la tarde en que entré a la escuela, ya no como alumna sino como profesora, el mismo que dio sombra a mis estudiantes de preescolar y a mí, porque no teníamos un espacio, un salón.

En ese momento comprendí que no iba a ser una labor fácil, pues además de algunos niños y colegas incrédulos y de padres caprichosos, no había un lugar físico para mis propósitos. Entonces supe que este trabajo se hace con las uñas, pero la experiencia con los niños siempre ameritará un esfuerzo que cada día será mayor porque, según reza el adagio, "Cada día trae su propio afán", y como maestra de una escuela pública y rural se da uno cuenta de que diariamente emergen asuntos por solucionar. Allí mismo radica el reto y la exigencia.

El valor con que se debe sostener la profesión va más allá de un trabajo, es una vocación. Sí, vocación, porque

Gloria Cecilia Ruiz Saldarriaga

Profesora de la Institución Educativa Nuestra Señora del Carmen, Sección San Diego, municipio de Girardota

son pocos los recursos en todo sentido: desde la planta física hasta las carencias afectivas y económicas de los mismos niños y sus familias. Ser maestra de preescolar trasciende la enseñanza de saberes; se debe brindar amor, comprensión, afecto y protección a aquellos niños para que confíen en quien enseña y lo que enseña. La maestra viene a ocupar un lugar y un tiempo que preceden los de los padres o familiares; por eso, debe haber confianza, y esto es algo que supera el título de licenciada, que no se construye en las aulas donde el docente se forma, sino en el día a día de la escuela y en la dinámica de la enseñanza. En este sentido se aboga por una educación integral, por una relación que trascienda los rótulos de profesora y educandos, de transmisión plana de saberes; se apela, entonces, a un conocimiento recíproco, donde el saber no sea sólo acumulación de datos, sino la revelación de un mundo maravilloso que posibilite la expansión de los horizontes.

En esa apertura el lenguaje es clave, llave, puerta, luz. Enseñar las primeras letras, las primeras palabras escritas y leídas por medio de juegos, rondas, canciones y dibujos supone la entrada a un mundo que espera para ser conocido y re-creado por los niños, donde comenzarán sus primeros pasos en ese develamiento que debe ser divertido y no tedioso, que procurará de imágenes su pensamiento. Sin embargo, como dije antes, ese mundo que se abre no es sólo para los niños; también lo es para mí, con cada una de sus ocurrencias, con palabras que se inventan, con dibujos inexplicables que presentan tan obvios y sencillos. Hay una experiencia nueva con cada niño que conozco, y el acontecer diario es un aprendizaje constante.

En este sentido prevalece el valor agregado de ser maestro, más allá de las condiciones físicas y de las condiciones económicas. Darle las herramientas al niño para que experimente el mundo y experimentarlo junto a él, sólo puede gratificar a quien sienta pasión por lo que hace; a quien viva y encarne su discurso, el del maestro; a quien comprenda el mundo a través de la enseñanza y el aprendizaje; a quien considere al niño no como receptor de conceptos, sino como re-creador de los mismos. De esta manera el abrazo, el saludo en cualquier lugar, el detalle o la carta del niño hacia la "profe" significan mucho en la vida de quien enseña.

Pero volvamos a la historia de la escuela. Ha sido muy bonito estar en el lugar en el que tuve mis primeros aprendizajes. Ya como maestra he sido testigo de las transformaciones del lugar y también he participado en ellas, propiciando algunas, experimentando otras; trabajando con y para la comunidad que me vio crecer y que ha sido partícipe de mi paso por este mundo. Eso también me ha llenado de satisfacción: poder hacer algo por el espacio y las personas que me han rodeado siempre, y que han plagado mi memoria de recuerdos. De alguna manera considero que con mi labor retribuyo esa tranquilidad y fortaleza que me han brindado familia, vecinos y amigos, e incluso los caminos de herradura, los charcos y las quebradas, los mismos que recorrí en el año 1993 para avisar a la comunidad que la escuela abriría sus puertas al grado cero o preescolar.

Paso a paso, con la emoción de novata y la ansiedad de principiante, respiraba ese olor a campo, a pasto verde y tierra húmeda, oía a los perros y a los gatos, y fantaseaba con mi

primer día como profesora, cuáles serían las preguntas de los niños y qué les respondería; me visualizaba varios años más adelante teniendo un poco de cada maestro que marcó mi vida desde la escuela hasta la universidad. Jamás se borrará de mis recuerdos aquel comienzo: buscar a los niños, hablar con sus padres, convencerlos de que era bueno para ellos ingresar a la escuela a tan temprana edad, y reiterarles la importancia de su educación. Luego, a la sombra del árbol…

Fueron once niños los que iniciaron conmigo aquella aventura a la sombra de un guayacán amarillo, que lleva más de catorce años y que hoy propone la enseñanza mediada por *software* en una sala de informática. En este recorrido he podido confirmar que la práctica hace al maestro. La universidad me brindó las herramientas pedagógicas para procurar una enseñanza fundamentada en el amor, el respeto y el conocimiento, pero han sido los años de experiencia los que me han formado en la resolución de problemas, y en la transformación de la dinámica educativa en consonancia con las transformaciones sociales, no sólo de la comunidad local sino nacional.

José Martí creía en la educación como una necesidad fundamental a la hora de crear libertad; yo también lo creo. Pero más allá de una libertad política, lo pienso en razón de una libertad del espíritu, una educación en la que el conocimiento procura el advenimiento de un mundo que responda a las necesidades de cada individuo inscrito en una colectividad.

Como lo expresé anteriormente, el grado cero es el primer eslabón de esta cadena, es la primera entrada a ese mundo que se expande y diversifica los horizontes a través de la palabra, del lenguaje.

Por eso es gratificante la primera palabra expresada por los niños en forma escrita, la primera vez que escriben su nombre, las primeras cartas y tarjetas hechas para las madres, porque en ese uso ingenuo y tímido del lenguaje subyacen sus fantasías, aquellos monstruos y princesas que recrean, y los valores que representan. Y de esta sensibilidad sólo pueden ser partícipes quienes vean en su oficio una posición respecto al mundo, una manera de relacionarse con éste; sólo pueden encontrar satisfacción aquellos espíritus que descubran, en la enseñanza, una posibilidad de desarrollarse como seres humanos, individuos en los que prevalece el fortalecimiento de su comunidad por medio de los niños.

De este modo, la posibilidad de nuevos horizontes facilitados por el lenguaje implica también una formación integral, en la que los valores individuales y colectivos, como el amor y el respeto, deben ser indispensables para la enseñanza, en cuanto no se está formando entes receptores de conocimiento, sino seres humanos conscientes de su vida en comunidad. Por eso no hay regaños ni gritos, no hay mal genio ni ofensas, hay comprensión y afecto, y esto trasciende las aulas de clase.

Hubo un acontecimiento que me marcó mucho, el cual evidencia dicha compresión más allá del aula de clase, incluso a los mismos alumnos. Esto sucedió en el grado preescolar. Era una mañana soleada, acababan de entrar de recreo todos los niños, aún eufóri-

cos, terminando las conversaciones iniciadas en el descanso. Yo trato de unirme a las de algunos para que así todos se vayan integrando e iniciar con la clase. De ese modo pude poner a tono a mis alumnos para comenzar con el tema del día: estábamos terminando el abecedario. Un alumno, Brayan, siempre tan participativo y carismático, ese día estaba ensimismado, parecía triste; traté de incorporarlo a la clase con preguntas, pero él no se animaba. Fue extraño, pues siempre quería responder a todo y comentar todas las palabras que se le ocurrieran con la letra que estuviéramos trabajando. Al sonar la campana me acerqué e indagué por el motivo de su silencio. Él, dudoso en un comienzo, me respondió que su madre lo había golpeado por escribir en las paredes de la casa; aún tenía las marcas del cinturón con que lo hizo. Es innegable el dolor y la desesperanza que se sienten al ver a un niño maltratado por asuntos tan fútiles. Le dije que no estuviera más triste porque no había hecho algo malo, sino que su madre no supo entenderlo.

A la salida de la escuela, la madre de Brayan fue a recogerlo. La abordé refiriéndole lo que había sucedido en la mañana. Ella ratificó lo contado por el niño, le pregunté si ella se había dado cuenta de que su hijo ya sabía leer y escribir, e inmediatamente la señora comprendió su equivocación y rompió en llanto. Agradeció que la hubiera corregido, que le hubiera indicado que los niños no comprenden las cosas como los adultos, y que sus formas de expresarse difieren mucho a las nuestras. Por ello hay que hacer un esfuerzo para entender cuál es el mensaje que nos quieren trasmitir, y no reaccionar con ligereza ante impulsos fundamentados en la rabia y la impaciencia.

El trabajo con los niños indica una comunicación distinta para comprender lo que quieren transmitir; indica, además, un conocimiento que supera el aula de clase, pues son muy susceptibles a su entorno, y mientras haya un desconocimiento de estas variables, el proceso de aprendizaje posiblemente se verá atrofiado en parte. Por eso, el amor es vital para que estos niños se sientan seguros en la escuela y confíen en su maestra, porque ésta les enseña, comprende y ayuda en situaciones tanto académicas como sociales y familiares. En consonancia con ello, reitero la conciencia del educador, sea de preescolar, primaria o secundaria, de que su labor debe estar definida por la vocación, para hacerse un maestro realmente, más que un docente o un profesor que enuncia datos y nada más.

En consecuencia, todos mis días de trabajo son como el primero, con menos miedos, pero siempre sabiendo que habrá algo nuevo, que la vida me sorprenderá por medio de este trabajo que es más una práctica de vida. Así, todo se justifica: caminar a la escuela en medio de madrugadas lluviosas y estrepitosas, de veranos incandescentes con muchos cuadernos por calificar, de noches en vela, acompañada de un café, recortando algún dibujo para la clase siguiente o para decorar el salón y que los niños se sientan a gusto; hacer caso omiso a un fuerte dolor de cabeza en medio del bullicio y la sonrisa de los niños; sentir esa sorpresa que causa un niño en mí, por ese mundo que se abre ante mí con toda confianza para que yo habite y comparta con él; ver crecer a algunos y aún sonreír con quien fue su profesora de preescolar, y ver que sus primeros pasos y subsiguientes tuvieron un asidero afortunado.

La enseñanza condiciona en todos los sentidos al sujeto que la ejerce, es allí donde construye su discurso y su visión del mundo, y sus interlocutores son sus alumnos, niños o adolescentes, quienes ponen a prueba diariamente tal discurso y lo modifican tácita o explícitamente. En esta dinámica se inscriben las nuevas generaciones de docentes, las cuales, si carecieran de esa vocación que hace que su trabajo satisfaga al espíritu, seguramente serían aturdidas y silenciadas por el bullicio de los niños y jóvenes que intentan comunicarse y buscan a un interlocutor que los comprenda, en lugar de aquietarlos.

Por esto, el maestro es guía y directriz, pero también caminante. Se embarra con el lodo, se cae y se levanta, aprende y se sorprende con y de sus alumnos, los acompaña desde la primera vocal que se enseña hasta los últimos años del colegio, cuando se decide con qué saber se proseguirá ese sendero. De cierta manera es un guía espiritual, en cuanto da y recibe conocimiento para el desempeño de la vida en general. No es el único que incide en la formación del individuo, pero su papel es contundente. Esa es la responsabilidad social y cultural del docente.

Día a día y paso a paso, con todos y con unos, con alumnos, maestros y colegas, nos vamos construyendo para una educación basada en la equidad, el respeto, el amor, la fraternidad y el conocimiento, los ejes fundamentales para la construcción de una sociedad serena. Por eso hablo de esperanza y, a este respecto, concluyo que por el deber del docente y las implicaciones de su labor, la vocación debe ser inherente a la decisión de ser maestro, entendiendo *vocación* como el goce y el disfrute, como la satisfacción personal que produce ejercer un conocimiento por medio del cual se piensa y se construye el mundo.

Anexo el sentir de mi profesora de primaria y, ahora, compañera de trabajo de mi labor docente:

> Con el transcurrir de los días van floreciendo las semillas de mi labor. Qué grato es compartir mi labor con una ex alumna, educadora que ha terminado sus estudios profesionales y se inclina hacia la bella tarea de enseñar, cuántas cosas lindas y curiosas, cuántas veces superando con sus conocimientos y actitudes mi labor como docente, y de las cuales me enorgullezco; excelente educadora, talentosa y siempre con el deseo constante de capacitación, el amor a los niños, su dedicación, gran sentido de pertenencia y responsabilidad, cualidades que aprendió en su hogar y reforzó con el diario vivir de la escuela; sus años de estudio no pasaron inútilmente por estas aulas. Al igual que sus docentes, hará trascender sus valores, métodos y pedagogías a las generaciones próximas que ella tendrá la oportunidad de educar

Si tienes sabor a coco y hueles a mar:

eres profeta en tu tierra

Si con estudio, llegas a saber muchas cosas,
de la vida aún puedes aprender muchas más
Catón

Guillermo José Cardona Moreno

Rector de la Institución Educativa Eduardo Espitia Moreno, municipio de Necoclí

La vida gloriosa de la gestión

El refranero popular reza sabiamente: *"¡Nadie es profeta en su tierra!"*. Es una voz que susurra entre cocoteros, amplias playas, mares infinitos y alegría caribeña. En Necoclí, municipio antioqueño de la costa Caribe colombiana, no se pudo cumplir este refrán.

Doña Rosa Florida, negra de origen chocoano, con vozarrón de mando y de forma enérgica, advierte al hijo que juguetea por la calle:

— ¡Guillermo! Si quieres ser alguien en la vida, estudia y sé disciplinado, es la herencia de los pobres.

Debieron transcurrir treinta y cinco años para que el rector de las conchas de coco recordara, en la oficina de rectoría, tras el tic–tac del reloj que pende en la pared, y en el sopor de la tarde caribeña, el poder de aquella sentencia que se grabó en su memoria como recuerdo perenne.

En los pueblos apartados y olvidados por el centralismo estatal, se decía en su pensamiento fugaz, a uno le toca,

como pobre, enfrentar la vida a puño limpio, como vendedor callejero o lustrabotas, vivir del rebusque y ganarse la vida día a día en actividades informales para salir adelante.

— Recuerda, Guillermo —insistía Rosa Florida—, tu padre es médico, y aunque no vive contigo, aunque te abandonó, te regaló la inteligencia. Tienes que ser un profesional.

— ¡Madre, así será…! —dijo Guillermo con mucha seguridad.

Se sentía muy comprometido con la profesión que ejercía su padre, y a ello ayudaban los habitantes del pueblo que murmuraban y alimentaban su ego cuando al notar su presencia decían: "¡Tu papá fue muy buen médico!". "¡Guillo, mediquito; usted tiene cría!". "¡Ése es el hijo del médico!".

— ¡Seré un gran profesional, voy a estudiar mucho y seré de los mejores de mi pueblo! —se dijo una buena tarde de enero al iniciar sus estudios de bachillerato, en la hoy Institución Educativa Eduardo Espitia Moreno, del municipio de Necoclí.

Doña Rosa Florida, sin ser profesional de título universitario, pero sí con una experiencia única, ejercía de enfermera en el pequeño pueblo, lo que le granjeó excelente amistad con docentes y personas de bien en la comunidad. Además de poner inyecciones en la vena y sueros recetados por el médico rural practicante, venido de la Universidad de Antioquia, para sostener la familia hacía sus ventas de coco, y de sabor exquisito eran sus panochas y cocadas. Con las conchas de coco atizaba el fuego sobre la tártara, tapa que va encima de la paila donde asaba las galletas y los panes que luego Guillermo vendía en el poblado.

Cualquier día, estando en grado octavo, la maestra Rosalba Hernández le encomendó a Guillermo una exposición de biología sobre los crustáceos, que éste hizo con tanta maestría que le recomendó ser maestro. Así se lo hizo saber a doña Rosa Florida, pero él ya había recibido este mismo consejo de su maestro de quinto de primaria, Juan Arango (hoy rector), y de Héctor Giraldo Toro, rector del colegio en aquel entonces. Y ese fue el detonante para que, desde aquel instante, se decidiera su vocación como maestro.

— ¡Esto es un exabrupto! —dijo *Caliche*, habitante de origen paisa que llevaba algún tiempo viviendo en Necoclí—. Cómo así que un costeño, un negro, estudia filosofía. ¡Pasará hambre! No creo que le vaya bien. ¿Cómo así que el nuevo maestro de filosofía del IDEM es *Memo*? *Nadie es profeta en su tierra* —terminó diciendo.

Como licenciado en historia y filosofía de la Universidad Autónoma Latinoamericana de Medellín, Guillermo fue nombrado, el 20 de abril de 1988, como docente oficial en su colegio, donde antes había estudiado el bachillerato.

Precisamente llegó a dictar historia y filosofía. Como estudiante de la Universidad fue becado por su excelente desempeño al obtener altas calificaciones, y por su propia querencia se inclinó por las ideas marxistas de la época, pero fue más estudioso de pensadores como Nietzsche, Popper, Freud y Descartes, y fue, además, un asiduo lector de la vida y obra de Vladimir Ilich Ulianov (Lenin), hasta el punto de que a su primer hijo lo bautizó con el nombre de Vladimir.

Las clases de filosofía para grado décimo siempre empezaron con la lectura de las tres transformaciones que Federico Nietzsche da a conocer en el primer texto de su *Así habló Zaratustra*. En grado once iniciaba sus lecciones refiriéndose al pájaro kiwi, de Australia, como fiel representante de la evolución, ya que es un pájaro que no tiene plumas sino pelos. Esto le granjeó al maestro que los estudiantes, desde la primera clase que dictó, lo apodaran "El pájaro kiwi".

— ¡Ah, Guillermo…! —preguntó Rosa Florida de forma burlona— ¿por qué los alumnos te dicen pájaro Kiwi?

— Madre, porque yo quiero que mis paisanos entiendan las cosas fundamentales que tú, sin querer, me hiciste entender. Cuando me contaste lo de *Caliche*, me propuse *ser profeta en mi tierra*. Y por eso quiero que ellos sepan que la evolución es realidad, que la vida se transforma, que todo pasa, todo cambia, que no me puedo bañar dos veces con la misma corriente de un río, como lo enunció Heráclito de Éfeso; que las cosas son un acontecer y que debemos tener muy claro que la vida es una constante transformación. Pero lo que más quiero, madre, es que sepan que sí puedo ser profeta en mi propia tierra. Gabo es profeta en su tierra, el Pibe Valderrama, Juanes, Lucho Herrera, el compositor Villamil, Lucho Bermúdez. La vida está llena de ejemplos… Simplemente debemos dejar que el espíritu se convierta en camello, y el camello en león, y el león en niño, para que la noche amanezca en nuestro corazón y la realidad se abra, como una flor, en nuestro espíritu. ¡Eso quiero de mis paisanos! —precisó Guillermo.

Las clases de historia se convirtieron en las historias de la comunidad. Necoclí, como primer poblado fundado por los españoles en tierra firme americana en el año 1509 por Alonso de Ojeda, pasó a ocupar grandes propuestas pedagógicas de investigación que terminaron en la organización de encuentros, escritos, poesías y eventos que se fueron convirtiendo en tertulias. Ocho años de cátedra comprometida abriendo campo hacia la lectura, creando sentimiento identitario en programas radiales y eventos folclóricos, fueron propicios para ir desmitificando el refrán; había credibilidad en el hijo de la tierra.

— Oye *Memo*… —le dice David Toro— voy a montar una librería. ¿Qué me aconsejas? Me he enterado que a ti te gusta mucho leer y que estás recomendando unos libros a los estudiantes, ¿qué te traigo?

— ¡Qué bien David! Qué bueno que en mi pueblo se monte por primera vez una librería. ¡Hacía falta! Sabes, David, yo recomiendo a los estudiantes en sociales *Colombia Hoy*, *Las venas abiertas de América latina,* y algunos textos sueltos, en especial documentos sobre Urabá, para que los estudiantes los fotocopien. En filosofía te puedes conseguir *Teoría del Conocimiento* de Hessen, *El Principito* de Exupéry, *Las preguntas de la vida* de Savater y todo lo que él haya escrito. ¡Ah!, hay unos textos que los llaman recetarios, podemos conseguir algunos. Además, sería bueno que consiguieras mucha literatura, cuentos y novelas…

A partir de ese momento, el coco empezó a tener más sabor y el mar a oler más a mar. Guillermo se propuso construir un eslogan y en las clases les decía a los estudiantes: "Seré

feliz el día que encuentre leyendo a un estudiante necocliseño bajo la sombra de un almendro". Esta frase era su caballito de batalla para estimular a los jóvenes hacia la lectura.

Eduardo Blanco, rector de la institución en ese entonces, al ver la popularidad, la aceptación y el compromiso institucional que tenía el maestro Guillermo en la comunidad, lo invitó a conversar en la rectoría.

Allí nació la idea de ser coordinador y adentrarse en la parte directiva de la educación. Se ganó el concurso oficial, ocupando el primer puesto para coordinador, y durante dos largos años se desempeñó como tal.

— ¡Sandra Cardales! Tú debes asumir el reto de ser la docente de filosofía, eres licenciada y como necocliseña tienes todos los pergaminos —dijo Guillermo.

— Así lo haré —contestó Sandra.

— Bueno, te debes comprometer, y sabes que hay que preparar a los *pelaos* para que asistan al Encuentro Nacional de Filosofía que se hace en Cartagena, para estudiantes de grado décimo y undécimo —concluyó Guillermo.

— No te preocupes —contestó Sandra Cardales.

Cada año, desde que la Universidad Autónoma Latinoamericana de Medellín y luego el Colegio Comfamiliar de Cartagena organizan encuentros de estudiantes en el área de filosofía, Guillermo ha participado con una representación de su colegio en estos eventos. Sandra continuó la tarea.

Fue en 1998, luego de haber ganado el concurso oficial de méritos para ser rector de la Institución Educativa Eduardo Espitia Moreno, que Guillermo se propuso, dentro de su proyecto de vida, construir y orientar un Proyecto Educativo Institucional (PEI) con experiencias significativas que representaran a la institución en la zona de Urabá y el departamento, tanto desde lo académico como de lo comunitario.

Para ser profeta en su tierra Guillermo lideró, organizó y asumió grandes eventos comunitarios y de formación académica que se realizan en su comunidad, tales como el Festival Nacional del Bullerengue, las Fiestas y Reinado del Coco, encuentros académicos, desfiles y capacitaciones, entre otros.

— ¡*Caliche,* ¿me permites y te cuento una historia? Siéntate y te narro algo de mi vida —dijo Guillermo.

— Con mucho gusto, señor maestro —contestó *Caliche*.

Escuche gran señor —comenzó a narrar Guillermo—, yo miro la escuela como el templo del saber y el conocimiento y, a la vez, como el lugar donde se dan los procesos de socialización, donde se construye sociedad; la escuela es una familia grande, muy grande, que socializa al individuo. Sabemos que la institución educativa instruye y educa, esto es, instruye conocimientos y habilidades, y educa en hábitos y valores. En la primera desarro-

lla pensamientos, en la segunda desarrolla sentimientos. La escuela es ciencia y tecnología y, a la vez, convivencia; mucha más convivencia.

En este sentido lideré el desarrollo del PEI con unas propuestas pedagógicas muy socializantes que nos mostraran en la subregión y el departamento. Desde nuestro PEI montamos un congreso de filosofía para estudiantes de grados 10.º y 11.º, que nació municipal, luego regional y hoy es departamental; ha sido una experiencia significativa y exitosa de la cual soy fundador. Este año se realiza la décima versión, y participó seleccionada como experiencia significativa en el VIII Foro Departamental de Educación en Antioquia.

Un PEI con identidad dinamiza procesos. Es el acicate para que la comunidad se promueva desde la escuela. Organicé, con otros compañeros docentes, el Encuentro de Ciencias Políticas y Económicas, que va en su 9.ª versión, y es un evento socializante y muy crítico de la realidad política y económica del país, donde los estudiantes de los grados 10.º y 11.º del municipio presentan ponencias muy interesantes. Esta experiencia también se ha mostrado a nivel departamental en foros educativos.

Nuestro PEI trabaja veinte subproyectos con vinculación de todos los estamentos de la comunidad educativa. Se destacan fundamentalmente como proyectos los dos anteriores, y el encuentro Historias en Inglés y el Festival de Danza y Arte estudiantil.

Además, desde agosto de 1998, y de forma continua hasta hoy, he liderado, programado y locutado un programa radial educativo con el nombre de *El leer del pueblo*. Este programa nació con la intención de proyectar el PEI de la Institución Educativa Eduardo Espitia Moreno y la Institución misma a la comunidad. Toda la estructura radial del programa es educativa y de identidad cultural. A la fecha se han transmitido 206 horas radiales, todos los sábados en el horario de 9:00 a. m. a 10:00 a. m., por la Emisora Necoclí Estéreo.

Este programa, como dinamizador del PEI, con perseverancia y visión y con su vasta audiencia, hizo que en mí naciera la idea de darle a Necoclí, por medio de un concurso abierto en todo el municipio, un escudo, una bandera y un himno. Presenté la propuesta por escrito al alcalde municipal Osvaldo Urango Barraza y al Concejo Municipal para que fuera avalada en el año 2001. A la propuesta se le dio el sí. Y desde el programa radial *El leer del pueblo* se organizó, por intermedio de la Institución Educativa, todo el evento.

Nuestro municipio no poseía estos símbolos, y en octubre del mismo año, en el marco del Festival Nacional del Bullerengue, se dieron a conocer la bandera, el escudo y el himno de Necoclí; luego se institucionalizaron, creando *identidad, cultura* y *pueblo*.

Te cuento también, *Caliche*, que la Institución Educativa Eduardo Espitia Romero ha experimentado un gran cambio desde mi gestión. Mi vida y mis actos, con el ejemplo y el ejercicio de la responsabilidad, son muestra del trabajo que se ha hecho en la comunidad. Se puede evidenciar que la autoridad no viene de la norma, sino que emana del ejemplo de vida, de las fortalezas académicas, pedagógicas y organizacionales. El rendimiento

académico de los estudiantes viene en aumento en las pruebas Saber e ICFES, lo que se puede constatar en las cifras. Los eventos pedagógicos como experiencias significativas han posibilitado nivelarnos en algunas áreas con los estándares nacionales, y se nota la influencia de estas experiencias. Algo para resaltar es que nuestros estudiantes que terminan el bachillerato están ingresando en mayor número a las universidades.

Con el PEI, como promotor de una nueva organización escolar que busca conformar comunidad educativa, construyendo identidad cultural a través de la cultura del conocimiento y la convivencia, he dinamizado los procesos de planeación, ejecución, seguimiento, control, evaluación y retroalimentación, lo cual me ha permitido fortalecer el liderazgo y el trabajo en equipo.

Además, definido —en el Plan de Desarrollo Municipal— el turismo como renglón uno A de la economía y visualizando el norte económico de mi pueblo, con 95 km de playa y mar, gestioné, en el año 2000, una Media Técnica para la Institución Educativa Eduardo Espitia Romero.

Con acompañamiento de la Corporación Ambiental de la Universidad de Antioquia y toda la comunidad educativa se gestionó la aprobación de la Media Técnica en Ecología y Turismo ante la Secretaría de Educación Departamental en el año 2003. Este programa educativo, estratégicamente con otras propuestas turísticas y arqueológicas, ha venido apuntalando un futuro promisorio para nuestros estudiantes y para la comunidad en general.

Quiero que sepas, amigo, que el 1.° de enero del año 2004 asumió como alcalde de mi Necoclí, el señor Benjamín Eduardo Díaz Rodríguez, quien me llama por méritos a ocupar el cargo de secretario de educación del municipio, el cual acepté y desempeñé hasta el 14 de mayo de 2006; dos años y cuatro meses trabajando por la educación con calidad en mi pueblo. Hoy nuevamente estoy al frente de la institución insigne de la educación necocliseña: el Eduardo Espitia Romero.

Como estudiante, docente, coordinador, rector y secretario de educación de mi municipio tengo inéditas más de treinta poesías, tres cuentos, tres relatos y actualmente escribo, ya muy avanzada, la monografía de mi pueblo, que llevará por título "Necoclí en la historia".

— ¡Guillermo! —dice *Caliche*—, ahora que hablas de poesía, me he enterado que tienes un espacio radial que se llama *Ventana del poeta*. Ya te he escuchado, es algo muy interesante.

— ¿Quieres que te lea una? —dice Guillermo— escucha…

— Esta se llama… Pero antes quiero decirte: ¿quién es el ignorante que mantiene que la poesía no es indispensable a los pueblos? Hay gente de tan corta de vista mental que cree que toda la fruta se acaba en la cáscara. La poesía que congrega o disgrega, que

fortifica o angustia, que apuntala o derriba las almas, que da o quita a los hombres la fe y el aliento es más necesaria a los pueblos que la industria misma, pues ésta les proporciona el modo de subsistir, mientras que aquélla les da el deseo y la fuerza de vida. ¿A dónde irá un pueblo de hombres que haya perdido el hábito de pensar con fe en la significación y el alcance de sus actos? La poesía se llama:

Iluminación

Pude escribir anoche unos versos
Pude escribir y no escribía
Pude soñar y no soñaba
¡Yo escribía!
Pude hablar y no hablaba,
Pude hablar y no había voz,
Únicamente pude escribir
Que te escribía y era a través de Dios.
Quise pensar para vivir,
Quise vivir para pensar
No pensaba.
Yo intuía,
Intuía que la materia
Venía de mi interior;
Sonidos indecibles
¡Otra vez la voz de Dios!
Viví la sensación de una descarga
Sobrenatural
Mi embeodés desaforada
En un estado de shock
Sensible a los designios
Reviví lo que soñaba.
Recónditos espacios, agujeros negros,
Remolino fantasmagórico
Pensé que yo escribía
¡Y escribí a través de Dios!

— ¡Lo felicito! —contestó *Caliche*, con la voz ya muy ronca por los años…

El escultor
de sueños

Los sueños son pequeñas gotas de agua,
que unidas forman un mar de realidades

En un pequeño poblado, al norte del reino escondido, donde florecían verdes montañas y las lluvias acariciaban constantemente las noches, vivía un escultor llamado Marcos Santilla, a quien le gustaba crear bellas figuras humanas.

Todos los días, en su taller, moldeaba sus más grandes sueños y pensamientos; pasaba horas y días enteros dedicado a su trabajo. Las obras que más disfrutaba era la creación de niños, pues le gustaba plasmar, en la arcilla, la alegría, el amor y la libertad.

Sus esculturas eran muy apreciadas en su región; tanto las humildes familias como los grandes terratenientes y monarcas del reino quedaban admirados al contemplarlas. Se sorprendían más al conocer que no cobraba nada por ellas, pues vivía de una herencia que su padre le había legado.

Aunque vivía solo, pues nunca conoció a su madre y su padre había fallecido, Marcos se sentía el hombre más dichoso que podía existir en el poblado. Le satisfacía crear las esculturas inspiradas en los niños que observaba a través de su ventana. Ellos lo sensibilizaban y le daban la fuerza para hacer de sus obras lo mejor.

Cierto día, mientras Marcos construía una fuente para la plaza del poblado, un señor muy elegante y distinguido, de ricos trajes y sombrero de alta copa, se le acercó y le dijo:

Homer Alonso Hincapié Ruiz

Profesor del Centro Educativo Rural El Guásimo, municipio de Angostura

— Buenos días, señor, necesito un favor y creo que usted me lo puede hacer.

— ¿Cómo puedo ayudarlo? —le preguntó Marcos.

— Necesito la construcción de una escultura —dijo el caballero, con voz aguda y tono efusivo—, la más preciosa, elegante y grande posible; en este sobre encontrará las indicaciones.

— ¿Para cuándo la necesita? —preguntó Marcos.

— En veinte días vengo por ella —contestó el hombre, y salió del poblado sin despedirse.

Marcos quedó sorprendido por la actitud y el comportamiento de aquel señor. Se dirigió a su taller, tomó el sobre y lo puso sobre una mesa. Pensó que al día siguiente se encargaría del asunto. Luego pasó a su cocina y se preparó un chocolate con leche, que se tomó antes de acostarse.

Al otro día, Marcos se levantó alegre y entusiasmado por comenzar tan grandiosa obra. Primero preparó su desayuno, siempre pensando en el sobre y en aquel misterioso personaje. Luego, tomó el sobre color marrón y lo abrió con una lámina de metal. En su interior encontró la foto de una hermosa mujer, morena, totalmente desnuda, de cabello largo, ojos expresivos, caderas pronunciadas y bellos pechos. Al contemplar la fotografía, quedó perplejo y pensó: "¿Cómo podré esculpir tal figura? Es algo nuevo para mí y para la región. ¿Me castigarán?".

Marcos lo pensaba una y otra vez mientras sostenía, en sus manos, la fotografía. No sabía cómo empezar ni qué herramientas utilizar; se sentía impotente y apesadumbrado. Ese día lo único que hizo fue arreglar la arcilla, los cementos y los palines; no se atrevía a darle forma a la escultura.

Al anochecer, preparó su acostumbrado chocolate para ir a dormir, pero esa noche no pudo conciliar el sueño; daba vueltas y vueltas en su cama. A las tres de la mañana se quedó profundamente dormido y comenzó a soñar. Se encontraba en un lugar muy extraño y diferente, lleno de árboles, pequeños riachuelos, montañas y un cielo nublado con rayitos de sol que cruzaban la arboleda. Caminaba entre los árboles por un sendero pantanoso, liso y hasta peligroso, mirando siempre hacia el horizonte; luego cruzó por un puente de madera. Se sorprendió al ver pasar, cerca de allí, al hombre que le llevó el sobre; decidió seguirlo, pero, de pronto, sintió voces de niños y el hombre desapareció.

En ese instante despertó gritando y con su cuerpo humedecido por el sudor; reposó sentado en su cama recordando lo soñado y mirando la mesa de trabajo; en ese estado esperó hasta que los rayos de sol cruzaron la vieja cortina.

Ese día no desayunó. Estaba preocupado y con una gran angustia por la elaboración de la obra; abrió la ventana para ver los niños jugar y poder avanzar en su composición. Se sentía comprometido con aquel hombre, y su gran principio era la responsabilidad.

Tomó la arcilla con sus manos y miró la fotografía; así estuvo durante una hora. Después tomó sus herramientas y con ellas proyectaba una figura, la moldeaba y modificaba una y otra vez, sin pensar en nada más. Pero en su interior sentía algo que nunca había percibido: un frío acompañado de miedo que lo hacía vacilar y mover sus manos bruscamente.

Al atardecer, ya cansado y sin comer nada, recostó su cabeza en la mesa y durmió. Al instante regresó aquel sueño. Marcos seguía al hombre por entre los árboles, sin un rumbo fijo. De un momento a otro, el hombre entró a una casa de donde salían voces, gritos, llantos y algarabías. Marcos no entendía lo que sucedía, decidió acercarse para mirar por una ventana que tenía dos vidrios rotos. Allí vio, sorprendido, al hombre con muchos niños, quienes le hablaban, preguntaban y, al mismo tiempo, jugaban y reían; era un ambiente totalmente desconocido para él. Los niños usaban trajes, accesorios, lenguaje y herramientas distintos. Las paredes de aquel lugar estaban llenas de color y dibujos extraños.

De pronto, escuchó que un niño llamó al caballero "profesor". Marcos, sorprendido, pensó: "¿Por qué le dirán profesor, si esto no parece una escuela? Lo que parece es una fiesta, una feria o algo parecido. No creo que sea profesor, los niños se le acercan mucho, hablan duro, juegan, son inquietos y él se mueve por todos lados preguntando, respondiendo, indicando y hasta jugando con ellos. ¿Qué será esto?". Marcos estaba deleitado mirando tan bello espectáculo de color, alegría, disfrute y aprendizaje; todo allí era hermoso y fantástico. Súbitamente, sonó una campana, y todos los niños salieron corriendo para todos lados y tras ellos el "dichoso profesor".

En ese instante del sueño llamaron a la puerta. Marcos se levantó rápido para saber quién era. Allí estaba la señora que, día por medio, le llevaba la leche para su chocolate, en una vieja olla. Recibió la leche y entró rápidamente a su taller. El recuerdo del sueño no lo abandonaba, estaba atónito y extrañado con lo que había visto; en aquel lugar todo parecía nuevo y más moderno. Los niños escribían en miles de hojas diminutas con un pequeño palito, que no necesitaba tintero. La imagen del profesor no correspondía con la de los maestros que conocía. Marcos recordó que su profesor de escuela era fuerte, rudo, serio, encajonado y nunca hablaba con los alumnos; en su mesa mantenía una regla, una Biblia y una tiza.

Toda la noche se la pasó realizando la escultura y pensando en las situaciones de su sueño. Temía reproducir la imagen que aquel hombre le había llevado, por lo que dirían en su comunidad. Sin embargo, no paró de trabajar. Ahora se mantenía encerrado con la escultura y sus sueños, ya no se asomaba a ver los niños jugar y no salía de su taller.

Después de ocho días de ardua labor, tenía su escultura a punto de terminar. Muy pronto regresaría aquel caballero por su encargo. Aunque cansado, se sentía satisfecho, pero notaba que en su obra algo fallaba: la figura desnuda de aquella mujer no era similar a la de la fotografía; la suya estaba desgarbada y le faltaba aire de vida. Pensó que la idea

era loca y sin sentido. "Demasiado trabajo", se dijo. Luego se fue a la cama, sin tomar su acostumbrada taza de chocolate.

El cansancio lo metió en un sueño profundo en el que se encontró de nuevo con su sueño extraño, pero algo había cambiado. Ya no veía a los niños sonriendo y felices, ni tampoco al profesor alegre y entusiasta. Llovía. El profesor caminaba entre la pinera protegido por una gran carpa azul oscura.

Marcos lo siguió. En el lugar en donde antes había visto la escuela, ahora había un pequeño taller lleno de hierros retorcidos, mugre, humedad, serpientes y maleza. De una casa cercana salió una señora que le señaló al caballero que ésa era la escuela, y le preguntó si él era el nuevo maestro. Marcos estaba sorprendido, no entendía nada. El señor bajó la cabeza y dijo: "¿Ésa es la escuela? ¡Por Dios, no lo puedo creer! ¿Qué voy a hacer?". La señora lo miró de arriba abajo y le respondió: "Ahí no trabaja nadie, los niños juegan todo el día en aquellos árboles y luego hacen dibujos, ¿usted seguro viene a hacer lo mismo?".

El profesor, al ver tal situación, decidió enfrentarla y superar obstáculos. Se devolvió hasta llegar a una carretera por donde pasaban grandes vehículos de varios colores, muy rápidos, que echaban humo y se desplazaban sobre especies de círculos de caucho. Marcos pensaba: "Son carrozas grandes pero sin caballos que los halen". No sabía en qué mundo estaba, todo era sorprendente.

El profesor hablaba con mucha gente, solicitaba una y otra cosa para mejorar las condiciones de aquella humilde escuela. De un momento a otro, había pasado una semana; el tiempo de los sueños es extraño. Para ese momento todo estaba cambiando; aquel horrendo taller ya no existía; en su lugar, una escuela en una casa amplia, aseada, confortable y segura; en los rostros de los niños empezaba a aflorar la alegría.

El profesor decoraba, gestionaba, animaba, cantaba y transmitía diversos conocimientos en una misma melodía, a fin de lograr que sus niños fueran mejores y tuvieran más calidad de vida. Además, consiguió, para la escuela, dos maravillosas cajas de plástico pequeñas, a las que los niños llamaban "computadoras". Para Marcos era algo insólito, impensable.

Cuando sonaba la campana, los niños y sus padres bailaban al ritmo de músicas que salían de otra extraña caja color plata. Lo que ellos llamaban "clase" consistía en el encuentro de amigos y saberes; los niños aprendieron más y superaron el retardo en que se encontraban, vieron que el estudio era más que escribir y hacer dibujos, y la escuela se convirtió en el centro de aquel bosque encantado y futurista.

La actitud del profesor era un descubrimiento para Marcos. Veía que era feliz y disfrutaba de hacer muchas cosas. Éste era un verdadero escultor del amor y la alegría, pues no solamente se inquietaba por enseñar de una manera distinta, sino que se preocupaba por los alimentos, el vestido y la salud de sus alumnos.

Aquel sueño le reveló a Marcos el secreto para hacer esculturas con alma y vida: impregnarlas de amor, empeño y responsabilidad, así las cosas no siempre fueran perfectas. Al profesor también lo rodeaban dilemas, dificultades y personas que querían dañar el buen rumbo de la escuela. Lo que había logrado no era fácil ni estaba acabado; su misión continuaba en busca del progreso de sus ideales.

Al despertar, Marcos Santilla comprendió que llevaba mucho tiempo durmiendo. No sabía qué estaba pasando con su mente, su vida y su trabajo, soñaba constantemente con aquel personaje en un mundo irreal, pero al mismo tiempo tan real como su propia vida.

Pensó y recordó su largo sueño, mientras contemplaba la escultura de aquella hermosa mujer. Las actitudes del profesor en sus sueños lo iluminaron. Sin pensarlo un momento, tomó un martillo y destruyó la figura, pues no era la deseada; quería una mejor expresión artística, buscaba que aquella incipiente arcilla tomara vida y calor, que se convirtiera en una verdadera mujer.

Para ello tomó todo con calma, como si estuviera educando niños, y le puso todo su amor a la labor de moldear la figura; no se preocupó por el tiempo, sólo quería plasmar sentimientos y lograr la escultura que nunca había construido. Al final de la noche la terminó. Su obra era similar a la fotografía, los rasgos eran casi perfectos, podría decirse que tenía vida. Marcos sintió su corazón rebosante de alegría, sus manos sudaban y sus ojos nadaban en una laguna de lágrimas; sólo esperaba la llegada del caballero para hacer la entrega.

Decidió salir a hacer un recorrido por la noche de aquel poblado, recorrió las calles empinadas de un lado a otro, pensaba en todo lo vivido y lo soñado; se consideraba afortunado por tan bella experiencia. La noche estaba nublada, tenebrosa y fría, empezaban a caer algunas gotas del cielo, la luna moría en lo alto del nubarrón oscuro y, de repente, un rayo golpeó la tierra. Corrió hacia su casa, observó nuevamente su escultura, y con una sonrisa de satisfacción se dirigió a la cocina a preparar su chocolate.

Más tarde se metió entre las cobijas y cayó en un sueño profundo; nuevamente va detrás de aquel señor. El sol irradiaba sofocando el ambiente; el profesor tenía su cabeza empapada de sudor, se veía cansado, pero no bajaba la marcha al caminar. Se desplazaba por una tierra árida para llegar a la escuela; sin embargo, sólo encontró a un niño que, a lo lejos, se acercaba con una gran sonrisa.

En ese instante, unos golpes en la puerta de la casa de Marcos lo despertaron. Se levantó asustado. "¿Quién es?", preguntó. Nadie respondió, repitió de nuevo y nada. Decidió abrir y no encontró a nadie, se asustó y atrancó la puerta. El deseo de un chocolate lo llevó a la cocina, encendió el fuego, se sirvió en una taza y se dirigió al taller. De pronto, se percató de que había arcilla por todos lados, levantó su mirada y… ¡horror!, su escultura estaba destruida, lo único que quedaba era el barro descompuesto. Del susto se derramó el chocolate en su pecho, y en el mismo instante llamaron a la puerta...

Un diálogo socrático

—Profe, ¿para qué estudio si no voy a ir a la universidad? —le pregunta Rubén a su profesor de humanidades. Éste, mirándolo fijamente, le dice:

— Mire, hombre, usted no debe pensar tan negativamente. Estudie todo lo que más pueda, propóngase metas viables y luche poniendo todo su empeño para que el día de mañana las vea hacerse realidad.

Rubén, después de escucharlo, un poco pusilánime, dice:

— ¿Para qué me hago ilusiones? Yo soy muy pobre, mi papá no tiene plata para darme estudio.

El profe, sentándose a su lado, mira su reloj como calculando el tiempo del que disponía y empieza a platicar con él:

— Compañero, usted está empezando a recorrer un largo camino en esta vida. No mate sus sueños, déjelos correr entre los árboles, saltar sobre las cercas, juguetear en los recodos de los caminos, coquetearles a las inocentes niñas de la escuela, que alegremente se confunden entre las olorosas flores del vergel primaveral. Déjelos crecer libres, y nada más.

Luego, sacando su libreta de apuntes, le dice:

— Te leeré una historia que escribí en uno de esos momentos en los que el esfuerzo diario del maestro se ve totalmente perdido frente al oscuro mar de la pereza, en la que navegan muchos estudiantes marinos en este célebre país:

Jesús Orlando Álvarez Arango

Profesor de la Institución Educativa Gabriel Correa Vélez, municipio de Caracolí

De nuevo se repite la misma rutina del día anterior. Unos van cargados de ilusiones, sedientos de conocimiento, ansiosos por encontrar las respuestas a esas inquietudes que galopan frenéticamente en sus cerebros juveniles; pueriles existencias que ven en cada palabra una luz de esperanza para poder canalizar la tempestuosa libido que emana por los poros, y que hace ruborizar aquellos rostros expectantes y traviesos. Son seres que encuentran, en las matemáticas, la respuesta a la ecuación: "esfuerzo al cuadrado más dedicación, igual a superación"; despejan en la física la fórmula: "energía más trabajo, igual éxito"; en la química mezclan respeto más cortesía y obtienen convivencia pacífica; en español saben conjugar y practicar el verbo "amar al prójimo", en presente y con todas las personas que hay a su alrededor, y en inglés saben traducir la expresión *to be or not to be, that is the question*, aunque filosóficamente no le encuentren una explicación lógica.

Y así, al finalizar la jornada, estos inquisidores de la razón, la lógica y la verdad, emprenden el viaje de regreso hacia sus moradas para tratar de resolver el enjambre de incógnitas, fruto del cuestionamiento realizado, con el fin de descubrir, dentro de lo más recóndito de su ser, una panacea que mitigue la angustia y el temor a caer en el abismo insondable de la ignorancia.

Paradójicamente, y por la otra acera, la acera del devenir cotidiano, van los otros, aquellos de pensamientos estériles e ideas amorfas, indiferentes a las manifestaciones culturales que se viven a su alrededor. No tienen prisa por llegar porque su intención no es producir, sino vegetar; impertérritos, anquilosados en una silla, esperan que se disipe la polvareda de inquietudes que ellos no han provocado, evitando, a como dé lugar, que el saber penetre a través de los intersticios de la mente y les cause un daño irreparable, un daño que los sacaría de la inercia, rompiéndoles las cadenas que cierran las puertas de la mediocridad, esto es, llegar a pensar libremente. De este modo, y en la más completa inactividad, transcurre la jornada para estos apáticos del saber. Pero, qué sorpresa, uno de ellos logra escuchar en medio de las sandeces que vociferan algunos de sus compañeros, estas frases: "los perezosos son mediocres que no valoran el estudio", "la pereza es el mejor camino para llegar a la mediocridad". Luego es invitado a dar una opinión personal sobre el contenido de las mismas, pero "ya no hay tiempo, ¡qué lástima!, el timbre anuncia el final de la jornada".

— Profe, no entendí algunos términos de ahí, pero todo eso no es por echármelas a mí, ¿cierto?

Los sonidos alegres que producen los niños en el recreo llegan hasta los oídos de los dos amigos, pero están tan entretenidos en la charla que la algarabía pasa inadvertida para ellos. Después de algunos consejos adicionales, el profe dice:

— Mire Rubén, los sueños son niños que pasan la mayor parte de su tiempo soñando y a la vez jugando con sus sueños, pues también llevan un Niño Dios dentro de ellos. Sueñan con volar sobre las nubes, y desde allí ven a sus padres que con amor los esperan con los brazos abiertos para castigarlos con besos y caricias por tan osada travesura. En esos mundos oníricos, estos incansables querubines se convierten en prehistóricas bestias que vienen a devorar aquellos niños malvados y desobedientes. Algunos echan a

volar su pueril imaginación, tendidos en el empedrado del patio de la vieja casa, contemplando las nubes y haciendo todo tipo de figuras con ellas. En sus mentes está el anhelo de ser, algún día, pilotos, marineros, maestros, actores, cantantes, en fin, sueñan, y eso significa que la vida vale la pena vivirla.

El profe va hasta su escritorio y saca de la gaveta inferior una chocolatina que comparte con su alumno, quien, más que alumno, es el amigo de los sueños olvidados y de las esperanzas muertas prematuramente.

— Profe, ¿yo puedo tener sueños y lograr hacerlos realidad? —le preguntó Rubén.

El profe, acariciando su cabello con ternura, continuó con su relato:

> Uno de esos niños era muy pobre, tenía cuatro hermanos y vivía en una casa en Bello. Las precarias condiciones económicas no eran ningún impedimento para que este niño soñara. Su madre adaptó una tabla como tablero y les enseñó a leer y a escribir con los carbones que quedaban después de preparar el desayuno, que sólo era agua de panela. Quizá al ver la entrega y el amor con que su madre los instruía, Rolando, uno de los menores, empezó a soñar con ser maestro, como lo hacía su madre en el hogar.
>
> Rolando a veces pensaba en no ir a estudiar, pues sus compañeros se mofaban de él porque no llevaba zapatos. Sin embargo, aquellos pies descalzos no obedecían la razón de su amo, y silenciosos avanzaban por los caminos pedregosos que conducían a la escuela, porque sabían muy bien que ése era el lugar donde se sube, peldaño tras peldaño, hasta llegar a la cima de la satisfacción personal.

— Profe, mire cómo es la vida de contradictoria; muchos de nosotros lo tenemos todo en casa, buena comida, ropa de marca, juguetes electrónicos y hasta computador y, sin embargo, no nos gusta estudiar —dijo Rubén un poco avergonzado.

— Me gusta que empieces a comprender el significado de esta historia. No olvides las penurias por las que tuvo que pasar el ilustre Marco Fidel Suárez para lograr las metas que se había propuesto. No se rindió ante las vicisitudes, luchó contra adversarios política y económicamente más fuertes que él, hasta obtener el botín más preciado por todos: el solio de Bolívar.

Rubén, sonriendo maliciosamente, le dice:

— Profe, ¿no cree que nos merecemos otra chocolatina? ¡Ah, qué rica está! Pero sígame contando, quiero saber qué pasó con Rolando, seguramente era un niño como yo, ¿o no, profe?

— En muchos aspectos se parecía a ti, aunque mucho más delgado y padecía de asma.

> A pesar de esto terminó la primaria en la Escuela Juan XXIII, y empezó a trabajar en todo lo que podía: ayudante de zapatería, vendedor en una legumbrería, recolector de café, en fin, tuvo que realizar múltiples actividades porque su padre sufrió un accidente que lo dejó parapléjico, y porque, además, le negaron la pensión, con el argumento que no cumplía con los requisitos y que el número de semanas cotiza-

das no era suficiente para cubrir esa situación. Más adelante, los estudios secundarios los realizó en el Instituto Nocturno de Bachillerato de la Universidad de Antioquia, que funcionaba en el edificio del Paraninfo, y durante el día trabajaba en toda clase de oficios, para ayudar a sostener a su familia y, a la vez, costear sus propios gastos.

Tuvo la fortuna de conocer allí grandes profesores, cuyas enseñanzas y ejemplos sencillos de vida reafirmaron en él un deseo que traía desde la escuela materna: ser maestro. La exigencia académica de profesores como don Abraham, Julio César, don Aníbal, don Bernardo, Félix, Fernando y otros que ya han partido hacia el inolvidable paraninfo celestial, le reafirmó la convicción de encontrar, a través de la calidad, la llave certera que abre los grilletes opresores de la ignorancia.

— Profe, ¿entonces un maestro puede marcar a un alumno para toda la vida?

— Sí, claro —respondió su amigo de plática, y agregó—, las cosas que haga un maestro dentro y fuera del aula son referentes que toma el estudiante como pautas de conducta para incorporarlas a su vivir cotidiano. Por eso es muy importante que lo que exprese el maestro en el aula lo acompañe de buenos ejemplos; de otro modo, se contradice y queda con el rótulo de "mentiroso" frente a sus alumnos.

Rubén, muy entusiasmado, le dice:

— Luisito, el vecino mío, me contó que en la escuela donde estudiaba, después de las clases, la maestra se llevaba para su casa frutas y verduras de la huerta escolar, pero en las clases les enseñaba que los productos del huerto no se debían coger hasta que estuvieran maduros y que debían ser repartidos entre todos. ¡Ah!, ¿a eso es a lo que usted se refiere profe? —preguntó Rubén, con cierta desilusión en sus ojos.

— Sí —respondió el docente—, son todas esas conductas que, aunque parezcan de pronto insignificantes, dejan una enseñanza negativa en los alumnos, y éstos son mucho más sagaces de lo que se pudiera creer. Además, el estudiante llena los vacíos afectivos que puede traer del hogar, con el actuar del maestro dentro del aula.

Mientras afuera en el patio de recreo sus compañeros se divertían derrochando inconscientemente toda esa energía acumulada en sus gráciles cuerpos, como cervatillos saltando alegres en las praderas, en el aula Rubén quiere saber más acerca de la vida de su colega, aquel asmático soñador.

— Y después del bachillerato, ¿qué hizo Rolando? —preguntó Rubén, al tiempo que desenrollaba otro caramelo que amablemente le ofrecía su profe.

— Él tuvo varios trabajos, entre ellos, viajó por el país como ayudante de un camión trasportando mercancías.

Carecía de dinero para estudiar en una universidad, pero el deseo y la fuerza interior de cruzar la meta que llevaba firmemente marcada en el sendero de su devenir cotidiano, lo empujaron a gestionar un préstamo en el Instituto Colombiano de Crédito y Estudios Técnicos en el Exterior (ICETEX), para estudiar licenciatura en lenguas modernas en la Universidad Pontificia Bolivariana. Al terminar su carrera, no tuvo una buena oferta de empleo en la ciudad y viajó a Apartadó, donde se vinculó como

docente en el Colegio Cooperativo Antonio Roldán Betancur, llamado así en honor a un gran hombre inmolado por estar en desacuerdo con la corrupción en todas las esferas de la sociedad. El colegio estaba ubicado en un sitio agradable, con amplias instalaciones para las prácticas pedagógicas y deportivas en varias disciplinas. Contaba también con un equipo selecto de educadores, prestos en todo momento a evidenciar, en las diferentes áreas del saber, su irrenunciable vocación de ser maestros.

— Profe, yo quisiera ser como Rolando, nunca se dejó vencer por las dificultades, luchó contra viento y marea hasta llegar a ser un profesional —le dijo Rubén transpirando optimismo a través de cada uno de los poros de su cuerpo, como si fuera un gracioso potrillo retozón.

— Rubén, tienes un gran potencial dentro de ti, explota esas aptitudes que poco a poco van saliendo a flote y te van marcando el rumbo que debes seguir. Debido a la apatía y al facilismo por tenerlo todo con solo pedirlo, no puedes ver con claridad la oportunidad que tienes ante tus ojos, que seguramente se hará clara cuando decidas estudiar con dedicación. Y quizá tus padres ya no estén a tu lado para darte lo que muchos chicos desearon tener, y sólo les tocó conformarse con soñarlo y nada más.

El profe, cumpliendo con su respectiva jornada laboral, miraba la hora en el reloj situado a un costado del tablero, ya que en la mitad y en la parte superior del pizarrón había un crucifijo pacientemente dedicado a acompañar los sueños de aquellos traviesos juguetones.

— ¿Dejamos aquí por hoy? —le preguntó preocupado, porque el recreo pronto acabaría y Rubén ni siquiera había salido al menos a jugar con sus amigos.

— No profe, siga, ésta es la mejor historia que he escuchado —comentó Rubén cambiando de posición en su silla escolar.

— Bueno, sigamos —dijo el profe.

Rolando poco durmió la noche anterior, pensando en su primer día de clase. Planeó de mil maneras la conducta de entrada con sus alumnos, pero al entrar al salón sintió un gran susto interior al ver 48 niños brincando, saltando y corriendo por todo el salón. En ese momento pensó: "¿Y ahora qué?, quisiera tener realmente un libreto para afrontar esto". Después de respirar hondamente, saludó con voz firme y los invitó a darle gracias a Dios por permitir ese primer encuentro, y a pedirle sabiduría para empezar a tejer una red de amistad, respeto, trabajo y cooperación entre todo el grupo. Al principio tuvo muchas dificultades para adaptarse al calor sofocante de la región, pero él era uno de los que no tiraba la toalla al primer obstáculo; le hizo frente a la situación, dio lo mejor de sí y aprendió mucho de sus compañeros de trabajo, quienes le brindaron su apoyo y experiencia en esa difícil pero bonita labor de ser maestro.

Después tuvo la oportunidad de vincularse en el sector oficial, copió muchos aspectos positivos de todos aquellos que fueron sus maestros, fue acumulando experiencias significativas, y sacó provecho de sus errores. Esto le enseñó a ser siempre responsable y a cumplir con las tareas que la vida le asignara en cada momento. Hoy él

crea su propio material de trabajo, adapta textos de diferentes campos al nivel de sus alumnos, se recrea con las palabras, le gusta la escritura, e invita a sus alumnos a que escriban todo aquello que les salga del alma.

El profe se para de su silla y dice:

— Rubén, vamos a tomar algo, que dentro de poco termina el descanso.

— Sí, profe, vamos, me muero de hambre; pero antes, déjeme hacerle una pregunta.

— Sí, claro compañero; ¿cuál es tu inquietud? —dijo el profe Rubén mientras cerraba la puerta del salón. Y ya en el corredor, Rubén pregunta:

— ¿Qué relación tiene Rolando con usted?

El profe, sonriendo maliciosamente y componiéndose las gafas, después de un corto silencio le dice:

— Todos llevamos algo de Rolando dentro de nosotros.

Pasados cinco minutos suena la campana para continuar con la jornada escolar, donde labora el maestro contador de historias, historias de sueños que nunca mueren

Tres pilares
para educar

John Fredy Maya Bedoya

Profesor de la Institución Educativa Urbana San José, municipio de Ebéjico

En 18 años de labor docente me he sumergido en disertaciones teóricas que me conducen a reflexiones sobre cómo debo acercarme a construir métodos y prácticas de formación con respecto a los principios que rigen mi práctica pedagógica cotidiana.

En esta corta experiencia he querido proponer un camino de formación continuada a partir de mi labor do-

cente, que me fundamenta cuál debe ser el papel que me ha de conducir, como pedagogo de una nueva sociedad, a construir el ideal como formador social de niños, jóvenes y adultos, porque siempre he creído que la calidad humana y espiritual se aprende en el trayecto de la vida, en modelos que se sustenten en valores como la felicidad, el deber, la virtud o la obligación y la perfección, todo con el fin de alcanzar el más completo desarrollo de las potencialidades humanas.

Mi campo laboral ha sido una buena oportunidad para encontrar significados, descubrir necesidades en la acción social y proyectar la construcción de un modelo de vida, a partir de las distintas situaciones que se presentan en el diario vivir, enmarcado en una educación para niños, jóvenes y adultos.

Por otra parte, ante los amigos soy considerado un hombre de talentos para imitar, de virtudes para seguir, de huellas para recordar y de pensamientos llenos de gratitud y de visión al futuro. Un caballero a cabal prestigio por la forma de vivir y convivir, un soñador, una luz que brilla con el ejemplo, comprensivo y entregado al quehacer educativo, y amante de mi profesión: académico, pedagogo y didáctico. Así lo expresa mi gran amigo escritor, el doctor Pedro Uribe, cuyas palabras al respecto de lo que soy las considero sinceras y conmovedoras:

> Me impacta. Está lejos de la gente superficial, y a los que le conocemos nos transporta allá, en ese mundo de nobleza y amistad eterna. Es simple, no alardea pero comparte sus conocimientos con todos: sus alumnos, los amigos y los que aun no lo son. Está hecho de un material diferente al corriente ser humano, parece de otra época donde lo bueno y lo bello es la constante.
>
> Me encanta verlo tratar a sus hijos, esposa y a sus alumnos, a los que acoge como si también fueran hijos suyos, de ahí que todos lo llamen fundadamente "profe". Pero al observarlo veo que no es un profe, no es un simple surtidor de palabras y conocimientos, es más bien un maestro que sabe de cosas simples y elementales, como él, porque la vida que lo engrandece es sencilla pero dichosa. ¡Cómo me ha gustado ser su amigo! Está en mi corazón. ¡Cuánto he aprendido de él! ¡Qué bien me hace!
>
> Conocerlo me ayudó a entender cómo se lucha limpiamente por salir adelante y llevar a los suyos a un mundo sin reparos y sin complicaciones. ¡Qué vasta sabiduría la que habita su mente y regula sus actos! Eso es lo que enseña a sus pupilos: buen saber. Es un noble guerrero de fuerza callada e imperiosa y fructíferas batallas diarias.
>
> En las noches, luego de las obligaciones cotidianas, voy a él y me siento frente a su presencia para recoger los frutos de sus enseñanzas. Él se ve a sí mismo común y corriente, pero equivocado está ante los ojos de aquellos que, como yo, le hemos descubierto.

Retomando lo expresado por mi amigo, me he destacado siempre por la responsabilidad, el orden, la puntualidad y el crecimiento personal, haciendo crecer en otros actitudes y aptitudes positivas hacia el saber y la vida. Ellos me han hecho acreedor a la mejor imagen de hombre, profesor, director, amigo y compañero, en las diferentes etapas de la vida laboral.

Mi primera experiencia: niños y niñas

Mi mundo laboral inició el 13 de noviembre de 1989, en la Escuela Rural El Toro, de Dabeiba, municipio fundado en 1850 y que debe el origen de su nombre al templo del cacique Dabeibe. Está ubicado al occidente del departamento, sobre la margen izquierda de la Cordillera Occidental, y a una distancia de 193 kilómetros de la ciudad de Medellín, a la cual se une por la vía al mar; su economía está basada en la agricultura y la ganadería.

Luego de posesionarme comienza una incertidumbre y expectativa por conocer el sitio de trabajo, sus costumbres y su gente. Así, don Ramón Zapata, líder de la vereda, me enseña el camino para llegar a la escuela, ubicada en la vereda El Toro, a tres horas por camino de herradura en una zona bastante fría y lluviosa, con vegetación virgen, poblada de árboles gigantescos y rodeada de montañas. Una región con muy pocos habitantes, muchos de ellos provenientes de otros sitios, desplazados por la violencia, que buscan en esta fértil tierra nuevas esperanzas de vida, pero incrédulos a prepararse en los campos del conocimiento. Allí lo que más importa es que los hijos se dediquen a las labores de la agricultura, pero muchos de ellos son reclutados por la guerrilla para que formen parte de sus filas, dejan a sus padres, su vida de niñez, y se desplazan a otro mundo de vida, a pesar de la incertidumbre que les espera.

Cuando observé por primera vez la escuela la llamé, en su momento, "mundo mágico de colores". Sus paredes estaban pintadas de café y blanco, puertas naranja, su techo blanco y naranja, sus postes blancos y rojos, acompañada por la verde vegetación que la envolvía, con una extraordinaria divisa a otras veredas como Llanogordo y Palmichales, que la hacían mucho más atractiva. Pero aún faltaba lo más importante: los alumnos.

Fue cuando me di a la tarea de motivarlos acercándolos al conocimiento, a la ciencia y a la tecnología. Así logramos iniciar ese gran proyecto, con un total de 42 niños, provenientes algunos de otras veredas cercanas, sumergidos en la pobreza absoluta, pero con unos deseos inmensos de aprender para la vida. Esa planta física bonita se convirtió en un esplendor naciente de pequeñas criaturas, inocentes del desplazamiento en que estaban sometidas. Sentí que una luz de esperanza resplandecía en un nuevo amanecer, y que a través de la escuela se podían hacer grandes cosas por el bienestar de ellos. Entonces vi la necesidad de conformar una Junta de Acción Comunal que sirviera de mediadora y gestora para subsanar muchas necesidades de la comunidad: la cocina para el restaurante de los alumnos, un campo deportivo, la dotación de la escuela, un puesto de salud, la caseta de Acción Comunal, la conformación de grupos musicales y deportivos, nuevas herramientas de trabajo, entre otras. En cuatro años de mi permanencia en este lugar, logramos que las metas proyectadas se pudieran realizar con la satisfacción del deber cumplido.

Agradecido con el pueblo que durante los cuatro años de permanencia en este lugar me había premiado como el mejor docente de la municipalidad, con la frente muy en alto, en medio del lloriqueo de los niños, los abrazos de sus adultos y una grata añoranza, me fui hacia nuevos caminos de vida, al ser trasladado para el municipio que me vio nacer y crecer: Ebéjico.

Mi segunda experiencia: los jóvenes y adultos

Siendo las 8:00 a. m. del 21 de septiembre de 1993, me presenté a laborar en la Institución Educativa Urbana San José, del municipio de Ebéjico, pueblo por excelencia de estilo campesino. Fue fundado en 1830 por el gobernador Juan de Dios Aranzazu, enclavado en la Cordillera Occidental al noroccidente del departamento de Antioquia, en el valle de Miraflores. Tiene una extensión aproximada de 235 km^2 y una población de 13.700 habitantes. Su economía está basada en el cultivo del café, la caña, el plátano, el maíz, el cacao y el fríjol, además de la ganadería. Se llega a él por la vía principal desde la ciudad de Medellín con dirección a Santa Fe de Antioquia, por el nuevo túnel de Occidente Luis Fernando Gómez Martínez; se conecta con la vía al mar a 40 kilómetros de distancia.

Los jóvenes fueron mi segundo proyecto de vida en esta mi nueva casa de esperanzas, alegrías y tristezas. Al igual que en la anterior institución, sus paredes estaban pintadas como un mundo mágico de colores; su lema era "Ciencia y virtud", y su filosofía institucional era la de promover el desarrollo armónico del hombre, con el propósito de aportar a la formación y consolidación de personas autónomas, críticas, creativas, tolerantes, democráticas, participativas, en armonía con la naturaleza, abiertas a las posibilidades axiológicas, culturales y tecnológicas, y con capacidad para dedicarse a las opciones laborales y continuar aprendiendo.

A los dos meses de laborar en la Institución Educativa Urbana San José, fui nombrado coordinador, y emprendí grandes retos enmarcados en la Ley General de Educación. De esta manera se logró fundar un centro de educación para jóvenes y adultos denominado Centro Liceísta de Aprendizaje Semipresencial (CLAS), alma y vida de mi labor docente, ya que brinda la posibilidad de una educación formal para jóvenes y adultos, inspirada en el análisis de las realidades de nuestra situación local. El centro surgió como una respuesta nacida desde un profundo convencimiento: que nuestro deber ciudadano y patrio es el de contribuir solidariamente a proveer los medios para que el sueño educativo de los jóvenes y adultos en condiciones de extra-edad pueda dejar de ser una utopía.

Así se posibilita el paso de la incertidumbre a la certidumbre y se propicia el escenario para que la gente redescubra las dimensiones de su realidad biosicosocial. Es permitirles, a las personas, la oportunidad para que puedan construir su propia identidad, y para que sean protagonistas importantes en la configuración de su dignidad humana.

El programa se inició en febrero de 1997, con la colaboración de 93 personas, entre jóvenes y adultos. Al comienzo se presentaron muchas dificultades económicas, pero hubo una gran disponibilidad de los educadores de la Institución Educativa Urbana San José, quienes destinaron parte de su tiempo libre para capacitarlas. Para el año 1998, los alumnos asumieron el pago de los educadores por hora cátedra. En 2001, la administración municipal, mediante acuerdo del Honorable Concejo, asumió el costo del programa, destinando la partida necesaria para su sostenibilidad. Desde 2003, la Secretaría de Educación para la Cultura de Antioquia sostiene el programa de adultos, hasta la fecha, por horas extras.

En el desempeño laboral ha sido mi gran satisfacción contribuir a que muchos jóvenes y adultos, que por condiciones de extra-edad, situación social y laboral o distancia de la cabecera municipal no habían podido continuar sus estudios, vean subsanada esta necesidad de poder terminar su educación básica o media, y que de esta manera puedan abrirse nuevos campos de esperanza para un mejor mundo, lleno de oportunidades y expectativas; "jóvenes y adultos para la vida".

La JUME

Para mi vida personal, profesional y social ha sido de vital importancia recibir el reconocimiento, por parte de los educadores del municipio de Ebéjico, al elegirme como su representante ante la Junta Municipal de Educación (JUME) en el período 2004–2007. Allí pudimos adelantar importantes iniciativas, entre ellas la de organizar y ejecutar los foros educativos municipales en las áreas de matemáticas y castellano, con la plena convicción de aportar mi experiencia al servicio de la comunidad educativa.

Es así que mi vida se convierte en un mundo de oportunidades, sostenido por los tres pilares fundamentales de la educación. Es la satisfacción y el orgullo de tener la oportunidad de trabajar con niños inocentes, jóvenes en proceso de formación y adultos con nuevas expectativas de vida.

Invito a los lectores a pensar detenidamente esta experiencia, a fin de que sirva de reflexión y apoyo a los futuros formadores de hombres nuevos para una vida sana en convivencia y paz con Dios, con la naturaleza, con los demás y consigo mismos.

Sinopsis de una
realidad trascendental

Juan Evangelista Escobar Suárez

Profesor de la Institución Educativa Gaspar de Rodas, corregimiento Jardín de Cáceres

La enseñanza de la educación física en la básica primaria se basa tradicionalmente en el juego libre, las actividades gim-

násticas y, en ocasiones, en uno que otro deporte mal dirigido. Así me enseñaron mis primeros profesores, y así mismo lo enseñaba cuando ingresé al magisterio en 1992.

En el año 1994 se instaló, en la subregión del Bajo Cauca, el Politécnico Jaime Isaza Cadavid. La oferta del programa de educación física inmediatamente me llamó la atención, puesto que mi interés en la educación se había despertado por la preparación física deportiva, o cualquier área relacionada con ella. No podía perder la oportunidad, así que ingresé con el ánimo de mejorar el quehacer pedagógico en pro de mi bienestar y el de la comunidad educativa.

En el desarrollo de la carrera tecnológica descubrí herramientas metodológicas, estratégicas y conceptuales, que al llevarlas a la práctica cambiarían el estilo de preparación física aplicado en el momento, logrando así despertar, en los educadores y alumnos, un interés aptitudinal frente al desarrollo de las clases de educación física.

En 1995, después de analizar los resultados obtenidos por los niños que participaron en los Juegos Recreativos Escolares, y por los jóvenes en los intercolegiados de la comunidad educativa del corregimiento El Jardín, del municipio de Cáceres, era evidente que los primeros no tenían un trabajo organizado en ninguna disciplina deportiva, mientras que a los otros se les dedicaba tiempo y técnica para competir en cualquier parte.

Desde la clase de educación física en el grado tercero de la básica primaria, con niños entre los 8 y 12 años de edad, comencé a hacer preparación física organizada, encaminada a predeportivos de distintas disciplinas. Aprovechando los descansos pedagógicos, y con la colaboración de algunos compañeros, organicé torneos interclases de los deportes más practicados en nuestra región, y me di cuenta de que la mayoría de hombres y mujeres se interesaban más por el voleibol que por otro deporte. Debido a la escasez de implementos deportivos y en especial de voleibol, llevé a cabo, con la ayuda de algunos padres de familia y pequeños comerciantes, actividades de financiamiento para una mejor dotación.

A comienzo de 1995, me apropié de las horas lúdicas complementarias establecidas por ley, trabajando en jornada opuesta a la laboral y los fines de semana con el semillero de minivoleibol que, al principio, contaba con un grupo de diez niños y diez niñas de bajos recursos económicos, a quienes había que aportarles todo. Luego se fueron sumando más niños y niñas, hasta llegar el día de hoy a treinta niños y treinta niñas. He debido dejar de atender a otros más por la falta de suficientes recursos físicos, logísticos y de talento humano.

Entre los niños a los que hago mención, algunos presentaban problemas de comportamiento y otros de bajo rendimiento académico. Debían conciliar su interés con la adición de reglas de juego, entre las cuales justamente se comprometían a mejorar su comportamiento y su rendimiento académico. El éxito no se hizo esperar, puesto que

ninguno de ellos quería salir del grupo, porque en él tenían la oportunidad de conocer otros municipios e intercambiar cultura.

El proyecto siguió avanzando. Las principales dificultades se resumen en la falta de apoyo del municipio para la adecuación de canchas, la dotación de materiales, de uniformes y de recursos económicos suficientes para desplazarse a otros municipios. Tanto para los padres de los niños participantes como para las directivas de la institución y el entrenador, la principal oportunidad es el reto de salir adelante con escasos recursos, lo que nos ha permitido crecer con humildad; adicionalmente, el municipio por fin se ha dado cuenta de que hay que invertir en recreación y deporte, porque es una forma sana de esparcimiento de la niñez y la juventud. En cuanto a los estímulos se refiere, los niños participantes en los torneos zonales y departamentales son exonerados, por la institución, del pago de costos académicos y se les hace reconocimiento en público, lo cual ha propiciado que los padres de familia quieran el proyecto y cada día haya más interesados.

Los resultados no se hicieron esperar. En el año 1995 participamos en el zonal organizado por Indeportes Antioquia en el municipio de Valdivia, como representantes del Bajo Cauca en minivoleibol femenino. Quedamos campeones en ese entonces, y obtuvimos el derecho de representar esta zona en la final departamental, pero no pudimos participar, una vez más, por falta de apoyo municipal.

En 1996 clasificamos con el equipo de minivoleibol femenino para los zonales que se realizaron en el municipio de Briceño. Esta vez ocupamos el segundo puesto. Al año siguiente clasificamos con el equipo masculino al zonal en el municipio de Valdivia. Quedamos campeones, y ganamos el derecho de representar esta zona en la final departamental en el municipio de Titiribí, en la cual se logró el subcampeonato.

En 1999 clasificamos en minivoleibol masculino, para los zonales en Don Matías. Ocupamos allí el segundo puesto. En el año 2000 clasificamos para los zonales que se realizaron en el municipio de Angostura, donde ocupamos el primer puesto. En el 2001 clasificamos para el zonal que habría de efectuarse en el municipio de San Pedro de los Milagros.

De esta forma, año tras año, nuestra institución se ha caracterizado por representar a nuestro municipio. Nuestro último gran triunfo fue en el período 2006-2007, cuando representamos al municipio en el zonal realizado en Gómez Plata, luego en la final departamental realizada en Sabaneta, donde obtuvimos el primer puesto, gracias al cual adquirimos el derecho de participar en el primer torneo nacional de *Ponyvoleibol* realizado en Medellín en enero de 2007. Allí alcanzamos uno de nuestros logros más soñados: ser campeones nacionales.

Este proyecto me ha hecho sentir grandes satisfacciones personales y profesionales. Aun sin remuneración económica por el trabajo realizado, he sido bien compensado por mis muchachos, que cada día confían más en mis aportes, y tanto niños como padres de

familia encuentran en mí un guía decidido y seguro, por lo cual me ofrecen su apoyo incondicional para sacar el proyecto adelante.

Con el logro obtenido en la Universidad de Antioquia, al graduarme como licenciado en educación física, recreación y deporte, he asumido el reto de encargarme del área de educación física, recreación y deporte en los grados cuarto y quinto de la educación básica primaria.

Como profesor de educación física, recreación y deporte, he asumido la tarea de redireccionar el proyecto de área, capacitando a mis compañeros de los grados de preescolar, primero, segundo y tercero para que, mediante la lúdica, implementen estrategias que mejoren los ambientes de aprendizaje en cada una de las áreas. Participo activamente en la Mesa de educación física institucional y municipal, donde pretendo poner en práctica los logros obtenidos en el proyecto del semillero de minivoleibol, con el objetivo de conseguir que el niño se sienta feliz e interesado por hacer parte de la escuela, porque cuando hay interés es posible alcanzar las metas propuestas, y en la educación primaria se trata de hacer que los niños, desde los primeros años, sientan amor por lo que hacen.

A partir de la Ley 181 de 1995 que regula el deporte, se hace necesaria y obligatoria la cátedra de educación física. El Ministerio de Educación Nacional asume la responsabilidad directa de dirigir, orientar, capacitar y controlar el desarrollo de la cátedra en los niveles de preescolar, básica primaria y educación secundaria.

En el municipio de Cáceres se requiere aplicar dicha Ley, ya que la educación física es tomada como complemento de las áreas "fundamentales". Nace entonces la preocupación por implementar el Plan de Área Municipal. De esta forma se organiza el grupo de trabajo, conformado por educadores de todas las instituciones del municipio.

Gracias al funcionamiento de la mesa de trabajo, nos hemos apropiado de capacitaciones organizadas por Indeportes Antioquia y la Secretaría de Educación Departamental, hemos formado grupos de trabajo subregionales y de esta forma aplicamos los conocimientos para el trabajo transversal con todas las áreas del conocimiento.

Mi principal anhelo para el futuro es ver que a partir del Plan Municipal de Educación Física se le esté dando, a esta área, la importancia que merece. La educación física se debe impartir desde preescolar, con profesionales idóneos, buscando una mejor calidad de vida para la sociedad futura

La casita encantada

al pie de la montaña

El profe es de hacha y machete
Pedro Gil (q.e.p.d.)

El maestro es un ser humano que se reevalúa día a día
Julio César Giraldo H.

Este ejercicio escritural sobre la experiencia como maestro refiere, fundamentalmente, mis vivencias en torno al acompañamiento que se hace a la comunidad donde se ha ejercido la profesión. Además, considero de vital importancia el apoyo para aquellas personas que sienten y llevan dentro de sí el espacio físico de la vereda y sus afectos por ella, donde desarrollan las actividades cotidianas y forman sus hijos como el tesoro más preciado. A continuación se pondrá de manifiesto la relación entre maestro y comunidad.

A un lejano valle del Magdalena Medio antioqueño, municipio de Puerto Nare, llegó al ocaso del sol don Pinocho, y se sorprendió enormemente al divisar, desde un pequeño montículo, la casita encantada donde viviría por muchos días y muy acompañado. El recorrido para llegar a tan añorado destino fue muy extenso: de 5:00 a. m. a 6:00 p. m., después de viajar en un bus escalera tres horas, y el resto a pie; pero, ¡ah suerte la de don Pinocho!, lo acompañó un señor que viajaba los lunes para la región a comprar vaquitas; en una y otra finca les ofrecían un

Julio César Giraldo Hoyos

Profesor de la Institución Educativa Jorge Alberto Gómez Gómez, municipio de Granada

refresco para calmar la sed que les producía caminar bajo un sol radiante, a 40 ºC de temperatura. El pintoresco paisaje era engalanado por enormes árboles maderables, extensas llanuras cubiertas de ganado que pasta las frescas hierbas de la pradera, acompañado por nubes de garzas que revoletean al menor movimiento de los cuadrúpedos. Cerca del pastizal se extiende un hilo plateado que complementaba la belleza del paisaje, y que sirve al tiempo de alimento natural para el ganado. En un rinconcito de este pintoresco espacio se ubicaba la casita encantada.

Muy de mañanita, el día 18 de abril de 1979, llegó don Pinocho a su sitio de trabajo: no es necesario preguntar por llaves, las puertas se abren como por arte de magia, felices porque ha llegado. ¿Qué digo?, ¿se abren las puertas? No, no hay puertas (con ese calor ni falta que hacían), sólo murciélagos celaban el lugar encantado. Pero no importa: manos a la obra, en cooperación con los amiguitos, que uno a uno se acercan, la van transformando en lo que realmente deseaba don Pinocho. Se puede empezar, ya son cinco, y en aquel filo asoman Felipe, Juan y Jacinta; además, se escucha el eco de muchas voces que lentamente van llegando. Así sucede, y se completa un grupo inicial de doce pinochitos. Se inicia la limpieza, que es tediosa, hay estiércol de murciélagos y vacas, hojarascas del guamo que da sombra al patio de recreo, y hierbas que alcanzan la altura del techo. Después de recoger gran cantidad de estos materiales orgánicos, que luego servirían de abono para las plantas del jardín que se plantaría en el transcurso de la semana, expresa Jacinta:

— ¡Don Pinocho, estoy cansada!

Luego expresan Juan, Lucas y hasta los últimos que llegaron:

— ¡Estamos cansados!

Y llega la tarde, deben regresar a casa.

— Muy bien, termina la limpieza, gracias, vamos —dice el anfitrión—. Para el próximo día se invita a los papás de los pinochitos.

Las gestiones para las reparaciones locativas empezaron con una convocatoria a los padres de familia, con el fin de pensar en las opciones sobre la consecución de recursos. Así, se planearon festivales, que incluyeron un baile amenizado por el conjunto musical de la vereda. Para este evento se nombraba una candidata, que iniciaba el baile; el hombre que la tomara como pareja debía pagar una cuota de impuesto; al corte de la canción, la tomaba otro caballero, pero si quería seguir el baile con la candidata, pagaría otro impuesto, y así continuaba durante toda la noche, hasta el despunte del alba. Éste era amenizado con el baile de machetes cuando se presentaba una discordia entre los bailarines por una pareja. ¿Qué haría don Pinocho frente a esta situación? Entrar a mediar para que no se complicara aún más, y no faltaba un desafortunado que le sirviera de descanso al machete; por fortuna, la fiesta pocas veces pasaba a mayores.

El viaje al municipio de Puerto Nare para gestionar recursos con el mismo objetivo fue de película. Don Pinocho organizó una comisión con tres padres de familia, para realizar

la visita a la alcaldía del municipio. El recorrido iniciaba a las 5:00 a. m. A lomo de mula eran tres horas y en bus tres horas más, hasta llegar al final de la vía carreteable, en el sitio conocido como Muros, en las riberas del río Samaná. Como el bus no podía continuar el recorrido, se realizaba el trasbordo a una pequeña chalupa, que completaba su cupo con seis personas. El corazón de don Pinocho quería saltar cada vez que el pequeño transporte fluvial saltaba en los rápidos que encontraba a su paso, algo semejante a un potro sin amansar. Pero lo más escabroso fue la llegada a la confluencia del río Nare con el Magdalena; en este punto las aguas turbias formaban un hermoso y tenebroso relieve de aguas en la lucha por seguir su cauce. Después de este maravilloso recorrido, desembarcamos en La Sierra, corregimiento de Puerto Nare, para luego abordar otra embarcación de unos doce pasajeros. Al menos más acompañados, no naufragarían tan solos. Ahora había que navegar apenas cinco minutos por la arteria fluvial más importante de Colombia.

— ¡Qué rico! —dijo Don Pinocho al recorrer el río que tantas veces había visto sólo en el papel—. Ya les puedo enseñar a mis pinochitos con conocimiento de causa lo que es este hermoso e importante río.

Llegaron a Puerto Nare alrededor de las 4:00 p. m. ¡Y hacía un calor infernal! Don Pinocho estaba acostumbrado a vivir en Granada, a 18 ºC de temperatura promedio.

Pernoctaron en un pequeño hotel y al día siguiente se dirigieron a las oficinas de la administración municipal. Llegaron preguntando por la alcaldía, pues ni idea dónde se encontraba el señor alcalde. Luego de localizarlo, éste los recibió de forma muy amable, y después de escuchar muy atento el pequeño discurso preparado por don Pinocho y su comitiva, les dio una repuesta que ya veían venir:

— Señores, esta alcaldía no puede aportar a esa vereda, pues no se encuentra aquí registrada.

El motivo de la respuesta es muy sencillo: la vereda, en el mapa educativo, se encuentra en San Carlos, y corresponde al núcleo de la Garrucha 17-11. Sólo queda decir: "hasta luego y gracias por su atención".

A pesar de regresar con las manos vacías fue una experiencia grandiosa, pues don Pinocho conoció mucho de la maravillosa geografía antioqueña.

La respuesta del burgomaestre los indujo a pensar en una nueva opción: acudir al municipio de San Carlos, para conseguir las ayudas y poder cumplir el anhelado sueño de convertir la escuela en una verdadera casita encantada. Pero todos los intentos fueron truncados por la respuesta negativa en el segundo intento. El argumento era un asunto legal:

— La escuela de la que ustedes refieren no corresponde a nuestra jurisdicción, pertenece al municipio de Puerto Nare.

Salieron de allí con las manos vacías. Pero ante las nuevas dificultades, don Pinocho con su comunidad, emprendieron actividades para financiar su anhelado proyecto. Fue así como, con el aporte de todos, se organizó una romería, y para esto cada quien aportaba desde sus capacidades económicas: unos donaban papa, otros arroz, yuca, gallinas, etc. Con esta remesa se montó un delicioso sancocho, para disfrutarlo con todos los invitados después de un espectacular partido de fútbol, en el que se enfrentaron los oncenos de las veredas Serranías y Tambores. La primera es la vereda donde se encuentra ubicada la casita encantada, y fue la que obtuvo el triunfo de la contienda futbolística. Luego se reunieron, bajo la sombra de un cedro, para la distribución del delicioso sancocho, y por cada plato cobraron $500. Toda la comunidad reunida alrededor de un objetivo común: embellecer la casita encantada. Los fondos recolectados en el festival anterior y la romería fueron suficientes para cumplir los sueños.

Para la década del ochenta, don Pinocho se encontraba en una nueva comunidad, la vereda Los Medios, del municipio de Granada, donde se iniciaba la educación básica secundaria con un grupo de veintisiete estudiantes. Igualmente halló nuevas dificultades con la planta física: no hay aulas para ubicar a los estudiantes de secundaria; por lo tanto, se debía emprender un nuevo proyecto que supliera esta necesidad. Por fortuna, aquí no se presentaban los obstáculos anteriores, pues se contaba con mejores recursos y buena voluntad política de las autoridades municipales, además del aporte de la empresa que se gestaba en la región por la explotación del recurso hídrico, la empresa ISAGEN. Viajaron entonces a las oficinas centrales de la compañía, ubicadas en Juanes, jurisdicción del municipio de San Carlos, y con proyecto en mano se presentaron ante los ingenieros y lo expusieron. La respuesta fue inmediata y positiva. Con el aporte de la empresa, el municipio y la comunidad se construyó una segunda planta física, que comprendía aulas de clase, espacio para biblioteca y servicios sanitarios. Éste fue un proceso que se consolidó en cuatro años, para cubrir la población de sexto a noveno grado.

Esta experiencia fue la más significativa, por la dimensión del proyecto y la cohesión con la comunidad, pues durante los ocho años que laboró allí siempre existió excelente relación con la comunidad. Fue así que al momento de la despedida le rindieron un sobrio acto cultural con almuerzo incluido y una placa de agradecimiento que dice: *Reconocimiento especial al profesor por su apoyo incondicional a la comunidad de la vereda Los Medios. Lo consideramos parte de nosotros.*

Don Pinocho siempre estuvo dispuesto a la superación para adquirir más y mejores elementos de tipo académico; sería ese el complemento ideal para sus deseos de apoyo a la comunidad. Así, en el año 1985, ingresó a la Universidad de Antioquia, en el sistema de educación abierta y a distancia, con el propósito de obtener una licenciatura en educación: geografía e historia. Este proceso de formación académica se prolongó hasta 1991, cuando la Universidad le otorgó el título. Don Pinocho lleva en sus entrañas el Alma Máter, con cuyo aporte y el suyo se formó como un profesional en la educación con sentido humano y social.

Basado en la premisa de Sócrates: *sólo sé que nada sé*, don Pinocho explora en los periódicos y otros medios masivos de comunicación otras alternativas de superación. En esta continúa búsqueda, que se prolongó por espacio de seis meses, encontró, en el periódico *El Colombiano,* un recuadro a blanco y negro que decía: "El Centro Internacional de Educación y Desarrollo Humano, CINDE, ofrece Maestría para Licenciados y/o profesionales. Sede Sabaneta km 1 Vereda San José". Espectacular noticia. Tomó el teléfono y marcó el número que se indicaba en el aviso; efectivamente, realizó la preinscripción y posteriormente la matrícula: a pagar un millón cuatrocientos mil pesos por semestre, sin incluir los materiales de estudio ni los pasajes para viajar a Sabaneta cada mes y medio tres días: de jueves a domingo. ¿Quién le financiaba a don Pinocho esta aventura y la obligación con su familia? Sólo su propia pecunia, que no era más que el sueldo. A pesar de ello, se aventuró en este sueño. ¡Ah, gran satisfacción! El 20 de septiembre de 1999 recibe el título de magíster en educación y desarrollo humano, otorgado por el CINDE, en convenio con la Universidad Surcolombiana, de Neiva.

Con los mismos deseos de seguir el trabajo con la comunidad, don Pinocho participó en la construcción del "Plan Decenal de Educación, desde la mesa institucional, hasta llegar a la Asamblea Nacional por el Plan Decenal de Educación 2006-2015", realizada en Bogotá del 3 al 7 de agosto de 2007. "Fue una experiencia maravillosa —cuenta don Pinocho— compartir con dos mil maestros que llegaron desde la Guajira hasta Nariño, incluyendo la Amazonía, y desde Chocó hasta los Llanos Orientales; significó abordar el pensamiento y las vivencias educativas de diversas culturas, con sus dificultades, frustraciones, sueños y expectativas frente al Plan, construido desde las bases hasta las altas esferas de la educación".

Finalmente, don Pinocho se empeña en la construcción de la cátedra municipal, cuenta con importantes avances en la investigación, incluyendo las instituciones del municipio como fuentes importantes de información primaria. La tarea siguiente es motivar un grupo de personas para la elaboración y la presentación de un proyecto para el Concejo Municipal, debatirlo, aprobarlo y sancionarlo por parte del ejecutivo y decretar la enseñanza de la cátedra municipal como obligatoria.

Don Pinocho, muy feliz y agradecido con Dios, su patria y familia, se despide de ustedes, esperando que disfruten bastante de este relato sencillo que brota del corazón que aún está en su puesto, afortunadamente

Juego
de sentimientos

Libia Amparo Ramírez Montes

Profesora de la Institución Educativa León XIII, municipio de El Peñol

Nadie quería ir allá. ¿Quién querría ir a un lugar donde, en el año 1990, asesinaron a veintiséis mineros, incluido un niño? ¿Quién querría ir a un lugar donde reina la desolación y la pesadumbre, donde el vacío dejado por esas personas honradas y trabajadoras aún no ha podido ser llenado?

— ¡No lleve maletas! — me dijeron en la Secretaría de Educación.

— ¿Por qué? —pregunté.

— Son veinte los maestros que han dicho que no; es zona roja.

Con una sonrisa les dije:

— ¡Voy a intentarlo, de todos modos!

Era la vereda El Topacio, en el municipio de San Rafael, en el oriente antioqueño. Llegué con actitud positiva, con alegría, con esperanza de revivir esta comunidad, de sacarla de esa profunda tristeza por la pérdida de sus seres queridos, del miedo represado por estar en medio de un conflicto en el que sólo participan como víctimas.

Comencé a trabajar desde el primer día, a buscar la manera de gestionar recursos y a mover corazones para reconstruir la escuela y dotarla de nuevo, no sólo en su planta física, su mobiliario y sus implementos didácticos,

sino, principalmente, para llenarla de gente, de niños y niñas hambrientos de saber, de padres de familia, de comunidad.

Lentamente fui ganando la confianza de todos. La motivación, el cariño y la sensibilización fueron pilares fundamentales para reconstruir una escuela de la que nadie quería saber nada desde hacía ocho meses, cuando lo del holocausto de El Topacio. Para revivir la esperanza de esta comunidad, que había perdido su camino y que un día se ahogaba en su dolor, organizamos grupos de trabajo para arreglar la carretera, el acueducto, el restaurante escolar, la placa polideportiva y el santuario mariano. Realizamos talleres de sensibilización sobre diversos temas que, unidos a lo anterior, se convirtieron en actividades básicas para recuperar la confianza de la comunidad en sí misma, y para que volvieran las ganas de vivir.

Soy la maestra que llegó en el año 1990 a la escuela de El Topacio, lugar donde nadie quería ir por el conflicto, y fui feliz durante tres años ayudando a levantar, de los escombros, una escuela, una comunidad y muchas esperanzas.

Hacia 1994 me aparté con tristeza de El Topacio, llegué al municipio de El Peñol y nuevas expectativas rondaron mi vida: atender el nocturno y participar en la creación del bachillerato rural en la Institución Educativa Palmira. Debí enfrentar nuevos retos: diversidad de edades, grupos heterogéneos y muchas asignaturas, porque ahora iba a trabajar con secundaria. También ésta fue una experiencia hermosa, y conversar ahora con los profes de Palmira y escucharles hablar con emoción de lo que han logrado y de los proyectos que tienen, me hace sentir que no fue en vano mi trabajo. Entonces, me regaló una sonrisa de satisfacción.

Seguí mi labor docente en la Institución Educativa León XIII, ahora en zona urbana. Niños tímidos e indecisos, miradas lánguidas que reclamaban cariño, confianza, seguridad y atención, fue lo que allí encontré. Hablar con ellos me llenaba de gozo, sentía grandes deseos de escucharlos, de ayudarles. Descubrí que sus vidas estaban colmadas de problemas familiares y personales; sus rostros reflejaban timidez, abandono, falta de amor, maltrato y baja autoestima. El hambre para ellos era el mayor obstáculo, en muchos casos por extrema pobreza, en otros por la irresponsabilidad de los padres. Pero otras barreras peores en su deseo de superación eran la incomprensión de los adultos y la falta de espacios para la expresión libre de sus sentimientos.

Ante esta situación, mi mente divagaba en un mar de incógnitas, buscando nuevas estrategias que me ayudaran a llevar a buen puerto este barco que navegaba a la deriva. Comencé preparando talleres semanales para ayudar a mis muchachos a recobrar el amor por la vida, y traté de enfocarlos desde diversas expresiones artísticas, como formas de tejer redes de convivencia armónica entre risas, llanto, emociones, sentimientos y alegrías. La poesía, asumida como un canto a la paz, a la vida, al amor, a la reflexión y al encuentro con el otro, despertaba cada vez mayor interés y motivación por la participa-

ción libre y espontánea. Tras ella surgieron eventos culturales a nivel institucional y municipal, donde la música, la danza, el teatro, el baile, la cuentería y la oratoria se conjugaban sabiamente para dinamizar nuevas formas de vida, y sepultar la rutina, el conformismo y la pasividad en las clases. Eran los estudiantes quienes marcaban la pauta:

— ¡Profe, yo quiero declamar!

— ¡Profe, yo quiero cantar!

— ¡Profe, tenemos un baile…!

— ¿Y el noticiero qué?

— Nosotros lo preparamos en la tarde.

— ¡Yo quiero hacer un discurso de oratoria!

— ¡Compañeros! ¡Que nuestra obra de teatro sea la mejor!

Fui tocada por la musa de Erato para llevar a mis infantes la inspiración y el amor a la poesía; hoy recojo con creces el fruto de mi trabajo. Tengo poetas y declamadores, se mejoraron las relaciones interpersonales, la fluidez verbal, el espíritu de investigación, la expresión corporal, el manejo de los espacios y el fortalecimiento de la autoestima, creando escenarios que servían de morada para el encanto, la belleza, la armonía, la superación y el asombro ante la magia de las palabras.

Con todo lo anterior, y aunando mis deseos y los de la comunidad educativa, seguimos involucrados en el proyecto "Descubriendo talentos" desde las diferentes manifestaciones artísticas del ser. Este proyecto causó gran impacto en maestros, estudiantes y padres de familia de la institución educativa. Siempre creí que estas acciones eran posibles, pero talvez, durante mucho tiempo, actué como aquellos que ante un buen vino se contentan con leer la etiqueta y no prueban su contenido. Sin embargo, con estas experiencias mencionadas, puedo decir con orgullo que he leído la etiqueta, he descorchado la botella y me he embriagado hasta el éxtasis de la alegría de enseñar y aprender con un mismo cuerpo. También he comprendido que en el proceso educativo es mucho más lo que uno aprende que lo que enseña, es más lo que uno goza que lo que sufre, aunque también se sufre… He comprendido que los conocimientos académicos pueden ir entrelazados con la lúdica y el arte, se pueden tamizar entre las vivencias y situaciones reales que despiertan inquietudes e incertidumbres, y que los errores se convierten en nuevas posibilidades de aprendizaje

¡Sisas, profe!

A mi madre y a mi padre les agradezco de corazón, porque a pesar de la pobreza, me dieron la mejor herencia: el estudio. ¡Dios los bendiga! Los amo.

Son las nueve y diecisiete de la noche. Ahí está ella, así como siempre, jugando con las teclas que le hablan, le recuerdan, le contestan, le consuelan. Otra vez está triste, pensativa, siente un vacío extraño que la acompaña desde hace varios años y que aparece con la angustia. Es como si se la comieran viva los gusanos que produce la miseria humana. Hoy por fin decidió escribir su historia, una historia que amenazó escribir durante largas noches, pero que nunca había iniciado, pues, aunque la literatura ha sido su vida, escribirla ha sido su gran dificultad. Un golpe más le animó, uno muy certero.

A veces piensa que admirar a alguien y obsesionarse con leerlo, entenderlo, y querer ser como él, suele hacer que la gente se pierda en un mundo de delirios y conflictos. Es más fácil ser normal, de la línea mesozoica.

"¿Para qué leer tanto, y encima a Gabo?, ¿no ves que hay muchos más escritores? Colombia no tiene un solo escritor, una única literatura", solía decirle de vez en cuando Camilo, profesor jubilado, borracho y sin ningún afán en la vida, pero bella persona.

Linda una vez más recordaba sus discusiones. Se había ganado el apodo de "fiera". Daba sus razones sin desconocer los otros autores. Mientras pensaba en esto, a lo lejos,

Lina María Álvarez Uribe

Profesora Institución Educativa El Hatillo, municipio de Barbosa

más allá de donde se encuentran los cuerpos de los niños y las niñas jugando, la miraban ellas: Rosalba, Maenvici y Andorina, mientras murmuraban:

— Qué pereza la llegada de esa profesora, ¿ya ven cómo camina, cómo mira?

— Todas esas jóvenes creen que se las saben todas, piensan que cambiarán el mundo. Se creen la última coca-cola, ya veremos cómo trabaja y cómo la ponemos en su lugar.

— ¿Sabían que anda leyendo a Gabo con los grados sextos, octavos y novenos?

— Sí, parece boba, como si no hubiera más escritores, y los tiene dizque escribiendo cuentos, porque los niños y las niñas también pueden ser escritores.

— ¡Qué ilusa! Estos muchachos a duras penas aprenden algo, ¡y son más corticos para la escritura y la lectura!, lee más un burro que ellos. Aquí nosotros nos tenemos que preocupar porque se gradúen rápido para que se vayan a trabajar

— ¡Se va a quemar solita, y ya la veremos llorando con todos esos padres en su contra, pidiendo traslado a gritos!

Es la 1:00 p. m. Linda se despide con amabilidad de sus compañeros, pero observa miradas maliciosas, asesinas, que con una falsa cortesía le contestan: "Hasta mañana, que duerma bien". Coge sus bolsas y piensa: "¿Será que les caí muy mal? ¡Ah, yo no creo! Los maestros son muy profesionales, no se dejan llevar por apariencias".

Saca unas cuantas monedas de su bolsillo para que el ayudante del bus no le cobre más. Le toca de pie, nadie le recibe las bolsas, y se pregunta por qué se encarta con tantas cosas todos los días, quizá mañana evite traerlas.

Barbosa, su pueblo, queda a 15 minutos, pero los conductores hacen más largo el viaje; se prolonga en unos interminables 30 minutos de polvo, malos olores, risas, gritos, peleas y saludos cortos de unos cuantos conocidos.

Por fin llega a esa pequeña casa que construyó con esfuerzo junto con su esposo Guillermo, un obrero de construcción que no le ofreció más que su amor para conformar su hogar y el deseo de salir adelante. Hombre bajo, blanco, zarco, de buenas costumbres. La primera vez que se vieron, ella se encontraba bailando *lambada* con su hermana en la sala de la casa; tenían la puerta abierta y él pasó, la miró con esos ojos inquietos. Ella, sonrojada, salió corriendo a esconderse, hasta que la hermana le avisó que ya no estaba.

Linda, en su casa, descarga las cosas y va por Angie Marcela, un ángel que Dios le dio para que alegrara sus días. La cuidaban su madre Marina y su hermana Marina "chiquita"; ella les daba algo de dinero cada semana por ello, aunque al principio fue gratis, porque estaba estudiando y construyendo la casa al mismo tiempo. Como todo bebé, su ángel se cayó y se golpeó. Cuando la veía tan pequeña, tan frágil, con su carita raspada y su nariz hinchada, lloraba tanto que no podía ni cerrar los ojos del ardor. Deseaba no tener que ir a trabajar para poder quedarse cuidándola; siempre le narraba el cuento *La hormiga Martina,* que alguna vez escribió como homenaje a Marta Lucía Tamayo Muñoz, una de las compañeras con quien integra el proyecto que lideran.

Otro día más… Llega al colegio, está entusiasmada. Anoche se le ocurrió poner a los niños y a las niñas a concursar con los cuentos para animarlos más y puedan mejorar el nivel académico, pues incursionar en el mundo de la cultura escrita les permitirá cambiar el contexto y salir adelante. Piensa: "Ya veré de dónde saco los premios".

En noveno están muy entusiasmados, sus historias son interesantes. Convenció a un grupo de alumnos, precisamente a los más desaplicados y a algunos con adicciones a sustancias psicoactivas, para que la ayudaran a buscar fondos para publicar un libro con las mejores producciones textuales.

Los llamó "Coordinadores del proyecto", pero querían un nombre más sugestivo:

— "Los invencibles" —dice Jhank—. Sí, es chévere.

— No seas bobo hombre, eso qué tiene que ver con la literatura. Llamémonos "Los adictos de la literatura".

— Ja, ja, ja, éste si es mucha gonorrea, ahí mismo van a relacionar el título con otra cosa —contestó Wilson, chico listo, poco diplomático, agresivo, pero muy inteligente, con un gran potencial para el análisis y el discurso—. Llamémonos "Jóvenes talentosos".

— Me gusta más "Jóvenes escritores"; le demostraremos al mundo que somos más que drogas y rumba —comentó Diego Gómez, el más serio.

— ¿Qué opinan mis muchachos?

— ¡*Sisas* profe, está chévere! Pero ahora no se vaya a "*asar*" porque no escribimos bien, ¡le dejamos tirada esta vaina! —arguyen Nelson y Fernando.

— ¡Ah!, y como uno no trabaja gratis, pilas pues ahí con las noticas, ¿sí o no *parceros*?. Usted sabe profe que a nosotros no nos gusta leer y no somos capaces de aprendernos todas esas carajadas que enseña. Vamos a hacer un esfuerzo para comprobarles a todos estos *pirobos* y a nosotros mismos que sí podemos hacer algo bueno.

— Muchachos, debemos incursionar en el mundo de la cultura escrita, y para ello hay que leer y leer, escribir y escribir. Intentémoslo.

Con el paso del tiempo, los chicos consiguieron que les colaborara económicamente Javier Franco, uno de los personajes que más trabajan por la cultura en Barbosa, la empresa Superpollo Paisa, la Alcaldía de Barbosa, Estampados J. A. Recolectaron $900.000 para el libro de cuentos. Entusiasmados, planearon visitar también a los candidatos a la alcaldía, pues ese año había elecciones. Se aventuraron, y al otro día la estaban esperando en la puerta del colegio.

— ¿Sabe qué, profe?, nos fue muy bien. Todos esos viejos, con tal que votemos por ellos, nos dijeron que sí.

No había terminado de hablar Albert, cuando se le acerca Édison Arias y le dice:

— Usted es una tramposa, nos está utilizando para poder estudiar. Usted me robó la autoría de mi libro para sacar buenas notas en la universidad.

El corazón se le quería salir del susto. Édison era un joven de dieciocho años que no había podido terminar la secundaria por múltiples dificultades económicas, pero era muy creativo e inteligente. Ella había seleccionado su libro como uno de los mejores y lo había enviado a la Universidad Católica de Manizales en la que se encontraba estudiando un posgrado en educación personalizada a distancia. El libro se llamaba *Mariajuana*, y narraba cómo inició la droga en el colegio y quién había bautizado la parte de atrás del colegio El Amazonas, ya que como era muy similar a un bosque y estaba cerca del río, permitía el escondite de los alumnos. La carátula era genial, tenía una mujer sentada, pero al levantar la imagen se encontraba una mata de marihuana, o Cannabis como la llamaban ellos. Le contestó:

— Me duele que me trates de esa manera, cuando tú bien sabes que lo envié como evidencia de un trabajo novedoso realizado por los alumnos para que allí me den su opinión.

— La profe Maenvici dice que no, que usted miente.

— Lo único que podemos hacer por ahora es que te calmes y esperemos hasta que la Universidad devuelva los trabajos; más o menos lo hacen en un mes.

El joven se despidió iracundo. Ella se quedó nerviosa y a punto de llorar. Respiró profundo y logró dar las clases de ese día. Lo cierto era que a partir de ese momento iniciaría su odisea, un batallar por conservar su buen nombre y su trabajo, por supuesto.

Ese día se reunió con las profesoras Edilma y Otilia, compañeras de estudio y de trabajo, para leer unos módulos sobre pedagogía y didáctica. No podía ocultar más sus lágrimas, como aún era muy inexperta, pensó que en ese tiempo la podían destituir, y necesitaba el trabajo.

— No le hagas ningún reclamo, que el joven se dará cuenta de todo cuando te regresen el libro. No le des importancia —le dijo Otilia.

Se fue para la casa con la firme intención de hacer lo que le dijeron. No le dijo nada a su esposo, y esa noche el estrés no le permitió responder al afecto de Guillermo, tampoco fue cariñosa con la niña, sólo quería dormir.

Al día siguiente, Linda cruzó la portería de su colegio y sintió esas miradas distantes, rudas, acusadoras.

— Niños y niñas, hoy veremos el uso de la perífrasis.

La clase no era como antes; había desinterés, tedio. Algunos empezaron a llamar la atención con ruidos, papeles, apodos. Tuvo que hablarles en tono amenazante:

— A quien no le interese lo que estamos viendo se puede salir.

Paola, niña de dieciséis años y con problemas de drogadicción, le contestó:

— Yo me voy a salir profe, porque me asfixia el ambiente de este lugar y no estoy de ánimo para escuchar clases. Además, tengo que tomarme esta pastilla.

Era bien sabido que se trataba de un pretexto para comprar tinto y consumir droga, pues esta excusa se había convertido en una costumbre entre los niños y las niñas adictos a las sustancias psicoactivas.

Mientras escribía las preguntas en el tablero, rodaban lágrimas por sus mejillas, como si en su interior hubiese una tormenta de agua.

— ¿Por qué llora maestra?— , le pregunta Federico, niño tierno y aplicado.

Sólo se le ocurrió decirle que tenía la niña muy enferma; pero Luz Dary, una de las alumnas más grande e intrépida, le dice:

— ¿No será más bien que llora por todos esos chismes que andan por ahí?

— El motivo no les interesa, de todas maneras les pido disculpas por mi estado.

Fue una hora eterna, durante la cual tuvo que respirar profundo una y otra vez.

Con el paso del tiempo, después de tantos comentarios, algunos de sus compañeros se involucraron en el trabajo y lograron editar un libro de poesías hecho por los niños y las niñas, lo financiaron con la rifa de un televisor y un concurso de fonomímica.

Por fin el día esperado. Albert ensayaba una y otra vez la presentación de los libros para el lanzamiento ante toda la comunidad.

— Profe, esto está muy largo, ponga mejor a uno de esos *nerdos* que leen muy bien. Está que se me salen las tripas de los nervios.

— Ni riesgos, perdería su esencia; son ustedes los protagonistas y serán ustedes los que sigan demostrando que cambiar el contexto y la realidad personal sí es posible. Vamos, que ya empieza el evento.

Después de los himnos, como siempre, el rector dijo unas cuantas palabras y Albert empezó a leer, como nunca lo había hecho antes, la siguiente presentación:

> Estos libros nacen de la necesidad imperante de incluir a los padres de familia en el proceso enseñanza–aprendizaje de los niños y niñas, demostrando con ellos el nivel lecto-escritural, su habilidad para la comprensión y producción textual…

No había terminado de leer cuando unas niñas de los grados noveno y décimo entraron a los gritos diciendo:

— ¡Wilson está muerto! Fue a Don Matías por la novia para que viniera al lanzamiento y se pelearon. Se vino en una bicicleta y cuando bajaba por el cementerio, una tractomula lo pisó. ¡Por Dios santo!, fue horrible, se lo llevaron para Medellín con toda la parte inferior molida por el carro y aún vivo.

Se arrodilló en el suelo, no podía sostenerse de pie, y dieron por terminado el evento.

Se abrazaron y lloraron mucho. De nada había servido ni el proyecto ni el deseo de mejorar la lecto-escritura, pues un joven ya no estaba con ellos. Cada uno se fue para su casa. Todos averiguaban la hora del entierro.

Llegó ese negro día y no tuvo alientos de hablar con la mamá de Wilson. ¿Qué le iba a decir? ¿Que fracasó en el intento de sacar adelante a su hijo?

Era como si una maldición la persiguiera, porque tres semanas después, cuando aún no terminaban de recuperarse, les avisa doña Leonila que Sergio Londoño, su hijo, estaba desaparecido. Se encontraba jugando fútbol al lado de la represa que hay por el parque de las aguas, y el balón se les fue al canal. Él les dijo a los amigos que era capaz de cogerlo, pero, cuando menos lo pensaron, la corriente lo arrastró sin que ellos pudieran hacer algo. Lo han buscado expertos y no lo han podido encontrar; ahora rezan al menos para que su cuerpo aparezca.

— ¿Qué pasa, profe? ¿Es que nos vamos a morir todos, o qué? ¿Ninguno va a cumplir el sueño de salir adelante? Tanta trabajada para nada, para tener unos libros ahí guardados, recogiendo polvo. ¡Ay, profe!, estoy aburrido, me voy a beber un rato, yo no puedo estar con este dolor así en sano juicio —dijo uno de los jóvenes.

Al día siguiente asistieron sólo a una misa, porque el cuerpo no aparecía. Dicen que el río tiene unos huecos que se chupan a la gente, son huecos que la misma gente ha hecho cuando ha necesitado sacar arena.

Pasaron los días y el colegio seguía de luto. Los alumnos se veían mustios, y ella no quería hablar nada de los libros, ni de leer ni escribir. Y llega Édison diciendo:

— Profe, cuándo me va a regresar mi libro, mire que la profe en cuestión me está ofreciendo $20.000, lo quiere comprar.

— Ya sabes que yo estudio a distancia y que todo lo que uno envía se demora en llegar. Si necesitas dinero, con mucho gusto yo te lo doy, no hacen falta esos montajes dañinos que tienes con la profe para presionarme.

Estiró la mano y le ofreció el dinero, pero él se avergonzó y salió corriendo. Cuando estaba un poco retirado dijo:

— ¿Sabe qué profe?, después hablamos.

Linda habló después con los coordinadores de *Jóvenes escritores* y prepararon el evento de lanzamiento, que se había interrumpido por tantas desgracias. Decidieron hacerlo al día siguiente, sería un acto corto y sencillo de sólo una hora.

Hicieron un minuto de silencio por sus compañeros, y al final, unos cuantos se quedaron hablando de lo importante que había sido para ellos participar en este proceso. En un momento inesperado llegó su esposo Guillermo al colegio y le dice:

— Ya tengo los trabajos que habías enviado a la Universidad Católica de Manizales. En el paquete estaba el libro del alumno que te había amenazado, con una nota de felicitación al muchacho.

"Me enviaron a trabajar al infierno, y en él casi perezco", dijo Linda para sí. Estiró el brazo para entregarle el cuento a Édison, quien se encontraba atrás de los otros muchachos, sin tener el valor para mirarla a la cara. Linda le dio un billete de $20.000, con un papelito que decía: "Jamás vuelvas a acusar, ni a juzgar a nadie por simples rumores, tómate el tiempo para conocer a la gente. Espero que te vaya bien en la vida, tienes talento".

Su alma se estremeció cuando ese muchacho tan grande, agresivo y altanero la abrazó diciendo:

— Perdóneme profe, esa cucha me llenó la cabeza de gusanos, me la dañó y yo le creí.

En esas dice Jhank:

— ¡Profe, profe, mire, el programa *Llave Maestra*!

El corazón le latía a mil, estaban hablando de su proyecto. La profesora Omaira se disfrazó de Linda para representarla, ¡qué gorda se veía!, no podían contener la risa.

— A todo el mundo le gusta profe, queríamos darle una sorpresa. Mandamos cartas a empresas para solicitar ayuda y algunas nos han dado computadores, libros, baldosas para arreglar la biblioteca y el aula múltiple. El Centro de Ciencias y Tecnologías de Antioquia (CTA), el Nodo de Lenguaje y el Grupo Alianza lo han publicado en libros; nos seleccionaron para representar al departamento en el Encuentro Nacional de Lenguaje, la eligieron profe, para ir con gastos pagos al IV Congreso Internacional de la Lengua Española. Vamos a ir también al Encuentro Latinoamericano de Didáctica de la Lengua Materna, en Cali, en septiembre. Y lo mejor, profe, es que nos ganamos el concurso de "Vive la lectura". Nos van a dar un dinero con el que podremos publicar más libros.

Linda se puso de pie y aplaudía una y otra vez, no lo podía creer. Sus muchachos y las colegas que la apoyaban le dieron vida al proyecto. Ha crecido más de lo que ella hubiera podido lograr. Édison le regaló otra versión de *Mariajuana*, la carátula hecha con papel desmenuzado, colbón y pintada de negro. Ella sólo los miraba complacida, sus oídos escuchaban hoy más fuerte que nunca. Su boca —¡ay! esa boca que todo lo dice— sonreía.

Y con el pasar de los años, estos escritos fueron su vida. Vive por siempre y para siempre en ellos. ¡Qué viva la literatura en castellano! Siempre decía: "Léanme todo lo que han hecho, sólo léanme mis chiquillos…". Alfer era nuevo en el grupo, uno de los más pilosos, y le dedicó el poema titulado *Mujer*. Así también Émerson; leámoslo:

Mi profesora

Mi profesora Lina es bonita MUJER
Y siempre nos enseñará la lección
Cada vez que llega a nuestro salón
Me asombro de verla tan linda

Y cuando nos corrige las tareas
A veces nos enojamos con ella
Pero siempre la queremos, es tan bella
Que no podremos dejar de quererla

A la hora de una evaluación
Todos los alumnos nos portamos bien
Al instante se llena de emoción
Cada vez que se va de nuestro salón
Se despide hasta el otro día
Y se nos entristece el corazón

Émerson Castrillón

La educación
más allá del conocimiento

Lorenzo Arias Chaverra

Profesor de la Institución Educativa Santo Tomás De Aquino, municipio de Titiribí

Motivación por la profesión docente

Desde mi niñez existieron figuras que me motivaron a ser docente, entre ellas mi abuela, mis hermanos mayores, mi maestra de primaria y los juegos de mi niñez. De mi abuela puedo decir que nos contaba historias todas las noches antes de ir a dormir, de las cuales aprendimos muchas enseñanzas para la vida. Desde entonces me soñaba con tener delante de mí a un grupo y contarles historias como lo hacía mi abuela, porque era agradable escucharla y darles respuesta a nuestras preguntas.

En un segundo momento fui influenciado por mis hermanos mayores Dionisio, Luis Ángel y Jairo. Como en nuestra casa habitaban entre ocho y diez jóvenes, yo escuchaba a mis hermanos mayores explicándoles ejercicios de

álgebra de Baldor, lecciones de inglés, francés, historia, geografía, español, filosofía, etc. Era, pues, mi casa como una pequeña escuela. Hoy Dionisio es docente de la Institución Educativa Cristo Rey, sede tres Policarpa Salavarrieta, de Tutunendo, corregimiento de Quibdó. Este paraje turístico es mi patria chica. Allí nací, crecí y disfruté de sus encantadores paisajes. Luis Ángel también es docente, labora en la Institución Educativa Jorge Eliécer Gaitán, sede Ayala Galán, en el municipio de Bello, Antioquia; Jairo se desempeña en la Institución Educativa INEM Francisco de Paula Santander de la ciudad de Bogotá; María Dolores ejerce la docencia en la Institución Educativa Miguel A. Caicedo, sede Brisas del Poblado, de Quibdó, y Celia se desempeña como docente en la Institución Educativa Chigorodó, de Tagachí en Quibdó.

En mi vida escolar me impactó muchísimo y me motivó para ser educador mi maestra Rosa Cruz Mosquera Chávez, mujer ejemplar, con mucha mística y entrega a su profesión. Ejercía con una disciplina recia cuando faltábamos a las normas, pero fue siempre bondadosa, amable, cariñosa y, sobre todo, preocupada por sus estudiantes. Sus explicaciones eran muy claras y manejaba una excelente pedagogía. Al observarla en mi mente infantil, llegué a pensar que un día yo sería como ella. Me imaginaba ante un grupo desempeñando ese mismo papel. Actualmente reviso mi pasado y me retroalimento de mis motivadores en esta profesión: mi abuela, mis hermanos y mi maestra de primaria. Cabe añadir que al jugar con mis amigos, yo tenía mucho talento para las manualidades, así que yo les enseñaba a elaborar barquitos, aviones y sombreros de papel; también les enseñaba a hacer televisores con barro, les improvisaba una pantalla con plástico transparente y adentro colocaba hormigas arrieras. Ellas simulaban algo así como una película.

Creo, pues, que desde muy pequeño la influencia de mis mayores fue la fuente de motivación para ser un docente dispuesto a aportarles a adolescentes y jóvenes los conocimientos y competencias básicas, para que logren desarrollar sus proyectos de vida como ciudadanos útiles y comprometidos con su comunidad.

Inicios en la profesión docente

Quiero aprovechar este espacio para referirme a los inicios como profesional de la educación. Soy licenciado en ciencias sociales de la Universidad Tecnológica del Chocó Diego Luis Córdoba, y especialista en educación y enseñanza de las ciencias sociales, historia y geografía, de la Universidad Santiago de Cali. Fui nombrado mediante Decreto 2379 del 6 de junio del año 1996, y asignado a la Concentración Educativa El Jordán, sección Puerto Garza, del mismo municipio. Puerto Garza, más conocida como Narices, llamada así por-

que desde una peña brotan chorros de agua fría, donde los turistas se refugian para apaciguar el bravísimo calor.

No había balones para el desarrollo de las clases, así que motivé a los estudiantes con el fin de unirnos y conseguir estos valiosos implementos. De mi propio bolsillo aporté algunas cuotas y, acto seguido, los estudiantes siguieron mi ejemplo y logramos adquirir balones de microfútbol, fútbol, baloncesto y voleibol. Dado que eran adolescentes y les encantaba el deporte, los reuní a todos, seleccioné unos capitanes y con ellos programamos cuatro campeonatos para el año. Eran dos de microfútbol, uno de baloncesto y uno de voleibol. Se realizaba una ceremonia al comenzar el campeonato y otra al terminarlo, en las cuales se entonaba el himno nacional y se hacía un juramento de juego limpio. Los campeonatos eran mixtos y contaban con la participación de todos los estudiantes, y tuvieron tanta acogida que los hicimos extensivos a la comunidad en general. Al terminar el campeonato, cada deportista era premiado con una medalla, que contaba con los respectivos símbolos deportivos.

Los juegos interclases nos sirvieron mucho para elevar nuestro desempeño en los intercolegiados que se realizan en la cabecera municipal. Antes de los interclases nos eliminaban en la primera ronda, pero después de la institucionalización de estos juegos, lográbamos pasar la primera ronda y llegar hasta semifinales, midiendo fuerzas en igualdad de condiciones con Palmichal, Samaná y El Jordán.

Los estudiantes en medio del conflicto armado

Soy Alexánder Restrepo Naranjo, un colombiano residente en Venezuela. Vivía en el oriente antioqueño; la paz que allí reinaba se desplomó de un momento a otro cuando llegaron los violentos a asesinar personas inocentes. A mí me tocó de frente. Un sábado en la noche, un grupo de hombres armados, usando pasamontañas, sacaron por la fuerza a mi padre, se lo llevaron hacia las afueras del pueblo y allí lo ultimaron a balazos. Desde ese momento sentí que el mundo me había aplastado y que con la vida de mi padre se iba mi futuro, mis sueños e ideales de adolescente.

Hoy, siete años después, mi vida ha vuelto a su cauce normal. Me siento feliz y realizado, ya que encontré una mujer maravillosa con la cual me casé y tenemos dos niñas; además, vivo con mi madre y con mi hermana Yenni Alejandra. Laboro en una empresa de vehículos, con un salario justo. Conseguí mi casa y allí vivo contento con toda mi familia. Sin embargo, la superación de esta gran problemática no hubiera sido posible sin la ayuda de un gran amigo, compañero, director de grupo y profesor de sociales: Lorenzo Arias Chaverra.

Recuerdo también que en el grado noveno A existían dos bandos, que rivalizaban por motivos deportivos: unos hinchas del Medellín y otros del Nacional. Se ofendían con palabras groseras, a tal punto que un día convenimos enfrentarnos en un sitio previamente

establecido; el lugar para la batalla campal era propiamente el puente Cirpes, por donde pasa el hermoso y nevado río Nare. Viene a mi memoria que momentos antes del enfrentamiento, el profesor Lorenzo nos "pilló" comprando navajas y aerosoles en algún establecimiento de la calle del comercio, y me preguntó: "¿Para qué son esos elementos?". Me cogió tan "cortico" que no pude sacar excusas, máxime el afán juvenil de asistir a la batalla programada; pero al verlo frente a mí me llegó a la mente su insistencia en los valores, especialmente decir la verdad y desechar la mentira, y agachando la cabeza le confesé que todo era por el honor de nuestro equipo.

Revelado el plan, y como La Perla del Nare es un pueblo pequeño, el profesor se fue de casa en casa, buscó a los estudiantes, y tratándoles el tema de la paz, el respeto y la tolerancia, por fin nos convenció, e impidió que aquella "batalla campal" se hubiese realizado, porque después de un conflicto sólo quedan heridas del cuerpo y del alma, odio y rencor. Este caso nos indujo a convivir como hermanos, siguiendo el anhelo de grandes hombres como el Mahatma Gandhi y Martin Luther King.

Los resultados fueron satisfactorios en nuestra comunidad educativa, porque existe mayor participación, respeto y tolerancia. En el área de matemáticas se trabajó el tema "La vida en el transcurrir de las operaciones numéricas". Cada estudiante recibió una hoja donde anotaba las horas en que dormía, se bañaba, viajaba, veía televisión, practicaba sus juegos. Éstas se sumaban o restaban. Como segunda actividad escribían la fecha de nacimiento, y con base en ella sacaban el número de semanas vividas, el número de días y las horas. En el área de español se trabajaron las manifestaciones culturales que alegran la vida. Los estudiantes escribían las películas y programas de televisión vistos y los clasificaban en deportivos, de acción y de humor. Como segunda actividad anotaban las fábulas, cuentos, novelas y libros leídos; al frente escribían el autor, el país de origen y el movimiento cultural al que pertenecía. Ciencias naturales orientó el tema "La vida humana como un proceso biológico". Los estudiantes dibujaban en una hoja un óvulo y un espermatozoide unidos. Sobre ellos escribían su nombre en mayúscula. El profesor explicó cada una de las etapas por las cuales pasa todo ser humano, desde cigoto hasta que nace, luego cada estudiante escribía cuál le llamaba más la atención y porqué. Se les enseñó también cómo cuidar los órganos vitales y, en general, todo el cuerpo humano. Ciencias sociales orientó el tema "La defensa de la dignidad humana y social". Los estudiantes recibieron una hoja con la biografía de Mahatma Gandhi; luego de realizar la lectura, resaltaban las cualidades de este líder hindú y después se socializó en mesa redonda.

Hoy existen muchos adolescentes que se dejan llevar por la pasión del fútbol, tratan de defender los colores de su equipo sin importar el daño que pueden ocasionar a otros o a ellos mismos. Como docentes estamos llamados a ser pacificadores, árbitros de paz dispuestos a resolver los conflictos, y como lo pensó una vez la Secretaría de Educación, cada escuela se debe convertir en una zona franca de paz; claro que solos como educadores no

lo vamos a lograr; necesitamos de la participación de los padres de familia, las autoridades, los grupos sociales y la Iglesia. Así mismo, las otras áreas se vincularon al proyecto, de manera similar, atendiendo a cada una de sus especificidades en la tarea formativa.

Los docentes y el entorno del conflicto

En marzo de 1998, en la madrugada de un lunes festivo, un grupo al margen de la ley irrumpió violentamente en el corregimiento El Jordán, del municipio de San Carlos, dejando cuatro cuerpos que tiñeron de sangre las escasas calles de la población. Rosmira, una joven educadora del área de sociales, había sido secuestrada por el grupo armado. En Narices y en El Jordán hicimos plegarias a Dios para que le respetaran su vida, pero todo fue infructuoso. Al día siguiente nos dieron la fatal noticia: la educadora había sido asesinada en el vecino municipio de San Rafael. Para mí no sólo era una educadora, era mi luz, aquella maestra de la cual aprendí a elaborar el Plan Integral de Área; ella fue mi asesora y consejera, porque yo apenas daba mis primeros pasos en mi profesión docente. A todos nosotros, este desdichado suceso nos conmovió.

El grupo armado amenazó con volver para seguir matando. En El Jordán reinó, pues, el pánico, la zozobra, el miedo y la sospecha. A las siete de la noche todo el mundo estaba encerrado y con las puertas trancadas; en las calles prevalecía la soledad propia de un desierto. Diecisiete educadores amenazados nos dirigimos a Medellín a solicitar colaboración de nuestro sindicato de la Asociación de Institutores de Antioquia (ADIDA), y expresamos la situación de peligro que estábamos enfrentando. Cinco decidieron regresar, el resto nos quedamos.

Se nos admitió en el Comité de Amenazados. Todos los días íbamos a firmar la asistencia en la Oficina de Escalafón. Los miércoles en la mañana asistíamos a las reuniones del sindicato, donde recibíamos la asesoría de un abogado de ADIDA. Nos sentimos acogidos y respaldados por nuestro sindicato, el cual denunció, ante la Nación, la forma en que los grupos armados estaban afectando a los docentes y, por ende, a la educación. Con la presencia de la Secretaría de Educación se realizó una conferencia que contó con la participación del presidente de la Federación Colombiana de Educadores (Fecode), el cual expresó su preocupación por la situación del magisterio ante el conflicto armado, especialmente en Antioquia, donde se presentaba el mayor número de víctimas. Mi hijo Hadol Enrique Arias Salas, de cinco años, estudiaba en el preescolar de El Jordán; lo envié a Quibdó donde la abuela, para que continuara sus estudios. Para él fue un cambio brusco; sin embargo, logró adaptarse y pasar al grado primero.

El 3 de agosto de 1998 fui trasladado al Liceo Alejandría, de ese municipio. Resultó ser un paraíso, porque sus gentes son amables con los visitantes, y por su tranquilidad es llamado El Remanso de Paz, y en verdad lo era. Pero como la ola expansiva del conflicto armado crece, convierte a estos lugares en verdaderos infiernos.

Un domingo en la tarde regresaba de Medellín, y a la altura de Cirpes, un lugar muy hermoso por donde pasa el río Nare, a cuyas orillas se divisan verdes llanuras propicias

para acampar, tan sólo a cinco minutos del pueblo, había un retén de los "Elenos";* nos hicieron bajar del bus, nos requisaron y pidieron cédulas. Las recogían y las llevaban para donde uno de ellos portaba un cuaderno con nombres de personas, y comparaban las cédulas con los nombres registrados. La persona que aparecía anotada no la dejaban seguir, la mataban allí mismo o cerca del lugar. Entregué mi cédula, compararon con el cuaderno y me la devolvieron, pero luego me la pidieron de nuevo, únicamente pidieron la mía a pesar de que éramos muchos hombres. Mi corazón empezó a latir a mil revoluciones por minuto, mientras mentalmente invocaba a Dios. Al joven armado lo llamé respirando profundamente y le entregué mi carné de educador. Todos habían subido al bus, excepto yo. Después de unos tres minutos, que parecieron un siglo, apareció el guerrillero con mis documentos. Sentí que había nacido de nuevo, en mi mente le di gracias a Dios y subí al bus para continuar el viaje. Tenía una gran preocupación, pues quería saber por qué sólo a mí me habían pedido la cédula dos veces: "¿Me estarían confundiendo con otra persona?", esta pregunta taladraba mi cerebro.

En mayo de 2000 fui trasladado al municipio de Titiribí, donde actualmente me desempeño como docente. Al año siguiente, en un trabajo colectivo con los estudiantes del grado octavo, logramos construir un borrador que recopila los principales aspectos de la cátedra municipal. En 2005, con los estudiantes del grado décimo, elaboramos una cartilla-borrador con los personajes típicos del municipio, y por iniciativa propia se constituirá, para 2008, el grupo Guías del Patrimonio Cultural, encaminado a fomentar en los turistas el interés por los sitios arqueológicos que encierran la historia del municipio.

Ante los retos que exige la educación actual, me he desempeñado en las áreas de ética y valores, educación física, educación religiosa, ciencias naturales y lengua castellana. Además, formo parte de las mesas de trabajo de mi área en la cuenca de la Sinifaná y del municipio, como resultado de las capacitaciones recibidas en el municipio de La Pintada.

El poder de la educación

Como educadores tenemos el privilegio más grande del mundo, trabajar con el recurso más importante: la mente humana. Desde nuestra profesión estamos llamados a fomentar valores encaminados a formar ciudadanos de bien, tolerantes, respetuosos y justos; podemos ayudar a formar líderes capaces de comprometerse con el desarrollo de sus comunidades y de su propio proyecto de vida. De ahí que debemos promover la práctica sana del deporte, para que se convierta en un elemento que discipline a nuestros jóvenes y los aleje de problemáticas sociales imperantes, como la drogadicción y el alcoholismo

* ELN: Ejército de Liberación Nacional.

Sembrando huellas

con mi historia de vida

Lucía Inés Ochoa Medina

Profesora de la Institución Educativa José Antonio Galán, corregimiento La Tablaza, municipio de La Estrella

A mis catorce años era una adolescente de un metro con cincuenta y siete centímetros, piel trigueña, cabello rubio y largo, ojos verdes y cuerpo delgado. Caminaba todos los días, durante seis años, hacia la Normal La Merced de Yarumal, para cursar los estudios que me otorgarían el título de maestra.

Mi madre me apoyaba y orientaba para formarme como una persona responsable, puntual, con sentido de pertenencia, servicial, amable y comprometida, un cúmulo de valores adquiridos en la familia, los cuales me ayudarían a desempeñarme en mi vida futura. Mi madre fue también una gran influencia para la elección de mi profesión, pues, según ella, en Yarumal, la Normal era el colegio en el que impartían la mejor formación, porque ofrecía la modalidad pedagógica. De pequeña no sentía la inclinación por ser maestra, pero allí fue reafirmándose mi interés. El 27 de noviembre de 1976 este sueño esperado por varios años se hizo realidad.

La escuela: mi hogar de vida

En el departamento de Antioquia estaban congelados los nombramientos y traslados de las plazas docentes. El 27 de julio de 1977, una gran noticia rebozó de alegría mi corazón, al ser informada de que el obispo Belarmino Correa Yepes me enviaba de Mitú la invitación para trabajar como maestra en la comisaría de Vaupés, hoy departamen-

to. Desde ese momento llegaron a mi cerebro grandes interrogantes: ¿Cómo hacerlo? ¿Cómo irme? ¿Con quiénes compartiré mi vida en ese lugar? ¿Cuándo será mi regreso a casa? Fueron muchas las preguntas, pero el compromiso y la satisfacción de ser maestra apremiaban.

Al día siguiente emprendí el viaje hacia el lugar que me ofrecían, en compañía de mi madre y un hermano mayor. El recorrido era largo: viajamos en bus durante cuatro horas de Yarumal a Medellín; de Medellín a Bogotá, media hora en avión; de Bogotá a Villavicencio, cuatro horas en bus. Allí había un hogar que servía de albergue a las personas que venían de otros lugares, y nos ofrecieron alojamiento de un día para otro. Al siguiente día, en medio de la alegría por mi trabajo, también sentí nostalgia porque mi madre y mi hermano regresaban a Yarumal, me dejaban sola, como un niño que llega por primera vez a la escuela a enfrentarse con un nuevo mundo.

Mi intranquilidad y curiosidad no terminaban ahí. Debía esperar tres días más el avión de carga que me conduciría a Mitú. El recorrido duró tres horas volando sobre la selva, un lugar que me infundía miedo, susto y terror por lo desolado. Al mirar hacia abajo, sólo observaba bosque y agua. De Mitú viajé a Miraflores, media hora en avión; luego tomé una embarcación que se desplazó durante ocho horas por el río Vaupés hasta Lago Dorado, lugar donde inicié mi vida profesional como maestra.

Encontré la respuesta a mis interrogantes. Lago Dorado era un espacio amplio, con un predio abierto, despojado de árboles y rastrojos. La escuela era un establecimiento que impartía educación y formaba en valores, pues los estudiantes permanecían allí de lunes a viernes, y compartíamos como una gran familia. Este fue mi hogar, porque fui nombrada directora.

La planta física albergaba ochenta estudiantes, distribuidos entre los grados de primero a cuarto, y dos docentes más; teníamos a disposición dos salones y tres dormitorios: uno para niñas, otro para niños y el tercero para profesores. Muchas eran las incomodidades que debíamos soportar, como dormir en hamacas, usar toldillos y vivir en medio de los murciélagos que invadían las habitaciones durante la noche, permanecer inundados de zancudos y plagas, y no contar con unidad sanitaria, lo que provocaba pánico al momento de realizar las necesidades fisiológicas, las cuales se hacían a campo abierto y retiradas de la zona.

Este fue mi primer reto como directora inexperta: enfrentarme a una comunidad totalmente indígena, y antes que maestra llevaba el sello de madre, porque debía coordinar todas las labores que se realizan en familia: el alimento, el baño, cepillar los dientes, lavar la ropa, cargar la leña, plantear normas de higiene, cargar el agua para el aseo, proponer juegos, cuidar las aves, dormir, estudiar.

Como logros significativos debo mencionar que orientaba el grado primero, constituido por treinta estudiantes, quienes tenían sus propios dialectos —tucano y cubeo—, pero cuyo interés y entusiasmo, y el deseo de superación y la motivación, los llevaba a aprender fácilmente el idioma español y avanzar en los procesos de lectura y escritura. Creamos

una lotería de palabras, lo que les ayudó a mejorar sus conocimientos a través del juego. La parte afectiva y la empatía arrojaron resultados muy gratificantes, pues influyeron para que estos estudiantes tuvieran avances significativos; con mucho cariño me llamaban "mamá mona", lo que me llevaba a reflexionar sobre el papel tan importante que representaba para sus vidas.

Otro logro adicional fue la construcción de un pozo séptico para mejorar las condiciones higiénicas de la escuela hogar y, a su vez, otorgarles calidad de vida a estudiantes, docentes y padres de familia.

Un hecho que me causó tristeza fue ver cómo al lugar llegaban personas de Estados Unidos que traficaban con droga. Lo más preocupante era que la población se inició en el cultivo de la coca y descuidó sus huertas (chagras). Incluso, algunos docentes abandonaron su profesión y se integraron a la siembra de estos productos, argumentando que la plata así se ganaba más fácil.

Los docentes de la escuela permanecíamos allí nueve meses sin visitar a nuestras familias, por lo distante del lugar y por lo costoso del viaje; y hasta por preservar nuestra salud, pues, en mi caso, como el clima era caliente húmedo, con lluvias muy frecuentes, cada vez que iba a la casa me acechaban distintas dolencias por los cambios tan repentinos de clima. Mis quebrantos de salud me llevaron a buscar bienestar, por lo que, en una ocasión que vine de vacaciones, me presenté al concurso para trabajar en Antioquia, y lo pasé.

Al solicitar empleo en Antioquia, mi única exigencia era un sitio de clima frío, pues el calor afectaba fuertemente mi salud. Con tristeza por dejar aquel lugar maravilloso, que había sido mi escuela de vida, pero al mismo tiempo con una inmensa alegría, me dirigí hacia el lugar de la plaza que me había sido asignada.

A mediados de febrero de 1980 emprendí mi viaje hacia aquel territorio, acompañada de mi padre y mi hermano menor, quienes se inquietaron mucho por la pobreza y la desolación en la que se veía el municipio de Ituango. Las viviendas reflejaban carencias tanto afectivas como económicas. "¿Cómo será la vida por acá?, ¿cuáles serán las fuentes de ingreso?, ¿qué comerán?", pensaba. El terreno era seco y tostado, con apariencia de infertilidad y aridez. Mi padre, abismado por la angustia que le provocaban las condiciones socioeconómicas y físicas del lugar donde me desempeñaría por un tiempo, decidió regresarse a la mitad del camino.

Mi interés y motivación aumentaban a cada instante. Con mi hermano me dirigí adonde el jefe de núcleo, Gilberto Díez, quien me envió a la escuela para la que había sido nombrada: El Reventón. Su nombre hacía alusión a la topografía del lugar, ya que para ingresar allí debíamos subir por una loma que hacía temblar las piernas. Llegué a la escuela y me encontré con la sorpresa de que no había vacante, laboraba una profesora que desconocía cualquier tipo de información de la Secretaría de Educación para la Cultura de Antioquia (Seduca); como estaba un poco tarde, ella nos dio posada en su casa.

A la mañana siguiente regresamos donde el jefe de núcleo, le comenté lo sucedido y me ofreció una escuela que estaba sin profesor desde hacía unos meses. En un momento

me negué a conocerla, pero ante su insistencia y mi deseo de trabajar, finalmente acepté su oferta. Ambos emprendimos desanimados el camino, que consistía en una franja angosta marcada por las personas y los animales que por allí transitaban y rodeada por peligrosas peñoleras y muchos árboles. Caminamos por espacio de tres horas, muy cansados por llevar al hombro nuestras pertenencias. Era una mañana de un sol esplendoroso, y por fin, a las doce del mediodía, pisamos terreno de la escuela El Olivar El Barranco. La llegada no fue fácil. "Gracias a Dios aquí continuaré mi misión, soy maestra", me dije.

Era una escuela construida por la Federación de Cafeteros, con un espacio físico agradable, dos aulas amplias, apartamento para el maestro, unidad sanitaria para estudiantes, un amplio corredor, todo embaldosado, y un patio empedrado donde aquellos disfrutaban del descanso.

En esta escuela se aplicaba la metodología de *escuela nueva,* con guías del método Sucre. Los grados que allí se ofrecían eran de primero a cuarto de primaria. Algunos de los estudiantes estaban en edad un poco avanzada para el grado que cursaban, lo que me motivó a pensar en estrategias para garantizarles que adelantaran. Como mi único interés eran ellos, organicé unos talleres con guías y fichas que trabajábamos en horario extra clase, el cual se me facilitaba por vivir en la misma escuela; los estudiantes, gustosos, recibían las asesorías.

Todo transcurría en paz y tranquilidad, hasta el día en que una estudiante de trece años de edad decidió incorporarse a las filas de la guerrilla, que desde hacía varios días transitaba por el sector organizando bailes y fiestas con los habitantes, provocando pánico y terror en los hogares que visitaba e informando que no podíamos anunciar su presencia en la zona. Los padres de la niña, preocupados, dieron aviso al Ejército, con el fin de hacer posible su rescate. Esta situación motivó que el Ejército entrara a la vereda, y llegaron sin escrúpulos.

Un domingo de sol radiante se opacó la tranquilidad y la armonía del lugar cuando se presentó un duro combate entre el Ejército y la guerrilla. Por momentos se me olvidaba que era la maestra, pues ante los fuertes estallidos de fusiles que retumbaban en el monte, todas las personas se hacían tras la maestra. El Ejército llegó hasta la casa donde me encontraba, me interrogó sobre la presencia de grupos armados, a lo que respondí con un no. De inmediato me respondieron: "Ahora se los traemos y los tiramos entre sus pies para ver si los distingue o no". Todo fue al estilo relámpago: en menos de quince minutos, los amarraron a un palo por la cintura y nos los tiraron a un lado de la casa.

En este enfrentamiento dieron de baja a tres guerrilleros y un civil. Este último había pertenecido a la escuela en años anteriores; los militares le endilgaron el título de guerrillero, desconociendo que era un joven humilde y campesino, familiar de la mayoría de los estudiantes, pues esta vereda estaba poblada por las mismas familias.

Lo más doloroso fue que obligaron a las personas del sector a cavar una fosa a treinta metros de la escuela. Allí echaron a las personas asesinadas y añadieron que no se podían desenterrar porque el campo quedaba minado.

Esta situación tan lamentable provocó el aislamiento y la soledad de la zona, pues todas las personas aledañas a la escuela se dispersaron y fue difícil volver a la normalidad. Incluso los animales manifestaron su dolor (perros, caballos, aves, vacas). Los padres de familia y los estudiantes de la escuela también la abandonaron por un lapso de quince días.

Ante la desesperación y el dolor, sólo me quedó reflexionar sobre los retos del verdadero maestro, quien con vocación y entrega enfrenta los desafíos del entorno, y aferrado a su compromiso va de casa en casa sembrando tranquilidad y esperanza, venciendo los obstáculos, sin dejarse intimidar por las adversidades, para que todos vuelvan a la escuela.

La violencia, por la presencia de grupos armados en el sector, afectó notablemente las familias, pues se volvió costumbre encontrar a la vera de los caminos, por donde normalmente transitábamos, campesinos asesinados. Muchos de ellos eran padres, hermanos o familiares de los estudiantes. La mayoría eran encontrados por la abundancia de gallinazos, con sus cuerpos destrozados y consumidos por las aves de rapiña. El vestido que llevaban puesto era la forma de reconocerlos. Nunca se supo la causa de estos asesinatos.

Sólo podía visitar a mi familia en las vacaciones, por las dificultades del transporte. En algunos tramos del camino debíamos cruzar por quebradas, las cuales en tiempo de invierno crecían e impedían el paso del vehículo. Nos tocaba, entonces, pernoctar en el lugar o recorrer grandes distancias a pie y con el equipaje al hombro. Las fuertes lluvias provocaban derrumbes en las carreteras, que incomunicaban el sector por varios días. Como consecuencia de esto, los alimentos escaseaban y se encarecían.

En el mes de julio de 1987 tuve otra alegría: me anunciaron un traslado para el municipio de San Rafael. Aunque suene increíble, sentí nostalgia por dejar este sitio en donde viví tantas experiencias dolorosas y significativas.

Para llegar a San Rafael viajaba en bus durante cuatro horas desde Medellín. Luego, me tomaba otra hora en bus escalera para ir de San Rafael a Jaguas, y después seis horas a pie de Jaguas a San Julián, porque no había carretera ni otra forma de ingresar a la zona. La escuela se llamaba Unitaria San Julián; la edificación quedaba en un espacio amplio y despejado en medio de un bosque, con familias ubicadas a cierta distancia. Allí no contaba con energía eléctrica ni otras comodidades, indispensables para una vida más digna.

Esta experiencia fue otra escuela de vida, porque la comunidad no era fácil de orientar. El anterior director, al que yo iba a reemplazar, salió amenazado. Según el jefe de núcleo, debía ceñirme a una familia que habitaba en el sector, de la cual hacía parte la inspectora del caserío. Además, el compañero con quien compartía mis labores pedagógicas no llegaba fácilmente a acuerdos, hasta el punto de no querer entregarme las llaves de la escuela, porque él ya vivía allí y en pocos días llegaría su señora.

Cuando uno tiene criterios bien formados y está convencido de que su labor es meritoria, en la medida en que se interactúa con los demás y se busca la armonía se encuentran soluciones a las dificultades. Así fue como mi compañero y yo dialogamos y llegamos a la conclusión de que podíamos ocupar el mismo espacio por mucho tiempo; destinamos una habitación para él y otra para mí, y compartíamos las demás dependencias.

Durante mi estadía en la Escuela Nueva San Julián, tuve la oportunidad de iniciar mis estudios universitarios en la Universidad Javeriana Abierta y a Distancia, la cual me otorgó el título de licenciada en básica primaria. La profesionalización me proporcionó elementos y pautas para interactuar en una comunidad que presentaba dificultades en la convivencia, al igual que una buena metodología para trabajar con los estudiantes.

Ante las dificultades de convivencia de la comunidad, gestioné unos cursos en Comfama para darle respuesta favorable al asunto, y fue así que los habitantes del lugar recibieron cursos de relaciones humanas, primeros auxilios y modistería básica. También la alfabetización para adultos fue un programa que implementé, para que los mayores tuvieran la oportunidad de aprender a leer y escribir. Otros proyectos que gestioné fueron el restaurante y la huerta escolar.

En busca de atender las necesidades y el bienestar de los menores que no estaban en edad escolar, se hizo un estudio y se crearon cuatro hogares de Bienestar Familiar, en los que participaban quince niños en cada uno. La escuela se integraba a ellos mediante actividades recreativas y campañas de aseo. Otra de mis metas fue adecuar un espacio para la sana recreación y el esparcimiento de los estudiantes. En convenio con la comunidad, cogimos una barranca que había en el predio y la acondicionamos, por medio de convites a los que los papás asistían cada lunes. En esta época mi madre se puso delicada de salud, por lo que decidí pedir traslado para Medellín, pues allí me necesitaban.

Se me abrió un nuevo horizonte en la escuela que me esperaba, la Tulio Ospina, localizada en el corregimiento La Tablaza, del municipio de La Estrella. La escuela era una institución de carácter rural, pero con aspectos urbanos, como la cercanía de la iglesia, algunas casas y empresas que por allí se ubicaron. Aunque fui bien recibida, el cuadro que me esperaba no era fácil: me impactó el ambiente hostil entre docentes; era evidente la falta de comunicación, tanto en la escuela como en la comunidad, y los estudiantes manifestaban dificultades para la convivencia.

En este tiempo ingresé a la Universidad Antonio Nariño, para realizar una especialización en educación sexual. Allí solicité ayuda para disminuir las problemáticas de esta comunidad, a las que me enfrentaría durante un tiempo. Como estrategia, implementamos un proyecto titulado "El derecho a la ternura". El proyecto realizó una serie de talleres, con la colaboración del comisario de familia de La Estrella, y un grupo de psicólogos trabajaron temáticas tendientes a disminuir la problemática.

Este fue uno de los logros en la comunidad, pues los papás estuvieron muy motivados participando activamente en la ejecución de las actividades realizadas en cada taller, que influyeron positivamente en el sector. Esto también sirvió de apertura para otros programas en beneficio y crecimiento personal de los padres de familia, como modistería básica, arreglo de fiestas con bombas, pintura en cerámica.

Actualmente adelanto con mis estudiantes un trabajo de lectura y escritura, que consiste en leer diariamente un texto, proponer un tema, una lámina, una historieta, un acontecimiento, una noticia o un tema de actualidad, a partir del cual generamos espacios de diálogo y escritura, a través de los cuales los estudiantes hacen su aporte.

Iniciar un programa de lectura y escritura no es fácil, pero no es tarea imposible. Con esfuerzo y perseverancia se ha tratado de atender a los treinta y ocho estudiantes, quienes son inquietos y están motivados para que sus escritos sean revisados y aplicar luego la corrección pertinente. Con estos trabajos, cada estudiante construyó su propio álbum, que ha mejorado las dificultades encontradas en su proceso de lecto-escritura.

Me considero una maestra para la vida, porque con mi actitud positiva sirvo de referente a mis compañeros, estudiantes y padres de familia. Ellos confían en mí como una persona responsable y de muchos valores morales, y su confianza fortalece mi labor de maestra. Amo mi profesión y vivo orgullosa de desempeñarme en la Institución Educativa José Antonio Galán, a la cual se fusionó la escuela Tulio Ospina.

A Dios doy gracias porque este año me regaló el privilegio de cumplir cincuenta años y alcanzar mi jubilación; es un privilegio, porque pocos maestros podemos contar la historia de obtener un descanso merecido y remunerado.

Cuando deba irme de mi colegio sentiré mucha nostalgia, porque he trabajado treinta años, y me siento como el primer día cuando empecé a ser maestra. Lo haré porque otras personas también tienen derecho a trabajar, y yo a disfrutar de mi pensión. Ahora siento la satisfacción de un trabajo realizado con amor y mucho compromiso •

Hacia una nueva
estrategia educativa

Luis Alfonso Hoyos Hoyos

Profesor de la Institución Educativa Agrícola de Urabá, vereda La Rivera, municipio de Chigorodó

En 1966 inicié mis estudios en la Escuela Manuel Antonio Toro, en el municipio de Frontino (Antioquia); luego ingresé al Instituto Departamental de Enseñanza Media, Pedro Antonio Elejalde Gaviria, donde fui graduado como bachiller académico en 1983. Después validé los grados décimo y once de la modalidad pedagógica y me gradué como bachiller pedagógico el 3 de diciembre de 1992.

Empecé a ejercer la profesión docente en el Colegio Diocesano Juan Pablo II, del municipio de Apartadó, en el año 1993. Después trabajé en el Programa de Reinserción de la Presidencia de la República, jornada nocturna, en el plantel educativo Aníbal Gallego Cuervo, del mismo municipio. Allí les enseñé a unos grupos de desmovilizados que validaban el bachillerato en dieciocho meses. Fue una experiencia significativa que marcó un capítulo de mi vida como maestro. En una misma aula de clase se reunían personas con diferentes ideologías.

Ahí empecé a conocer temperamentos y situaciones de la vida cotidiana, a escuchar anécdotas e historias de vida de cada educando. Sentí, además, como docente, la necesidad de crear mecanismos de participación ciudadana y de educar en valores humanos; por eso, todos los viernes organizaba tertulias, centros literarios y actos cívicos culturales, con el fin de lograr, con estos grupos, la integración y la formación para la vida y el trabajo comunitario. Me sentí halagado de haber contribuido a la paz en estos grupos desmovilizados, haberlos educado para la vida y desarrollar microempresas para sostener a sus familias y ser útiles a la sociedad.

Posteriormente, el 29 de octubre de 1996 fui nombrado profesor de tiempo completo en la Institución Educativa Agrícola de Urabá, del municipio de Chigorodó. Éste es un plantel de carácter público de modalidad agrícola y pecuaria, ubicado en la vereda La Rivera, a dos kilómetros del casco urbano, sobre la vía a Medellín.

Una mañana soleada hice el camino de entrada a la Institución Educativa Agrícola de Urabá, por una carretera rodeada de árboles y montañas, donde se escucha el canto de las aves y la presencia de los animales domésticos. Cuando llegué al patio principal, niños, niñas, jóvenes negros y mestizos me miraban con una sonrisa angelical.

"Ahí está el nuevo maestro de ciencias naturales y educación ambiental", dice Jesús del Carmen (coordinador académico) a varias personas que están en su oficina. Es un hombre de ojos negros pícaros, estatura mediana, cabello rizado y piel negra, que refleja ternura por los niños y las niñas. En él se descubren sentimientos nobles y un fuerte compromiso de maestro con vocación. Se dirige hacia mí y me saluda dándome la bienvenida al colegio. Ese día, el plantel educativo celebra la fiesta del estudiante, todos bailan y participan en actividades deportivas, recreativas y culturales. Después, el rector me muestra todas las dependencias, y me presenta a los compañeros y las compañeras de trabajo, personas alegres, amantes al deporte, la música y con sentido de pertenencia hacia la institución.

La Institución Educativa Agrícola de Urabá se encuentra al suroriente del casco urbano del municipio, tiene una extensión de 48 hectáreas, posee una planta física en buen estado, distribuida así: dieciséis aulas de clase, laboratorio de física y química, cafetería, sala de sistemas con internet de banda ancha, bloque administrativo (coordinación, secretaría, rectoría), biblioteca, sala de profesores, aula múltiple, porqueriza, dos galpones para pollos, dos estanques para peces, un pozo profundo de agua, un monumento a la Virgen de Las Misericordias, un parque pequeño, un arboreto con diecisiete plantas nativas en vía de extinción, y varios cuartos asignados para los diferentes proyectos transversales.

En ese momento, al observar los procesos productivos de desarrollo escolar que ofrece la granja, encuentro proyectos de yuca, plátano, maíz, arroz, verduras, cerdos, pollos, conejos, peces, y muchos árboles frutales. Fue un momento muy emocionante para mí, pero de igual manera me hice algunos interrogantes: ¿por qué no hay restaurante escolar? ¿Por qué no se utiliza la hojarasca para elaborar abono orgánico? ¿Por qué se despilfarra el agua de pozo? ¿Por qué no hay un manejo adecuado de los residuos sólidos?

A partir del análisis de estos interrogantes, y después de hacer un diagnóstico de la realidad en la que se desenvuelve la comunidad educativa, conformé un grupo ecológico llamado Amigos de la Naturaleza, con el cual realizamos muchas actividades de sensibilización sobre protección, conservación, cuidado y manejo adecuado de los recursos naturales.

En el segundo semestre de 2003, este grupo ecológico se fusionó con uno de los 75 clubes de aguas que existen en la subregión de Urabá, identificado como Revivir. El objetivo era incorporar al currículo los ejes temáticos de educación ambiental, desarrollo humano sostenible, gestión y participación comunitaria, marco legal y formativo, uso eficiente y ahorro del agua, saneamiento básico y educación en higiene.

La estrategia educativa Clubes Defensores del Agua consiste en incorporar, en todas las áreas del conocimiento, temáticas que le enseñen al estudiante a crear conciencia ambiental, que ayuden a fomentar el cuidado, la protección, la conservación, y el manejo adecuado y eficiente del agua y los demás recursos. Además, a respetar y convivir con el otro. Los ejes temáticos que se desarrollan en todas las áreas de los diferentes grados son: los recursos naturales renovables y no renovables, el planeta Tierra, la contaminación, la cultura del agua, el manejo de los residuos sólidos y la protección del ambiente.

Dicha estrategia permite que estos contenidos se desarrollen en los talleres ecológicos que los estudiantes realizan por medio de cuentos, coplas, trovas, reflexiones, gráficas, dibujos, narraciones, carteleras, afiches, grafitis, acrósticos, juegos y sopa de letras.

Este club ha representado al colegio en varios eventos a nivel zonal, como Expoagua, en el municipio de Turbo, organizados y patrocinados por la Fundación Social Unibán (Fundaunibán). Allí participamos con una maqueta del compostadero, en el cual el colegio produce abono orgánico a partir de los desechos sólidos de animales y vegetales. Ha tenido muy buena acogida en la comunidad, debido a que el abono que allí se elabora sirve para los diversos cultivos de la granja.

También se desarrollan actividades educativas mediante cantos, bailes, dinámicas, juegos, fonomímicas, manualidades, concursos, pintura y experimentos, trabajos que son mostrados en la Feria de Arte, Ciencia y Tecnología que se lleva a cabo en la institución todos los años.

Me siento orgulloso de trabajar con la comunidad, construyo valores humanos, descubro saberes en los estudiantes y aprendo de sus historias de vida, ya que muchos son desplazados por la violencia. Además, me siento feliz de cumplir los sueños y metas que me propuse al realizar esta estrategia educativa. También estoy contento por haberme

graduado como licenciado en educación básica con énfasis en ciencias naturales y educación. Este título me ayudó a crecer como persona, a confirmar el amor por mi profesión, a detectar en mis estudiantes todas sus potencialidades, a lograr una visión amplia del entorno y un espíritu investigador e innovador, que me permite asumir retos todos los días de mi existencia.

Debo hacer una mención especial a los maestros, maestras, directivos docentes y personal administrativo de la Institución Educativa Agrícola de Urabá, quienes con ánimo, compromiso, amor por la naturaleza, entrega generosa por su entorno, vocación de servicio y sin esperar recompensas, me han colaborado en esta nueva estrategia educativa, compromiso de todos. Ser educador exige dedicación y sentido de pertenencia, y permite pensar, sentir, analizar, hacer y ser.

Con estas estrategias de trabajo hemos fortalecido el proceso enseñanza-aprendizaje y el desarrollo de competencias en los estudiantes de nuestra comunidad. También ha mejorado la calidad de vida de todos y se ha integrado a la escuela el entorno donde viven las familias, lo cual ha contribuido a aumentar el sentido de pertenencia por nuestro terruño

Huellas
en mi vida

Dios, ayúdanos a responder con fidelidad a nuestra vocación de educadores. Danos fuerza y sabiduría para poder formar a nuestros alumnos en la libertad, la paz y el compromiso. Que por esta acción educativa, Colombia llegue a ser una patria grande de progreso y calidad de vida
Aire puro para el maestro

Luz Gicela González Acevedo

Profesora de la Escuela Normal Superior del Nordeste, municipio de Yolombó

Vengo de un hogar de maestros. Por eso, desde muy niña conocí el valor de esta profesión y las virtudes de esta ardua labor. Mi madre era

educadora. Por su oficio, mis hermanos y yo recorrimos con ella municipios, veredas y caminos. Muchas de sus historias son nuestras; entre ellas es difícil olvidar las situaciones difíciles que vivió y vivimos en la época de la violencia.

Por la vida errante que llevábamos, realicé mis estudios primarios en varias instituciones educativas, pero pude terminarlos en el municipio de Yolombó. Cuando ingresé a la secundaria escogí la modalidad de pedagogía, en la que me formé como maestra: me gradué con el título de bachiller pedagógico en el año 1983.

Al año siguiente comencé mi labor como docente en la escuela El Carmen. Me presenté a la institución el 24 de agosto de 1984, donde me esperaban un grupo de estudiantes y algunos padres de familia que habían estado organizando la planta física, pues se encontraba un poco abandonada desde hacía algunos meses. Para mí fue un reto enfrentarme por primera vez a una comunidad y a veintiún niños y niñas que no sabían leer ni escribir.

Mis padres me acompañaron hasta este lugar y la primera noche estuvieron conmigo; luego vendría el dolor de quedarme sola. Pero esa era la profesión que yo había elegido, e indiscutiblemente debía afrontar lo que me tocara, fuera cual fuera la adversidad.

La escuela no tenía vivienda para el maestro, por lo que una familia me brindó su hogar. Tanto el trabajo con los estudiantes como las relaciones con la comunidad educativa fueron muy positivos. Adelanté convites y festivales para poder construir la vivienda para el educador, la cual logramos con la ayuda de la comunidad y el Comité de Cafeteros.

Mi labor en esta institución no se limitaba a dar clases. Después de la jornada escolar catequizaba a los niños que iban a hacer su primera comunión, y en las noches trabajaba con adultos, a quienes les enseñé a leer y a escribir.

El tiempo que estuve en esta escuela me ayudó a madurar y a mirar el presente con alegría y satisfacción, pero esto no quiere decir que todo esté hecho o dicho. Los procesos en los que estamos comprometidos los seres humanos son tarea de nunca acabar, y siempre habrá algo por terminar.

En 1985 fui trasladada a la vereda La Florida, del municipio de San Roque. Era difícil la tarea en este lugar, pues, aparte de que era demasiado distante, estaba comunicado por caminos llenos de calvarios, por las muertes violentas de personas del lugar, y no tenía vivienda para el maestro. La casita a la que llegué sólo contaba con dos aulas de clase para veinte estudiantes, así que me tocó adaptar un salón como vivienda, cuyas ventanas tapaba con plástico negro. La idea era permanecer allí por mucho tiempo o por el que dispusiera la Secretaría de Educación.

A los lugares donde llegué, las comunidades me tomaban mucho cariño, y siempre estaban dispuestas a ayudarme en lo que necesitara. En las horas de la noche, después de mis quehaceres de maestra, me reunía con la gente en el salón a ver la televisión y a

compartir un rico chocolate. Recuerdo mucho que tenía un televisor pequeño a blanco y negro que sólo trabajaba con batería, pues no había electricidad. Así transcurrieron tres años y medio en esta vereda.

Fui trasladada al municipio de Yolombó en 1989, lugar donde tenía mi familia (padres y hermanos). La escuela, llamada La Indiana, distaba dos horas y media de la cabecera municipal. De este lugar guardo, en lo más profundo de mi corazón, hermosos recuerdos, angustias y tristezas. La alegría inicial por el recibimiento que me hacía la comunidad, se vio frustrada pocas horas después, ya que a las seis de la mañana un grupo armado que operaba por allí nos sacó, a mí y a mi familia, para interrogarnos como si fuéramos delincuentes por el simple hecho de ser nuevos en el lugar. Nos hicieron múltiples advertencias que, de no cumplirlas, nuestras vidas se verían en peligro. Pese a esta dificultad, la vida tenía que seguir y mi labor como maestra también.

El número de estudiantes superaba el de las demás instituciones en las cuales había trabajado: sesenta estudiantes para dos docentes. Fueron muchos los proyectos que allí emprendí. Uno de ellos fue la conformación de un grupo juvenil, con la participación de treinta jóvenes, quienes se motivaron a trabajar en pro de la institución; realizaban veladas con el fin de recolectar fondos para ayudar un poco en las necesidades de la escuela.

La construcción de un restaurante escolar para los niños fue un sueño que me surgió apenas llegué a la institución, pues ellos merecían comodidad para tomar sus alimentos. Con la gestión realizada en la administración municipal, logramos construir el comedor y un parque recreativo, que llenó de alegría a todos. Aún siento sus risas, carcajadas y llantos por querer disfrutar de lo que nunca en sus vidas habían tenido. Con los estudiantes organizamos la huerta escolar, y en compañía de los padres de familia y los jóvenes cultivamos productos que nos servían para complementar los alimentos del restaurante. Cuando algún padre de familia no podía pagar el servicio prestado a sus hijos, entonces nos colaboraba con el trabajo en la huerta o nos regalaba panela u otro producto.

Sentí una gran emoción el día que me enteré que nuestra institución se había ganado un premio de diez millones de pesos, que serían utilizados en sus necesidades. El dinero fue invertido en la construcción de una sala de videos y computadores, y en la pavimentación del patio de recreo, obra que le tocó terminar a quien me sucedió en el puesto, ya que tuve que marcharme por problemas de salud; pero me fui con la satisfacción de haber aportado mucho a la institución y a la comunidad educativa.

Por todo anterior he comprendido que es necesario soñar, aunque no desconozco que el ejercicio profesional de la docencia tiene un camino que exige esfuerzos y sacrificios. La vertiginosa carrera de la pedagogía es de sorprendentes revelaciones, de rupturas de paradigmas, de mundos fantásticos.

A partir del 31 de mayo de 1994 fui trasladada a la escuela urbana El Cariño, actual Escuela Normal Superior del Nordeste, en Yolombó. Allí comprendí que el trabajo con jóvenes de básica secundaria me obligaba a iniciar mis estudios de pregrado, los cuales

realicé paralelamente a mi trabajo. Los culminé en el año 2001, y me gradué como licenciada en ciencias naturales y educación ambiental.

Este proceso de profesionalización significa la posibilidad de realizarme desde mi ser, mi hacer y mi sentir. La convicción de mi misión docente me guía a llevar a cabo la labor formativa y transformadora en la comunidad, con claridad y dedicación. Esta misión me ha conducido a detectar potencialidades en los estudiantes, que he podido aprovechar para realizar sueños y construir mundos mejores.

Formación en investigación y trabajo en el aula

Anteriormente, la palabra "investigación" no tenía un significado especial para mí. Creía que era sólo un asunto de académicos y que yo nunca incursionaría en ese campo, el cual veía muy lejos de llegar a involucrarlo en mi práctica pedagógica. Después, gracias a la experiencia, me di cuenta de que esta palabra tiene un significado cercano a mi vida, porque investigar es preguntarse, descubrir y conocer. En la actualidad, sé que puedo investigar todo el tiempo dentro del aula de clases; lo hago, por ejemplo, cuando permito que los interrogantes de mis estudiantes, en un momento dado, abran un espacio para indagar y descubrir más respecto de lo que les inquieta, les es desconocido o les parece interesante.

Así, la investigación es la nueva fase que le da un vuelco total a mi labor como maestra, pues he querido involucrarla, al igual que otros principios didácticos, como soporte fundamental para el trabajo cotidiano de la enseñanza. Dicho proceso se inicia desde la selección de los contenidos y la forma como los dinamizo, de tal manera que los estudiantes se sientan incentivados a plantearse interrogantes sobre los procesos cotidianos de las ciencias.

A partir de esos interrogantes, los estudiantes desarrollan habilidades cotidianas aplicadas a la investigación, y pueden organizar procesos científicos de manera sencilla y accesible, escribirlos y presentarlos. Al mismo tiempo, yo como maestra desarrollo estas habilidades, lo cual me exige creatividad para proponerles, a los estudiantes, las actividades de una forma significativa.

Para la investigación en el aula, descubrí una herramienta que me ha servido mucho: el *diario de campo*, el cual se convierte en un valioso recurso para reflexionar sobre la práctica y a partir de ésta generar propuestas didácticas. Las propuestas se deben dar a conocer por medio de un escrito que servirá al maestro investigador para sistematizar los procesos didácticos.

Como resultado de la utilización de dicha herramienta, escribí un texto llamado *Experiencias significativas y estrategias didácticas para la enseñanza de las ciencias naturales*. El diario de campo fue el punto de partida para consignar todas estas experiencias y buscar las estrategias didácticas que me condujeron, de manera más precisa, a volver didácticos los contenidos y las preguntas que los estudiantes se planteaban.

La investigación en el aula implica, entonces, la actividad de un maestro que convierte el aula de clases en un laboratorio, donde lo más importante son los intereses y las necesidades de los estudiantes. El maestro debe ser sensible y observador para poder leer las inquietudes de sus estudiantes, y de este modo podrá guiar el proceso de tal forma que el aprendizaje sea recíproco.

Felices los educadores que dan y se dan la oportunidad de preguntar, compartir, investigar y crear. Todo lo escrito anteriormente constituye mi vida, a la cual estas experiencias le han dado un verdadero sentido, pues toda ella ha girado en torno a mi quehacer docente

Si no me amaño,

me devuelven a mi escuela

Luz Marina Díaz Gaviria

Profesora de la Institución Educativa José Miguel de Restrepo Puerta del municipio de Copacabana

Ofrecer una mirada retrospectiva acerca de mi condición de maestra y plasmarla en el papel me resulta una tarea difícil, pues son más fuertes la vivencia y el sentimiento que durante más de treinta años embargan una búsqueda hacia una realización personal plena.

Mi primera experiencia como maestra recién egresada de la Escuela Normal de Copacabana la viví en una escuela rural del oriente antioqueño en 1974, donde quizá empecé a aprender que ser maestra iba mas allá de saber pedagogía, didáctica o matemáticas, y que las concepciones culturales y sociales de la comunidad en la vereda eran muy importantes y, por tanto, debían ser respetadas, aunque no las compartiera. Empezaba a comprender, enton-

ces, que mi preparación profesional para ser una verdadera maestra no tendría pausa alguna.

Desde siempre he procurado cualificarme para ser cada vez mejor ser humano y mejor maestra de matemáticas, y trasmitirles a mis estudiantes el entusiasmo por comprender esta ciencia y reconocerla presente en cada acto cotidiano, es decir, he querido hacer de la matemática un aprendizaje significativo. Con estos fundamentos inicié mi formación superior: primero en la licenciatura en matemáticas y física e inmediatamente después en la maestría en psicopedagogía, ambas en la Facultad de Educación de la Universidad de Antioquia.

El destino me llevó a la Institución Educativa Rural Nuestra Señora de la Luz, con mucho, la mejor escuela en mi proceso de formación como maestra integral. Un día de finales de julio de 1984 recibí en la Escuela Gabriela Mistral, situada en las afueras de Copacabana, la insólita visita de una religiosa muy esbelta, elegante y con marcado acento extranjero, quien me saludó con estas palabras:

— Soy la rectora del IDEM Rural Nuestra Señora de la Luz, y vengo a plantearle una permuta con una señora que fue nombrada como profesora de matemáticas para el bachillerato y jamás ha trabajado en esta área. A mí me preocupa mucho la calidad de la educación de nuestras niñas; por eso quiero una licenciada a cargo del área.

— Hermana, yo estoy feliz aquí con mi grado segundo, y por ahora no pienso cambiarme al bachillerato —le respondí.

— Piénselo bien y me avisa esta semana —fue su frase de despedida.

Pasados algunos días, decidí aceptar, la verdad con mucho miedo. Primero, porque eso de reemplazar a otro me parece riesgoso; segundo, porque consideraba que en mi formación académica como licenciada en matemáticas existían vacíos en la didáctica de la geometría, pues ésta se reducía a las demostraciones simbólicas expresadas en los dibujos imperfectos trabajados en el tablero a modo de ilustración de los enunciados. No obstante, dije sí con una condición: "Si no me amaño, me devuelven a mi escuela". La directora aceptó.

Todavía, recuerdo con nitidez mi llegada al lugar, situado a un kilómetro arriba del club campestre Comfama de Copacabana, en la vereda La Luz. Caminé a lo largo de un sendero rodeado de árboles cuyas ramas se agitaban por una brisa fresca, al final del cual se alzaba la reja metálica que separaba el afuera y el adentro, dejando una sensación casi sacra de tranquilidad espiritual, que invade y transforma. Todo está bien organizado, todo allí tiene un nombre, una historia, una razón de ser.

El lugar donde fui recibida por primera vez es llamado "Patio luz", después me enteré que la luz es símbolo de vida y del calor de hogar, y que recibe este nombre porque los rayos del sol llegan en todo su esplendor durante largas horas del día. Más tarde fui presentada ante la madre Raymonde de Saint Gilles, la directora del internado.

En aquel lugar no sólo funciona un colegio; también es la casa de 180 niñas internas. El resto de las estudiantes son de las veredas cercanas. "La madre" es originaria de Francia, alegre y dinámica; su rostro refleja ternura y sobre todo mucha bondad; es dueña de un carisma que se percibe a primera vista, de un habla sonora, salpicada de excelente humor en la conversación. Con ella también viene a mi memoria la hermana salesiana Odila Bernal, mi profesora de sociales en los últimos grados de la Normal de Copacabana, cuya risa contagiosa impregnaba todo el ambiente, mientras nos decía: "una maestra debe sentirse orgullosa de serlo y comunicarlo a través de su actuar, procurar tener una buena sensibilidad social. Además, siempre, siempre debe estar en continua búsqueda de aprender más".

Recorrer "La casa", como comúnmente es llamada toda esta planta física, es un ritual obligado para todo el que llega de visita, que permite comprobar que todo está perfectamente pensado, desde una flor hasta la ubicación de una silla; que los lugares, los senderos, los rincones tienen vida propia y el nombre correspondiente. Tardé un buen tiempo en descubrir los secretos de los nombres: "La colina de los pájaros", allí habitan cuarenta niñas internas, un lugar que inspira paz, tranquilidad y una alegría indescriptible; debe su nombre a una hermosa canción francesa que a "la madre" le gustaba cantar. "La casita del leñador", cuyo nombre invoca un viejo mito europeo; los gansos habitan "La finca de Romeo y Julieta", con un buen estanque para que se puedan refrescar cómodamente; los perros tienen cementerio…; "El kiosco del sol", donde los rayos del sol caen directamente, es un símbolo a la alegría, un valor inestimable en la filosofía institucional. Bueno, sería interminable hablar de todos los lugares y sus secretos, pero no puedo dejar de mencionar "La selva", donde hay una réplica de bohíos indígenas de diferentes culturas, y como modo de representación, es el acercamiento a nuestra plena identidad; como también "El lago de las hadas", un lugar para soñar e imaginar que todos los sueños se pueden hacer realidad.

Las moradoras de esta linda planta física, muy amplia y rodeada de naturaleza que favorece la formación de personas respetuosas de la vida en todas sus manifestaciones, encarnan de suyo uno de los pilares de la filosofía de vida institucional. Su construcción fue iniciada en 1966. Actualmente es el hogar de 480 estudiantes, desde el ciclo del preescolar hasta el de la tecnología en informática. Durante veintidós años y medio tuve la fortuna de formar parte de "La gran Familia de Granjas" y fui viendo su crecimiento. Cuando llegué, la primaria funcionaba en el mismo lugar, pero tenía otra directora, y el bachillerato tenía de sexto hasta noveno grado, nombrado como IDEM. Más tarde, en 1997, se llamó Colegio. Desde el año 2000 cubre el ciclo educativo completo, y se convierte en el 2002 en Centro Educativo, al unir la primaria con el bachillerato bajo un solo cargo de dirección. A partir de 2005 pasó a ser Institución Educativa. Allí viví no sólo la transformación del nombre, de acuerdo con la normatividad existente, sino incluso de la planta física, como también mi propia transformación.

También allí viví la evolución de la tecnología. Recuerdo a mi llegada los artefactos tecnológicos de los que hacía gala la institución educativa: el mimeógrafo (antepasado de la fotocopiadora de hoy), manejado con manivela, y el tajalápiz de pegar en la pared; los recuerdo muy bien, porque eran un mito, sólo podían ser usados por la hermana se-

cretaria, y ¡ay de aquella que contraviniera sus órdenes! Las estudiantes usaban máquinas de escribir, de esas que ahora sólo vemos en los museos de antigüedades, pero siempre estaban limpias, perfectas para ser usadas en clase de la hermana Magdalena, de origen suizo, que hablaba en perfecto español y manejaba la gramática a la perfección. Al momento de mi salida en diciembre de 2005, ya existían las salas de cómputo, donde mandaba la parada el computador, y las copias de talleres para el trabajo en el aula se hacían en un dos por tres con el uso de la fotocopiadora.

En la vida cotidiana se recreaban algunas costumbres propias de la vieja Europa, tales como saludar a lado y lado de la mejilla, y la celebración del "martes gordo", que probablemente evocaba una antigua costumbre francesa. Precisamente en Francia surgió la comunidad religiosa de las oblatas de San Francisco de Sales. La primera directora de la institución provenía de Suiza, hermana Jacqueline Puscher, persona que me impresionó desde un principio por su visión de futuro, por la capacidad de proyección en todos los aspectos de la vida, visionaria como pocas, capaz de tomar decisiones que la anticipaban a los tiempos: por ejemplo, en el orden administrativo, la organización de horas de clase por bloques, mucho antes de su aplicación en nuestro sistema educativo; la duración de clase de 55 minutos; el impulso de proyectos institucionales, desde hace más de quince años, con la integración de todas las áreas del conocimiento al servicio de un currículo pertinente y flexible.

Esta institución, con una mirada integral sobre el ser humano, con la intención clara de la importancia de despertar en "mis niñas" —como las llamaba cariñosamente la madre Raymonde— la sensibilidad frente a las flores, el sol, la luna, el agua, las nubes, el eco y el canto de los pájaros, como una estrategia para recobrar la alegría y sanar el alma de dolores e incomprensiones en algunos casos, representa una propuesta educativa donde el afecto tiene un papel esencial durante el proceso formativo, actuando como una motivación intrínseca y capaz de crear atmósferas de solidaridad y amistad invariables en el tiempo y en el espacio. Una institución con la convicción firme de que la educación tiene que cumplir una función social, por lo cual es necesario propiciar currículos que sean argumentativos, flexibles y articuladores.

Esta nueva visión me obliga a repensarme como maestra. Siempre he considerado que el conocimiento es cambiante, que se aprende de toda experiencia vivida, y empiezo a soñar, a pensar en cómo llevar a las estudiantes que provienen de diferentes contextos sociales, algunas sin familia, otras con uno solo de los padres consagrado diariamente a luchar de sol a sol para conseguir el sustento, y que algunas veces le toca volver con al alma arrugada de dolor, porque la vida no es fácil y escasamente sobreviven. No obstante, en el internado todas son iguales, sus ojos brillan de alegría, en sus caras se puede leer su firme decisión de salir adelante, su fe en el futuro.

Todo esto me hizo comprender que muchas veces sus necesidades afectivas eran más fuertes que sus deseos de aprender, y que mi papel era contribuir también a construir un proyecto de vida que les permitiera transformar su realidad y luchar por sacar adelante su familia, sin renunciar a los sueños de cursar una carrera, de seguir preparándose, de hacer

muy bien lo que eligieran hacer. Así nacieron el Club y el Miniclub, donde las estudiantes más aventajadas nivelaban a las compañeras nuevas de la institución en el área de matemáticas. Era una alternativa para ayudar en ese proceso de construir proyecto de vida, más allá del aula, como otra manera de acercarse al conocimiento científico, y contribuir a la cimentación de valores como el de la solidaridad.

Allí pude realizar muchas de mis propuestas, ya que al lado del reconocimiento y respeto por la persona, el modelo educativo de la institución siempre ha favorecido los ambientes investigativos que aportan a la formación y al conocimiento.

Bueno, yo quiero contar qué es eso de un club de matemáticas. Corría el año 1985, cuando realizaba un posgrado en la Universidad de Antioquia, y allí me enamoré de la propuesta cognitiva de Piaget y de la importancia de la mirada constructiva del conocimiento, circunstancias que me llevaron a desaprender metodologías y posturas aprendidas en la academia. Mi práctica pedagógica en el aula empezó a cambiar paulatinamente.

En un viejo libro de la Biblioteca Central de la Universidad, con una recopilación de algunos artículos sobre didáctica de las matemáticas, bastante escasos en ese tiempo, me encontré con la sugerencia de formar clubes de matemáticas para acercar a las estudiantes al conocimiento de la historia de las matemáticas, a los juegos de estrategia, etc. No obstante, por ser la única profesora de matemáticas en el bachillerato, porque sólo había un grupo por grado, y por no tener un par para compartir todas las ideas que tenía, un día hablé con la directora y le conté que había pensado crear un club para las niñas internas, y que me quedaría una tarde de la semana con el propósito básicamente de "crear ambientes matemáticos lúdicos que permitieran perderle el miedo a las matemáticas, y participar independiente de su rendimiento en clase; lo importante era el deseo de aprender". De verdad no recuerdo la cifra exacta, sólo sé que empecé con varias estudiantes de 8.º y 9.º. En ese entonces no tenía la costumbre de dejar evidencias, actas o fotos. Esto lo puse en práctica mucho más tarde, cuanto me acerqué a conocer a Aracelly de Tezanos con sus escritos sobre el aula de clase.

Tenía clara una cosa: debía generar una propuesta diferente al trabajo en el aula, pero que me permitiera, a la vez, desarrollar ideas matemáticas. El primer taller que se me ocurrió fue el de "Construcción de empaques y tarjetas geométricas". Como todos los objetos que se empacan no son iguales, empezamos construyendo cajas con material reciclable; allí existía esa práctica mucho antes de que se desarrollaran campañas oficiales. Al tener la caja terminada, procedíamos a un análisis geométrico pertinente, a partir de la observación de las caras, las aristas y los vértices; unas eran prismas, otras pirámides, en fin, muchos cuerpos geométricos. Con otros objetos hicimos uso del origami sencillo, observando cómo el papel se iba transformando a medida que se hacían los dobleces. Y la geometría emergió tímidamente.

Mi espíritu investigativo empezó a aflorar con más fuerza. Se me ocurrió generar un acercamiento entre la matemática del aula y las matemáticas de la vida cotidiana. De este modo empiezo a indagar sobre diferentes tópicos: la matemáticas de la cocina, las matemáticas de la música, las matemáticas del baile, la estadística de todos los días. Más tarde,

el club abrió sus puertas a las de sexto y séptimo, una semana era para las grandes, la siguiente para las pequeñas de sexto y séptimo; el Club se amplió.

El Club realizó también indagaciones sobre las cometas, con el objeto de analizar el manejo del viento, el centro de gravedad de la cometa y su peso, un poco sobre las leyes de la termodinámica. Aunque "la madre" amaba las cometas, se moría de miedo cada vez que ensayábamos un modelo de cometa, porque muy cerca del mejor lugar para elevarlas se encontraban unos tenebrosos cables de luz. Más tarde aparecieron otros proyectos, siguiendo con la idea de generar espacios de aprendizaje con placer, que permitieran el desarrollo de la creatividad, la recreación, la argumentación y el camino de la investigación.

El "Proyecto empresa", por ejemplo, vincula a los padres de familia y se realiza en varias etapas, logrando conjugar la teoría con la práctica en la constitución de una microempresa de tarjetas. Anclado al proyecto institucional del ahorro se creó el Banco Juvenil, gerenciado por el Club y de libre participación de las estudiantes, tanto de primaria como de secundaria, con el apoyo de la hermana Ligia, quien llevaba el dinero a un banco real y liquidaba intereses. Con mucho trabajo y dificultades, pero igual de animosos en el proceso de aprendizajes, nos encaminamos a instaurar la cultura del ahorro en la institución educativa.

Junto con el Miniclub, también se crean las olimpiadas de matemáticas —participamos en las olimpiadas organizadas en la Universidad de Antioquia—, con la intención de disfrutar antes que de competir. Es interesante resaltar la vinculación de la primaria, desde el preescolar. Me enfrenté al reto de elaborar una prueba que motivara a las pequeñas. Éste también fue un camino de búsqueda. En compañía de la maestra de matemáticas de la primaria, creamos el día de las matemáticas, que se celebra el 4 de octubre de cada año. Es un día "súper especial", dicen las estudiantes. Unas son monitoras, otras rotan de estación en diferentes actividades lúdicas, todas relacionadas con las matemáticas.

En la realización exitosa de todas estas actividades tuvo un papel fundamental la hermana Lucía Francisca, coordinadora, gracias a su intuición de que el goce y el disfrute no chocan con la búsqueda del saber. Pero a mí personalmente me faltaba algo, sentía un miedo tremendo de equivocarme y empecé una nueva búsqueda.

Volviendo un poco atrás, después de haber terminado mi formación universitaria desde 1992, formé parte de la Corporación para la Investigación y los Estudios Constructivitas, donde con otros profesionales de la educación participé en las discusiones epistemológicas, disciplinares, pedagógicas y didácticas. En equipo construimos miradas y propuestas pedagógicas y las compartimos con maestros del departamento de Antioquia, en jornadas de capacitación avaladas por la Secretaría de Educación y Cultura, por medio de cursos de motivación, consolidación y generalización del currículo, donde se discutían y se construían colectivamente proyectos de aula. Formando parte de esta Corporación, reflexioné con las participantes del club sobre la importancia de hacer un periódico y contarles a otros lo que hacíamos. En este momento pienso que suena ostentoso la palabra "periódico", porque la verdad es que se trataba de un boletín de ocho paginitas manuscritas, con dos ediciones anuales, en el que no sólo contábamos lo que

hacíamos, sino que incluíamos problemas interesantes y un poco de historia de las matemáticas, y se dedicaba un espacio a pensar la frase y el dibujo que ilustraba la primera página. El primer número fue graficado por una niña indígena embera dobida,* que todo lo que hacía con las manos lo convertía en arte. Hasta finales de 1993 siempre se hizo manuscrito; a partir de ahí hasta la fecha se usa la tecnología.

En 1992 oí hablar de Miguel Monsalve y Carlos Julio Echavarría, y de su búsqueda de nuevas formas de trabajo con los estudiantes en el área de matemáticas; planteaban ideas y actividades que consiguieran evidenciar los procesos de pensamiento que subyacen en la búsqueda de soluciones a situaciones problemáticas. Inmediatamente ingresé a sus talleres de formación de maestros en la Universidad Nacional de Colombia. Allí conté mis experiencias, confronté mis saberes, recibí un apoyo incondicional y una inyección de motivación para desaprender cosas. Ellos me ayudaron a poner en orden mis ideas, a reestructurar el Club para hacer más explícita la relación de las matemáticas con otras ciencias, especialmente con la física.

La celebración anual del día de las matemáticas ya contaba con el apoyo del "Proyecto de matemáticas y ciencias básicas en Antioquia", creado para que los futuros profesionales de la Universidad Nacional realizaran un servicio social con los jóvenes de algunas instituciones públicas y apoyaran su formación en estos campos del saber. Por eso los estudiantes que participan con ellos son preparados como talleristas, para compartir con sus compañeros los aprendizajes que adquieren. En el año 2000 fui invitada a forma parte del grupo Ábaco como tallerista, para ayudar a orientar la formación de matemáticas y ciencias básicas en Antioquia, bajo la modalidad de Servicio Social Educativo (del cual hago parte hasta la fecha). También he participado en la construcción del aula-taller de matemáticas del municipio de San Pedro (2004) y del municipio de Copacabana (2006).

En la Institución, el Club de Matemáticas no disponía aún de un espacio físico propio; siempre teníamos un corredor, un aula de clase u otro lugar de "la casa" para reunirnos. Sin embargo, ya habíamos ido construyendo algunos materiales y otros nos los regalaba "la madre", porque cuando le llegaban algunas donaciones en especie, decía: "Guardárselo a Marina que ella le pone uso". Pero continuábamos careciendo de un lugar fijo para guardarlos. Creo que con el pretexto de que no hiciéramos desorden, nos dieron en 1998 un pequeño lugar de apenas tres por cuatro metros cuadrados, ubicado detrás del aula de materiales; no nos importó lo pequeño, todo era alegría por tener un lugar que llamamos "Aula de matemáticas". Las estudiantes, entusiasmadas, decoraron las paredes con dibujos de *El diablo de los números* de Eizerberger, realizados por las artistas del grupo.

Con propuestas nos fuimos ganando el derecho a un espacio físico más grande, que a partir de 2003 fue un aula bien aireada, con mesas y un excelente material para disfrutar el aprendizaje de las matemáticas, para manipular materiales y favorecer la construcción de las nociones de conceptos o para mejorar el nivel de conceptualización. La institución

* Indígena de la etnia embera que habita en zonas bajas a orilla de ríos, a diferencia del embera eyabida, que vive en zonas de montaña (N. del E.).

daba nuevamente muestras de vanguardia, al ser la primera que tenía un aula de matemáticas, donde todos los grupos, de preescolar a grado noveno, asistían una vez a la semana a recibir la clase de matemáticas, respaldada en todos los aspectos por el grupo Ábaco, con acompañamiento a las jornadas pedagógicas, con monitores una vez a la semana y con seguimiento a la propuesta del área.

La otra situación que marcó fuertemente mi formación fue el acercamiento al mundo indígena desde el año 1991 hasta la fecha. A través de mi experiencia en el primer "Proyecto de profesionalización de maestros y candidatos a maestros de los pueblos indígenas de Antioquia", que se inició en el año 1992 y terminó en 1995, cuya propuesta de formación estaba orientada al triple perfil de líder, maestro e investigador, me acerqué al conocimiento profundo de lo social, de la lingüística y de otros saberes que me hicieron comprender la importancia de las relaciones intradisciplinarias e interdisciplinarias, y logré descentrarme un poco de los saberes de la universidad, para aproximarme a un mundo de conocimientos desconocidos para mí. Fue una experiencia de vida que me hizo más humana, que me ayudó a reconocer todas las riquezas que hay en el otro y a comprender que no existe una sola lógica.

La participación en estos procesos me dio la oportunidad de formar parte del equipo que diseñó la primera "Propuesta de licenciatura en etnoeducación para maestros indígenas en Antioquia", que se desarrolló en convenio con la Organización Indígena de Antioquia y la UPB. En el desarrollo de la propuesta, tuve la fortuna de participar formando parte del grupo Ábaco - Universidad Nacional de Colombia.

Una vez cargada de buenas provisiones, como son la investigación, el conocimiento y la búsqueda constante de la excelencia, me lancé con una propuesta: "¿La naturaleza puede ser explicada matemáticamente?", que hubo de ser considerada como experiencia didáctica significativa por su impacto, medido según el aporte de la experimentación al desarrollo conceptual de las diferentes temáticas del área; la relación de los diferentes equipos con el entorno físico como fuente de conocimiento; la evidencia de que los procesos de sistematización están al alcance de las jóvenes, y el reconocimiento de los saberes de empleados, padres de familia y estudiantes como aportes al proceso.

Este proyecto nació de una propuesta institucional de convertir el entorno cercano en objeto de estudio, y hasta ahí no hay nada de especial; lo interesante es que se planteaba como un proyecto interdisciplinario para todo el año. Cada grado en cada área formulaba y reformulaba preguntas. Las estudiantes del grado séptimo, desde el área matemática, se preguntaron: ¿cómo inscribirse en un proyecto general sin que se convierta en un trabajo adicional?, y ¿cómo aprovechar los aprendizajes de las ciencias naturales, de las ciencias sociales, de informática y de lengua castellana como insumos? Así surgió la pregunta: ¿la naturaleza puede ser explicada matemáticamente? Se discute, se conjetura y al fin… ¡eureka!, aparecen dos hipótesis: los polígonos sirven de modelos para estudiar las hojas y el crecimiento de la rama de una planta; el crecimiento de sus hojas cumple la proporcionalidad directa. ¿Cuál es el camino? La experimentación: observar, medir registrar, indagar, verificar. "¡Qué pasó¡". "La hoja hoy mide menos". "¡Imposible!, muéstrame la regla". "¿Qué vamos a preguntar hoy en clase?". "No, no, han pasado diez semanas y no pasa

nada con el naranjo". "¿Ustedes sí han verificado?". "Faltan diez semanas más, ¿será que crece?, ¿cambiamos de planta?, se cayó la hoja grande marcada, ¿y ahora qué?" … Recolección de hojas: "Esta hoja se llama *casco de vaca*, dijo mi papá". "Y el profe de la Nacional dice que pertenece a la familia de...". "Y ¿tendrá simetría?". "Dóblala". "Y ¡el perímetro de esta hoja! , ¿qué hago? , el hilo no alcanza…".

El objetivo propuesto en este proyecto fue avanzar de manera sistemática en la interrelación de conceptos matemáticos de las ciencias naturales, las ciencias sociales y los lenguajes, a través del proceso de seguimiento al crecimiento longitudinal de algunas plantas. En el camino trazado aparece la interrelación entre procesos, conocimientos básicos y contexto, como reza en los lineamientos curriculares de matemáticas.

Esta experiencia marcó la vida de todos los que participamos, porque nos mostró que el trabajo interdisciplinario en equipo logra transformaciones en lo pedagógico, lo didáctico, lo conceptual y, sobre todo, en el reconocimiento del entorno como objeto de estudio de gran riqueza. En lo personal, viví el sueño de lograr que en equipo, y con una mirada intradisciplinaria e interdisciplinaria, el cambio fuera posible. Esta experiencia fue reconocida en el Foro Educativo Departamental y enviada para representar a los municipios no certificados de Antioquia en el Foro Nacional de Competencias Matemáticas el año pasado, quedando entre las primeras del país.

En los ires y venires de este vivir, surge el golpe de la normatividad, el cual tocó a la puerta de la institución, y por ende a las docentes de secundaria que trabajamos en el sector oficial. La rectora de entonces se jubila y la hermana que recibe no participa del "concurso", por el riesgo a ser enviada a otro colegio. La solución, más dolorosa pero sensata, fue la cobertura, mantener los principios filosóficos y pedagógicos por los que la madre Raymonde luchó siempre. Esa era la prioridad, y es éste el comienzo de otra experiencia para mí.

En enero de 2006 ingresó a la planta de profesores de la Institución Educativa José Miguel de Restrepo, con los ojos llorosos todavía, buscando nuevamente dónde lanzar el ancla —elemento simbólico en la propuesta pedagógica de la Institución Educativa Nuestra Señora de la Luz—. Allí tengo la alegría de encontrarme a una compañera excelente, con unas fortalezas profesionales diferentes, con sueños similares a los míos y con muchas ganas de hacer cosas, de realizar proyectos. Formamos equipo y así emergió nuevamente la idea del Club de Matemáticas. Mi ser de maestra era más fuerte y consigo volver sobre los pasos ya recorridos. Hacemos la propuesta al rector y él da vía libre a nuestros planes; logramos motivar a veinticinco de nuestros estudiantes y desde marzo de este mismo año empieza a funcionar en horario extra clase.

Uno de los objetivos del Club es acercar a los estudiantes a la ciencia de una forma lúdica y, por supuesto, involucrarlos en procesos investigativos. La primera investigación que trabajamos desde el aula fue "La naturaleza y el arte mirados desde la matemática y la informática". Los participantes del Club lideraron las diferentes socializaciones que se realizaron: Feria de la ciencia institucional y municipal, Expo-educación. Además, fueron invitados a apoyar la Semana de la Ciencia y la Tecnología en dos eventos: uno, en la Esta-

ción Universidad, y el otro en el Centro Comercial Monterrey. En ambos eventos, el público se maravilló por la propiedad con que exponían temas de mucha actualidad en la matemática.

La motivación de estos veinticinco chicos es tal que el Centro de Ciencia y Tecnología de Antioquia les ofrece un curso de robótica. Empieza la diversión: que los circuitos; que la luz que prende y apaga, ¡y por fin un carro!; sus rostros se iluminan, gritan de alegría, el carro se mueve; que está muy lento, ¡busquemos otro diseño!, ¿si correrá? El disfrute es total.

De igual modo pensamos que hay que generar un ambiente propicio también para los estudiantes de los otros grados. Así se institucionalizó el día de las matemáticas y apareció la cartelera de matemáticas. Y la siguiente tarea: ¿cómo involucrar a otros profes para hacer un buen equipo? Pero la respuesta no se hace esperar: ¡sólo en mi tiempo de trabajo!

En el año 2007 estábamos inquietos por saber qué investigamos y quién nos podría apoyar. Solicitamos asesoría al proyecto Ondas y construimos el proyecto "Más humedad". Éste nace de la necesidad imperante de tener en cuenta las problemáticas particulares que se viven en la institución, ya que, en el único patio que existe en la sección, crece tímidamente un árbol de mango, nada verde lo rodea, y los estudiantes se preguntan: ¿cuál es el grado de humedad que los árboles de mango le aportan a la atmósfera? Se logra el propósito y recibe el aval de Ondas. Y ¿ahora?, a pensar en variables, temperatura, humedad…

Ver la alegría, el entusiasmo, la empatía, el afecto, los avances conceptuales de todos estos jóvenes, es la mejor retribución que uno puede recibir como maestra. Sus progresos y sus intereses por la ciencia son el resultado de transformar un contexto social y cultural poco favorecedor, en un espacio amable y enriquecedor, que demuestra que en equipo, y siendo propositivos, el cambio es posible. El trabajo desinteresado permitió que todo mi quehacer académico estuviera ajeno a otros intereses. Hoy, puedo decir que la naturaleza se encarga de poner todo en su lugar, ya que inesperadamente gané un premio que creó el municipio de Copacabana. La intención del municipio es resaltar la labor de docentes que se esmeren por mejorar los procesos de enseñanza-aprendizaje, teniendo como pilar fundamental la investigación.

La experiencia acumulada durante 32 años de mi vida de maestra la pongo hoy al servicio de las nuevas generaciones, y de los maestros en formación de la Facultad de Educación de la Universidad de Antioquia, en la licenciatura en básica con énfasis en matemáticas, que pronto serán quienes nos remplazarán, el relevo generacional se acerca. Ser asesora de práctica me da la oportunidad de poner al servicio del otro toda la experiencia que he ido recogiendo en todo mi trasegar por los caminos de la educación, desde los diferentes ámbitos, y construir con los futuros maestros una propuesta investigativa donde el error nos da la oportunidad de crecer, de repensar y de continuar.

La Universidad de Antioquia, donde inicié mi proceso de formación como profesional de la educación, me ha brindado no sólo la posibilidad de ser catedrática, sino también la

oportunidad de conformar equipos de trabajo muy especiales, con maestros en ejercicio y con estudiantes de los últimos semestres de la licenciatura en matemática y física. Esta experiencia maravillosa nos permitió trabajar hombro a hombro en el proyecto "Microcurrículo de matemáticas MEN- ICETEX 1998-1999", del cual salimos enriquecidos.

Hoy participo en el "Proyecto de recontextualización de los planes de área", que materializa los ideales por los que siempre he luchado, y donde el equipo camina en la construcción de una comunidad académica que investiga y aporta a la construcción de propuestas educativas pertinentes.

Para terminar, quiero aclarar que siempre he asumido mi trabajo en el aula con una mirada investigativa. No obstante, todo el peso de la historia se ve a veces como si mi esfuerzo y dedicación se arraigaran en búsqueda de estrategias para realizar más allá del aula

Hay palabras que llegan,

hay palabras que hieren

Marco Emilio López Bedoya

Profesor Institución Educativa Santo Tomás de Aquino, municipio de Titiribí

Los seres humanos hemos creado palabras que nos sirven para expresar nuestros sentimientos y pensamientos acerca del mundo material y espiritual. Hay palabras amables, como amor, ternura, paz, armonía, diálogo; pero también hay palabras para expresar la dureza de nuestra realidad; por eso retomo estos versos que otrora hicieran famoso a Noel Petro, en su composición *Cabeza de hacha*:

He venido soportando un martirio
jamás debo mostrarme cobarde,
pues hay un proverbio que dice
más vale tarde que nunca, compadre.

La *Canción del burro mocho,* que se quedó en mi mente desde que era niño, son palabras que afloran a cada instante, cuando me llega el miedo, porque también me da. Afortunadamente, aprendí a enfrentarlo con un valor que poco a poco se convierte en osadía; me he apoyado en las palabras de mi madre, quien me decía: "el miedo hay que enfrentarlo, porque sino el miedo lo mata a uno". Ésta verdad la he podido corroborar en varias ocasiones, cuando he enfrentado las vicisitudes de la vida estudiantil, laboral y familiar. Éstas eran las palabras, cargadas de valor, pronunciadas por una mujer sencilla, trabajadora y honrada, como toda matrona antioqueña.

Mi infancia transcurrió en el campo, en medio del bramar del ganado, el susurro del agua, la sangre de las moras, el trino de los azulejos, que me despertaban a la alborada sobre los naranjos y las azaleas del patio. Todavía recuerdo con nostalgia el olor de la boñiga y el sonido de los granos maduros del café, cuando caían al tarro, o mejor, a lo que llamamos hoy "la medida".

En la época de cosecha, con excepción de mis hermanas, todos teníamos que salir a la recolección del grano; lo mejor del cuento es que no le veíamos la cara a Santander, y mucho menos a Bolívar, palabras más palabras menos, no nos pagaban, pero, en cambio, sí nos daban mucho gusto: felices salíamos al pueblo a caballo, calzados con tenis Midas, pantalón corto, buen poncho o, cuando lo ameritaba, un saco. En ocasiones especiales nos ponían pantaloncillos blancos marca Dumbo, a los que peyorativamente llaman hoy "atrapapulgas".

Algunos de mis hermanos mayores estudiaron en Bogotá, allá por los años cincuenta; sin embargo, no terminaron sus estudios; se llenaron de soberbia y pensaron que los dos pesos que teníamos no se iban a acabar. Ése fue el motivo por el cual no me enviaron a estudiar a la capital; mis padres decidieron matricularme en la escuela del pueblo. No hice kínder, no sabía nada y constantemente me volaba de clase, perseguido por "Josecito", el policía escolar. Llevaba, en mi talega de dril azul claro, panela, quesito, chocolate y parva, los cuales regalaba a la viejita Aura Velásquez, para que hiciera "el algo" y me permitiera permanecer allí hasta la salida de los "escueleros" para sus casas. Yo regresaba a la mía como si nada hubiera ocurrido, hasta que me descubrieron, y me llevaron con el psicólogo de la casa: el zurriago. Desde ese momento no olvidé más el camino a la escuela.

No me gustaba que la señorita María Escobar Díez, la maestra, me enseñara a escribir; lo hizo mi mamá, quien tenía excelente caligrafía, la cual heredé. Mi letra no es linda, es bella.

Entre leer y escribir me dio más dificultad lo primero, porque le tenía miedo a la maestra; a ella le gustaba pegar con la correa o con la regla gruesa que mantenía sobre su pupitre viejo y destartalado. Aun así, ella no dejó de reconocer que yo no era fruta que

comía mono, es decir, "no me dejaba joder de nadie". En cierta oportunidad, me robaron el lápiz amarillo de cinta roja en el borrador; inmediatamente le puse la queja a la señorita y no me "paró bolas"; entonces, esperé a que mis compañeros salieran al recreo, esculqué en todos los pupitres, saqué los lápices y los guardé hasta el regreso del descanso; cuando entramos, todos lloraban y decían a viva voz: "Señorita, mi lápiz". En ese instante me paré y dije: "Aquí están y éste es el mío". Ella forcejeó conmigo tratando de quitármelos, pero no lo logró. Me llevó al centro del salón y me castigó en presencia de todos; soporté el castigo, pero destrocé uno a uno los lápices y los arrojé a la basura; después me tiré por la ventana y me fui a la calle. Huí del policía escolar, arrojándole piedras hasta hacerlo devolver. Al regresar a casa, mi hermano ya lo había contado todo, y otra vez con el psicólogo: perrero.

Fue en este momento en el que se gestó mi gusto por escribir con lápiz; siempre llevo a la mano dos o tres. Aprendí a manejar la pluma, el encabador y el tintero, mejorando así mi caligrafía y el gusto por un buen trazo en mi letra. No gusto de los estilógrafos ni de los Kilométricos, pero sí me agrada escribir con una buena pluma, como la que me regaló el hermano Marco Julio cuando regresó del Japón, la misma que tristemente perdí jugando billar; por esto no volví jamás a la garita del pueblo. Sí, de un pueblo rodeado de montañas y de cafetales, de un pueblo donde florecen los guayacanes en el campo, donde parió la yegua su potro, la perra tuvo sus cachorros y nació otro hijo de mi *apá*.

Allí llegaron la juventud, el alborozo, los primeros amores, las primeras borracheras, las conversaciones de sexo, en fin, las primeras experiencias. Esto a escondidas de mis padres, porque todo era pecado, como lo decía en el catecismo el padre Astete: pecamos de pensamiento y obra. No obstante, a mi parecer, el padre Astete se perdió de muchas cosas buenas: las caricias de las chapoleras, los besos rápidos de las amigas y los pródigos favores de las sirvientas.

Continuó la vida de estudiante entre libros y cuadernos, y me encontré con profesores de la talla de un Aurelio Colorado Mosquera, Raúl Guevara, Regina Betancur, Sofía Zuluaga de Jiménez y otros tantos a los que, por una u otra causa, llevo en mi memoria. Terminé mi bachillerato en el Efe Gómez de Fredonia, sin norte, sin sur, sin rumbo. Me enfrenté a una vida distinta, a unas experiencias no imaginadas y que me guardaban cantidad de sorpresas.

A los pocos días de graduado, mi padre me cobró todo lo que había invertido en mí: debía irme a trabajar para pagarle. El hermano franciscano Marco Julio me animó y apoyó económicamente para que viajara a la ciudad a continuar mis estudios. Lo hice con sacrificio y valentía, enfrentando una vida citadina totalmente desconocida para mí.

Estudié en la Normal Nacional de Varones, institución que me otorgó el título de maestro. La vida estaba presta a darme otra sorpresa: murió mi madre y quedaron dos hermanas menores, de cuatro y seis años, al cuidado de mi padre ya octogenario. Un golpe muy duro en mi existencia; se truncó el deseo de que ella me viera laborando. La situación se tornó muy difícil, pues fui nombrado para la Escuela Rural Mixta Madre Seca, de Anorí, muy lejos de mi tierra natal, Fredonia.

La escuela rural quedaba a tabaquito y medio —ni tan tabaquito ni tan medio—, a doce leguas del casco urbano. Llegué a enfrentarme con otro mundo, otras gentes, otros miedos y otras idiosincrasias. Por eso resonaba en mi mente: "Jamás debo demostrarme cobarde, tengo que enfrentar el miedo". Así, el muchacho flaco y desgarbado que era en esa época, empacó sus corotos en un maletín azul y sus libros en una caja de cartón (moda que en ese entonces identificaba a los maestros), y tomó rumbo a la flota Nordeste, con la alegría de ganarse $900.

Prosiguió así la odisea de un maestro con entrega, así como se hacen las cosas cuando se tiene verdadera vocación; con la suerte de que siempre fui aceptado por la comunidad. La vereda a la que llegué tenía alumnos y maestro, sólo hacía falta el lugar para estudiar. Con la buena voluntad que caracteriza los campesinos y la gestión del presidente de la acción comunal, Berto Mora Cárdenas, conseguimos un local que en el día funcionaba como escuela y en la noche como cantina. La mayoría de mis alumnos eran chocoanos; entre ellos conocí a los Moreno, que no eran morenos sino requemados; a Lucinda, que no era tan linda, y a María Luz, una luz negra.

Me habitué a las costumbres del lugar, a su música y, lo mejor, al baile. Las clases seguían, aumentaron los alumnos, se respiraba un ambiente de paz. Pero un día la alegría se vistió de negro, se acallaron los trinos de los pájaros, se escondió el Hojarasquín del Monte, el cura no volvió porque corría peligro su cabeza; no anduvo más la Patasola, por temor a las minas quiebrapatas; no volvió a bramar el Bracamonte; el tigre de Amalfi huyó de su guarida, como las gentes huyeron del campo y hasta a los espantos los espantó el paso firme de la guerrilla de entonces, el Ejército Popular de Liberación (EPL).

Estábamos en medio del conflicto entre el EPL y las fuerzas armadas. Fueron momentos difíciles, sin saber a cuál bando debíamos ayudar, o mejor aún, cómo evitar involucrarnos con las fuerzas en contienda, pues cuando llegaban los unos, nos acusaban de guerrilleros; cuando llegaban los otros, nos acusaban de ayudar al gobierno. Como por milagro, en esos ires y venires, se construyó la escuela, que aún hoy perdura como Centro Educativo Madre Seca.

Igual que los marineros, en un momento determinado los maestros debemos partir con buen viento y buena mar. En cada puerto y en cada escuela dejamos nuestra impronta, la cual perdurará siempre: unos nos recordarán con agrado; otros con indiferencia, pero con olvido, jamás.

De la Montaña de Oro, pasé a otra montaña llamada Tierra Adentro, Segovia; otra cultura, otras gentes, otras costumbres que enfrenté y otro miedo que vencí. En este municipio fui maestro de las escuelas San Martín de Porres, en el corregimiento de Machuca y en la Domingo Savio. En esta última encontré a un grupo de maestros que entregaron su juventud y su vida por sus alumnos y por la comunidad segoviana. Recuerdo como a verdaderos pioneros de la educación a Mercedes Oliva Agudelo Sereno, Ofelia Aguirre Ramírez, Regina Villegas, Javier Duque, Luz Ángela Zapata, Miryam González y Martín Carreño, entre otros; maestros que no empujan ni arrastran, sino que atraen con su buen ejemplo.

Fuimos hormigas con la docencia en el alma. Para nosotros, mientras más difícil era el reto, más tesón le poníamos para salir adelante. Para rescatar la tradición oral indígena y española del pueblo, escribimos un libro que presentamos en su centenario. Éste me valió el reconocimiento del Concejo Municipal en su resolución 039 del 3 de octubre de 1981.

En mi vida de docente encontré un norte, y de la tierra del socavón y la batea, pasé a la tierra del sur, donde el músico hace llorar el tiple y el punteo de una guitarra enternece a la mujer amada en una serenata; allí se hacen fiestas con sabor a café y se toma aguardiente a chorros, como diría Diego Calle Restrepo: "Quiero un Atrato de aguardiente / y un farallón de limones".

En el suroeste encontré a Titiribí, un pueblo clavado en las montañas de la cordillera central, renombrado a nivel nacional por ser cultor de la copla y la trova. La semilla del buen maestro también germinó en este pueblo, en el que encontró también buenos educadores (Lucía Martínez F., Olga Helena Vélez G., Tomás Llano, entre otros), como lo diría Vicente Fernández, para variar un poco, "sírvame lo mismo".

Es aquí, en la tierra de Antonio José Restrepo (*Ñito* Restrepo), Salvo Ruiz, Zoila Toro e Indalecio Ortiz, donde he trabajado veintiséis años consecutivos, haciendo y llevando la cultura a otros lugares, poniendo en alto el nombre del Santo Tomás, con la Banda Marcial, a la cual dirigí por catorce años. En las noches de bohemia gestamos con otros soñadores el Concurso Nacional de Poesía y Declamación "El Caratejo Vélez", que llegó a su versión XVI en noviembre de 2007. Desde sus inicios, el evento se ha organizado bajo la dirección del Departamento de Humanidades, al cual pertenezco. Y como no hay fiesta sin reina ni pueblo sin bobo, propuse el proyecto "Ellos también hacen historia", con el fin de recoger el acervo cultural de los personajes típicos del pueblo de las íes: Titiribí. El proyecto, inicialmente, lo trabajamos con los alumnos del grado once en 1999; luego, lo retomamos con los del grado noveno en el 2006. Nuestros personajes fallecen y lo más probable es que no los recuerden más; quizá este trabajo escrito les conceda cierta inmortalidad, pues "lo escrito, escrito está". La nueva empresa proyectada desde el 2007 hasta al 2010, se llama "Leer para soñar y soñar para escribir".

Como el acomedido come de lo que está escondido, fui declarado hijo adoptivo del municipio de Titiribí, por resolución 04 de 1985, emanada del Concejo Municipal, honor que comparto con *Ñito* Restrepo. Se me reconoció mi labor docente en el día de la municipalidad, por Decreto 060 del 12 de noviembre de 1994.

Durante estos años laborados como educador, he graduado a preclaros alumnos, que han dado lustre al San Tomás, como es el caso de unos que trabajan con su voz para Discovery Channel; médicos cirujanos, sacerdotes, estudiantes que nos llenan de satisfacción con nuestro quehacer.

De todo corazón, a los maestros que me enseñaron los valores fundamentales, sin más discurso que su buen ejemplo y su testimonio de vida constante; a los que me enseñaron a amar y respetar a nuestros padres y a nuestras futuras familias, a los demás, un Dios les pague

Magia transformadora

de realidades en el escenario educativo

María del Carmen Arbeláez Valencia

Profesora Institución Educativa José María Córdoba, municipio de Rionegro

Qué fácil es ver despuntar el alba y con ella recibir un gran ramillete de flores de variados colores, perfumes, tamaños, todas muy finas y frescas, pero que difícil darles el debido y oportuno cuidado para evitar que se marchiten prematuramente. Así llegan, cada mañana, jóvenes, niños y niñas a la Institución Educativa José María Córdoba, gran colegio de provincia, con 208 años dedicado a la formación de hombres y mujeres constructores de tejido social de la sede Liceo, en la Ciudad Santiago de Arma, de Rionegro.

Siempre estoy esperándolos. Mi vocación por el magisterio es grande desde muy temprana edad, y cada vez la pasión aumenta, porque mi existencia tiene sentido en la medida en que sirvo y promuevo a la comunidad para ver la vida cada día con ojos nuevos, para gozarla a pesar de la adversidad, y vivirla en fraternidad, a imitación del gran Maestro Jesús.

De niña, mi juego preferido era "la escuelita". Yo siempre era la maestra: "lo hacía con lujo de detalles", afirma-

ban mis amiguitos. Al terminar mi primaria en la Escuela Rural Santa Bárbara de Rionegro, manifesté el deseo de continuar estudiando pedagogía en La Normal, pero mi padre se opuso —así era la mentalidad del hombre campesino— por el temor a ese ambiente desconocido del pueblo. Pensaba, tal vez, que perdería a su hija sumisa y obediente; además, su concepción era: "La mujer no necesita estudiar" —no quería tener una hija maestra. Sentí entonces que mi castillo se derrumbaba —trabajar en la docencia era mi gran sueño—, pero mi mamá Olga Valencia y mi hermano mayor Uriel, a quienes hoy les agradezco con todo mi corazón, convencieron a mi papá. Para poder estudiar tuve que vivir en el pueblo, en la casa de un tío, pues la vereda donde yo vivía quedaba lejos del colegio y no teníamos un medio de transporte. Sufrí muchísimo, por el apego a mi familia y por mi timidez. En cambio, académicamente me fue muy bien: cada vez se reafirmaba mi vocación. Me gradúe como bachiller pedagógica, e ingresé a la Universidad Pontificia Bolivariana, para hacer la licenciatura en idiomas. A la vez, me desempeñaba como docente ocasional, llenando incapacidades, trabajando por horas extras y en colegios privados, porque cada vez que me salían nombramientos mis padres me impedían aceptarlos por ser en pueblos muy retirados.

De 1988 a 1990 fui concejala por el sector campesino y las juntas de acción comunal, e incluso tuve la oportunidad de desempeñarme como presidenta de la misma corporación, convirtiéndome en la primera mujer que haya presidido tan magna institución. Esto me abrió las puertas para hacer realidad mi sueño, porque al terminar ese período solicité al alcalde saliente que me colaborara para vincularme al sector educativo, y lo logré después de aprobar la evaluación como requisito.

Me posesioné el 12 de octubre de 1990 en el IDEM Presbítero Luis Rodolfo Gómez Ramírez de El Santuario. Y el mundo tomó otro color. Allí trabajé por tres hermosos, compartidos y soñados años, hasta que fui trasladada al liceo José María Córdoba en mi municipio natal, Rionegro, en diciembre de 1993. El 18 de enero de 1994, llena de gozo, me presenté al colegio para iniciar mis labores.

Ese mismo año comencé a hacer la especialización en educación sexual en la Universidad Antonio Nariño, estudio que me sirvió muchísimo, ya que por medio del proyecto "Convivencia con calidad humana", el programa de "Educación sexual" y la Escuela de Padres, ayudé a modificar estilos de vida y logré la aceptación de tres jóvenes, dos homosexuales y un travesti, por parte de la comunidad educativa y de las familias. Uno de ellos era rechazado por su familia. Ayudarles a asimilar su orientación sexual y adaptarse a ella implicó un proceso largo y profundo, que incluyó muchas entrevistas, conversatorios, videos, disco-foros, luego de lo cual se minimizó el dolor en los padres del joven y se acogió a este chico inteligente, líder, colaborador e inconforme.

En el mismo proyecto trabajé en prevención y acompañamiento de drogadictos y embarazadas —aunque ya se dan muy pocos casos—; realicé actividades con las fami-

lias, para lograr que recibieran de nuevo a los estudiantes que habían despedido de sus hogares. Esto se logró abriendo las puertas de su corazón, acompañando con el diálogo y la comprensión. Así mismo, trabajé con niños y niñas habitantes de la calle los días martes y jueves en las horas de la noche. En estas jornadas conté con la participación de estudiantes del grado octavo en actividades de formación y deportivas. Era una constante introyectar la importancia de la vida y la necesidad de preservarla. Así, los mismos estudiantes impiden el aborto a sus familiares, convirtiéndose en defensores de la vida. Es el caso de una preciosa pequeña del grado séptimo, quien hace cinco años llegó muy acongojada porque su hermana mayor, de veinticinco años, quedó embarazada por tercera vez y, por ser soltera, la habían expulsado de su casa; sólo la aceptaban con la condición de que abortara. La estudiante actuó como defensora de la vida ya concebida, porque su hermana pensaba en abortar. Iniciamos juntas la sensibilización a los padres y de la joven con temas en audio, lecturas reflexivas, observación de láminas, oración, e incluso llegamos a proponerle que permitiera a esta criatura indefensa nacer para darla en adopción. El cambio de pensamiento fue más rápido de lo pensado; los padres la apoyaron, nació un hermoso bebé, que hoy es la alegría del hogar, y la estudiante fue nombrada madrina, como reconocimiento a ese acto heroico de salvar una vida; a la vez, el colegio le rindió un homenaje por tan loable labor.

A lo largo de mi carrera en la docencia me he dedicado a apoyar a quienes han sido víctimas de abuso sexual, en muchos casos por incesto, mediante la denuncia ante la autoridad competente, a dar apoyo en casos de violencia intrafamiliar, a acompañar a los desplazados y a los que sufren el rigor de la violencia por los grupos al margen de la ley y la descomposición social en los hogares. En algunos casos, estos hogares con problemas han podido reunirse una vez más gracias a las entrevistas y la asesoría de pastoral familiar. Así mismo, he centrado mi atención en los drogadictos, comprometiéndome a ayudarles para que no sean expulsados de la institución en la que estudian, con excelentes resultados. Tal es el caso de un joven en un estado de policonsumo avanzado. Me di a la tarea de sacarlo de allí, escribiéndole cartas, y haciendo que sus amigos, su familia, los docentes y directivos también le escribieran, dándole mensajes positivos diariamente como: "naciste para triunfar", "eres grande", "sólo por hoy no consumiré" y otros. Con frecuencia, se lo arrebataba a esas guaridas infrahumanas, en donde él se encerraba a consumir. Allí reinaban la soledad, el abandono, el frío, la ruina, la oscuridad, en medio de unos entes con cuerpo de humanos cuya única motivación era consumir. Este proceso tardó tres años; hoy el joven es un destacado profesional con un hogar bien constituido.

Me he iniciado desde muy chica como dirigente o miembro de organizaciones y proyectos comunitarios, y esta actividad ha continuado en mi labor docente, en instituciones como la Junta de Acción Comunal, grupos juveniles, los grupos Sembradores de Paz, Legión de María, voluntariado en Pastoral de la Salud. Así mismo, he dirigido semilleros artesanales para jóvenes con dificultades disciplinarias, académicas y sociales, igual que

el semillero de pastoral penitenciaria, dirigido a internos del Centro transitorio de Rionegro, trabajando con jóvenes de los grados de sexto a octavo en la parte cultural y deportiva. Todo esto se realiza en tiempo extracurricular, e incluye: un grupo de teatro, tertulias de luna llena, catequesis, pastoral penitenciaria para la reivindicación social, afectiva y religiosa de algunos internos del Centro transitorio de Rionegro, con la celebración del perdón consigo mismo, con el agresor, con sus familias y lograr la conversión y recibir sacramentos como el bautismo, penitencia, primera comunión y confirmación, además de cursos como Cursillistas de cristiandad, y el proyecto Delinquir...No paga. Con esta propuesta de vida para los jóvenes de Antioquia, quienes han cesado sus actividades delictivas, por la profundidad con que se aborda el proyecto y la sensibilización por los internos de Bellavista y los del centro transitorio de nuestro municipio. Otro grupo de los mismos grados de sexto a octavo integran la Fraternidad Hijos de la Iglesia a nivel internacional.

Aunque en 1995 se me dio el encargo de coordinación en la institución donde laboro, he continuado con el acompañamiento y la ayuda a fumadores, portadores de armas, consumidores de drogas, a quienes tenían relaciones sexuales prematuras, a cleptómanos, e integrantes o simpatizantes de grupos satánicos. Dicho acompañamiento ha arrojado resultados positivos, gracias a la colaboración de la Iglesia, la personería municipal, hospitales, psicólogos, y las organizaciones Alcohólicos y Narcóticos Anónimos.

Después de ocho meses en el cargo volví a la base, con profunda alegría para estar más cerca de mis discípulos. El mismo cargo lo desempeñé por un año en la Institución Educativa San José de las Cuchillas, en el 2004, promoviendo la convivencia, para hacer más vivible el ambiente.

¿Qué se esconde en cada mirada de amargura y dolor?; ¿cuáles son los sentimientos de aquel que no quiere responder al saludo de los buenos días, porque dice a viva voz: "no sé qué le ven de buenos"?; ¿cuán cruenta y oscura es su historia familiar y personal, que cuando nos disponemos a saludar y bendecir el día salen de sus ojos incontenibles lágrimas? Detrás del comportamiento problemático de cada persona hay una historia, que tal vez se le ha impedido contar. Por eso sus reacciones llevan a entorpecer la armonía personal, grupal e institucional, porque estas preciosas criaturas están sedientas de escucha, afecto, cariño, de un "te quiero", de comprensión y ternura, manifestadas en la cercanía física, en un abrazo, en el mirar a los ojos, en expresarles la alegría de verles cada mañana. Por esto no pueden solucionar de forma pacífica cualquier dificultad, sólo responden con agresión física o verbal ante cualquier conflicto presentado en el descanso, cuando otro estudiante pasa y lo roza, cuando no comparte su desayuno, o porque el otro está alegre y lo manifiesta con su risa y éste no tiene ningún motivo para dejar escapar una carcajada o una ligera sonrisa. Y porqué hacerlo, cuando el papá y la mamá están en la prisión pagando largas condenas, y porqué hacerlo cuando a la mamá la asesinaron y la torturaron desmembrándola en su presencia, por eso salieron de sus tierras y llegaron a esta localidad y a esta institución educativa cuyo lema es: "Formando líderes capaces de construir

un mejor futuro". Pero éste no parece decirle nada, tampoco la amplia y bellísima planta física; sólo el abrazo, el mirarle fijamente a los ojos y escucharle mitiga la inmensa pena de quien siendo una pequeña criatura ha tenido que vivir tantas y largas penurias.

Desde hace ocho años se viene beneficiando la institución con el "Centro de Escucha, Alternativa de Paz y Convivencia", auspiciado por Cáritas Alemania y Cáritas Colombia, desde el Proyecto Viviendo, traído a nuestra Diócesis Sonsón-Rionegro y que consiste en crear espacios de catarsis y sanación mediante la oralidad. Aquí la palabra tiene la palabra, un grupo de estudiantes voluntarios son entrenados en técnicas de escucha activa, relación de mutua ayuda, trabajo de pares, respeto y silencio por lo escuchado. A ellos acuden estudiantes con diferentes dificultades; el trabajo en red nos permite hacer las remisiones necesarias a psicología, medicina general, terapia de familia, clubes deportivos, entre otras. Es de anotar que la asistencia al centro de escucha es voluntaria, y la atención se brinda también a las familias y profesores. Gracias a la escucha oportuna se ha impedido el suicidio de la madre de una niña del grado sexto por problemas sentimentales; además, se evitó que una niña del grado octavo cegara su vida, ya que encerrada en el baño, se estaba cortando las venas porque la mamá la había despedido de su casa. Este caso fue remitido a la pastoral familiar de la Diócesis Sonsón-Rionegro.

Este despliegue de actividades y proyectos busca fomentar los valores institucionales de la solidaridad, el respeto y el buen trato, entre otros. Para cultivar la solidaridad, todos los martes se recoge, entre los estudiantes, la ofrenda llamada "Pan de San Antonio", para entregarla a otros más necesitados. En años anteriores, con el grupo de teatro se recaudaban fondos para invertirlos en las familias menos favorecidas, dedicando el dinero al pago de intervenciones quirúrgicas, mejoras de vivienda, funerales, refrigerios y dotación de implementos de estudio, entre otros. Se ha trabajado igualmente en el respeto hacia toda la comunidad educativa y de manera especial hacia los líderes; en los descansos se promueve el buen trato, y se colabora a los estudiantes a quienes se les han detectado insuficiencias académicas y disciplinarias. Ellos son ayudados por unos *padrinos o madrinas*, del mismo grado o de otros, quienes tienen el acompañamiento de practicantes de psicología de la Universidad Católica de Oriente. En los grupos que he tenido a mi cargo hemos trabajado el valor de la cooperación. Para fomentarlo, creé el *correo familiar*, en el cual se envían mensajes a cada familia y viceversa, y se escriben entre familias con el ánimo de aclarar alguna dificultad o resolver cualquier situación.

Hace cuatro años fui elegida como jueza de paz municipal. Aprovechando esto, creé en el colegio la figura de los jueces de paz escolares, como una instancia de justicia alternativa en el ambiente escolar. Los objetivos de los jueces de paz escolar son: administrar justicia en la institución educativa; practicar la escucha para optimizar el proceso conciliatorio; resolver conflictos cotidianos de manera satisfactoria; minimizar los conflictos escolares, permitiendo una convivencia armónica y promover agentes de paz para la solución de conflictos escolares.

Dado que los jueces eran garantes de la conciliación, los acuerdos y los pactos entre las partes, los conflictos resueltos no entraban en los procesos disciplinarios. En esta iniciativa conté con la valiosa colaboración de la rectora Blanca Ruth Marín Agudelo, quien estaba convencida de la eficacia de este modelo. Por la acogida entre los estudiantes y debido a los resultados obtenidos, este mecanismo ha servido de modelo para otras instituciones, no sólo del municipio, sino también de otras ciudades y departamentos. Dicha experiencia se publicó con las evidencias de los estudiantes en una cartilla editada por el Instituto Popular de Capacitación de Antioquia.

Es esencial amar lo que se hace. Sintiendo una gran vocación por la docencia, la creatividad fluye y se encuentra la magia transformadora de realidades hostiles en los discípulos, en el desconocido pero fascinante escenario educativo, llámese institución, aula, laboratorios, biblioteca, auditorio o el patio para el descanso y las zonas verdes. Fue así como se creó el subproyecto "El buen trato nos da un mundo grato", nacido de la necesidad de contrarrestar la violencia que proyectan los estudiantes, al ser ésta parte de su historia personal. En el proyecto, contamos con el patrocinio de la Universidad Católica de Oriente, la Iglesia y el programa Maná de la Gobernación de Antioquia en su componente llamado "Nutrición con buen trato". Los beneficiados en 2006 fueron los niños y las niñas de quinto grado de la sede Pascuala. Se eligió esta institución por estar situada en un barrio vulnerable, por la violencia manifiesta y la falta de un proyecto de vida en los escolares, ya que se inician a corta edad en la droga y otros hábitos contraproducentes para su formación integral. En 2007 se continuó el trabajo con actividades en los grupos de sexto grado y sus familias.

Soy madre y maestra, que ríe con la alegría del otro, ayuda a buscar la salida al desesperado, muestra el norte de la vida a quien lo ha perdido, tiende la mano al abandonado, porque tengo la convicción de que no todo lo que se hace por el otro se gana, tampoco todo se pierde; por eso, cada día lo empiezo como si fuera el primero, el último o el único en mi docencia, propendiendo por la formación de una generación altruista, capaz de conquistar el horizonte, enfrentar obstáculos, soñar y luchar por sus sueños, con proyectos de vida claros y visión triunfadora, con gran sentido de esperanza y fraternidad, en suma, seres significativos.

Detrás de mi desempeño en la docencia y mis éxitos en el campo social con los estudiantes, permanece mi gran ángel y asesora, que siempre me acompaña, me anima y aplaude mis aciertos: es mi hija Yalena Tatiana Rendón Arbeláez; a ella, mi gratitud y amor.

Y pensar que aún queda tanto por contar…

Ellos

sí me necesitan

Esa noche organicé mi bolso con unas cuantas mudas de ropa, piyamas, chanclas e implementos de uso personal. Me habían nombrado educadora de la escuela Luis Zea Uribe del corregimiento de Sitio Viejo, en el municipio de Titiribí, Antioquia. Mientras empacaba, me sentía muy triste, por dejar a mis padres, hermanos, hermanas y abuela paterna, pero a la vez me sentía animada, porque iba a poder ayudar económicamente a mi familia, ya que éramos once hermanos. Ellos habían depositado toda su confianza en mí.

No pude conciliar el sueño, pensaba en la separación y la vida que me esperaba lejos de mi casa. A pesar de que éramos una familia muy pobre, humilde, vivíamos la armonía, la tolerancia, el respeto y la unión de todos, con grandes valores éticos y morales. Mis padres acostumbraban siempre rezar el Santo Rosario antes de acostarnos y darle gracias a Dios por el pan que nos había dado ese día.

Me preguntaba quién o quiénes estarían a mi lado. Tenía mucho miedo. Esa mañana a las seis en punto, mi mamá me llamó para que me organizara y pudiéramos viajar en el bus que entraba al pueblo a las 7:00 a. m. Llegamos al municipio de Titiribí a las 8:20 a. m., preguntamos por el señor alcalde y el señor jefe de núcleo. Me presenté al alcalde, señor Ángel Posada, y le entregué la orden donde me nombraban como educadora. Él me hizo la posesión, me presentó al señor Hernando Rodríguez, jefe de núcleo, y luego me orientó para llegar a mi sitio de trabajo.

María Elena Monsalve Gallego

Profesora Institución Educativa Pascual Correa Flórez, municipio de Amagá

Abordamos un *colectivo* para llegar a la escuela, pero tuvimos que bajarnos antes, pues la carretera no llegaba hasta allí. Cuando llegué, me presenté a la directora, señorita Gloria Amanda Moncada Puerta, quien nos recibió y nos invitó a tomar algo. Mi madre se alegró mucho al ver que las compañeras con quienes iba a trabajar eran todas amagaceñas y conocidas. Era la primera vez que su hija salía de casa y a pesar de que no lo manifestaba, en su mirada se notaba incertidumbre; pero al verlas, sus ojos brillaron tranquilizados.

Después de haber compartido un refrigerio, mi madre y mi hermano Leonel Alberto se despidieron, pues debían viajar ese mismo día a Amagá y el último carro salía de Titiribí a las 4:00 p. m. Cuando mis familiares se fueron, la directora me presentó a los alumnos y me entregó el grupo que iba a tener en ese año; era el grado segundo, un grupo con el que siempre soñé, unos niños y niñas de edades entre siete y nueve años, con miradas angelicales, ansiosos de conocer a su nueva maestra. En ese momento sentí algo inmenso en mi corazón, y recordando la parábola del buen samaritano le pedí a Dios que me ayudara y que no me permitiera lastimar a mis semejantes, pues era muy joven.

A los dos días tuve la oportunidad de entrevistarme con los padres de mis alumnos en una reunión escolar. En ellos pude observar la esperanza y la confianza que depositaban en mí; se notaban sedientos de amor, de comprensión, de orientación, y porqué no, de una mano amiga.

A pesar de mi falta de experiencia, me enfrentaba a una comunidad en la que había mucho por hacer. Sentí el llamado de Dios, pues ser MAESTRO es guiar, orientar y enseñar con el ejemplo. En las horas de almuerzo y en las tardes después de haber cumplido con mi deber y haber enviado a mis alumnos para sus casas, me dedicaba a visitar sus familias y a aportar mi granito de arena a nivel espiritual, personal y material.

Eran familias donde los valores estaban muy deteriorados, no se vivía el diálogo y la armonía del hogar, sus papás siempre estaban trabajando y cuando descansaban, se iban para el pueblo, a las cantinas, a emborracharse; sólo les importaba llevar comida y sus hijos y esposa nada significaban para ellos; ellas, alejadas de Dios. Yo les colaboraba, escuchándolas, orientándolas, dándoles ánimo y seguridad para seguir adelante. Además, le ayudaba a sus quehaceres domésticos y a atender a los niños.

Mi estadía en la Luis Zea Uribe, del corregimiento de Sitio Viejo, fue muy corta: me trasladaron a los dieciocho meses, pero a la vez fue muy fructífera; aprendí a ser independiente, autónoma en la toma de mis decisiones, a analizar los problemas y las necesidades de una comunidad carente de afecto, empleo, sentido de pertenencia. Todas estas falencias abonaban el terreno, donde se gestaban otros problemas sociales, como el alcoholismo, la drogadicción, el madresolterismo y la prostitución.

De la tierra en donde todo lo que brilla es oro, las minas del Zancudo y Sitio viejo, y que con coplas y trovas se le canta a la vida, al terruño, a la virgen y a la mujer amada, fui trasladada a la escuela La Gualí, del municipio que guarda en sus entrañas el hierro y carbón: mi querido Amagá.

A mi llegada, la directora de la escuela, Amparo Urrego J., me recibió y me asignó los grados primero, segundo y tercero. Era una nueva experiencia, venía a desarrollar el programa de *escuela nueva,* donde los niños trabajan con guías, respetando su ritmo de trabajo y aprendizaje. Luego me presentó a la señora más humanitaria, servicial y honesta: a doña María Dolores García, a quien cariñosamente le decíamos *Lola*, una excelente mujer, que reflejaba candor y filantropía en su mirada. No me equivoqué, pues en ella encontré sabios consejos que cada día engrandecen mi más bella labor... ser maestra. Allí estuve doce años y medio; una comunidad donde algunos alumnos padecen la agresividad, la intolerancia y el deseo de no hacer nada. Sentí de nuevo el llamado de mi vocación y continué con la tarea de orientar a estos seres carentes de afecto, con la escucha, el aprovechamiento del tiempo libre y, lo mejor, hacerlos sentir como seres humanos capaces de trascender.

Como los buenos perfumes vienen en envases pequeños —así soy yo; pequeña pero con entereza, entrega, abnegación y tesón, ésta es mi carta de navegación— fui solicitada para trabajar con la comunidad de minas de Amagá, donde la descomposición social es sencillamente brutal: violencia intrafamiliar, alcoholismo, drogadicción, prostitución, madresolterismo, homosexualismo, desempleo, carencia de recursos económicos y explotación del menor. Aquella situación afectaba en forma tal la convivencia escolar, que los educadores se desestabilizaban emocionalmente... salían casi "loquitos"; y qué decir de los padres de familia. Sí, éste era el ambiente al cual llegaba, aquel que me motivó a realizar mi licenciatura en pedagogía reeducativa.

La lucha fue ardua, intensa y tenaz con estos alumnos desadaptados y con un agravante: lo poco o mucho que lograba con ellos en la institución, era *derrumbado* en la calle y en la familia. A lo anterior le podemos agregar el maltrato verbal de algunos maestros del establecimiento: "a mí no me dé ese gamín", "no quiero trabajar con ese desechable", "no lo quiero tener en mi grupo".

Lento, lento pero seguro; luchando contra la corriente, me fui ganando la confianza de estos jóvenes que, por una u otra causa, son señalados y rechazados por la sociedad; son mis amigos, mi razón de ser, mi talón de Aquiles. Por ellos insisto y seguiré insistiendo.

Motivada por el trabajo positivo con estos jóvenes, decidí hacer mi especialización en educación personalizada, experiencia que me aportó otras herramientas, las cuales he aprovechado para hacer un acompañamiento pedagógico dentro y fuera del aula. Me capacité también en el programa de aceleración del aprendizaje, que consiste en brindar, a niños y niñas en extraedad (de nueve a diecisiete años), la oportunidad de terminar su primaria en un año; el único requisito es saber leer y escribir, sumar y restar. El trabajo se desarrolla a través de módulos, se trabaja por días, cada día es un desafío, y la clase se realiza en seis momentos. Ésta es la oportunidad para estar más cerca de estos jóvenes.

Actualmente el comportamiento, el rendimiento académico, el sentido de pertenencia, el acompañamiento de sus familias y el compromiso de ambos ha hecho que mi labor se vuelva cada día más gratificante, despertando en mí el deseo y el entusiasmo de seguir luchando para mejorar la calidad de vida de esta comunidad.

Ahora, mientras escribo, vuelvo sobre aquella noche: mi bolso, unas cuantas mudas de ropa, piyamas, chanclas e implementos de uso personal... y unos deseos infinitos de ser lo que hoy soy: maestra de alma

Tengo la impresión de cultivar

árboles que están dando fruto

El delinquir no paga, pana,
Vive tu vida sana,
tú sabes que el vicio a ti te embala.
Para, reflexiona y cambia,
Busca ayuda sana;
tu familia te ama.
(*Delinquir no paga*. Canción creada por los estudiantes de la Institución educativa Efe Gómez)

María Fanny Díez Moncada

Profesora institución educativa "Efe Gómez", Fredonia

"Una vida vivida para los demás, vale la pena ser vivida". Éste fue, es y seguirá siendo mi lema; porque tengo presente un pensamiento que una canción atribuye al gran libertador Simón Bolívar: "No importa donde se nace ni donde se muere, sino donde se lucha". Siempre consideré que escribir sobre personajes vivos tiene sus desventajas; porque el personaje está ahí, con su causa o su contradictoria vida, y sus amigos o detractores pendientes de sus

pasos; pero pienso ahora que no podemos dejar de ser lo que somos, de modo que es el momento oportuno para relatar este puñado de experiencias que le han dado sentido a mi vida, siguiendo el consejo de mi esposo: "Escribe un libro con tu historia y la experiencia de tus treinta años como maestra".

Una misión que Dios me ha dado, así percibo mi labor. Día a día encuentro personas necesitadas de orientación, ayuda, asesoría o aprendizajes, y siento que tengo el don para guiarlas. Quien asume ser maestro se arriesga a que su vida se vea comprometida con los otros, que sea para los otros y se desenvuelva entre los otros. Este llamado a la vocación de enseñar es un llamado a cuidar y entregarse a los demás: niños, jóvenes y adultos, buscando una relación de presencia y de respeto a la alteridad; aprendiendo a resolver conflictos, tomando decisiones. El inicio fue descubrir el talento para tratar a los demás. Me conmueve la problemática que vive un hermano, mis padres, un vecino, un estudiante, un compañero; esa sensibilidad que en momentos me impacta es lo que me llevó a descubrir mi quehacer social. Es maravilloso ver cómo cambian los lugares, cómo progresan, y más cuando estos logros son de toda una comunidad, que inspirada por el bien común, alcanza grandes metas.

En 1978 me inicié como maestra, dirigiendo la escuela rural Poblanco. Este nombre fue tomado de la localidad, y significa "poblado de indios con barba blanca". Encontré la escuela en precarias condiciones; pero con la ayuda de muchas personas, logré levantarla y ampliar la estructura para realizar actividades comunitarias e impartir clases a niños y a adultos. Después de mucho trabajo y con aportes administrativos, llegamos a tener instalaciones nuevas, bien dotadas. Esto motivaba a la población. Cambiamos los rústicos pupitres bipersonales por sillas universitarias, mesas trapezoidales, y conseguimos material didáctico y audiovisual, que ayudó a enriquecer la tarea pedagógica. El entusiasmo de los niños y sus padres era notable, ¡cuán felices estuvimos todos con esos logros!

Con el tiempo, se vio la necesidad de organizar diferentes grupos extracurriculares y asignarles tareas específicas. Los jóvenes recurrieron al deporte. Con la ayuda de diversas entidades conseguimos construir una placa polideportiva, que se convirtió en el sitio de encuentro para la práctica de deportes y las actividades lúdicas. Merecen reconocimiento todos aquellos jóvenes que representaron deportivamente la comunidad ante el municipio.

La tarea del maestro se realiza en tres dimensiones: como sujeto en su identidad, en su práctica profesional dentro y fuera del aula, y como sujeto público, con una gran responsabilidad social. Esta labor social ha enriquecido y madurado otras metas que me he propuesto como educadora y formadora de jóvenes.

En dicha labor, recuerdo la creación de una escuela nocturna, para enseñar a leer y escribir a personas analfabetas; así, pude ayudarles a cumplir sus sueños. Varios de estos adultos incluso completaron sus estudios secundarios y se emplearon en diferentes oficios, mejorando así su nivel de vida. A la par, trabajé con un grupo de personas jóvenes y adultas en diferentes actividades lúdicas, deportivas y culturales.

Continuamos progresando con el trabajo comunitario. Ha sido maravilloso ver llegar la luz eléctrica a las humildes casas, cuando antes sólo podíamos minimizar la oscuridad de la noche con la llama tenue de una vela encendida, y hubo ocasiones en que sólo podíamos iluminarnos con un rayito de luna, pero, ¡qué bella si estaba acompañada de un hermoso lucero! Y cómo no recordar la primera vez que llegó el agua por un tubo de acueducto, si antes sólo podíamos contar con este vital elemento si Dios nos enviaba la lluvia, o teníamos que ir a recogerla a una quebrada, al río, o a los charcos que prodigiosamente aparecían al pie de las montañas. Impresionante la alegría de ver llegar por primera vez un carro a la vereda gracias al esfuerzo que muchos aportaron en tiempo, trabajo, dedicación y solidaridad, para lograr hacer la carretera. Cómo no apoyar estas obras, si desde el comienzo y por mucho tiempo, para salir todos lo hacíamos a pie o a caballo.

Es una historia de vida y de proyección social durante veintitrés años, en el mismo lugar y con diferentes personas. Allí me hice maestra; en Santa Bárbara, hace ya treinta años, empecé mi labor productiva en varios campos de la vida. A partir de entonces, para mí se ha hecho un reto estudiar en la universidad y prepararme para trabajar y entender a aquellos estudiantes que manejaban problemas de comportamiento y desadaptación social. Terminé la licenciatura en pedagogía reeducativa en la Universidad Luis Amigó, en 1992. En realidad, uno es lo que quiere ser, y yo quería ser una pedagoga reeducadora; amar a los estudiantes como hijos, con amor reverente y respetuoso, con exigencia y comprensión, sin indicios de permisividad ni deshonestidad; comunicarme frecuentemente con sus familias; tener una visión clara e intuitiva para descubrir los menores síntomas de problemas que fueran objeto de reeducación, pues si se atienden al comienzo no será necesario utilizar medios ni formas correctivas

Impulsé con otros compañeros, en el municipio de Santa Bárbara, la Asociación de Pedagogos Reeducadores. Queríamos ofrecer orientación profesional a los muchachos con dificultades de comportamiento y desadaptación social, alcoholismo y drogadicción, así como a las familias. Desde entonces, he sentido que esta causa ha traspasado las fibras de mi corazón y siempre me ha enamorado esta promesa: trabajar con muchachos que tienen tales problemas. Quisiera treparme a los techos, extenderme por los corredores y las aulas, y encontrar a aquellos jóvenes que tanto necesitan ser orientados en sus dificultades.

Por eso, tengo la certeza de que mi labor formativa no termina aquí; debo continuar haciendo lo que me gusta hacer; porque lucho por ser una pedagoga de profesión, trabajadora y líder social, humanista de vocación, maestra comprometida con una institución y una sociedad. No puedo parar de servir a los demás, porque esto le da sentido a mi vida.

Para complementar mi labor social, me preparé como promotora de círculos de convivencia, para generar una cultura de paz en los estudiantes y en sus familias. Aprovecho cada espacio que me ofrecen para proyectar esta estrategia; uno de ellos es la dirección de los microcentros de Santa Bárbara, un proceso de autoformación: maestros formadores de maestros.

Mi labor ha trascendido el ámbito local, con la representación del municipio en el programa de Circuitos de Participación, liderado por la Gobernación de Antioquia, y la intervención en "Antioquia se toma la palabra", una serie de debates televisados que contribuyen a la formación de las familias.

El camino sigue. En 1998 obtuve el título de "Especialista en educación sexual". Armada con todas las herramientas de investigación, lidero desde entonces el proyecto de educación sexual en mi institución, cuya filosofía es que el alumno tiene que responsabilizarse de sus procesos para formarse como un ser ético en su vida sexual. Actualmente uno de los problemas más graves de los jóvenes en el municipio es el embarazo en adolescentes de doce a dieciocho años. Por ello, me entusiasma pertenecer al equipo formado para trabajar con el Programa de Promoción de Derechos y Redes Constructoras de Paz, sobre la prevención de embarazos en adolescentes, implementando la estrategia para informar, educar y comunicar (IEC). La maternidad y el embarazo a temprana edad pueden afectar la salud de los jóvenes, de modo que la prevención del embarazo en adolescentes es un asunto de hombres y mujeres. Enseñar a tomar decisiones inteligentes y responsables es nuestra meta.

Con el deseo de continuar esta labor, le apuesto a mi existencia, por la existencia de los otros. Fue así como me capacité en una estrategia pedagógica liderada por la Gobernación de Antioquia con su programa "Plan Congruente de Paz", en el marco del programa de cultura ciudadana. La Institución Educativa "Efe Gómez" fue seleccionada para recibir la capacitación de la propuesta "Delinquir... no paga", que surgió en 2004 de la Mesa de trabajo por la paz de la cárcel de Bellavista. Su propuesta es dar mensajes de vida para los jóvenes de Antioquia, para que no cometan delitos y lleven una vida sana. En estos tres últimos años, he liderado este proyecto con un grupo de jóvenes de la institución, que compartieron sus experiencias con los presidiarios de la cárcel de Bellavista. La capacitación la deben multiplicar en las aulas de clase por medio de conferencias, videos, canciones, textos, carteleras, dramatizados, testimonios.

Los estudiantes se apropiaron grandemente de este proyecto, de tal forma que crearon una canción titulada *Delinquir…no paga*. Ésta ha servido como referente de reflexión para los integrantes de ésta y otras instituciones.

En relación con lo anterior, mi experiencia pedagógica social se ha enriquecido con la vinculación al programa de "Conciudadanía", como formadora de competencias ciudadanas y de reconciliación en escuelas zonales.

Mi sueño de cada día es aportar a la construcción del otro. La pedagogía es la renovación, y el pedagogo conduce, enseña e instruye. Por eso lucho por ser una maestra para la vida

Educar,
sinónimo de servir

María Josefina Tamayo Vélez

Profesora Centro Educativo Rural Berrío, municipio de Santa Rosa de Osos

Escribir sobre mi vida y obra es, para mí, un reto, una apuesta por las raíces de mi origen campesino, por la razón de vida que ellas me enseñan, por el amor con que revisto mi quehacer diario, porque al igual que muchos de mis compañeros, me construyo como persona. Soy educadora por vocación, pretendo ser firme como el roble, árbol insigne de Santa Rosa. Soy una educadora desde siempre, enamorada de la humildad y sencillez de las personas del campo. Soy educadora las veinticuatro horas del día, y de veinticuatro horas de servicio edifico mi lema: "Educar, sinónimo de servir".

Oficialmente mi labor como educadora inició el 12 de julio de 1978, pues esa fecha me vio nacer a la educación de este país, cuando me dieron el nombramiento en la seccional de la Escuela Rural Mixta San Bernardo, en una vereda casi desconocida de mi pueblo.

Pero antes de contar mi experiencia como educadora, quisiera referenciar desde mi niñez la vocación por educar que he promulgado. Decidí aprender a leer y a escribir por mi cuenta... esos recuerdos se remontan a mis primeros cinco o seis años de vida. Nací en una zona rural lejana de Entrerríos (Antioquía), la cuarta hija de una familia de doce hermanos. Como los mayores ya estudiaban, yo también quería hacerlo, pero no me recibían matriculada porque no tenía la edad exigida en aquel tiempo (siete años), y entonces me tocó asistir a la escuela como arrimada. "Arrimados", nos decían, porque no había un espacio para

nosotros. Como sólo íbamos a acompañar a los hermanos, nos tocaba sentarnos en el suelo o en troncos de madera. Desde allí, mientras los otros jugaban, yo estaba atenta a los sonidos y combinaciones de las letras. Los números los aprendí jugando con mi papá a contar las estrellas y escribiendo el número en el piso de tierra con cualquier palito que encontrábamos. También a su lado y junto al eco, aprendí también a pronunciar bien las palabras. Para la escritura, las cosas eran más difíciles, porque no podía utilizar los cuadernos, pizarras o lápices de mis hermanos. Tuve entonces que aplicar un poco de creatividad y utilizar el papel de desecho de las envolturas de los traídos del mercado familiar y recoger los trozos de lápiz que mis hermanos dejaban. A falta de lápices, el carbón con que se cocinaba también me servía de material didáctico.

Crecí en la sencillez de un hogar que guardaba el calor propio de la familia antioqueña, donde no había lujos, pero no faltaba nada, como dirían mis abuelos, ¡qué tiempos aquéllos! Caminábamos descalzos y sólo usábamos los zapatos el día que había misa en mi escuela. Y aunque no teníamos una muñeca, un carro, un balón, recurríamos a la creatividad para fabricarlo con nuestras propias manos, utilizando cualquier material que encontráramos: telas, papel de cuido, la fibra o cabuya de los costales; hacíamos las vaquitas del corral con pequeñas calabazas y palitos recortados, según la necesidad, para sus cachos o patas, mientras que la cercas eran hebras del cuido; en fin, usábamos todo lo que despertara nuestra imaginación.

Al cumplir mi séptimo año de vida fui matriculada en la escuela, y para aquella época ya sabía dividir. La maestra, doña Ligia Urrea de Pérez (que en paz descanse) me encaramaba en un taburete para que alcanzara el tablero y pudiera mostrar a los alumnos de segundo cómo se dividía. Fue esta la primera manifestación que recibí de mi futuro como educadora, pues doña Ligia me repetía constantemente: "Estudie, estudie, mija, para que sea la maestra aquí cuando yo falte". Afortunadamente, mis padres escucharon mis clamores de querer estudiar y me lo permitieron, a costa de su separación: mi papá se quedó en la finca y mi mamá se vino con nueve hijos a vivir a Santa Rosa, para que pudiéramos estudiar: ¡qué sacrificio aquél!

Y fue mi mamá misma quien aquel final de julio de 1978 me acompañó hasta la vereda, para mí desconocida, San Bernardo, donde había sido nombrada. (La escuelita de Potrero Grande, donde inicié mi primaria, estaba recién ocupada). Llegar a San Bernardo implicaba hacer unos 35 kilómetros en carro, por un camino destapado y luego 7 a pie por un camino de herradura. Recuerdo aún la cara de sorpresa de las dos educadoras que allí laboraban y que no habían recibido ninguna notificación de traslado. Nos regresamos ante el coordinador en los Llanos de Cuivá, y allí me dejaron cubriendo una licencia por maternidad. Dos semanas después llegó mi otra compañera y como las dos maestras de San Bernardo continuaban allí, nos quedamos recibiendo una capacitación en artesanías y ayudas didácticas durante una semana. Finalmente, iniciando agosto, pudimos llegar a nuestra soñada escuela: una construcción viejísima y que amenazaba ruina. Comenzamos haciendo un estudio de las familias del sector y especialmente de aquellas que no tenían sus hijos en la escuela. Nos los conquistamos para el próximo año.

Muy pronto estaba organizada la Acción Comunal; se iniciaron los trabajos para abrir la carretera, luego para construir la parte nueva de la escuela y así, poco a poco, se mejoró la situación. Allí, con estos proyectos a punto de terminar, dejé a mi compañera después de cuatro años de la más inolvidable experiencia como educadora en el mejor de los ambientes que existe en el mundo, el del campo, para acercarme un poco a mi casa, pues ya me había casado y tenía dos pequeños hijos. Además, San Bernardo sería, a partir de ese año, una escuela unitaria.

Inicié entonces de nuevo, reemplazando a una compañera que disfrutaba de una licencia por maternidad, en la Escuela Rural Mixta Berrío. De allí me trasladaron unos 7 kilómetros adentro de la carretera principal, para tratar de revivir una escuelita que había funcionado como privada, pero que habían cerrado hacía ya varios años, la Tulio Ospina. Esto no pudo lograrse, porque el personal de allí era flotante. Allí permanecí desde finales de 1983 hasta comienzos de 1985. Ya fuera por falta de personal, me llevaron a la Berrío en calidad de préstamo, para cubrir una nueva licencia de maternidad, y un año después me nombraron oficialmente. Ésta es una escuela grande, con muchos estudiantes, en aquel tiempo 180 aproximadamente. Allí trabajamos exitosamente, con otras tres compañeras, las mismas durante once años consecutivos, logrando la mejor calidad en nuestros estudiantes, pues los niños que salen de La Piedra (como popularmente se le conoce), son muy apetecidos, especialmente en el colegio de los Llanos, a donde acuden casi todos los que aquí terminan.

En 1999 mi vida cambió totalmente: mi esposo, educador rural también, padre de mis cinco hijos, sufrió un accidente en moto y quedó prácticamente impedido para caminar. Luchamos durante nueve meses, soportando estadías en los hospitales para cirugías de columna, tratamientos, terapias, pero la noticia de que sería pensionado con un porcentaje muy bajo y de que eran pocas sus posibilidades de volver a caminar de una manera normal, le produjeron un infarto fulminante que acabó con su vida, y yo creí que con la mía también, porque él era mi razón de vivir. Mis cinco hijos y la renuncia de quien fue por treinta y nueve años la directora de esta escuela, me obligaron a poner los pies sobre la tierra, asumir la dirección de mi hogar y también la de la escuela, y continuar adelante.

Lo más importante de este duro golpe es que encontré a Dios en mi camino. Antes lo sentía cerca, pero a partir de ahí Él me tomó en sus brazos y camina conmigo. Este gran hallazgo fue propiciado por la presencia del superior de la Comunidad Eremítica de los Monjes Camaldulenses, vecinos de mi escuela, el sacerdote italiano Santiago Dallasta, psicólogo, inteligente, de gran calidez humana, y muy carismático para consolar y conquistar almas. Para ese tiempo, él estaba buscando una persona que le ayudara a organizar una fundación de ayuda a niños pobres, que tenía planeada, pero que no había logrado cristalizar por su condición de monje de clausura.

Iniciamos, pues, los trabajos de recolección de datos, fotos y elementos necesarios para hacer las primeras setenta y cinco fichas de los niños más pobres de la zona y enviarlas a Italia, donde el padre Santiago tenía su familia y amigos, que podrían ayudarnos económicamente. Lo logramos, e inicié un camino donde había que hacer de todo: aten-

der a los hijos y trabajar en la escuela, organizar el grupo de niños, darles asistencia económica y ante todo espiritual, y continuar adelante para hacer crecer el grupo, formular y presentar proyectos para obtener las ayudas en Italia, que eran muy buenas, pero muy exigentes.

Fue así como a partir de un contrato, un poco extraño, pero muy productivo para mí, la vida me dio un giro de más de 360°, que hoy agradezco de corazón a Dios y a la persona que me lo propuso: "Ayúdame a cuidar a todos estos niños y familias necesitadas y Dios se encargará de cuidar a tus hijos". Yo acepté sin entender muy bien lo que esto significaba.

Ante el reto de encargarme de la dirección de la escuela y sostener la buena imagen que se decía estaba a punto de perderse, con la ayuda de mis nuevas compañeras, iniciamos un trabajo arduo para demostrar que nadie es indispensable ni irremplazable en esta vida. Que todos tenemos cosas buenas que aportar.

Cuando las cosas para una persona van bien, ésta se acomoda, se limita a vivir y disfrutar de su comodidad y pocas veces siente lo que sucede a su alrededor. Pero los planes de Dios para nosotros no son los mismos que nosotros nos hacemos. Las casualidades en los planes de Dios no funcionan; sus designios, cuando él quiere que alguien cumpla una misión en determinado lugar, se dan, y nada más. Esto lo comprobé en carne propia.

Para finales de 2000 ya habían llegado las primeras "adopciones" que de inmediato revertimos en la alimentación de aquellos 75 niños favorecidos con el programa de "Adopciones a distancia", consistente en que una familia, grupo o persona en Italia, envía mensualmente, a cada niño, una pequeña, pero segura cuota en dinero. Siendo yo consciente de que la mayoría de los niños de la escuela se alimentaban mal y que quizá el almuerzo que se les daba era la única buena comida del día, decidimos pagar para todos la cuota que había que dar allí para la preparación y complementación del menú diario. Poco a poco había comenzado a darme cuenta de que el famoso dolor de corazón, de estómago o de cabeza, era sólo un pretexto de muchos para obtener de la profesora un poco de agua de panela o bebida para tomarse una pastilla y aguantar hasta la hora del almuerzo. La mayoría de los niños que incluimos en el programa eran hijos de madres cabeza de familia, de padres irresponsables o familias muy numerosas (hasta de doce y trece hijos). Al pasar los meses, el rendimiento académico y el estado nutricional y anímico de los niños habían mejorado y los niveles de agresividad habían bajado. Conseguimos también el dinero para pagar a una educadora particular que dictara la asignatura de educación física, y fomentara el deporte y la recreación en la vereda; otra gran necesidad era un espacio amplio para los niños del preescolar.

Entre 2002 y 2004 tuve la fortuna de viajar a la ciudad de Parma, en Italia, a la sede de Caritas —institución que vela por los niños pobres del mundo—, con el fin de sustentar y demostrar cómo estábamos administrando sus ayudas, llevar notas de agradecimiento y buscar nuevos benefactores. Sentados en la oficina del alcalde, quien era amigo del padre Santiago, y ante la pregunta de cuál era mi sueño, yo le respondí que era el de construir una casa para atender la salud de los niños y madres gestantes principalmen-

te. De allí salimos con 50 millones de liras, para iniciar ese proyecto. Después nos enviaron el resto de dinero para construir un edificio de dos pisos. En el primero y con espacio muy amplio, funciona el preescolar; en el segundo tenemos a punto de entrar en servicio el puesto de salud "Ciudad de Parma". Poco a poco se fue ampliando el número de adopciones, hasta llegar al día de hoy con cerca de seiscientos niños atendidos, por gran parte de la geografía nacional (Santa Rosa de Osos, Yarumal, Bello, Medellín, Bogotá, Sibaté, Chía, Bucaramanga, entre otros).

Confieso que este programa me ha permitido hacerme consciente de la realidad de la comunidad, conocer cada familia y luchar por que adquieran un mejor nivel de vida. Desde este lugar, reconozco a tantos niños y niñas que han pasado por mi aula de clases; algunos han surgido en la carrera social, la gran mayoría son los padres de mis alumnos actuales. ¿Qué se podría decir, entonces, después de veintidós años laborando en el mismo lugar?. Que la vida de un maestro se torna rutinaria si éste se conforma con la realidad, pero que es productiva en la medida que se ocupa de todas y cada una de las necesidades de su entorno. Alguna vez escuché a alguien decir que los maestros nos ganamos la vida sentados... pienso que esa persona no pasó por las manos de un maestro y nunca supo que la vida de un maestro no es su propia vida, es de todas aquellas personas que tienen que ver con su desempeño diario. Veintinueve años y medio de servicio en la educación santarrosana, todos en el área rural por gusto, cinco hijos realizados o muy bien encaminados, el grupo de paz y amistad "Nuestros Amigos", creciendo día a día y del cual soy su presidenta, son razones suficientes para preguntarme: ¿qué más le pido a la vida?

Hoy agradezco infinitamente la oportunidad de escribir esta historia, porque quiero que quienes la lean comprendan que la educación no es un negocio para esta tierra, lo es para el cielo si le damos un sentido de servicio. Que sin vocación y deseo de servir, esto puede ser una carga muy pesada. También, que aprendamos que muchas veces es mejor que las cosas vayan mal, porque así aterrizamos y alcanzamos a ver al otro, de lo contrario nos acomodamos. Que somos pasajeros en este mundo. Tenemos que vivir el hoy sin pensar en el ayer que ya pasó y sin preocuparnos por el futuro que no ha llegado. "Basta a cada día su afán", dice el evangelio. Esta gran lección la afiancé hace casi un mes cuando estando en la capacitación para escribir esta historia, tuve que interrumpirla ante la noticia de que una de mis alumnas del grado quinto había muerto, víctima de un accidente en la carretera. Hace un año exactamente enterramos otra niña, la más consentida del programa de adopciones; su padrino había viajado a Colombia para conocerla y continuó viniendo por cinco años seguidos; le regaló casa a la mamá, cuidó de su salud, pero su corazoncito no resistió tanto amor y se nos fue al cielo.

Dentro de mi proyecto de vida había pensado que si Dios me permitía llegar a la edad requerida para jubilarme y tenía mis padres vivos —lo están, de ochenta años, y solos—, me retiraría a cuidarlos y tratar de devolverles algo de lo mucho que me han dado. Mis hijos han sido los sacrificados en esta loca carrera del "amar, servir, trabajar". Ya el grupo Paz y Amistad es fuerte y continúa creciendo. Por eso he decidido renunciar a mi labor como educadora del Centro Educativo Rural Berrío, a partir de diciembre de 2007. A lo que nun-

ca podré renunciar será a ser maestra, porque esta noble labor la llevo en el alma, porque me ha permitido realizarme en la vida y acercarme a Dios para tomarlo en serio... En él encontraré la compensación a lo que dejo. A partir de ahora podré educar-servir, y como dice mi padre espiritual, a partir de hoy dejaré de hablar a los hombres de Dios, me dedicaré a hablarle a Dios de todas y cada una de las personas que han afectado mi vida. Lo haré especialmente por todas aquellas personas que hicieron posible el premio que me fue otorgado por "Maestros para la vida", en la categoría "Vida digna". Esto es lo que ha terminado de ennoblecer y embellecer lo mejor de mi vida: "El ser maestra"

Facetas:

una experiencia editorial escolar

María Ofelia Gómez Jiménez

Profesora institución educativa Presbítero Luis Rodolfo Gómez R.

Trabajar en una institución educativa como la Presbítero Luis Rodolfo Gómez, del municipio de El Santuario, que ha hecho historia durante cien años, es un privilegio y una gran responsabilidad. En ella, nuestros antecesores, verdaderos patriarcas que otrora fueron profesores y estudiantes, han dejado huellas de producción escrita que la convirtieron en un verdadero "almácigo de periodistas".

La niñez de *Facetas*

Continuando con la tradición literaria del colegio, muchos años después, en 1986, nace una publicación cuyos padres adoptivos bautizan con el nombre de *Facetas*. Tan frágil es, que se ve la necesidad de inyectarle muchas vitaminas. Así, aparece el profe Gildardo, quien escribe para la primera edición el cuento "La serpiente", una alegoría a

la creación de la revista que años después se convertirá en el medio de comunicación estudiantil más importante del municipio. Para la obra creadora se necesita tanto del padre como de la madre; es por esto que me convierto en protectora y cuidadora de esta hija, que siendo tan niña requiere de numerosos cuidados para verla crecer y fructificar. Formamos entonces la pareja de padres adoptivos. El padre sugiere consejos a su hija y desde el principio le enseña que: "la escritura es una manera de cuestionar, de ponerse al frente de la producción mental para sentirnos más a gusto con nuestra propia creación. Cada día debemos cultivarla, observando, conversando y sobre todo leyendo. El universo de ideas que cada uno recoge, va estructurando una forma de mirar el mundo, que es precisamente el sello individual que llevará lo que escriba. Escribir es un placer".

Las motivaciones que como madre tenía para sacar adelante a *Facetas* eran tantas, que nada era ajeno al afán de mantenerle con vida, como el subsidio de 0,30 centavos aportado por los estudiantes. Las monedas se juntaban y el informe de esta pequeña cuenta era publicado en el número correspondiente, no sin antes advertir a los estudiantes que el dinero sobrante sería devuelto. Esta tarea a finales de cada año me encantaba, porque demostraba la transparencia con que se manejaba el dinero de los estudiantes.

La infancia de *Facetas* no fue fácil. Para ver la luz en sus primeras ediciones, padre y madre teníamos que viajar a Medellín a llevar los textos, corregirlos y ejecutar otra serie de diligencias que hicieran posible la realización de este sueño que poco a poco empezaba a convertirse en toda una realidad. Hoy traigo a la memoria un amanecer en medio del frío, la neblina y la brisa. Me subí como parrillera en la moto de Gildardo, ¡qué viaje más difícil! Al llegar a los antiguos talleres de *El Colombiano*, que había adquirido a Litoflex, tenía escalofríos, estaba aturdida con el ruido ininterrumpido de esas antiquísimas máquinas de impresión. Permanecimos allí durante varias horas, admirando el laborioso trabajo de aquellos tipógrafos, quienes para armar un periódico tenían que coger letra por letra hasta conformar un texto, con paciencia de orfebres.

Muchas fábulas, narraciones fantásticas, ensayos de tipo filosófico, religioso o ecológico confluyeron en las primeras ediciones de *Facetas*. Nosotros, ante la carencia de máquinas de escribir, sobrellevábamos la ardua tarea de descifrar o adivinar la grafía de los artículos manuscritos de estudiantes y otros escritores.

Pero hablar de *Facetas* es también hablar de su abuelo: Ramiro Lopera Agudelo, el rector, el escritor, el poeta de gran sensibilidad, quien le impregnó desde el comienzo un sello poético. En su primera editorial nos infundió ánimo y energía positiva a quienes asumíamos esta responsabilidad, y se dirigió a los primeros lectores con estas palabras:

> Acojamos con amor estas páginas humildes de nuestro periódico oficial, no porque en ellas vayamos a encontrar refinados pensamientos… sino porque lo poco que sacamos a la luz pública es con cariño y sinceridad, sin aspavientos y sin soberbia, con un solo propósito: permitir a nuestros educandos una oportunidad de libre expresión y una manera práctica de demostrar sus dotes literarias y científicas.

Ramiro, como abuelo de *Facetas,* invitó a toda su familia para que se uniera en torno al proceso de maduración de esta niña, aún frágil, pero con deseos de crecer. Fue así como

motivó al Departamento de Idiomas, desde sus inicios, para que liderara un taller de escritores, integrado principalmente por alumnos de los grados superiores. Varios de estos novatos escritores en la actualidad son profesionales que le sirven al país en diversas áreas. Entre ellos recuerdo a Pedro Adrián Zuluaga, un joven inquieto, poeta desde nuestras aulas de clase y hoy uno de los mejores críticos de cine del país.

El padre de *Facetas* se marchó pero dejó su huella de autoridad, de experiencia, de fluida escritura y buena narración. Sin embargo, la madre no desampara a sus hijos y, como tal, encarné desde el primer momento el ideal, el complemento, la realización, la evolución.

Adolescencia de *Facetas*

Todos los esfuerzos y el apoyo brindado a *Facetas* permitieron que esta niña creciera y se convirtiera en una adolescente coqueta, atractiva para mucha gente, en especial para los estudiantes que empezaban a escribir en versos de amor sus decepciones, sus primeros romances, sus nostálgicas incomprensiones. Pero también llegaron articulistas de otros lares, ex alumnos, padres de familia y amigos, razón por la cual se vio la necesidad de ampliarla.

Facetas fue invitada especial al acto público de inscripción de la modalidad de comercio, en las ferias ecológicas apoyadas por la Corporación Autónoma Regional Rionegro-Nare (Cornare), y estuvo presente en la puesta en funcionamiento del restaurante escolar para niños de la jornada de la mañana, y en los triunfos deportivos de los estudiantes. La revista está en sincronía con los retos del presente, sensibilizando continuamente a la comunidad sobre la necesidad de cuidar el ambiente y de participar en las soluciones al calentamiento global que afecta al planeta.

Facetas se asoma a los grandes acontecimientos que ocurren en nuestro entorno, en Colombia y en el mundo. Como toda niña curiosa, cuando nace mira a su alrededor, a su núcleo familiar, sus compañeros, sus profesores, y cubre eventos cotidianos, como cumpleaños, grados, sucesos familiares. Al ir creciendo, su visión se amplía, incursiona con notas de otros establecimientos y de nuestro pueblo, y así cada vez un poco más hasta mirar a la Colombia de hoy y sus conflictos que se reflejan en las aulas de clase. Niños tristes, desmotivados, huérfanos de padres vivos, sin autoestima, carentes de afecto. Jóvenes marcados por la violencia, con secuelas, más que físicas, morales, que nunca se borrarán. He aquí ejemplos de estas duras realidades expresadas en sus escritos: "Papá, no entiendo porqué nos has dado tan mal ejemplo, siento que para ti no valemos nada... ¿por qué engañas a mi mamá?". "Mi primo está en una prisión porque se puso a llevar droga". "Yo lloraba porque confundieron a mi tío y a mi abuelo y los mataron". Considero que el acto de verbalizar estas duras experiencias permite que los implicados realicen su catarsis, y logren desahogarse. Esto es lo que ha hecho *Facetas* durante más de veintidós años.

Afortunadamente, estos hechos han cambiado y ahora se respira un ambiente más tranquilo y agradable. En la actualidad, la institución promueve las aptitudes artísticas,

literarias, intelectuales y deportivas de los estudiantes, creando un ambiente de sana convivencia que se refleja en la publicación. En ella se evidencian los talentos en todas sus manifestaciones, y al volver sus páginas, recordamos a quienes en sus años juveniles hicieron derroche de creatividad, de energía, de intelectualidad, para demostrar que la "educación sí vale la pena".

Mi preocupación ha sido formar jóvenes que se desempeñen con responsabilidad en el campo social y familiar. Prueba de ello son las campañas que *Facetas* ha promovido, por ejemplo: "no a las drogas", "cuidado al transitar por la autopista", "protege tu vida", "deposita las basuras en el lugar indicado".

Así mismo, en *Facetas* han quedado registrados los escritos de quienes más tarde han desfilado por los puestos públicos más relevantes. Me encanta, por ejemplo, cuando releo uno de los artículos del doctor Orestes Zuluaga Salazar, brillante ex alumno que ha demostrado mucha gratitud por el fundador del colegio. En uno de sus artículos narró las épocas difíciles del colegio y describió aspectos de la vida de El Santuario en los años sesenta, así:

> El Santuario era un pueblo pobre y abandonado por los poderes centrales del departamento y de la nación. Los productos principales en la economía municipal eran el maíz, la papa y los fríjoles cachetones.

También, afirma en uno de sus artículos: "El padre Rodolfo fue un visionario, él decía que la única manera de redimir y alejar la pobreza de las gentes de El Santuario era por medio de la educación.

Facetas ya es adulta

Enhorabuena, la mamá de *Facetas* le cambió su casa editorial. Fue un acontecimiento importante, porque se revistió de creatividad, de nuevas ideas, de nuevos amigos y, sobre todo, se llenó de gran positivismo. Ecográficas, casa editorial dirigida por Ómar Jiménez, ha sido partícipe de todo este proceso desde hace más de quince años. Ha colaborado en la transformación del diseño, lucha para darle mejor presentación y porque llegue oportunamente a la comunidad educativa. Ómar ha afirmado que: "*Facetas* es de excelente calidad, un periódico muy interesante", además de resaltar el esfuerzo mío para sostener la revista sin interrupción a lo largo de veintidós años, y agrega que: "al principio las cosas eran muy difíciles, pero que gracias a la tecnología y el internet se ha mejorado muchísimo".

Hoy, al repasar su historia, se aprecia que mi *Facetas* en repetidas ocasiones se ha vestido de luto. En el transcurso de los años, en sus páginas no ha faltado la nota luctuosa. En menos de dos años, tres de sus más fieles amigos fallecieron trágicamente, a causa de la guerra vivida en el país. Se ha dicho que los amigos verdaderos se buscan. A Pacho, Ramiro y Amparo, quienes en vida fueron muy buenos amigos, también la muerte trágica los unió. En 1988, la violencia rondó a la familia de la profe Amparo: irrumpieron en su hogar y en presencia de sus padres ancianos, la asesinaron, junto con otro de sus hermanos. ¡Qué tristeza! El dolor invade a *Facetas* y todos sufrimos por estas pérdidas. Años más tarde, murió en un accidente Alcides, estudiante de la tarde; luego, Luisa Carolina, una

niñita de apenas once años, y, durante el presente año, Julián, un niño de once años fue atropellado por un vehículo cuando se dirigía a estudiar a las seis de la mañana.

Facetas tiene su marca propia: adonde llega se identifica, se reconoce y aprecia. Y es que más de veintidós años son toda una vida llena de experiencias significativas. En sus páginas han quedado marcadas las huellas de quienes han tenido la oportunidad de compartir en nuestra comunidad educativa. Así, *Facetas* fue testigo de mis gestiones para incluir el colegio en el proyecto de mejoramiento de la calidad en la educación. Con el entonces rector, don Guillermo, conformamos un equipo para hacer del manejo de estos recursos un verdadero ejemplo de transparencia. Las salas de cómputo, el mejoramiento de la planta física, la dotación de mobiliario, los ambientes tecnológicos y los programas pedagógicos del proyecto dan fe de una gestión cooperativa con resultados para mostrar el progreso del colegio.

De este programa también se benefició el entorno. Dada la ubicación del colegio al lado de la autopista Medellín-Bogotá, vía de alto riesgo de accidentalidad, y después de cuantificar los accidentes, *Facetas* da testimonio de mi preocupación por la necesidad de construir un sendero peatonal en tan importante trayecto escolar. Aproveché la oportunidad para gestionar la construcción del sendero peatonal ante el comité del proyecto de calidad de la educación. Gracias a ello, hoy es una realidad. Dicho proyecto fue clasificado como significativo por la Secretaría de Educación Departamental, porque ha beneficiado a más de 1.300 estudiantes que diariamente transitan por él, así como también a los transeúntes del lugar. Al finalizar el proyecto, el equipo líder analiza el impacto positivo y agradece al municipio y especialmente a la secretaria de educación, cargo que yo desempeñé durante cinco años. Durante esta ausencia (en la que realmente no estuve ausente), sólo dejé de dictar clases, pero siempre estuve con mi hija *Facetas* en cuanta jugada se hacía en mi colegio. Me sentí muy contenta de realizar una labor social más allá de las aulas, y desde mi posición como maestra sentí que la docencia es el espacio más hermoso que se le puede permitir al ser humano, porque los demás trabajos los realiza cualquier persona experta en determinadas profesiones, pero el arte de educar es más que un trabajo; es la obra de una madre o de un educador comprometido con su labor, que se ha hecho a lo largo de muchos años de experiencia y de estudio continuo.

La mayor satisfacción para una madre es ver que sus hijos adquieren una personalidad definida, fuerte, que no se doblegan ante las adversidades, que aunque no esté ella presente, actúan con luz propia. Este hecho le tocó afrontarlo a *Facetas*. Como ya lo anoté, cuando asumí el cargo de secretaria de educación, me di cuenta de que ella estaba lo suficientemente madura para resistir cualquier cambio y no dejarse abatir por las circunstancias. Esta experiencia me llenó de orgullo y satisfacción. Como toda madre cuando sale de casa y mientras regresa deja a sus hijos en buenas manos, así fue la tía Amparo, quien conocía muy bien a mi hija, la cuidaba, la mimaba, la defendía y daba todo de sí para no dejarla decaer en mi ausencia. *Facetas* contó con su respaldo y protección.

Mi reencuentro con *Facetas* fue emocionante; le aporté toda la experiencia que desde mi puesto directivo adquirí: pude fortalecerla, abrir otros espacios, engalanarla desde la

presentación policromática de la carátula hasta el último rincón de sus páginas, ésas que expresan la vida de cada estudiante, de cada profesor, de cada niño, de cada joven. Así como a mi *Facetas* le ha tocado vivir diferentes etapas, también ellos crecen, juegan gozan, lloran, ríen, sueñan, cantan, discuten. Por todo lo anterior, *Facetas*, por medio de sus escritos, da fe del desarrollo emocional, físico e intelectual de cada uno de sus autores.

Los padres aprendemos de los hijos. Éste es mi caso: como madre he aprendido mucho de mi hija; como docente ha marcado mi trabajo y como persona me ha impulsado a trabajar en pro de una comunidad que necesita de mi liderazgo y dinamismo para mostrar a los de afuera cómo es mi colegio. Pero todo no ha sido fácil. Ha habido muchas preocupaciones, sinsabores, críticas, decepciones que luego se tornaron en momentos de satisfacción y alegría. ¿A qué madre le gusta que le digan los defectos de su hija? ¿Por qué esta manía que tenemos todos de mirar el punto negro en la inmensidad del cielo? Esto me ha ocurrido en muchísimas ocasiones. Una coma mal puesta, una letra diferente a la correcta, un artículo ambiguo, la envidia de quienes no se han sentido parte de nuestra familia, pero quieren aparecer como protagonistas.

Por otro lado, las ediciones especiales como la del fin del milenio, la de los veinte años de la revista o las del centenario del colegio están colmadas de reminiscencias y propósitos, verdaderas e inspiradas manifestaciones de gratitud y compromiso que tienden lazos indisolubles por los que transitan el pasado y el porvenir de la institución. Uno de los eventos que mayor satisfacción le ha dado a *Facetas* fue la celebración del centenario de nuestro colegio. En sus páginas quedaron las evidencias y los testimonios de quienes participamos y gozamos de estas fiestas. Recrear la memoria, acercarnos unos a otros, permitir el reencuentro, fueron tarea de las notas que la revista plasmó para dar testimonio de una historia de vida institucional.

Para concluir, puedo afirmar, con responsabilidad, que *Facetas,* al ser escrita por estudiantes, ex alumnos, profesores, padres de familia, educadores, rectores y muchos invitados de las diferentes instituciones cívicas y sociales que sirven a la comunidad santuariana, se confunde con la historia del colegio. Esto lo expresa don Guillermo Mora Mira:

> Es un órgano informativo y cultural que durante veintidós años ha hecho circular el pensamiento liceísta de la mano con sus valores, su historia y sus anhelos. Es libre expresión y personalidad de niños, jóvenes, adultos, educadores, exalumnos y directivos. *Facetas* cuenta con la inteligencia y tenacidad de doña Ofelia Gómez Jiménez, que la ha mantenido en el tiempo con calidad y una segura proyección futura. En los 42 números encontramos verdaderos hitos de la historia de ese plantel, es pues, un archivo de consulta obligatoria para quienes quieran enterarse y deleitarse con la dilatada actividad formadora y cultural de este prestigioso liceo.

Así, puedo terminar diciendo que: "Lo que es, lo que fue y lo que se proyecta se expresa mejor en *Facetas*".

La maestra

que no quería ser maestra

El oficio del maestro no es un pararse,
es el camino que se abre sobre todos los horizontes
que hay que conquistar.
Por eso, maestro, id al encuentro con la vida
Freinet

Marleny del Socorro Osorio Peláez

Profesora Institución Educativa Escuela Normal Superior, municipio de Jericó

Escribir sobre uno mismo no resulta nada fácil. Hoy, con la sencillez que me caracteriza, me atrevo a contar la historia de mi vida, a través de la figura poética de mi tío Miguel Peláez Posada, escritor jericoano.

Octubre de 1961

—Marleny, ya vas terminando la primaria, ¿dónde piensas estudiar el próximo año?

—Yo, tía, me voy para el colegio de las hermanas capuchinas.

—¡Cómo! Debes pensar en la Normal, para que seas maestra como yo.

—No, tía, yo no he pensado en ser maestra.

—Como maestra puedes apoyar a tu familia; ése es el oficio que te conviene. Además, la vocación de maestro la llevamos en la sangre y vos no vas a ser la excepción.

—No, no me gusta; estudiaré en el colegio de las religiosas capuchinas, para ser secretaria.

—Pensá muy bien las cosas antes de elegir.

—¡Ah!

La historia que voy a contar está llena de significados y a usted, querido lector, de seguro le va a llamar la atención, porque a todos en algún momento de nuestras vidas nos ha pasado algo semejante, y como dice el dicho: "Al que no quiere caldo…".

La jovencita a quien me refiero es Marleny, jericoana nacida el 28 de mayo de 1949, segunda entre once hermanos. Sus padres, Jorge Osorio y Libia Peláez —mi hermana—, conformaron un hogar ejemplar basado en principios y valores tradicionales, propios de la época, que sirvieron para fomentar la educación, los modales y la formación de sus hijos. Esto, sumado a que la Normal siempre ha sido el plantel más representativo en el municipio y en aquella época la mejor opción económica para las familias de toda la región del suroeste, llevaron a que la protagonista de este relato, aun sin querer ingresar a realizar los estudios como maestra en la Normal de Señoritas de Jericó, se encontrara allí el 8 de febrero de 1962.

Si bien nunca pensó en ser educadora, la constante insistencia de su tía Doloritas, maestra ilustre en ese tiempo, más la obediencia y el deseo de estudiar, la llevaron a obtener su título de maestra el 28 de noviembre de 1968. Don Jorge, alcalde municipal en ese entonces, con sus influencias políticas logró que a su hija la asignaran a Ciudad Bolívar, donde inició su tarea en la escuela María Auxiliadora.

Éste, su primer laboratorio de experiencias, fue un espacio lleno de sorpresas, angustias, temores e inseguridades, porque como me lo manifestó en su correspondencia:

> Tío, todo es tan diferente, creo que lo que aprendí en la Normal no me va a servir; bien sabía que ésta no era mi vocación…

Yo respondía a sus mensajes infundiéndole ánimos y diciéndole que el mundo era de los valientes, y que ella era una de ellos.

Mayo de 1969

Hoy, en el día de su cumpleaños, la recordé bastante, pero antes de hacerme sentir con una felicitación, recibí noticias de Libia, su madre, quien me informó que ya las cosas se habían encaminado, puesto que su hija se sentía más dueña de su papel. Sus treinta y seis discípulas le tenían mucho cariño, y ella expresaba que ser maestra era ejercer el papel de madre, consejera, amiga y confidente. La notaba más adaptada y asumiendo con positivismo el cambio. El único motivo de preocupación era la salud de su papá, quien, según diagnóstico médico, tenía una cardiopatía severa. Fue así como el 19 de septiembre del mismo año, Marleny tuvo que enfrentar el fallecimiento de su progenitor, si bien tenía la tranquilidad de encontrarse al lado de su madre y hermanos, porque once días antes de este triste acontecimiento había sido trasladada a su municipio, a desempeñarse en la escuela Madre Laura.

Años setenta

Yo estaba encantado con mi tarea de hacer poesía y dedicado a terminar una de mis obras, *La nave de los sueños*, y Marleny, aún sin superar la ausencia de su adorado padre, me escribía con frecuencia dejando entrever la melancolía en sus palabras y, combinando las lágrimas con mis escritos, me decía:

> Tus poemas son tan fantásticos que me ayudan a disipar la ausencia de aquel que siempre fue mi tesoro, mi ídolo, y hoy en mi nuevo trabajo, hago de tus obras el centro de atracción en mis clases de español, ellas (mis alumnas), les ponen vida, declaman y disfrutan de este género literario cada vez que hay la oportunidad.

La escuela Madre Laura es una institución educativa de Jericó con nombre grande, el nombre de la beata Laura Montoya Upegui, maestra, escritora y misionera, fundadora de las misioneras de María Inmaculada y santa Catalina de Sena. Recuerdo muy bien que en su autobiografía, ella dice: "Era preciso ser maestra y pronto", y puedo relacionar esta frase con la situación actual de mi sobrina, porque la Providencia le indicó el camino del ejercicio de su vocación por la necesidad de atender al sustento de su familia. Así lo cumplió, educando a sus hermanos y brindando apoyo a su madre tan joven y viuda. Recuerdo ahora una cita bíblica que le envié para animarla a seguir en su lucha: "Mas he aquí que Dios me ayuda, y el Señor es el amparador de mi alma".

Pero la vida sigue su ruta y la experiencia en el campo de la docencia se ve cada día alimentada por todos esos acontecimientos que engrandecen a un maestro. Entretanto, como toda joven, quiso conformar un hogar. Fue así que contrajo matrimonio con el señor Guillermo Valencia, el 23 de junio de 1973, de cuya unión hay dos hijos: Lina María y Juan Guillermo. Ella ha sabido combinar su labor de educadora con las tareas domésticas y su servicio a la comunidad; se ha desempeñado como líder en muchas tareas sociales, cívicas, culturales y religiosas de su tierra natal; es que un verdadero maestro tiene que ser *todero*.

La sombra de una verdadera vocación. Los años ochenta

La estrecha relación con mi sobrina ha sido la oportunidad para compartir episodios en el campo de la pedagogía y de mi poesía.Yo sigo aquí con mis versos y ella en Jericó, dando muestras de compromiso con su vocación, porque ya sí se siente segura de su tarea y con firmeza repite: "es que en esto hay que aplicar la pedagogía del amor", como lo repite Juan Bosco.

Van pasando los años. Se aproxima una época de cambio, de revolución en el campo de la educación, y ella no quiere quedarse atrás. Entonces, tiene que actualizarse, estudiar, avanzar en el escalafón y lograr su licenciatura como pedagoga reeducadora. Más adelante también logra su especialización en educación personalizada, ambas, oportunidades para la búsqueda de un crecimiento personal y profesional como educadora, porque todo maestro debe estar abierto al cambio. En uno de sus escritos del diario pedagógico hace la siguiente reflexión:

> El momento histórico que vivimos actualmente es el de un pensamiento sin pensamiento; es la idea sin idea, sin mensaje definido, porque la época que se avecina es compleja, es el todo vale, todo sirve, todo está bien, aunque esté mal, vivir sin criterios y sin convicciones… Es el mundo del placer, del gusto, el subjetivismo es la base, es el tú piensas así, esa es tu opinión, tú a lo tuyo y yo a lo mío…

Los años noventa

Ya han transcurrido veinte años, largo camino, satisfacciones, reconocimientos, y mi sobrina tiene que trasladarse a la escuela Rafael Gómez Cadavid, otra ilustre institución del municipio. Allí se dedicó a enseñar, hasta 1999, todas las áreas de la básica primaria, con su fuerte en las asignaturas de ciencias sociales y español. Pero, con las reformas en el campo educativo y más concretamente con la racionalización del recurso humano en la planta de cargos del personal docente en Antioquia, hubo de participar en una rifa —como ella decía, una rifa al estilo ejército—:

> Tío, me gané la balota y fui ubicada en mi Normal a partir de junio de 1999. Un cambio rotundo, después de treinta años con los infantes y llegar al trabajo con adolescentes es otro cuento muy diferente. Ya tengo una historia larga de contar, tío Miguel, ¿verdad?

Yo le respondí: "¡Ánimo, querida!, el cambio te favorece; ya era tiempo para dedicarte a los jóvenes. Ellos necesitan de ti". Así, inició otra etapa en su caminar y, aunque su modelo de educación fue tradicional en los años sesenta, ella ahora demuestra más firmeza en su misión formadora, porque la experiencia de tantos años le da un papel muy importante como orientadora de muchas generaciones, de acuerdo con las exigencias y cambios del mundo moderno, caracterizado por la creación de nuevos sistemas educativos.

Su labor en la Normal ha sido muy reconocida. Allí ha mostrado dotes para las artes. Tengo conocimiento de que ella es muy productiva y apreciada por su disposición y servicio permanente en esta comunidad educativa, que se engrandece cada día por ser un ejemplo en la formación de maestros para todo el territorio nacional. Entre diálogos, llamadas y correspondencias, he sabido compartir con ella ese diario trasegar de su vida en el magisterio. Hoy precisamente, he recibido de ella la invitación a una ceremonia, en la que la Asociación de Profesionales y Amigos de Jericó le otorgará una condecoración.

Llega el reconocimiento

El 19 de septiembre de 2006 tuve el honor de acompañar a esta querida maestra, mi sobrina, a la condecoración antes mencionada. En su discurso, el capitán retirado del ejército, Eugenio Zapata Uribe, presidente de la Asociación de Profesionales y Amigos de Jericó, dijo:

> Marleny marcha cada día, como doña Inés a su escuelita. Deja floreciendo su jardín; abandona por un momento las rosas en botón, los jazmines y el encanto del hogar, porque viaja tras la ilusión del día a encontrarse con su alumnado que la espera con cariño y ve en su mirada el éxito del momento y en sus palabras, la luz radiante del porvenir.

Decía el poeta jericoano José María Ospina, al referirse a la mujer, frases aplicables al educador: que sabe enseñar, iluminar, y en cada sonrisa transmite fe en el futuro:

Se llama luz cuando en el aula enseña,
Lleva rayos de sol en los cabellos,
Lleva hilos de lucero en las pestañas,
Una tarde de luz en las pupilas,
Una aurora de amor en las miradas,
Un perfume triunfal en la sonrisa
Y una fuente de paz dentro del alma.

No es preciso extenderme más en este tema, porque sobran las palabras y sí quiero contarles que ante tanta alabanza ella se quería esconder, se sonrojaba y, según pude observar, creo que esperaba con ansias la finalización del acto, porque en medio de su sencillez y humildad expresaba: "Esto no me lo merezco", "exageraron", "simplemente, soy una maestra de lo común y de lo corriente"

Relato de vida
de una maestra nómada

Marta Cecilia Ramírez Hernández

Directora Centro Educativo Rural Santa Bárbara, municipio de Cocorná

La larga marcha de mi vida como maestra anfibio-cultural (al decir de Antanas Mockus) se inició en el corazón de la tierra caliente, en el corregimiento Botón de Leyva, de Mompox; pasó por las comunas de Medellín, respondiendo a las urgencias de la primera infancia desvalida, y de nuevo al corazón del trópico que es Urabá, antes de retornar a las montañas de Antioquia, donde nací y me crié. Y todavía no me detengo, mientras existan otros lugares, otras gentes, otros alumnos a quienes pueda brindar mis enseñanzas.

En Mompox, empecé como educadora de religión y moral en básica primaria, cuando era postulante en la comunidad de misioneras de María Inmaculada. Luego de esta experiencia inaugural, me sumergí en las comunas de Medellín. Primero, fue el hogar infantil Villa de la Candelaria, en el Barrio Bello Horizonte, donde me desempeñé como maestra jardinera de los niveles sala-cunas, parvulario, prejardín y jardín. Seguidamente pasé al hogar infantil San Juan de Luz, en el Barrio Zamora, sector Santa Rita; poco después estuve en el colegio Sin Fronteras, del barrio El Bosque, trabajando en preescolar antes de que la institución desapareciera por falta de recursos económicos, en cuyo evento fundé, dirigí y enseñé el kínder Payasito, en el barrio Campo Valdés.

Por circunstancias de la vida, me desplacé a trabajar en el Colegio Interamericano de Apartadó en 1986, donde me desempeñé como secretaria, profesora de bachillerato en las áreas de español, educación religiosa, y ética y valores, las mismas áreas que también pude enseñar en la concentración educativa San Rafael. Recuerdo cómo en las horas de la tarde me desplazaba a la plantación bananera Los Cedros, en el vecino municipio de Carepa, a atender a los hijos de las familias trabajadoras en el preescolar, subvencionada por la empresa, y aún me faltaba tiempo en la noche para desempeñar mis funciones como alfabetizadora de adultos en la campaña "Antioquia toda leerá en el 90".

De allí pasé a la Escuela Nueva Campamento, en el municipio de Carepa, donde realicé una labor muy significativa: finalizada mi jornada escolar habitual, reunía a las señoras para enseñarles manualidades y culinaria, en cumplimiento del proyecto escuela de padres; en las noches, reunía a todos los que quisieran aprender a leer y escribir, conformando así la nocturna. Como no había energía, el señor alcalde regaló dos lámparas caperuzas que funcionaban con gasolina, además de vinilos, pinceles, lanas, telas de dacrón y cañamazo, con los que se fabricaban artesanías. Fue una experiencia sencillamente maravillosa.

Por cosas del destino fui a dar a la isla de Matuntugo, localizada en las bocas del río Atrato, como trabajadora social y orientadora de los docentes de la escuela unitaria Maderas de Urabá. Allí sucedieron cosas terribles: mataron una niña celadora, secuestraron al doctor Celestino García, uno de los dueños de la empresa. Todo entonces empezó a decaer, lo cual me obligó a renunciar y solicitar traslado para el IDEM Primera Agrupación, de Turbo, dictando ciencias sociales en los grados sexto a noveno. Una vez instalada allí, tuve la oportunidad de acceder al cargo de secretaria académica. Simultáneamente, en las horas de la tarde dictaba clases de ciencias naturales en el colegio El Carmelo.

Gracias a una permuta, en 1993 me trasladé a Frontino, donde me ocupé de las áreas de filosofía, español y educación religiosa en los grados décimo y undécimo en las jornadas de la tarde y la noche del IDEM Pedro Antonio Elejalde. Sin embargo, debido a la reforma administrativa adelantada bajo la gobernación de Juan Gómez Martínez, el dis-

trito educativo al cual había sido adscrita fue fusionado, lo que trajo como consecuencia la desaparición de mi cargo. Sin embargo, pocos días después me vinculé a la escuela Juan H. White, del municipio de Dabeiba, atendiendo a niños de primero especial, así como también con la escuela urbana Alfonso López, en el grado quinto de básica primaria.

En enero de 1997 fui nombrada coordinadora zonal del Sistema de Aprendizaje Tutorial (SAT), hoy Sistema Educativo para el Trabajo Asociado (SETA), en Argelia y Nariño, y al cabo de dos años se extendió la cobertura de los municipios de Argelia, Nariño, Yondó, Puerto Berrío y Caracolí. En el municipio de Argelia recibí inicialmente diez grupos SAT, y al entregar el cargo dejé veinticuatro grupos, dos escuelas de cobertura educativa, un grupo sólido de tutores y un eficiente secretario. Pero eso no es todo; para formar estos grupos tenía que desplazarme con los tutores a las veredas más lejanas, a sensibilizar las comunidades para que estudiaran; todo fue una lucha, pero recogí los primeros frutos cuando gradué los primeres niveles de impulsores, prácticos y bachilleres en los municipios antes mencionados

"Al ir iban llorando, regando sus semillas; al volver vienen cantando, trayendo sus gavillas". Pasemos a Caracolí, cuyo nombre se debe al árbol más antiguo que aún sobrevive en el centro del pueblo. Allí coordiné también el bachillerato SAT y tuve la oportunidad de graduar la primera promoción de impulsores y prácticos (el nivel impulsor corresponde a los grados sexto y séptimo; el nivel práctico, a los grados octavo y noveno, y el nivel bachiller, a los grados décimo y once).

Y de Caracolí a Puerto Berrío. Allí continué con las funciones de coordinadora SAT, además de coordinadora de cobertura educativa. En desarrollo de mi labor visitaba constantemente todos los grupos y me reunía en los microcentros una vez por semana. Luego, de Puerto Berrío en chalupa rumbo a Yondó, situado de este lado del río enfrente del puerto petrolero de Barrancabermeja. Con los tutores viajaba a los lugares más alejados en límites con la región de Cimitarra medio, para animar el trabajo en los SAT. Pasé muchos sustos; los tutores tenían que pedir permiso a los diversos grupos armados para tener acceso a dichos lugares. Y encima no faltaron los roces con los directivos del sector oficial, que se mostraban reacios al préstamo de locales y de colaboración a estos grupos de estudiantes especiales.

Negándome a aceptar las fronteras, empaqué de nuevo, y me fui a San Carlos, a trabajar en la modalidad de contratación por orden de prestación de servicios (OPS) en la Escuela Rural Nueva El Capotal, donde viví experiencias de sabor agridulce. Sólo Dios sabe; él infunde fuerzas como Padre y nos guía. Allí organicé la escuela de padres, la catequesis con los niños; algunos estudiantes me confiaban sus intenciones de enrolarse en los grupos armados, en cuyo caso les respondía. "La vida es de ustedes, Dios se las dio, piensen en su familia, y decidan qué quieren hacer con ella". Y a los pocos días, los veía marchar en

las filas de los grupos ilegales, igual como lo había visto y padecido ya en tantos otros municipios por donde había transitado.

Cerca de esta escuela ocurrió la masacre de once personas a mediados de noviembre de 2002. Todos nos desplazamos, y me llenó de frustración no haber podido clausurar el año escolar. Al cabo de tres meses regresé, no más para comprobar que todo lo habían robado, la papelería en cenizas; qué dolor sentí al ver este panorama; la escuela había sido volada con bombas y sus alrededores permanecían minados. Gracias a Dios me salvé de esta tragedia; sólo Él sabe cómo sobreviví para poder contar esta historia.

Dada la situación, fui nombrada para el Centro Educativo Rural (CER) Guadualito, en El Santuario, donde viví experiencias significativas en mi labor como docente, y aprendí que es hermoso arriesgarse por los demás, a pesar de soportar muchas calamidades a causa de la violencia. Le pido excusas a los lectores, pero la tristeza que me produce la evocación de esos acontecimientos puede más que el ansia de contar.

Pero venía lo mejor. En el 2004 fui nombrada provisionalmente para el hermoso municipio de Cocorná, oriente antioqueño, identificado con el lema "Cocorná, donde nadie es forastero". Allí, sueño con apostarle a una nueva Colombia, con el apoyo de una administración joven y luchadora al mando del alcalde Héctor Duque. En el Centro Educativo Rural Santa Bárbara, donde se atienden estudiantes de básica primaria, postprimaria y el centro de adultos, he vivido las experiencias más bellas y significativas de mi vida, aunque el trabajo ha sido duro, porque atiendo sola todos los grados.

Con el jefe de núcleo, luchamos por la aprobación de estudios hasta el grado noveno, gracia que Dios nos concedió el 19 de enero de 2007. Para mí ha sido algo maravilloso: lograr que los jóvenes de la vereda puedan continuar sus estudios, ya que son muy pobres y no tienen posibilidades de desplazarse al municipio para continuar con ellos. Otros proyectos que me han llenado de alegría en Santa Bárbara tienen que ver con la elaboración y la ejecución del proyecto sobre seguridad alimentaria y nutricional, con el apoyo de la Universidad de Antioquia, el programa Maná y el municipio, así como con la implementación de la cátedra de estudios afrocolombianos. Esta propuesta fue seleccionada, en representación del departamento de Antioquia, para el proyecto editorial Cátedra afrocolombiana, a cargo de la Universidad del Valle

No pude
engañar a la profe

Porque, a pesar de su pasado solitario, Juan Gaviota había nacido para ser instructor, y su manera de demostrar el amor era compartir algo de la verdad que había visto, con alguna gaviota que estuviese pidiendo sólo una oportunidad de ver la verdad por sí misma
Juan Salvador Gaviota

Compartía con los alumnos del grado sexto B, mi clase de castellano, haciendo prácticas de producción textual sobre el cuento. Trabajábamos un tema libre entre risas, algarabías y mucha desorientación, porque para ellos ésta era una nueva experiencia en su formación; cada quien dejaba volar su imaginación y jugaba con las palabras, dándoles vida a sus personajes.

El interés iba creciendo y los resultados no se dejaron esperar. Hasta que un día, cuando pedí a niños y niñas la evidencia de sus trabajos, Yésica, con su cuerpo de sirena y cabellos largos, se me acercó y me entregó su producción. Terminada la jornada, empecé a revisar los cuentos: unos tiernos, como la ilusión de "la hormiguita"; otros no muy buenos, pero cumplieron con su tarea. Cuando llegué al cuento de la niña con cuerpo de sirenita, se titulaba "El oso y la abeja". Lo leo detenidamente y ¡oh, sorpresa!, con cada frase que leía me daba cuenta de que no lo había inventado. Era una copia de otro cuento; lo único que había cambiado era el nombre de los personajes, porque no tuvo ni siquiera creatividad para hacer sus dibujos. La

Martha Lucía Restrepo Restrepo

Profesora Institución Educativa El Hatillo, Barbosa

tristeza me invadió inmediatamente al ver que no había ejercitado ni un poco su pensamiento. Qué lindo hubiera sido si hubiera tenido palabras de su propia inspiración.

Desanimada, le devolví el trabajo junto con una nota: "¡No lo inventaste! Es una copia de otro cuento. Crea el tuyo". Nuevamente le expliqué a todo el grupo cuál era el propósito del trabajo, para evitar malos entendidos. La niña llevó el cuento a su casa y lo enseñó a sus padres. Ellos leyeron la nota y no comprendieron lo que allí decía. Como era de esperarse, se enojaron y la emprendieron contra mí. Yo los entendía. Para ellos, lo más importante era que la niña cumpliera con la tarea, mas no era lo que se pretendía. Me respondieron con una nota bastante desagradable, y en ese momento se inició mi calvario. En forma cariñosa, nuevamente le solicité el cuento a Yésica, quien sin reparos me lo entregó.

Más tarde les pedí el favor a varios colegas de la Institución Educativa El Hatillo de leer cada uno el cuento y emitir su concepto. Y, ¿qué creen que pasó? Todos coincidieron: "es el cuento del Oso Yogui". La profesora Lina Álvarez me dijo: "Martha, yo tengo el librito de este cuento, mañana te lo traigo". Y así fue. Al otro día, llegó a mis manos el cuento. Yo lo leía y lo leía… y no salía de mi asombro por la capacidad de engaño que manejaba mi alumna. Lo comparaba una y otra vez y ya no tenía más dudas. Antes, le había tomado fotocopia al cuentecito original de Yésica para evitar que lo cambiaran. Se debe ser precavido… ¿no es verdad?

Con las pruebas en las manos, le envié una notica con la niña a sus padres, citándolos a una reunión para aclarar personalmente el malentendido. Al día siguiente se presentó toda la familia: el papá, la mamá, la hermana mayor, que estaba en el grado octavo, y su hermano menor, que cursaba segundo. Ya se pueden imaginar qué pudo pasar… Aquello no fue un diálogo, sino una lluvia de palabras insultantes. Resulté siendo la maestra malvada, quitadora de sueños. No aceptaban el error ni con las evidencias en las manos ni entendían mi deseo de dejar que la imaginación de Yésica volara libremente con las palabras, como las mariposas de flor en flor, y mi convicción de que sirenita tenía esa capacidad. "No le corten las alas a su hija, dejen que ella juegue y se recree. Es importante inculcar desde la familia valores que le permitan actuar con rectitud en cualquier circunstancia de la vida, comprender el valor del esfuerzo, la dedicación en todo lo que emprenda ahora y en un futuro. Comprender lo importante que es aclarar los malentendidos antes de emitir juicios o tomar decisiones". Trataba de hacerlos entrar en razón y de que comprendieran cuál era el objetivo de la tarea no sólo con su hija, sino también con los otros niños y niñas. Ellos mantenían su posición y me decían:

— Muy raro, profesora, que para usted este cuento no sirva. En otra escuela donde ella estudiaba presentó el mismo trabajo y le salió muy bien. Muy raro nos parece.

— Raro sí, les respondí. Puede ser que en la otra escuela sólo le hubieran pedido que llevara un cuento, con la salvedad de no ser inventado, mientras que yo le pedía que lo inventara. Ahí está la diferencia.

Pero por ningún motivo entraban en razón, seguían en la misma posición. Al final reaccioné con mucha dureza, para ver si aceptaban que habían cometido un error y —no sé de dónde me salieron esas palabras— dije: "¡Autor malo!, ¿cómo le robas las ideas a mis alumnos? ¡Mira cómo tienes a mi pobre sirenita!". Los padres se quedaron perplejos con mi reacción y me dijeron: "Profesora, no es para tanto, dejemos las cosas así. Y se retiraron inmediatamente". La niña, a pesar de todo, continuó trabajando ese año como si no hubiera pasado nada. ¿Cambiaría su forma de pensar? No lo sé, porque al año siguiente ya no estaba conmigo. Le había tocado con otro profesor y jamás le volví a dar clase. El desagradable incidente me sacó de casillas, y me puso a reflexionar. Me di cuenta de que todavía tenía un largo camino por recorrer y mucho por aprender.

Un día cualquiera y con el deseo de mejorar la lecto-escritura en los niños y niñas de la Institución Educativa El Hatillo, decidí aceptar la invitación a participar en el Nodo de Lenguaje de Antioquia que me hizo la compañera Lina Álvarez, quien nos venía capacitando en teorías y estrategias metodológicas para mejorar los procesos de enseñanza-aprendizaje. En ese momento inicié una ardua pero desafiante tarea de participar en talleres y charlas sobre el lenguaje. Siempre trabajamos en forma muy aislada con proyectos de aula, hasta que el Nodo hizo una convocatoria para participar en un encuentro departamental con proyectos sobre el lenguaje.

Decidimos participar con el proyecto "Jóvenes escritores", en cuyo inicio nos colaboró ampliamente el profesor Rodrigo Vanegas, docente de la institución. Incluimos evidencias del trabajo realizado por los estudiantes en relación con la transversalización del lenguaje y de la producción textual, y lo presentamos al Nodo, con la grata sorpresa de ser elegidos para participar en la convocatoria departamental. Fue un reto muy importante y una experiencia muy enriquecedora. Eso nos motivó para emprender un nuevo reto con la conformación de un macroproyecto institucional, cuya idea principal era trabajar la lecto-escritura desde todas las áreas. La idea fue acogida por algunos compañeros y lo denominamos "La escuela se une para la transversalización del lenguaje". Estábamos basados en las teorías de la enseñanza para la comprensión (EPC) y los estándares curriculares en lengua castellana del Ministerio de Educación Nacional. Han sido muchos los sinsabores que hemos tenido con este macroproyecto, porque a ciertos compañeros les implica más trabajo.

Debido a estas actividades, se nos ha tildado de ser maestras que imponemos y hacemos trabajar mucho, e incluso nos lanzan frases tales como: "Ahí van las estrellas a brillar"… Pero esto me impulsa a trabajar más y más en pro del objetivo, y veo el resultado en los escritos que aportan los alumnos, en el progreso en la escritura, en la fluidez, la cohesión y la coherencia. Todo ello es resultado de la enseñanza en clase y de la práctica de los conocimientos adquiridos en los diferentes talleres realizados y en las lecturas de los documentos del lenguaje.

La enseñanza impartida y su aprovechamiento también se evidencian en el testimonio de tantos estudiantes que pasaron por mis clases. Como ejemplo tenemos a Roxana Bedoya Saldarriaga, quien escribe lo siguiente:

> Conocí a la profe Martha Lucía al iniciar mis estudios. Ella fue mi profesora en preescolar, cuando yo apenas era una niña tan sólo de cinco años: miedosa, tímida y un poco asustada porque dejaba a mis padres solitos en la casa y me enfrentaba a un mundo nuevo. También dejaba mis muñecas, para cambiarlas por los cuadernos, pero en fin, allí estaba ella, mi profe, brindándome cariño y fuerzas para hacerme sentir bien. Recuerdo cuando jugaba y cantaba para hacernos sentir como en familia. Me gustaba cuando nos contaba cuentos, porque así no me daba susto. A mí me nacía presentarle muy bien mis tareas. Siempre que me las revisaba le fascinaban mis dibujos y mis cuadernos. Me animaba y cada día los hacía más bonitos. Me gusta dibujar y siempre encuentro en la profe una voz de aliento para continuar haciéndolo cada día mejor. Me gustaba como me trataba, y su delantal a cuadritos que siempre llevaba puesto. Un día me atreví a dibujarla mientras me leía un cuento. Se lo regalé, no sé si aún lo conserva. Es muy exigente con los trabajos, procuraba por no hacerle orejas a las hojas de mis cuadernos. Cuando se las hacía, ella me decía: "Roxana... esas orejitas están escuchado mucho y están tristes…". Yo la miraba y me sonreía. Me fue muy bien con ella y aprendí mucho. Mi amor por el estudio, mi responsabilidad y disciplina, me llevaron a ser una excelente alumna. Nos hicimos muy buenas amigas y a ella le gustaba conversar conmigo y mis compañeras. He sido muy escrupulosa y a Martha Lucía le daba risa cuando algo me pasaba, pues siempre yo decía "¡guácala!", y hacía unos gestos que sólo ella me entendía. Es muy simpática y por eso la queríamos todos.
>
> En el grado cuarto me volví a encontrar con mi profe y me enseñó castellano. Ya se pueden imaginar cómo me sentía. Fue un año muy agradable. Trabajamos mucho, sobre todo la lectura y la producción textual. Leímos libros como: *Martín Girasol*, *Ojitos borradores*, *La bruja de la montaña* y *Los amigos del hombre*. Lo que más me llamaba la atención eran los conversatorios que hacíamos sobre los personajes, el mensaje y la comparación entre ellos. Trabajamos mucho la competencia icónica y argumentativa. Los temas que nos enseñaba eran muy ricos y variados, y las clases con ella me gustaban mucho. Siempre le entendía y se hacía entender. Nos brindaba mucha confianza. Por cariño le decíamos Martha La Bruja, por el libro que habíamos leído. Ella nos respondía: "estas feas"… Ah, otra cosa que me gustaba de ella es como olía su perfume, y ésta es la hora que no me ha dado el nombre de la loción, porque quería que mi mamá me lo comprara. Sigo esperando a ver si de pronto en el 2008 me toque con ella y logro que me dé el nombre. Dios quiera que pueda estar con la brujita… sería una niña muy feliz. Gracias, profe, por tus enseñanzas y sabios consejos…

Después de este testimonio, les diré que mi vida transcurre en torno a mi núcleo familiar, los libros, mis alumnos, compañeros, padres de familia y amistades, con sus alegrías y tristezas. Todo un ir y venir.

Desde pequeña me gustó ser maestra. Cuando veía a las profesoras que me enseñaron en segundo y tercero, me llamaba mucho la atención la forma como nos impartían

sus conocimientos. ¡Cómo las recuerdo! A doña Elvira, una señora ya de edad y muy seria; a Rocío Blandón, un poco más joven, delgada, con unas uñas muy largas y bonitas. Me identificaba totalmente con ellas. En esos años, fue cuando descubrí mi vocación de maestra. Me gustaba enseñar, soñaba con serlo, mi familia me apoyaba, aunque teníamos ciertas limitaciones económicas. Mi madre me consiguió cupo en la Normal Nuestra Señora de Lourdes en Medellín. Allí, mis sueños se hicieron realidad. Cuando me gradué sentí una gran alegría: ¡ya era maestra!

Sabía que para ejercer no debía desesperarme, porque todo en la vida llega a su debido tiempo. Presenté la solicitud para vincularme al magisterio en la oficina de Recursos Humanos del edificio El Ródano, en Medellín. El primer nombramiento fue para una escuela rural en el municipio de Campamento, que no alcancé a conocer, porque viajé con mi papá y mi mamá, y era tan lejos del pueblo que la caminada nos produjo insolación. Decidimos devolvernos y no aceptarlo, pero con la esperanza de conseguir algo mejor.

Después de algún tiempo me fui para Liborina, Antioquia, a trabajar en el Colegio Parroquial, como maestra de matemáticas y educación física en los grados primero a cuarto de bachillerato. En esa primera experiencia confirmé que realmente mi vocación era la de ser maestra. En 1974 obtuve nuevamente un nombramiento por el departamento para la vereda El Volador, en el mismo municipio de Liborina. Allí llegué a iniciar mi trabajo en un sitio sin escuela. Solamente llevaba una maleta cargada de ilusiones que se me fueron convirtiendo en realidad con el paso de los años. Trabajé con mucho amor y vocación durante tres años, y en 1977 conseguí traslado para el municipio de Barbosa, a la Escuela Integrada El Hatillo. El resto de mi tiempo lo he pasado en esta institución, y allí he visto nacer, crecer y morir a muchas personas que han dejado huella en mi vida. Les doy gracias a Dios y a la comunidad en general porque me han dado la oportunidad de vivir todos estos años al lado de sus hijos, compartiendo con ellos conocimientos, alegrías y triunfos.

En todo momento he sido guerrera y luchadora. Siempre demostrando los mismos ánimos de aquel primer día cuando me inicié como maestra expresando amor, tolerancia y solidaridad… Hoy en día le doy gracias a Dios por todas las bendiciones que día a día recibo de Él. Gracias a mi familia por su apoyo y comprensión. Gracias a la comunidad del Hatillo por la confianza que siempre me ha brindado, y por todos esos años vividos en pro de sus hijos, "mis alumnos"

Sumar en vez de restar…

multiplicar en vez de dividir…

"Michel, a los golpes no se arreglan las cosas". Desandando en mi memoria, recuerdo la tarde en que sujetado entre los brazos me tocó llevar, prácticamente cargado y a la fuerza, a este aparentemente duro alumno, hasta un salón para que calmara su enojo. En sólo cinco minutos había roto con una cauchera quince vidrios de las ventanas que protegían la escuela, según él, porque se sentía muy aburrido de que su vida no tuviera importancia para nadie. Pasé una hora abrazándolo con fuerza, acariciándole la cabeza y diciéndole lo mucho que él me había impactado desde que lo había conocido, lo grandiosa y valiosa que me parecía su vida, y reiterándole que los golpes y la violencia no eran los caminos más adecuados para solucionar los problemas. Ante esto, se desató un largo llanto que sacó a flote la gran fragilidad, nobleza, sencillez y carencia de afecto que había guardadas en lo más profundo de su ser, actitudes completamente contradictorias a lo que había manifestado en su primera acción agresiva y destructora. Después de su largo llanto, recuerdo el gran gusto con el que devoró el almuerzo que le serví; no sabría cómo describir lo que sentí cuando me dijo: "Profe, muchas gracias, es lo primero que como en el día".

Marta Nelly Salazar Zuluaga

Profesora Institución Educativa José María Córdoba, municipio de El Santuario

No era sólo su caso; era el de gran parte de sus compañeros quienes, al igual que Michel, pasaban demasiadas necesidades. Pero lo más grave era haber tenido que convivir, compartir su comida, su techo y quién sabe qué más, con aquellos hombres y niños que al igual que Michel reflejaban las duras cicatrices de la injusticia social, aquellos hombres que con falsas filosofías creían poderlo ganar todo por medio de la fuerza o la violencia. ¿Y qué decir de algunos padres de familia que tuvieron que conformarse con ver cómo algunos de sus hijos decidieron engrosar las filas estos grupos armados o se vincularon afectivamente con alguno de sus militantes?

Golpes, insultos, vocabulario vulgar, indiferencia, juegos a los bandoleros en los descansos, y los horribles trapos rojos que se amarraban en la cabeza buscando simular a aquellos hombres que días, meses y años atrás habían turbado la paz de sus familias y de la comunidad. Era el común denominador de los niños y los jóvenes con los cuales me encontré en las primeras semanas y meses de trabajo en esta comunidad que, por todos los rincones, reflejaba las graves secuelas y los traumas que había dejado la presencia de dicho grupo armado.

El ambiente de esta vereda y de toda su comunidad educativa era triste, como tristes se veían las hermosas montañas y las verdes llanuras que la rodeaban. Fue así como, pidiéndole al ser supremo me regalara gran sabiduría, diseñé algunas estrategias eficaces, buscando que cada encuentro en esta comunidad fuera un espacio para crear y crecer juntos. Dando siempre lo mejor de mí, procuré aprovechar cada situación para generar un mejor ambiente escolar: las clases, el recreo, el paseo, la hora del almuerzo, la pelea de los niños, la molestia expresada por padres de familia, los convites comunitarios. En fin, cada pedacito de vida se convirtió, para mí, en una oportunidad maravillosa para transmitir valores, principios... ¿Acaso se puede enseñar a sumar y multiplicar sin reconocer cuanto puedo dar?; ¿cuántos esfuerzos se pueden acumular para que el producto sea cada vez mayor?... ¿O se puede restar y dividir, sin pensar en el valor del compartir por partes iguales, sin discriminar a nadie?

Sumar puntos... y restar puntos... fue el inicio del proceso de búsqueda de una mejor convivencia. Patada, insulto, grosería, desobediencia de más, punto de menos. Respeto, puntualidad, obediencia, amabilidad, punto de más. El acumulado se iba llevando en las últimas hojas del cuaderno de ética y urbanidad, y todos los días, en los últimos diez minutos antes de salir para la casa, mediante una autoevaluación y coevaluación con los compañeros y el docente, se revisaba para efectuar la sumatoria de los puntos merecidos. La máxima calificación por día era de diez puntos. Este acumulado se contabilizaba todos los viernes, y en un acto cultural y protocolario se hacía un reconocimiento público y se entregaba el premio al mejor alumno de la semana.

La tarea no era nada fácil, porque los bajos resultados parecían causarles más enojo y agresividad a los alumnos, como el propio Michel, por el momento. Ello se reflejaba en las

patadas con que abrían las puertas, y los golpes que daban a los pupitres cuando no eran acreedores del premio. Pasaron días, meses y diría yo hasta años para que se empezaran a ver resultados. El caso concreto fue el de Michel, quien mes tras mes fue bajando su agresividad y subiendo su puntuación, llegando a obtener por varias fechas consecutivas el premio al mejor alumno de la institución.

Las caucheras, los palos, las pistolas de agua fueron cambiando por los balones, los tableros de parqués, de ajedrez, las loterías, los bingos, bonos para ir a la piscina, libros, cuentos para colorear y objetos deportivos que viernes tras viernes se iban ganando por su buenas acciones. Aparte de este mecanismo diariamente se hacía una reflexión en torno a los valores, preparada por los mismos niños, quienes, trabajando en grupos, no dejaban de sorprenderme a mí y a sus compañeros con los cantos, dramatizaciones, "paquetes chilenos", reflexiones, carteleras, preguntas y análisis que a diario traían al aula. El objetivo de esto era transmitir un mensaje que iba haciendo eco no sólo en sus compañeros, sino también en ellos mismos.

Como uno de los correctivos para resarcir las faltas cometidas se incorporó, en el Manual de convivencia, la tarea de elaborar una cartelera con muy buenas condiciones estéticas en la que se especificara cuál había sido la falta, porqué había estado mal, a quiénes había afectado, y porqué no debía volver a pasar. Luego, debía exponerse frente a los compañeros y dejarla exhibida en la institución. Los niños especialmente realizaban este trabajo con mucho gusto y con sentido reflexivo. Recuerdo con alegría la preciosa cartelera que expuso Michel después de haber golpeado a uno de sus compañeros, a quien le pidió públicamente disculpas. En su cartelera le escribió: "¿Quieres seguir siendo mi amigo?". Ese gesto fue aplaudido por sus compañeros y generó gran admiración.

Otra de las estrategias implementadas fue la autonormatización en los niños. En los juegos se involucraron normas adicionales como: expresión soez que se diga, genera una suspensión de tres minutos del partido; golpear deliberadamente al compañero, expulsión. Estas sanciones casi siempre eran hechas cumplir por Michel, aprovechando el gran liderazgo y reconocimiento que había adquirido entre sus compañeros gracias a su cambio favorable de actitud. Se sentía responsable de velar por el orden y la sana convivencia en los espacios recreativos. Ese reconocimiento le permitió, ese mismo año, ser elegido personero del centro educativo, oportunidad que aprovechó para buscar que sus compañeros incrementaran el sentido de pertenencia por la institución. Para ello emprendió campañas de aseo, de siembra de jardín, y de enseñanza de algunos deportes, como el baloncesto y el ajedrez. Eso mejoró notoriamente el ambiente escolar.

Los padres de familia, entre ellos la mamá de Michel, se integraron a los comités de trabajo en los que participaban sus hijos: comité social, religioso, solidario, de ecología, cruz roja. En ellos, cada uno irradiaba su potencial para hacer de su institución cada día un lugar más agradable, pacífico y formativo.

Un caso concreto fue el comité ecológico, en el que a través del encuentro de saberes empíricos y científicos, cada miembro compartía con los demás sus semillas y conocimientos sobre las plantas que se sembraban en la huerta escolar y en las huertas caseras. Con estos intercambios se fue logrando no sólo mejores ingresos alimenticios, sino también mejor convivencia entre vecinos que habían hecho germinar, entre ellos, las semillas de la amistad, el respeto y la unión.

Fue así como jugando a los valores, en lugar de a los golpes, como solía hacerlo Michel, él, sus compañeros y muchos miembros de la comunidad aprendieron a emplear un vocabulario más cordial para relacionarse con los demás y a establecer relaciones menos agresivas. Los estudiantes, incluso los padres de familia, aprendieron a resolver los conflictos por medio del diálogo y a sentir mayor pertenencia hacia la institución

Esta experiencia fue ardua, pero satisfactoria. Con ella he ratificado una y otra vez que la educación, más que una tarea de impartir y multiplicar conocimientos, es una labor de humanización llena de retos y dificultades, la cual tiene verdadero sentido si, a través de ella, se logra multiplicar una sonrisa y generar una nueva razón para ser feliz; si se logra convencer a cada alumno de que es valioso, que hay un proyecto de vida por desarrollar y de que en sus manos está el luchar por causas grandiosas en favor de la sociedad, pues cada quien tiene la responsabilidad de dejar su entorno mucho mejor de como lo encontró. La educación tiene verdadero sentido si se logra emplear asertivamente el potencial humano que a cada maestro se le ha otorgado; si usa su poder para transformar las almas que se posan a su alrededor, pues trabaja con el capital más valioso que hay en el universo: "el capital humano"... niños y niñas, familias enteras ávidas de descubrir y conocer los secretos mágicos de la vida... ¿cómo se llega a ser feliz?, ¿cómo se puede sonreír a pesar de las dificultades?

Todo este relato recobra mayor validez al ver hoy a Michel, cinco años después, cursando el grado noveno, convertido en todo un joven de bien, amante del estudio, de su familia, del deporte, con grandes sueños y convencido de lo valiosa que es su vida. Hace tan sólo quince días recibí su visita y con una gran motivación me compartió su deseo de ser ingeniero mecánico. Sin dejar de sonreír, recordó aquellas, para él, travesuras de infancia, pero para mí duras y significativas historias de vida que me dejaron un recuerdo imborrable, y la satisfacción de haber contribuido a arrebatarle a la guerra un hombre más

Historias tejidas

a lo largo del tiempo

Mi nombre es Martha Inés Torres Vergara. En estos momentos me desempeño como directora encargada del Centro Educativo Rural El Anará, del municipio de Cáceres, en cuyo cargo llevo tres años, en los cuales he crecido como persona. Pero no crean que todo ha sido tan fácil como eso. En ningún momento lo ha sido, porque, primero que todo, me colocaron al frente de un centro que tiene cinco sedes, con muchos problemas de orden público, necesidades económicas en las escuelas, docentes reacios al cambio y al mejoramiento. Fueron muchas las veces que me sentí confundida frente a esto y hasta lloré, pero siempre había alguien para ayudarme a salir de la situación que me preocupaba. Por otro lado, fueron muchas las pruebas que me tocó superar, por ejemplo: visitar cada una de las sedes y reunirme con las comunidades educativas para organizar el trabajo escolar, además de presentar muchos informes, cronogramas, presupuestos, formatos, etc., que hicieron crecer en mí el temor de no poder cumplir con todas esas responsabilidades.

Con el paso del tiempo he superado todos estos miedos. Ahora estoy segura de que lo hago lo mejor que puedo; además, tengo la suerte de que el centro educativo que dirijo ahora cuenta con docentes más comprometidos con sus trabajos y sus comunidades educativas, lo cual facilita, en cierta medida, la realización de los logros propuestos.

Martha Inés Torres Vergara

Profesora Centro Educativo Rural El Anará, vereda Anará, municipio de Cáceres

Por otra parte, he tenido la oportunidad de aprender muchas cosas, ya que he participado en varias capacitaciones que brinda la Secretaría para los directivos docentes del departamento. En este momento, estamos a punto de terminar un diplomado en gestión directiva y función educativa, en el cual nos brindaron todas las herramientas para realizar mejor nuestra labor. Respecto a la función que desempeño, sé que todos piensan que al directivo se le olvida que fue docente, pero eso no es así; por el contrario, para poder cumplir bien su labor, el directivo debe sacar ese maestro que es, para llegar con más facilidad a su comunidad educativa. Un sacerdote italiano que conocí, alguna vez me decía: "Mientras más alta la palma más flexible hacia los lados".

En realidad, no he dejado de ser docente, porque les colaboro a los profes cuando se les presenta alguna dificultad, capacitación o incapacidad en la cual ellos tengan que ausentarse. En esos casos, me encargo del grupo y les doy sus clases normalmente; igual con los grupos atendidos por docentes de ampliación de cobertura. Cuando éstos son nombrados en abril o mayo, yo cubro su lugar desde febrero o marzo, cuando los niños empiezan a llegar; lo hago con el fin de que no se desplacen a otro lugar.

No he podido olvidar mis primeros años de docencia, porque fue allí donde aprendí a valorar todo lo que tenía en mi casa. A los diecisiete años salí de ella a trabajar por primera vez a un lugar llamado Muribá, oculto entre las montañas del municipio de Cáceres, en donde las casas eran *cambuches* de plástico; no existían escuelas, porque ésta era una población de mineros en su mayoría nómadas. Tuve una gran impresión al llegar a este lugar, pues quienes me esperaban no eran padres de familia, sino miembros de un grupo armado, quienes querían verificar que yo fuera la docente que venía a trabajar. Luego, cuando me ubicaron en la casa de un padre de familia, yo no sabía si quedarme allí o regresarme a mi casa al día siguiente. Lloré toda la noche, pero decidí quedarme y hacer lo que tenía que hacer: construir esa escuela y educar a esos niños que tanto lo necesitaban.

En ese lugar aprendí que muchas veces no valoramos las cosas hasta que las perdemos: me tocó comer alimentos que jamás quise comer en mi casa. Allí aprendí una lección de vida, al darme cuenta de que la felicidad no radica en las cosas materiales, pues, por el contrario, eran más felices aquellas personas que no tenían absolutamente nada. Ésto me sirvió para ser más receptiva con los niños y generar más relaciones de confianza, para entender porqué algunos presentaban conductas agresivas o de aislamiento.

¿Saben algo?, me alegra haber estado en ese tiempo, en ese lugar, porque de lo contrario me habría perdido de aprender muchas cosas que hoy día me sirven para mi vida, y tener la oportunidad de contárselas a alguien como experiencia significativa.

Ahí no termina mi historia como docente. Imagínense que en 1996 me trasladaron a la escuela rural Anará, en la cual laboro hoy día. Allí hay, en este momento, un docente para preescolar y primero, otro para segundo a quinto y uno más para sexto a noveno. Ésta es la sede principal del centro del cual soy directora.

Eso me hace sentir orgullosa y me parece muy importante, porque esta comunidad ha mejorado en todos los aspectos, e incluso hoy en día puede ofrecer estudios de secundaria con metodología postprimaria, lo que facilita a los padres el estudio de sus hijos.

Pero esto no siempre fue así. Cuando comencé a trabajar en este lugar, había muchas necesidades; sólo había una profesora: yo, y debía atender aproximadamente entre veinte y veinticinco alumnos, en todos los grados de primaria.

La escuela se encuentra a la orilla de la carretera y tiene más fácil acceso que en la primera donde trabajé. Pero no crean que aquí todo era color de rosa: en este lugar, la pobreza era la dueña de todo. La tierra, a pesar de ser montañosa, es poco fértil y ahí sí que vi niños con hambre. Era normal ver, en sus portacomidas, arroz solo, o con yuca, o simplemente no llevaban nada porque no había; eran niños pálidos, bajos de peso, con alto índice de desnutrición, lo cual los hacía vulnerables a muchas enfermedades, entre ellas el paludismo, que afectaba a una gran parte de la población. Estas condiciones generaban mucha deserción escolar, falta de atención en clase, desánimo para realizar cualquier actividad, fuera o dentro del aula; al mismo tiempo se notaba la agresividad, ya que es muy difícil para un niño que salió de su casa sin desayuno poder rendir en la escuela.

Pero imagínense lo que hizo su aparición en la vereda en esos años: otro grupo al margen de la ley y con ese sí que me fue mal. Un día, cuando salí de la escuela rumbo a la casa donde vivía, aparecieron en la mitad del camino unos hombres armados, que nos obligaron a tirarnos al piso, y allí estuvimos aproximadamente cuatro horas, hasta cuando a ellos les pareció necesario. Otro día yo visitaba una de las sedes que queda a dos horas de distancia, y algunos de estos hombres perseguían a un señor para matarlo; al verme por el camino me dijeron: "No puede pasar, si lo hace, no respondemos por su vida". Mucho después, hombres armados cubiertos con pasamontañas nos robaron, llevándose hasta nuestro pasaje de regreso, y mataron a un hombre delante de todos; esa vez sí pensé que no volvería a casa.

Son muchas las cosas que me han ocurrido cumpliendo mi labor docente, pero nunca dije que no volvería. Siempre fui tolerante y gracias a Dios, que me acompaña en todo momento. No he desistido en el propósito de ser una gran maestra cada día.

Volviendo a donde estoy ahora como directiva-docente, creo que he cumplido con lo propuesto, la comunidad sigue siendo pobre, pero hemos podido crear estrategias para atenuar esta condición. Así, por ejemplo, nos hemos apropiado de las capacitaciones que nos brinda el programa Maná, para la creación de la huerta escolar y huertas caseras en todos los hogares. Esta campaña se implementa desde 2004 en la sede Anará y desde 2006 en las demás sedes. A lo largo de los años, Maná ha capacitado a los docentes en muchos ejes temáticos: primero fueron las Unidades de Aprendizaje Integrado (UAI), donde se deben integrar todas las áreas de forma transversal a la huerta escolar; luego, en el eje pedagógico, se realizaron proyectos de aula como:

— Mejoramiento del agua y hábitos de higiene.

— Manejo de basuras y excretas.

— Consumo de frutas y verduras.

Con todos estos proyectos, la comunidad educativa ha mejorado en un alto porcentaje su calidad de vida a lo largo de los años; además, hay más sentido de pertenencia de los

padres hacia la escuela. Gracias a ello, nuestra sede ha sido premiada por la Secretaría de Educación y la Universidad de Antioquia, lo que nos valió la publicación de la UAI en su página web en el 2004. En estos momentos tenemos un proyecto de aula llamado: "Trabajamos para mejorar la seguridad alimentaria y nutricional", que concursa con otras instituciones para ser publicados el próximo año por la Gobernación de Antioquia dentro del proyecto Maná.

En mi trabajo como directora docente he estado muy al frente de todo esto, para que todas las sedes del centro educativo se puedan beneficiar de igual forma, porque tenemos una gran tarea en nuestras manos y es desde la escuela empezar a generar hábitos de vida saludable. En el presente año, tuve la oportunidad de llevar la educación de adultos a mis padres de familia. Me motivé a trabajar los domingos en la escuela con ellos desde las 8:00 a. m. hasta las 4:00 p. m. Al comienzo fue difícil, porque me tocaba trabajar toda la semana en la vereda y el sábado estudiaba en la universidad; pero a pesar de esto, logré alfabetizar a mis padres de familia.

Así mismo, hago parte de un grupo de tres docentes que lideramos el microcentro rural del municipio. Nos reunimos una vez al mes para socializar temas referentes a la metodología de la *escuela nueva*. En el microcentro, los profesores con más experiencia apoyan a los que apenas empiezan en esta tarea, y se socializan las capacitaciones para algunos docentes de las demás áreas. En este momento estamos organizando la cartilla de inglés, con las características de dicha metodología.

En mis catorce años de labor docente son muchas las experiencias que me han servido para convertirme en una persona responsable: desde los malos ratos, hasta los mejores que he vivido son importantes, porque fueron todos esos momentos los que me ayudaron a superarme. Cuando empecé a trabajar sólo era bachiller pedagógica; después realicé una tecnología en educación física en el Politécnico Jaime Isaza Cadavid; la Universidad de Antioquia nos ofreció la profesionalización y me gradué como licenciada en educación física, recreación y deportes, y ahora acabo de terminar una especialización en lúdica educativa, en la Fundación Universitaria Juan de Castellanos. Me siento feliz porque con estas capacitaciones puedo aportar más a la comunidad educativa y a mi familia.

Mi consejo a los jóvenes que apenas comienzan una carrera en la educación y muchas veces dicen "no" cuando les ofrecen trabajo en escuelas lejanas, sin recursos y con mucha pobreza, es que es en esos lugares donde se sabe si un maestro tiene vocación. Allí, algunos niños caminan una y hasta dos horas para llegar a la escuela, muchas veces con hambre. Ellos encuentran, en este lugar, un refugio a sus problemas, ya sean económicos o de otra índole, muchas veces generados por violencia intrafamiliar. Se necesitan docentes que, además de orientar las clases, sean esos amigos, que tanto necesitan los niños.

Por otro lado, ha sido muy importante mi permanencia en la zona rural, porque esto me ha permitido continuar con los procesos que comencé hace algunos años y les ha dado fuerza a todos esos proyectos que se trabajan en las sedes y luego se integran al Proyecto Educativo Institucional (PEI) para que puedan trabajarse de forma transversal.

En estos momentos me siento con algunas capacidades para liderar cualquier institución educativa y si se me presentan dificultades, ellas mismas serán tomadas como oportunidades de mejoramiento. Creo que los problemas son graves cuando no les vemos solución; pero cuando los tomamos como una oportunidad que nos ofrece la vida para aprender algo significativo para nuestra labor, dejan de ser problemas.

En el transcurso de mi carrera docente he tenido muchos momentos de dolor, y me ha tocado llorar para desahogarme; pero al día siguiente he debido volver a enfrentarme con la situación, y aunque no puedo cambiarla, sí puedo luchar contra ella. Por otro lado, también he tenido momentos de mucha felicidad, de triunfo, en los cuales me he sentido orgullosa de ser docente, sobre todo cuando pasa algún tiempo y encuentras a alguien que hace años fue tu alumno y te dice: "Gracias, profe, porque estuviste ahí cuando te necesité"; esas palabras no se pagan ni con todo el oro del mundo. En ese momento es cuando dices: "Vale la pena lo que hago". Es por ello que ser docente es un privilegio dentro una sociedad; es, en definitiva, una misión llena de pesadumbre, pero también de muchas satisfacciones

La vida

al servicio de los demás

Martha Lucía Rúa Monterrosa

Profesora Institución Educativa Eduardo Fernández Botero, municipio de Amalfi

"¡Lástima!", suspiré mientras veía a aquella mujer delgada de unos veintiocho años vestida con traje blanco y en la cabeza con una toca de dos cintas negras. Era mi sobrina Juanita, que apresuradamente se dirigía a su lugar de trabajo, donde aquellos enfermos la esperaban para recibir de ella una mirada cariñosa y de sus manos el medicamento que calmara su dolor. Mi hija Martha, en cambio, había dejado su carrera de enfermería para dedicarse a la docencia. Eso había sido motivo de tristeza para mí.

Recuerdo aquella tarde que estábamos sentados en el patio de la casa, y Martha entró con cara de angustia. Había estado desempeñándose como enfermera en el único hospital que había en el pueblo, pero debido a su embarazo no pudo continuar. Ahí acabó mi primera ilusión. Siempre me ha parecido la docencia una profesión ingrata; la enfermería, en cambio, es más gratificante; por eso siempre quise que fuera enfermera. Durante años pude observar cómo al docente, algunos padres de familia e incluso los estudiantes, lo trataban mal, ignorando su labor de servicio, que más que maestro, en ocasiones hace de enfermero, conciliador, psicólogo, tratando de dar soluciones a todas las situaciones que en una comunidad se presentan. Éstos eran mis temores y mis tristezas.

El profesor Luis Fernando, maestro y amigo, le ofreció la oportunidad de trabajar como docente en una escuelita muy lejos del corregimiento de Puerto Claver, del municipio de El Bagre. Después de una larga reflexión, considerando las circunstancias, opté por dejarla ir; entendiendo que es necesario que cada persona tome sus propias decisiones de manera autónoma.

Un mes después ella contaba cómo había emprendido un largo camino de nueve horas para dirigirse a la vereda del Alto del Sabalito, a Pilón Colgado, como lo había bautizado en alguna ocasión el Ejército Nacional, porque no era más que ese subir y bajar lomas. Eran lomas tan pendientes, entre ellas la del Pisingo, que desde su cima se veía el municipio de Nechí.

Era durísimo para ella ascender paso a paso hasta llegar al sitio donde debía laborar. Cuando el sol se había ocultado y la noche fría con su sombra la cobijaba, descendía hacia un valle donde se observaba la luz de la lámpara de aquella casa donde pasaría la noche rodeada de otras personas. La incertidumbre la invadía: cómo sería el día siguiente cuando se encontrara con sus primeros estudiantes, sin tener en sus manos unas buenas herramientas pedagógicas que le mostraran el camino en la formación de aquellos niños llenos de ilusiones, porque hacía tres años no tenían un maestro.

Sorprendida se quedó cuando, al preguntar por la escuela, aquel señor que vestía camisa a cuadros y pantalón negro, a la rodilla empantanado por el barro, con mirada triste, le mostró por entre la espesura una humilde casa de cuatro estacones sostenida en techo de palma que no se dejaba ver. El miedo erizaba su piel, su cuerpo se estremecía y en ese instante por su mente pasaban aquellas palabras que en los espacios familiares yo les enseñaba. "Mis hijos: no hay nada más gratificante que ponerse al servicio de los demás, porque la vida no es más que servicio".

Esto la hizo entrar en conciencia, escuchar las voces de los niños y los padres que decían: "Tenemos profesora, gracias Dios mío, por fin se acordaron de nosotros; ahora nuestros hijos pueden estudiar". Lentamente el sol comenzaba a salir en la cumbre de los montes. Era un día esplendoroso lleno de esperanza y expectativas. La gente empezaba a reunirse en aquella pequeña cancha de fútbol al frente de la escuela. Todos, con una sonrisa a flor de labios, saludaban a su maestra. Martha, de sombrero, botas y con una pica entre las manos, motivaba a estos padres a limpiar y desyerbar la humilde escuela. Todo transcurría en completa calma; los machetes, los azadones, las hachas y las picas se veían

derrumbando aquellos montes, hierbas que se pegaban de la piel causando rasguños imborrables en la maestra, en padres y niños. Parece ser que nada de esto importaba; las caras se notaban sonrientes, aunque el sudor corría por las mejillas de quienes trabajaban con ansia por ver ese nuevo día, cuando sus hijos estuvieran sentados en varias tablas, sostenidas por tres pequeños troncos de madera, esperando que su maestra, de la manera más generosa y sin reservas, se acercara a llevarles la mano para escribir sus primeras letras.

Trajo a su memoria el recuerdo de la niña que levantaba sus manos y esforzaba su boca entre gestos y señales queriendo aprender a leer. Todo eso fue duro, pero nunca imposible. Las piedras, los granos de maíz, los recortes de palitos que unidos entre sí les permitiera contar y a veces hasta sumar y restar, sin olvidar que la naturaleza con su hermoso paisaje se constituía en el mejor regalo de su aprendizaje.

Para mí fue grato escuchar a mi hija evocando a aquel carpintero que trabajaba con todas las herramientas a su alrededor, que enriquecen una maravillosa labor: "las bagatelas hacen la perfección, pero la perfección no es una bagatela". Esto despierta en mí una gran curiosidad en el proceso de enseñanza. Supuestamente era ella quien debía aplicar la fórmula mágica para llegar a los niños. Admirada se quedó cuando aquellos, con su entusiasmo, le enseñaban que la mejor forma de aprender es dándose uno mismo; eran pequeños, pero grandes pedagogos. El entorno fue su mejor maestro. Aquí se aplica el dicho que dice: "búscale la comba al palo".

Varios meses después, cuando Martha al lado de una lámpara preparaba sus clases, escuchó varias voces que se acercaban donde ella. Eran varios campesinos de la vereda que transportaban, en una hamaca empapada de sangre, a Benito, otro padre de familia campesino a quien, mientras departía en una fiesta, le hirieron su pierna izquierda. Sus compañeros no tenían un lugar donde acudir más que a la escuela, donde la maestra. Ella, con un poco de temor por ver su semblante tan pálido y no tener las herramientas necesarias para hacer un buen procedimiento, se llenó de valor y con aquella pinza que aún conservaba con gratitud desde su curso de enfermería, una aguja y sin anestesia, comenzó a suturar con hilo negro el muslo de aquel hombre. Lentamente empezó a disminuir la hemorragia, que tal vez le hubiera causado la muerte. Estos primeros auxilios que en ese momento se prestaron, hicieron que esta comunidad valorara aún más su trabajo.

Pasaron treinta días y ella, acompañada de cuatro representantes de la Acción Comunal, decidieron ir a la cabecera municipal a exponer ante el alcalde la necesidad de construir una escuela para aquellos cuarenta y cinco niños deseosos de aprender y formarse como hombres y mujeres de bien. Los vi llegar aquella tarde con el rostro sudoroso y cansado, entre sus brazos un saco de fibra, que representaba la generosidad y el compartir de aquellos campesinos. Me sentí apesadumbrado y lentamente me acerqué a la vieja silla donde ella reposaba y con voz entrecortada le pregunté cómo le había ido. Con una mirada y una sonrisa en sus labios me respondió: "No es suficiente el camino que he recorrido, sino el que falta por recorrer, porque para poder producir y rendir, primero es necesario sembrar". Estas palabras fueron suficientes para entender que continuaría con su labor.

Pero aquí no termina la felicidad más grande que pude notar en el rostro de Martha, cuando después de mostrar las fotos con que plasmaba la historia de aquel valle rodeado de cerros donde estaba la escuela, ella dibujaba en su mente el plano de lo que se convertiría en su segundo hogar. El tiempo transcurría y la angustia crecía esperando noticias de aquel mandatario moreno, de cabello crespo, que sentado en su escritorio discutía el presupuesto para aquel hermoso lugar. El esfuerzo no había sido en vano para lograr la aprobación de aquella escuela. Desde ese momento empieza una nueva preocupación para ella, ¿cómo podrían transportar aquellos materiales a esa lejana región? La oportunidad llegaba y los padres de familia prestaron sus mulas, que durante veinte días trabajaron incansables y a paso lento, pero firme, hasta lograr transportar el último material que le daría forma a una pequeña y bella escuela.

Todo comenzaba a verse diferente. Niños y padres, alegres, se reunían en la escuela para contar sus anécdotas y a veces hasta para jugar a las rondas, los trompos, y ver a su maestra con su comunidad los deleitaba y cada día en su corazón crecía un amor que la unía a ellos.

Pasaron once meses, hasta que una mañana lluviosa en la que los niños disfrutaban de un receso estudiantil, la maestra emprendió un viaje sin saber si regresaría, y nuevamente se apoderó de aquella comunidad una gran incertidumbre que nadie podría imaginar.

¿Qué sería de aquella escuela en los próximos años? Se notaban caras tristes, lágrimas en los ojos que en otros momentos, sonrientes, disfrutaban al lado de su profesora, aprendiendo nuevas cosas que hoy podían recordar. Ella, motivada por esta experiencia, validó la Normal buscando nuevas herramientas que le ayudaran a mejorar su labor docente.

Fue entonces cuando, en aquella reunión, rodeada de otros docentes, recibió la noticia de que sería trasladada para la escuela Arenales, a cuatro horas del corregimiento de Puerto Claver, del municipio de El Bagre.

Se iniciaron las labores. Martha se disponía aquel domingo a viajar a la nueva escuela, y entre cerros y planadas logró llegar a la loma donde se encontraba construida la institución, adornada por un árbol de marañón y unas cuantas matas, con sus raíces brotadas que parecían morir. Apoyada por su experiencia, trabajó en armonía con aquella comunidad comprometida. Y con ganas de salir adelante, decidió concursar en el proyecto de mejoramiento que lideraba la Secretaría de Educación para la Cultura de Antioquia. Ella ha sido muy decidida, pero nunca imaginé que con tan poca experiencia lograra pasar esa competencia para dotar la escuela de nuevos materiales didácticos. Su idea era innovar con metodologías que facilitaran llegar más a sus alumnos y padres de familia.

Transcurrido un mes de haber concursado, Martha pudo leer el nombre de la escuela Arenales en el listado de instituciones favorecidas, en las paredes de la alcaldía del municipio El Bagre. La emoción la llenó. No podría describir el triunfo; llegó gritando alegre a la casa, por haber obtenido ese logro. Al otro día se lo comunicó a su comunidad, llenándolos de asombro y felicidad también a ellos, porque no sabían cómo había hecho para conseguir esos recursos. Desconocían que un minero de la región le había prestado el

dinero para abrir una cuenta a nombre de la escuela, donde se consignaría la plata destinada a la compra de enseres que, en reunión con la comunidad, se habían estimado como los más necesarios: sillas, plantas pequeñas de energía, televisor, VHS, máquina de escribir eléctrica, megáfonos.

La comunidad estaba muy contenta, y en las noches, con linternas en las manos y expuestos al peligro, subían la loma donde se encontraba la escuela. Allí se reunían a ver televisión y películas, en veladas que fortalecían la convivencia armoniosa y los lazos de amistad. Algunos padres y niños participaban con poesías, dramatizados en los días especiales, mostrando su talento. La recreación se les convirtió en un hábito; salían a otras veredas a integrarse, jugando, compartiendo, alimentando el aspecto educativo, con sus talentos y habilidades. Mientras ella vivía todo esto y me lo contaba, yo me preguntaba: ¿dónde quedan hoy todas aquellas demostraciones de talento, de expresiones orales y corporales que enriquecen a la personas y los hacen ser más humanos? Me acuerdo, como si fuera ayer, de cuando en la escuela aprendí muchas cosas, entre ellas urbanidad: que al entrar lo primero era detenerse en la puerta y soltar un saludo: "Buenos días tenga, ¿cómo está usted?". Estos hábitos nos hicieron crecer a todos.

Me sentía orgulloso de los triunfos de mi hija, de que muchos se acercaran a preguntarme por ella, de que fuera la admiración de muchos amigos y familiares, hasta aquella noche cuando un hombre moreno, delgado, montado en un caballo blanco, lentamente se me acercó y sacó de un carriel viejo y peludo que llevaba a la espalda una hoja impregnada por unas manos rojas y negras que parecían sangre. Era de aquella guerrilla exigiéndome dinero. Yo era un pobre campesino que, viviendo en el campo, pude levantar mis hijos. Un temblor me estremeció, la barbilla no se detenía, pues era demasiado el tiempo. Por esta causa abandoné mi pequeña y humilde finca, dejando a mi hija en aquella escuela después de suplicarle que nos fuéramos; pero ella no quiso abandonar su labor, pues decía que con el dinero que ganaba nos podía ayudar; era demasiado duro, pues estaba terminando su licencia.

Desde ese día que salí de mi pueblo y me alejé de mi terruño atrapado por la violencia, no tenía tranquilidad; las noches se me hacían eternas pensando en aquella vereda donde estaba mi hija rodeada de varios padres que todo el tiempo la cuidaban. No transcurrió un mes cuando el alcalde del municipio gestionó su traslado. Una tristeza tan grande invadió su corazón cuando aquella llamada telefónica anunció la salida de su pueblo a otro municipio del nordeste llamado Amalfi. Nunca antes lo había escuchado mencionar. Sin embargo, un compañero suyo, quien en su juventud estudió en aquel pueblo, en aquella Normal, la animó para que se fuera. Ella estaba muy confundida, sin saber adónde iba a llegar.

Se acercaban las dos de la tarde del día en que ingresaría a la escuela María Auxiliadora. Un panorama radiante y aquellas calles rectas la acercaron a aquel pequeño espacio donde estaba sentada una mujer blanca con vestido floreado; le preguntó qué necesitaba. Ella, con temor de no ser aceptada por su cultura y su color, respondió: "Soy la docente que viene a cubrir aquella vacante de la maestra que, por su jubilación, ha dejado de laborar, pensando en darle la oportunidad a aquellos jóvenes maestros".

Por ser la profe nueva y por estar empezando ese año el bachillerato en la escuela, le tocó dictar varias áreas, entre ellas, religión, ética, sociales, tecnología y artística. Todo, al parecer, era demasiado malo, pues su licenciatura era en ciencias religiosas y ética. Así que le tocó asumir nuevos retos. Esa noche se desveló, porque en la escuela no tenía los planes de estudio que le facilitarían el trabajo. Las compañeras la miraban con desprecio, pensando que venía de vereda.

Pero en aquel otro colegio elegante, con ventanas de vidrios transparentes y piso embaldosado, distribuido en quince aulas, recibió la orientación de maestros sonrientes, carismáticos y gentiles. Aquella ayuda le facilitó el trabajo con sus nuevos estudiantes, y le permitió ganarse el aprecio de esta comunidad, liderando proyectos de convivencia. Así, capacitó a padres, estudiantes y a algunos representantes de las autoridades del municipio en solución de conflictos, convirtiendo el diálogo y la concertación en herramientas para solucionar cualquier dificultad que en su comunidad educativa se presentara; se construyó el Manual de convivencia, con el aporte de todos, lo cual facilitó los procesos, y organizó la red de personero municipal en compañía de otra compañera, Eida Sofía, una enamorada como ella de la filosofía de la no violencia. Siempre trataban de recordar a aquel gobernante que humildemente decía: "No hay otro camino al que recurrir sino a la no violencia", cuando rodeado por mucha gente marchaba hacia Caicedo buscando un diálogo para solucionar los brotes de violencia que destruían sus tierras. Esos brotes de violencia que impidieron volverlo a ver.

El tiempo trascurría y ella abrigaba la esperanza de ver graduarse al año siguiente a aquellos jóvenes del grado décimo —sería la primera promoción del colegio—, cuando una inesperada noticia truncó estos sueños. El colegio se fusionaría con aquel grande y hermoso plantel que en otro tiempo le ayudara a desarrollar su labor en aquel municipio. Una nueva pesadilla empieza a padecer. Tenía que dejar aquel espacio que se convertiría en la Universidad de Antioquia.

Fue entonces cuando la nueva rectora, que tenía el mismo nombre de ella: Martha Lucía Cortez Martínez, revisando su hoja de vida, la motivó a trabajar en la especialidad de salud, un proyecto de larga trayectoria orientado por un docente durante años. Como podrán comprender, no era fácil adaptarse a otros cambios, pero ella lo asumió con mucha dedicación y responsabilidad, pensando que ésta era una forma de devolverme la alegría. Se sintió contenta recordando aquellos conocimientos del área de la salud, que ahora transmitiría a otras personas, orientando aquellas prácticas en horas extras en el hospital, desarrollando en los estudiantes las competencias que les permitieran desenvolverse en el campo laboral. Asesorada hoy su labor por la media técnica del Servicio Nacional de Aprendizaje (SENA), experimenta nuevas posibilidades con la capacitación en el uso del computador, el correo electrónico, internet, aquel portafolio donde quedan plasmadas las evidencias del proceso de aprendizaje.

Hoy, después de tantos sinsabores y con la experiencia adquirida, se siente orgullosa de ser una de aquellas *maestras* que lucha por construir una Colombia mejor, y yo, Homero Rúa, su padre, me siento orgulloso con ella

Del tabú de las matemáticas

a una estación meteorológica de la NASA

Los que no cuentan, no se tomarán en cuenta
Anatole France

La significación que emerge de estas páginas apunta a dar cuenta de un retrato múltiple de los caminos que he frecuentado en mi creer, mi ser y mi hacer... forjando esperanzas al transitar por los senderos del ser maestra.

Mercedes del Tránsito Arrubla Carmona

Profesora Institución Educativa de Desarrollo Rural Miguel Valencia, municipio de Jardín

El recorrido de una idea

En la nebulosa de mis recuerdos aparece luminosa la imagen del asombro pintado en los rostros de mis compañeritos de tercero de bachillerato, al ver que una *pelada* más grandecita que ellos, con su mismo uniforme, tiza en mano, se paraba frente al tablero a explicarles los temas del álgebra y la geometría de Baldor. Entonces cursaba grado quinto en el IDEM Liborio Bataller, de Segovia, mi tierra natal, de clima malsano y violencia interminable.

Ayer, como hoy, siento igual emoción en la resolución de ejercicios y situaciones problemáticas. Es tan placentero encontrarle solución a un problema de texto, como darle jaque mate a tu contrincante, como salirte de un atollade-

ro en que te metes o en el que te mete la vida. Ése es el goce que he querido transmitir a todos mis compañeros y alumnos.

La trocha de la profesionalización

Al graduarme de sexto bachillerato, por ser de cuna pobre, no vislumbraba horizonte para iniciar con mi proyecto de vida, hasta que ocurrió la magia que me abrió caminos: por única vez, el municipio concedió una beca para estudios superiores al mejor bachiller del año 1975, como homenaje especial a la maestra doña Dolores Agudelo, por sus cincuenta años de servicio. Entonces, surgió una nueva angustia: cómo subsistir en la ciudad si no se tiene a nadie, si todo es tan insólito allí. He aquí mi primer problema para resolver fuera de texto. De cualquier modo pudo ser resuelto, pues aquí estoy años después en posesión del título de maestra de matemáticas y física que me otorgara el Alma Máter en 1983. Aquí estoy aún sintiendo el vacío de no haber conocido, en la Facultad de Educación, la estructura de sistemas de la matemática, dada con la renovación curricular encabezada por el doctor Carlos Eduardo Vasco en 1982.

En 1996 hice una especialización en dificultades del aprendizaje escolar, a la vez que servía como tutora en las capacitaciones dirigidas a maestros de los diferentes municipios del suroeste. Por eso, algunas compañeras, como la excelente maestra Yacely, se apresuran a calificarme como "Maestra de Maestros", lo cual sustenta diciendo: "Siempre me refiero a ella de este modo, porque el amor por su área ha movilizado, en la mayoría de los maestros que tenemos la fortuna de participar de sus muchas capacitaciones, sentimientos positivos hacia la matemática".

El mejor de los aprendizajes

La enseñanza de la matemática es, pues, el sendero "vector" que le ha dado magnitud, dirección y sentido a mi vida y, porqué no, a mi núcleo familiar. Es la búsqueda de ir eliminando el "miedo" al aprendizaje. Se trata de la construcción de alternativas capaces de transformar ese temor en gusto y deleite, y abrirle así las puertas a la concientización frente a la lectura del mundo que, como lo explicita Galileo, está escrito en lenguaje matemático.

Después de transcurrido exactamente un mes de graduada, fui asignada por la Secretaría de Educación al municipio de Betania. Para iniciar el recorrido de este ramal, emprendí el viaje con un maletín en el que empaqué un poco de ropa y un neceser, con mucho amor, sensibilidad, agudeza, ternura, sencillez, y pese a aquel desborde de juventud, una buena ración de prudencia, acompañada de complementos como dedicación, trabajo, pasión, emoción, expectativa y un poco de miedo, con el fin de abrir los surcos por donde he transitado hasta asentarme aquí en el municipio de Jardín.

Me doy cuenta entonces, que mi vida de maestra de niños y adolescentes tiene sentido cuando encuentro a un ex alumno en una calle perdida de Medellín y me hace saber que ha cifrado su carrera y parte de su vida en enseñanzas que le he dejado, tal como

Hernán, el estudiante que lidera y sostiene el proyecto, gracias a su gallardía, fidelidad y sentido de pertinencia. En los momentos áridos de mi enfermedad me reconforta aquella expresión suya: "Antes estudiaba con desidia, pero usted logró despertarme emoción, usted sabe llegar a nosotros".

He trabajado como maestra de cátedra en programas descentralizados con el Politécnico Colombiano Jaime Isaza Cadavid en Jericó, con estudiantes de tecnología agropecuaria. En la Universidad de Antioquia, seccional suroeste, he ofrecido cursos de cálculo y matemáticas operativas en ingenierías, y curso pedagógicos en las licenciaturas, y he compartido la metodología de taller con el grupo de los mejores alumnos de las ingenierías que realizan el servicio social del estudiantado, asesorados por el profesor Miguel Monsalve de la Universidad Nacional de Colombia.

En Medellín, en Artesanías Alzate Avendaño, orienté un curso de formación en modistería, lo que nos generó en su momento la posibilidad de sobrevivir tanto a mí como a dos de mis hermanos.

Con Comfama, en el municipio de Andes, a través del programa de la Secretaría y en asocio con el Centro de Pedagogía Participativa, coordinado por los profesores de la Facultad de Educación de la Universidad de Antioquia Orlando Mesa y Rubén Darío Hurtado, logré preparar a veinticuatro adultos de las zonas urbana y rural para obtener el título de bachiller ante el Instituto Colombiano para el Fomento de la Educación Superior (ICFES).

También estuve con el programa "Toda Antioquia Leerá en el 90", el cual multipliqué con los educadores matemáticos de Jardín, para aplicarlo con los niños del área, y luego con adultos en las diferentes veredas de este municipio.

Debido a que cuento con la fortuna de tener credibilidad entre los educadores, he podido compartir con ellos. En 1999, con el proyecto Ministerio de Educación Nacional-Icetex, capacité, en el municipio de Caldas, a veintidós docentes de los diferentes municipios del suroeste, durante dos años, en "Didáctica especial de la matemáticas". Entre 2000 y 2001 participé, con la Universidad Nacional, en la cualificación de los docentes de Jardín, durante dos años, en áreas de didáctica de las matemáticas y las ciencias básicas. Conformé la Mesa de matemáticas del municipio de Jardín, de la cual aún soy coordinadora. En esta mesa, además de reflexionar en el diario que-hacer, actualmente dispusimos el aula taller viajera por todas las veredas del municipio. E inicié las capacitaciones con los educadores de matemáticas de básica y media. En 2006, con ellos mismos, orienté el diploma en competencias matemáticas del convenio Secretaría-Universidad de Antioquia. En 2004, mediante el convenio Secretaría-Universidad Nacional, orienté el montaje y funcionamiento de un aula taller en el municipio de Salgar. Realicé igual capacitación en Jardín, Andes y Concordia, Támesis, pero ya con el convenio Galileo Didácticos y Secretaría de Educación. Desde 2002 he socializado el proyecto "Centros productores de interés", que llevo a cabo en mi colegio, con docentes de Medellín, Bello y catorce municipios más del suroeste.

En la pista de la proyección comunitaria —Ceres S'cool-Nasa—. Del miedo al amor por las matemáticas

Consciente desde siempre de mi compromiso como educadora y de la necesidad prioritaria de buscar caminos alternativos que potencien las capacidades de aprender significativamente los conceptos matemáticos y desarrollar actitudes positivas en alumnos, maestros y comunidad, considero como tarea fundamental hacer lo que esté a mi alcance por el cambio de actitud en la relación del estudiante con la matemática. Sumando a ello la experiencia desde 1990 con el profesor Miguel Monsalve, éstos han sido los pilares para fundamentar la estrategia que estoy implementando, a través de la deducción experimental de los conceptos por medio de los "Centros productores de interés", experiencia generada por la necesidad de disminuir el temor por la matemática.

Es frecuente el rechazo a la matemática y la dificultad en su aprendizaje. Constantemente se escucha, en las comunidades educativas, expresiones como "es que esa asignatura no me entra", "ese profesor sabe mucho, pero es al que más le pierden sus alumnos", las mismas que han contribuido a transmitir el miedo cultural al área —matematifobia—, y la apatía hacia la misma, fobia que estuvo presente como grave problema en la mayoría de los estudiantes de mi institución por muchos años, y cuyo efecto se constataba en los bajos niveles de desempeño en la asignatura, las pruebas de Estado y en el reducido número de estudiantes que aspiraban o lograban iniciar una carrera que tuviese alguna relación con esta área del conocimiento.

El proceso de cambio lo asumí desde un enfoque constructivista y más humano, que contribuyera a la desmitificación social de la matemática, a lograr una sólida fundamentación en esta área y que, a la vez, ayudara a los estudiantes a elegir la carrera de su preferencia. Presento el proceso que he desarrollado con varias experiencias relacionadas:

- La *Construcción recreativa del aula-taller experimental de matemáticas:* diseñada con recursos del medio, consta de instrumentos didácticos concretos y funcionales, que permiten la realización de prácticas a campo abierto. A manera de ejemplo, los estudiantes realizan prácticas con el astrolabio y los decámetros, para medir alturas de puentes, montañas, perímetros de canchas, fincas, etc. Otros de los instrumentos recreados en el aula-taller son observados y explorados en sus regularidades, lo que permite la deducción del concepto en forma lúdica, aflorando conjeturas y verificaciones. El juego, orientado como actividad de aprendizaje, es esencial en una metodología de taller. El aprender observando, pensando, experimentando, haciendo y jugando, genera disfrute por el trabajo, aprecio por el conocimiento adquirido, eleva la autoestima y motiva a los estudiantes a la investigación-comprobación, y así es más fácil llegar a la modelación, generalización y simbolización de conceptos, logrando con todo ello una relación amorosa y motivadora en la tríada alumno-maestro-área.

- Los *talleres sabatinos* se iniciaron en el colegio en 1998, con el acompañamiento del proyecto matemáticas y física básicas en Antioquia, hoy grupo Ábaco. Una experiencia significativa fue la observación astronómica que tuvimos una noche en nuestro colegio, con miembros de toda la comunidad educativa. Nueve años más tarde contamos con un telescopio donado por el Ministerio de Educación Nacional. Estos talleres trascendieron el ámbito de la institución, posibilitando la participación de colegios, escuelas del municipio y algunos exalumnos. Se consolidó un grupo de 82 estudiantes de quinto a undécimo, quienes trabajaron en equipo sin importar el grado que estuvieran cursando. Cada sábado se realizaron dos sesiones: una de experiencias matemáticas y otra de física. Su metodología convirtió estos talleres en una estrategia pedagógica de acompañamiento, que creó la actitud de "pregunta desequilibradora de conceptos previos y generadora de nuevos conceptos". Se trabaja, además, en talleres como proyecto de Servicio Social Estudiantil Descentralizado, el aula taller en algunas veredas, y también se integra el taller a las temáticas de las clases regulares.
- El *Grupo de observadores del tiempo atmosférico* se puso en marcha el 6 de agosto del 2000, en asocio con la Universidad Nacional y con la vinculación de la National Aeronautics and Space Administration (NASA), en el proyecto Ceres S'cool, que se basa en comparar lo que mide el satélite en el espacio con lo que los estudiantes miden en superficie. Las observaciones espaciales son realizadas por un instrumento científico llamado CERES.

  La estación meteorológica didáctica manual se construyó con un tarro transparente de plástico; un embudo del mismo diámetro; un pedazo de cinta métrica que funciona como pluviómetro; una veleta, inicialmente de cartón y ahora metálica, que señala la dirección del viento; dos termómetros de bulbo seco y húmedo ubicados en la garita. Trabajamos con metodología científica de investigación. Todos los días, incluyendo festivos, entre las 9 y 11 a. m. —hora de paso del satélite Terra asignado por la NASA—, los alumnos y otras personas de la comunidad toman los datos de las variables del clima, y los envían a la NASA periódicamente por internet. Ya tenemos una base de datos de siete años. Desde 2001 hemos obtenido, entre veinticinco escuelas, del tercero al sexto puesto en el mayor número de observaciones a nivel mundial. Estas acciones no sólo permiten a los estudiantes sentir su región de otra manera, sino que son de gran importancia en el aula de clase. Las llamamos "La matemática y mi contexto". Todo el manejo de la estación se integra a las temáticas de clase, tanto en matemáticas como en física. Con la muestra de evidencias del trabajo y mediante articulación con el sector productivo, hemos logrado la consecución de dotación, por ejemplo, una veleta metálica y una estación meteorológica electrónica.
- Los *semilleros dominicales de matemáticas* para estudiantes de los grados octavo a undécimo, realizados con vinculación a la Universidad de Antioquia. Mi propósito al llevarlos a la institución y el municipio era enriquecer las acciones del aula-taller experimental.

- *Taller mensual de multiplicación*. En este taller, con 45 profesores del área, pertenecientes al municipio, de los grados cero a undécimo, se reproducen las experiencias de talleres realizados con alumnos, y las aplicaciones didácticas a que ellos conlleven, para que las multipliquen con los demás alumnos. Se realiza el taller cada mes y se participa de los encuentros regionales de las mesas de trabajo. En el suroeste iniciamos la planeación municipal del área y la construcción del aula-taller experimental en algunas instituciones; además, continuamos la capacitación en el desarrollo de competencias básicas en matemáticas.
- *Muestras interactivas*, a nivel institucional, municipal y subregional, en las cuales los estudiantes exponen sus trabajos a los maestros visitantes.

Al evaluar la aplicación de las estrategias de generación de ambientes de aprendizaje experimentales, observé que el trabajo había fortalecido valores como la responsabilidad, el compromiso, la autonomía, la confianza en sí mismos, la iniciativa, la creatividad y el sentido de pertenencia con las instituciones involucradas y, lo más importante, el gusto e interés por las matemáticas. Cuando la ciencia se siente y se vive en el contexto, se aprende con agrado. Todo esto ha incidido en el mejoramiento del rendimiento académico y en un notable cambio de actitud. Prueba de ello es la permanencia en las actividades, el avance en resultados de pruebas saber y de Estado, la admisión a la universidad pública de los alumnos que se presentaron y, como particularidad en los últimos años, la elección de carreras universitarias afines a las matemáticas (ingenierías, física). En las encuestas de finalización de año encontramos, entre los estudiantes, expresiones como: "La forma de enseñar no es monótona y se aprende más"; "con este trabajo me he dado cuenta de que las matemáticas llenan muchos espacios en la vida".

Ahora puedo afirmar que el gran logro de la aplicación de todas las estrategias fue haber pasado de la matematifobia a la matematifilia, es decir, del miedo a las matemáticas, al amor por ellas.

Las estrategias han tenido criterios con referentes teóricos en propuestas metodológicas con enfoque constructivista, y se han aplicado a la luz de la Ley General, y los lineamientos y estándares curriculares para el desarrollo de competencias básicas. Como se puede ver, la experiencia es de gran compromiso, luego no he podido hacerlo sola. Es de suma complacencia para mí haber contado con el apoyo de entidades prestigiosas como las mencionadas, además del Centro de Tecnología de Antioquia (CTA).

La senda del reconocimiento en vida y los logros

Han valorado mi ser y mi hacer, la institución educativa donde laboro, como también otras instituciones del municipio; la Gobernación de Antioquia, con la condecoración Medalla al mérito presbítero Miguel Giraldo Salazar y el premio Compartir al maestro, versión 2003; la administración municipal de Jardín, en cabeza del señor alcalde; la Asociación de Institutores de Antioquia (ADIDA); la NASA; la Universidad de Oklahoma; el

Premio Maestros para la Vida 2007, y todo el pueblo de Jardín, en homenaje público y especial, del cual quiero destacar el gran desfile con entrada triunfal al templo, al que vi iluminarse totalmente como ocurre en actos muy solemnes, y la eucaristía de acción de gracias por mi vida y mi trabajo, en la cual el padre Freddy presentó mi biografía de una manera tan exquisita y sorprendente que aún mi espíritu rebosa de felicidad. De todas las valoraciones en vida, considero ésta la mejor. Al terminar el acto, fui declarada ciudadana del municipio de Jardín y luego sorprendida con una hermosa serenata por parte de la escuela de música. He tenido, además, reconocimiento por los medios de comunicación TeleAntioquia —en los programas *Llave Maestra, Por las buenas* y *Abrecaminos*—, *El Colombiano*, *El Tiempo*, *El Mundo*, *Breeze* —periódico de la NASA—, la revista *Carrusel*, *TERRA* —periódico argentino—, el canal comunitario de Jardín Antena 4, NOTICT y algunas cibergrafías.

La vía de la enfermedad

Hace poco más de cuatro años empecé a tomar conciencia de cómo el insomnio se paseaba por el devenir de mis noches. Al inicio lo sentía normal y permitía que afloraran las ideas para continuar proyectándome en la comunidad de colegiales y universitarios. Pero entonces, el lenguaje de mi cuerpo me llamó la atención.

Con esta revelación del cuerpo, busqué ayuda médica y fue así como, desde finales de 2005, inicié, entre prolongadas incapacidades, mi curación. Tres cirugías de los ojos y una del estómago, además de tratamientos de medicina alternativa, ya que la progresiva falta de sueño incide en afecciones de casi todos los órganos de mi cuerpo y también los medicamentos químicos mejoran unos de estos órganos, pero dañan otros; de este modo, mi sanación ha sido fragmentada.

Las múltiples somatizaciones que he experimentado, aunque bastante penosas para mi cuerpo, mi alma, mi familia consanguínea y la afectiva de la comunidad educativa, también me han ofrecido grandes lecciones de vida. He recogido el fruto de las simientes que planté mediante un semillero de alumnos con líderes autónomos, creativos, que han sacado el proyecto adelante sin mi presencia física: cada vez que llego de las terapias e incapacidades, me encuentro con sorpresas:

—"Profe, para que se alivie, vea lo que hicimos"—. Es lo mejor de ellos para mí, y el máximo logro de la enfermedad.

Cuando estoy orientando una clase, se sublima mi dolor físico y el del alma se transforma y me transporta. Pero como la somatización es tan fuerte y afecta y lacera mi cuerpo, y pone triste mi alma, entonces llega el momento en que ni siquiera la magia del proyecto de vida de la mejor de las rutas que he transitado me permite seguir. Pero las manifestaciones de agradecimiento, solidaridad, admiración, acogida y la sinceridad que siento en las miradas, en los abrazos y en las oraciones de los habitantes de Jardín y Andes, me han llevado a reanudar de mi camino… Servir es renacer.

En el camino de la construcción real del sueño

La cambiante legislación no ha afectado grandemente mi transitar, pues desde que inicié el recorrido, he tratado de encontrar y aplicar de las leyes lo más positivo, y como mi bandera es y ha sido entender que "enseñar es dejar aprender tanto conocimientos como valores", no riño con ningún decreto, circular ni mucho menos con la Constitución de 1991 o la Ley General de 1994. Afortunadamente también he contado con el apoyo de la rectora y algunos compañeros.

En las ramificaciones de la gran ruta se detecta el temor al aprendizaje del área, hasta en los maestros, sobre todo de primaria. El miedo es inherente al ser humano y éste que es colectivo, hace que luchen mis pedazos de imaginación para abrir senderos de solución, aunque algunas veces sean apenas objeto de desvarío en el insomnio de la interminable ansiedad de realizar algunos de mis sueños. Las diferencias en las interpretaciones de algunos de mis colegas, con sus manifestaciones: "es que a usted le pagan más, regalada, ya viene a ponernos más trabajo", y sus acciones, han influido en la no continuidad de procesos que he liderado como el trabajo por áreas (mesas de trabajo) y la integración de las mismas, la concepción de institución educativa, la evaluación cualitativa, el saber como un todo, la planeación municipal del área, la construcción de mallas curriculares, el desarrollo de competencias. Ahora siento gran satisfacción al ver, aunque un poco tarde, que con la normativa, muchos de mis grandes sueños se están llevando a la realidad, quedándome pendiente, antes de iniciar la vivencia de mi jubilación, la complementación a nuestra modalidad, en agrometeorología, la cual posibilitará la creación de un laboratorio de suelos al servicio del suroeste, además de servir de canal para apoyar la integración de las diferentes áreas de la institución, y que aprovechemos la oportunidad ofrecida por la Universidad de Oklahoma.

En el sendero final de esta larga e intensa vida, me permito unirme al equipaje de los que ya partieron, con el maletín de mis afectos más hondos, que son impermeables al golpe de las olas, ligeros y fáciles de llevar, e intencionalmente resistentes a muchas de las circunstancias. Es lo mejor de mí para lo mejor de todos los discípulos y maestros con quienes he compartido este camino.

Para terminar esta especie de relato del sentimiento, de una vida con sentido, con sentido de servicio, quiero que suenen mis más íntimas campanas, para celebrar un profundo ritual por todos aquellos por los que he podido hacer algo, y también para disculparme con muchos otros que muy seguramente, sin darme cuenta y desde sus intencionalidades en la interpretación de mi accionar, no haya sido su apoyo, o de algún modo les hubiese herido, o sumado alguna desilusión a sus vidas. Y sobre todo, que suenen para agradecer a tantos otros que han captado mis ideas en el aire, que me han ayudado a vestirlas, a mejorarlas y a plasmarlas en la realidad, a quienes aportaron sus capacidades y voluntades para hacer posible que llevara a efecto muchos de mis sueños…, los que de una u otra manera siento convertidos en un trabajo de trascendencia, un verdadero teji-

do que nos ha permitido hilar con creatividad en la medida de nuestras capacidades y posibilidades…

El pasaje que acerca a la partida

Aunque mi cuerpo enfermo y mi alma triste, en muchas de aquellas ocasiones en que mis ilusiones, casi todas ellas perdidas, heladas de un azul frío, estuvieron a punto de huir y cesar mis amaneceres, y aunque haya pretendido el viento, muchas otras veces dejarme sin aliento y llevarse mi ser envuelto en una de esas violentas tormentas, impidiéndome ofrecerles de lleno a mis alumnos una presencia física permanente, pese a ello, han sabido darle vida y continuidad al proyecto. Por eso, ahora que siento que está volviendo a amanecer mi corazón, ese corazón en el que todos mis discípulos tienen morada, ese corazón que tan a menudo pasa de frágil a ágil y entonces permite que lata de nuevo la emoción de ayudarles no sólo a pensar, sino también a sentir, hoy quiere *agradecerles y felicitarles,* y decirles que este ser de maestra continuará luchando para permitirles aprender la matemática, despojados del árido temor.

Mi compromiso, entonces, es encontrar todos los caminos que me posibiliten cumplir la tarea, impedir que se extravíen mis sueños, esos en los que mis alumnos ocupan una gran parte, e impedir que me olvide de ir por ellos, para continuar acompañándoles unos diítas más, en el mejor sentido de la palabra, y poder mostrarles que en el horizonte no termina el mar, y que en muchas ocasiones, cuando quieran mirarse adentro, es conveniente recurrir a otros ojos, por lo que pueden contar con los míos. Pedirles, desde lo más profundo de mi alma y mi corazón, que no dejen de abrazar el proyecto NASA con voluntad y la conciencia de que le pueden sacar el mejor provecho, que se den cuenta de que cada vez llueve más e importa menos. Espero también que el complemento que estoy proponiendo, para el mismo proyecto, les pueda dar más opciones para elegir y a los que lo utilicen les permita ubicarse mejor en sus proyectos de estudiar, trabajar o simplemente *vivir*, para que lleguen a convertirse en libres y hermosas aves, que en el invierno puedan emigrar con naturalidad.

Final del laberinto

En cada actividad que craneo, realizo y comparto, pongo toda mi alma y mi honestidad, desnudo mi corazón, tomando los hechos cotidianos que más se acomoden; junto todo, le pongo alas y lo hago volar con un sentido de aporte a la causa que me convoca, asumiendo la tarea de abrirle ventanas a mis alumnos cuando aún están a punto de acostumbrarse a vivir a oscuras; entonces, el tiempo y el espacio se confabulan para conspirar y actuar a mi favor

El deseo de ser

"la señorita Amparo"

Mi ilusión se estaba cumpliendo: seguir estudiando, porque yo quería ser como mi maestra Amparo

Era una niña de seis años cuando inicié mis estudios. Ingresé al kínder de la señorita Amparo. Éramos treinta niños aproximadamente. Me gustaba muchísimo hacer las planas y terminar primero que todos para convertirme en "la señorita Amparo". Aprovechando los descuidos de la maestra, cogía la regla de su escritorio, pasaba revisando las planas de mis compañeritos y a los que no terminaban rápido les daba un reglazo y los regañaba como lo hacía ella. Con todo esto se armaba un desorden difícil de controlar; luego, ¡obvio!, yo recibía mi castigo y en medio del llanto, decía: "¡fue que no hicieron la plana ligero!". De todos modos… no dejaba de hacer lo mismo siempre que se me presentara la oportunidad; me sentía feliz haciendo esto, a pesar de los castigos.

Recuerdo mi ilusión por seguir estudiando; tardes enteras me sentaba en el quicio de la puerta de la humilde casa de mi abuela paterna y, cuando veía pasar los niños que salían de la escuela, pensaba: "¡cómo será de bueno ir a la escuela!". Eso me parecía tan grande que mi corazón saltaba de alegría con sólo imaginarme entrando allí. Pero cual no sería mi desilusión al saber que mis padres habían decidido llevarnos a vivir a otra ciudad, a Barranquilla. Me quedé un año sin ir a la escuela; mi padre lo consideraba poco importante, mientras supiera leer, escribir y hacer cuentas. Él, con actitud autoritaria, adelantó mis estudios en casa: aparte de la lectura y la escritura, me enseñaba a

Myriam del Socorro García Jiménez

Profesora Institución Educativa Escuela Normal Superior Sagrada Familia, municipio de Urrao

hacer sumas, restas y me dejaba como tarea todos los días estudiar las tablas; pero vivía muy a disgusto conmigo, porque era zurda, y decía: "¡Los zurdos no son inteligentes, por eso no aprenden!".

El solar de mi casa, en aquella ciudad, se convertía durante algunas temporadas en un aula de clase. Me la pasaba jugando a ser la maestra de todos los niños de la vecindad. Me sentía feliz asumiendo este rol, era la luz de mi esperanza. Pareciera que con mis actitudes siempre vivía en contraposición de lo que mis padres apreciaban de mí, porque siempre me he conocido enfrentando retos que mi madre nunca pensó que pudiera superar; tal vez porque desde niña siempre me vio con pocas capacidades para aprender, digo yo, por ser zurda.

Ella recuerda, como yo, los esfuerzos mentales que hacía para poder aprender: me metía debajo de la cama o de la mesa, me tapaba los oídos y leía en voz alta para escucharme repetir la lección. No permitía ningún ruido que interfiriera en mi concentración; cuando no lograba memorizar, lloraba con profunda tristeza... y la tristeza pasaba… mis deseos, mis ilusiones, mis sueños estaban ahí, presentes.

Los miedos, las rabias, las culpas, los pecados, los dolores, los escondía debajo de la cama, porque por estar allí muchas veces me salvaba de los castigos y los regaños de mis padres. A lo mejor, por esta razón, mi madre nunca se dio cuenta cuando mi maestra de cuarto primaria, con furia y con mucha fuerza, asentó su regla sobre mi mano izquierda, mientras le dibujaba el mapa de Colombia en el tablero, lesionándome el dedo meñique, para lograr que le escribiera con la mano derecha. Gracias a esto (o a pesar de ello), seguí escribiendo con esta mano, desmejorando mi caligrafía y retrasando mi proceso de aprendizaje.

Por fin pude regresar de Barranquilla e inicié mis estudios primarios en una escuela del municipio de Bello, Antioquia. Recuerdo que fui buena estudiante, pero con algunos altibajos, por todos los inconvenientes familiares: estaba terminando el segundo grado cuando asesinaron a mi padre en San Cristóbal, Venezuela. Todo este acontecimiento fue un caos en el hogar. Mis hermanos fueron distribuidos para las dos familias, mientras mi mamá se fue a recibir el trabajo que papá había dejado en aquel país.

Continué mis estudios al amparo de mis abuelos maternos, hasta que mi madre regresó a Colombia, impulsada por la falta que nosotros le hacíamos. Aquí consiguió trabajo en una empresa; nos volvió a reunir en una casa de mi abuelo, donde yo hacía de mamá y papá, mientras ella trabajaba para medianamente sostenernos. Así, con estas responsabilidades, realicé mis estudios primarios. Debido a ellas, mis maestras me apodaron "la mamá".

Formación de mi vocacionalidad[1]

Inicié mis estudios secundarios en el Centro Educacional Femenino de Antioquia (CEFA), en Medellín. Contra muchos imposibles, le di continuidad a mis estudios; era difícil conse-

[1] Vocacionalidad: la valoración que le doy al ser de maestra. La pasión por mi trabajo forma parte de mi vida; la entrega sin tiempos determinados, las ganas de servir a mis educandos, y el estar siempre presente para mi institución.

guir los pasajes, la alimentación y los útiles escolares. Tenía que madrugar más de lo acostumbrado para pedirles a los conductores el pasaje gratis y poder llegar al colegio. Los maestros, viendo mis necesidades, buscaron la forma de vincularme al servicio social, gracias a lo cual quedé semi interna para recibir el almuerzo mientras estudiaba y, a veces, me daban mercados para llevar a la casa.

"¡Ahí va el avión!", gritaban los estudiantes de la Bolivariana cuando pasaba corriendo y muy retardada para llegar al colegio. Se me hacía tarde cuando de Bello a Medellín me demoraba para conseguir que me regalaran el pasaje.

Terminé en el CEFA, pero no pude graduarme allí. Era lo esperado. ¿La razón? Desde que empecé a estudiar el último semestre de once, entré en una crisis emocional muy fuerte; llegó un momento en el que, sin explicación, me desconcentré por completo del estudio de las áreas. Ahora me pregunto, ¿por qué? No lo sé, quizá, digo ahora, el cansancio de tanta lucha, de enfrentar mis problemas sin acompañamiento familiar, mis necesidades económicas extremas, tanta falta de afecto y el saber que mis ilusiones no eran las de mi madre, bloquearon mi proceso y sin darme cuenta recibí tan inesperada sorpresa. Era jueves, cuarto día de la última semana de práctica integral; estaba en la escuela practicando con un tercerito, cuando recibimos la noticia de que debíamos presentarnos al colegio después de terminar la jornada escolar para definir quiénes se graduaban. Se nos alteraron los nervios; muy pronto partimos para el colegio en busca de la información. Recuerdo que durante el recorrido yo no hablé ni una palabra, presentía lo que iba a pasar: mis compañeras brincaban y gritaban de alegría; pero cuando me vieron, se quedaron en silencio; me acerqué a las listas y, efectivamente, mi nombre no estaba allí. Quedé muda, el mundo se me derrumbó, salí al patio, me senté en una banca; allí duré dos horas sin saber qué hacer. No lloraba, pensaba… pensaba mucho y no concluía nada. Era tarde, casi de noche, tenía que salir del colegio, busqué la salida y nunca más volví.

Al día siguiente mi madre me preguntó: "Hija, ¿qué desea para los grados, un anillo o un traje para estrenar?". Le dije: "No quiero nada, no se preocupe". Empecé a sentir el dolor por mi culpa, a preguntarme: "¿qué me pasó?, ¿qué voy hacer?". Pero mi madre ya tenía la respuesta: había que elegir entre la calle o la cocina. Elegí la calle, porque por lo menos allí podía darme la oportunidad de reparar mi falta y avivar la esperanza de ser maestra.

Los grandes avatares de la vida: un camino en soledad

Un día cualquiera cogí un poco de ropa en una cajita y salí de mi casa, para ir a otra a trabajar como empleada doméstica. Después de seis meses me cansé de las injusticias y decidí luchar por mi propia cuenta. Mi único aliciente era haber sido una practicante excepcional. La Normal me había estimulado, llevándome a realizar la primera práctica integral en una escuela de educación especial para ciegas y sordas: Escuela José María Monfort. Fue una experiencia encantadora; allí aprendí a comunicarme en otros lenguajes, utilizando la vocalización. Las niñas aprendían a leer de mis labios la información que había para ellas. Por mi parte, aprendí a personificar una lectura o un tema determinado,

esenciales en el proceso de enseñanza y aprendizaje; a valorar más a las personas con limitaciones; a vivir en actitud de servicio, de trabajo; a fomentar el valor de la alegría, a superar todas mis barreras. Descubrí que la pronunciación, la vocalización en la expresión oral unidas al lenguaje gestual son fundamentales para mantener la atención y la concentración del estudiante.

Aproveché varios momentos en los que por alguna razón salía de la casa, para visitar la escuela cercana donde estudiaban los niños que cuidaba. Así me hice amiga de la directora y le ofrecí mis servicios como maestra; le pedí ayuda. Ella me llevó para su casa y me consiguió el lugar donde pudiera validar mis estudios. Todo, a cambio de ocupar el lugar de empleada doméstica. Así lo hice, lo importante era ser maestra algún día.

La directora tenía influencia en la Secretaría de Educación, así que me consiguió un trabajo no remunerado en el Sagrario de Boston, un colegio de monjes. Allí trabajé un año en ayudas educativas, orientando a los estudiantes en la elaboración de material didáctico, a la par que hice mis estudios de validación con los cursos de profesionalización para maestros en ejercicio. Eran cuatro niveles de seis meses cada uno. Allí se estudiaba con los mismos módulos del CEFA. Fue fácil y rápido, porque pude ayudar con explicaciones en clase y avanzar en los niveles. Trabajaba en el colegio en la mañana, en la casa desde el medio día y estudiaba en la noche; dormía cinco horas y madrugaba para dejar todo listo. Todo esto lo hacía con amor, pues mi ilusión se estaba cumpliendo: seguir estudiando, porque yo quería ser como mi maestra Amparo.

Por fin recibí el título de maestra, otorgado por la Normal Nacional Piloto. Y como todos los estudiantes graduados de la ciudad, con deseos de realizar los estudios universitarios, me dediqué a recorrer los colegios particulares de la ciudad y a repartir hojas de vida para conseguir trabajo. Lo encontré en el Colegio de María, de Aranjuez, donde prácticamente inicié mi experiencia como docente del área de matemáticas; más adelante me dieron la oportunidad de trabajar también en lengua castellana, dibujo técnico, vocacionales, catequesis. La comunidad escolar estaba conformada por estudiantes provenientes de barrios populares con problemas socioeconómicos muy fuertes. Fue una experiencia maravillosa, donde tuve la oportunidad de prepararme para ser más útil en la enseñanza y de aprender a enfrentar problemáticas desde las más sencillas hasta las más serias. Empecé ganándome mil cuatrocientos pesos mensuales, cuando oficialmente pagaban un mínimo, tres mil quinientos pesos mensuales, pero me sentía feliz, porque estaba ejerciendo mi profesión y cumpliendo el anhelo de ser maestra. Trabajaba en el horario de siete a una de la tarde y estudiaba de dos a siete de la noche, de lunes a viernes. Era duro, pero así tenía que ser, para poder financiarme el estudio.

Reafirmando mi vocación de maestra

Mi matrimonio fue una experiencia importante; de él nació una linda bebé, que tenía cinco años cuando me separé. La imposibilidad de continuar esta responsabilidad radicó

en la falta de compatibilidad y madurez de la pareja; además, si continuaba, no podría seguir trabajando la docencia. En cierta época intenté desligarme del magisterio, compré una máquina de coser, me dediqué a ser modista, pero no aguanté sino seis meses, porque este cambio me afectó moral y físicamente. Decidí continuar con mi trabajo en el colegio; afortunadamente la rectora, comprendiendo mi situación y queriéndome ayudar, me volvió a recibir.

Mi sueño hecho realidad: La Escuela Normal

El 12 de abril de 1983 inicié labores en la Escuela Normal Superior Sagrada Familia, de Urrao, Antioquia. Fue una bendición de Dios, porque siempre había luchado por vincularme de alguna manera. Pero como todo en la vida no es color de rosa, para aceptar este nuevo cargo tuve que suspender mis estudios universitarios. Me faltaba un año para graduarme; fue duro tomar esta decisión, pero era la más conveniente, pues en aquel tiempo era muy difícil lograr una vinculación oficial.

Laborar en la Normal Sagrada Familia ha sido mi más larga y significativa carrera como docente, porque con ella he logrado mi superación tanto personal como profesional. He tenido la oportunidad de descubrir mis habilidades y poner, unas, al servicio de la comunidad educativa; otras, de la comunidad urraeña, y de proyectarme a nivel municipal, distrital, departamental y nacional.

En mi trayectoria pedagógica ha estado presente la necesidad de un cambio, donde se imponga lo científico en el proceso educativo. Para lograrlo, he podido considerar la investigación en el aula, el desarrollo curricular y la formación del maestro, tres aspectos de un mismo proceso.

Experiencia exitosa: proyección a la comunidad a través de la danza

He llevado la dirección del grupo de danzas. Con él se realizó el proyecto de investigación para la feria de la ciencia, titulado: "Hacia el avance cultural de Urrao con la Danza de la Granadilla". Ha sido un proceso de investigación largo y complejo, porque para darle respuesta a una inquietud lanzada por uno de los integrantes del grupo de Danzas (¿cuáles son las danzas propias de Urrao?) se necesitaron tres años. Esta pregunta generó muchas más, que implicaron buscar bibliografía, rastrear información, pedir apoyo, hacer visitas a las fincas y aplicar entrevistas y encuestas. Se manejó, además, la observación, mediante los desplazamientos a las veredas; el estudio, la escritura y la sistematización de toda la información recogida para expresarla a través de la danza.

Inicialmente la presentamos en la Norma; luego, en la plaza principal del municipio ante la comunidad. Como tuvo buena acogida por los espectadores, decidimos llevarla a Titiribí, para participar en el Primer Festival de la Danza. De norte a sur, de oriente a occidente; premios y reconocimientos aquí y allá. Hoy, la Danza de la Granadilla es un orgullo para la Normal, porque nació allí, en el "patio salón", lugar que sin pensarlo se convirtió en

un espacio pedagógico, pues allí surgió la inquietud, y se desarrollaron el ingenio y la creatividad de los danzarines, a la vez que el compromiso de iniciar un proceso de investigación orientado por su asesora. Es un orgullo también para el municipio, porque con ella se proyecta parte de la cultura del pueblo. Animados por este éxito, nos dedicamos a crear más danzas propias de nuestro pueblo, a saber: La Romería y La Danza del Río Abajo. Este proyecto ha tenido acogida en la casa de la cultura del municipio: el grupo de danzas Estampas Colombianas las adoptó, las aprendió, y cada vez que se presentan en diferentes lugares, las debutan con orgullo.

He defendido la posición de que el trabajo grupal bien orientado tiene que dejar excepcionales resultados: promueve la integración y fortalece la sana convivencia entre los participantes; enriquece el conocimiento; hace dinámico, atractivo y más interesante el proceso investigativo; propicia los valores de la alegría, la tolerancia, la solidaridad, la amistad, la responsabilidad, el respeto y la creatividad; se adquiere cultura y se practica el arte de danzar.

La innovación como parte del cambio

Cada año inicio un programa diferente, porque siempre he tenido presente partir de lo que los estudiantes saben o han aprendido, porque estoy convencida de que sin el saber previo del estudiante se andaría como rueda suelta. Por esta razón, el sistema de evaluación debe ser participativo, con el propósito de que los estudiantes se sientan más seguros, tengan la oportunidad de discutir diferentes puntos de vista, se aclaren dudas entre sí, nivelen conocimientos y se liberen de tensiones para responder con más propiedad.

Animada por el deseo de compartir mis experiencias vividas a lo largo de mi práctica pedagógica en el área de las matemáticas —unas gratificantes y otras aleccionadoras, que me obligan a revisar mi quehacer pedagógico—, de multiplicar las enseñanzas que he recibido a través de las múltiples capacitaciones y de convertirme en ejemplo de un proceso de cambio, decidí asumir el reto de enfrentarme a la comunidad magisterial para brindarles capacitación en competencias matemáticas. Para ello, formulé un proyecto de investigación y presenté una propuesta de formación para maestros en ejercicio ante la Secretaría de Educación departamental, la cual ha sido trabajada en los municipios de Betulia, Anzá y Urrao.

El amor por mi profesión y el deseo de vivir

Es difícil asimilar el hecho de que cada día está más cerca el momento en que tendré que abandonar a mis estudiantes, pero vivo, a la vez, la esperanza de que ellos, en alguna forma, sientan que en mis consejos y enseñanzas se filtra el amor grande que les profeso. Por eso, mi dedicación va para mis maestros en formación, porque ellos serán los formadores de la nueva generación y en ellos tengo la fe de que seguirán los ejemplos de

mi maestra Amparo, que con abnegación, amor y entrega, logró construir, en mí, el sueño más preciado de mi vida.

Dejo para usted, amable lector, estas palabras de Bladimir, uno de mis maestros en formación, palabras que me llenan de fuerza y valor para continuar mi camino:

> La profe Myriam…fuera de ser una gran profesional, idónea en todo el sentido de la palabra, es una persona en donde todas las facultades inherentes al ser humano se materializan de forma muy singular. El hecho de responder las preguntas ¿qué he aprendido desde lo conceptual y lo humano?, ¿qué ha proyectado en mí la profesora? constituye un gran reto para cualquier alumno que haya sido protagonista de un momento pedagógico orientado por la docente, debido a la carga de potencial espiritual, cognitivo y didáctico que acompañan sus charlas. Si empiezo a enumerar los aspectos que he aprendido significativamente de la educadora, quizás no terminaría en un número grande de hojas, es por eso que *grosso modo* resaltaré las partes que me han parecido más importantes para mi formación personal, social, moral e intelectual

De las pasiones
de una maestra

Nancy Toro López

Profesora Institución Educativa Escuela Normal Superior Presbítero José Gómez Isaza, municipio de Sonsón

Hoy, como si fuera ayer, al evocar los momentos que me llevaron a tomar la decisión de ser maestra, siento la misma ansiedad y nerviosismo que experimenté cuando, en 1987, estaba terminando de cursar mi grado noveno en el Liceo Braulio Mejía, del municipio de Sonsón, y se aproximaba la hora en que mi directora de grupo, la profesora Luz Marina Londoño,

anunciara la posibilidad que tenía de ingresar, o no, al bachillerato pedagógico, que en aquella época iniciaba desde el grado décimo.

Los profesores que dictaban clase en los grados noveno se habían reunido desde tempranas horas, con la coordinadora de práctica, Inés Gómez de Valencia, con el fin de analizar el perfil de cada uno de los estudiantes que habíamos optado por el bachillerato pedagógico, pues con anterioridad, muchos de los demás compañeros ya habían elegido la modalidad del bachillerato comercial.

Por los pasillos del Liceo se escuchaban las conversaciones de otros maestros sobre la elección en proceso, y mientras por mi mente cruzaban ideas maravillosas que me hacían sentir maestra y fantasear cuando observaba las tizas, los pupitres, los escritorios en las salas de los profesores, los libros, los cuadernos y hasta la regla, sentía, además, que mi orgullo se elevaba, cuando ellos expresaban con gran énfasis:

— Elegir los maestros de las futuras generaciones…Esa sí que es una gran responsabilidad. Los que están encargados de ello deben tener muy claro que han de decidirse por estudiantes muy responsables, con excelentes notas, extrovertidos, dinámicos, participativos, con capacidad de liderazgo, dispuestos siempre a aprender y desaprender y, sobre todo, con una gran vocación.

Al escuchar esto, me veía vestida muy elegante, rodeada de muchos niños, con mi caja de tizas en la mano y cargada de mapas y láminas, como las que llevaba el profesor Néstor López para mi clase de geografía e historia.

Yo tenía apenas quince años, y recordaba cuando en mi niñez organizaba las matas de jardín en el patio de mi casa, y me la pasaba jugando a la escuelita, pues me gustaba mucho imitar a mi hermana mayor, quien también tuvo la dicha y el orgullo de ser maestra. Por aquel entonces, supuestamente le enseñaba con gran dedicación y alegría a aquellas plantas, y cuando tenía la oportunidad, invitaba a mis amigos de infancia. Siempre desempeñaba el papel de maestra, coloreaba mis labios, usaba tacones altos, vestidos con flores muy coloridos, y cargaba un bolso cómodo lleno de gran cantidad de cosas: hojas de papel, muchos colores, lápices, borradores, regla, revistas, periódicos y todo lo que más pudiera echar. Recuerdo que no me gustaba andar con las manos vacías, pues siempre veía a mis maestros muy "equipados" y ya me sentía enseñándole a leer y a escribir a muchos niños que aprenderían tan fácil como yo, gracias al empeño y decisión que tuvieron conmigo las señoritas Ana Ruth, Martha Cecilia y Celia, cuando apenas tenía cinco y seis años, y constantemente estimulaban mis capacidades para actuar, cantar, declamar, aprender refranes y retahílas para presentar en actos públicos. Era tan placentero para mí cuando nos reuníamos todos los niños de la guardería o de la escuela primaria a bailar, a dibujar, a jugar tan libre y creativamente, ser verdaderamente niños, que anhelaba arduamente volverlo a ser y permitírselo experimentar a los que gozarían siendo mis estudiantes.

Mientras por mi mente pasaban todos estos pensamientos y me confundía pensando en lo exigente del proceso de selección para el bachillerato pedagógico, llegó la hora de conocer, por parte de la profesora Luz Marina Londoño, el listado de quienes, gracias a Dios, habíamos quedado elegidas. Cuando escuché que la profe pronunció mi nombre,

solté el llanto, abracé fuertemente a Mary Luz, mi mejor amiga, felices de haber obtenido el logro que más habíamos anhelado en nuestras vidas. Enganchadas, salimos a celebrar por la cancha de baloncesto y entre gritos y algarabías empezamos a recorrer el camino que más felicidad nos ha proporcionado. Desde aquel mismo momento nos imaginábamos como reinas, en una escuela rural llena de hermosos jardines, rodeadas de muchísimos niños que se peleaban por ingresar a los establecimientos y, en nuestro lenguaje juvenil, *embaladas* con la responsabilidad de saber que gran parte de sus proyectos de vida estarían a nuestro cargo.

Pero no importaba, ya desde el grado décimo y once pedagógico, empezó a enriquecerse la experiencia. Recibí aportes que marcaron mi vida como maestra. La responsabilidad, la alegría y el dinamismo de la profesora Oliva en la clase de religión; la disposición para el trabajo, la disciplina, el orden y la exigencia académica del profesor de español, don Argemiro Naranjo; la coherencia, la rectitud y el rigor académico de "mis maestras consejeras" y de la coordinadora de la práctica pedagógica. Todos ellos forjaron, en mi proyecto de vida como maestra, inmensos saberes que nunca dejarán de hacerse visibles en labor diaria. Cómo olvidar cuando profesoras como la señorita Rosa María Henao Pavas, Gladis Orozco, Beatriz Gómez, Ligia Escobar y María Agudelo, me enseñaron a planear las clases, de acuerdo con la época, con unos objetivos muy claros, utilizando buen material didáctico, controlando la disciplina de los grupos y teniendo una estrategia de evaluación precisa y articulada a lo enseñado. En la escuela anexa John F. Kennedy comprendí la urgencia de formar en valores a los niños, por medio de la realización de actos culturales, religiosos y cívicos, con altura y patriotismo; de la planeación y la ejecución de las reuniones de padres de familia, con organización, respeto y convencimiento; de la puesta en marcha de escuelas de padres, con pertinencia y capacidad de convencimiento y motivación. En síntesis, aprendí que ser maestra de niños no es sólo dar clase; más que eso, es un compromiso con la formación integral de cada ser y por ello los tiempos y los horarios son muy difíciles de definir.

Aunque en aquel entonces la formación de maestros y, por ende, la práctica docente tenía otras connotaciones, algunas similares y otras diferentes a las que hoy priman en la propuesta de formación de las Normales desde su reestructuración, agradezco infinitamente la huella inmensa que dejó en mí tal formación, aportando en la construcción de un proyecto de vida con sentido, fundamentado siempre en la convicción y el deseo profundo de ser maestra de escuela. A pesar de que en ese mismo momento las condiciones laborales y salariales de esta profesión habían tenido cambios trascendentales, el centro y el sentido estricto de mi proyecto personal de vida era aprovechar todas las capacidades que había visto y fortalecido en mí y en mis maestros, para ponerlas al servicio de la niñez y de las comunidades educativas.

Pronto llegó la hora de recibir mi grado como bachiller pedagógico, lo cual llenó a mi familia y a mí de un grandísimo orgullo. Recuerdo a mi madre, la más linda de las ancianas, y en la humildad que la caracterizaba, escogiendo las mejores ropas para acompañar a su hija menor a recibir el grado de maestra, a la vez que recordaba cómo, hacía exactamente veintitrés años, su hija mayor le había dado ese mismo regalo. El mejor regalo de

su vida, pues siempre sintió gran respeto y admiración por las maestras, y consideraba que la docencia era de las mejores profesiones que podía desempeñar una persona. Cuando mi hermana se graduó, como parte de la tradición de los pueblos, tener una hija profesora se convertía en la mejor riqueza para las familias, no sólo en el aspecto material, sino también en el social y el personal. De una u otra forma, ese orgullo que sentía mi madre por la profesión de mi hermana fue incentivando en mí el deseo de algún día llegar a serlo.

Ya con mi diploma en las manos, estaba más convencida que nunca de ejercer como maestra. Por ello, como pueblerina que se respete, un día cogí mi maleta, empaqué con especial cuidado los papeles que me acreditaban como maestra de escuela y emprendí mi viaje hacia la ciudad de Medellín. Fueron múltiples las caminadas porque no tenía los pasajes para pagar el bus; la sed y el cansancio también eran intensos, pero más intensa era la alegría que sentía cuando encontraba algún letrero que hacía alusión a un centro de enseñanza, por supuesto, particular. En muchos de ellos ni siquiera me atendieron; en otros, simplemente la respuesta era negativa; en algunos, los gestos y las miradas me decían que era inútil; pese a ello, conservaba la esperanza y, justamente por ello, al fin llegó el momento de encontrarme con el colegio Aladino, cuya directora era la señora Duberlina Hincapié.

— Buenas tardes, señora —fue lo único que alcancé a pronunciar—, soy maestra de escuela, graduada del Liceo Braulio Mejía del municipio de Sonsón; mi interés es trabajar y poner al servicio de ustedes todas las ganas que tengo de ejercer como maestra. Lo repetí, convencida de que sería muy importante en esta conversación.

— ¿Verdad?, ¿y trajo todos los papeles?—, me preguntó de inmediato. Yo, con la voz entrecortada, la boca reseca y las manos y pies temblorosos, saqué el sobre que contenía mi acreditación y se lo entregué.

— Espero que le gusten mis servicios, le dije en ese preciso momento, como si estuviera convencida de que me fueran a contratar. Doña Duberlina sonrió y empezó a preguntarme muchas cosas sobre mi vida personal y laboral. Cuando le dije que no tenía experiencia, su rostro reflejó desilusión, pero notaba que le hablaba con gran pasión de los niños, de las ganas que sentía de poner en práctica todo lo que había aprendido en mi formación inicial y del convencimiento que tenía de la prioridad de seguirme formando. Luego de haber conversado largo rato, doña Duberlina decidió contratarme para enseñarle a los niños del grado segundo de primaria.

Instalada en la ciudad y contratada para trabajar en el colegio Aladino, del barrio Pedregal, empecé a enfrentarme con situaciones muy exigentes, que al principio me hicieron sentir muchos temores y grandes deseos de regresarme a mi pueblo natal. El colegio estaba en un proceso de aprobación de estudios y su directora constantemente planteaba requerimientos de tipo académico, pedagógico, didáctico y organizacional, que por mi corta edad, inexperiencia y escasa formación, generaron muchísima incertidumbre y desequilibrio, pero, a la vez, me fueron enseñando a buscar los caminos más certeros para responder a dichos planteamientos, contribuyendo en la adquisición paulatina de los elementos teórico-prácticos para enriquecer y cualificar mi labor docente.

"No puedo más; ¡qué tal en lo que me metí!, yo me voy para Sonsón; me vine por lana y salí trasquilada", solía decir en medio de la frustración que a veces sentía y de la impotencia que experimentaba cuando veía que mis compañeras obtenían mejores resultados en su labor y doña Duberlina me llamaba la atención. Sin embargo, con ello aprendí y reconocí que la experiencia no se improvisa y que solamente en el momento en que se pone a prueba la teoría, aquello que supuestamente uno sabe, es cuando el conocimiento se valida y se retroalimenta. Recordaba con frecuencia la máxima tan popular "del dicho al hecho, hay mucho trecho".

En aquella época empezaba a reconocerme como maestra, me autoevaluaba permanentemente, reconocía mis fortalezas y debilidades, emprendía acciones de mejoramiento, sentía que enseñar era también aprender, y de hecho aprendía bastante de mis estudiantes, compañeros y jefes. De nuevo la vocación, la convicción de mi misión docente, el emprendimiento, la competencia y la probidad, se hicieron presentes en la construcción progresiva de este proyecto de vida y me daban la convicción de que era justo el momento para asumir tal situación con madurez y valentía. Siempre me ha gustado luchar por retos grandes y me motiva para ello una frase muy común: "Si otros pueden, ¿por qué yo no puedo lograrlo?"

Inicié en el sector oficial en el año de 1991 cuando, producto de un concurso docente, fui nombrada para la Concentración Educativa San Miguel, en el corregimiento de su mismo nombre, del municipio de Sonsón, en el Magdalena Medio. No dudé ni por un momento en desplazarme hacia aquel hermoso lugar, cuando recién había cumplido mis diecinueve años.

Recuerdo que el día que debía emprender mi viaje, eran aproximadamente las dos de la mañana, estaba cayendo un fuerte aguacero, el frío de mi pueblo sonsoneño era demasiado intenso, el reloj que había programado para que me despertara aún no había timbrado, pero yo ya estaba lista para empezar y por fin sentir que mi vida como maestra oficial era una realidad. Ya mi maleta me llamaba a gritos y mi cuerpo y mi mente estaban dispuestos para afrontar lo que para mí simplemente se convertía en "otro de mis grandes retos".

Aunque con muchos temores personales y laborales, me instalé en una sencilla casa al pie del río La Miel. Desde allí contemplaba el tranquilo y sereno transcurrir del agua, el maravilloso canto de los pájaros y la inigualable frescura que produce la humedad del agua a la orilla de las quebradas o los ríos, mientras lograba comprender la diversidad y aceptar que, aunque estaba en Sonsón, no era lo mismo educar allí. La diferencia se hacía muy evidente desde todo punto de vista: cultural, ambiental, religioso, climático. Siempre que preparaba mis clases disfrutando del placer de aquellos hermosísimos paisajes, veía reflejadas, en cada niño, las características propias de su terruño, y comprendía el verdadero sentido que tiene mi vida, al reconocer en los otros el gran valor de sus proyectos, no sólo personales, sino también comunitarios. De nuevo la experiencia me permitía comprobar un elemento trascendental en el diario vivir del maestro: la enseñanza de la lengua materna, de las ciencias sociales, las ciencias naturales y, en general, las distintas áreas del conocimiento, era necesario afrontarla de acuerdo con las necesidades

propias del contexto. Claro que esto sólo pudo ser posible en la medida en que fue transcurriendo el tiempo y mi madurez con respecto a la autoevaluación, la reflexión en torno a la práctica pedagógico-didáctica y la posibilidad de innovar y transformar me permitieron ir consolidando aún más mi proyecto de vida como maestra de escuela.

Enseñando en un grado primero en aquella concentración educativa, también entendí que para enseñar a leer y a escribir, no basta con llevar a la escuela todos los días la cartilla de *Coquito*; más que eso, el maestro cumple una función primordial como forjador de vida, es más que un repetidor de letras y números, y se convierte, si quiere, en el pilar fundamental desde el cual la niñez y la juventud todos los días fortalecen su existencia y le dan el sentido y la trascendencia que amerita. ¡Qué difícil fue llegarlo a comprender y cuántas equivocaciones tuve que cometer para saberlo! Hoy sólo me queda expresar que para ser maestro de escuela, simplemente hay que ser excelente.

Trabajé en escuelas rurales como Bellavista, en el municipio de Nariño (Antioquia), y El Tigre y La Habana, en el municipio de Sonsón, hasta el año 2000, cuando fui trasladada a la Institución Educativa Escuela Normal Superior Presbítero José Gómez Isaza. Esos seis años de labor docente me enseñaron que las trochas hacia la montaña, el lodo de la vereda, la soledad de los caminos, las largas caminadas, el miedo a la soledad, a los animales, a la oscuridad, a la violencia y a la noche, además de las botas pantaneras y el machete para abrir trocha, hacen parte de la cotidianidad de un maestro rural. Todo eso conlleva un aprendizaje de lo que es formar en un contexto específico, para lo cual lo primero es interactuar con la cultura. Para esa cultura campesina es importante un maestro que, en sus palabras:

> [...] enseñe bastante, haga copiar mucho, baile en los festivales, se interese por hacer empanadas, reciba bien al sacerdote y a los empleados de la alcaldía que vienen a prometerles arreglar los caminos de la vereda, le enseñe a los mayores que no se saben firmar y sea una buena persona.

A lo largo del tiempo fui aprendiendo a traducir ese lenguaje campesino, que en últimas solicitaba una educación de calidad para sus hijos y una escuela que se proyectara a la comunidad. Al principio todo se hacía muy complicado, pero poco a poco se aprendía a tener una buena instalación y acomodación en estos contextos educativos, que aunque alejados de lo que supuestamente se llama "civilidad" (la ciudad), reclaman civilidad y presencia del Estado, a través de su maestro.

La interacción con la metodología de *escuela nueva,* además, me permitió pensar y actuar en relación con elementos tan básicos en la cualificación de todo maestro, como lo son: la flexibilidad, el respeto a la individualidad, el autoaprendizaje, el aprender haciendo, la formación para la investigación, el aprendizaje para la vida y en la vida misma, la necesidad de la experimentación y la experiencia en el aprendizaje, y la figura del maestro como orientador y guía, y no como simple catedrático.

Sin embargo, al ser trasladada a la Escuela Normal Superior Presbítero José Gómez Isaza de Sonsón, en el año 2000, y a pesar de que ya había terminado mis estudios de licenciatura en básica primaria y promoción de la comunidad en la Universidad Santo Tomás, y la especialización en pedagogía y didáctica en la Universidad Católica de Orien-

te, sentí la sensación que experimenta un niño cuando apenas ingresa a cursar su grado preescolar: extrañeza, temor, ansiedad, necesidad de apoyo y de un conocimiento inmenso de todo lo que a simple vista veía que se movía en el contexto.

En esta Escuela Normal he trabajado en la básica primaria, en la media, en el ciclo complementario; he sido coordinadora del Núcleo de Pedagogía y Práctica, y del proyecto general de investigación a nivel institucional, y a raíz de un concurso docente, en los últimos años asumí la coordinación académica. Pero vaya si en esta última experiencia alcancé a comprender intensamente la pasión que tengo por ser maestra de escuela. Pronto empecé a sentir la frustración de no estar con mis muchachos, de no sentir el olor a salón de clase, ese olor a pelea, a queja, a conflicto, a no querer hacer nada, o a querer hacer mucho, a pedir amor a gritos y sentir alegría y motivación por lo más simple que el maestro comparte. Me hacía falta la sonrisa, la inocencia, la rebeldía y todo lo que un día me dio verdadero placer. A tal punto fue mi inconformidad, que un día desperté con deseos insaciables de regresar, y así lo hice… Lo que para muchos fue la peor idea de mi vida, la mayor idiotez, para mí fue simplemente "la única posibilidad de volver a ser realmente feliz".

A medida que he ido avanzando en edad, en experiencia y en cualificación personal y profesional, he optado por enfrentarme con retos difíciles que exijan cada vez más desde mi aspecto intelectual, personal, emocional y social. Es verdad que me producen temor, pero también me motiva retarme a mí misma, y aunque en muchas ocasiones la frustración se ha hecho presente, la gran mayoría de veces persisto tanto que los logros se van haciendo visibles poco a poco. Desde el campo de la investigación, por ejemplo, he sido bastante inquieta, y gracias a ello, he podido hacer aportes importantes a la consolidación progresiva de una cultura de la investigación en la Escuela Normal de Sonsón. En compañía de otros profesores, he logrado dirigir el trabajo de los llamados "núcleos problemáticos interdisciplinarios", los cuales permiten el trabajo en equipo de los docentes por grupos de áreas afines, la investigación de los maestros en formación y la investigación en el aula, como gran escenario de indagación para el maestro. Me gusta formar en investigación y para la investigación. De hecho, el proyecto de aula que desarrollo en este momento se deriva de la propuesta pedagógica titulada: "Investigar para comprender", la cual se dinamiza desde el proyecto de aula "La narración, punto clave para la construcción y la comunicación del saber". Éste se fundamenta en el desarrollo de competencias para la investigación, tales como la lecto-escritura con sentido, la capacidad de análisis, crítica y reflexión, la posibilidad de observar, preguntar, asombrarse y cuestionarse; todo ello por medio de estrategias como el taller, la sala de lectura infantil, la construcción del libro de cuentos de los niños y del diario del niño, a la vez que de algunos relatos de vida de cada estudiante.

Con el área optativa que oriento en los grados tercero, cuarto y quinto de la básica primaria, a la cual se ha denominado "Proyecto de vida", he logrado aplicar un enfoque de trabajo que busca esencialmente formar seres humanos autónomos, que aprendan a tomar decisiones inteligentes, dentro de la construcción de un proyecto de vida trascendente, que inicia, incluso, antes del nacimiento del sujeto. Así, a través de la estrategia

pedagógica "Mi propia vida… un gran escenario para investigar", los niños demuestran bastante motivación por construir sus propios relatos de vida, abordando diferentes capítulos, entre los que se pueden mencionar: "antes de nacer", "mi nacimiento", "mi primera infancia", "mi experiencia en la guardería", "mis primeros años de escolaridad y algunas celebraciones importantes", "el recibimiento de los sacramentos", "el grado de preescolar", "los cumpleaños", entre otros.

Estos son asuntos que le permiten al niño pensarse, reconocerse, aprender a ser crítico constructivo de sí mismo, analizar su perspectiva de vida, sus gustos, debilidades y fortalezas; sobre todo, sentirse protagonista de su propia historia y reconocer la gran responsabilidad que tiene como sujeto constructor de vida desde sí mismo y desde los demás. Aquí se ve reflejada la convicción de enseñar para la vida y potenciar, de forma continua, las competencias ciudadanas, haciendo de la educación un proceso de acompañamiento permanente, integral y con proyección. Además de que el niño disfruta de este tipo de acciones que le permiten indagar, buscar, preguntar, salir del aula, interactuar con otros espacios, personas y recursos, expresar sus ideas, socializar sus experiencias y hacerse partícipe en la construcción de un saber más duradero. También los padres de familia manifiestan satisfacción ante dicha perspectiva formativa, convirtiéndose en interlocutores entre la escuela y el niño, y portadores de información de primera mano, para enriquecer las producciones de los infantes.

Algunas expresiones de los estudiantes y de los padres de familia confirman lo planteado: "Profe, ya entrevisté a mi mamá y a mi papá, y se sintieron felices de recordar aquella época tan feliz en sus vidas"; "Maestra, casi no encuentro las fotos de cuando yo estaba chiquita para poder terminar de hacer ese capítulo de la infancia"; "Profesora, ¿cuándo vamos a seguir haciendo la historia?…cómo es de bueno pensar en uno y sentir quién es"; "Profe Nancy, ya tengo recogidos hasta los exámenes médicos que le hicieron a mi mamá cuando me estaba esperando…la prueba de embarazo y todo"; "Profesora, la niña no ve la hora de terminar ese relato de vida porque para ella es uno de sus mejores trabajos; siempre vive pendiente de hacerlo lo más bonito que pueda, porque dice que hablar de ella es una cosa demasiado importante"; "Profe, qué bueno que hayan pensado en un área que ponga a esos muchachos a pensar en ellos, a ver si se van dando cuenta de que están vivos y que eso sí que es un gran compromiso".

La Escuela Normal ha sido un laboratorio muy importante en mi profesión como docente, ya que allí he llegado a profundizar muchísimo más el verdadero sentido de ser maestra de escuela, la necesidad imperiosa que tiene el docente de aprender y desaprender permanentemente y el gran compromiso ético y social que se adquiere desde la escuela, en la cual se potencian las capacidades que ha de tener todo buen ciudadano para desempeñarse con éxito en diferentes campos.

He permanecido siete años en la Escuela Normal, tiempo durante el cual ha podido reconocer que cada día se sabe menos, y que tanto el maestro como las instituciones han de estar siempre buscando la excelencia y el reconocimiento de calidad en todo lo que hacen y proyectan. "Calidad", esa palabra que día tras día, desde que llegué a la Normal,

me cuestiona y me hace recordar reflexiones tan válidas de los directivos de la institución y los asesores del convenio con la Universidad de Antioquia, en relación con que la calidad es:

> ser concientes de que en materia educativa hay mucho por mejorar, existen grandes metas por las cuales soñar y luchar y el conocimiento avanza a un ritmo aceleradísimo, el mismo ritmo al que debe avanzar la capacidad que ha de tener el maestro para empoderarse de él, y de esta forma impactar positivamente en las comunidades educativas.

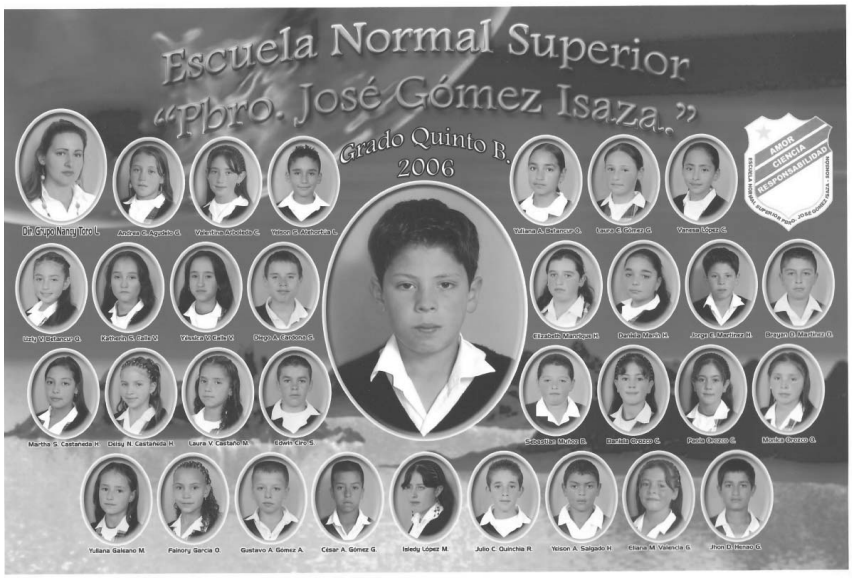
En la Normal he reído y he llorado, he sentido grandes satisfacciones y también desequilibrios y frustraciones; pero, en últimas, he vivenciado que mi mayor placer es ser maestra de niños, soñar con aquellos proyectos de aula que nos permiten interactuar juntos, compartir y construir o complementar saberes y experimentar grandes aventuras que, a la vez, permiten que los maestros que se están formando allí también adquieran los elementos necesarios para desempeñarse con eficiencia en el campo educativo. Disfruto siendo maestra de maestros para niños, pues siento que ello es una proyección más de lo que siempre he amado: "ser maestra de escuela".

Como parte de la proyección que tiene la institución en la cual sirvo, he dedicado parte de mi tiempo también a enseñar a un grupo de personas adultas. Todos los jueves y los viernes, a partir de las cuatro de la tarde y hasta las ocho de la noche, llegan a la Casa de la Juventud del pueblo, señoras y señores como doña Ana Tulia, de unos ochenta años de edad; don Francisco Reinosa, de treinta y dos, más otros treinta compañeros iletrados que anhelan con gran humildad aprender, en palabras de ellos, "siquiera a firmasen". Con su paso lento, sus manos ajadas por el exceso de trabajo, sus cuerpos cansados por el cumplimiento de una larga jornada laboral en los campos, en las propias casas, en las casas de las señoras más adineradas del pueblo, en las calles donde barren o en los lugares donde prestan sus servicios como celadores; avanzan con sed de "saber" y saludan efusivamente a la maestra, a quien confían gran parte de sus vidas y de quien esperan la posibilidad de progresar y, por lo menos, según lo expresan ellos mismos: "No sentirse avergonzados de ni siquiera poder firmar la matrícula de sus hijos y tener que estar pidiendo ayuda hasta para votar". Son personas que, a pesar de su edad y su situación de vulnerabilidad, se sienten motivadas y llenas de grandes esperanzas de formación.

Aportar a este proceso es una tarea que enriquece mi profesión docente desde el punto de vista de la construcción de currículos pertinentes para poblaciones específicas. De ahí se derivan reflexiones sobre método, recursos, sistemas de evaluación, ambientes de aprendizaje e interacción maestro-estudiante. Son un sinnúmero de aprendizajes que cada vez me ratifican la idea de que nací para enseñar, que todo lo que voy aprendiendo en relación con ello es lo que le da más sentido a mi profesión y que sólo en la medida en que pueda desempeñarme como maestra de escuela, mi vida adquiere cada vez más sentido y se va perfilando hacia el ideal que reza bellamente el himno de mi Escuela Normal:

> Ser maestro es llevar en el alma, una luz, una ciencia, un sentir, comprendiendo que el mundo nos llama a sembrar un mejor porvenir. / La Normal forma nuevos maestros, que van de la verdad siempre en pos, y que llevan en alto los nombres de la patria, del mundo y de Dios.

Anexos



Carrera docente

Carrera docente

El peregrinar
de una maestra

Nelsi del Carmen Escobar Jaraba

Profesora Institución Educativa Aurelio Mejía, Puerto Bélgica, municipio de Cáceres

Empiezo por decir que nací en un hogar muy humilde, con siete hermanos, siendo yo la mayor de ellos. Mis padres, de origen campesino, trabajadores, responsables, amorosos nos criaron, disciplinaron y educaron, inculcándonos valores como la responsabilidad, el respeto, el servicio, la solidaridad, el amor y el trabajo, haciendo de nosotros personas con principios éticos, morales y sociales. Es por ello que mi vida se fundamenta en el trabajo responsable y en el servicio a la comunidad y en afrontar los retos que se me han presentado tanto en el ámbito laboral como en el personal.

En 1982, a los dieciocho años, me gradué como bachiller pedagógico en el IDEM de Caucasia. He empleado veinticuatro años al servicio de la docencia, de los cuales veinte los he trabajado como educadora al servicio del departamento de Antioquia, todos ellos en *escuela nueva*-pedagogías activas, y como monodocente con la responsabilidad de hacer de mi sitio de trabajo un lugar acogedor, agradable y digno de la estadía de quienes ingresan a él; con el reto de formar verdaderos ciudadanos, niños y niñas con visión futurista, protectores de su entorno ambiental, familiar, cultural y social, construyendo, así, una comunidad unida, trabajadora, forjadora de su propio futuro y, sobre todo, de su vida y la de los demás, responsable de su supervivencia y constructora de valores.

Mis primeros cuatro años de labor docente los realicé en instituciones privadas en los municipios de El Bagre y Caucasia. En ese lapso de tiempo me casé y tuve mi primer hijo. Por pruebas que el destino nos pone a los seres

humanos, decidí solicitar una vinculación con el departamento de Antioquia y buscar un traslado de mi sitio de trabajo. Cuando el primer día de septiembre de 1987 me notificaron el nombramiento para el municipio de Segovia, me sentí feliz. Siempre recordaré ese lugar, porque dejó en mí una gran experiencia de vida como docente y ser humano; con mis miedos y mis fortalezas, me dio la oportunidad de convertirme en una maestra para la vida de los seres más desprotegidos, víctimas del conflicto armado que por esa época arreciaba con todo su rigor en la zona del nordeste antioqueño. Recuerdo a la funcionaria de la Secretaría de Educación que, sosteniendo un documento entre sus manos, al informarme mi nombramiento, con tono de advertencia, me dijo: "allí no hay nadie porque el docente que usted reemplazará tuvo que salir con los campesinos. Sus casas y escuelas fueron quemadas por un grupo armado que milita en la zona".

Ese era mi primer y gran reto: irme para una zona con problemas de orden público entre el Ejército y guerrilla; construir una escuela y hacer que una comunidad desplazada, víctima del conflicto armado, creyera en las instituciones del Estado, en su presencia, que con mi nombramiento iniciaría. A mis veinticuatro años tuve la madurez suficiente, la convicción de que sería capaz de enfrentar ese gran desafío en mi profesión docente.

El 10 de septiembre de 1987 llegué al municipio de Segovia, me dirigí al núcleo educativo y allí estaba el jefe de esa época: Sergio Isidro García, quien me recibió sorprendido y preocupado, pero dispuesto a colaborarme; me hizo algunos comentarios y recomendaciones, por lo que me enviaría con otro educador para que me acompañara hasta la vereda, donde debía empezar a atraer comunidad y construir la escuela en su parte física, incluyendo muebles y enseres, y sobre todo, el talento humano.

Al día siguiente partimos en un bus que en siete horas nos llevaría al municipio de El Bagre, donde nos tocó quedarnos esa noche, para reiniciar al día siguiente nuestro recorrido en un Johnson o "lámina", como lo llaman los campesinos. Subimos por los ríos Nechí, Tigüí, Pocuné y Bagre, haciendo los respectivos trasbordos hasta llegar a Bagre Alto, donde quedaba la vereda que sería mi sitio de trabajo. Allí me dejó mi compañero para regresarse al día siguiente.

Por mi juventud, los riesgos y las características de la zona me creí incapaz de cumplir con dicha tarea, pero siempre se puede cuando se quiere y se ama lo que se hace. Paso a paso se amasó un gran acierto; de la mano de Dios y con muchos esfuerzos, logramos construir la escuela, dotarla de materiales y enseres y, lo más maravilloso, tener de vuelta a todas las familias que habían salido; regresaron los niños y, junto con ellos, la alegría, los sueños y los proyectos que en menos de dos años logramos consolidar; claro está, desafiando la adversidad, buscando el apoyo gubernamental y organizando la comunidad. Desarrollamos proyectos productivos y de bienestar comunitario con eventos deportivos, recreativos, laborales, cooperativos y sociales como trabajos colectivos. Cada sábado programábamos una actividad diferente para reconstruir las viviendas, arreglar los caminos o hacer faenas del campo para sembrar productos agrícolas en beneficio comunitario.

Debido a lo apartado de la cabecera municipal y al difícil acceso a la zona, permanecía la mayor parte del tiempo en la vereda, desarrollando proyectos productivos. Por esa época,

Alto Bagre era un lugar propicio para que la guerrilla se resguardase. Cómo negar que sentía mucho miedo; corrí muchos riesgos junto con la comunidad; no fue fácil ver cómo desde el aire bombardeaban nuestros alrededores, cómo se enfrentaban y morían campesinos, soldados, guerrilleros; seres humanos jóvenes y llenos de vida. Sin quererlo, me tocó presenciar dos paros campesinos, impulsados por la acción de los grupos armados al margen de la ley. En contra de mi voluntad debía salir con los habitantes de la vereda. Era muy fuerte. Se sentía el rigor de la guerra y la destrucción de los seres; pero a pesar de todo, regresaba con los campesinos, mi comunidad y mis alumnos.

Fui paciente y tolerante; allí estaba mi escuela, y yo representaba la presencia del Estado. Con mi mediación se educaba la población, se canalizaban recursos y se desarrollaban proyectos para mitigar el horror de la guerra. Así fue como inicié mi proyecto al servicio de la comunidad, de la población más vulnerable, de los más desprotegidos, víctimas del conflicto armado en Colombia. Aprendí que cuando se ejerce liderazgo, las comunidades se motivan construyendo su propio futuro.

Sólo pensé en un traslado el día que puse en peligro mi vida, al caer a las turbulentas aguas del río Bagre, al hacer trasbordo a otro Johnson con muchos ancianos, mujeres embarazadas, niños y niñas que debíamos abandonar la vereda, porque en esa fecha, 11 de noviembre de 1998, se gestaba un paro impulsado por la guerrilla hacia el municipio de Segovia. De ese naufragio muy pocas personas sobrevivimos. Desde ese día supe cuán valiosa es la vida y que podrá el hombre luchar contra el hombre, pero no contra la naturaleza. Por ello me hice el firme propósito de hacer todo lo que estuviera a mi alcance para contribuir con la educación no sólo de niños y niñas, sino de la comunidad entera, para que no se viera involucrada en el conflicto, pudiera vivir en paz consigo misma y con el medio ambiente

Tras las huellas
del ayer y del hoy

Nora Elena Salazar Arroyave

Profesora Institución Educativa Rural Boyacá, Corregimiento El Brasil, municipio de Ebéjico

Soy la hija de la estrella más luminosa que llegó el 5 de enero de 1959, con los regalos que sólo los reyes magos pueden en-

tregarle a una pareja que amaba y disfrutaba de la llegada de sus hijos como un gran regalo del amor, la genialidad, la creatividad y el don de gente. De ellos heredé el mejor ejemplo de vida, de sueños entre las luces de navidad, tejiendo en su gran pesebre el trabajo de familia, reflejado en la unión, la alegría, la música ranchera, las grandes celebraciones en torno al gran liderazgo de mi mamá.

El día 20 de octubre de 1966, la tarde fría y silenciosa se cortó con el ruido del teléfono: "¡ring! ¡ring!". Escuché entre gritos la frase: "Ha muerto Aura". ¿Era posible que en ese instante nos separaran de ese ser que es único en la tierra y se nos negara la ternura, la acogida de sus brazos que brindan seguridad y confianza? En una edad donde empezaba a florecer la infancia, como el sol opaca la luna, así la muerte opaca la mirada y los sueños de una familia que apenas empezaba a brillar en las montañas de la tierra de la leche, San José de la Montaña. Entre llantos y susurros, silencios y vestidos negros, llevamos a mamá a su morada eterna. En ese momento pensaba qué sería de mí.

La vida continúa; así como la rosa abre su capullo para generar vida, así empieza otra etapa, otros sacrificios, otra forma de nacer poco común. Pero nos tocó recibir una "madrastra", término que poco me agrada decirlo. Con un temperamento diferente y llena de juventud, no disfrutó de tomar las riendas de este barco. En medio de la soledad maternal, la frustración, el resentimiento y la amargura, que tejió una atmósfera de conflictos, fuimos hilando nuestros estilos de vida; pero había algo grandioso: nos dejó disfrutar los sueños de niños: jugar a la maestra. Así recreé el sueño de ser maestra en mi pueblo.

Sin embargo, papá tenía otros planes: irnos para la tierra de la Marquesa y de la panela, a vivir en Yolombó. Yo sentía temor de irme, de que allí no pudiera recibir mi formación como maestra. Eso fue como una gran tormenta que, entre relámpagos y truenos, me hacía sentir perdida e insegura; sentía que se perdían otros de mis sueños y aquello que evocaban los grandes abuelos y tíos, de reconocer en uno su vocación, el llamado de Dios, de la madre naturaleza o de los grandes espíritus reencarnados en mí.

¿A qué escapaba papá?, ¿qué refugio nos quería dar?, ¿de qué nos quería proteger? Mi único desahogo era mi abuela. Ella se había convertido en el ángel protector de mi familia y, en especial, en una forma de acompañar a su hija Nubia en ese reconstruir la familia que había dejado su hermana Aura. Mientras unos la sentían como un estorbo, como alguien que nos robaba la compañía de papá, otros sentíamos que ella nos brindaba un hogar; así como la paloma cuida de sus pequeños sin importar su sacrificio, trataba de darnos lo mejor. Nos regaló tres niñas que le dieron más sentido a mi existencia, a mis juegos de ser líder inconsciente de esa familia. Mientras maduraba en familia, me fui formando como maestra bachiller en el Liceo Eduardo Aguilar Vélez.

Algo curioso. La mayoría de los compañeros que iniciamos en sexto no querían ser maestros; sólo unos cuantos estábamos marcados por la madre naturaleza y no fue difícil pasar la entrevista y el examen. Así, en medio de personajes geniales que creían en mí y me brindaron los abrazos de la seguridad, la escucha, la compañía del aprender y el desaprender, de amar y renunciar, encontré el despertar de ser mujer, de amar, de soñar y un

mundo sensacional, donde dos se convierten en un solo ser, porque miran hacia un mismo horizonte, donde se tejen ilusiones que sólo la distancia logra opacar y se vuela como gaviotas en busca de nuevas ilusiones.

El despertar de ser maestra

Recibí el diploma de maestra bachiller en 1977. Ya tenía lo que me acreditaba como maestra. Cuántos temores, cuántos miedos. Dizque tenía una formación que me permitiría llegar a cualquier lugar de Antioquia. Pero mi vida tomaba otro rumbo; mi familia regresaba a Medellín. Allí empecé una licenciatura en el Ceipa; si mal no recuerdo, en la noche estudiaba Administración Escolar, mientras en el día trabajaba como maestra de prekínder. A mi patrona sólo le interesaba la plata y me explotaba, pero ganaba algo. Luego laboré en la secundaria del colegio Doctora de Ávila, que, según decían mis amigos de grupo, era un "gallinero" y ¡qué gallinero! Qué problemática la que vivía y tanta inocencia en mí. No sé cómo hacía, pero allí fui tejiendo mis primeros aprendizajes y las dificultades de ser maestra; sentía que no encajaba.

Una mañana llamaron de Secretaría de Educación a casa y preguntaron por mí: "Ella ha sido nombrada para Ebéjico, como maestra de primaria". Cómo no aprovechar esta oportunidad; era otra forma de volver a alzar el vuelo, ahora con un ala herida y marcada por un vuelo en busca de libertad. Así como las gaviotas llegan a un barco destartalado y abandonado, así llegué al corazón de mi gente de Quirimará, el 1.º de octubre de 1979. No importaba dónde fuera, era hora de partir. Llegué con una maleta grandísima llena de sueños para ser maestra; venía a dar lo mejor de Nora, pero pasó algo curioso: llegaba para El Filo de los Arboledas, en Sevilla. Cuando empecé mi primera caminata, me sentí acelerada por tomar ese camino amplio, misterioso, eterno. Apenas despuntaba el sol; sus rayos me rodeaban y sentí la presencia de ese Dios que no abandona, sino que acompaña.

Llegué como directora y esto me daba la posibilidad de innovar sin tantos intermediarios; como cuando se tiene el certificado de ser dueña de una comunidad. Había setenta estudiantes y dos seccionales; era una nueva aventura y lo sentía en la sangre, pero mi verdad, mi filosofía innata de dar lo mejor no tenía límites de tiempo. Así que para mí todo era posible. Encontré unas familias maravillosas que me aceptaron y un abuelo que adoptar. En sus historias reconocía todo un camino por emprender. Hallé una escuela sin vidrios, pero la compañera Zully que vivía allí por la semana tapaba con cartones la ventana. Había un patio de tierra amarilla y escasez de agua; no había luz, cocinábamos en un fogón de petróleo, ¿qué era esto? Tantas necesidades y la escuela rodeada de niños y niñas maravillosos; sus padres alegres, dispuestos, colaboradores, críticos y con muchas ganas de trabajar. Sólo necesitaban quién liderara esas energías. Tal vez la aprobación de la gente, su confianza en mí, fue despertando todo mi carisma para proyectarme a la comunidad. Paso a paso fui conociendo el rodaje de mi comunidad, a dónde ir, a quién pedir y reclamar.

Es así que, en reuniones, encuentros y capacitaciones, fui dejando la timidez y fui recreando toda una espontaneidad disfrazada en una sinceridad crítica, exigente, irónica, espiritual, para aprovecharla en cualquier circunstancia, pero siempre a favor de mi comunidad. Fue fácil crecer con mi gente de Quirimará, que creían en esta maestra. En grupo fuimos transformando la comunidad y empezamos por la escuela a poner los vidrios, la placa polideportiva, y se fue recreando una cultura diferente: encontrarnos en la noche para alfabetizar, aunque he considerado que la alfabetizada fui yo. Qué grato es recordar a Elías, Emiliano, Ginio, Humberto, Ángel, Eduardito, Ramiro, Franklin, tantos otros personajes que me fueron formando en ese despertar de maestra. No tenía un lugar fijo para estar allí, amanecía en cualquier hogar de mis estudiantes, con comodidades e incomodidades. Recuerdo que caminaba a dos hora de la escuela, aprovechando la noche para llegar hasta un grupo de jóvenes que no había conocido el mundo de la escuela, y en colchón de piedra, fogón de leña y una caperuza realizábamos tertulias que hicieron de esta experiencia un modelo de aprendizaje de lectura y escritura. Me fui enamorando de este lugar y en compañía de mis compañeros de grupo, siete universitarios que se preparaban, ignoramos al dueño de las tierras y nos fuimos apropiando de una pequeña parcela sobre la que empezamos a construir la primera escuela del Salado. Todos dábamos lo mejor en las tardes y nos olvidábamos de la fatiga de una jornada dura. Con aportes personales y con un estímulo que habíamos ganado en Medellín por un afiche navideño, compramos las tejas de cartón. Ya no nos mojábamos. Pero un día cualquiera llegó la ley a la escuela y preguntó por la profesora Nora. Me llevaron a la inspección y allí firmé mi primera denuncia como invasora de terrenos.

Lo anterior no impidió que continuara soñando por mejorar los espacios de la escuela. Así iniciamos la construcción de la biblioteca, las casetas comunales, con toda la intención de hacerlas escenario de un proceso de formación. Por eso no alargo más esta historia y con esta frase dejo un mensaje a quienes mi relato pueda tocar su ser: "Maestro, eres la fuente del medio donde trabajas".

El corregimiento El Brasil

Fueron más mis necesidades familiares las que me llevaron al corregimiento El Brasil en 1991, pues se había enredado mi misión: era madre y maestra, dos funciones muy similares, dos formas de entregar lo mejor. Ahora un nuevo ser, mi hijo Jorge, necesitaba que le ofreciera lo mejor, que sintiera seguridad y confianza para que sus pasos en el futuro no fueran débiles e inseguros; tenía a su papá, pero también tenía algo muy claro, tierno con calidad.

No quería arrebatarle el poco tiempo que quedaba de mi trabajo. Era dar lo mejor, y no es fácil. Alguien de manera crítica decía que a veces las madres cometemos un gran error en la crianza de un hijo, pues somos muy protectoras; queremos evitar que les hagan daño, que sientan dolor y, más aún, que enfrenten cambios o lo desconocido. En medio de mi inexperiencia (aunque he acompañado y asistido a mis hermanas, y a mi gente de Quirimará) tenía una cultura de crianza que rechazaba tantas cosas que no acep-

taba dentro de mí, así que le dediqué a mi hijo con alma, vida y corazón todos mis momentos, hasta llevarlo cada sábado a los semilleros de la Universidad de Antioquia y a otros cursos para estimular sus habilidades y destrezas.

Era curioso que después de catorce años sintiera temor al llegar al corregimiento El Brasil. Llegaba como profesora de matemáticas, justo el área a la que más miedo le tenía; un escalofrío recorría mi cuerpo, pero había que dar lo mejor. Me exigía, preparaba las clases sin olvidar la frase de mi esposo Jorge: "Uno debe enseñar lo que sabe, ser insistente y repetitivo con significación".

Adaptarse a un grupo de trabajo de compañeras no es fácil. Hay muchos pensares, gustos, y ordenamientos muy marcados que no dejan salir del cascarón. Recrear toda una pedagogía para que los alumnos se sintieran enamorados de la matemática cuando veníamos de un modelo de enseñanza basado en la máxima de "la letra con sangre entra" tampoco era fácil, pues la nueva opción tenía los genes de esa pedagogía activa de la que apenas empezaba a hablarse y que, por demás, no era muy bien recibida. Mi reto era hacer de las matemáticas momentos concretos y de experiencias significativas; dejar que los estudiantes se recrearan de manera creativa y elaboraran sus propios problemas desde su sentir y su entorno; estimular sus esfuerzos sin remarcar sus deficiencias académicas, logrando que creyeran en sus propias capacidades, y trabajaran en forma grupal e individual.

Me enfrentaba, además, a la tarea de recrear un trabajo en grupo, un compartir, con la administración del restaurante escolar por ocho años. Había comida para todos desde primaria hasta secundaria, como una solución al hambre, la desnutrición e incluso la pereza de cargar la *coca*. Gracias a una excelente manipuladora de alimentos, que hacía caso de mis inventos culinarios, transformando todos los productos agrícolas que la región nos aportaba, el dinero rendía más y el sobrante se aprovechaba para mejorar la dotación del restaurante. Así, entre aceleres, sainetes culinarios y demás, logramos en ocho años hacer un aporte al bienestar de los estudiantes.

Ahora tenía también la experiencia de la familia. Se trataba de un proyecto de Bienestar Familiar, en el que me involucré con mi compañera Teresita, para formar las madres de los hogares comunitarios como parte de una práctica significativa del proyecto de grado en la Universidad Santo Tomás. Así, reafirmaba mi sentir de licenciada de básica primaria con énfasis en la proyección comunitaria. A partir de ahí siempre he titulado mi caminar "Promoción de la familia", a través de talleres formativos, para generar una cultura de mejores padres y mejores hijos, y la elaboración de sencillas cartillas. Por este trabajo, fui postulada por la directora de Bienestar Familiar al premio de "La mujer Cafam", y elegida entre dos mil mujeres. No sé porqué la vida ha dejado que sean otros desde otras miradas quienes han reconocido mis pequeñas huellas en mi municipio de Ebéjico. En ese entonces se reconocía por evaluaciones del Consejo Directivo a los mejores maestros evaluados por códigos, y mientras disfrutaba de un reconocimiento regional, era una de las compañeras de mi colegio la evaluada. Como dice la canción: "sorpresas te da la vida".

Poco después empecé en la Universidad de Medellín el diplomado Especialización en gestión curricular como factor del desarrollo humano, (¿qué tal el título?). Tantas lindas vivencias con la juventud, tocarles su proyecto de vida desde las diferente áreas académicas, estimular su aprendizaje, dejando a un lado anecdotarios, observadores, calificaciones; entender su necesidad desde una pedagogía activa, recreando sus propios intereses, aprovechando cada jornada cívica, histórica, religiosa, celebraciones de la juventud, familiares, navideñas, para que expresaran su sentir a través del texto libre: afiches, acrósticos, juegos. Así lograba tocar la fibra de cada uno, generando una disciplina consciente. ¡Cuánto aprendí de ellos! No fueron los mejores matemáticos, pero hoy son jóvenes trabajadores, comprometidos con ellos mismos, su familia y su comunidad. Los encuentros juveniles, las semanas bíblicas y el aprovechamiento del tiempo libre en las noches motivaron todo un sentimiento de liderazgo personal y grupal en estos jóvenes. Por eso creo que el maestro, al llegar al aula, debe tener en cuenta cuál es el objetivo de cada día, y saber combinar el ayer, el hoy y el mañana con los nuevos cambios.

Posteriormente, fui trasladada a la vereda Los Pomos, en el mismo corregimiento. ¿Por qué? ¿Para qué? Para apoyar los sueños de un jefe de núcleo… que los niños y niñas no caminaran tanto para buscar a la profe, sino que fuera ella quien buscara a sus estudiantes. Los inteligentes, los prácticos piensan hacia el futuro, pero no son muy bienvenidos dentro de una tradición educativa y más cuando sabemos que durante muchos años era como si nadie tomara las riendas de ese caminar. El mejoramiento de la calidad de la educación trajo interrogantes, cambios que el nuevo siglo exigía. ¿Qué cambios? Llegué a Los Pomos a una caseta comunal, entre niños y niñas temerosos, agresivos, solitarios. La vereda sólo quedaba a veinte minutos del corregimiento y muchos no habían empezado su escolaridad a los diez, once o doce años de edad.

Después de ocho años de ejercicio, surgieron para mí los interrogantes. ¿Cómo enseñar? Ahora debía asumir la responsabilidad de todos los niveles: preescolar, primaria, segundo, tercero, cuarto y quinto. Qué locura para recrear de nuevo mi experiencia pedagógica. Pero finalmente he dejado toda una transformación de una pedagogía con ternura, humanismo, haciéndolos enamorar del cuento de la lectura. Tantas veces me cuestioné si sería posible el aprendizaje con hambre, con malos hábitos de convivencia, en medio de la soledad familiar y la falta de afecto. ¿Qué hacer para solucionar eso? De esa reflexión surgieron las mesas de trabajo, la participación en el equipo del mejoramiento de la calidad educativa, la gestión de una constituyente para Ebéjico, lo mismo que la creación de su cátedra municipal, donde lancé reflexiones pertinentes en forma sincera, crítica y exigente, expresando la necesidad de cambiar antiguos paradigmas de la educación en el municipio.

Fue así como construimos un equipo de maestros comprometidos. Las mesas de trabajo me permitieron alimentar y retroalimentar, desde mi participación, las capacitaciones de *escuela nueva*, escuela y café, proyectos productivos y nutrición con buen trato del

proyecto Maná, el cual les dio una articulación. No era fácil atender todos los niveles de preescolar a quinto de primaria, con alumnos que expresaban su necesidad de afecto y su hambre con una indisciplina difícil de manejar. Por esto llegaba todas las tardes a mi casa, tomaba las guías y empezaba a reconstruir estos textos. Sabía que así les daría buenas bases desde el inicio y evitaría los dolores de cabeza que la imposición y la irresponsabilidad generan. Se planteaban cambios de rutina que permitían dirigir el aprendizaje. Siempre he sido una gran enamorada de las pedagogías activas y sé que de lo que se trata es de saber llevar una brújula, sin perder su norte. Cuando se pierde esto, se "despelota" la pedagogía y siempre los maestros decimos que los muchachos tienen la culpa, porque nada les interesa.

He considerado que el sueldo más bien ganado en mis treinta y dos años de experiencia es en este lugar, pero es una gran experiencia que continuó, porque la misma necesidad pedagógica hizo aflorar en mí una escritora espontánea, con la construcción de textos, elaboración de las Unidades de Atención Integral (UAI), todo ello producto de la experiencia y el enamoramiento del quehacer pedagógico.

Cuando veo el tiempo que ha transcurrido, me siento muy enamorada de esta experiencia. No tengo los mejores soportes de pedagogos, pero sí las mejores cosechas de experiencias significativas donde mis estudiantes transformaron sus sueños, de su crecer como persona, de recrear mi vivencia, mi sentido por la vida, como decía el horóscopo que me envió mi madrina cuando cumplí los quince años. Para ser una maestra, hay mucho que aprender, innovar, por construir y una nueva generación que necesita maestros y maestras que abran su mente para generar un cambio hacia la excelencia humana, y todo por la gran familia que acompañó mi caminar, y como me llama mi tía Patricia: "la maestra campesina", que tejió y continúa tejiendo una pedagogía pertinente y con significación, la del dejar hacer, saber dirigir, dejar soñar. No sé hasta donde mi pedagogía, que llamaría "el revolcón Nora de aceleración activa y con significación humana" recrea los sueños de una nueva generación, que es permitirle que la escuela sea un espacio para disfrutar, recrear los sueños y sé que una de mis grandes debilidades fue mi impaciencia, que logré remediar con la ternura y la interpretación de sus necesidades. Por eso las maestras y los maestros del mañana serán aquellos que sepan descubrir en los estudiantes sus necesidades y sueños.

Gracias a mi comunidad Quirimará, a la comunidad educativa del corregimiento El Brasil, de Los Pomos, a compañeras y compañeros, rectores, en especial a doña Luz Eugenia que vio en mi historia un ejemplo para los futuros maestros, a las autoridades, a todas las entidades que hacen posible que caminemos por construir de Ebéjico un gran sueño, a quienes aceptaron y acogieron con sus actitudes a una maestra fuera de lo común

Con mi música
a todas partes

Nury Excenelia Barrera López

Profesora Institución Educativa Filiberto Restrepo Sierra, municipio de Maceo

Nací al atardecer del 11 de agosto de 1960, en un hogar humilde, rico en respeto, amor y entrega. Fui la número trece dentro de una familia de dieciséis hijos, conformada por mis padres Arturo de Jesús Barrera Vanegas y María Rudesinda López Calderón. En el momento del bautizo se preguntaron: "¿cómo se llamará?", a lo que mi hermana mayor respondió: "Nury Excenelia". ¿De dónde sacó este nombre? Aún no lo sabemos.

Desde niña acompañé a mi mamá a los oficios religiosos y a las reuniones pastorales. Tenía seis años cuando empecé a cantar en el coro de la iglesia; a los siete, leía las epístolas en la misa. Si mal no recuerdo, el padre ponía un banquillo para que yo me parara, porque la gente no alcanzaba a verme de lo bajita que era. Mis amigos y familiares me llamaban cariñosamente "cucaracha del santísimo" o "ratón de iglesia". Luego vinieron más responsabilidades: tocar las campanas, darle cuerda al reloj, cantar y leer en las eucaristías, hacer los altares, en fin, era el sacristán del pueblo.

De la escuela primaria recuerdo que se llamaba Alberto Jaramillo Sánchez. Algunos domingos eran una aventura, pues nos llevaban a misa formados en filas, y ¡ah castigos los que me ganaba!, por salirme de la fila o por pararme frente al micrófono y entonar los cantos que ensayaba durante la semana.

Mamá trabajaba como lavandera de algunas familias de Maceo; mis hermanas mayores también trabajaban. El dinero que les pagaban lo invertían en darnos estudio a los más pequeños. Papá era agricultor y se encargaba de la alimentación: semanalmente venía con yuquitas y plátanos, pescado seco o algunas carnes de monte: guagua, mico o gurre.

Llegó mi juventud llena de compromisos, alegrías, sinsabores, pretendientes que iban y venían. Un día cualquiera, mamá me dijo: "Nury, ¿quieres ser maestra? Si es así, tienes que irte para San Roque". La idea me alegró, pero sentía tristeza por dejar el coro, mis amigos ancianos y todo lo que me rodeaba. Sin embargo, el padre Jaime Hurtado me animó mucho y me dijo: "¡Váyase, mija!, ¡usted puede; tiene mucha mecha!", y agregó: "hagamos un trato: en vacaciones o los fines de semana que usted venga, coge nuevamente el trabajo". Motivada por estas palabras, acepté y así fue. Hasta el día en que llegué a Maceo y encontré la noticia de que no podía tocar más las campanas, porque a Abelito, el señor que me reemplazaba en los oficios del templo, al conocer sobre mi regreso de vacaciones, lo encontraron llorando en el atrio. Cuando le preguntaron el motivo, él respondió: "Ya viene esa Barrera a quitarme el trabajo". Convine con el padre en dejarlo en su oficio.

Al fin me fui para San Roque a realizar mis estudios. Allí encontré un grupo de compañeros que se burlaban de mí, por mi cuerpo: era un buñuelo con patas, ¡qué gordura!, me llamaban "el gamín". Yo no me acomplejé; empecé a ganármelos con mi alegría y entrega al grupo, hasta que nos hicimos buenos amigos. Nos integramos para conformar el grupo juvenil, el coro parroquial, el grupo de catequistas. Éramos la mano derecha del sacerdote de la parroquia, visitábamos a los ancianos, bailamos danzas y participábamos de los centros literarios.

En el colegio, fuimos un grupo bastante inquieto, pero responsable con nuestros trabajos pedagógicos. Tuvimos un colectivo de profesores maravillosos. He de mencionar a quienes dejaron huellas en mi vida: la hermana Nohemí, la hermana Luz América, mis maestros consejeros Teresa Cifuentes, Bernarda Ayala, Juaquina Espinosa, Tiberio, Alonso y Orlando Grajales. Así, hasta que finalmente mi madre recibió orgullosa mis grados, el 1.º de diciembre de 1979.

De regreso a mi pueblo, trabajé como secretaria del despacho parroquial y del Comité de Cafeteros. El 11 de febrero de 1980 llegó mi nombramiento como directora de la escuela rural San Laureano, que quedaba a tres horas a pie de la cabecera municipal de Maceo. Allí me acogieron con alegría por mi trayectoria con la parroquia.

La escuela era una casa vieja de bahareque. Inmediatamente, gestioné recursos con el Comité de Cafeteros para la construcción de una nueva escuela. Después de aprobados, llegaron los materiales; pero, ¿cómo subirlos hasta la loma donde quedaba el terreno? Hicimos un convite con los alumnos, padres de familia y la comunidad en general para subirlos al hombro y en mulas.

Esa tarde, un viernes de agosto de 1980, llegué a Maceo y me recibieron con la noticia de que debía trasladarme al corregimiento de La Susana, en el mismo municipio; me ha-

bían nombrado directora de cinco seccionales. Fue toda una sorpresa para mí; allí me encontraría con compañeras de estudio y de mi niñez. En La Susana trabajé cuatro años muy fructíferos, porque logré, junto con mi grupo de compañeras y el alcalde de ese entonces, instalar el enmallado de la escuela, organizar el restaurante escolar y el embellecimiento del entorno escolar.

El año de 1982 fue un año feliz, pues contraje matrimonio con Fernando León Osorio Marín. De nuestra unión nacieron tres hijos. En 1983 nació Lorena Cristina; en 1984, Leidy Mabel, y en 1986, Juan Pablo. Éramos una pareja ejemplar; en nuestro hogar reinaba la alegría, la entrega y el servicio. Participábamos en los programas que la parroquia programaba: la catequesis, los cursillos prematrimoniales, los encuentros de parejas, el coro parroquial, el Monain. Visitábamos parejas para el programa de planificación familiar natural. Me gustaba colaborarle a mi esposo en la coordinación de la banda marcial infantil de San José del Nus, corregimiento de San Roque.

Recuerdo acontecimientos en mi vida que la marcaron para siempre; el deseo de vivir posibilitó que los superara. El 4 de octubre de 1985 viajaba para la escuela y el camión en el que viajábamos se quedó sin frenos; rodamos por un abismo de 150 metros. Ahí perdió la vida mi compañera Olga Lucía Vélez, educadora de la escuela rural La Mariela. Ese día Dios me dio de nuevo la vida; los médicos determinaron que quedaría minusválida, pero al siguiente mes, no sin esfuerzo, pude caminar. Y para sorpresa de todos, tenía dos meses de embarazo y no perdí a mi hijo.

Otro momento difícil lo viví el 27 de enero de 1998. Ese día me llegó la noticia de que mi madre —el payasito travieso, la bastonera mayor y una de las fundadoras de la Legión de María— había muerto. De ella aprendí la religión y el servicio a los demás. Era toda alegría. Así empezaba a desgajarse el árbol familiar.

El 4 de septiembre de 2002 nació mi primer nieto, Jorge Andrés. El segundo, Luis Mateo, llegó el 19 de octubre de 2004. Ellos han llenado mi vida y los vacíos que dejó la separación de mi esposo. Tres años después, el 7 de julio de 2007, recibí un nombramiento que ha sido importante para mi vida: fui consagrada por el obispo de la Diócesis de Girardota, monseñor Gonzalo Restrepo Restrepo, como misionera de esta diócesis en nuestro municipio.

Entre tanto, durante dos años me desempeñé como Coordinadora del Centro de Servicios Docentes en Maceo. El alcalde Guillermo León Galvis Londoño tuvo en cuenta mis capacidades artísticas y deportivas, y me vinculó con acciones de mucha proyección a la comunidad. Además de coordinar a los educadores de las áreas rural y urbana, me encargaba de orientar la elaboración de material didáctico y de la televisión en el aula. También colaboré con el embellecimiento de establecimientos educativos, el hospital municipal, el hogar infantil Colorines y, en asocio con la casa de la cultura del municipio, pinté murales con motivos navideños, participé en campañas de prevención ambiental y en diferentes efemérides de la comunidad.

Tiempo después, laboré en la escuela Fe y Alegría, del barrio Moravia, en Medellín. En este sector aprendí a convivir con el dolor humano, en su pobreza y humildad, y a vivir con más fuerza la vida al servicio de los demás. Por problemas ajenos a mi voluntad, regresé a Maceo, a trabajar en la vereda Guardasol. En ésta experimenté el trabajo de *escuela nueva*; logré incorporar en el menú del restaurante escolar los productos agrícolas que la vereda producía; promoví la participación de las instituciones rurales en los diferentes eventos programados por la comunidad: desfiles, concursos, procesiones entre otros.

Nuevas experiencias me esperaban cuando llegué a trabajar con grupos de secundaria, pues mi labor anterior se había centrado en los grados primero y segundo de primaria. Inicialmente, me dieron la dirección de un undécimo, constituido por jóvenes inquietos, altaneros e indisciplinados. En una reunión con el rector le dije: "Sé que me dieron el grupo para quemarme, pero ¡tranquilos!"

Me dirigía sola hacia el salón, mientras en el corredor se encontraba el grupo haciendo indisciplina y obstaculizando el paso. Me metí como pude por la mitad, sin que ellos notaran que había llegado; levanté la cabeza y sentí un golpe en el hombro izquierdo: era un tomatazo. Ahí quedó mi blusa blanca. Ellos esperaban mi reacción, me querían "medir el aceite", como decimos algunas veces. Pero levanté la cabeza, sonreí, me limpié y les dije: "Tranquilos muchachos, el tomatazo no era para mí ¿verdad?", y seguí como si nada fuera.

Con mi actitud conseguí la disciplina del grupo y su colaboración. Realmente era un grupo difícil, pero lo saqué adelante; hasta recogimos fondos y nos fuimos a conocer el inmenso mar azul, en las costas de Santa Marta. En ese año fui la maestra alegre, dinámica, colaboradora que me gustaba ser.

Actualmente, con el apoyo de padres de familia, la colonia de Maceo residente en Medellín, la casa de la cultura, la Alcaldía Municipal y la parroquia hemos podido sacar adelante el proyecto de la banda marcial de la institución, la cual he dirigido hasta la fecha; en el momento cuento con sesenta niños, desde el grado cero hasta octavo, de escasos recursos económicos. Igualmente, organicé la banda marcial del adulto mayor, conformada por cuarenta personas, entre señoras y señores. Ésta ha sido una experiencia muy divertida para mí y a la vez es un ejemplo para aquellos jóvenes que no encuentran en que emplear su tiempo libre.

Soy una mujer activa, a la que le gusta disfrutar su tiempo participando en actividades comunitarias. Aún participo en el coro parroquial, amenizando las eucaristías en tiempo ordinario y en festividades religiosas, como semana santa, Navidad, etc. Vivo agradecida con Dios por dotarme de valores y habilidades para proyectarme a los demás; con mis hijos y hermanos, porque han apoyado mis proyectos, y con las comunidades que me han visto crecer

Los dones
escondidos

Óscar Alberto Giraldo Villa

Profesor Institución Educativa Pío XII, municipio de San Pedro de los Milagros

En ésta, como en otras profesiones, la definición de nuestra práctica, o mejor dicho, la identificación y socialización de nuestro quehacer diario, implica no sólo reevaluarnos y cuestionarnos la proyección personal y social de las labores que realizamos, sino también analizar a conciencia y de manera crítica las contribuciones que hemos realizado a nuestros estudiantes y a la comunidad en general. Con esa mirada, pretendo hacer un breve recorrido por mi práctica docente.

Para comenzar, referiré algunos aspectos de mi vida que me llevan a ser el maestro que hoy soy. Nací en la capital antioqueña y soy miembro de una familia conformada por mis padres y nueve hermanos, ocupando el séptimo puesto entre ellos. Como toda familia antioqueña y bastante conservadora en la crianza y la educación de los hijos, mis padres se ocuparon de entregar a la sociedad un grupo de personas trabajadoras, responsables y honestas que dieran ejemplo a una comunidad, forjándonos en el estudio y en la proyección de valores, enseñándonos que en la vida las cosas no son fáciles y que no debemos sucumbir ante las adversidades.

Al terminar mis estudios secundarios, como le pasa a la gran mayoría de los estudiantes, no sabía qué carrera elegir. Luego de conversar con el jefe de la empresa privada donde laboraba, me comentó sobre las bondades del lugar donde él enseñaba y las carreras profesionales que allí servían. Así, mi trabajo en una cadena de almacenes,

además del ambiente profesional que me rodeaba, me indicaron una directriz: a partir de ese momento decidí seguir la carrera de economía, a pesar de la complejidad inherente y del esfuerzo que suponía, pues debía combinar mis estudios con el trabajo, para poder pagar mis estudios.

Me desmoralicé un poco cuando observé que el campo de acción de la carrera que había elegido estaba definido en un 90% por la incidencia en el mundo de la política o los nexos con ella. Respetando esa ciencia, casi siempre he estado al margen de ella, es decir, nunca me he involucrado en reuniones, promesas, candidaturas ni otros escenarios de esta índole para conseguir un puesto de trabajo. Sólo sé que, sin pensarlo, gracias a esta carrera universitaria, soy el maestro que aporta su granito de arena al proceso de la educación colombiana.

Después de haber formalizado mi hogar en el municipio de Rionegro de este departamento, un día del mes de agosto de 1997, y estando desempleado, mi hermano mayor me llamó a la casa y me dijo que necesitaban un economista en el colegio donde estudiaban sus hijos. Como tenía experiencia en el sistema financiero por haber laborado en Cadenalco, y había obtenido el título profesional en ciencias económicas, me dirigí al Centro Educacional Cooperativo del Espíritu Santo (Cecodes), ubicado en el barrio El Porvenir, para hacerle mi oferta de trabajo al rector de la institución, el señor Ómar Restrepo Duque. Lo más sorprendente de la conversación que tuve con él fue que el propósito del empleo estaba desviado, porque en la institución necesitaban un profesor que tuviera formación en las áreas administrativas (contadores, economistas o afines), por la modalidad de estudio que allí se servía, es decir, los estudiantes de este centro educativo se proclamaban como bachilleres con énfasis en informática, comercio o administración, y yo que tenía la esperanza de laborar allí como director administrativo y financiero, no como docente.

En medio de la conversación, lo previne:

— Creo que aquí hay una equivocación, señor rector; yo tenía entendido que aquí requerían un administrador para manejar los recursos de la cooperativa; no tengo aptitudes para ser maestro.

Entre otras cosas, me respondió:

— A usted sí le veo ese "gusanito" de docente que dice no tener; en usted he observado en esta entrevista un gran carisma, una buena voz, un "no sé qué"; estoy seguro de no engañarme al contratarlo como docente.

Se quedó observándome y dijo:

— Tengo un ojo clínico para descubrir maestros; mi larga experiencia como docente y directivo, me brindan esos criterios.

Yo seguía diciéndole que se hallaba equivocado; de pronto, me dijo, luego de haber anotado unos datos:

— Piénselo y seguimos hablando.

Salí del colegio y mi mente empezó a volverse un remolino de ideas. Por más que lo pensaba, no me veía como profesor; me atemorizaba sólo pensar que iba a enfrentarme a un grupo de estudiantes y me preguntaba: "¿Qué les digo?, ¿cómo me presento?, ¿qué les voy a enseñar?, ¿de qué manera me van a ver, si con sólo verme se van a dar cuenta de que no soy ningún maestro?". Miles de cuestionamientos pasaron por mi mente y me ratificaban que no, pues tengo un código ético y no quería engañarme a mí mismo ni a los demás. Sí, era una realidad que necesitaba un empleo, porque estaba recién casado; no obstante, la otra parte me señalaba mi falta de preparación para asumir este nuevo reto que la vida me ponía por delante.

Al llegar a mi hogar, me preguntó mi esposa cómo me había ido en la diligencia; le respondí:

— Es mejor que siga enviando hojas de vida porque me proponen un descabellado. ¿Cómo te parece?, ¡necesitan un profesor! Tú sabes que no poseo esas habilidades, mejor dicho, dejemos las cosas así.

De repente ella me mira y dice:

— Una persona que tiene formación académica y otros valores como la responsabilidad y el compromiso que te he observado quizá tenga ese don oculto.

En medio de la conversación sonó el teléfono. Era mi madre a preguntarme:

— Hijo, ¿cómo le fue en su gestión de esta mañana?

Le relaté lo acontecido y me dejó más inquieto cuando me dijo:

— A mí no me parece que usted se convierta en educador cuando lo que estudió es para otra cosa; olvídese de eso y vaya allá a Rionegro y métase al mundo de la política y consigue un buen puesto como economista.

Los días continuaban en su riguroso avance y en la vertiginosa búsqueda de empleo, pero también continuaban las palabras de aquel rector esa mañana de agosto; quería olvidarlas, pero estaban allí, hurgando dentro de mi cabeza y tratando de darme respuestas; se chocaban contra la única realidad laboral que había experimentado: "Yo sólo estoy enseñado a trabajar en una oficina, al carajo con esas ideas".

Una mañana del mes de octubre, exactamente a las ocho de la mañana, suena el teléfono y al contestar me responde una voz: "Buenos días, profesor, ¿qué tal amanece?"; inmediatamente respondo: "Está equivocado, aquí no vive ningún educador".

— No, no estoy equivocado. Habla con Ómar Restrepo Duque, rector de Cecodes. Lo llamo para informarle que me reuní con el consejo directivo, el gerente y el presidente de la cooperativa, para informarles que ya lo contraté para el cargo de docente en las áreas administrativas académicas de la institución educativa; por favor, tráigame su hoja de vida a las diez de la mañana y le daré todas las instrucciones

Dicho esto, se despidió sin darme la oportunidad de responderle.

Efectivamente, fui al colegio, le llevé lo requerido y le dije:

— Está bien, acepto, pero el día de mañana no diga que no fue su contratación acertada.

Él se rió y me dijo:

— Espero que no.

Esto creó un caos mayor en mi mente, porque ya tenía una palabra y un contrato de trabajo para iniciar labores en esta institución el 18 de enero de 1998. Para mí era un enorme reto la nueva contratación en la que me había inmerso y desde ese mismo momento empezó mi labor de preparación: acudí a mis textos universitarios, traté por todos los medios de indagar sobre la labor docente. A pesar de ello seguía rondando en mi mente la duda sobre mi nueva ocupación. Confieso que me costaba dificultad conciliar el sueño y en el día venían a mi mente un inmenso raudal de inquietudes que me atormentaban cual vendaval acosa a las plantaciones.

Mayor fue mi sorpresa cuando en los últimos días de noviembre me convocaron a una reunión en el colegio para asignarme la carga académica, presentarme a los demás educadores y conocer la planta física. Además de todo eso que me apabullaba, me ofrecieron la dirección de grupo del grado undécimo D, con énfasis en administración, y pusieron a mi cargo las materias de economía, contabilidad, administración e introducción a la informática. No me sorprendí por las asignaturas, sino por la dirección de los grados undécimos, ya que suponía que iban a darme grados inferiores: sextos o a lo sumo grados séptimos. Todo eso aumentó mi incertidumbre; consideraba que era la mayor prueba de fuego que había tenido hasta ese momento de mi vida. Aunque me seguían asaltando los temores del comienzo de ese 18 de enero, continuaba preparando clases e investigando para no hacer el ridículo con los estudiantes.

Por fin llegó el gran día, el de la prueba de fuego, cuando me dirigía a ese grupo undécimo D, cuyo salón quedaba a unos veinte metros de la rectoría. Me pareció que recorría el camino de los israelitas hacia la tierra prometida, cruzando el mar y todos los obstáculos imaginados. Por fin entré al grupo; me presenté; recuerdo que iba muy prevenido hacia la actitud de ellos. Estaba bastante serio. En la presentación dije que tenía mucha experiencia en el sector educativo y que había enseñado en diversos lugares; les fijé las políticas de trabajo para el año y las asignaturas que les iba a servir durante éste. En ese mismo instante comprendí que el contacto con los estudiantes y la forma de dictar las clases que había preparado para ese día me habían iniciado en mi práctica docente y al salir de esa aula de clase sentí que se desplomaba el peso que llevaba en mi espalda y mi cuello y se iba alivianando el trasegar de mis pies hacia el otro grado.

Al terminar las labores de ese día, recuerdo que un gran número de estudiantes se apiñaban en la rectoría, y al pasar a la sala de profesores, me llamó el rector. Yo pensé: "Hasta aquí llegué; con seguridad estos estudiantes del grado undécimo le están pidiendo al rector que me cambien, que no les gusté"; cuando volví a la realidad el rector y esos estudiantes me estaban aplaudiendo y felicitando por el desempeño de ese día. Cuando me dirigía a casa, y aunque se me iba quitando un poco el susto, se incrementaba en mí el deseo de ser mejor el día de mañana.

Ahí nació mi práctica docente: con el temor de defraudar a mis estudiantes y el anhelo de dar lo mejor de mí. A medida que los días pasaban y tenía más contacto con ellos, me convencía de que los jóvenes de esta época requieren una educación acorde a los modelos económicos, políticos y sociales de este contexto; me iba familiarizando con los modos de pensar y actuar de esa juventud que se había convertido en mi campo de trabajo. Algo seguía rondando mi mente y era si la metodología que yo empleaba para seguir el rumbo de mis clases era la correcta o si debía hacer cambios. Todo esto rondaba mi pensamiento y aunque notaba que mis clases les gustaban a los estudiantes, sentía que debía conocer los modelos pedagógicos utilizados como instrumentos en la práctica docente de cualquier ser humano que se decida por esta profesión.

Nunca olvidaré ese año ni esa promoción de bachilleres, y no lo digo por los reconocimientos que me hicieron todos los grados undécimos, y en especial mi grupo, con las menciones, placas y trofeos que aún conservo, sino porque este grupo de jóvenes influyó de una manera considerable en mi práctica docente. Tampoco olvidaré las palabras del rector y el grupo de compañeros docentes: "Compañero, esto aquí nunca se había visto que en vez de hacerle homenaje a los bachilleres, ellos se lo hagan a usted".

Todo lo anterior se debió a la creación de vínculos de aprendizaje y enseñanza asociados a la formación de valores y escucha. Los estudiantes aún ven a sus educadores como modelos de vida, como aquellas personas que saben orientar sus caminos, como aquellos guías de vida en las pesadas incertidumbres que hoy los circundan para hacer ciudadanos comprometidos y personas útiles a la sociedad. Por estas razones y por mi propio crecimiento intelectual, luego de haberme "enamorado de mi profesión", quise hacerle frente a mi desconocimiento de los modelos pedagógicos y decidí hacer una licenciatura. Y ahí como los estudiantes tuve que decidirme por lo que quería estudiar; entonces recordé que cuando hacía mis estudios secundarios me iba muy bien en las áreas de inglés y español, así que opté por hacer esta licenciatura en la Universidad Pontificia Bolivariana. A medida que avanzaba en la carrera de maestro enlazaba mi aprendizaje con mi práctica. Curiosamente, descubrí que lo que buscaba en los modelos pedagógicos, lo estaba aplicando en mi práctica docente.

Mi objetivo primordial al hacer la licenciatura era vincularme al Estado para laborar en la educación pública, oportunidad que se me presentó en 2004. Encontrándome en el colegio donde trabajaba en Rionegro, recibí una llamada de la rectora del municipio de San Pedro de los Milagros, en la que me informaba que mi hoja de vida la había enviado la Secretaría de Educación de Antioquia y que yo cumplía con el perfil que ella esperaba. Me informó sobre un nombramiento en provisionalidad; yo me animé porque ya había laborado muchos años en este municipio y quería abrirme a otros ámbitos educativos y, más aún, quería conocer la educación pública para engrandecer mi práctica docente y por ahí derecho vincularme a una empresa tan importante como es el Estado.

Me traje de Rionegro el bagaje de todo lo aprendido y enseñado en esa población del oriente antioqueño, y me vine acompañado de los mejores recuerdos de mi práctica docente; además, la satisfacción de haber dejado un legado en muchos profesionales que hoy se desempeñan exitosamente en el mundo laboral y otros que aunque no siguieron

una carrera universitaria, en su gran mayoría son excelentes padres de familia y empleados de fábricas reconocidas, como la Nacional de Chocolates, Postobón, Pintuco, entre otras. A todos he tratado de seguirles las huellas, para mirar el resultado de mi práctica docente.

Llegué a una magnífica institución educativa de carácter oficial denominada Pío XII, en San Pedro de los Milagros, con más de veinticinco años de trayectoria y liderada por el hoy rector de la institución, el señor Luis Enrique Echavarría Jiménez. Allí dicto ahora las áreas de español e inglés.

En esta población del norte antioqueño me encontré con una población de veintidós mil habitantes, una economía basada en la producción de leche y de ganado y una idiosincrasia que acoge al extranjero y da prelación a la educación, el complemento perfecto para continuar con mi práctica docente. Los estudiantes de esta región, jóvenes llenos de ideales, trabajadores por excelencia, en su mayoría viven en fincas de producción. Todos ellos siguen fortaleciendo mi labor, puesto que son inquietos en su aprendizaje, investigadores, con problemas como todos los jóvenes del mundo, muchachos inmersos en el mundo moderno y de la tecnología, personas con grandes ideales y visión futurista que reclaman competitividad de sus docentes para enfrentar este mundo de globalización.

Creo que la Secretaría de Educación de Antioquia, mediante su programación de capacitación de docentes y la reforma educativa, ha propiciado en mí un avance significativo. Me pone a la vanguardia de las exigencias que los mundos social y laboral demandan de cada uno de los estudiantes. De este modo, el currículo y los estándares educativos, integrados mediante unas mallas curriculares e involucrando las competencias laborales y ciudadanas, dan como resultado la formación de sujetos integrales, movidos no sólo por sus fortalezas académicas, sino también por una conciencia social en todos los ámbitos de su vida. Gracias a los estudiantes de esta región del norte antioqueño, ratifico que no estoy en el lugar equivocado, que ellos son la razón de mi labor educativa, que día a día me contagian de su juventud, que debo continuar siendo un modelo de vida para la formación de ellos, que Colombia crece y progresa por nosotros los educadores. También vale la pena seguir soñando que nuestros jóvenes estudiantes, de cualquier rincón de nuestro territorio colombiano, seguirán sembrando semillas de justicia, paz y equidad, mediante la educación que nosotros, en nuestra práctica docente, les dejemos.

Hoy he descubierto que los "dones escondidos" sí existen y que no debemos dejarnos llevar por temores al ingresar en campos desconocidos para nosotros, pues había un profesor escondido detrás de un escritorio, pensando sólo en el estado financiero de una empresa y, gracias a la práctica docente de un rector de Rionegro, les está contando hoy esta historia de vida.

Ahora expondré otro caballito de batalla que me ha tocado sortear en esta revolución educativa y que ha tenido un impacto no muy favorable en mi ego. Se trata de la provisión de cargos de docentes y directivos docentes para el sector educativo, mediante un concurso de pruebas psicotécnicas y de conocimiento para dar cumplimiento al artículo 1278 de la Constitución. Me he presentado las tres veces y no he tenido éxito; las dos

primeras porque no alcancé el puntaje en las pruebas psicotécnicas y la tercera vez, aunque superé el puntaje de las psicotécnicas, me rajé en las aptitudes matemáticas y conocimiento del área; pero continúo metiéndosela toda a mi práctica docente.

Espero algún día poderles contar que ya estoy vinculado en propiedad, ya que continúo muy enamorado de mi labor docente. Agradezco a la Secretaría de Educación de Antioquia por permitirnos contar nuestras historias de vida y mostrárselas a todos los educadores. Aunque sé que ésta es muy sencilla, para mí tiene un valor muy grande. De igual manera, agradezco a mis rectores y a todos mis compañeros de trabajo, porque juntos hemos compartido grandes momentos, a mis estudiantes porque son la razón de mi práctica docente, a los talleristas de la Universidad de Antioquia por habernos dedicado su valioso tiempo y sus grandes testimonios en la ejecución de la historia de vida en mi práctica docente y en especial a Dios, que me ha dado la vida, la salud y la fuente de inspiración, para que conozcan de mi vida a través de esta historia.

Un sueño
hecho realidad

El espíritu del hombre que sueña, se satisface plenamente con lo que le sucede
André Bretón

Ovidio de Jesús Puerta

Profesor Institución Educativa Rural Boyacá, Corregimiento El Brasil, municipio de Ebéjico

En los juegos infantiles con los demás amigos de mi vereda, ya se vislumbraba que sería maestro. Cuando nos preguntábamos qué queríamos ser cuando grandes, una de mis respuestas era "enseñarles a otras personas todo lo que yo sepa". El tiempo transcurrió entre balones, trompos, juegos de policías y ladrones, hasta el día en que terminé mi básica primaria. En ese momento no sabía cómo lograría ser maestro, pero la vida, a través de muchos caminos, me condujo hacia allá.

Un gran dilema se me presentó para iniciar mis estudios secundarios; debía escoger entre la Normal o matricularme en el Liceo. Aunque la Normal era el camino que me conduciría a mi meta, sentía temor de estudiar allí por algunos prejuicios, fruto de comentarios sobre las exigencias de las religiosas y su fama de castigadoras. Entonces, decidí estudiar en el Liceo; allí cursé hasta el séptimo grado.

Un día del mes de septiembre, mi hermana nos visitó con su esposo, y aquél le comentó a mi mamá que deseaban llevarme para Medellín a estudiar, argumentando que en la ciudad había más oportunidades para conseguir empleo. Mamá accedió, aunque no estaba convencida por la fama de violenta que tenía la ciudad; a mí esa idea me alegró. Llegaron las vacaciones de verano de 1982. Viajé a Medellín y mi hermana me matriculó en el colegio San Juan de Luz, institución administrada por los hermanos maristas.

Vivíamos en una casita ubicada en la finca donde funcionaba el colegio; mi hermana y su esposo trabajaban para las monjitas; así que, por la cercanía y con el pasar de los días, establecí una relación estrecha con las religiosas de aquel lugar. Era una ironía de la vida; le huí a las monjas en Ebéjico y gran parte de mi vida la pasé al lado de ellas.

El tiempo pasa y trae consigo todo lo que anhelamos. Llegó el momento en que se dio la oportunidad de ser maestro. Cierto día, unos meses después de pagar mi servicio militar, le comenté a la hermana Sara Seoane que necesitaba un trabajo para continuar con mi proyecto de vida. Ella me dio una carta de recomendación para que se la llevara a la madre Aurora, la directora regional de la institución.

Llevé la carta a la madre Aurora; ella la leía detenidamente, mientras yo, sentado en una silla Luis XV, esperaba pacientemente lo que me iba a responder. Al momento, me miró y una leve sonrisa se dibujó en sus labios; un sí fue su respuesta: "estás muy bien recomendado" agregó. Sentí mucha alegría y le manifesté mi agradecimiento. Por fin llegó el maravilloso y anhelado día de poder cumplir el sueño de enseñarle a alguien lo que yo sabía.

Al lunes siguiente me dirigí al Hogar Infantil de la Hermana Sara. Allí encontré compañeras maestras amables que me dieron la bienvenida. Faltaba muy poco para acabarse el año escolar, por lo que fui encargado de los niños que asistían toda la jornada. Mis funciones eran atender la siesta y la recreación de aquellos estudiantes, hasta la hora en que sus padres los recogían. También hacía reemplazos de las docentes, que por uno u otro motivo no podían dictar sus clases.

Al año siguiente, el reto era otro. Como me asignaron un grupo de transición y yo conocía muy poco de pedagogía, pedí orientación a dos profesoras de preescolar. Ellas diseñaban unas fichas que les servían para realizar ejercicios de preescritura, motricidad fina y matemáticas. Con mis compañeras del hogar infantil me apropié de algunos conocimientos básicos para orientar los procesos de los niños.

Ese primer año desarrollé un proyecto sobre el medio ambiente, el cual consistía en darle vida y verdor al entorno, ya que por allí no existía vegetación alguna. Sembramos

algunos árboles, y los niños aprendieron a cuidarlos. Con el correr de los días, las plantas crecieron y dieron su sombra, embelleciendo el parque y haciéndolo acogedor.

El trabajo con los niños me enamoró; entonces decidí continuar con mis estudios universitarios. La Universidad Cooperativa de Colombia ofrecía programas nocturnos, los cuales me permitían trabajar y estudiar al mismo tiempo. En esta universidad estudié administración educativa hasta 1994, año en el que me gradué.

En ese lapso de tiempo, las actividades deportivas programadas en el hogar infantil y los encuentros con otros hogares se fueron truncando, porque ya no podíamos encontrarnos en el parque: la violencia se había encrudecido por los enfrentamientos entre bandas al margen de la ley. Nos atemorizaba la posibilidad de una bala perdida; todos asustados nos refugiábamos en el salón y, muchas veces, tuvimos que realizar el descanso allí. En las horas de la tarde, se presentaban muchos de estos enfrentamientos, por lo que necesitábamos del apoyo de la fuerza pública para poder salir y llegar sanos a nuestras casas. ¿Podíamos descansar?, era poco probable, pensando qué sucedería mañana y cómo llegaríamos de nuevo al hogar infantil.

Dos años después de haberme graduado, me presenté a un concurso abierto de la Secretaría de Educación; lo pasé y elegí el municipio de Sabanalarga, Antioquia, porque allí vivían unas tías mías. Me ilusionaba el hecho de descansar un poco de la violencia que me rodeaba en Medellín.

Cuando llegué al pueblo me encontré con la sorpresa de iniciar, en compañía de otra profesora, un bachillerato con un grupo de veintidós jóvenes. Aunque nunca pensé que un bachillerato pudiera iniciarse con dos educadores, todo estuvo listo en el momento adecuado.

En la madrugada del lunes, viajamos en un camión tres y medio, hasta un lugar en el que nos esperaban unos señores con mulas. Se me acercó uno y me dijo: "maestro, esta es su mula"; me entregó unas espuelas y emprendimos el viaje, por un camino escarpado, hacia una de las veredas más apartadas del municipio. El paisaje era hermoso; las majestuosas montañas de la Cordillera Central de los Andes, arropadas con espesas nubes, se iban descubriendo con los rayos del sol.

Antes de llegar, tuvimos que soportar una gran tempestad; inmensos truenos se estrellaban contra las montañas. En medio de la lluvia, se me vinieron a la mente las calles de mi ciudad y algunas de las comodidades que allí tenía. Pero el camino seguía. Cercana estaba la noche cuando nos adentramos en un caserío y desmontamos. Inmediatamente, fuimos a la casa cural; allí nos esperaban el señor cura, el inspector de policía y otros líderes de la comunidad. Sus atenciones no se hicieron esperar: me dieron un tinto caliente que el estómago supo agradecer, porque estaba un poco mojado y hacía bastante frío; sentía que mi cuerpo iba recobrando sus fuerzas y su temperatura normal.

A la mañana siguiente, estaba ansioso de conocer el sitio donde había llegado; observé casas en hilera sobre el filo de una montaña, como si estuvieran montadas en zancos, y

uno que otro campesino perdido por carreteritas largas y estrechas. Los veintidós estudiantes fueron citados para iniciar las clases ese día. Me encontré con unos jóvenes de ojos tímidos y brillantes; de manos marcadas por las huellas de la tierra; llenos de ilusiones, deseosos de estudiar y salir adelante.

Durante el tiempo que estuve en este lugar, forjé relaciones de mucho respeto con los estudiantes y con la comunidad. Además de las clases de ética, educación física, matemáticas y sociales, los fines de semana nos reuníamos y salíamos a las veredas vecinas o realizábamos encuentros deportivos con almuerzos comunitarios incluidos. Sin embargo, estas actividades empezaron a interrumpirse por la presencia de los paramilitares. Nos daba miedo trasladarnos a las veredas. No sé porqué continuaba la sombra de la violencia persiguiéndome; volví a recordar los hechos de años atrás, que pensaba que sólo se vivían en Medellín. Allí fue igual: ya no eran los *combos*, sino los paramilitares quienes sembraron el terror y asesinaron a muchos inocentes.

Mi estadía en esta vereda fue de un año y medio. Me trasladaron a un lugar más cerca del pueblo. Me siento orgulloso de los estudiantes que dejé allí, porque continuaron sus estudios, y ahora algunos son educadores y le sirven a su comunidad.

Llegué a un colegio en el que me asignaron el área de matemáticas; era un nuevo reto que se me presentaba como docente, pues yo no soy licenciado en esta área. Decidí capacitarme y aproveché un diplomado que la Universidad de Antioquia ofrecía a los maestros del Estado. Haciéndolo, me enteré de un proyecto de matemáticas, adelantado desde los años noventa por Miguel Monsalve y Carlos Julio, profesores de la Universidad Nacional de Colombia, sede de Medellín. Cuando en 2000 fui trasladado al municipio de Ebéjico, comencé a asistir a dichos talleres y lo sigo haciendo. La participación en ellos cambió mi concepción sobre las matemáticas, y de igual forma he podido transformar la visión que mis estudiantes tienen de éstas. En los talleres he podido conocer la historia de las matemáticas; realizamos translaciones utilizando un geoplano, construido por cada uno; trabajamos con el *tangram* del Baúl del Jaibaná; construimos algunos cuerpos geométricos...

En el municipio de Ebéjico, participé con los estudiantes en varios encuentros intercolegiados. Así, tuve la oportunidad de conocer otros municipios del departamento como Santa Fe de Antioquia, Frontino, Cañasgordas y San Jerónimo; esto constituyó una oportunidad para hacer algo más por los jóvenes, con el ánimo de crear un ambiente de paz y convivencia en cada una de estas comunidades.

En todos estos años de docencia, no he tenido que construir escuelas ni tampoco placas polideportivas; pero sí les he brindado, a cada uno los jóvenes que me han acompañado, la oportunidad de recibir conocimientos y retroalimentar sus valores. De esta forma, considero que he puesto mi granito de arena por el desarrollo de las comunidades.

El camino

de la vida de un maestro

Rafael Alberto Chaverra Franco

Profesor Institución Educativa Manuel José Caicedo, municipio de Barbosa

Amaneció. El sol comenzó a calentar como si fuera una estufa que se enciende para cocer los alimentos. Él se levantó, se duchó, tomó su desayuno, pidió la bendición a su mamá y feliz se dirigió a su colegio. Llegó a su viejo y feo salón de cuarto de bachillerato, con paredes de bahareque ajadas por el paso de los años. Primera hora: clase de matemáticas; sin novedad alguna. Aprendió un tema nuevo, como de costumbre, pero quedó contento por saber algo más, gracias a que esta clase siempre fue dinámica, agradable e interesante.

Segunda hora: entró al salón la profesora Stella Tamayo a dictar su acostumbrada clase de historia. Saludó con su voz imponente: "¡Buenos días!", a lo que todos respondieron repitiendo: "Buenos días". "¡Saquen el cuaderno de historia!". En ese momento le empezó a temblar todo el cuerpo, pues había una evaluación anunciada desde la clase anterior; había estudiado mucho, pero le tenía pavor a la profesora, de modo que a la hora del examen todo se le olvidaba. "¡Saquen una hoja y la marcan!", dijo la profesora. Y comenzó a dictar preguntas sobre la Primera Guerra Mundial. Al terminar de dictarlas, anunció: "Tienen diez minutos para entregarla". Pasados seis minutos, la llamó y le preguntó si era necesario poner en la pregunta la fecha en la que habían ocurrido los hechos. Ella respondió: "Las preguntas son claras, responda como le pro-

voque". Esa respuesta lo puso aún más nervioso, ya que desde meses atrás notaba la indiferencia con que la profesora siempre lo atendía en clase.

El temor se fue convirtiendo en resentimiento hacia la profesora, y ese rencor siguió por todos los días, meses y años, hasta terminar el bachillerato, con una idea fija: "tengo que ser profesor para buscar la manera de enseñarle a los hijos de esa profesora y vengarme del trato que ella me dio durante los años en que me dictó clases".

Cuando apenas estaba en el grado undécimo, y sin recordar la venganza alimentada durante algún tiempo, sintió deseos de ser verdaderamente un docente comprometido; había descubierto su vocación. Alguna vez había tenido la oportunidad de dictar clases de alfabetización en la escuela nocturna y de educación campesina en el centro parroquial de San Antonio de Padua del municipio de Barbosa. La satisfacción de esas experiencias sembró, en él, el sueño de convertirse en un docente de calidad, vinculado al servicio educativo oficial.

Al terminar la secundaria, se matriculó en la Universidad Pontificia Bolivariana para estudiar teología, y a la vez se vinculó como seminarista del seminario mayor de Medellín, donde estuvo interno. Así, combinaba los estudios en la universidad con la teología del seminario.

Siempre escribía su diario. Allí dejaba constancia de todos los quehaceres de la universidad, del seminario, de sus ratos libres y de sus pensamientos; no pasaba un solo día sin reseñar su vida, que, como la de muchos, guardaba secretos frente a lo que pensaba, deseaba y vivía. Dedicaba tiempo a pensar en la mujer por la que le latía el corazón, contraponiéndose a su vocación sacerdotal. También se dedicaba a la reflexión, a la soledad y el silencio; se dejaba extasiar por el entorno de una finca campestre, en donde se mezclaban armoniosamente el sonido de la naturaleza, el canto melódico de los animales del campo y las panorámicas de la ciudad de Medellín, desde lo alto en la vía hacia Las Palmas.

Cada ocho días, los alumnos de las regiones más cercanas podían visitar a sus familias y a sus novias, quienes las tenían. Cierto día tuvo un largo sueño poblado de montañas, niños, jóvenes, pájaros y nubes. De repente, una voz irrumpió diciéndole "Te bendigo y te doy el don de enseñar al que no sabe". Se despertó exaltado, sin recordar mucho de lo soñado. Los días que le siguieron al sueño, se sentía extraño; no encontraba qué hacer, iba y venía, se sentaba y se paraba, se asomaba al mirador de la casa, prendía el televisor, abría un libro; era un estado de eterna zozobra. Hasta que decidió ingresar al magisterio.

El 24 de abril de 1980 se dirigió a la ciudad en busca de la Secretaría de Educación Departamental, pues no tenía ni la menor idea de dónde quedaba. Preguntando y preguntando, perdido en las calles de Medellín, encontró el edificio ubicado en la avenida San Juan con los Huesos. Al llegar a la oficina de recursos humanos preguntó: "¿Es aquí donde dan trabajo para los docentes?". El señor que lo atendió le solicitó los documentos que demostraban que estaba en condiciones de trabajar como maestro. Él le mostró el diploma de bachiller y la constancia de que era estudiante de teología y filosofía de la

Universidad Pontificia Bolivariana. El hombre revisó los papeles uno por uno y le dijo: "Hay una plaza en Urrao y otra en San Rafael, ¿cuál prefiere?". Desconocía ambos lugares, pero, si quería trabajar, debía decidirse por uno de los dos. "Me voy para San Rafael"; entonces, tuvo sólo tres días para hacer las vueltas y exámenes respectivos requeridos para emprender su viaje.

Al llegar al municipio, buscó al rector del colegio Jaime Salazar. Éste le dio la bienvenida y lo hospedó en su casa mientras conseguía un lugar para vivir.

Pasaron días, semanas y meses, y el trabajo era cada vez más gratificante; aun así, extrañaba a su novia y a su familia, pues escasamente podía visitarlos los fines de semana. Al cabo de un año fue trasladado al Liceo Pedro Pablo Castrillón, del corregimiento de Santiago, Municipio de Santo Domingo. Allí laboró durante seis años, enriquecidos por diversas experiencias. Fundó el grupo de bastoneras y el grupo de guías cívicas; organizó una estudiantina con instrumentos adquiridos por el colegio; además, formó un grupo de flautistas, el cual amenizaba los diferentes eventos cívicos y culturales de la institución.

En los espacios libres fortalecía sus relaciones con la comunidad. Un día cualquiera empezó a acabarse la tranquilidad del pueblo; todos los días se veían personas raras, desconocidas y sospechosas. Cuando la comunidad le comentaba al inspector de policía sus inquietudes, éste respondía: "Lo que pasa es que ustedes no están enseñados a ver turistas". Días después, comenzó la matanza de personas del pueblo y por muchos años se dio un proceso de exterminio indiscriminado de jóvenes, adultos, hombre y mujeres, situación que llevó a muchas personas a abandonar sus hogares, en busca de refugio y con el ánimo de salvar sus vidas. Nadie se atrevía a decir quienes eran los causantes de estas masacres. El miedo era mayor cada día.

Al fin decidió pedir traslado. Días después, se lo concedieron para un colegio privado del municipio de Barbosa llamado Colegio Cooperativo Simón Bolívar. En esta institución fue docente durante cinco años, luego coordinador y, posteriormente, rector, cargo que ejerció por tres años. En este tiempo tuvo la oportunidad de fundar la educación primaria, por lo que el colegio se convirtió en institución educativa, según las nuevas leyes y normas.

También terminó con la tradición de impedir que las mujeres embarazadas estudiaran en el colegio. Esto propició la aparición de proyectos de orientación sexual, para que en vez de esconder o marginar a las gestantes, orientaran a la población adolescente sobre el uso responsable de su sexualidad. Este cambio fue históricamente de los más traumáticos para institución, porque generó muchos conflictos entre personas que apoyaban la iniciativa y quienes se oponían a ella. Así mismo, amplió la cobertura educativa, permitiendo que ochenta estudiantes de escasos recursos económicos comenzaran estudios en un colegio privado.

Pasados tres años, regresó a las aulas. Desde allí, orientó un curso de capacitación sobre cooperativismo y fundación de cooperativas de trabajo asociado; creó la escuela de padres, que aprovechaba para ofrecer a los acudientes talleres sobre mejoramiento del hogar, puericultura, arte francés, diseño del hogar, manicura y pedicura, instrumentos

musicales, culinaria, peluquería, modistería, entre otros. Para esa época, se entendía la escuela de padres como un espacio para que los padres exploraran diversas artes y oficios, cuyo conocimiento mejorara las condiciones de vida de la familia. Los cursos motivaban a los padres a ser autores, gestores, diseñadores y creadores de su propia empresa, o por lo menos, capaces de administrar su hogar con conocimiento de causa, evitando gastos innecesarios.

La experiencia en este colegio duró dieciséis años, tiempo en el cual creció como persona, profesional, docente, esposo e hijo; y, en especial, pudo descubrir diferentes facetas de la vida educativa y pedagógica. Posteriormente, laboró en la institución Manuel José Caicedo, en donde continuó su labor al servicio de sus compañeros docentes, sus estudiantes y las familias de aquéllos.

Según la apreciación de alumnos, exalumnos, compañeros, amigos y su familia, es necesario reconocer que la sonrisa y alegría hacen su aparición en un rostro con cara de hombre, donde brillan las ideas, resplandecen la inteligencia y los conocimientos

Se realizó
mi sueño

Rosa Emma Ramírez Montes

Profesora Centro Educativo Rural Horizontes, municipio de El Peñol

Desde niña sentí motivación por ser maestra; todas mis actividades estaban inclinadas a esta vocación, que se fue acrecentando cuando jugaba a la escuelita con todos los niños y las niñas vecinas a mi hogar.

Mi madre, con su sapiencia y sencillez, preocupada por el futuro de su hija, reafirmó en mí la vocación docente. Para ayudarme a realizar mi sueño, me llevó a estudiar a un colegio dirigido por las hermanas franciscanas en Grana, que ofrecía la modalidad pedagógica. Allí obtuve, en 1986, el título de maestra.

Mi padre siempre fue remiso y de un parecer contrario al de mi madre. Decía: "la mujer no necesita estudio, eso es tiempo perdido… para irse a mantequiar… o detrás de un hombre, tiempo sobra". A pesar de ello soy maestra.

Retomo las palabras de El Quijote: "La ingratitud es el pecado más grande para Dios". No puedo ser ingrata con mi familia; ella es mi prójimo más cercano; le puedo ayudar y por eso acepté un empleo que me llevaba lejos de mi hogar.

Fui nombrada para la escuela rural San Antonio Arriba, del municipio de Alejandría, a cuatro horas de la cabecera municipal. Entraba en ocasiones en carro, otras a caballo, y no faltaba el carro de "nando"… a pie. Estaba firme en mí la docencia, como mi fe en Dios y en la santísima Virgen.

De este establecimiento tengo recuerdos agridulces, como la incomprensión de mi compañera de trabajo y el agradecimiento a toda la comunidad educativa que llevo y llevaré por siempre en mi memoria.

Llegó el 20 de enero…pero no la fiesta en corraleja ni la gente disfrazada con maicena ni la gente en Sincelejo; en cambio, sí llegué a una comunidad donde se revivió en mí la vocación de maestra, mi proyección y mi tesón se irradiaron en esa sociedad campesina, llena de ilusiones en un nuevo porvenir.

La escuela funcionaba en una casa donde todo era reminiscencia, otrora alegre, con habitantes que reían, gritaban y corrían por sus amplios corredores —esa casa también tuvo veinte años—. Ahora se llamaba Escuela Rural María Concepción Posada. En sus inicios, la escuela albergaba la tristeza, la pesadumbre de las casas que adolecen de la alegría infantil, porque los primeros niños que allí estudiaron encontraron sólo ruinas y muy pocos materiales para todas las inquietudes y ansias de saber que llevaban sus mentes infantiles, que sólo esperaban que hubiera algo mejor.

Al inicio de año 2000, la administración municipal, por medio del proyecto de mejoramiento de la educación, emprendió un proceso de formación y sensibilización a la comunidad para que tomara conciencia sobre la necesidad de responsabilizarse y luchar por su propio bienestar, con la mente y los sueños puestos en las futuras generaciones. Fue así como, en ese año, esta comunidad se preparó con disciplina y ahínco para participar en la planeación y construcción de un comedor para la escuela. Ya se veían los visos de mejora de la calidad de la educación y podíamos respirar con una sensación de tranquilidad y armonía.

Pero sólo cuando se le dio la importancia suficiente al juego y al buen uso del tiempo libre, se mejoraron los procesos formativos y académicos de nuestra institución. Los rostros de los niños y las niñas celebraban con sus risas el advenimiento de una nueva estrategia metodológica: concursos de matemáticas, lengua castellana, ciencias naturales y sociales, eran parte de un sinnúmero de actividades que llenaron las clases de alegría y las horas de placer inagotable. Los niños no querían abandonar este lugar.

Pasaron tres años y la escuela seguía mejorando: todo parecía perfecto, parecía no faltar nada. Luego llegó el Fondo de las Naciones Unidas para la Infancia (UNICEF), con su

proyecto "Escuela amiga de los niños y las niñas", y nos hizo soñar con ver nuestra escuela luciendo los colores del arco iris, con muchos más niños sonriendo, jugando y correteando por sus corredores y jardines, poniendo su magia infantil en el encanto del conocimiento, creciendo felices en un ambiente de juego, arte y saber; de la mano de maestros alegres y lúdicos, capaces de aventurarse en su mundo fantástico y de untarse de su curiosidad como del pegote de sus dulces, y crecer con ellos construyendo el saber necesario para llevarlos a ser unos excelentes ciudadanos que, sin dejar de sonreír, cumplan sus deberes y promuevan el respeto por los derechos.

Cogidos de la mano y armados de nuevas herramientas pedagógicas, nos conjugamos para darle vida al manual de convivencia concertado, que se convirtió en la piedra angular, sostén de aquella escuela de la felicidad, llena de juego, arte, recreación e imaginación.

Hoy en día, nuestra escuela no se parece en nada a la antigua casa donde inició sus labores. Aunque la recordamos con amor y con nostalgia, ha cambiado de rostro; ahora su entrada es en forma de arco, siempre vigilado por un ave fénix construida con trozos de baldosa, como representación del renacer constante. Baños nuevos separados para niños y niñas, paredes vestidas de colores que representan la alegría de sus moradores, techos nuevos sin nidos de aves y ratones, salones amplios, con grandes ventanales que dan sensación de libertad y permiten mirar los hermosos jardines colgantes. Una sala especial para conectar corazones y mentes con las nuevas tecnologías… y un premio: "Sueños de aula", que llegó para ampliar aún más el horizonte de nuestros sueños.

El compromiso de la comunidad, especialmente de las madres y padres de nuestros niños, se refleja en cada rincón del centro educativo. Continuamente se hacen reuniones en las que se tratan temas cruciales para el futuro del centro, convites para realizar obras en pro del mejoramiento de la escuela, diálogos permanentes, carteleras alusivas a los derechos y a los deberes. La comunicación es total: todos parecemos estar conectados, somos como peldaños de una misma escalera que lleva al firmamento de la construcción personal y social.

Hoy, para nosotros, la lúdica es el aliciente, es la fuerza que alienta nuestro proceso educativo. En el día, en las noches, estando despiertos o dormidos, no tenemos sosiego, siempre estamos pensando en hacer algo diferente que no nos deje caer en la rutina; que no nos deje perder el sentido y que marque huellas positivas e imborrables en nuestros estudiantes.

Siento inmensa satisfacción y estoy segura de la grandeza de mi experiencia, de todos los valores que se infunden y de lo fácil que se aprende cuando el ambiente es agradable, cuando la alegría es la que manda, cuando se nos deja explorar nuestras aptitudes artísticas y expresivas; estoy segura de que con la lúdica no sólo se aprende mejor, sino que, además, podemos formarnos en el respeto por el otro, en la convivencia, en el amor, en el cumplimiento de nuestros deberes y en la exigencia de nuestros derechos

Veintisiete años

realizando mi más bello sueño

Rubiela de Jesús Díaz Jaramillo

Profesora Institución Educativa Miguel Valencia, municipio de Jardín

Comenzaré por decir que sí fue mi sueño *ser maestra*, no como hechizo o algo fantasmagórico, sino como un llamado que fue despertando en mí desde la infancia. Con gran frecuencia, mi juego era "la escuelita": le enseñaba a mis hermanos, primos y vecinos lo poco o mucho que se sabe cuando se tiene seis, siete, ocho u once años… lo ejercía con todos los ritos de la escolaridad y adecuaba el trapiche de panela de mi abuelo como escuela.

Aquel sueño siguió latiendo en mí durante el bachillerato, hasta que me gradué como una de las mejores bachilleres académicas, en 1977. Pero de allí a desplegar las alas de mi *ser maestra* había un inmenso abismo: mi preparación pedagógica y el título que me acreditara como tal. Valga aclarar que por aquella época, la orientación profesional en los colegios de pueblo era incipiente, por no decir nula. Entre la angustia y la incertidumbre me debatí durante tres años, hasta que una maestra amiga me comentó que en Andes había profesores bachilleres académicos ejerciendo la docencia. Así, con todas las implicaciones politiqueras, logré iniciar mi bello sueño: me nombraron maestra municipal para el corregimiento Santa Inés, en 1981 y 1982, para laborar con los grados sexto y séptimo en las áreas de estética, vocacionales y técnicas, religión y español.

Allí nací como maestra, desplegué mi horizonte y, sin pecar de vanidosa, diré que me fue muy bien. Tengo en

mi alma nobles recuerdos de esa cuna profesional: el apoyo de la comunidad, especialmente de mis estudiantes y padres de familia, hicieron ver en mí que estaba bien ubicada laboralmente. Al entrevistar a doña Bernarda, una de las madres de familia y líder más significativa, expresó lo siguiente: "Parece que fuera maestra vieja de enseñar, porque todo lo hace con una facilidad y maestría increíbles".

En ese período me fue posible empezar a estudiar en la Normal Nacional de Varones de Medellín para adquirir mi título de "maestra por profesionalización", el cual recibí en diciembre de 1983.

El Montini: educación o barbarie

Por políticas del nuevo alcalde, desistieron de emplear profesores municipales. Así, en 1984 pude vincularme al Liceo Montini de Medellín, como docente de vocacionales, con énfasis en comercio, en los grados sexto a undécimo. De este año me queda un recuerdo de rabia e impotencia al presenciar los atropellos que cometía el director y dueño del colegio con las estudiantes. Era un bárbaro... Con una anécdota entre muchas puedo confirmar lo dicho. Un día en que una niña se cortó con un envase quebrado, este señor, en vez de acudir con ella a un hospital, reunió todo el personal y sacudiendo la mano herida de la niña, que se desangraba, nos dijo: "esto es lo que queda de la indisciplina". Se demoró buen rato "alegándonos". Yo, de manera espontánea y decidida, le quité la niña y me fui con ella para urgencias; cuando regresé al colegio, me llamó a rectoría y me dijo: "Usted es muy impertinente, pero quédese, que a estas alturas del año no es posible nombrar reemplazo". Una frase resume mi experiencia allí: "un choque entre la ética y la necesidad", un desgarrarse de dolor frente a las muchas injusticias de este señor.

Pese a lo dolorosa de esta experiencia y de los momentos felices en la escuela rural La Libertadora, en Santa Rita, corregimiento de Andes, mi memoria vuelve sobre el momento más crucial de mi peregrinar como maestra: Buenos Aires, Andes, 8 de junio de 1994; hora: 4.30 p. m.

¿Buenos Aires?: muerte, dolor, incertidumbre, miedo

Allí, ¿qué?... dolor, lágrimas, tristezas y las más grandes lecciones (para una vida con sentido) en tres momentos:

8 de junio de 1994 a las 4.30 p. m.: un padre de familia, bajo los efectos de la droga y el alcohol, asesinó a la rectora y a la profesora de inglés, al lado mío, en el parque; ¿cómo enseñar y aprender de esto? Aprendimos perdón, ya que siempre oramos por el asesino y su familia; coraje, pues no abandoné la institución por ese fatídico hecho; la discreción se puso a prueba, en vista de que en todo Buenos Aires había familiares del asesino; la piedad se incrementó; se dirigían sesiones de oración diarias en la mañana y noche, y eucaristías por las fallecidas, y la solidaridad como prueba mayor de nuestra unión como maestros y amigos. Estas lecciones las leyeron e introyectaron nuestros estudiantes, por

la vivencia y cercanía entre ellos y nosotros en un área tan pequeña, como la de un corregimiento.

El segundo momento ocurrió en septiembre de aquel mismo año. Una tarde encontré, bajo la puerta, una boleta con un mensaje: "Se va de Buenos Aires o la sacamos a bala. Atte. Yo". ¿Qué se puede sentir y esperar si sólo habían pasado tres meses del horroroso crimen de las dos profesoras? Pues bien, me puse en la tarea de investigar al respecto y fue así como pasados doce días de vivir una muerte anunciada, de indagar con los alumnos, padres de familia, de orar incesantemente para que Dios me acompañara y fortaleciera para realizar la acción más justa y conveniente, reuní todo el alumnado y le planteé lo siguiente:

— Si el lunes tengo claro quién me "boletió" y no es trascendental, no pasará nada más que perdonarle, hablar con él y orientarlo y quedarme. Pero si no lo sé, me voy, no por gusto, sino porque es mi vida la que está en juego. En estas circunstancias debo denunciar el caso ante las autoridades y montar con ellos la investigación y el alumno será muy probablemente asesinado, a raíz de la sentencia que pronunció la ley cuando entregaron al asesino de las profes: "Ahí les queda; y así terminará todo el que se meta con un profe o cualquier otro civil".

Al llegar el lunes, encontré una boleta debajo de la puerta que decía, escrito dentro de un corazoncito: "La gratitud es la primera virtud del corazón. Profe, no se vaya, a usted no le va a pasar nada, quédese tranquila. Atte, yo."

Al salir al parque unos amigos me preguntaron si ya sabía de mi boleta y les respondí que había una boleta pero no era clara, que igual me iba. Uno de los presentes que oyó (era un alumno), al regresar a casa, me abordó y me dijo:

— Profe, vengo a hablar con usted.

— ¿Conmigo?, ¿de qué?

— De lo suyo, la boleta...

— ¡Ah!, usted no pudo haber sido... pero, ¿sabe quién fue?

— Sí, profe, pero esa boleta es verdad, el pela'o que le escribió eso me pidió el favor de que hablara con usted porque él no era capaz.

— Espera, Víctor Elías, me preparo para recibir la noticia. Es un alumno, ¿cierto?

— Profe, es John Fredy Giraldo el de sexto, su monitor de clase.

— ¡Cómo! ¿Él? y que... ¿por qué?

— No sé bien, profe, que dizque porque usted un día le pidió que se pusiera el uniforme.

— ¡Ah!, bueno, dile que se me presente, que no le voy a hacer interrogatorios largos, sólo una simple conversación que para mí contiene las lecciones más grandes que habré dado como maestra, porque esas cosas laceran mi mayor derecho: "la vida".

He aquí el diálogo al llegar el alumno que me boletió:

— Hola... profe...

— Hola, Fredy. Sigue. ¿Cómo estás?

— Bien (con la cabeza gacha).

— Cuéntame, ¿por qué lo hiciste?

— Profe, por rabia. Ese día que usted me dijo que me pusiera el uniforme, me fui y le escribí eso... claro que después me arrepentí, pero no fui capaz de retirar el papel de debajo de la puerta porque me pillaban... Pero estoy arrepentido desde ahí...

— Bueno, Fredy. Te perdono porque soy católica y ese acto necesita ser perdonado, porque hace doce días estoy muriendo a cada segundo. Te imaginas qué se puede sentir y pensar con esa boleta a tres meses de haber sido asesinadas dos maestras en el mismo corregimiento. ¡Eso es muerte! Te oriento y te corrijo porque soy maestra y sé que ninguna acción mía ameritaba esa amenaza, que fuera de causarme miedo, se convertiría en un peligro para ti, pues la amenaza da sanción penal, aun siendo menor de edad. Vete en paz. Hoy aprendiste grandes lecciones: "La vida es de Dios", "errar es humano, perdonar es divino", "la amenaza es muerte y da cárcel", y finalmente guarda silencio, que tu confidente Víctor Elías y yo igual lo haremos; nadie sabrá de tu insensatez. Sigues siendo mi alumno, mi monitor de clase. Dios te pague por acudir a mi llamado, por ser mi alumno y por recibir generosamente estas enseñanzas. Siémbralas en tu corazón, donde puedas. ¡Hasta luego! ¡Dame un abrazo!

Por último, el 20 de noviembre de ese mismo año, el alumno líder, responsable, amigo de confianza, generoso, estudioso, íntegro, aquel a quien Fredy le confiara el lío de la "boleta"; ese muchacho bueno, fue vilmente asesinado a las 8 p. m., al parecer por un amigo, compañero de clase, a quien éste le daba posada en su casa, ya que era de Andes y le quedaba muy dispendioso y costoso viajar todos los días. Le cegó su vida a los dieciséis años; así le pagó la hospitalidad.

Corre abril de 1995 y retorno a mi pueblo Jardín a laborar en la institución educativa Miguel Valencia, de donde soy egresada, pero ya como profesora de lengua castellana y, aunque "nadie es profeta en su pueblo", tengo algunos referentes positivos de esta práctica pedagógica que aún vivo. Allí lidero el "Nodo de la Red de la No Violencia Guillermo Gaviria Correa" de la Gobernación de Antioquia, desde 2006, con estudiantes que han participado a nivel local y regional y se preparan para la etapa departamental en Necoclí.

En suma, éstos son fragmentos, jirones de mi gran sueño; el que he vivido entre pesadillas, insomnios, emociones, venturas… esperanzas en las que he puesto todo mi ser al servicio de la noble causa de la educación, en la búsqueda de la felicidad compartida en esta vida que cobra sentido

Maestros
contadores de historias

Palabras de vida

I

Alguien dijo: "Sandra Patricia", pero mi madre dijo: "no, es mejor que lleve el nombre de una virgen: Sandra María"; de apellidos fuertes y sabios: Correa Martínez. De la década del sesenta y, felizmente, dotada de palabras que significan vida y dones: maestra, fortaleza, entusiasmo, paz, sabiduría, respeto, amor, madre, hija, hermana, amiga, compañera, defectos, tropiezos, oportunidades.

II

Bastaría con decir "época de la violencia", pero no; antes de ayer, ayer y hoy es lo mismo. Pasé por múltiples dificultades y situaciones horribles, que también tuvieron su lado gratificante, porque me quedó "mi luz al final del túnel", Marcela, mi hija. Mientras vivía mi primera experiencia docente, me enamoré, me uní a un hombre y tuve una familia maravillosa; sin embargo, por la intolerancia y el flagelo social existentes en esta sociedad caótica, me arrebataron a mi compañero y se fue con él la mitad de nuestras vidas. Lo más absurdo, lo que me generaba más impotencia, era presenciar que se seguían repitiendo los cuadros de injusticia en mi comunidad, y ni yo ni nadie podía hacer nada.

Sandra María Correa Martínez

Profesora Institución Educativa Pueblo Nuevo, municipio de Amalfi

Esta situación se repitió en mi vida diez años después. Me uní a un ser espiritual, sincero, amoroso, comprensivo y fuerte, el cual, con honores y amor patriótico, se internó en las selvas de Colombia a tratar de cambiar la situación de hoy, ayer y antier; el mismo flagelo social lo dejó sin su pie derecho. Afortunadamente, él lleva su pierna en el corazón; es un ser que irradia a todos los que lo rodeamos con mucho amor a Dios, y el que ama a Dios, perdona.

III

Todos buscan un maestro perfecto, y esto es muy difícil, pues todos somos humanos, aunque las enseñanzas sean divinas, y esa es una verdad que a la gente le cuesta aceptar. No podemos confundir el profesor con la clase, el ritual con el éxtasis, el transmisor del símbolo con el símbolo mismo.

IV

"Vocación". Esa es la palabra sagrada que me ha llevado por los senderos de la enseñanza. Desde niña jugaba a ser profe; con el ejemplo vivo de mi madre y de mis profesores de escuela, reflejaba en mis travesuras, juegos, sueños y cuadernos, el don que llevo adentro, como una marca benigna, obligada por una tradición mágica a quedarse, e irradiar por donde trascurra mi vida de maestra.

Superé muchas dificultades para demostrarle a mi madre que quería ser educadora. Día tras día, eran más los obstáculos debido a la carencia de recursos económicos y a la descomposición del núcleo familiar. Cuando por fin me gradué como bachiller pedagógico, hace dieciocho años, sentía que era una persona muy importante. En enero de 1991, el sentimiento aumentó cuando viajé a mi primera escuela: El Tigrillo. Ésta fue una experiencia maravillosa. El primer día llegué con el director de núcleo, el alcalde y otras personas de la administración municipal; la entrada a la escuela era una nube blanca de pañuelos y banderas como signo de alegría por la nueva profesora. Recuerdo que hubo fiesta hasta el otro día. En el momento en que se marcharon mis compañeros, no me asusté, pues quedaba en las manos de una gran comunidad; sólo sentí un poco de vacío por mi madre, quien antes de partir me dijo mágicas palabras: "Si quiere ser alguien, trabaje para que siga estudiando y se defienda en la vida".

Dieciocho años "maestriando", y parece que fue ayer. Seis años en una vereda, los mejores de mi vida. En el día trabajaba con los niños, y en las tardes y noches con los adultos. Hoy creo darme cuenta de que aprendí yo más de ellos, que ellos de mí. Es admirable la capacidad que poseen los campesinos para tolerar, organizar, crear, gestionar, ayudar, compartir y trabajar en equipo. Su sentido de pertenencia, su derroche de valores, su imparcialidad, su manera de emprender y de apersonarse de las cosas sin egoísmos no tiene comparación.

Por lo joven e inexperta, en mis enseñanzas no había nada excepcional, pero percibía que les inspiraba amor, respeto y cariño. Y lo sigo haciendo, cuando acuden a mí para ser

madrina de sus hijos, nietos o sobrinos. Lo siento los sábados cuando me llega a la puerta de la casa "el cayetano" (yucas, plátanos, frutas, leche…).

La educación es un arte que le permite al ser humano compartir el don más maravilloso: el amor. Sin él, estamos sujetos a las inconveniencias de una profesión y dejamos de ser los artesanos que moldeamos personalidades y pintamos sueños, oportunidades y proyectos de vida.

El arte de la educación también debe reconocer el error, ese tropiezo que te permite aprender. Como educadora y humana que soy, he cometido errores, pero también los he superado convirtiéndolos en valores; eso es a lo que llamamos "la experiencia", la cual nos posibilita cambiar y comparar; nos permite mirar hacia atrás, pincel en mano, para corregir los rayones y tachones en los muros de la vida.

Hace once años soy docente de las áreas de español y filosofía en la institución educativa Pueblo Nuevo. Aunque soy licenciada en educación física, el español me parece la lengua más juguetona y fértil del mundo, porque ella me permite crear, jugar, apropiarme de multitud de conocimientos, traducir estados propios y de mis alumnos. Por otro lado, considero la filosofía como la ciencia de la curiosidad, la cual enseño a mis estudiantes para inquietarlos y despertarlos a distintas búsquedas. Insisto en reconocer el papel fundamental que cumplen el compromiso y la experiencia de los docentes de las distintas áreas para orientar a sus estudiantes, por encima de los diplomas y los cartones.

He laborado todo este tiempo con jóvenes, aprovechando siempre sus potenciales; más que enseñanzas e instrucciones, les ofrezco amistad, confianza y valores, aspectos que ellos saben agradecer en todo momento y los hace pronunciar un "gracias, profe, por ayudarme", cuando tienen sus malos trances, desamores, problemas con la *cucha*, con el *parce* o, lo más triste, cuando se sienten flagelados por la pobreza y la injusticia social. Claro está, también gozamos a diario con sus comentarios, charlas, triunfos de pasteles y gazaperas propias de la edad.

En el aula, soy promotora de la lectura y el buen trato. Esto me ha llevado a desarrollar proyectos pedagógicos, mostrando siempre la lectura como alimento espiritual del alma. He comprobado que si educamos con el ejemplo, arrastramos hacia la cumbre; puede que sean pocos los que nos sigan, pero con capacidad para llevar a otros hacia la libertad y el conocimiento.

Entre 1991 y 1993 trabajé en la escuela El Tigrillo, a cuatro horas del pueblo en bus escalera y cinco horas caminando; nunca me cansé, porque vivía como en un éxtasis, no sentía las contrariedades de las situaciones. En 1993 también trabajé en la escuela El Dorado; aunque era de cancel, con la ayuda de la gente del campo, poco a poco, la adapté. Después me trasladaron para la escuela El Crucero, a orillas del encuentro de los ríos Mata, Monos y el Nus. Recuerdo con mucho cariño la comunidad de ese valle que limita con Santa Isabel; en especial, a la familia del *Negro* Cárdenas, porque su casa siempre ha sido un asilo para toda clase de desprotegidos. Añoro volver a las orillas de los ríos a pescar y a disfrutar de todo aquello que me da nostalgia.

En 1994 me retiré temporalmente de la docencia, por las circunstancias que ya mencioné; pero en 1995 volví a trabajar en la vereda Los Mangos Calenturas, por contrato con el Programa Nacional de Rehabilitación, y en ese mismo año me enviaron para el corregimiento de Portachuelo, donde laboré hasta noviembre. El 6 de diciembre me llamó don Evelio León, en ese entonces director de núcleo, y me invitó a viajar a Medellín para firmar el decreto de nombramiento.

Hacia 1996, mi estabilidad laboral me llenó de fuerzas para seguir adelante con mi labor de docente, y más considerando que dicha labor la realizaba en mi colegio Pueblo Nuevo, al que considero ejemplo de pujanza y desarrollo para el sector y el municipio de Amalfi.

Hace algunos años lidero el área de literatura en el Concejo Municipal de Cultura, fortaleciendo en mi comunidad el ámbito de las expresiones literarias, a través de la palabra hablada y escrita, tratando de convertirme en gestora de la lengua y sus modalidades, incluyendo el fomento cultural y la participación en la Cátedra Municipal.

El hombre del siglo XXI se encuentra inmerso en una sociedad de oportunidades laborales y educativas; por eso no me he conformado con la licenciatura y aprovecho toda formación que contribuya al crecimiento de mi profesionalización docente y de mi experiencia pedagógica.

Con el acompañamiento de las docentes de las áreas de español y artística de la institución, fortalecemos el proyecto de vida de los miembros de la comunidad y sembramos semillitas de valores, para formar mejores seres humanos, a través del desarrollo de proyectos como: Promoción cultural, Mil maneras de leer, Enseñar a leer para formar lectores, Semilleros culturales, Mis antologías literarias, y la Ciudadela educativa y cultural (CEC).

¡Lo increíble de ser maestra!

Ser todera: orientadora, pitonisa, psicóloga, recreacionista, cronista, consejera, médica, enfermera, tendera, mensajera, razonera, mamá y papá, hermana y amiga, aseadora, artista, maga, guardiana y artífice de personas.

Con la enseñanza del español me he convertido en una amante de la lectura, jugetona con las palabras, descubridora de los mundos maravillosos de los libros, poeta, escritora, estereotipo de mis alumnos, pedagoga por vocación. Mi escuela es sinónimo de tranquilidad, acoplamiento y proyecto de vida. En mis aulas moldeo, pinto amaneceres de ilustres personajes y mejores seres humanos.

Pienso que si un día dejo de orientar el área en la que actualmente me desempeño, dejo de ser maestra, para pasar a ser instructora de educación física, que es el área del decreto de nombramiento; por eso mi próximo reto es licenciarme en Lengua Castellana.

Me siento satisfecha y se me exalta el ego cuando vago por las calles y me saludan mis ex alumnos, así sea el enfermero, el drogadicto, el estudiante de la universidad, el alcohó-

lico, el secretario, el docente, el fumador, el curita, el promiscuo, el deportista, el padre, la madre, el campesino, el niño, la niña, el joven.

En últimas, nuestro tiempo en esta tierra es sagrado y debemos celebrar cada momento como si fuera el último. Mis triunfos siempre se los dedico a Dios; a mi madre, que es la máxima solicitud de mi existencia; a Ceci mi hermana, que es mi fortaleza. Añoro a quien fue sol que irradió luz y calor por donde pasó y un ejemplo para aquellos que piensan más allá de sus horizontes. Puedo decir con orgullo que soy maestra para la vida, porque mi vida son la escuela y el aula

El mundo mágico
de la matemática

Sandra María Morales Múnera

Profesora Colegio La Trinidad, municipio de Copacabana

Aún recuerdo aquellos tiempos en la secundaria. Mis intereses eran distintos en cierto sentido a los de mis compañeras, pues no me gustaba pertenecer a esa línea en la que están incluidas la mayoría de las personas.

Añoro esos momentos en los que iba a mi casa un amigo de mi mamá, porque sin saber el motivo me llevaba diferentes retos relacionados con la matemática. Será que vio "una nerda" en potencia o simplemente reconoció que se podían desarrollar habilidades intelectuales en mí, tal como se puede hacer hoy en día con otros jóvenes; todo depende de la forma, las estrategias, las motivaciones de aquellos que lideran la enseñanza de la matemática. Con el paso del tiempo comprobé que aprender significativamente sí era posible, ya que en el grado once el profesor

de matemática me pedía el favor de que le explicara a los compañeros contenidos relacionados con límites, sucesiones y demás.

No fue casualidad mi ingreso a la Universidad de Antioquia, porque todos los cursos que tomé después de graduarme estuvieron relacionados con eso que tanto me apasiona. Seguí formándome en esta área de la ciencia, haciendo la licenciatura en matemáticas y física.

Las cosas en la vida no se dan fácilmente, sin esfuerzo. Aún recuerdo la frustración de ver que mis compañeros de carrera pasaron a un concurso con el municipio de Medellín en 1995, y yo no. Me preguntaba: ¿qué pasó?, ¿por qué no pasé? Lo único que me quedaba era seguir adelante, seguir perseverando en mis sueños. Fue así como al año siguiente la naturaleza conspiró a mi favor, era la hora del desquite. El departamento de Antioquia abrió un concurso de vinculación en el área de matemáticas en el que el municipio más cercano para trabajar era Copacabana, precisamente uno muy cercano a mi tierra. Me llené de miedo y de angustia en el momento de la prueba escrita, mientras leía, releía y escribía. Era difícil concentrarme. Sin embargo, ese Dios que todo lo puede, guió cada uno de mis pasos, ya que después de haber esperado por dos meses interminables, recibí esa grata llamada en la que una voz amable me decía: "Preséntese al colegio La Trinidad, en el área de matemáticas y estadística". Esos días jamás se olvidan: el ser humano está acostumbrado a recordar por siempre los gratos momentos; momentos de felicidad que se prolongarían durante mi desempeño como docente, porque las satisfacciones obtenidas gracias a la colaboración y compromiso de los compañeros de las diferentes áreas permitió el trabajo integrado por áreas. A ello también contribuyó el fallecido Gustavo Loaiza, profesor del departamento de matemáticas, de la Universidad de Antioquia, quien me sostuvo un promedio de cuarenta estudiantes pertenecientes a los semilleros de matemáticas, lo que ayudó a lograr mi meta: despertar el gusto hacia la matemática, que sintieran o que vieran la facilidad de trabajarla y de estudiarla. Mi intento no fue un acto fallido, porque con el tiempo empezamos a ver los frutos de un trabajo continuo y en equipo. Hoy contamos con egresados de ingenierías, matemáticas y tecnologías en diferentes disciplinas. Estos estudiantes son un referente para invitar a los demás a que continúen.

Uno de los mayores aciertos de un maestro es reconocer que no se las sabe todas y que constantemente debe capacitarse e investigar. Por ello, uno de mis propósitos ha sido mantener mi formación. Me profesionalicé en ingeniería de sistemas, de tal manera que vinculé esta carrera a mi quehacer docente,

Como trabajadora incansable por el mejoramiento de la educación he tenido en cuenta todo lo estipulado por el Gobierno, como la Ley General de Educación, que en 1995, hizo énfasis en: "Formar ciudadanos competentes en el desarrollo y comprensión de los avances científicos y tecnológicos, para lo cual la formación matemática es indispensable". En este marco surgieron los lineamientos curriculares que, retomaron el enfoque de sistemas y los aportes del conocimiento en la didáctica de la renovación curricular; éstos abogan por la comprensión y el desarrollo de competencias que permitan afrontar los retos actuales.

Mediante el aprendizaje de las matemáticas, los estudiantes no sólo desarrollan su capacidad de pensamiento y reflexión lógica, sino que, al mismo tiempo, adquieren un conjunto de instrumentos para explorar la realidad, representarla, explicarla y predecirla; en suma, para actuar en ella y para ella.

Es necesario relacionar los contenidos de aprendizaje con la experiencia cotidiana de los alumnos, así como presentarlos y enseñarlos en un contexto de situaciones problemáticas y de intercambio de puntos de vista.

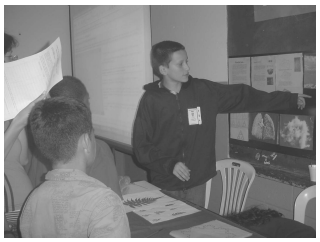
Hoy en día, con los avances de la tecnología, encontramos en la computadora un buen recurso para trabajar con nuestros alumnos en el análisis, reproducción y creación de conceptos matemáticos, sin necesidad de grandes conocimientos informáticos. Así, el computador pasa a constituir un fuerte soporte para la formación, la visualización y el uso de múltiples representaciones del objeto matemático. Puedo afirmar, entonces, como dice Emilia Ferreiro, que "los niños y las niñas están cansados de ser tratados como infradotados o adultos en miniatura. Los niños y las niñas están dispuestos para la aventura del aprendizaje inteligente".

También puedo decir, desde la experiencia personal, que una sola golondrina no hace verano y que es necesario trabajar en equipo. En 2006 fue un bello regalo contar con la docente Marina Díaz, una persona sencilla, amable, idónea en su campo y con ideas afines sobre la enseñanza de la matemática. Nos propusimos alcanzar metas con varios proyectos en beneficio de los estudiantes, de su mejoramiento y crecimiento personal. Se hallaban bien motivados y a partir del pensamiento y las prácticas pedagógicas en matemáticas, utilizamos los recursos del computador, incentivando el interés en hacer investigación.

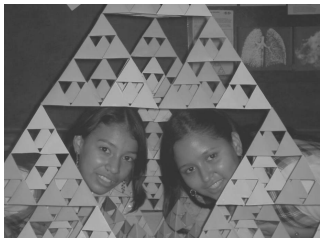
Fue entonces cuando nos nació la idea de hacer un club de matemáticas, donde cada una se comprometió a compartir con los estudiantes cuatro horas al mes en horario extraclase. Contábamos con un grupo de veinte chicos y cinco chicas de los grados séptimo, que disfrutaban de las diferentes actividades propuestas. Es importante resaltar que teníamos el aval del colegio, el apoyo del Aula Municipal de Matemáticas y el apoyo incondicional del director del Centro de Recursos Educativos Municipal (CREM).

Uno de los objetivos del club era acercar a nuestros estudiantes a la ciencia de forma lúdica y, por supuesto, involucrarlos en procesos investigativos. El año pasado la investigación que realizamos con todos los séptimos fue "La naturaleza y el arte mirados desde la matemática y la informática". Los participantes del club lideraron las diferentes socializaciones que se realizaron: Feria de la ciencia institucional, Feria de la ciencia municipal, Expo-educación y, por último, apoyaron la semana de la ciencia y la tecnología en dos eventos: uno en la Estación Universidad, donde el público se maravilló de que los estudiantes manejaran con mucha propiedad temas que en este momento tienen que ver con la matemática de punta. Este proyecto desarrolló las competencias que se evidenciaron en una serie de desempeños que tienen los estudiantes, los que permiten inferir el grado de apropiación de los conocimientos, de los procedimientos, de la aplicabilidad y de la forma de comunicar las diversas situaciones.

Proceso



Exposición Feria de la ciencia



Alumnas que construyeron la pirámide s*penkinqui*

En 2007, la idea era seguir fomentando la investigación y para ello se solicitó asesoría a Colciencias, a través del Programa Ondas. Fue así como se formularon dos proyectos: uno sobre las palomas y el otro titulado "Más humedad". Ambos proyectos nacen de problemáticas particulares que se viven en la institución: el último piso de la sección 1 está invadido por una sobrepoblación de palomas, de manera que sus excrementos dañan los muebles y enseres que haya en ese lugar, por lo cual se optó por deshabitarlo. Además, en varias ocasiones los alumnos han encontrado pichones de paloma muertos en el único patio salón que existe en la institución, ubicado en el primer piso.

El otro proyecto involucra el único árbol que hay en el patio salón y la pregunta que se hacen los estudiantes es sobre el grado de humedad que un árbol de mango le aporta a la atmósfera. Este último proyecto también tiene la intención de invitar a los estudiantes a familiarizarse con el nuevo entorno donde en próximos años se construirá la institución, "La ciudadela de la vida", un hermoso paraje rodeado de árboles con una microcuenca. El pasado 6 de abril, cuando nos confirmaron que este proyecto había sido aprobado por el Programa Ondas, los alumnos del club se sintieron felices y animados.

Pero a la par de esta alegría me invadió una enorme nostalgia, pues la compañera con la que compartía el conocimiento, la que me frenaba esta mente loca, había renunciado, y mi corazón quedó con un gran vacío, pues ya no tendría con quien compartir ideas, proponer y discutir proyectos; estaría otra vez sola, tratando de fortalecer procesos académicos e investigativos con los estudiantes. Pero Dios es muy bueno y me mostró el camino; encontré fuerzas en la motivación de los integrantes del club, los estudiantes, quienes me llenaron de fortaleza para seguir adelante.

La experiencia de "Más humedad" nos trajo muchas enseñanzas tanto personales como académicas; significó un gran reto para mi vida profesional, pues tuve la posibilidad de ver concretamente cómo contenidos de matemáticas se pueden volver experimentales gracias a las ciencias naturales.

Pero siento dolor por las problemáticas particulares que vivía en la institución: por ejemplo, las mediciones que se hacían con los estudiantes, en ocasiones se hacían durante la jornada académica, y muchos docentes no colaboraban; tal vez no conocían la seriedad del proyecto o no les interesaba.

Es conveniente aquí hacer una corta descripción del contexto de los estudiantes de la Institución José Miguel de Restrepo y Puerta, pues viven diversas problemáticas sociales, familiares y afectivas, y por ello buscan salidas falsas como la droga *popper* y otras. Durante las clases están sometidos al ruido del paradero de buses; además, algunos docentes se limitan a hacer lo que deben hacer sin gastar ningún tiempo extra, y para completar, la planta física es agria y hostil, pues es una edificación de seis pisos con un único patio salón, por lo cual muchos lo denominan "la cárcel". A finales del pasado agosto, cuando por falta de paciencia, diálogo y tolerancia un estudiante de dieciséis años agredió mortalmente a otro de catorce, la sorpresa, la impotencia, la tristeza invadió a toda la comunidad. Y ahí sí surgió la preocupación de otros entes territoriales. Nos llenaron de psicólogos, capacitaciones para elaborar el duelo y demás, que actualmente ya hacen parte del pasado.

Hago alusión a esto, porque la asesora del Programa Ondas no hizo una buena lectura del entorno. Ésta se sorprendió el día de la sustentación en el Jardín Botánico, cuando dieron reconocimiento a los mejores trabajos.

¿Por qué se sorprendió? Porque nuestros estudiantes fueron los únicos que sistematizaron, con imágenes habladas, cada una de las actividades durante el proceso, realizaron una obra de teatro única en todo el departamento, recogiendo los elementos del proyecto con vestuario construidos por ellos, como lo ilustra la fotografía, y además, evidenciaron dominio de la temática con cada una de las palabras que decían en el momento de la socialización. La asesora me manifestó posteriormente que debimos de habernos ganado uno de los reconocimientos.

Ahora sólo queda agradecer a Colciencias desde el Programa Ondas por pensar en la educación básica y media, que es el futuro de nuestro país, pues son semillas que recogeremos a la vuelta de cinco, seis o más años.

El Club de Matemáticas Ticmana (Tecnología de la Información y la Comunicación en relación con la Matemática y la Naturaleza) actualmente está adquiriendo identidad en la institución. Su nombre fue elaborado por los integrantes del club. Tenemos nuestro escudo formado por una estrella que, en el centro, presenta dos personajes que dialogan, pues el trabajo en equipo es crucial en el club.

Uno de los proyectos más ambiciosos y que nos ha de producir mucha satisfacción es la posibilidad de publicar nuestras experiencias en alguna revista, de tal forma que otros puedan aprender de lo que hemos hecho.

Para finalizar, existe un gran sentido de pertenencia en todos los estudiantes involucrados en este proceso, pues no sólo están trabajando contenidos, sino que están aprendiendo a trabajar en equipo, a escuchar al otro, a compartir con responsabilidad. Muy posiblemente veré crecer esta semilla que plantamos tiempo atrás y que ha de reflejarse en estos jóvenes cuando busquen nuevos horizontes en la educación superior, y sean unos profesionales que traten de responder a los retos y desafíos de nuestro tiempo, en el campo donde lleguen a desempeñarse.

El tren detuvo su marcha,

pero la mía continua

Silvia Margarita Aristizábal Pineda

Profesora Institución Educativa Presbítero Luis Rodolfo Gómez Ramírez, municipio de El Santuario

En el transcurso de la historia, el ser humano ha enfrentado su problemática asumiendo posiciones desde diversas perspectivas, todas ellas sustentadas en procesos para los cuales la experiencia ha sido fundamental. La experiencia entendida como el contacto que el hombre ha establecido con los hechos o procesos que le interesan y que forman parte del universo de sus preocupaciones. Los qué, los por qué, los cómo y los para qué han estado siempre presentes en estos procesos y han generado espacios permanentes de conflicto, de debate, de cambio y de reflexión. Hoy, por eso escribo parte de mi proyecto de mi vida como maestra.

Para contar esta historia debo remontarme al momento de mi posesión, en el municipio de Puerto Berrío, tierra

desconocida para mí, donde funcionaba el distrito educativo. Al presentarme a esa oficina me encontré con una compañera de estudio a quien le habían hecho posesión para el corregimiento de Las Mercedes; inmediatamente el jefe de distrito optó por ubicarnos a las dos nuevas maestras en el corregimiento de Doradal, en el municipio de Puerto Triunfo.

Doradal, el lugar a donde me dirigía, marcó la línea de mi vida, que iba a la par con la del tren; su sonido interiorizaba en mí la lucha que iniciaba, su recorrido me mostraba que el camino no sería fácil; mi cuerpo experimentaba una temperatura a la que no estaba acostumbrada, el tumulto de personas con sus pertenencias hacían que cada espacio del tren fuese muy bien aprovechado. El tren detuvo su marcha, pero la mía seguía mediada por la ansiedad y la angustia de llegar al lugar de destino. Llevaba mi mente cargada de conocimientos pedagógicos y humanísticos que conjugué con la formación humana dada por mis padres desde la niñez y afianzada por la comunidad salesiana al amparo de María Auxiliadora, cuyos pilares fundamentales eran la piedad, el estudio y la alegría, valores que estaba segura infundiría en cada uno de los miembros de la comunidad adonde llegara.

En la estación Santiago tomé un vehículo (un carro chivero) que me llevaría unos 5 kilómetros por una carretera estrecha, llena de piedras y polvo, paralela al río Magdalena, hasta llegar al municipio de Puerto Triunfo; una calle larga, con pequeñas casas que bordean el río y al fondo, en uno de los extremos de la plaza, el templo parroquial, erguido como vigía de este espacio.

Iba en búsqueda de la oficina del núcleo educativo, la que encontré sin contratiempos y de donde salí con una maleta cargada de anhelos, ilusiones, esperanzas, temores y deseos de proyectar los valores recibidos. El recorrido terminó y el cansancio no venció mi admiración, ¡qué hermoso lugar!, el paisaje enriquecía mi ser. Y ahí estaba la escuela que más que escuela, parecía ser una pesebrera; eran sólo dos aulas con cinco hiladas de adobe, para que el fresco del lugar facilitara el aprendizaje de aquellos que sedientos lo habitarían. En uno de sus lados, un árbol vigilante mostraba su majestuosidad; el verde se fusionaba con los diversos colores que suelen generarse en los atardeceres del territorio antioqueño. Estas tierras ganaderas también anunciaban en mí que esta palabra me haría "ganar" la apuesta que mis anhelos ya se habían fijado. Cuatro palos atravesados hacían las veces de puerta, para impedir el paso de los animales y dejar abierto el paso de los sueños. Y al fondo, el emporio de la hacienda Nápoles; desde ahí percibí la diferencia, el contraste, la desigualdad de una sociedad en la que el poder económico limitaba el progreso intelectual, la enseñanza y el aprendizaje. El cacique de la región ostentaba cuanto lujo existe en la tierra, pero mi escuelita, si así podía llamarse a esa pesebrera, carecía de todo.

Como para la comunidad la escuela era un lujo que todos no ostentaban, me di a la tarea de visitar sus ranchos y motivarlos para que fueran a estudiar. Grande fue mi sorpresa cuando llegaron los estudiantes acompañados de sus padres quienes, al igual que sus

hijos, no sabían leer ni escribir, y por esta razón formarían parte de la lista de alumnos. El hecho de ver niños, padres y madres de familia me cuestionó. ¿Por qué tantos alumnos sin saber leer ni escribir? ¿Será que se habían dedicado solamente a trabajar y a servirle al amo de la región? ¿Y en su niñez y juventud, la vida no les ofreció otras oportunidades para adquirir los conocimientos básicos que la Constitución Política de 1991 consagra como un derecho fundamental? Otro de los interrogantes que me generó este grupo tan heterogéneo fue el pensar si los juegos infantiles, al igual que las vocales, serían válidos para estos estudiantes. Padres, madres y niños juntos compartirían el aula de clase y juntos aprenderían sus primera letras. Pero, ¿cómo enfrentaría mi tarea formadora en medio de unos ingenuos niños y unos padres que habían corrido a pasos agigantados para formar una familia sin más atadura que el cuidado de unos hijos? ¿Cumpliría con sus expectativas?; ¿sería la maestra de sus afectos?; ¿cuáles serían sus impresiones de la nueva maestra en su comunidad? Con éstas y con muchas otras preguntas inicié el viaje de ser maestra delineadora de mi propia vida y de la de otros. Tarea dura a la que me estaba enfrentando, ya que yo aún era muy joven. Ahora, juntos iniciábamos ya no un recorrido en tren, sino una aventura por el conocimiento, en la que el medio de transporte importa poco, sólo vale la maleta de sueños que tenga cada pasajero.

El compromiso de llegar a esta escuela era mayor. La comunidad llevaba tiempo esperando un docente que compartiera con ellos sus motivaciones. Esperaba construir una cultura escolar como espacio de vida. Empecé entonces, desde mi ser, a construir historia, a sembrar en las mentes de los niños y los adultos que habitaban este espacio, el amor por lo que se tiene, el disfrute por lo que se sueña y la satisfacción por lo que se logra. Vivir con esta comunidad sus sueños y ayudar a cumplirlos se constituyó en mi proyecto de vida. Afrontar las dificultades de acuerdo con el contexto, sobrellevarlas y salir adelante con ellos hacían de mí una persona que encontraba sentido en esta profesión, porque la amaba.

Cada experiencia se convertía en vida, en la medida en que el aprendizaje estaba mediado por valores como el amor, la solidaridad, la humildad y la sencillez. Fue en esta escuela donde mi primera experiencia le permitió a mis aprendizajes pedagógicos anexar el trabajo con la comunidad y comprender que la transparencia de los seres está dibujada en su rostro y que cada rostro es un destello de valores.

La escuela, entonces, es el espacio que convoca al hacer, a construir el ser y vivir... el tiempo hace que, como personas y como parte de esta profesión, cambien las ideas; porque el cambio es necesario, siempre y cuando contribuya con el bienestar de otros. Lo que no podrá cambiar es la esencia, La vocación, lo que en un principio me llevó a ser maestra... claro que el maestro debe ganarse su espacio, no porque sepa más cosas ni por ser el mejor ni el mas experimentado, sino por saber aprender, por ser más flexible, por prever posibles esquemas de análisis y anticipar nuevos rumbos cognitivos en los que se puede embarcar productivamente con sus alumnos.

Hoy, veintiocho años después, mi mayor preocupación no son las carencias de una planta física como la de aquella escuela en la que aprendí a ser maestra; mi angustia ahora es otra: son los estudiantes, que aunque gozan de una hermosa planta física dotada con modernos recursos tecnológicos y didácticos, ya no asumen el aprendizaje como un espacio de vida. ¿Será la época o seremos nosotros?; ¿cómo lograr hacer que sus intereses, valores, ritmos de vida, medien el aprendizaje? Mis recuerdos vuelven a aquel lugar que extraño y añoro; el sueño aún pervive. La escuela debe ser un espacio de vida y mi misión debe ser propiciarlo, acompañarlo y construirlo

A través de experiencias significativas

se construye una vida digna

Teresa de Jesús Cifuentes

Rectora Institución Educativa Presbítero Abraham Jaramillo, municipio de San Roque

Llevo treinta y cinco años procurando transformar una sociedad, con base en criterios pedagógicos y culturales que enmarcan mi quehacer cotidiano, con resultados tendientes al mejoramiento personal en el ámbito del ser, el saber, el hacer y el sentir, lo cual redunda en la consecución de metas de calidad para la institución en la que me desempeño.

Estoy identificada, como educadora, con un alto nivel profesional, partiendo de los títulos obtenidos en el transcurso de mi carrera educativa, como lo son, en su orden: normalista superior, de la Normal Superior de Yolombó

(Antioquia); licenciada en administración educativa, de la Universidad de San Buenaventura, y especialista en gestión curricular como factor de desarrollo humano, de la Universidad de Medellín, los cuales conforman mi currículo académico y formativo con carácter pedagógico y relacionista, cargado de calor humano y valoración trascendental.

Con respecto a lo que hoy soy, me siento orgullosa de mi madre, quien desde pequeña me infundió valores morales, cristianos y sociales, que se reflejaron en mí desde muy pequeña, con mi comportamiento, fervor y dedicación al estudio. Al momento de tener uso de razón, o sea, en la etapa de las preguntas, las dudas y los descubrimientos, recuerdo que pregunté a mi madre sobre el porqué de mi nombre, a lo cual me respondió: su nombre tuvo origen en su madrina, por la cultura de la época, la cual consistía en que cuando faltaba en un hogar un ser querido, el padrino o la madrina de su bautizo de las generaciones siguientes podía proponer el nombre para que éste perdurara en el núcleo familiar. Ella contaba que en una familia existían cuatro o cinco hijos con el mismo nombre porque iban falleciendo, y al nacer otro, los iban reemplazando.

Respeto a mi inclinación hacia la labor educativa de formar ciudadanos, recuerdo que se dio desde el momento que ingresé a mis estudios en la escuela. Siempre deseaba ser maestra, pues veía, en quienes me enseñaban, ese don de ayudar a las personas a crecer y desarrollar habilidades y destrezas que fundamentaban el proceso evolutivo de todo ser humano, sin distinción de raza, credo, política y factor económico; de ahí que quien quiere salir adelante sólo mira hacia el futuro, pero siempre buscando estrategias para enfrentar retos y vencer obstáculos de cualquier índole. En mi niñez y adolescencia siempre buscaba jugar a la escuela con mis vecinitas y sólo me gustaba el papel de maestra; mis amiguitas comentaban que lo hacía muy bien; de ahí mi inclinación formadora. Al entrar a la secundaria, reafirmé aún más mi vocación y fue así como opté por estudiar en la Normal de Señoritas. Mis dos últimos años de normalista los realicé en la Escuela Normal Superior del vecino municipio de Yolombó, donde me gradué como normalista superior en 1971.

He dejado huellas muy significativas en todas y cada una de las partes donde me he desempeñado a nivel formativo y directivo, para lo cual traigo a colación mi reseña laboral como educadora, directiva y como parte importante de la sociedad.

En 1972 me inicié en el ejercicio pedagógico como educadora y formadora de niños desprotegidos en el área rural, en la escuela Marbella, perteneciente al municipio de San Roque. Los niños presentaban deficiencias económicas y nulidad en el estudio, debido a que sus padres nunca tuvieron la oportunidad de entrar a un centro educativo, porque la familia entera debía dedicarse a las labores de su parcela, como era cultivar la tierra, cuidar y criar animales y, por supuesto, las mujeres debían estar dedicadas a las labores del hogar.

Después de conocidos estos antecedentes, me convertí en una líder comunitaria, invitando a trabajar por una institución digna. Esta motivación tuvo eco y nos dimos a la tarea de iniciar un proyecto de calidad entre todos. Fue así como construimos la planta física de la escuela y su acueducto.

Al terminar 1973, fui trasladada a la escuela urbana de Caracolí, donde me afiancé más en el trabajo comunitario, pues en el pueblo había más facilidades y mejores condiciones en los aspectos social y educativo. Por ello, procuré darles motivación y esperanzas, tanto a padres de familia como a estudiantes y a la comunidad en general, con la consigna: "pueblo educado, pueblo desarrollado".

En 1975 se dio mi traslado para la Escuela Urbana de Varones Presbítero Abraham Jaramillo, ubicada en el área urbana del municipio de San Roque. Allí trabajé a brazo partido con compañeros y alumnos en la huerta escolar, con el ánimo de colaborar con su producción a los más desfavorecidos en el aspecto alimenticio. En tres años que estuve en esta institución fue mucho lo que crecimos en vivencia de valores como la colaboración, el respeto y la dignidad humana.

Al finalizar 1978 fui nombrada directora de la Escuela Anexa de Niñas Francisco Luis Jaramillo, del mismo municipio. Allí me dediqué a la tarea de construir una tienda escolar, al cambio de puertas y la adquisición de rejas para el segundo piso, con el ánimo de brindar comodidad y seguridad a los estudiantes y tranquilidad a la comunidad. También inicié la organización de una banda marcial infantil, para que representara a la institución en eventos culturales, religiosos y cívicos, con la ayuda de padres de familia y la comunidad educativa.

En 1998 fui nombrada rectora del Colegio Presbítero Abraham Jaramillo, que en 2000 se fusionó con el Liceo Rogelio Ruiz Pérez, quedando una sola institución: la Presbítero Abraham Jaramillo, en la cual me ratificaron como rectora.

Ya en 2002 inicié el proyecto de la media técnica con especialidad en informática, y con el apoyo de todos se aprobó en mayo de 2003, año en el cual se proclamó la primera promoción gracias al esfuerzo, compromiso y sentido de pertenencia de directivos, equipo docente y estudiantes, desde preescolar hasta el grado once. Seguidamente se desarrolló un proyecto en convenio entre el municipio de San Roque y la Secretaría de Educación para la Cultura de Antioquia, para la restauración de la planta física del establecimiento, ya que representa un patrimonio cultural municipal y hoy, en 2007, vemos realizada la obra con mucha satisfacción para toda la comunidad y admiración para todos aquellos que la visitan.

Siempre he tenido la convicción de que las personas que están a mi cargo merecen dignidad, respeto y comprensión al momento de orientarlas, dirigirlas y estimularlas en su trabajo cotidiano y para él. Además, me gustan las cosas bien hechas, inculcar sentido de pertenencia, realizar mi labor administrativa con calidad humana y solidaridad para con quienes enfrentan dificultades a cualquier nivel.

En mis treinta y cinco años al servicio del sector educativo he descubierto que el ser humano maneja una cantidad de conflictos, que si no tiene una mano amiga en momentos de derrota pueden ocasionar hasta su destrucción total. También puedo agregar, con certeza, que quienes han pasado por mis manos, ya sean estudiantes o educadores, merecen un reconocimiento por lo valioso de sus aportes para la construcción, la consolidación y el mantenimiento del colegio como una zona de paz y convivencia armónica, donde todos sus agentes propios y extraños son bien recibidos y tratados.

Mi realidad humana versa en el acompañamiento permanente a mi equipo de docentes y a los estudiantes que año por año ingresan a mi institución, con el propósito de formarse para la vida productiva, lo que da pie para sentirme realizada como hija, educadora y directiva. Mis experiencias significativas en mi larga carrera docente están impregnadas de igualdad, humildad, servicio, tolerancia y solidaridad, valores que tengo muy presentes, como lo dije anteriormente, desde niña, con la complicidad de mi madre quien siempre está conmigo.

Hoy me siento satisfecha como educadora, como directiva y como persona, ya que al recorrer mi historia de treinta y cinco años de experiencia en mi vida profesional, he observado que las huellas que he dejado en todos y cada uno de los lugares donde me he desempeñado han sido grandes, proyectadas al servicio de la comunidad, al liderazgo y la formación integral de los estudiantes con valores y capacidad investigativa, que se revierte en cambios trascendentales y estímulos diversos en lo personal y lo social.

Creo, gracias a las muchas concepciones recibidas a lo largo de mis experiencias vividas en las diferentes capacitaciones, a las cuales he tenido la oportunidad de asistir en diversos ámbitos del territorio antioqueño, que lo que sucede en la vida de cada uno depende, en muchos casos, de su propia voluntad, es decir, nunca debemos actuar como robots, sino como personas con dignidad, para que nuestros fracasos no sean muy severos. También considero que es uno quien decide qué hacer en este mundo competitivo, pues todos tenemos el conocimiento profundo de que debemos ser competentes en el ser, el saber, el hacer, el sentir y el actuar en el medio.

De todas las partes del proceso educativo me interesa la evaluación como una contribución a la cualificación progresiva de las competencias comunicativas de los estudiantes en cada uno de los grados y niveles de escolaridad; por lo anterior, el mundo de los estudiantes a partir de la evaluación, se constituye teniendo en cuenta sus ideas, sus sueños, sus sentimientos, sus acciones, palabras. Además, cabe anotarse que "nadie, educa a nadie, nadie se educa solo; los hombres se educan entre sí, con todas sus debilidades y fortalezas".

La evaluación, según sus diversos tratados, se debe aplicar primero como autoevaluación, convirtiéndola en una estrategia para detectar aciertos o fortalezas, desaciertos o debilidades en el plano personal, que sirven como punto de partida para reformar y sostener el sistema educativo en nuestro medio, manteniendo una relación ética con el equipo docente, estudiantes, padres de familia y comunidad en general, con quienes debemos pasar el mayor tiempo de nuestra fructífera existencia en los ámbitos escolar, laboral y social.

Como reflexión pedagógica realizada durante toda mi historia de vida, he trajinado con énfasis en el "qué hice, cómo lo hice, qué hago, cómo lo hago, en qué he mejorado, qué debo mejorar, qué debo hacer y cómo lo debo hacer", para que mi huella siga perdurando en los planos social e institucional después de mi retiro de esta bella e enriquecedora profesión.

Al observar la realidad educativa actual, mi visión para el año 2015 está enfocada hacia una convergencia, donde el hombre compagine el avance tecnológico y científico con

saberes reales y vivencias comunitarias, con el fin de ayudar a mantener las expectativas y el sentido investigativo de todas las clases sociales en los ámbitos virtual y cultural.

Espero que al leer este relato encuentre elementos importantes para guiar su vida como docente y como persona deseosa del progreso de su comunidad. A la nueva generación de maestros le digo que ante a las dificultades no desfallezcan, sino que se preparen cada día con gran esfuerzo personal. Esto les permitirá una gran apertura visionaria hacia nuevos enfoques de aprendizaje significativo en sus alumnos, además de conjugar la convivencia institucional con un ambiente sano y de cooperación con sus compañeros. Esto posibilitará la buena marcha hacia proyectos humanísticos y trascendentales que engrandezcan al ser humano.

Desde mi vocación

de maestra

Teresa de Jesús Duque Higuita

Rectora Institución Educativa Jaiperá, municipio de Urrao

Nací en el hogar formado por Clara Rosa Higuita Higuita y Juan Manuel Duque Ospina. Vivíamos en la vereda La Lucía, del municipio de Urrao. Mi primera infancia transcurrió feliz; auque teníamos algunas limitaciones económicas, conté con un hogar lleno de amor y valores. Las noches eran maravillosas; a partir de las 6:00 p. m., nos reuníamos a cenar y nos sentábamos alrededor del fogón, una hoguera de leña, a compartir experiencias. Mi papá y mi mamá nos contaban historias, y mi hermano Manuel, el mayor de los once hijos, contaba chistes y, en ocasiones, tocaba la guitarra, mientras mamá lo acompañaba cantando. La lumbre de una lámpara de petróleo iluminaba la cocina, impregnándola de una luz mágica. A las

ocho de la noche nos íbamos a dormir, para poder madrugar a las cuatro de la mañana; a esa hora nos esperaban los oficios de la casa y, luego, la escuela.

Mi experiencia como profesional de la educación

El 18 de enero de 1971 inicié mi trabajo profesional en el preescolar de las hermanas concepcionistas, donde estuve feliz compartiendo con los pequeñitos durante tres meses. El día 19 de abril del mismo año, me salió el nombramiento oficial del Departamento para la Escuela Antonio José Arango, en el corregimiento de La Encarnación.

Un lunes de pascua salí para mi nuevo sitio de trabajo. Como iba a caballo, mi papá me mandó con mi hermano para que se devolviera con las bestias. Recorrimos unos senderos solitarios durante siete horas. Llovía y el camino se ponía muy difícil. En mi interior se confundían el temor y la ilusión. Al llegar, me quedé en la casa de una familia que me brindó hospitalidad. Al día siguiente recibí, encantada, un grupo de niños y niñas tímidos, asustados, algunos descalzos, otros de botas, pero todos con grandes expectativas y ávidos de conocimientos.

Permanecía todo el mes en el corregimiento, sin salir a la cabecera municipal. Aunque tenía muchos sueños por realizar con esta comunidad, el 29 de mayo, sin haberlo solicitado, me salió un traslado para una escuela urbana en Altamira, corregimiento del municipio de Betulia. Allí realicé un buen trabajo con los niños de mi grupo; sin embargo, la institución no era un espacio propicio para esto; el ambiente laboral era hostil y falto de comunicación; fue casi imposible conocer a mis colegas y compartir con ellos.

Por lo anterior, solicité traslado en la Secretaría de Educación Departamental y conté con la suerte de poder volver a la Escuela Antonio José Arango del corregimiento de La Encarnación. Recogí nuevamente mi grupo, saboreando la alegría del reencuentro y disfrutando de la acogida de estudiantes y padres de familia. Reinicié mis proyectos. Con el apoyo de la comunidad, alfabetizaba a los padres de familia, colaboraba con la catequesis y realizaba distintas actividades, con el fin de aliviar las necesidades de la comunidad.

En mayo de 1972 fui trasladada a la Escuela Eduardo Uribe Botero, ubicada en el barrio Jaiperá. Allí organicé mi hogar, con el fin de estar cerca de la institución, poder convertirme en líder de mi entorno y extender mi gestión más allá de los muros de la escuela. En esta escuela tuve algunas dificultades con la directora, motivo por el cual me presenté a concurso para trabajar en educación básica secundaria y media. Pasé el concurso, y la Secretaría de Educación Departamental nos capacitó para trabajar en el área de vocacionales. Luego, me recibiría el Liceo Simón Bolívar, lugar en el que trabajé durante veinte años, dictando vocacionales y ciencias sociales.

Durante todo ese tiempo lideré y participé en proyectos que hoy me enorgullecen. Alrededor de 1980, pensando en las dificultades de los estudiantes que vivían a grandes distancias de la institución, convoqué líderes de cuatro barrios aledaños para presentarles la idea de tener transporte propio en la comunidad; así nació el Comité Predesarrollo de Urrao. Nuestro objetivo principal fue adquirir un transporte urbano con tarifa diferencial para los estudiantes, que, además, se desplazara por las veredas que tenían carretera,

donde había afluencia de estudiantes. Para conseguir los fondos que hicieran posible este sueño, acudimos a múltiples actividades.

En 1983 compramos la primera buseta; en 1985, la segunda, y un año después, compramos un bus de segunda, con el fin de ampliar el servicio de transporte a otras veredas. Hoy, después de veintitrés años, todavía se presta este servicio con la misma filosofía: "trasportar los estudiantes con tarifa diferencial".

Institución Educativa Jaiperá

La construcción de la Institución Educativa Jaiperá es la gran obra de mi vida y mi mayor realización como líder y profesional de la educación. Como maestra consciente de que la educación de los pueblos es la base del desarrollo y de la convivencia armónica, condiciones indispensables para la construcción de la paz, gestioné una nueva institución educativa en el barrio donde vivo. Presenté el proyecto para la creación de la Concentración Educativa Jaiperá, que fue aprobado por Acuerdo municipal 042 del 7 de diciembre de 1993. El 12 de abril de 1994, después de haber aprobado el examen de idoneidad practicado por la Secretaría de Educación, fui nombrada rectora de la concentración, hoy Institución Educativa Jaiperá.

Para llegar a lo que somos, hemos dado muchos pasos, que nos costaron búsquedas, esfuerzos y sacrificios. Nada es sencillo; paulatinamente iría apareciendo todo lo necesario para que un plantel educativo marche: diseñar el Proyecto Educativo Institucional (PEI), ampliar y adaptar la planta física, hacernos a un equipo humano de docentes idóneos, crear el preescolar y la media técnica, organizar la asociación de padres de familia, contar con sala de informática, sala de audiovisuales, laboratorio de biología, física y química, cocina, restaurante escolar, aula múltiple, biblioteca, tienda… En fin, del deseo de tener una institución, a lograrlo, hay mucho camino, pero también mucha felicidad cuando se ve realizado.

Asociación de mujeres urraeñas

En la actualidad lidero otro proyecto no menos importante que los mencionados anteriormente. Situaciones como la violencia intrafamiliar y social y la inequidad de género me preocupaban. Por eso, comencé a liderar un proyecto con las mujeres de Urrao, que está constituido por varias acciones. La escuela de formación para el trabajo, la Asociación Amimbasul, que se encarga del manejo integrado de basuras del suroeste lejano, de la limpieza del pueblo y de la selección de basuras (reciclaje); la microempresa de alimentos enriquecidos con leche y masa de soya; el programa de educación continuada, que consiste en alfabetización y primaria; el programa de educación para adultos en la Institución Educativa Jaiperá; el proyecto agropecuario, con la participación de la primera dama del departamento; un proyecto de vivienda. En total, líneas de acción que buscan generar procesos educativos y oportunidades laborales para las mujeres de mi comunidad.

Reconocimiento

"Sólo se recoge la cosecha, después de abonar mucha tierra, probar muchos sabores y sembrar muchas semillas". Han transcurrido treinta y seis años y es hora de la siega, de recoger la cosecha. Hoy, sin sentir el paso del tiempo, gozo del reconocimiento de mi familia y de la comunidad.

El 8 de marzo de 2006 fui postulada, por la Asociación de Mujeres Urraeñas, a la condecoración "Antioqueña de Oro". Por tal motivo fui invitada y participé del agasajo organizado por la gobernación de Antioquia y la Secretaría de Equidad de Género para las Mujeres, el 10 marzo de 2006.

En diciembre de 2006, la misma asociación me postuló al premio "Mujeres de éxito", a nivel nacional. Me llevé una gran sorpresa cuando me llamaron desde Bogotá a notificarme que era finalista a dicho premio en la categoría de educación. En junio del mismo año, llegaron un periodista y un camarógrafo hasta el municipio de Urrao para verificar la información. Visitaron la institución, entrevistaron a mi familia y a la comunidad, indagaron por los distintos proyectos, filmaron y tomaron fotos. En agosto, me confirmaron que era la ganadora de dicho premio. El 16 de agosto. Salí hacia Bogotá con todos los gastos pagos, en compañía de mi esposo; llegué a un hotel cinco estrellas; me trataron como a una reina; me llevaron al salón de belleza. En el auditorio de Corferias, lo primero que encontré fue un pendón grande con mi foto y abajo una inscripción con mi nombre, el lugar de donde venía y el título del proyecto. En el marco del evento "Colombia responsable", recibí el trofeo "Mujer de éxito 2007 en la categoría de educación".

Para este año, la Secretaría de Educación Departamental creó un reconocimiento para la exaltación de los mejores rectores del departamento: "Gestión integral por una vida digna" en las categorías oro y plata. La comunidad educativa de la Institución Educativa Jaiperá me postuló para dicho premio. Con gran regocijo, en compañía de mis hijos y de mis colegas, el 22 de mayo recibí dicho reconocimiento por parte del señor gobernador Aníbal Gaviria Correa y la secretaria de educación y cultura del departamento, Claudia Escobar Montoya.

Mientras escribía apartes de mi vida, tuve la oportunidad de reflexionar y de agradecer los regalos de la vida: la nobleza del hogar donde nací, mis padres, mis hermanas y hermanos, la cantidad de oportunidades, el privilegio de haber tenido grandes maestras y maestros, mi vocación, todos y cada uno de los alumnos que han pasado por mis manos durante mis treinta y seis años de servicio a la educación, mis compañeros de trabajo, las comunidades con las que he compartido, mi esposo y, de una manera muy especial, mis hijos

Vida

en FM

Encontré el tornillo que le hacía falta a mi consola
y mezclé bien mi vida
Andrés Johan Gutiérrez

En uno de los pasillos de la Institución Educativa San Juan Bosco, del municipio de Caicedo, antes de llegar a la oficina del núcleo educativo, a mano izquierda, te encuentras una puerta polarizada; al abrirla, observas dos micrófonos, una consola de sonido, un computador y una mesa forrada en fino paño gris.

Entre un revoltijo de cables, en una silla giratoria reposa la humanidad de un joven cuya apariencia inspira confianza y sencillez. Su sonrisa radiante contrasta con el colorido de su gorra atravesada por una diadema de sonido.

"¡Buenas, bienvenidos a Radio Máxima!, ¿en qué puedo servirles?", son las palabras que, en tono alegre y jovial, utiliza Andrés Johan Gutiérrez cada vez que alguien ingresa a la cabina radial donde pasa buena parte de su tiempo. El bichito de la radio le picó hace ya más de dos años, después de pisar suelos del antiguo Guamo (ahora Caicedo), luego de que su vida quedara a la deriva del destino, aún con los recuerdos tristes que le provocan las imágenes imborrables de la partida inesperada de su abuela, quien murió una tarde de marzo de 2003, cuando su corazón ya no quiso palpitar más.

Con la mirada baja y en palabras frescas, relata: "Cuando murió mi abuela, yo apenas tenía trece años, estuve

Víctor Alexánder Yepes

Docente, director de Radio Máxima, Institución Educativa San Juan Bosco, municipio Caicedo

viviendo en Medellín con varios tíos, pero no me adaptaba; fue así como decidieron que lo mejor era que estuviera con mi madre; pero bueno, ella ya vivía con un señor que no era mi papá, y la verdad es que no me entendí con él para nada".

Con alegría recuerda su primer día en Caicedo después de bajarse del bus de Rápido Ochoa que abordó en la Terminal del Norte de la ciudad de Medellín. Su espíritu aventurero le estaba mostrando un nuevo lugar, donde podía ser un poco más libre, gracias a la caridad de algunas personas que le brindaban la oportunidad de trabajar para poder comer y dormir.

Cada día era un reto de subsistencia para él, más aún reconociendo sus debilidades para el trabajo material, al que definitivamente no estaba acostumbrado. El destino permitió que a la vida de Andrés llegara el "profe Alex", como él le dice cariñosamente, y desde ese instante poco a poco se fue ganando un espacio en un mundo lleno de ondas sonoras. Una familia radial lo recibió en su regazo para darle, hasta ahora, la posibilidad de aprender, ganándose la vida a punta de garganta y saliva.

A sus treinta años, Víctor Alexánder Yepes, educador de profesión y residente en esta localidad hace ya diez años, goza del reconocimiento de toda la comunidad, gracias a su pasión por los medios de comunicación, a los que ha dedicado media vida. Este sopetranero de nacimiento llegó a estas tierras en 1998, nombrado como directivo docente de la escuela rural La Salazar. Allí, alejado no sólo de su familia, sino también de su afición por la radio, se las arreglaba para mezclar su soledad con los sonidos de viento, los grillos y los pájaros. En lugar de consola, una tiza, el micrófono, su voz, ahora su público estaba allí para verle totalmente en vivo, un monólogo difícil de actuar, pero que con el paso del tiempo se fue convirtiendo en su estilo de vida.

"En La Salazar tuve la valiosa oportunidad de conocer la realidad de un país que en la anarquía y la indiferencia no me habían permitido mirar más allá de los titulares de las noticias, para acercarme a la tangible verdad de la guerra", son las palabras que cortan su garganta cada vez que evoca los difíciles momentos de este absurdo conflicto que ya ha comprado boleto eterno en su memoria. Jamás olvida las sonrisas de sus primeros niños estudiantes, como tampoco olvida sus tristezas, sus miedos e incertidumbres.

A pesar del largo tiempo que se había distanciado de la radio, cada noche se embarcaba en un mar de ensueños, cuando pensaba en la posibilidad de fundar una emisora. Una grabadora se convertía en su compañía; en ella practicaba lo que desde el colegio había aprendido: no le importaba ser el productor, el locutor y el único radioescucha de sus espontáneos programas; sólo pensaba en estar de nuevo frente a un micrófono. Ésa era una pasión que ya había hecho metástasis en todo su ser.

Hacia el año 2003, el profe Alex recibió con entusiasmo la noticia de su traslado para el casco urbano del municipio, y aunque sus apegos a esta comunidad no le dejaban gozar de felicidad completa, empacó sus nostalgias, junto con algunas lágrimas, con pasos lentos divisó el horizonte y con un suspiro emprendió la marcha. Sus pisadas se hicieron

firmes, en su mente la ilusión, en su espalda un morral lleno de recuerdos cargado, además de mil sueños.

Don Elkin Restrepo, alcalde del municipio en su momento, recuerda cómo desde los primeros días el profe llegó vendiendo la idea de hacer radio. En una cafetería, un par de tintos, algunas sonrisas y media hora de palabras se convirtieron en una pequeña suma de dinero para comenzar a ponerle idea de una emisora en el pueblo. "Seiscientos mil pesos es una cifra pequeña, pero motivadora", alude don Elkin después de una sonrisa.

No pasó mucho tiempo para que ese primer granito de arena se convirtiera en el transmisor de Radio Máxima, gracias a un pequeño hombre de apariencia noble, corto de brazos pero de corazón grande y amigo de las ondas hertzianas toda una vida. A Addid Martín Durango —más conocido como *Martín Cortico*— lo había conocido el profe por su hermano Hernán Yepes, quien después de marcharse eternamente; —lo más seguro a instalar un transmisor en el cielo—, había dejado no sólo sus sabias enseñanzas, sino también, en medio del polvo y debajo de la que fue su cama, una caja en lámina de acero que contenía un mosaico de cuerdas de colores, resistencias, transistores que sólo él entendía.

Martín sabía que ante la ausencia de su buen amigo la mejor forma de recordarle era reviviendo aquel viejo aparato transmisor. No dudó en gastarle algunas noches enteras hasta hacerlo funcionar.

El logro se hizo tangible una noche de abril de 2003, cuando la algarabía de un puñado de personas sentadas en una acera del pueblo, acompañadas de un equipo de sonido, aplaudían las primeras palabras que mágicamente llegaban a sus receptores radiales. Un grupo de estudiantes, desde la improvisada cabina, acompañaban esta proeza histórica; en sus caras estupefactas, pero alegres, se reflejaba el asombro por tal descubrimiento; saltaban, se abrazaban y hasta alzaban en hombros al profe, como si fuese faena de pañuelos blancos y dos orejas cortadas.

La alegría de la primera señal de prueba había quedado atrás. Era ahora preciso pensar en cómo seguir haciendo realidad este sueño. Después de entregar la consola, el micrófono y la grabadora que le habían prestado, el precursor de tan magno evento, a pesar de la tristeza y la impotencia que le provocaban no poder continuar con su obra, decidió que la estrategia más acertada era unirse a un grupo de muchachos cuyas características satisficieran su anhelo de formar líderes comunitarios; así nació "Occigenho" (Occidente nueva generación nuevo horizonte), grupo juvenil ecológico creado con el objetivo de empoderarse del proyecto de comunicación. Como en toda convocatoria, muchos fueron llegando, pero pocos se quedaron.

Mientras realizaba pequeños talleres de sensibilización en torno a la radio, otros chicos inquietos se asomaban por las ventanas para ver en acción al profe y, porqué no, aprender un poquito. Esta situación le indisponía un poco para su trabajo, pero entonces recordaba un pasaje de la historia patria, cuando Marco Fidel Suárez logró llegar a la presidencia quizá con las mismas dificultades que estos jóvenes tenían.

La apariencia de los muchachos no era la mejor. Con sus actitudes demostraban que eran jóvenes sin límites, con un concepto errado de la libertad; incluso algunos de ellos ya despistaban la realidad pensando que el cannabis era el antídoto eficaz que les proveía felicidad. De ropas rasgadas por el uso y el tiempo, sus cabezas protegidas de cachuchas desflecadas, cigarrillo en mano, lenguaje de calle, pero con ganas mostrarse al mundo fueron atrapados en el momento que el aula de radio quedó vacía, porque a los que parecía gustarles el tema habían descubierto que no era lo de ellos. Entonces, Juan Carlos, Norbey, Yuber y Fernando rompieron sus miedos; con palabras suaves lo abordaron: "Profe, ¿nos deja?" , y él, desarmado de prejuicios, dejó que pasaran. No hubo reproches, tampoco preguntas; sólo instrucciones y reglas de juego.

Dispuesto a conseguir los recursos que le hacían falta, junto a la familia radial ya sólida y conformada, descubrió que las rifas, los bingos y las empanadas quizá muchas ganancias no dejaban, pero en algo sus esperanzas alimentaban. Después de comprar la consola con micrófono prestado, salió al aire la emisora: no sólo se escuchaba en el casco urbano, sino que también cubría casi todas las veredas. No se hizo esperar una lluvia de cartas que traían mensajes de amor, saludos y felicitaciones; muy rápido la noticia se regó por todas partes. Los almacenes vendían radios como tinto en derrumbe.

Con beneplácito, la familia radial recuerda el momento en que les informaron que recibirían una importante ayuda del Instituto Colombiano de Bienestar Familiar (ICBF), con lo cual se podría mejorar los equipos tecnológicos para la emisora. Fue así como los *discmen* y las grabadoras fueron reemplazados por un DVD que, junto con el televisor de catorce pulgadas perteneciente al mencionado maestro, hizo el binomio perfecto para facilitar la programación.

"La administración municipal nos cedió un espacio con una línea telefónica. Nosotros nos rebuscamos unos pupitres viejos para acomodar los equipos y, luego de montar en una guadua la antena haciendo peripecias en el tejado, arrancamos", dice Yuber Felipe Molina, uno de los integrantes del equipo técnico de la emisora. Él es el más experimentado y preparado en locución. El estar desde los quince años frente a un micrófono, además de posibilitarle un manejo estupendo de la voz, le han hecho crecer como investigador y líder juvenil; en sus palabras: "encuentras la experiencia de un joven con un futuro lleno de posibilidades", pues a través de la emisora, además de combinar sus estudios secundarios, ha recibido constantemente formación en diferentes diplomados y capacitaciones. Él ya tiene definido que por el resto de su vida, estará luchando por su verdadera pasión: los medios de comunicación. Por eso, alardea convencido de que logrará ingresar a la universidad a estudiar comunicación social. Por ahora seguirá conquistando mundos desde el escenario de la radio, deleitando con su hermosa voz a un pueblo arraigado a las costumbres montañeras, con la fe puesta en construir una realidad desde los principios de la no violencia.

En la actualidad, Radio Máxima cuenta con un moderno set dotado de todos los elementos necesarios para hacer buena radio. Todo esto fue donado por el proyecto de Me-

joramiento de la calidad de la educación que le inyectó al proyecto una partida de diez millones de pesos; además, hace algunos meses el viejo y obsoleto transmisor fue reemplazado por uno nuevo, de más alcance y con sonido estéreo, este último gracias al Comité Departamental de Cafeteros.

Con nostalgia, el director recuerda a uno de sus pupilos, Norbey Felipe Palacio, reconocido como el DJ Galán, quien ahora anda por ahí, sigiloso de no pisar una mina que le arrebate la vida o tal vez una pierna. Él se marchó a cumplir con su deber, pero cuenta los días para regresar a su nicho, con su familia y, claro, con su amada "radio". Es que a este chico le ha tocado atravesar por muchas dificultades, entre ellas la pérdida de sus padres y el recuerdo amargo del trágico accidente en el que sus manos detonaron el gatillo de una vieja escopeta dejada por ahí a su alcance cuando sólo tenía nueve años, lo que causó la muerte de su pequeña sobrina. Este hecho aún atormenta su mente; cada que lo recuerda, llueve en su rostro y se aflige su mirada.

Galán ha aprendido para la vida, no sólo arrancando los rojos granos de café que producen estas tierras: la emisora le ha enseñado, entre otras cosas, a leer y a escribir su propia realidad. Después de ser estigmatizado, ahora es reconocido por toda una comunidad que valora su empeño, esfuerzo y deseo de superación. Con la fe puesta en su regreso esperan por él, además de sus amigos, el micrófono y la diadema de sonido que, mientras tanto, acaricia Andrés cada día, sacándole provecho a su mejor amigo, el computador, pero escuchando las palabras del profe también.

Además de la música, Radio Máxima es una herramienta educativa: programas como *Muchachos a lo bien, Hablemos de salud, Secretos para contar, El mundo de los niños es así, La escuela de liderazgo femenino*, entre otros, han permitido la vinculación y la integración interinstitucional de todas las organizaciones que trabajan para alcanzar la transformación social que necesita el pueblo.

Viento en popa y a pasos agigantados, esta emisora se pasea por el mundo a través de la maravilla del internet. En su página web se encuentra su historia, fotos, noticias, eventos y, lo más importante, se puede escuchar en vivo. El productor y director de la página es Andrés, quien se ha vuelto un experto en el tema.

Sentado en la silla de su escritorio, el profe Alex divaga entre la confusión de sus dos viejos amores: la radio y la educación. Espera el silencio de la noche para modular sus penumbras, lanza un par de abrazos al más allá y duerme con los ojos enfermos de tanto pensar

Constructor

de futuros

Nací el 16 de diciembre de 1953 en Colombia, más exactamente en el departamento de Chocó, municipio de Quibdó. Me bautizaron con el nombre de Víctor Enrique, hijo legítimo de Silvio Hinestroza y Virgelina Aluma; ocupo el octavo lugar en una familia constituida por nueve hijos, de los cuales cinco somos educadores. En el seno de dicho hogar se desarrolló una historia de vida que desde sus inicios se vislumbraba promisoria y feliz, a pesar de muchas limitaciones y necesidades económicas. En él se respiraba una paz infinita, construido por un sinnúmero de valores y una gran unidad.

Durante mi infancia transcurrieron vertiginosos mis estudios de primaria, los cuales inicié en la Escuela Nicolás Rojas de Quibdó, localizada a una cuadra de la casa en la que vivo actualmente. Recuerdo con satisfacción y alegría aquella pequeña escuela donde mi profesora de primero, Calixta, con amor y dedicación me inició y me indicó por vez primera cómo se da forma a algunas rayas y garabatos para luego instruirme en el mundo maravilloso de las letras, alcanzado poco a poco grandes procesos, pues demostré el deseo, la capacidad y la suficiencia para salir adelante.

Inquieto por el conocimiento y el anhelo de continuar y terminar mi bachillerato, quise que se me matriculara en

Víctor Enrique Hinestroza Aluma

Profesor Centro Educativo Rural El Respaldo, municipio de Briceño

el Colegio Carrasquilla, de Quibdó; pero mi petición fue negada. Desilusionado, escuché de mi madre que debía terminar mis estudios en la Escuela Normal para Varones del mismo departamento, ya que sólo se contaba con esas dos instituciones en el municipio. Todo esto me desmotivó y desanimó, y repercutió en mi rendimiento académico. Dicha institución la abandoné en el último grado y pasé a finalizar este proceso pedagógico en la Escuela Normal Superior Manuel Cañizales en 1975. En dicha institución afiancé la valiosa formación académica que había adquirido durante mi proceso estudiantil, que más adelante sería fundamental en mi quehacer pedagógico y profesional.

Al finalizar mi Normal, comencé a inquietarme y a cuestionarme sobre un futuro que hasta ese entonces era incierto, pues se debatía en un cúmulo de dudas: de un lado estaba mi padre, con su poderosa influencia, quien me encaminaba a seguir sus pasos en la Registraduría Municipal de la ciudad de Quibdó. Por otra parte, seguía mi madre con la insistencia de que debía ser maestro y que continuara los estudios universitarios en el Tecnológico Diego Luis Córdoba, los cuales no inicié por rebeldía. Pero en mi mente seguía retumbando el qué y para qué emprender un camino que me llevara a satisfacer mis expectativas de índole personal y profesional, y cuál debía ser éste.

Ante una precaria oferta laboral, me vi en la necesidad de comenzar a repartir hojas de vida en lo que hasta el momento era mi única oportunidad y opción de trabajo: la docencia. A pesar de que contaba para entonces con múltiples capacidades intelectuales y unas inmejorables cualidades en la parte deportiva —las que, según pensaba, eran la entrada a muchas puertas abiertas para mi futuro—, estaba muy equivocado, ya que en mi tierra y en la Secretaría de Educación éstas estaban cerradas.

Fue así que durante un año de no hacer nada, de subir y bajar escaleras en la gobernación de Quibdó, sin tener respuesta a mi solicitud de trabajo, me sentí angustiado de la poca dignidad y las mentiras piadosas: "Los nombramientos están congelados, apenas se descongelen tenga por seguro que lo nombramos".

Ante estas esperas con esperanzas falsas, decidí aceptar la invitación a viajar al departamento de Córdoba, municipio de Montelíbano, corregimiento de Tierradentro y hacer parte de un grupo de educadores para impartir conocimientos en la básica primaria, en una escuela privada. Al llegar allí, me di cuenta de que las condiciones para aplicar un proceso pedagógico eran precarias, ya que únicamente se contaba con un profesor de planta y un espacio no tan adecuado para cumplir con las labores académicas. Teniendo en cuenta dichas limitantes, mi prioridad fue organizar a la comunidad e involucrar a todos los estamentos posibles en la búsqueda de establecer unas condiciones óptimas para llevar a cabo el proceso de enseñanza-aprendizaje.

Fue así como en un corto tiempo asumí la vicepresidencia de la Junta de Acción Comunal de la localidad, cargo que me permitió estructurar unos lineamientos básicos propicios para tal fin. Desde allí gestioné la consecución de dos plantas docentes que habían

sido transferidas a otros lugares y la dotación de todo el material didáctico y logístico requerido para convertir aquellos muros en un verdadero centro educativo. Transcurridos tres años y medio como docente de dicho corregimiento, me vi en la penosa necesidad de presentar mi renuncia irrevocable, debido a quebrantos de salud; pero estaba satisfecho por dejar una comunidad organizada, capaz de continuar con los procesos que se estaban adelantando.

Luego de un receso de un año en mi quehacer docente, el 20 de agosto de 1981, se me presentó la oportunidad de vincularme nuevamente al servicio educativo en el municipio de Briceño, departamento de Antioquia, vereda El Respaldo, en el centro educativo rural del mismo nombre. En este lugar, hasta la fecha, he prestado mis servicios como maestro.

Durante el recorrido para llegar al municipio, mis expectativas iban en aumento, ya que el pésimo estado de la vía y la semblanza de la gente que a mi lado se encontraba, me daban la impresión de la hostilidad que me esperaba al llegar, ya que eran personas rústicas y de pocas palabras. Esta impresión cambió inmediatamente al llegar al municipio de Briceño, ya que fui acogido de manera muy cálida y cordial, e invitado por el director de núcleo a pernoctar en su casa. Por casualidades de la vida, años más tarde, luego del traslado de ese jefe que me recibió con tanta confianza, terminé habitando su casa, y actualmente sigo viviendo allí con toda mi familia.

Inicié mi labor docente prestando los servicios, por una semana, en la escuela urbana José María Córdoba, del municipio de Briceño, en el grado primero. Al finalizar ésta, me trasladé a la vereda El Respaldo del mismo municipio, para donde fui nombrado oficialmente, a una distancia de 7 kilómetros de la cabecera municipal, con subidas y bajadas, atravesando cañadas peligrosas, ya que en época de invierno las quebradas aumentan su caudal impidiendo el paso de los transeúntes; así llegué a mi primera escuela guiado por un vecino de otra vereda cercana, el cual me fue indicando y mostrando las viviendas que conformaban dicha comunidad, y me llevó a la casa del presidente de la Junta de Acción Comunal, el señor Francisco Torres, persona entrada en edad, quien me brindó alojamiento y alimentación.

Toda la comunidad ese día fue informada de la llegada del educador. Para el día siguiente cité a reunión para realizar el censo estudiantil e iniciar labores. En dicha reunión me di cuenta de que la mayoría de los miembros de la comunidad tenía que caminar mínimo cuarenta minutos entre la montaña. Me entristecía ver tantos niños de tan corta edad hacer esas caminatas tan largas y peligrosas, pasando las cañadas de piedra en piedra, y más en las épocas de invierno, cuando llegaban mojados y con frío, pero siempre con ánimo de aprender.

Al ver tales situaciones, me convencí más de ser maestro y de que mi compromiso era con la comunidad a la cual había sido asignado y que todos mis esfuerzos debían estar

encaminados a mejorar su calidad de vida, a enseñarles que en la educación está el mejor vehículo para salir de la pobreza tanto material como intelectual, y que es en ella que debemos cimentar un mejor futuro.

Estando en el municipio de Briceño, sentí la necesidad de continuar mis estudios superiores. Fue entonces cuando inicié estudios en tecnología en educación preescolar, en 1992, en el Tecnológico de Antioquia, los cuales termine en 1995. Más tarde, continué estudiando la licenciatura en educación básica, con la Universidad Católica del Norte, de la que me gradué en 1998.

En el transcurrir de todos estos años de ardua, pero gratificante labor, de entrega desmedida y desinteresada al servicio de mi comunidad, mis proyectos más significativos se han basado, en primera instancia, en la construcción de la planta física del centro rural educativo El Respaldo, la placa polideportiva y la electrificación de la escuela, proyectos que se realizaron, en el año de 1993. Por quedar a bordo de carretera la institución y contar con los elementos mencionados anteriormente, se pudo proporcionar y facilitar el acceso de la tecnología y los medios masivos de la comunicación, aumentado la cobertura estudiantil, que pasó de 28 a 40 estudiantes. Esto ayudó a disminuir la deserción escolar y mejorar el rendimiento académico, convirtiéndose la escuela en un espacio de reunión para la realización y el desarrollo de múltiples actividades deportivas, pedagógicas, culturales comunitarias y de aprovechamiento del tiempo libre, como estrategias para la retención e inclusión escolar, un espacio de sana convivencia y bienestar familiar.

Más adelante se dio, como una de las obras más significativas de la comunidad, la estructuración de una pequeña red de acueducto que suministra agua potable a más de catorce viviendas que quedan alrededor de la escuela, lo cual elevó considerablemente la calidad de vida.

También, por medio de mi gestión y el apoyo de varios estamentos comunitarios, se logró llevar a feliz término la construcción de una vía de penetración carreteable que, además de beneficiar a la comunidad de El Respaldo, sirvió de fuente de desarrollo a otras comunidades.

Por otro lado, entre los proyectos pedagógicos desarrollados durante mi estadía en la vereda El Respaldo, están la conformación de la Junta de Acción Comunal, brindando asesoría para el cumplimiento de sus labores y de las leyes. Esto ha posibilitado una mejor organización que les permite reclamar sus derechos, hacer peticiones de proyectos y, sobre todo, trabajar en grupo, colaborándose unos a otros y, a la vez, colaborar con la ejecución de proyectos institucionales, como la huerta escolar, la que ha sido trabajada con la comunidad educativa y permitido a los educandos el intercambio de saberes con sus padres y la integración de áreas. Allí se *aprende haciendo*, como lo manda el método constructivista, en el que el estudiante parte de sus saberes previos y va construyendo el conocimiento a través de la observación y la investigación. Igualmente, vale la pena anotar que se ha logrado completar la dotación del centro educativo, actualizando las herramientas para la construcción de un aprendizaje significativo que permita al discente aprender para la vida y no sólo para un rato.

La práctica deportiva también se ha fomentado, incentivando al estudiante y a los miembros de la comunidad educativa para su ejercicio, con el mejoramiento de tácticas deportivas, que permitan desarrollar habilidades y destrezas. Esto beneficia el rendimiento académico y disciplinario.

Lo anteriormente enunciado son proyectos comunitarios y pedagógicos que, más que logros personales, han sido el producto de las necesidades de mis comunidades, y aunque son proyectos de gran envergadura, el que he asumido como plan de vida es la aplicación de un proyecto pedagógico que, basado en la aplicación y fortalecimiento de los valores sociales, y la socialización y superación de los antivalores, me permita llegar, a mis estudiantes, a mi comunidad y a todos los entes relacionados, en forma positiva, para construir un proyecto propio que los conduzca a su realización personal, profesional y familiar. Para ello, parto de mi propia experiencia de vida y lo que ella pueda aportar a dicha construcción.

Así, pues, en estas líneas trato de expresar una experiencia que para muchos puede ser poco significativa, mediocre y de fácil realización, pero que para mí se ha convertido en mi proyecto de vida, el cual he tratado de llevar de manera digna, responsable, diligente y con decoro, aportando a él todos mis valores y cualidades en pro de un beneficio final: educación con calidad y calidez para mi comunidad

De la tormenta de ayer

a la lluvia de hoy

William Alveiro Velásquez Trujillo

Rector Institución Educativa Rural La Ferrería, vereda La Ferrería, municipio de Amagá

Mirando la lluvia que salpica la puerta de la oficina en la Institu-

ción Educativa Rural La Ferrería, en el municipio de Amagá, el rector William —hombre que en cuatro décadas de vida tiene un amor al trabajo que sobrepasa sus 1,64 m de estatura— trae a su memoria aquella tormenta bajo la cual caminaba a las 11 p. m., luchando por no quedar atrapado en el pantano y por no perder su bolso. La ropa y el mercado pesaban más que de costumbre, mientras transitaba aquel lejano sendero que lo llevaría a la querida zona rural de la vereda El Tambo, en el municipio de Arboletes. Para este sitio había sido nombrado por la Secretaría de Educación para la Cultura de Antioquia (Seduca), en 1991, siendo bachiller pedagógico de la Normal de Amagá, para la Escuela Rural Unitaria Integrada San Pedro Claver-Pablo VI (¡tremendo nombre!). Allí encontraría una población escolar de ochenta y seis alumnos ávidos por aprender. Desde su nuevo lugar continuó a distancia la licenciatura en matemática y física que había iniciado en Medellín con la Universidad de Antioquia, pasando miles de peripecias cada tres semanas para llegar hasta el centro zonal de Caucasia a presentar evaluaciones.

Consciente de sus compromisos, se apresura a culminar de redactar, en el computador, el seguimiento al logro de las tres metas que se ha trazado al frente de la rectoría, a saber: el mejoramiento del nivel académico, la administración eficiente de los recursos económicos y el mantenimiento de la planta física. Luego de cerrar con un clic el equipo, abre sus recuerdos y comienza a proyectar en su interior aquellas imágenes de paisajes, personas y anécdotas, como director de escuela en aquella región del Urabá antioqueño, como una película especial que a través del tiempo va mejorando su nitidez.

La lucha con el barro, en ocasiones, llegó a ser mayor que el temor de caminar solo, iluminado de vez en cuando por los rayos y relámpagos de la tormenta. Sin embargo, existían motivos para continuar adelante, como la alegría cuando Rosita Morelo, de cinco años, aprendió a leer; el hecho de que Robertico cada día mejorara su letra; las veces en que los alumnos de tercero diligenciaban honestamente su autocontrol de avances en las cartillas de *escuela nueva*; cuando los hermanos Pitalúa se comprometieron con las iguanas a que las dejarían en paz y no las capturarían vivas para sacarles los huevos y luego dejarlas morir largándolas con el vientre abierto; la ocasión en que Rogelio y Marcelino construyeron un brazo de madera que permitía agarrar objetos de partes altas y lo presentaron en la Feria de la ciencia del corregimiento Candelaria, luego de cuatro horas de camino en la vieja volqueta del municipio dispuesta por la alcaldía para el transporte; cuando se hacían los intercambios artísticos y deportivos con la *escuela nueva* demostrativa del profesor Juan Arango, en el vecino territorio de Turbo; en fin, tantos motivos de alegría en el cumplimiento de la misión cristiana y social que había asumido como maestro.

La vereda no tenía acueducto ni alcantarillado ni mucho menos energía eléctrica; contaba con dos vías de acceso: una de ellas representaba un recorrido de hora y media en carro desde la zona urbana de Arboletes hasta el corregimiento Candelaria y de allí siete horas a pie; la otra, después de dos horas y media en carro hasta el corregimiento Guadual

Arriba, invitaba no muy amablemente a caminar cinco horas por un sendero con sólo tres casas. Al principio le pareció duro, pero después no lo veía tan trágico; se jugaba fútbol en las tardes, y en las noches, alrededor de los mechones de petróleo, en las reuniones a las que no había cita pero a las que nadie faltaba, les contaba historias reales y fantásticas; con los adultos organizaba actividades para la escuela y para la Acción Comunal, y preparaba las clases para el día siguiente.

La lluvia continuaba salpicando la puerta de la rectoría y William, aún en sus recuerdos, se sitúa en ese día después de aquella tormenta y de haber llegado de madrugada a su aposento en la casa de doña Hortensia, en medio de los niños del grado primero, donde Rosita Morelo abrazada a sus piernas y con una sonrisa angelical le decía: "¿Cómo está, profe?". Recuerda que después de los cantos acompañados de palmadas y saltos, se observaban las láminas de varios objetos con letras y palabras, se inventaban entre todos las historias que luego escribían (más con ganas que con tiza) y que posteriormente eran leídas por Rosita, por José su hermano, por Robertico, por cada uno de los niños de primero, por los de segundo, los de tercero, los de cuarto y hasta los de quinto; sin faltar los adultos en las casas (lo sabía porque en las reuniones de padres de familia y acudientes le referían el resumen e incluso las narraban con nuevos detalles y elementos que ellos le agregaban).

William no salía de su asombro. Después de todo, los alumnos aprendían a leer y escribir con un método que no enfatizaba en lo silábico, sino en la escritura de frases asociadas a imágenes y vivencias (años más tarde encontraría en los libros de la biblioteca de la Universidad de Antioquia, que estuvo cerca, en esa época, del método fonético). Los niños y las niñas identificaban su territorio, asistían a la escuela, compartían sus experiencias personales y familiares, en síntesis, ¡habían abierto su corazón y su mente a la esperanza!

Convencido de que un profesor de escuela rural era "el médico, el cura y el maestro" de la vereda (como tantas veces escuchó decirlo a su madre, maestra jubilada en la escuela La Ferrería, de la que ahora él es rector), visitaba al alcalde todos los viernes al llegar al pueblo, con ropa y zapatos empolvados o embarrados, y le solicitaba materiales de construcción, implementos de aseo y la "Bienestarina" para la colada de los niños.

Afortunadamente, el burgomaestre (don Adalberto Montes Peña) era oriundo de una vereda del municipio y tenía lazos afectivos con una joven vecina de El Tambo, de modo que lo atendía gentilmente, a tal punto que nunca le negó nada que estuviera a su alcance. Así se logró la construcción de una hermosa planta física de bloques de cemento y techo de zinc —que permitía recoger agua lluvia limpia, pues el agua que se consumía era sacada de los pozos donde bebía y se bañaba el ganado—, así como piso de cemento, unidad sanitaria con tazas, pozo séptico y duchas (don Julio Morelo, padre de Rosita, regaló el pozo del cual por "gravedad" llegaba el agua a la escuela). La mayoría de las perso-

nas de la vereda iban allí a bañarse y a llenar sus galones con agua. Muchos de ellos no eran antioqueños, y decían que los paisas eran muy exigentes para vivir y que les gustaban mucho las comodidades. Sin embargo, todos ellos las disfrutaban y colaboraban con su cuidado.

Aprovechando esta apertura y el acercamiento entre la escuela y la comunidad, se logró pintar la escuela entre varios habitantes; se abrió el servicio de biblioteca todos los días después de las 3 p. m.; se institucionalizaron cada quince días las reuniones de la Acción Comunal; se realizaron convites para arreglar el camino —que sólo en verano permitía la entrada de camiones— y del UAZ —un carro alemán de la Segunda Guerra Mundial ingresado a Colombia por el puerto de Turbo y que servía de colectivo desde allí hasta el municipio de San Pedro de Urabá—; también se organizaron los productores agrícolas para sacar las cosechas de maíz y ajonjolí, y los cerdos, hasta la ciudad de Montería, para venderlos sin intermediarios; se conformaron los equipos de fútbol y de béisbol; se coordinó la asistencia a los actos religiosos de la iglesia cristiana en la vereda vecina; se creó la asociación de padres de familia, se vinculó a algunos miembros de la comunidad a la política municipal (se logró tener un concejal de la vereda) y se tenían frecuentemente las visitas del registrador municipal y del promotor de salud.

Realmente la responsabilidad, el compromiso y el gusto por estudiar eran evidentes. La escuela era el sitio de encuentro para cualquier actividad y el lugar donde todos tenían la oportunidad de aprender, desde los niños matriculados, pasando por los pequeños que iban como "asistentes" a un preescolar que funcionaba legalizado con el corazón, aunque no con resolución departamental, hasta los adultos y, muy especialmente, los docentes que allí laboraban.

Para el trabajo con los niños —recuerda William—, teniendo en cuenta que a varios de ellos la escuela les quedaba a dos y más horas de sus casas, abría las puertas desde las 7 a. m. hasta las 5 p. m., la hora en que comenzaban aquellos inolvidables clásicos de fútbol entre "los de camisa" y "los sin camisa", ¡dignos de ser transmitidos a todo el mundo! El modelo de trabajo era favorecido por la metodología de *escuela nueva* y la mentalidad abierta de los maestros: William, el director, y el otro docente contratado mediante el programa "solución educativa", el inolvidable Francisco Suárez, "Pacho, el hijo de Quirino Suárez", como cariñosamente era conocido en la región. Ellos hicieron realidad una "escuela libre" sin timbres, sin horarios, sin limitaciones, ya que los niños descansaban cuando estaban cansados, comían cuando tenían hambre, llegaban cuando les era posible y salían cuando era necesario, y los domingos en la noche, reunidos en la entrada de la casa de doña Hortensia, daban el más caluroso saludo de bienvenida a los profes, lo que era suficiente combustible para "tanquear" y recargar el alma para el trabajo de la semana.

Continuando con los recuerdos, su rostro no esconde una sonrisa de satisfacción cuando logró, hablándole a niños y adultos, que se trasladara al pastor evangélico que vivía, sin

trabajar, de la fe y los diezmos de las personas del lugar: "¡Te ganarás el pan con el sudor de tu frente, no con el sudor del que tienes al frente!", fue su consigna para esta campaña.

Al comienzo, William estuvo convencido de que al primer fin de semana cuando bajara al pueblo a bañarse en el cálido mar Caribe, recogería todo y se devolvería para Amagá, su tierra natal. Sin embargo, muchas situaciones vividas en esos primeros días, sumadas a la expectativa de los habitantes de la vereda y a la esperanza de los niños de que se tuviera un profesor de planta nombrado por el departamento, fueron suficientes razones para quedarse allí por tres años y cuatro meses, hasta que la violencia absurda que sacude este país obligó a muchos a dejar aquella hermosa porción de paraíso donde se disfrutaba de los pequeños logros que todos alcanzaban y, como muchas veces en Colombia, las ansias de poder de varios sectores entorpecieron aquella realidad y los llevaron a abandonar esa "utopía real" que se había construido con amor y esperanza. La barbarie motivó las muertes violentas y sádicas de habitantes humildes, seres queridos y trabajadores de la patria del Sagrado Corazón, ignominia patrocinada por la impunidad de este país, y que aún hoy le duele en el alma y le hace llorar el corazón.

Sin lugar a dudas, fue una oportunidad de vida que Dios le regaló a William para despertar, fortalecer y arraigar en él la valoración por lo que se es, el aprecio por lo que se tiene y el compromiso ético con lo que se hace; además de la motivación y seguridad de enfrentar nuevos retos, de aprender, de inspirar el aprendizaje en otros, de servir a los demás como maestro, mientras Dios le permita vivir.

En este instante mira su reloj y sale de la rectoría de la Institución Educativa Rural La Ferrería para la reunión del Consejo Directivo, en la que socializará los planos de la construcción de las nuevas seis aulas, iniciada esa misma semana; al cerrar la puerta se percata de que la lluvia continúa salpicándola, como queriendo también escribir su propia historia

A mi pueblo

quise volver

Ninguna labor y ninguna misión es más grande y emprendedora que la del maestro
Goethe

En un lejano lugar de la geografía antioqueña llamado Nechí, donde la riqueza la constituyen la biodiversidad natural, los paisajes, el ruido constante de las abundantes y turbulentas aguas del Cauca y el Nechí, unos atardeceres inigualables y la calidad humana de su gente, allí fue el lugar donde creció y floreció mi profesión como docente.

Nací el 20 de febrero de 1972 en este bello municipio, donde no crecí, pero al cual llegué, después de diecisiete años de ausencia, a continuar la misión que un día mi madre había dejado para ir en busca de oportunidades laborales y educativas para ella y sus hijos.

Cuando recuerdo cómo me inicié en esta profesión, me desplazo en el tiempo hasta una tarde de verano en la que emprendí un largo viaje hacia la vereda Isla Verde, perteneciente al municipio de Nechí. Aquel viaje interminable parecía no tener retorno. Tomé una canoa de madera; a ella subían niños, señoras y señores que regresaban a sus casas después de hacer el mercado en el pueblo, un día domingo. Todas sus miradas se volcaron hacia mí. Hubo un silencio profundo, interrumpido por un grito que lancé al sorprenderme el ruido estrepitoso de las olas

Yamile del Carmen Hernández Alcalá

Profesora Institución Educativa Nechí, municipio de Nechí

que me acorralaban, como si no quisieran que yo continuara el viaje. El susto me permitió regresar a la realidad, reconocer el contexto en el que me encontraba e iniciar una conversación agradable con las personas que estaban allí.

Me identifiqué con esos seres laboriosos, de abolengo campesino, de mirada transparente y solidaria. La señora que estaba a mi lado se mostró muy interesada en saber algo más de mí y en ofrecerme sus servicios si lo requería; no vacilé en decirle que sí, pues no conocía a nadie y necesitaba algún lugar donde quedarme y sentir el calor de una familia.

Al caer la noche, me embargó una gran tristeza, pues me sentía muy sola. A eso de las 7:00 de la noche, estaba rodeada de padres de familia, los cuales tan pronto se enteraron de mi llegada a la vereda, no vacilaron en ir a saludarme. Uno de ellos tomó la vocería y dijo: "¿Es usted la nueva maestra? ¡Bienvenida!". Sentí gran alegría por la manifestación de solidaridad y el ofrecimiento de apoyo de esta comunidad.

Recuerdo aún, como si fuera ayer, mi primer grupo de alumnos, caracterizados por su sencillez, espíritu de colaboración y timidez; el eco de sus risas, las miradas inocentes y el atuendo humilde que cubría la lozanía de sus cuerpos; todos marchaban al compás de un adagio sin prisa. Sólo eran treinta y cinco pequeñuelos con los que emprendí un viaje por un mundo no imaginado.

Mis recuerdos están ligados, además, a los días cálidos y dorados de un espléndido verano; al susurro del viento en las hojas de los almendros y bolombolos en el potrero; al intercambio apasionado de ideas. Se asocian con deseos, energía, lucha y afanes, porque todos allí teníamos gran ímpetu por aprender y, en mi caso, por orientar procesos de aprendizaje. La vida era una apasionante aventura, y el futuro permitía avizorar grandes esfuerzos dedicados a la pasión de educar.

En las tardes me dedicaba a caminar, a visitar las familias de la vereda, a disfrutar de las bellezas naturales que me rodeaban, a recrear mi mente con lecturas propias del fortalecimiento de mi profesión, la cual combinaba con inspiración poética.

De mis escritos, presento el siguiente apartado:

Mucho antes de llegar a Nechí,
Mi vida parecía confundir,
Pero hoy aún expectante me siento feliz,
Al frente de la gente que quiere surgir.

Qué profesión tan linda la que escogí,
Y qué sublimes sonrisas encontré aquí.
La sencillez y la inocencia, combinación esencial,
Un cambio de vida, tal vez me darán.

Era habitual levantarme a eso de las 5:30 a. m. a disfrutar de la aurora y a respirar el aire puro propio de una región como ésta. A las 8:00 a. m. iniciábamos las actividades escola-

res. Impartíamos las clases en un humilde rancho de palma con veinte viejos pupitres y un tablero. Allí se evidenciaban las carencias de toda índole, especialmente, necesidades básicas insatisfechas. Realizamos muchos proyectos para solucionar algunas de éstas, entre ellas: huertas caseras, festivales escolares, encuentros deportivos con otras veredas. Aunque algunas veces me embargaba la tristeza, también disfrutaba cada momento porque las personas del campo ven en el maestro un eje dinamizador y un apoyo de gran valor. En este lugar entendí que el maestro rural es todero. Así fue como nació mi deseo de complementar mi profesión con estudios de enfermería, labor que me apasiona por el servicio que permite ofrecer.

Pasaban los días y veía muchos avances en los niños. Los de primero ya leían y los demás también demostraban competencias y deseos de aprender. Me valía de mil estrategias para armonizar mi trabajo, combinando *escuela nueva* y pedagogía activa. Hacía bien mi trabajo y recibí muchas recompensas por parte de la comunidad, pero también sentía el deseo de regresar y continuar con mis estudios superiores.

Poco tiempo después, un 1º. de enero de 1992, me trasladé para la Escuela Urbana Nechí, dejando en aquel lugar gratos recuerdos y la satisfacción de haber liderado la realización de obras materiales, por cuanto la escuela quedó construida y con buenas comodidades; y, por otro lado, por haber sembrado en esta bella gente el sentido de la responsabilidad, el compromiso y la entrega para alcanzar sus ideales.

Radicada ya en el pueblo, otros sueños pude lograr. Realicé, a distancia, una licenciatura en la Pontificia Universidad Javeriana. El estudio me posibilitó herramientas para hacer mejor mi labor. Con mi grupo de trabajo, ejecutamos un proyecto sobre la autoestima en niños y niñas, pues notábamos mucha deserción escolar, madresolterismo, prostitución, entre otros. El proyecto funcionó, en gran medida, con muchas limitantes, pero estábamos seguros de recoger frutos después. Muy motivada, hice un posgrado en derechos humanos en la Universidad Autónoma Latinoamericana, en el municipio de Caucasia.

Continúo prestando mis servicios en la misma institución y me siento orgullosa de ella. Allí vivimos en un clima de alegría, de unión y de valores, en especial, la solidaridad. Juntos hemos construido y reorganizado el Proyecto Educativo Institucional (PEI) en largas jornadas pedagógicas, para poder brindar un aprendizaje con calidad. Los padres de familia también son excepcionales; a diario nos motivan con palabras de elogio y gratitud.

No sobra mencionarlo, en este camino no todo es color de rosa, pues también hay dificultades y confrontaciones que te hacen sentir mal; pero esto hace parte de vivir, y muchas veces se convierten en oportunidades para aprender y subir la escalera del éxito.

En el año 2002, con las fusiones y reorganizaciones de las instituciones educativas, sufrimos un resquebrajamiento total, porque operar bajo una nueva y única administra-

ción fue y sigue siendo traumático; lo visible se ha hecho invisible. Todos los días me pregunto: ¿a qué horas perdimos el sentido de pertenencia y el amor por lo propio?, ¿en qué momento perdimos liderazgo?, ¿cuándo dejamos ir las metas que tanto nos unían?

Pese a todo ello, estamos llamados a continuar luchando por un acto esencial como lo son los procesos de enseñanza y aprendizaje, llenando cada acción de amor, responsabilidad y compromiso. Espero encontrar soluciones a los problemas que a diario debemos enfrentar en la institución y cuidar lo más importante: profesores, alumnos, padres colaboradores y una comunidad ansiosa por surgir.

Mi amor por la naturaleza me ha llevado a crear un ambiente agradable y acogedor en mi escuela, impulsando proyectos de jardinería, arborización y ornato para que los niños y niñas se sientan comprometidos a cuidar su entorno. Hace poco mostré, en un videoreportaje, la problemática ambiental por la que atraviesa el municipio. Eso sirvió de argumento para que las autoridades competentes emprendieran acciones que den solución a este problema.

Actualmente, tengo a mi cargo un grupo de niños y niñas de grado tercero, con un proceso pedagógico de tres años de continuidad. Preparo mis clases pensando en que sean dinámicas, activas y motivadoras. Me apoyo en muchos modelos, entre ellos, el constructivista. Mi mayor esmero lo he fundado en el apoyo al deporte, viajando con los niños y las niñas a diferentes campeonatos escolares regionales, para representar al municipio. El lema de mi escuela es "Ser los mejores"; frente a éste logramos gran reconocimiento en el municipio, al sobresalir por un trabajo de equipo y con calidad.

Para mí, educar es vivir; ¿qué más podemos buscar con la educación si no es humanizar?, una meta que he tratado de cumplir y de degustar (me permito usar el término de Adela Cortina cuando expresa que "La educación es un proceso de degustación de valores").

Para terminar, le dedico al pueblo en el que pude ser maestra, algunos de mis sentimientos.

Digo hoy con gran orgullo
que he cumplido mi deber,
mi dedicación y entrega,
a todos quise ofrecer.

El desarrollo de talentos,
el conocimiento hacer crecer
el liderazgo aflorarlo,
a los pequeños por doquier.

La creatividad he despertado,
la imaginación he puesto a volar,
valores he inculcado,
y he enseñado siempre a amar.

Trascender ha sido mi meta,
forjar en la gente una ilusión,
ser ejemplo de trabajo,
y mejorar nuestra nación.

Continuaré mi tarea,
hasta que disponga el celestial,
sembrando semillas de amor,
en toda la humanidad.

Padre santo, tú que sabes,
lo arduo de esta misión,
dadme a mí como maestra,
tu sagrada bendición.

No me puedo despedir sin antes mostrar
algunas evidencias que me llenan de verdad
me motivan a ser maestra de verdad

Este libro se terminó de imprimir
en la Editorial Artes y Letras Ltda.
en el mes de mayo de 2008.

Se imprimió en papel importado mate 90 gr.,
la tipología empleada fue Myriad Pro Semicondensada